
SARAH J. MAAS
UNA
CORTE
DE
ROSAS Y
ESPINAS
«Una de las novelas de *fantasy* más esperadas del año». Barnes & Noble
CROSS BOOKS

Índice

Portada
Dedicatoria
Mapa
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Guía de pronunciación
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

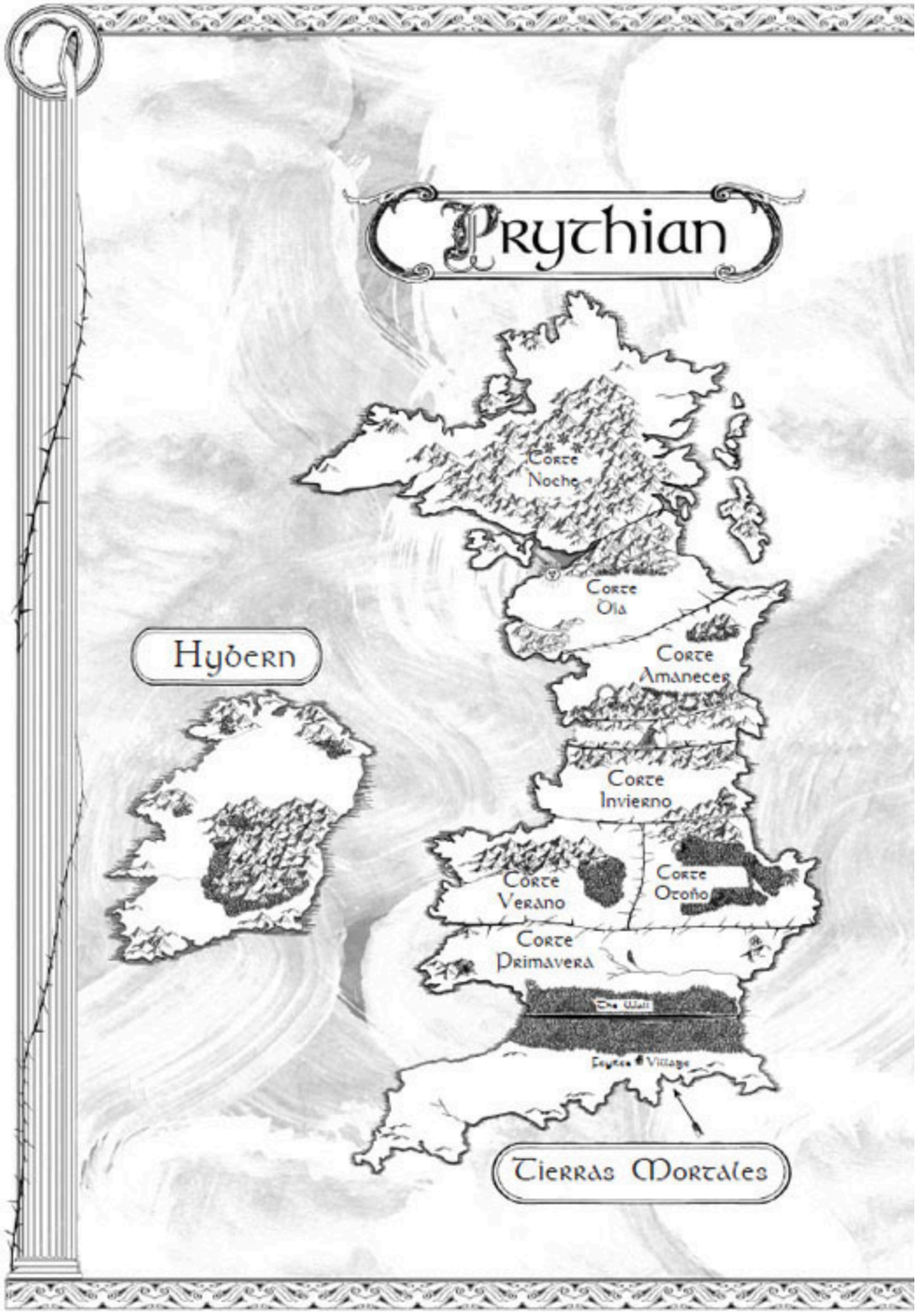
PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte



A Josh...,
porque sé que irías Bajo la Montaña por mí.
Te amo


Prythian
Hyðern
Corte Noche
Corte Oía
Corte Amaneces
Corte Invierno
Corte Verano
Corte Otoño
Corte Primavera
The Wall
Tierras Mortales


Reino Fae
Norte
Sur
The Wall
Tierras Mortales



Capítulo 1

El bosque se había transformado en un laberinto de hielo y nieve.

Yo había estado vigilando los alrededores del sotobosque durante una hora, y mi punto de observación, sentada a horcajadas en una gruesa rama, se había convertido en una atalaya inútil. El viento soplaba en ráfagas espesas que borraban mis huellas, aunque también ocultaban cualquier señal de vida de una posible presa.

El hambre me había llevado lejos de casa, más de lo que acostumbraba, pero el invierno era una época dura. Los animales se habían alejado de la aldea, se habían refugiado en la profundidad de los bosques, donde yo ya no podía seguirlos, y me habían dejado a los rezagados para que yo los cazara uno por uno mientras rezaba para que duraran hasta la primavera.

No habían durado.

Me pasé los dedos entumecidos sobre los ojos para sacar los copos de nieve que se me pegaban a las pestañas. Ahí no había árboles sin corteza que marcaran el paso de los ciervos, como decían las leyendas: los ciervos no habían llegado todavía. Seguramente se quedarían donde estuvieran hasta que se les terminara la corteza de la que se alimentaban, después viajarían al norte, más allá del territorio de los lobos, y tal vez hasta entrarían en las tierras de los inmortales, en Prythian, donde ningún ser humano se atrevería a entrar, a menos que tuviera deseos de morir.

Sentí un estremecimiento a lo largo de la columna vertebral cuando pensé en eso, y rechacé esa idea para alejarla de mí mientras ponía toda mi atención en lo que me rodeaba, en la tarea que tenía por delante. Era lo único que podía hacer, lo único que había conseguido hacer durante años: poner toda mi atención en la supervivencia, tratar de sobrevivir esa semana, ese día, esa hora. Y ahora, con la nieve, tendría suerte si veía algo, sobre todo desde mi posición en el árbol, con un campo visual de apenas cinco metros a mi alrededor. Ahogué un gemido cuando mis miembros entumecidos crujieron al moverme, y desarmé el arco antes de bajar del árbol.

La nieve congelada crujió bajo mis botas deshechas y apreté los dientes. Con la poca visibilidad, y el ruido que hacía..., era evidente que esta sería otra cacería inútil.

Me quedaban solamente unas horas de luz diurna. Si no regresaba rápido, tendría que arriesgarme en la oscuridad en el camino de vuelta a casa, y las advertencias de los cazadores todavía me sonaban en los oídos: «Lobos gigantes al acecho, y muchos». Por no mencionar los rumores sobre seres extraños que se habían visto en la zona, altos, fantasmales y mortíferos.

«Cualquier cosa menos inmortales», habían rezado los cazadores a nuestros dioses, olvidados hacía ya tanto tiempo... y yo había rezado con ellos en secreto. Hacía ocho años que vivíamos en esa aldea, a dos días de viaje de la frontera con los inmortales de Prythian, y en ese tiempo no había habido ningún ataque, aunque

los vendedores ambulantes llevaban con ellos historias que describían pueblos fronterizos convertidos en astillas, huesos y cenizas. En los últimos tiempos, esos relatos, antes tan excepcionales que los ancianos de la aldea los descartaban como rumores absurdos, se habían convertido en susurros cotidianos durante los días de mercado.

Me había arriesgado mucho al adentrarme tanto en el bosque, pero mi familia, la noche anterior, había comido la última hogaza de pan, y un día antes lo que quedaba de la carne seca. Pero yo, personalmente, prefería pasar otra noche con la panza vacía antes que ser la presa que calmara el apetito de un lobo. O de un inmortal.

Aunque en realidad ya no quedaba de mí mucho que sirviera de alimento. Para entonces estaba muy delgada y desmejorada, y mis costillas se marcaban de forma ostensible. Me moví entre los árboles en el mayor de los silencios y con la máxima agilidad posible. Llevaba una mano apretada contra el estómago vacío y dolorido. Imaginé la expresión de las caras de mis dos hermanas mayores cuando yo volviera otra vez a la choza con las manos vacías.

Después de unos minutos de búsqueda cuidadosa, me agaché en medio de un grupo de zarzas cargadas de nieve. A través de las espinas, tenía una vista casi buena de un claro y del pequeño arroyo que lo atravesaba. Unos pocos agujeros en la nieve sugerían que el lugar era visitado con frecuencia. Con suerte, algo pasaría por ahí. Con suerte.

Suspiré por la nariz y hundí la punta del arco en la nieve mientras apoyaba la frente contra la curva de madera. No aguantaríamos otra semana sin comida. Demasiadas familias habían empezado ya a pedir limosna con la esperanza de recibir las sobras de los ricos de la aldea. Yo había visto con mis propios ojos hasta dónde llegaba la caridad de los ricos.

Me acomodé un poco e hice un esfuerzo para calmar la respiración mientras escuchaba al bosque a través del viento. La nieve caía y caía, bailando y curvándose en remolinos de espuma

brillante; lo blanco, fresco y limpio contra los marrones y los grises del mundo. Y a pesar de mí misma, a pesar de los miembros semiparalizados, calmé la parte inquieta, despiadada de mi mente y dejé entrar en ella los bosques velados de nieve.

En otros tiempos, había sido mi segunda naturaleza saborear el contraste de la hierba fresca con el suelo oscuro, o un broche de amatista en un nido de pliegues de seda esmeralda; en otros tiempos, había soñado y respirado y pensado en colores y luces y formas. A veces, hasta me permitía imaginar el día en que mis hermanas se casarían y seríamos solamente papá y yo, con bastante comida para los dos, dinero para comprar algo de pintura y tiempo suficiente para poner esos colores y esas formas en papel o tela o sobre las paredes de la choza.

No era algo que fuera a pasar pronto; tal vez nunca ocurriera. Así que me quedaban momentos como ese, en los que admiraba el brillo de la luz pálida del invierno sobre la nieve. Ya no recordaba la última vez que me había asombrado ante cualquier cosa hermosa o interesante.

Las horas robadas en un viejo granero con Isaac Hale no contaban; esos momentos eran vacíos y llenos de hambre y, a veces, crueles; nunca hermosos.

De pronto, el aullido del viento se calmó y se convirtió en un suspiro suave. La nieve caía con pereza ahora, en grandes copos gordos que se amontonaban en los nudos y los salientes de los árboles. Me fascinaba la belleza letal, amable, de la nieve. Pronto tendría que volver a las calles embarradas, congeladas, de la aldea; al calor compartido de nuestra choza. Una parte muy pequeña y fragmentada de mí rechazó la idea.

Se oyó un crujido de arbustos al otro lado del claro.

Levanté el arco de la nieve en un movimiento instintivo. Espié a través de las espinas y contuve la respiración.

A menos de treinta pasos había una cierva pequeña, todavía no del todo flaca por la carestía del invierno, pero lo suficientemente hambrienta como para ponerse a comer la corteza de un árbol en el

claro.

Una cierva así podía alimentar a mi familia durante una semana o más. Se me hizo la boca agua. Silenciosa como el viento que rozaba las hojas muertas, apunté con el arco.

Ella seguía arrancando pedazos de corteza, los masticaba despacio, sin siquiera sospechar que a pocos metros la esperaba la muerte.

Pondríamos a secar la mitad de la carne y después nos comeríamos el resto: guisos, pasteles... El cuero lo venderíamos, o tal vez con él haríamos ropa para uno de nosotros. Yo necesitaba unas botas, pero seguramente Elain querría una capa nueva, y Nesta solía desear todo lo que poseía cualquier otra persona.

Me temblaron los dedos. Tanta comida... la salvación. Respiré hondo y apunté con cuidado.

Pero de repente vi un par de ojos dorados que brillaban en el arbusto vecino al mío.

El bosque quedó en silencio. El viento se detuvo. Hasta la nieve hizo una pausa.

Nosotros, los mortales, dejamos de tener dioses a los que adorar, y aun así, si yo hubiera sabido sus nombres olvidados les habría rezado. A todos. Escondido entre los arbustos, el lobo se acercaba despacio, la mirada fija en la cierva, que no se daba cuenta de nada.

Era enorme, del tamaño de un poni, y aunque me habían avisado que había lobos como ese, se me secó la boca.

Pero peor que el tamaño era el sigilo antinatural: se acercaba poco a poco y la cierva seguía sin verlo, sin oírlo. Ningún animal tan grande podía ser tan silencioso. Y si no era un animal común, si su origen era Prythian, si era un inmortal, entonces que me comiera era la menor de mis preocupaciones.

Si era un inmortal, yo debería estar corriendo a toda prisa.

Y sin embargo... sin embargo, sería un favor al mundo, a mi aldea, a mí misma, si lo mataba, aprovechando que él no se había dado cuenta de mi presencia. No sería tan difícil clavarle una flecha

en el ojo.

A pesar del tamaño, parecía un lobo, se movía como un lobo. «Un animal —me dije para tranquilizarme—. Un animal no es más que eso.» No me permití considerar la alternativa: necesitaba la mente clara, la respiración tranquila.

Tenía un cuchillo de caza y tres flechas. Las dos primeras eran flechas comunes, simples y eficientes, y seguramente no serían más que la picadura de una abeja para un lobo de ese tamaño. Pero la tercera, la más larga y pesada, se la había comprado a un vendedor ambulante durante un verano en el que teníamos suficientes monedas como para darnos esos lujos. Una flecha tallada en fresno de montaña y provista de una punta de hierro.

De las canciones que nos cantaban para dormirnos en la cuna todos sabíamos que los inmortales odian el hierro. Pero era la madera de fresno la que hacía que la magia inmortal, la magia de curación de Prythian, fallase el tiempo suficiente para darle a un humano la posibilidad de asestar un golpe mortal. O así decían las leyendas y los rumores. La única prueba que teníamos de la eficacia del fresno era su rareza. Yo había visto dibujos de esos árboles pero nunca uno con mis propios ojos, no después de que los altos fae los quemaran hacía ya tanto tiempo. Quedaban tan pocos... La mayoría pequeños y débiles y escondidos por la nobleza en bosquecillos rodeados de paredes altas. Semanas después de la compra, seguía preguntándome si ese caro pedazo de madera había sido un gasto inútil o una estafa, y durante tres años la flecha había quedado ahí, en el carcaj, sin moverse.

La saqué con movimientos mínimos, eficientes, cualquier cosa para evitar que ese lobo monstruoso mirara en mi dirección. La flecha era lo bastante larga y pesada como para infligir daño, tal vez matarlo si apuntaba bien.

El pecho se me tensó de tanto que me dolía. Y en ese momento me di cuenta de que mi vida se reducía a una única pregunta: ese lobo, ¿estaba solo?

Aferré el arco y tiré de la flecha hacia atrás. Tenía buena puntería, pero nunca me había enfrentado a un lobo. Había pensado que eso significaba que yo tenía suerte, que estaba bendita. Pero ahora... ahora no sabía adónde apuntar ni conocía la velocidad que eran capaces de alcanzar esos animales. No podía permitirme el lujo de errar el tiro. No cuando tenía solamente una flecha de fresno.

Y si lo que latía debajo de esa piel era de verdad el corazón de un inmortal, entonces, mejor... Mejor después de todo lo que nos había hecho su especie. No podía arriesgarme a que este se arrastrara después hasta nuestra aldea y matara e hiriera y atormentara a otros. Que muriera allí y en ese mismo instante. Sería una alegría acabar con él.

El lobo se acercó arrastrándose; una ramita se quebró bajo una de sus patas, más grandes que mis manos. La cierva se quedó inmóvil. Miró a ambos lados, las orejas estiradas hacia el cielo gris. El lobo estaba contra el viento y ella no lo veía ni lo olía.

Este se aplastó contra el suelo, la cabeza baja y el cuerpo sólido, plateado, perfectamente fundido con la nieve y las sombras. La cierva seguía fijando los ojos en la dirección equivocada.

Miré a la cierva y miré al lobo, una y otra vez. El animal estaba solo, por lo menos en esto había tenido suerte. Pero si el lobo asustaba a la cierva yo me quedaría sin nada, excepto un lobo hambriento y demasiado grande... Posiblemente un inmortal que buscaría su siguiente comida. Y si él la mataba, destruiría preciosas partes de cuero y grasa...

Si me equivocaba, mi vida no sería la única que se perdería. Pero, en esos últimos ocho años de caza en el bosque, mi vida se había reducido a correr riesgos, y yo había actuado correctamente la mayor parte de las veces. La mayor parte.

El lobo salió disparado desde los arbustos como un rayo gris, blanco y negro, los colmillos amarillos brillando bajo la luz. Era todavía más grande así, al descubierto, una maravilla de músculos y velocidad y fuerza bruta. La cierva no tenía ninguna oportunidad.

Disparé la flecha de fresno antes de que él la destrozara demasiado. El proyectil se le hundió en el flanco, y habría jurado que el suelo mismo vibró con ella. Él ladró de dolor y soltó el cuello de la cierva mientras la sangre se derramaba sobre la nieve, de un brillante rojo rubí. Se volvió hacia mí, los ojos amarillos muy abiertos, el pelo erizado.

El gruñido grave me reverberó en el pozo vacío del estómago mientras me ponía de pie y volvía a levantar el arco; la nieve me caía del cuerpo convertida ahora en lluvia.

Pero el lobo solo me miró, el hocico manchado de sangre, la flecha de fresno clavada profundamente en el flanco. La nieve empezó a caer de nuevo. Él miraba y miraba, con una suerte de conciencia y de sorpresa que me hicieron disparar la segunda flecha. Por si acaso, por si acaso esa inteligencia era del tipo inmortal, malvado.

No trató de esquivar la flecha cuando le atravesó limpiamente el ojo amarillo muy abierto.

Se derrumbó en el suelo.

El color y la oscuridad se arremolinaron, me taparon la visión, se mezclaron con la nieve.

Las patas del lobo se retorcían y un gemido grave se deslizó en el viento. Imposible..., tendría que haber estado muerto, no muriéndose. La flecha le había atravesado el ojo casi hasta las plumas de ganso.

Lobo o inmortal, no tenía importancia. No con esa flecha de fresno clavada en el costado. Estaría muerto muy pronto. Sin embargo, me temblaban las manos mientras me sacudía la nieve y me acercaba a él, pero no del todo. La sangre salía a borbotones de las heridas que le había hecho; la nieve se manchaba cada vez más de color púrpura.

Movió las patas despacio, la respiración cada vez más leve. ¿Le dolía enormemente o ese gemido era un intento para alejar de sí a la muerte? Yo no estaba segura de querer saberlo.

La nieve se arremolinó a nuestro alrededor. Fijé los ojos en el lobo hasta que ese pecho de carbón y obsidiana y marfil dejó de subir y bajar. Lobo..., en definitiva un lobo a pesar del tamaño.

La tensión en mi cuerpo se aflojó un poco y dejé escapar un suspiro, mi aliento flotó como una nube frente a mí. Por lo menos la flecha de fresno había probado que era letal, fuera lo que fuese el ser al que había derribado.

Un examen rápido de la cierva me dijo que solo podría llevarme un animal, y hasta eso sería toda una lucha. Pero era una lástima dejar el lobo.

Aunque eso me hizo perder minutos preciosos —minutos durante los cuales cualquier predador podría oler la sangre fresca—, lo despellejé y limpié las flechas lo mejor que pude.

Por lo menos aquel trabajo me entibió las manos. Envolví el lado aún sangrante de la piel del lobo alrededor de la herida mortal de la cierva, y por último la levanté y me la puse al hombro. Estaba a varios kilómetros de la choza y no quería dejar un rastro de sangre que llevara a todos los animales con colmillos y garras directamente hacia mí.

Gemí por el peso, tomé las patas de la cierva y di una última mirada al cuerpo humeante del lobo. El ojo dorado que le quedaba miraba al cielo cargado de nieve, y durante un momento deseé tener la capacidad para sentir remordimientos por esa cosa muerta.

Pero estaba en el bosque y en mitad del invierno.



Capítulo 2

El sol se había puesto para cuando salí del bosque. Las rodillas me temblaban. Tenía las manos completamente entumecidas, heladas alrededor de las patas de la cierva. Ni siquiera el cuerpo muerto podía aislarme de ese frío cada vez más profundo.

El mundo estaba bañado en tonos de azul oscuro, interrumpidos solo por ejes de luz de color amarillo que escapaban de las ventanas cerradas de nuestra choza medio derruida. Era como caminar a través de una pintura viviente, un momento fugaz de quietud mientras los azules cambiaban deprisa hacia una oscuridad más sólida.

Seguí andando trabajosamente por el sendero, mis pies empujados por el hambre que tenía, al borde del desmayo, y por último oí la algarabía de las voces de mis hermanas que acudían a recibirme. No necesitaba entender las palabras para saber que con toda probabilidad estaban charlando sobre algún joven o sobre las cintas que habían visto en la aldea cuando deberían haber estado partiendo leña, pero de todos modos sonreí un poquito.

Golpeé las botas contra el marco de piedra de la puerta para sacarme la nieve. Cayeron algunos pedazos de hielo desde las piedras grises de la choza, y por debajo aparecieron las marcas medio borradas que estaban talladas en el umbral. Una vez, mi padre había convencido a un charlatán ambulante para que aceptara tallar unos dibujos contra el mal que eran capaces de infligirnos los inmortales a cambio de una de sus esculturas de madera. Era tan poco lo que mi padre había podido hacer por nosotras que yo no había tenido corazón para decirle que esas inscripciones eran inútiles... y, sin duda, falsas. Los mortales no tenían magia, no poseían ni un pequeño fragmento de la fuerza superior, de la velocidad de los inmortales o los altos fae. El hombre, que decía tener sangre de alto fae en las venas, sangre de sus antepasados, se había limitado a tallar rulos y remolinos y runas alrededor de la puerta y las ventanas, había musitado unas palabras sin sentido y se había ido en zigzag hacia el sendero.

Abrí la puerta de golpe. El picaporte congelado de hierro me mordió la piel como una víbora. El calor y la luz me cegaron cuando me deslicé hacia el interior.

—¡Feyre! —El jadeo suave de Elain me rozó las orejas, y parpadeé devolviéndole el brillo del fuego; entonces, vi a la segunda de mis hermanas, las dos mayores que yo. Aunque envuelta en una manta raída, llevaba el cabello entre dorado y castaño que teníamos las tres perfectamente peinado y recogido sobre la cabeza. Ocho años de pobreza no le habían arrancado el deseo de ser hermosa.

—¿De dónde has sacado eso? —La corriente del hambre erosionaba sus palabras como un río subterráneo y les daba un filo muy común en las últimas semanas. No mencionó la sangre que me cubría el cuerpo. Yo había dejado de esperar hacía ya mucho que alguna de ellas notara de verdad que llegaba de los bosques todas las tardes. Por lo menos hasta que tuvieran hambre de nuevo. Pero claro..., mi madre no les había hecho jurar nada cuando estaban de pie junto a su lecho de muerte. Tomé aire para calmarme mientras bajaba la cierva del hombro. Esta golpeó la mesa de madera con un ruido fuerte, y una taza de cerámica tembló en el otro extremo.

—¿De dónde crees que puedo haberla sacado? —Yo tenía la voz ronca; las palabras me quemaron cuando me salieron de los labios. Mi padre y Nesta seguían calentándose las manos en silencio junto al hogar; como siempre, mi hermana mayor lo ignoraba de forma cuidadosa. Separé la piel del lobo del cuerpo de la cierva y, después de sacarme las botas y ponerlas junto a la puerta, me volví hacia Elain. Sus ojos marrones, exactamente iguales a los de mi padre, seguían fijos en la cierva.

—¿Te va a llevar mucho limpiarla? —Yo tendría que hacerlo, claro. No ella. No los demás. Nunca había visto las manos de mis hermanas sucias de sangre y pelo. Hasta había aprendido a preparar y a trocear mis presas siguiendo las instrucciones de otros.

Elain se apoyó la mano contra el vientre, con toda probabilidad tan vacío y dolorido como el mío. No es que Elain fuera cruel. No como Nesta, que había nacido con una mueca burlona en la cara. No, es que a veces Elain... parecía que no entendía. No era maldad lo que hacía que nunca se ofreciera a ayudar; era algo más simple: no se le ocurría que tal vez fuera necesario que tuviera que ensuciarse las manos. Todavía no estaba segura de si ella realmente no entendía que éramos pobres, pobres de verdad, o si se negaba a aceptarlo. Eso no me había impedido usar el poco dinero que tenía para comprarle semillas para el jardín que ella cultivaba en los meses más tibios.

Y no le había impedido a ella comprarme tres latitas de pintura —rojo, amarillo y azul— el mismo verano en que yo había conseguido la flecha de madera de fresno. Era el único regalo que me había hecho Elain, y los dibujos seguían ahí, en nuestra casa, aunque la pintura ya se estuviera cuarteando y desvaneciendo: pequeñas enredaderas y flores alrededor de las ventanas y los umbrales y en los bordes de las cosas; rulos de fuego en las piedras que rodeaban el hogar. Aquel verano, apenas tenía un minuto libre decoraba nuestra casa con colores, a veces escondía dibujos delicados en el interior de los cajones, detrás de las cortinas raídas, por debajo de las sillas y la mesa.

No habíamos vuelto a tener un verano así.

—Feyre —retumbó desde el fuego el rumor profundo de la voz de mi padre. Su barba oscura estaba bien cortada, la cara impecable, como las de mis hermanas—. ¡Qué suerte has tenido hoy! ¡Qué abundancia nos has traído!

Junto a mi padre, Nesta resopló con desprecio. No era ninguna sorpresa. Todo tipo de halago dirigido a cualquiera —yo, Elain, otros aldeanos— le provocaba un gesto de desprecio. Y ridiculizaba las palabras que dijera papá.

Yo me incorporé. Estaba demasiado cansada para permanecer de pie, pero apoyé una mano en la mesa junto a la cierva mientras miraba a Nesta. De todos nosotros, ella era la que había sufrido más la pérdida de nuestra fortuna. Había desarrollado un gran resentimiento contra papá desde el momento en que dejamos la finca, sobre todo después de aquel día espantoso en que uno de los acreedores acudió a mostrarnos lo enojado que estaba por la merma de su inversión.

Pero por lo menos Nesta no nos llenaba la cabeza con charlas inútiles sobre cómo recuperar nuestra riqueza, como hacía papá. Ella se limitaba a gastar el dinero que yo no escondía y raramente se preocupaba por reconocer la presencia de los pasos renqueantes de papá. Había días en los que yo no sabía cuál de nosotros estaba más amargado, quién era el más desdichado de todos.

—Comamos la mitad de la carne esta semana —dije, mirando a la cierva. Su cuerpo ocupaba toda la mesa que nos servía como área de comida, de trabajo y de cocina—. La otra mitad la secaremos —seguí diciendo, aunque sabía que, lo dijera como lo dijese, sería yo la que haría la mayor parte del trabajo—. Y mañana iré al mercado a ver cuánto puedo sacar por las pieles.

Terminé la frase más para mí misma que para ellas. De todos modos, nadie se molestó en demostrar que me había oído.

La pierna maltrecha de mi padre estaba estirada frente a él, bien cerca del fuego. El frío, la lluvia y los cambios de temperatura hacían que le dolieran aún más las terribles heridas que tenía en la rodilla. Había apoyado el sencillo bastón de madera tallada contra la silla —se lo había hecho él mismo—, aunque muchas veces Nesta lo cogía y lo dejaba fuera de su alcance.

Podría conseguir trabajo si no estuviera tan avergonzado de sí mismo, decía Nesta cuando yo me enfurecía por su actitud. Ella lo odiaba por la herida, también, por no haber plantado cara cuando el acreedor y sus matones entraron en la choza y le golpearon la rodilla una y otra y otra vez. Nesta y Elain se habían refugiado en el dormitorio y levantado una barricada contra la puerta. Yo me había quedado y había suplicado y llorado con cada grito de mi padre, con cada crujido de sus huesos. Me había hecho pis encima y después había vomitado en las piedras frente al hogar. Solamente entonces se fueron. Nunca volvimos a verlos.

Habíamos usado una gran parte del dinero que quedaba para pagar al sanador. A mi padre le había llevado seis meses empezar a caminar, un año poder andar un kilómetro. Las monedas que nos llevaba cuando alguien se apiadaba de él lo suficiente como para comprarle lo que tallaba en madera no llegaban para darnos de comer. Hacía cinco años, cuando el dinero desapareció por completo y mi padre siguió sin poder —ni querer— moverse, aceptó que yo fuera a cazar al bosque en cuanto dije que lo haría.

No se había molestado en ponerse de pie desde su asiento junto al fuego, ni siquiera se había molestado en levantar la vista de la madera que estaba tallando. Me dejó que fuera a los bosques letales, llenos de fantasmas, los bosques que temían incluso los cazadores más curtidos. Ahora, en cambio, era un poco más consciente y a veces me ofrecía señales de gratitud, a veces caminaba muy lentamente hasta la aldea para vender sus tallas. No siempre, no demasiado.

—Me encantaría una capa nueva —dijo Elain por fin con un suspiro, en el mismo momento en que Nesta se levantaba y decía:

—Necesito un nuevo par de botas.

Yo me quedé callada —sabía que no tenía que meterme en esas discusiones—, pero miré el par de botas todavía relucientes de Nesta junto a la puerta. A diferencia de esas, las mías, demasiado pequeñas para mí, se habían abierto por las costuras y apenas se podían cerrar con unos cordones muy gastados.

—Pero yo me estoy congelando con esta capa raída —protestó Elain—. Voy a morir congelada. —Fijó los ojos en mí y agregó—: Por favor, Feyre. —Pronunció las dos sílabas de mi nombre, «feyre», en el lamento más horrendo que yo hubiera tenido que soportar jamás, y Nesta chasqueó la lengua dos veces antes de ordenarle que se callara.

Dejé de escucharlas cuando empezaron a discutir sobre quién se quedaría con el dinero de las pieles al día siguiente, y de pronto descubrí a mi padre de pie frente a la mesa, una mano apoyada en ella para sostenerse, mientras inspeccionaba la cierva. Después, dedicó la atención a la piel del lobo gigante. Sus dedos todavía suaves —eran los dedos de un caballero— le dieron la vuelta y trazaron una línea sobre la piel ensangrentada. Yo me puse tensa.

Sus ojos oscuros se volvieron hacia mí.

—¿De dónde has sacado esto, Feyre? —murmuró. Su boca era una línea tensa.

—Del mismo lugar en el que encontré a la cierva —contesté con la misma calma. Las palabras brotaron frías, afiladas.

Posó la mirada sobre el arco y el carcaj que yo llevaba en la espalda, el cuchillo de caza con mango de madera en la cintura. Los ojos de papá se humedecieron.

—El peligro... Feyre...

Señalé la piel con el mentón y no pude esconder la rabia en la voz cuando dije:

—No tuve opción.

Lo que realmente quería decir era: «En general, tú ni siquiera te preocupas por salir de casa. Si no fuera por mí nos moriríamos de hambre. Si no fuera por mí, estaríamos muertos».

—Feyre —repitió él y cerró los ojos.

Mis hermanas se habían callado y yo levanté la vista a tiempo para ver a Nesta arrugar la nariz con gesto despectivo. Me levantó la capa.

—Hueles igual que un gorrino que acaba de revolcarse en su propia suciedad. ¿No podrías tratar de fingir que no eres una campesina ignorante?

No dejé que se me notara la forma en que me quemaban, me dolían, esas palabras. Cuando nuestra familia perdió la fortuna, yo era demasiado pequeña para haber aprendido más que lo mínimo en cuanto a modales, lectura y escritura, y Nesta nunca dejaba que yo lo olvidara.

Dio un paso atrás y se pasó un dedo sobre sus cabellos, entre castaños y dorados, bien trenzados.

—Sácate esa ropa asquerosa.

Me tomé mi tiempo y lo hice, tragándome las palabras que tenía ganas de ladrarle. Era tres años mayor y parecía más joven que yo; sus mejillas doradas siempre teñidas de un rosado delicado, vibrante.

—¿Podrías calentar un bol de agua y añadir leña al fuego?

Pero mientras lo pedía me fijé en la pila de leña. Solamente quedaban cinco troncos.

—Pensé que ibas a cortar un poco hoy.

Nesta se miró las uñas largas y cuidadas.

—Odio partir leña. Siempre me lleno de astillas. —Levantó la vista debajo de las pestañas oscuras. De todos nosotros, ella era la que más se parecía a mamá, sobre todo cuando quería algo—. Además, Feyre —añadió haciendo pucheros—, ¡tú lo haces mucho mejor! Lo haces en la mitad del tiempo que yo. Tienes las manos que se necesitan para ese trabajo..., ya están tan encallecidas...

Se me tensó la mandíbula.

—Por favor —le dije mientras me esforzaba por calmar la respiración, sabiendo que una discusión era lo último que quería en ese momento, lo último que necesitaba—. Por favor, levántate al amanecer y parte un poco de leña. —Me desabotoné la parte superior de la túnica—. O vamos a desayunar sin fuego.

Ella levantó las cejas.

—¡No pienso hacer tal cosa!

Pero yo ya me alejaba hacia la segunda habitación, mucho más pequeña, que era el lugar donde dormíamos mis hermanas y yo. Elain murmuró una suave petición a Nesta y consiguió un siseo como respuesta. Miré por encima de mi hombro y señalé la cierva.

—Preparad los cuchillos —dije sin molestarme en suavizar la voz —. Voy a cambiarme de ropa. —No esperé respuesta y cerré la puerta detrás de mí.

La habitación era lo suficientemente grande como para contener una cómoda desvencijada y la enorme cama de madera en la que dormíamos las tres. Era lo único que quedaba de nuestra antigua riqueza y había sido un regalo de bodas encargado por mi padre para mi madre. Era la cama en la que habíamos nacido y la cama en la que había muerto mi madre. Yo había pintado muchas cosas en casa en esos años, pero nunca había tocado la cama.

Coloqué la ropa en la cómoda, fruncí el entrecejo frente a las violetas y las rosas que había pintado en los tiradores del cajón de Elain, las llamas furiosas en el de Nesta y el cielo nocturno — remolinos de estrellas amarillas porque no había conseguido pintura

blanca— en el mío. Lo había hecho para darle brillo a una habitación oscura. Ellas nunca dijeron nada al respecto. No sé por qué yo esperaba que lo hicieran.

Sollocé y tuve que hacer un esfuerzo para no dejarme caer sobre la cama.

Cenamos ciervo asado esa noche. Puesto que ya sabía que no serviría de nada, me callé cuando todos nos servimos una segunda pequeña porción antes de que yo dijera que ya era suficiente. Me pasaría el día siguiente preparando lo que quedaba de las partes comestibles de la cierva para el consumo y después dedicaría algunas horas a limpiar bien las pieles antes de llevarlas al mercado. Conocía a algunos vendedores que tal vez estuvieran interesados, aunque ninguno iba a pagarme el precio que yo pretendía. Pero el dinero era el dinero, y no tenía tiempo ni fondos suficientes para viajar hasta el primer pueblo grande y buscar una oferta mejor.

Chupé bien el tenedor y saboreé lo que quedaba de la grasa alrededor del metal. Deslicé la lengua sobre los dientes torcidos: el tenedor era parte de un botín miserable que había salvado mi padre de las habitaciones de los sirvientes mientras los acreedores saqueaban la finca. Todos los cubiertos estaban desaparejados, pero era mejor que usar los dedos. Habíamos vendido hacía ya mucho los que pertenecían a la dote de mi madre.

Mi madre. Imperiosa y fría con sus hijas, alegre y deslumbrante con los amigos y visitantes que frecuentaban su propiedad, amorosa con mi padre, la única persona a la que realmente amaba y respetaba. Le encantaban las fiestas, tanto que no tenía tiempo para hacer nada conmigo, excepto pensar si, en el futuro, mis habilidades crecientes para dibujar y pintar me asegurarían un esposo. Si hubiera vivido lo suficiente para ver cómo se esfumaba nuestra riqueza, habría quedado destrozada, más todavía que mi padre. Tal vez había sido una suerte para ella morir cuando lo hizo.

En cualquier caso, ahora teníamos más comida para nosotros.

No quedaba nada de ella en la choza, excepto la cama de madera y la promesa que yo le había hecho.

Cada vez que miraba hacia algún horizonte, cada vez que me preguntaba si no era mejor seguir caminando y caminando y no mirar atrás, oía la promesa que le había hecho hacía once años, cuando ella se iba desvaneciendo en su lecho de muerte. «No os separéis y cuida de ellos.» Yo le dije que sí; era demasiado joven para preguntar por qué no les había pedido eso a mis hermanas mayores, por qué no se lo había pedido a mi padre. Yo se lo había jurado, y después ella había muerto, y en nuestro miserable mundo humano —sostenido solamente por la promesa de los altos fae, que tenía ya cinco siglos—, en nuestro mundo que había olvidado los nombres de nuestros dioses, una promesa era ley; una promesa era dinero; una promesa era una obligación.

Había veces en que odiaba a mi madre por haberme hecho prometer eso. Tal vez, en el delirio de la fiebre, no se dio cuenta de lo que me pedía. O tal vez la cercanía de la muerte le había dado alguna claridad sobre la verdadera naturaleza de sus hijas y su marido.

Dejé el tenedor y miré las llamas de nuestra pequeña hoguera que bailaban sobre los troncos que aún quedaban. Estiré las piernas doloridas debajo de la mesa.

Me volví hacia mis hermanas. Como siempre, Nesta se quejaba de los aldeanos: no tenían modales, no tenían gracia, no tenían idea de lo fea que era la tela de la ropa que usaban y fingían que era tan fina como la seda o la gasa. Desde que nos habíamos quedado sin fortuna, los amigos que ellas habían tenido las ignoraban escrupulosamente, por lo que mis hermanas se paseaban como si los campesinos jóvenes de la aldea fueran un círculo social de segunda clase.

Tomé un trago de mi taza de agua caliente —ya no podíamos permitirnos el lujo de tomar té— mientras Nesta seguía con la historia que le estaba contando a Elain.

—Y entonces yo le dije a él: «Si vos creéis que me lo podéis preguntar como si nada, señor, ¡creo que voy a decir que no!». ¿Y sabes qué dijo Tomas? —Tenía los brazos apoyados sobre la mesa y los ojos muy abiertos. Elain negó con la cabeza.

—¿Tomas Mandray? —interrumpí—. ¿El segundo hijo del leñador?

Los ojos entre azules y grises de Nesta se entrecerraron.

—Sí —respondió, y se dio la vuelta para dirigirse de nuevo a Elain.

—¿Qué quiere? —Miré a mi padre. Ninguna reacción, ninguna señal de alarma o de que estuviera escuchando siquiera. Perdido en la niebla que le había cubierto la memoria, fuera la que fuese, sonreía sin énfasis a su adorada Elain, la única de nosotras que se molestaba en dirigirle la palabra.

—Quiere casarse con ella —dijo Elain con voz soñadora.

Yo parpadeé. Nesta inclinó la cabeza a un lado. Había visto ese movimiento en algunos predadores. A veces me preguntaba si, en el caso de que ella no hubiera estado tan preocupada por su pérdida de estatus, ese acero constante no podría habernos ayudado a sobrevivir, incluso a mejorar.

—¿Algún problema, Feyre? —Pronunció mi nombre como un insulto, y apreté la mandíbula hasta que me dolió.

Mi padre se movió en su asiento, parpadeando, y aunque yo sabía que era una estupidez responder a las provocaciones de Nesta, dije:

—¿No puedes partir leña para nosotros pero quieres casarte con el hijo del leñador?

Nesta enderezó los hombros.

—Yo pensé que querías que Elain y yo nos fuéramos de esta casa, que nos casáramos, para tener tiempo de pintar tus gloriosas obras de arte. —Hizo un gesto de desprecio hacia las flores de planta dedalera que yo había pintado a lo largo del borde de la mesa, los colores demasiado oscuros y demasiado azules, sin ninguna de las motas blancas que adornaban la parte interior de las

corolas; pero bueno, aunque me torturara no tener pintura blanca, me las había arreglado bien para hacer algo tan defectuoso y tan duradero.

Reprimí las ganas de cubrir la pintura con la mano. Tal vez al día siguiente la sacara de la mesa raspándola.

—Te aseguro —le dije— que el día que quieras casarte con alguien que valga la pena, voy a ir enseguida a su casa y voy a entregarte personalmente. Pero no vas a casarte con Tomas.

La mirada de Nesta se volvió desafiante.

—No hay nada que puedas hacer para impedirlo. Clare Beddor me ha dicho esta mañana que Tomas se me va a declarar uno de estos días, que ya lo tiene decidido. Así no tendré que comer más estas sobras. —Y agregó con una sonrisita—: Por lo menos yo no tengo que recurrir a revolcarme en el heno con Isaac Hale. Como un animal.

Mi padre dejó escapar una tos avergonzada y miró su jergón junto al fuego. Ya fuera por miedo o por sentimiento de culpa, él nunca había dicho ni una palabra contra Nesta, y por lo que parecía no pensaba empezar ahora, aunque fuera la primera vez que oía hablar de Isaac.

Apoyé las palmas de las manos sobre la mesa mientras la miraba fijamente. Elain apartó la mano del lugar donde la había apoyado, cerca de las mías, como si la suciedad y la sangre que había debajo de mis uñas pudiera saltar hacia su piel de porcelana.

—La familia de Tomas apenas si está mejor que la nuestra —dije, tratando de no gruñir—. Serías otra boca que alimentar, nada más. Si él no se da cuenta de eso, sus padres sí.

Pero Tomas se daba cuenta. Ya nos habíamos encontrado en los bosques, y yo había visto el brillo del hambre desesperada en esos ojos cuando él me vio acechando un grupo de conejos. Nunca había matado a otro ser humano, pero ese día sentí que mi cuchillo de caza era como un peso al costado del cuerpo. Desde entonces me había mantenido lejos de él.

—No podemos pagar una dote —continué yo, y aunque tenía el tono firme, mi voz se calmó—. Para ninguna de vosotras. —Si Nesta quería irse, que se fuera. Bien. Estaría un paso más cerca de alcanzar ese futuro pacífico, glorioso, una casa tranquila y suficiente comida y tiempo para pintar. Pero no teníamos nada, absolutamente nada, para atraer a ningún pretendiente, nada que llevara a que alguien alejara a mis hermanas de mí.

—Estamos enamorados —declaró Nesta, y Elain asintió. Casi solté una carcajada. ¿Cuándo había pasado ella de llorar a los posibles pretendientes aristócratas a poner ojos de cordero degollado por un campesino?

—El amor no llena el estómago —le repliqué, mirándola con dureza a los ojos.

Como si yo la hubiera golpeado, Nesta saltó del asiento.

—Estás celosa, es eso. Oí decir por ahí que Isaac se va a casar con una chica de la aldea de Campo Verde por una buena dote.

Yo también lo había oído; Isaac había estado hablando de ello en nuestro último encuentro.

—¿Celosa? —dije despacio, llevando muy adentro mi furia para esconderla—. No tenemos nada que ofrecerles..., ni dote ni ganado..., nada. Tal vez Tomas quiera casarse contigo, pero para él, tú... tú eres una carga.

—¿Qué sabes tú? —jadeó Nesta—. Tú eres una bestia medio salvaje y tienes el descaro de ladrar órdenes a los demás todo el día y toda la noche. Sigue así y un día... un día, Feyre, no vas a tener a nadie que te recuerde, a nadie le va a importar que hayas existido. —Se marchó furiosa, y Elain salió corriendo tras ella, llamándola para ofrecerle su apoyo, su consuelo. Cerraron la puerta del dormitorio con tanta fuerza que los platos temblaron en sus estantes.

Había oído esas palabras antes y sabía que ella las repetía solamente porque yo me había sentido muy mal la primera vez que me las escupió. De todos modos, me seguían doliendo.

Tomé un largo trago de la taza desportillada. El banco de madera de mi padre crujió cuando él se movió. Tomé otro trago y dije:

—Deberías tratar de hablar con ella.

Él examinaba una marca de carbón sobre la mesa.

—¿Qué voy a decirle? Si es amor...

—No puede ser amor, no por parte de él. No con esta familia horrible. Ya he visto cómo actúa Tomas en la aldea... Hay una sola cosa que quiere de Nesta, y no es su mano en matri...

—Necesitamos esperanza tanto como necesitamos pan y carne —me interrumpió él, con los ojos claros durante un momento extraño—. Necesitamos esperanza para seguir adelante. Así que, por favor, déjale a tu hermana su esperanza, Feyre. Deja que se imagine una vida mejor. Un mundo mejor.

Me puse de pie, los puños apretados, pero no había adónde huir en nuestra choza de dos habitaciones. Miré la pintura de las flores de dedalera descoloridas que había pintado en el borde de la mesa. Las flores más cercanas al exterior estaban descascarilladas y desvaídas, el fragmento más bajo del tallo completamente borrado. En unos años habría desaparecido... no quedaría ninguna marca, nada que indicara que alguna vez habían estado ahí. Que yo había estado ahí.

Cuando levanté la vista hacia mi padre, mi mirada era dura.

—Eso no existe.



Capítulo 3

La nieve pisoteada que cubría el sendero hacia la aldea estaba manchada de negro por el paso de los carros y los caballos. Elain y Nesta hacían chasquear la lengua y ponían caras raras mientras trataban de esquivar las partes más asquerosas cuando caminábamos. Sabía por qué estaban ahí: las dos vieron las pieles que yo había doblado para meter en el morral y habían cogido sus capas.

No me molesté en hablarles, así como ellas no se habían dignado a dirigirme la palabra desde la noche anterior, aunque Nesta se había despertado al amanecer y se había puesto a cortar leña. Con toda probabilidad porque sabía que yo vendería las pieles en el

mercado y que, por lo tanto, volvería a casa con dinero en el bolsillo. Las dos me siguieron por el camino solitario que describía su curso a través de los campos cubiertos de nieve hasta la aldea ruinosa.

Las casas de piedra de la aldea eran idénticas y aburridas, más tristes aún bajo la luz tétrica del invierno. Pero era un día de mercado, lo cual significaba que el pequeño espacio cuadrado en el centro de la aldea estaría ocupado por todos los vendedores que se hubieran atrevido a salir en esa fría mañana.

Una calle antes, flotó hasta nosotras el olor de la comida caliente: aromas que colgaban en el borde de mi memoria, llamándome. Elain dejó escapar un gemido suave detrás de mí. Especias, sal, azúcar..., sabores muy poco frecuentes en nuestra aldea, absolutamente fuera de nuestro alcance.

Si me iba bien en el mercado, tal vez tendría suficiente dinero como para comprar algo delicioso. Abrí la boca para sugerirlo, pero en ese momento giramos una esquina y casi tropezamos unas con otras al detenernos.

—Que la Luz Inmortal brille sobre vosotras, hermanas —dijo la joven de túnica pálida que estaba de pie cortándonos el paso.

Nesta y Elain hicieron ruidos de desaprobación; yo dejé escapar un suspiro. Lo último que necesitaba era que los hijos de los benditos estuvieran en la aldea, irritando y molestando a todo el mundo. En general, los ancianos de la aldea les permitían quedarse durante unas pocas horas, pero la sola presencia de esos tontos fanáticos que seguían adorando a los altos fae ponía nerviosos a todos. A mí también. Hacía tiempo, los altos fae habían sido nuestros señores, no nuestros dioses. Y no habían sido amables, por cierto.

La joven extendió sus manos blancas como la luna en un gesto de bienvenida; un brazalete de campanillas de plata —plata de verdad— le tintineaba en la muñeca.

—¿Tenéis un momento para oír la palabra de los benditos?

—No —gruñó Nesta, ignorando las manos de la joven y empujando a Elain para que siguiera adelante—. No tenemos un momento.

El pelo oscuro y suelto de la joven brillaba en la luz de la mañana, y la cara limpia, fresca, se le abrió en una preciosa sonrisa. Había otros cinco acólitos tras ella, todos jóvenes, mujeres y varones, con el cabello largo, sin cortar; todos buscaban a quien los escuchara en el mercado.

—Un momento solamente —dijo la mujer, y volvió a ponerse en el camino de Nesta.

Era impresionante, realmente impresionante, ver a Nesta enderezarse hasta quedar recta como un clavo, lanzar los hombros hacia atrás y mirar a la joven acólita como una reina sin trono.

—Ve a recitar tus estupideces de fanática a los tontos. No vas a encontrar posibles conversos por aquí.

La muchacha se estremeció, y una sombra pasó por sus ojos marrones. Yo contuve mi lengua. Tal vez no era la mejor manera de tratar con ellos: se podían convertir en una tremenda molestia cuando se sentían agredidos verbalmente...

Nesta levantó una mano y deslizó la manga del abrigo hacia atrás para mostrarle el brazalete de hierro. El mismo que usaba Elain; se habían comprado dos iguales hacía ya años. La muchacha jadeó, los ojos muy abiertos.

—¿Ves esto? —siseó Nesta mientras daba un paso adelante. La muchacha retrocedió—. Es lo que tú también deberías llevar. No unas campanitas de plata para atraer a esos monstruos inmortales.

—¿Cómo te atreves a usar esa horrible afrenta que ofende a nuestros amigos inmortales...?

—Vete a predicar a otra aldea —escupió Nesta.

Dos esposas de granjeros, bonitas y regordetas, pasaron despacio en su camino al mercado, una del brazo de la otra. Cuando se acercaron a los acólitos, las caras se les torcieron en muecas de disgusto.

—Puta amante de los inmortales —susurró una. Yo no estaba en desacuerdo.

Los acólitos guardaron silencio. La otra aldeana —lo bastante rica para llevar un collar de hierro forjado alrededor del cuello— entrecerró los ojos, el labio superior encogido para mostrar los dientes.

—¿No entendéis, idiotas, lo que nos hicieron esos monstruos en todos estos siglos? ¿Lo que siguen haciéndonos por diversión, cuando consiguen salirse con la suya? Os merecéis el final que vais a tener en las tierras de los inmortales. Tontos y putas..., todos vosotros.

Nesta asintió y miró a las mujeres mientras ellas seguían su camino. Le dimos la espalda a la joven que continuaba de pie frente a nosotras, y hasta Elain hizo una mueca de desagrado.

Pero la joven tomó aire, serenó el gesto de su cara, y dijo:

—Yo también viví en esa ignorancia hasta que escuché la palabra de los benditos. Crecí en una aldea muy parecida a esta, tan amarga y tétrica como esta. Pero hace un mes, una amiga de mi primo fue a la frontera; era nuestra ofrenda a Prythian y ellos la aceptaron. Ahora vive en medio de riquezas y comodidad, es la novia de un alto fae, y también puede pasaros a vosotras si os tomáis un momento para...

—Seguramente se la comieron —dijo Nesta—. Por eso no volvió.

O peor, pensé yo, si es que realmente había habido un alto fae involucrado en sacar a una humana de nuestro mundo y llevarla a Prythian. Nunca había visto a los crueles altos fae de aspecto humano que mandaban en Prythian ni a los inmortales que ocupaban sus tierras, con sus escamas y alas y brazos largos, delgados, capaces de arrastrar a cualquiera muy abajo, lejos de la superficie, en los estanques olvidados. Yo no sabía cuál de esos dos destinos era peor.

La cara de la muchacha se puso tensa.

—Nuestros amos benevolentes no nos harían daño, eso nunca. Prythian es una tierra de paz y riqueza. Si alguna de vosotras tiene la bendición de recibir la atención de uno de ellos, será feliz cuando viva allí.

Nesta puso los ojos en blanco. Elain miraba hacia el mercado, allá delante, a las aldeanas que también miraban. Era el momento de marcharnos.

Nesta abrió la boca de nuevo para decir algo, pero rápidamente me metí entre las dos y observé la capa celeste, las joyas de plata, la limpieza profunda de esa piel. Ni una marca, ni una arruga.

—Estás peleando una batalla que ya está perdida —le dije a la chica.

—Una causa justa. —La joven brillaba en su beatitud.

Empujé despacio a Nesta para que siguiera adelante y le respondí a la acólita:

—No, no es una causa justa.

Sentía la atención de los acólitos fija en nosotras cuando entramos en la plaza del mercado, aunque no me volví para mirarlos. Muy pronto se irían a predicar a otra aldea. Nosotras tendríamos que dar un largo rodeo para no encontrarnos con ellos a la vuelta. En cuanto estuvimos lejos, miré a mis hermanas por encima del hombro. La cara de Elain seguía muda en una mueca, pero los ojos de Nesta estaban furiosos, los labios apretados. Me pregunté si no volvería atrás, buscaría a la muchacha y se pondría a pelear con ella.

No era mi problema, no en ese momento.

—Nos vemos aquí dentro de una hora —dije, y no les di tiempo a que me siguieran. Me deslicé hacia la plaza llena de gente.

Me llevó poco rato pensar en mis tres opciones. Estaban mis dos compradores de siempre: el curtido zapatero remendón y el sastre de ojos agudos que viajaban al mercado desde un pueblo cercano, y la desconocida: una montaña de mujer sentada en el borde de nuestra fuente destruida, sin carro ni puesto propio, pero

con aspecto de ser la reina en una corte. Marcada por las armas que llevaba y las cicatrices que mostraba, era fácil saber qué era: una mercenaria.

Sentí los ojos del zapatero y del sastre sobre mí, y tuve la sensación de que fingían desinterés pero miraban con atención mi morral. De acuerdo..., ahora sabía cómo sería esa jornada.

Me acerqué a la mercenaria, cuyo cabello grueso, oscuro, le llegaba al mentón. La cara quemada por el sol parecía de granito y los ojos negros se le entrecerraron un poco cuando me vio. Ojos muy interesantes..., no solo un tono de negro sino... muchos, con pintas marrones que brillaban entre las sombras. Empujé contra esa parte inútil de mi mente el instinto que me hacía pensar en color y luz y forma, y mantuve los hombros hacia atrás mientras ella me juzgaba como una amenaza potencial o quizá una potencial empleadora. Las armas que llevaba —brillantes y llenas de maldad— eran suficientes para hacerme tragar saliva. Y para detenerme a medio metro de distancia.

—No cambio mercancía por mis servicios —dijo ella. La voz tenía un acento que yo no había oído antes—. Solo acepto monedas.

Algunos aldeanos trataron de no parecer demasiado interesados en nuestra conversación, especialmente cuando yo dije:

—Entonces, en este lugar no vas a tener suerte.

Ella era enorme, incluso cuando estaba sentada.

—¿Qué quieres de mí, niña?

Era difícil saber la edad que tenía, cualquier número entre veinticinco y treinta, pero supuse que yo le parecía una niña por mi aspecto, carcomida por el hambre.

—Tengo una piel de lobo y una de ciervo para vender. Pensé que tal vez querrías comprarlas.

—¿Las robaste?

—No. —Le sostuve la mirada—. Cacé a esos animales. Lo juro.

Ella me recorrió con sus ojos oscuros una vez más.

—Cómo. —No era una pregunta, era una orden. Tal vez era alguien que se había encontrado con otros que no creían que los juramentos fueran sagrados, que las palabras significaran obligaciones. Y tal vez los había castigado como correspondía.

Así que le conté cómo los había matado, y cuando terminé, ella tendió una mano hacia el morral.

—Quiero verlos. —Yo saqué las dos pieles, dobladas con cuidado.

—No mentías sobre el tamaño del lobo —murmuró ella—. No parece un inmortal. —Examinó las dos pieles con ojo experto, pasando las manos sobre ellas una y otra vez. Me dijo el precio.

Yo parpadeé, pero me dominé para no parpadear de nuevo. Estaba pagándome de más..., mucho más.

Ella miró más allá de mí, como a través de mi cuerpo.

—Supongo que esas dos chicas que miran desde el otro lado de la plaza son tus hermanas. Todas vosotras tenéis ese pelo de bronce y esa mirada de hambre. —Sí, claro, las dos seguían tratando de espiar sin que yo las viera.

—No necesito tu lástima.

—No, pero sí mi dinero, y los otros comerciantes están pagando muy barato esta mañana. Todo el mundo está demasiado distraído con esos fanáticos de ojos de vaca que gritan en la plaza. —Señaló con el mentón a los hijos de los benditos, que seguían haciendo sonar sus campanillas de plata y saltando al paso de cualquiera que tratara de llegar al mercado.

La mercenaria sonreía de manera apenas perceptible cuando la miré de nuevo.

—Es tu decisión, muchacha.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Alguien hizo lo mismo por mí y los míos una vez, en el momento en que más lo necesitábamos. Supongo que es tiempo de devolver lo que debo.

Yo la miré de nuevo, sopesando su oferta.

—Mi padre tiene algunas tallas de madera que podría darte también..., para que fuera más justo.

—Viajo con poco equipaje. No las necesito. Esto, en cambio —tocó las pieles que tenía en las manos—, me puede ahorrar el esfuerzo de matar a las presas yo misma.

Yo asentí. Tenía las mejillas calientes mientras ella buscaba la bolsa de monedas dentro del abrigo. Estaba llena... y pesaba mucho, plata y tal vez oro, si es que podía tomarse como indicación el ruido del metal. Los mercenarios solían cobrar buena paga en nuestro territorio.

Este era demasiado pequeño y pobre como para mantener un ejército que vigilara el muro que nos separaba de Prythian, y nosotros, los aldeanos, confiábamos solamente en la fuerza del tratado forjado hacía quinientos años. Pero la clase alta se podía permitir pagar espadas de alquiler, como la de esa mujer, y pedirles que guardaran las tierras que estaban junto al reino de los inmortales. Era una ilusión, un consuelo, como las marcas en el umbral de nuestra puerta. En el fondo, todos sabíamos que contra los inmortales no había nada que hacer. A todos nos lo habían dicho desde el momento en que nacíamos; a todos nos cantaban esas advertencias mientras nos mecían en la cuna, y después con las cancioncitas que se entonaban en los patios de las escuelas. Un alto fae podría convertir los huesos de cualquiera en polvo a cien metros de distancia. Y no lo digo porque mis hermanas o yo hubiéramos visto alguno.

Pero seguíamos tratando de creer que algo, cualquier cosa, funcionaría contra ellos si alguna vez nos los encontrábamos. Había dos puestos en el mercado que se aprovechaban de esos miedos y ofrecían hechizos, encantamientos, chucherías y pedazos de hierro. Yo no podía permitirme comprarlos, y si realmente funcionaban, solo nos habrían concedido un par de minutos para prepararnos. Correr era inútil; pelear, también. Pero Nesta y Elain seguían usando sus brazaletes de hierro cada vez que salían de la choza. Hasta Isaac tenía una pulsera de hierro alrededor de la muñeca, siempre metida

bajo la manga. Una vez me había ofrecido comprarme una, pero yo me había negado. Me había parecido demasiado personal, demasiado semejante a una paga, un recordatorio demasiado... permanente de lo que éramos y no éramos uno del otro, fuera lo que fuese.

La mercenaria transfirió las monedas a mi palma y yo me las metí en el bolsillo, un peso tan enorme como la piedra de un molino. No había ninguna posibilidad de que mis hermanas no hubieran visto el dinero, ninguna posibilidad de que no estuvieran preguntándose ya cómo podían convencerme para que les diera algo.

—Gracias —le dije a la mercenaria, tratando de no elevar la voz sin conseguirlo mientras sentía que mis hermanas se acercaban, como buitres que vuelan en círculo sobre un cuerpo muerto.

La mercenaria acarició la suave piel del lobo.

—Unas palabras de consejo, de una cazadora a otra.

Yo levanté las cejas.

—No te metas demasiado profundamente en el bosque. Yo ni siquiera me acercaría al lugar en el que estuviste ayer. Un lobo de este tamaño sería el menor de tus problemas. Me llegan más y más historias que afirman que esas cosas atraviesan el muro.

Un frío helado me bajó por la columna.

—¿Van... van a atacarnos? —Si eso era verdad, tenía que encontrar una forma de sacar a mi familia de ese territorio miserable, húmedo, y trasladarlos a todos al sur, lejos del muro invisible que dividía en dos nuestro mundo, llevármelos antes de que ellos lo cruzaran.

Una vez —hacía mucho tiempo y durante milenios—, habíamos sido esclavos de los señores, los alto fae. Una vez, habíamos creado para ellos civilizaciones gloriosas que se expandían, habían construido todo eso con nuestra sangre y nuestro sudor, habíamos levantado templos para sus dioses salvajes. Una vez, nos habíamos rebelado, en todas las tierras, en todos los territorios. La guerra había sido tan sangrienta, tan destructiva, que pasaron seis reinas mortales hasta que se forjó el tratado que detuvo la matanza de

ambos lados y se construyó el muro: el norte de nuestro mundo concedido a los altos fae y los inmortales, que se llevaron su magia con ellos; el sur para nosotros, los humanos, encogidos de miedo, obligados para siempre a arrancar el alimento de la tierra.

—Nadie sabe lo que planean los inmortales —dijo la mercenaria, con expresión pétrea—. No sabemos si el dominio de los altos señores sobre sus bestias se está debilitando o si son ataques dirigidos. Yo fui guardia de un viejo noble que decía que todo había estado empeorando en estos últimos cincuenta años. Hace dos semanas, el hombre se marchó al sur en un bote y me dijo que si era inteligente yo me iría también. Antes de partir, admitió que uno de sus amigos le había dicho que una manada de martax cruzó el muro en mitad de la noche y destrozó la mitad de su aldea.

—¿Martax? —jadeé. Sabía que había distintos tipos de inmortales, que eran tan variados como cualquier otra especie de animales, pero conocía muy pocos por su nombre.

Los ojos de la mercenaria, oscuros como la noche, destellaron.

—Cuerpo alto como el de un oso, cabeza parecida a la de un león y tres filas de dientes más afilados que los de un tiburón. Y malos, más malos que esos tres animales juntos. Dejaron a los aldeanos hechos pedazos, dijo el noble.

Se me revolvió el estómago. Detrás de nosotras, mis hermanas parecían tan frágiles, la piel pálida tan infinitamente fácil de rasgar. Contra algo como un martax no tendríamos ni una oportunidad. Esos hijos de los benditos eran tontos, tontos fanáticos.

—Así que no sabemos qué significan todos estos ataques —siguió la mercenaria—, excepto más pieles para mí y que tú te quedes bien lejos del muro. Sobre todo si empiezan a aparecer los altos fae, o peor, uno de los altos lores. Si aparecen, los martax van a parecer perros a su lado.

Estudié sus manos resecas, agrietadas por el frío.

—¿Alguna vez te has enfrentado a otro tipo de inmortal?

Los ojos de ella se cerraron.

—No es algo que quieras saber, muchacha, no a menos que quieras vomitar el desayuno.

Y tenía razón: me sentía descompuesta, descompuesta y asustada.

—¿Era más letal que el martax? —me atreví a preguntar.

La mujer se levantó la manga del pesado abrigo y dejó al descubierto un antebrazo tostado por el sol, musculoso, poblado de cicatrices enormes, retorcidas. El arco que trazaban era tan similar a...

—No tenía la fuerza bruta o el tamaño de un martax —dijo—, pero su mordisco estaba cargado de veneno... Dos meses me llevó levantarme; cuatro tener la fuerza necesaria para volver a caminar. —Se remangó la pernera de los pantalones. «Hermoso», pensé, aunque el horror me revolvió los intestinos. Contra la piel tostada, las venas eran negras, un negro sólido, una tela de araña que se abría como la escarcha—. El sanador dijo que no se podía hacer nada..., que yo era afortunada por haber vuelto a caminar a pesar de este veneno en las piernas. Tal vez algún día me mate, tal vez me deje inválida. Bueno, por lo menos, si muero, me voy a ir sabiendo que lo maté.

Me pareció que se me helaba la sangre en las venas mientras ella se bajaba la pernera del pantalón. Si alguien lo había visto en la plaza, nadie se atrevió a decir nada sobre el asunto, ni tampoco a acercarse. Y yo ya tenía suficiente por un día. Así que di un paso atrás y me recompuse de lo que ella me había dicho, de lo que me había mostrado.

—Gracias por las advertencias —le dije.

Su atención se desvió hacia algo detrás de mí y me dedicó una sonrisa levemente divertida.

—Buena suerte.

Entonces, una mano delgada se me aferró al antebrazo y me arrastró hacia ella. Yo sabía que era Nesta antes de volverme.

—Son peligrosos —susurró ella, los dedos clavados en mi brazo mientras me arrastraba para alejarme de la mercenaria—. No te acerques a ellos de nuevo.

La miré durante un momento, y después a Elain, que tenía la cara pálida y tensa.

—¿Hay algo que yo tenga que saber? —pregunté con calma. No recordaba la última vez que Nesta hubiera tratado de advertirme contra algo. Elain era la única que se molestaba en cuidarme.

—Son brutos, se quedan con todas la monedas que pueden..., hasta por la fuerza.

Yo eché una mirada a la mercenaria, que seguía examinando sus nuevas pieles.

—¿Te ha robado?

—Ella no —murmuró Elain—. Otro que pasaba. Solo teníamos unas pocas monedas y él se puso nervioso, pero...

—¿Por qué no lo denunciaste... o me lo dijiste a mí?

—¿Qué habrías hecho? —se burló Nesta—. ¿Desafiarlo a una pelea con un arco y unas flechas? ¿Y quién en esta cloaca se preocuparía si denunciáramos algo?

—¿Y tu Tomas Mandray? —pregunté con frialdad.

Los ojos de Nesta relampaguearon, pero en ese momento hubo un movimiento detrás de mí y me dedicó lo que supongo que era una sonrisa dulce... Seguramente recordó el dinero que yo llevaba conmigo.

—Tu amigo te espera.

Me di la vuelta. Y sí, Isaac nos miraba desde el otro lado de la plaza, los brazos cruzados, el cuerpo recostado contra un edificio. Aunque era el hijo primogénito del único granjero rico de nuestra aldea, estaba delgado a causa del invierno; ya no le brillaba el cabello castaño. Bastante buen mozo, de voz suave y reservado, pero con una especie de oscuridad que le corría por dentro, esa oscuridad que nos hacía acercarnos: la comprensión compartida de la desdicha profunda en nuestras vidas presentes y también futuras.

Nos habíamos conocido vagamente hacía años —cuando mi familia había llegado a la aldea—, pero nunca había pensado demasiado en él hasta que una tarde, por casualidad, nos encontramos caminando en la misma dirección por la calle principal. Solo conversamos sobre los huevos que él estaba llevando al mercado, y yo admiré los colores del interior de la canasta: marrones y tostados, celestes y verdes claros. Simple, fácil, tal vez un poquito incómodo, pero por lo menos me acompañó a la choza y me sentí con menos... con menos soledad. Una semana más tarde, lo empujé al granero decrépito.

Él había sido mi primer amante y el único en los dos años que siguieron. A veces nos encontrábamos todas las noches durante una semana seguida; otras, pasábamos un mes sin vernos. Pero siempre era igual: una avalancha de ropas desprendidas y alientos unidos y lenguas y dientes. Ocasionalmente hablábamos, o más bien hablaba él sobre las presiones y las cargas que le imponía su padre. Con frecuencia, no cruzábamos ni una palabra. No puedo decir que la forma en que hacíamos el amor fuera particularmente experta, pero seguía siendo un alivio, un respiro, un poquito de egoísmo.

No había amor entre los dos y nunca lo había habido —por lo menos no eso que yo suponía que querían decir otros cuando hablaban de amor—, y, sin embargo, algo se había desplomado dentro de mí cuando él dijo que muy pronto se iba a casar. Mi desesperación no llegaba a tanto como para pedirle que nos viéramos después de la boda, aún no.

Isaac inclinó la cabeza en un gesto familiar y después se alejó calle abajo, directo hacia las afueras de la aldea y hacia el viejo granero, donde se quedaría esperando. Nunca escondíamos mucho nuestros encuentros, aunque tomábamos medidas para que no fueran demasiado obvios.

Nesta chasqueó la lengua y cruzó los brazos.

—Espero que estéis tomando precauciones.

—Es un poquito tarde para preocuparse —dije. Pero sí, tomábamos precauciones. Como yo no podía permitírmelo, Isaac bebía el brebaje anticonceptivo. Sabía que yo no lo tocaría sin que lo hubiera hecho.

Busqué en el bolsillo y saqué una moneda de veinte marcas. Elain dejó escapar un jadeo y yo ni me molesté en mirar a ninguna de mis hermanas mientras la ponía en la palma de su mano y les decía:

—Os veré en casa.

Más tarde, después de cenar otra vez venado, cuando estábamos todos reunidos alrededor del fuego durante la hora tranquila que sigue a la comida, miré cómo mis hermanas susurraban y se reían. Se habían gastado todo el dinero que les había dado, no sabía en qué, aunque Elain había llevado a casa un nuevo cincel para las tallas de madera de mi padre. La capa y las botas que tanto les habían preocupado las habían pagado demasiado caras. Pero no me enfrenté a ellas por eso, no cuando Nesta salió una vez más a partir leña sin que yo se lo pidiera. Por suerte, habíamos podido evitar toda confrontación con los hijos de los benditos.

Mi padre estaba medio dormido en su silla, el bastón sobre la rodilla torcida. Un momento tan bueno como cualquier otro para sacar el tema de Tomas Mandray y Nesta. Yo me volví y abrí la boca.

Pero en ese instante, me ensordeció un rugido y mis hermanas gritaron; la nieve entró en la habitación y una forma enorme, furiosa, apareció en el umbral.



Capítulo 4

Yo no sabía cómo había llegado a mi mano el mango de madera de mi cuchillo de caza. Los primeros momentos fueron una confusión de la furia de una bestia gigante de pelo dorado, los gritos agudos de mis hermanas, el frío desgarrador que entró en cascada en la habitación y la cara de mi padre, demudada por el terror.

No era un martax, me di cuenta enseguida, pero el alivio fue breve. La bestia era por lo menos tan grande como un caballo, y aunque tenía un cuerpo más bien felino, la cabeza se parecía más a la de un lobo. No sabía qué pensar de los cuernos, que eran curvados como los de un alce. Pero león, sabueso o alce, no había duda del daño que podían hacer esas garras negras, afiladas como dagas, y esos colmillos amarillos.

Si yo hubiera estado sola en los bosques, tal vez me habría dejado devorar por el miedo, tal vez habría caído de rodillas y pedido con lágrimas en los ojos una muerte rápida, limpia. Pero no tenía tiempo para el terror, no quería entregar ni un poquito de mi espacio a pesar del corazón que me latía, salvaje, en los oídos. De alguna forma, terminé delante de mis hermanas, mientras la criatura se levantaba apoyándose en las patas traseras y lanzaba un aullido a través de una boca llena de dientes:

—¡Asesinos!

Pero la palabra que hacía eco dentro de mí era...

Inmortal.

Esos guardianes ridículos del umbral eran como telas de araña contra él. Sentí que debería haberle preguntado a la mercenaria qué había hecho para matar al inmortal. Pero el cuello grueso de la bestia..., sí, ese lugar parecía un buen hogar para el cuchillo.

Me atreví a echar una mirada por encima del hombro. Mis hermanas gritaban, arrodilladas contra la pared del hogar; mi padre, en cuclillas frente a ellas. Otro cuerpo más que defender. Como una estúpida, di un paso hacia el inmortal, con la mesa siempre entre los dos, mientras luchaba contra el temblor que me sacudía la mano. Mi arco y mis flechas estaban al otro lado de la habitación..., la bestia estaba entre ellos y yo. Tendría que rodearlo para alcanzar la flecha de fresno. Y ganar el tiempo necesario para dispararla.

—¡Asesinos! —rugió la bestia de nuevo. El pelo erizado lo hacía parecer aún más grande.

—P... por favor —balbució mi padre detrás de mí; carente de coraje para ponerse a mi lado—. No sé qué hemos hecho..., pero sea lo que sea, ha sido sin intención...

—No... nosotros no hemos matado a nadie —agregó Nesta, ahogándose en sollozos, el brazo sobre la cabeza, como si ese pequeño brazalete de hierro pudiera hacerle algo a la criatura.

Yo tomé otro cuchillo de la mesa; era mi mejor oportunidad hasta que consiguiera llegar al carcaj.

—¡Fuera! —le ladré a la criatura, y agité los cuchillos frente a mí. No había nada de hierro cerca que pudiera usar como arma..., a menos que le arrojara los brazaletes de mis hermanas—. ¡Fuera, fuera! —Mis manos temblorosas apenas si conseguían seguir sosteniendo los cuchillos. Un clavo... Eso es, buscaría un clavo de hierro.

Él aulló en respuesta y toda la choza se estremeció, los platos y las tazas entrechocaron unos con otros. Pero la bestia dejó su cuello al descubierto. Yo le arrojé el cuchillo de caza.

Rápido, tanto que casi no lo vi, levantó una garra y lo envió a un rincón, repicando, mientras se ponía frente a mi cara mostrando los dientes.

Yo salté hacia atrás y casi tropecé contra mi padre, que seguía acurrucado en el suelo. El inmortal podría haberme matado, sí, sin duda, pero el gesto había sido una advertencia. Nesta y Elain, que lloraban, rezaban a los dioses olvidados, a cualquier dios que pudiera andar por los alrededores.

—¿Quién lo mató? —La criatura dio un paso hacia nosotros. Puso una pata en la mesa, que crujió bajo su peso. Las garras hicieron un ruido seco cuando las hundió en la madera, una por una.

Me atreví a dar otro paso hacia delante mientras la bestia estiraba el hocico sobre la mesa para olernos. Tenía los ojos verdes con puntos de color ámbar. No eran ojos de animal, no con esa forma y esos colores. Mi voz sonó sorprendentemente firme cuando lo desafié:

—¿Matar a quién?

Él gruñó; su voz era grave, furiosa.

—El lobo —dijo, y mi corazón dejó de latir un instante. Había cesado de rugir, pero la rabia seguía ahí..., tal vez hasta con algo de tristeza.

El alarido de Elain se convirtió en un grito muy agudo. Yo mantuve el mentón en alto.

—¿Un lobo?

—Un lobo grande, de pelo gris —ladró él como respuesta. ¿Se daría cuenta si le mentía? Los inmortales no podían mentir, todos los mortales lo sabíamos, pero ¿olían las mentiras en las lenguas humanas? No teníamos oportunidad alguna de escapar con una pelea, pero tal vez hubiera otras formas.

—Si alguien mató al lobo por error —le dije a la bestia con la mayor calma que conseguí reunir—, ¿qué pago podríamos ofrecer a cambio? —Todo esto era una pesadilla; me despertaría dentro de un momento junto al fuego, exhausta después del día en el mercado y de mi tarde con Isaac.

La bestia dejó escapar un ladrido que podría haber sido una risa amarga. Empujó la mesa y se puso a caminar en un círculo muy pequeño frente a la puerta destrozada. El frío era tan intenso que yo temblaba.

—El pago que tiene que ofrecer es el que exige el tratado entre nuestros dos reinos.

—¿Por un lobo? —pregunté, y mi padre murmuró mi nombre como advirtiéndome. Yo tenía vagos recuerdos de haber leído el tratado durante mis lecciones de infancia, pero no me acordaba de que dijera nada sobre lobos.

La bestia se volvió hacia mí.

—¿Quién mató al lobo?

Clavé la vista en esos ojos de jade.

—Yo.

Él parpadeó y echó una mirada a mis hermanas, después de nuevo a mí, a mi delgadez, sin duda, y vio solamente fragilidad.

—Estás mintiendo para salvarlas.

—¡Nosotras no matamos a nadie! —sollozó Elain—. ¡Por favor, por favor..., ten piedad!

Nesta le chistó para que se callara en medio de sus propios llantos y empujó a Elain detrás de ella. Sentí un nudo en mi pecho cuando vi ese gesto.

Mi padre se puso de pie, gruñendo por el dolor en la pierna, se tambaleó un instante, pero antes de que pudiera caminar renqueando hacia mí, repetí:

—Yo lo maté. —La bestia, que había estado oliendo a mis hermanas, me estudió. Levanté los hombros—. He vendido la piel en el mercado esta mañana. Si hubiera sabido que era un inmortal no lo habría tocado.

—Mentirosa —siseó él—. Lo sabías. Te habrías sentido más tentada a matarlo si hubieras sabido que era uno de los nuestros.

Verdad, verdad, verdad.

—¿No es lógico?

»¿Te atacó? ¿Te provocó?

Yo abrí la boca para decir que sí, pero respondí:

—No. —Entonces dejé salir un tono agresivo—. Pero si se considera lo que vuestra especie le hizo a la nuestra, lo que sigue queriendo hacernos, se lo merecía aunque yo lo hubiera sabido, aunque no hubiera tenido ninguna duda.

Mejor morir con la frente en alto que llorando como un gusano cobarde. Aunque el gruñido de respuesta fuera la definición de la rabia, de la furia desatada.

La luz del fuego brillaba sobre los colmillos de la bestia, y me pregunté cómo se sentirían en el cuello y a qué tono llegaría el grito de mis hermanas cuando ellas también murieran. Pero sabía —con una claridad súbita que me iba invadiendo por dentro— que Nesta haría todo lo posible para darle a Elain tiempo para huir. No a mi padre, contra quien albergaba un resentimiento que ocupaba todo su corazón de acero. No a mí, porque Nesta siempre había sabido que ella y yo éramos dos caras de la misma moneda y que yo era muy capaz de pelear mis propias batallas. Nesta siempre lo había sabido y odiaba que fuera así. Pero Elain, la sembradora de flores, la de corazón amable... Nesta se dejaría matar por ella.

Fue ese rayo de comprensión el que me hizo agitar el cuchillo que me quedaba frente a la bestia.

—¿Cuál es el pago que pide el tratado?

Sus ojos no dejaron de mirarme mientras decía:

—Una vida por una vida. Cualquier ataque sin provocación a un inmortal debe pagarse con una vida humana.

Mis hermanas dejaron de llorar. La mercenaria del pueblo había matado a un inmortal..., pero el inmortal la había atacado primero.

—Yo no lo sabía —dije—. No conocía esa parte del tratado.

Los inmortales no podían mentir..., y él hablaba con simpleza, sin retorcer las palabras.

—La mayoría de los mortales prefieren olvidar esa parte —dijo —, lo cual hace que sea todavía más fácil disfrutar de castigarlos.

Me temblaron las rodillas. No iba a poder escapar, no podía correr más rápido que él. Ni siquiera iba a poder tratar de hacerlo, porque él estaba bloqueándome la salida.

—Fuera —susurré con voz temblorosa—, hazlo fuera. Aquí... aquí no. —No donde mi familia tuviera que limpiar la sangre y las tripas más tarde. Si es que él decidía no matarlos.

El inmortal soltó una risa horrenda.

—¿Te es tan fácil aceptar tu destino? —Yo lo miré sin decir nada, y entonces, él dijo—: Por haber tenido el valor de pedirme que te matara en un lugar determinado, voy a decirte un secreto, humana: Prythian debe pedirte tu vida a cambio de la que tomaste. Debe pedírtela, sí, en algún sentido. Así que, como representante de ese reino inmortal, puedo desangrarte como a un cerdo o... puedes cruzar el muro y vivir el resto de tus días en Prythian.

Yo parpadeé.

—¿Qué?

Él lo repitió despacio, como si yo fuera más estúpida que el cerdo que había mencionado.

—Puedes morir esta noche... o puedes ofrecer tu vida a Prythian viviendo allí para siempre. Tendrías que abandonar el reino de los seres humanos.

—Hazlo, Feyre —susurró mi padre detrás de mí—. Vete. —Yo no lo miré.

—¿Vivir dónde? Prythian es letal para nosotros, todos y cada uno de los rincones de ese lugar... —Era mejor morir aquella misma noche que vivir en el terror del otro lado del muro hasta que finalmente encontrara la muerte de una manera todavía más horrenda.

—Yo tengo tierras —dijo el inmortal con calma, como si no quisiera decirlo—. Te doy permiso para vivir allí.

—¿Para qué molestarse? —Tal vez era una pregunta tonta, pero...

—¡Tú mataste a mi amigo! —ladró el inmortal—. Lo asesinaste, le arrancaste la piel, la vendiste en el mercado y después dijiste que se lo merecía. ¿Y tienes el descaro de cuestionar mi generosidad?

«Qué actitud tan típica de los humanos», parecía pensar en silencio.

—No hacía falta que lo mencionaras. —Me acerqué tanto a él que su aliento me calentó la cara. Los inmortales no mentían, pero podían omitir información.

El inmortal ladró de nuevo:

—Es muy tonto por mi parte olvidar que los humanos tienen una opinión tan baja de nosotros. ¿Es que ya no entienden la piedad? —dijo, los colmillos moviéndose a centímetros de mi cuello —. A ver si me entiendes, muchacha: puedes venir a vivir a mi casa en Prythian, ofrecer tu vida por la del lobo de esa forma, o salir ahora mismo y dejar que te haga pedazos. Es tu decisión.

Los pasos temblorosos de mi padre sonaron en el aire y un instante después me tomó del hombro.

—Por favor, buen señor..., Feyre es mi hija menor. Te ruego, te ruego que la perdones. Ella es lo único... lo único... —Pero lo que iba a decir, fuera lo que fuese, murió en su garganta cuando la bestia rugió de nuevo. Y sin embargo, oír esas pocas palabras que se había atrevido a pronunciar, el esfuerzo que había hecho... era como una hoja de acero clavada en el vientre. Papá se encogió mientras repetía—: Por favor...

—¡Silencio! —ladró la criatura, y la rabia brotó en mí con tanta fuerza que fue toda una hazaña controlarme para no clavarle la daga en el ojo. Pero yo sabía que para cuando levantara el brazo él tendría las garras alrededor de mi cuello.

—Puedo darte oro... —dijo mi padre, y la rabia me desbordó. La única forma en que él podría conseguir dinero era pidiendo limosna. E incluso así, necesitaba mucha suerte para que le dieran unas pocas monedas. Yo había visto la falta de piedad de los ricos en mi aldea. Los monstruos de nuestro reino mortal eran tan malos como los que vivían al otro lado del muro.

La bestia se burló de su tono implorante.

—¿Cuánto vale la vida de tu hija para ti, humano? ¿Crees que se la puede comparar con una suma de dinero?

Nesta seguía protegiendo a Elain detrás de ella; su cara estaba tan pálida que parecía competir con la nieve que entraba en ráfagas por la puerta abierta. Pero Nesta vigilaba con cuidado cada uno de los movimientos de la bestia, el ceño fruncido. No se preocupó por mirar a mi padre..., como si supiera la respuesta.

Cuando mi padre no contestó, yo me atreví a dar un paso más hacia el inmortal para que me prestase atención a mí, a mí únicamente. Tenía que sacarlo de la casa, alejarlo de mi familia. Por la forma en que había tirado al suelo el cuchillo, cualquier esperanza de escapar dependía de atacarlo por sorpresa. Con su oído agudo, dudaba que me diera alguna oportunidad, al menos no en los próximos momentos, no hasta que él me considerara dócil. Si trataba de atacarlo y huir antes de que llegara ese momento, él destruiría a mi familia solo por el placer de hacerlo. Y después me buscaría y me encontraría. No, tenía que irme con él, no había otra opción. Y después, más tarde, tal vez encontraría una oportunidad para cortarle ese cuello de bestia. O por lo menos dejarlo herido lo suficiente como para poder escapar.

Y si los inmortales no me hallaban de nuevo, no podrían hacerme cumplir el tratado. Aunque eso me convirtiera en una maldita, una mujer capaz de romper sus promesas. Pero si me iba

con él, rompería la promesa más importante que hubiera hecho en mi vida. Era probable que esa promesa fuera más importante que cualquier tratado antiguo que yo ni siquiera había firmado.

Solté la daga que tenía en la mano y miré directamente a esos ojos verdes durante un rato largo, en silencio, antes de decir:

—¿Cuándo nos vamos?

Sus rasgos de lobo seguían llenos de ferocidad, de crueldad. Toda esperanza que hubiera tenido de pelear murió cuando él se movió hacia la puerta y fue directo hacia el carcaj que yo había dejado allí. Sacó la flecha de fresno, la olió y le ladró con furia. Con dos movimientos la partió por la mitad y la arrojó al fuego que ardía detrás de mis hermanas antes de volverse hacia mí. Yo olía mi destino trágico en ese aliento cuando dijo:

—Ahora.

«Ahora.»

Hasta Elain levantó la cabeza para mirarme con la boca abierta en un gesto de horror mudo. Pero yo no conseguía mirarla, no miré a Nesta, no así, ahora, cuando las dos seguían allí, agachadas, en silencio. Me volví hacia mi padre. Sus ojos brillaban con fuerza, así que eché una ojeada a los pocos armarios que teníamos, donde dos narcisos demasiado amarillos y desvaídos se curvaban sobre las puertas. «Ahora.»

La bestia se paseaba en el umbral. Yo no quería pensar en el lugar al que iba, no quería pensar en lo que él haría conmigo. Correr era una estupidez hasta que fuera el momento adecuado.

—El venado os va a durar dos semanas —le dije a mi padre mientras cogía ropa para protegerme del frío—. Empezad con la carne fresca, después seguid con la seca... Ya sabéis cómo hacerlo.

—Feyre... —dejó escapar mi padre, pero yo seguí hablando mientras me ponía el abrigo.

—He dejado el dinero de las pieles en la cómoda —dije—. Os va a durar un tiempo si tenéis cuidado. —Finalmente miré a mi padre de nuevo y me permití memorizar las líneas de su cara. Me ardían los ojos, pero parpadeé para borrar la humedad al tiempo que metía

las manos en los guantes tibios—. Cuando llegue la primavera, cazad en el bosquecito al sur de la curva del arroyo Plateado..., los conejos hacen sus madrigueras en esa zona. Preguntad... preguntadle a Isaac Hale..., os enseñará a hacer trampas. Yo le enseñé a él el año pasado.

Mi padre asintió y se tapó la boca con una mano. La bestia gruñó una advertencia y salió hacia la noche. Yo me obligué a seguirlo, pero me detuve a mirar a mis hermanas, que continuaban agachadas frente al fuego, como si no se atrevieran a moverse hasta que yo me hubiera ido.

Elain murmuró mi nombre, pero siguió en cuclillas, con la cabeza baja. Así que yo me volví hacia Nesta, cuya cara era tan parecida a la de mi madre, tan fría, tan implacable.

—Hagas lo que hagas —le dije con calma—, no te cases con Tomas Mandray. Su padre pega a su mujer y los hijos no hacen nada al respecto. —Los ojos de Nesta se abrieron mucho y me miraron. No obstante, agregué—: Los golpes son más difíciles de ocultar que la pobreza.

Nesta se puso tensa, pero no dijo nada..., ninguna de mis hermanas dijo nada mientras yo me volvía hacia la puerta abierta. Sin embargo, una mano me tomó del brazo y me detuvo.

Me volví para mirarlo. Mi padre abrió y cerró la boca intentando que le salieran las palabras. Fuera, la bestia sintió que yo me había detenido y envió un gruñido furioso hacia el interior de la choza.

—Feyre —dijo mi padre. Los dedos le temblaron cuando me cogió las manos enguantadas, pero, de pronto, tenía los ojos más claros y más valientes que en muchos años—. Siempre fuiste demasiado buena para este lugar, Feyre. Demasiado buena para nosotros, demasiado buena para cualquiera. —Me apretó las manos —. Si alguna vez te escapas, si alguna vez los convences de que ya has pagado tu deuda, no vuelvas.

Yo no había esperado un adiós tan conmovedor, no lo había esperado en absoluto.

—No vuelvas, no vuelvas nunca —repitió mi padre, y me soltó las manos para cogerme por los hombros—. Feyre... —Titubeó al decir mi nombre; le palpitaba la garganta—. Vete a otro lugar..., un lugar distinto, y empieza una nueva vida.

Fuera, la bestia era solo una sombra. Una vida por una vida... ¿Y si la vida ofrecida como pago también significaba perder otras tres? Esa idea era suficiente para sostenerme, para hacerme fuerte.

Yo nunca le había contado a mi padre la promesa que le había hecho a mamá, y no tenía sentido explicársela ahora. Así que me separé un poco para que él me soltara y me fui.

Dejé que los sonidos de la nieve que crujía bajo mis pies se llevaran las palabras de mi padre mientras seguía a la bestia hacia los bosques cubiertos por la noche.



Capítulo 5

Cada paso hacia la línea de árboles me parecía demasiado rápido, demasiado leve, demasiado pronto, porque me llevaba hacia donde me esperaban el tormento o la desdicha, fueran cuales fuesen... No me atreví a mirar hacia atrás, hacia la choza.

Llegamos al bosque. La oscuridad nos llamaba desde más allá.

Había una yegua blanca que esperaba con paciencia junto a un árbol —no estaba atada—, la piel como nieve fresca bajo la luz de la luna. Bajó la cabeza, un gesto como si expresara respeto, nada menos, a la bestia que se le acercaba.

Él me hizo una señal con la garra gigantesca para que montara. La yegua seguía quieta, aunque él pasó lo suficientemente cerca como para comérsela de un solo bocado. Habían transcurrido años

desde la última vez que yo me había subido a un caballo, y no era más que un poni, pero saboreé la tibieza de la yegua contra mi cuerpo medio congelado cuando subí a la montura y ella empezó a andar. Sin luz para guiarme, dejé que la bestia me condujera por el camino. Él y la yegua tenían casi el mismo tamaño. No me sorprendió cuando nos dirigimos al norte, hacia el territorio de los inmortales, y sin embargo se me encogió el estómago con tanta fuerza que empezó a dolerme.

Vivir con él. Podría vivir el resto de mi vida mortal en las tierras de la bestia. Tal vez eso era piedad..., pero claro, él no había especificado cómo sería mi vida. El tratado prohibía que los inmortales nos tomaran como esclavos..., aunque tal vez eso excluía a los humanos que hubieran asesinado a un inmortal.

Seguramente iríamos a la grieta en el muro que él había usado para llegar hasta la choza, estuviera donde estuviese, y así me llevaría al otro lado. Y una vez que atravesáramos el muro invisible, una vez que estuviéramos en Prythian, no habría forma de que mi familia me encontrara. Yo no sería más que una oveja en un reino de lobos. Lobos... lobo.

Asesinar a un inmortal. Eso era lo que había hecho en el bosque.

Se me secó la garganta. Había matado a un inmortal. No conseguía sentirme mal al respecto. No con mi familia abandonada así a la muerte por inanición, porque eso era lo que les pasaría sin duda; no cuando esa muerte significaba que hubiera una criatura horrenda, malvada, menos en el mundo. La bestia había quemado mi flecha de fresno, así que ahora tendría que confiar en la suerte para conseguir siquiera una astilla de esa madera de nuevo..., si es que se presentaba una oportunidad para matarlo. O por lo menos obligarlo a que fuera más lento para poder escapar.

Conocer esa debilidad, esa indefensión frente a la madera de fresno, era la única razón por la que habíamos sobrevivido contra los altos fae durante la antigua rebelión, un secreto que nos había llegado por la traición de uno de los suyos.

Se me congeló la sangre mientras buscaba en vano cualquier señal del tronco estrecho y la explosión de ramas que, según me habían dicho, eran las características de los fresnos. Nunca había visto el bosque tan quieto. Hubiera lo que hubiese ahí fuera, tenía que ser algo manso comparado con la bestia que yo tenía junto a mí, a pesar de la tranquilidad que mostraba la yegua. Con suerte, él mantendría a otros inmortales a raya cuando entráramos en su reino.

Prythian. La palabra era una campanada de muerte que me atravesaba como un eco una y otra y otra vez.

Tierras..., él había dicho que tenía tierras, pero ¿qué clase de casa habitaba? La yegua era hermosa y la montura estaba fabricada con cuero de lujo, lo cual significaba que la bestia tenía algún contacto con la vida civilizada. Yo nunca había oído ningún detalle sobre las vidas de los inmortales y los altos fae, no había sabido nada que no se refiriera a sus habilidades y apetitos mortíferos. Apreté las riendas para que no me temblaran las manos.

Había pocas descripciones de primera mano sobre Prythian. Los humanos que habían cruzado el muro —ya fuera por propia voluntad, o como tributos de los hijos de los benditos, o secuestrados— no habían vuelto. Había oído la mayor parte de las leyendas de boca de los aldeanos, aunque mi padre me había ofrecido alguna vez una o dos historias más moderadas en las noches en que hacía un intento por recordar que nosotras existíamos.

Por lo que yo sabía, los altos fae seguían gobernando el norte de nuestro mundo, desde nuestra gran isla del otro lado del mar que nos separaba del enorme continente, a través de fiordos profundísimos, tierras inhabitadas y congeladas y desiertos de arena, hasta el gran océano del otro lado. Algunos territorios de los inmortales eran imperios; dominados por reyes y reinas. Y también había lugares como Prythian, divididos y gobernados por siete altos lores, seres de un poder tan terrorífico que, según la leyenda, eran

capaces de arrasar edificios, acabar con ejércitos enteros y destruir a cualquiera antes de que esa persona pudiera parpadear una vez. Yo no lo dudaba.

Nadie me había explicado por qué los seres humanos seguían quedándose en nuestro territorio cuando nos habían dado tan poco espacio y estábamos tan cerca de Prythian. Tontos... Quienquiera que hubiera permanecido después de la guerra era un tonto suicida por vivir tan cerca de los inmortales. A pesar de ese tratado de siglos entre los reinos inmortal y humano, había agujeros lo bastante grandes en el muro como para que esas criaturas letales se deslizaran hasta nuestro territorio para divertirse atormentándonos.

Ese era el lado de Prythian que los hijos de los benditos nunca se dignaban a reconocer, un aspecto de ese lugar que tal vez yo conocería muy pronto. Se me revolvió el estómago. Vivir con él, me recordé una y otra vez. Vivir, no morir.

Aunque suponía que también podía llegar a vivir en un calabozo. Seguramente él me encerraría y se olvidaría de que yo estaba ahí, se olvidaría de que los humanos necesitamos cosas como comida y agua y tibieza.

La bestia galopaba delante de mí, los cuernos en espiral hacia el cielo de la noche y algunos hilos de aliento caliente que se curvaban desde su hocico. En algún momento tendríamos que acampar; la frontera de Prythian estaba a días de camino. Cuando nos detuviéramos, me quedaría despierta toda la noche y nunca lo perdería de vista. Aunque él había quemado la flecha de madera de fresno, yo había escondido mi último cuchillo dentro de la capa. Tal vez esa noche tuviera una oportunidad.

Pero no era en mi propia destrucción en lo que pensaba cuando me dejaba llevar por el miedo, la rabia y la desesperación. Mientras seguíamos adelante —los únicos sonidos a nuestro alrededor eran los del crujido de la nieve bajo sus garras y los cascos de la yegua—, pasé de un engreimiento miserable, cuando pensaba en mi familia muerta de hambre y me daba cuenta de lo importante que había sido yo para ellos, a una agonía cegadora frente a la idea de mi

padre arrodillado en las calles pidiendo limosna, la pierna torcida, mientras renqueando pasaba de persona en persona. Cada vez que miraba a la bestia veía a mi padre cojeando por las calles de la aldea, pidiendo monedas para mantener con vida a mis hermanas. Peor... porque de qué sería capaz Nesta para mantener con vida a Elain. No le importaría la muerte de mi padre. Pero mentiría y robaría y vendería cualquier cosa por Elain..., y por ella misma también.

Miré con cuidado la forma en que se movía la bestia para tratar de detectar cualquier debilidad, si hubiese alguna. No encontré ninguna.

—¿Qué clase de inmortal eres? —pregunté, las palabras casi tragadas por la nieve y los árboles y el cielo carente de estrellas.

Él no se molestó en volverse hacia mí. No se molestó en decir ni una sola palabra. De acuerdo. Al fin y al cabo, yo había matado a su amigo.

Lo intenté de nuevo.

—¿Tienes nombre? —O cualquier otra cosa con la que yo pudiera maldecirlo.

Un resoplido que podría haber sido una risa amarga acompañó sus palabras.

—¿Acaso te importa, humana?

Yo no contesté. En cualquier momento, él podía cambiar de opinión sobre no matarme.

Pero tal vez conseguiría escapar antes de que decidiera destriparme. Me llevaría a mi familia y nos iríamos en barco, nos marcharíamos lejos, muy lejos. Tal vez tratara de matarlo, y no me importaba la inutilidad del intento, no me importaba si eso era otro ataque sin provocación; lo mataría por ser el que había venido a pedirme la vida, mi vida, cuando todos ellos valoraban tan poco las vidas humanas. La mercenaria había sobrevivido; tal vez yo también podría. Tal vez.

Abrí la boca para preguntar de nuevo, pero él dejó escapar un gruñido de disgusto. No tuve oportunidad de luchar, de devolver el golpe: un olor pesado, metálico, me alcanzó la nariz. El agotamiento se cerró sobre mí y la negrura me devoró por completo.

Me desperté de pronto sobre el caballo, asegurada por lazos invisibles. El sol ya había salido hacía tiempo.

Magia..., eso había sido ese olor, y era lo que me mantenía prisionera, me impedía buscar el cuchillo. Reconocí el poder muy en mi interior, en el centro de los huesos, por una memoria, un terror colectivo. ¿Cuánto tiempo hacía que eso me mantenía inconsciente? ¿Cuánto me había mantenido inconsciente el inmortal para no tener que hablarme?

Apreté los dientes, y tal vez hubiera exigido respuestas, tal vez habría gritado hacia donde fuera que él estuviera, más adelante, ignorándome. Pero en ese momento pasaron a mi lado unos pájaros que cantaban y una brisa dulce me besó la cara. Miré el portón de metal que tenía delante, la única entrada de un seto verde y alto.

Mi prisión o mi salvación; no conseguí decidir cuál de las dos cosas era.

Dos días, llevaba dos días llegar desde la choza hasta el muro y entrar en la frontera sur de Prythian. ¿Me había mantenido dormida durante todo ese tiempo? Maldito.

El portón se abrió sin que nadie lo empujase y la bestia pasó hacia el interior. Quisiera yo o no, mi yegua lo siguió.



Capítulo 6

La propiedad se extendía sobre una tierra ondulada, verde. Yo nunca había visto nada semejante; era imposible comparar nuestra vieja finca de los buenos tiempos con lo que yo estaba viendo. Tenía un velo de rosas y hiedra, con patios, balcones y escaleras que nacían en los laterales de alabastro. Había bosques en el horizonte, lejos, tanto que yo no veía del todo la línea distante de los árboles. Tanto color, tanta luz del sol y movimiento y texturas... No conseguía empaparme de todo eso con la suficiente rapidez. Pintarlo habría sido inútil: nunca le habría hecho justicia.

Tal vez mi asombro habría dominado a mi miedo si el lugar no hubiera estado tan vacío y silencioso. Hasta el jardín por el que andábamos, siguiendo un sendero de grava hacia las puertas

principales de la casa, parecía callado y hundido en el sueño. Por encima del conjunto de lirios de color amatista, campanillas pálidas y narcisos de color manteca que se balanceaban en la brisa tranquila, me rozó la nariz aquel olor leve, metálico.

Claro que era magia, porque a ese lugar había llegado la primavera. ¿Qué poder terrible tenían los inmortales para hacer de sus tierras un lugar tan diferente del nuestro, para controlar las estaciones y el clima como si fueran sus dueños? El sudor me bajó por la columna mientras sentía las capas de ropa como un peso sofocante. Hice girar las muñecas y me moví sobre la montura. Los lazos que me habían retenido, fueran lo que fuesen, habían desaparecido.

Delante de mí, el inmortal avanzaba en zigzag; saltó sin esfuerzo la grandiosa escalera de mármol que llevaba a las enormes puertas de roble en un movimiento único, fluido, enorme. Las puertas se abrieron para él sobre bisagras silenciosas y entró como una fiera. Había planificado esa llegada, sin duda: me había mantenido dormida para que no supiera dónde estaba, no reconociera el camino a casa ni qué otros territorios mortales podrían acechar entre el muro y yo. Busqué el cuchillo, pero descubrí solamente capas de ropa raída.

La idea de esas garras sobre mi capa en un intento por hallar el cuchillo me secó la boca. Hice un esfuerzo para apartar la furia, el terror y el asco mientras la yegua se detenía al pie de la escalera, sin necesidad de que yo hiciera nada. El mensaje era claro. Ese enorme castillo parecía vigilarme, esperarme.

Eché una mirada sobre el hombro al portón, que seguía abierto. Si iba a escaparme, ese era el momento.

Al sur, lo único que tenía que hacer era ir hacia el sur y al final llegaría al muro... si no me encontraba con nada en el camino. Tiré de las riendas, pero la yegua se quedó donde estaba, aunque le clavé los talones en los costados. Dejé escapar un siseo bajo, fuerte. «De acuerdo.» Me bajé.

Me dolieron las rodillas cuando toqué el suelo, me deslumbraron los rayos de luz. Me aferré a la montura e hice una mueca; el hambre y el dolor me arrasaron los sentidos. Ahora..., tenía que irme ahora. Empecé a moverme, pero el mundo seguía girando y relampagueando.

Solamente una tonta correría sin comida, sin fuerzas.

No podría hacer ni media milla así. Ni media milla y él me atraparía y me despedazaría, como había prometido.

Respiré hondo, largo, temblando. Comida..., conseguiría comida y después me iría, apenas surgiera otra oportunidad. Ese plan sonaba un poco más inteligente.

Tan pronto como tuve fuerzas suficientes para caminar, dejé la yegua al pie de la escalera y subí los escalones de uno en uno. Contuve la respiración cuando pasé a través de las puertas abiertas hacia las sombras de la casa.

Dentro, la casa era todavía más opulenta. Bajo mis pies brillaba el mármol en cuadrados blancos y negros, un suelo que fluía hacia incontables puertas y una escalera curvada. Delante se abría un largo y ancho pasillo hacia las puertas gigantescas de cristal en el otro extremo de la mansión, y al otro lado vi un segundo jardín, más impresionante que el que habíamos atravesado al llegar. Ninguna señal de calabozos, ni gritos ni ruegos que se elevaran desde cámaras secretas ubicadas abajo, en los sótanos. No, tan solo el largo gruñido que provenía de una habitación cercana, tan profundo que hacía resonar los floreros llenos de gruesos ramos de hortensias sobre las varias mesas del pasillo. Como si le respondieran, se abrieron unas puertas de madera pulida a mi izquierda. Una orden que yo tenía que obedecer.

Me temblaban los dedos cuando me froté los ojos. Yo sabía que los altos fae habían construido palacios y templos en todo el mundo, edificios que mis antepasados habían destruido después de la guerra, pero nunca me había puesto a pensar cómo vivían hoy en

día, la elegancia y la riqueza que seguramente poseían. Nunca había pensado que los inmortales, esos monstruos feroces, tuvieran propiedades más grandiosas que cualquier castillo humano.

Me puse tensa cuando entré en la habitación.

La mayor parte del espacio estaba ocupada por una mesa larga, más larga que ninguna de las que habíamos tenido en nuestra propiedad perdida. Estaba repleta de vino y comida, tanta comida —algunos platos coronados de vapor, incluso— que se me hizo la boca agua. Por lo menos era comida que me era familiar y no alguna delicia rara de los inmortales: pollo, pan, patatas, pescado, espárragos, cordero... Podría haber sido la fiesta de cualquier palacio mortal. Otra sorpresa. La bestia caminó hacia la silla enorme a la cabecera de la mesa.

Yo me detuve en el umbral, los ojos fijos en la comida, toda esa comida caliente, gloriosa..., comida que no podía comer. Esa era la primera regla que nos enseñaban en la infancia, generalmente en canciones o tonadas: si la desgracia hacía que uno tuviera como compañía a un inmortal, no se debía beber jamás su vino, nunca se debía comer lo que se le sirviera. Nunca. A menos que uno quisiera quedar esclavizado en cuerpo y mente, a menos que quisiera terminar siendo arrastrado hacia Prythian. Bueno, la segunda parte de la amenaza ya había pasado..., pero tal vez yo podría evitar la primera.

La bestia se dejó caer en la silla, la madera crujió, y en un relámpago de luz blanca se convirtió en un hombre de cabello dorado.

Ahogué un grito y me apreté contra la pared de paneles junto a la puerta, buscando la moldura del umbral, tratando de calcular la distancia entre mi propio cuerpo y la salida. Esa bestia no era un hombre, no era un inmortal de poca alcurnia. Era uno de los altos fae, pertenecía a la nobleza gobernante: hermoso, letal, cruel.

Era joven, o por lo menos lo que yo veía de su cara parecía joven. La nariz, las mejillas y las cejas estaban cubiertas por una exquisita máscara dorada, adornada con esmeraldas que dibujaban

remolinos de hojas. Seguramente una absurda moda de los altos fae. Los ojos eran lo único que quedaba a la vista; esos ojos me miraban igual que cuando él tenía la forma de bestia; la boca, la poderosa mandíbula, estaban frente a mí, y los labios se tensaban en una fina línea.

—Deberías comer algo —dijo. A diferencia de la elegancia de la máscara, la túnica verde oscura que llevaba puesta era más bien simple, acentuada tan solo por una banda de cuero sobre el pecho. La banda era más para pelear que por razones de estilo, aunque no llevaba armas, ninguna que yo pudiera detectar. No era solo uno de los altos fae, entonces: también era guerrero.

No quería pensar en las razones que tenía para llevar ropas de guerrero y traté de no mirar con fijeza el cuero de la banda que brillaba bajo la luz del sol que se derramaba desde las ventanas ubicadas más atrás. Yo no había visto un cielo sin nubes desde hacía meses. Llenó un vaso de vino con el líquido de una exquisita jarra de cristal trabajado y tomó un largo trago. Como si lo necesitara.

Me deslicé hacia la puerta, el corazón desbocado con tanta furia que creí que iba a vomitar. El metal frío de las bisagras de la puerta me mordió los dedos. Si me movía con rapidez, tal vez podría salir de la casa y pasar por el portón en segundos, o menos. No había duda de que él era más rápido que yo, pero tal vez esos hermosos muebles del pasillo lo hicieran un poco más lento. Aunque sus orejas de fae —con los arcos superiores delicados, puntiagudos— eran capaces de detectar cualquier susurro, cualquier movimiento que yo hiciera.

—¿Quién sois? —apenas pude decir. El cabello dorado y claro era tan parecido al color de la piel de la bestia... Esas garras enormes sin duda seguían acechando bajo la superficie.

—Siéntate —ordenó él con brusquedad, y movió la mano señalando la mesa—. Come.

Yo recordé las tonadas en la mente una y otra y otra vez. No valía la pena calmar mi hambre desesperada, no valía el riesgo de quedar esclavizada en cuerpo y alma por esa bestia.

Él dejó escapar un gruñido.

—A menos que prefieras desmayarte...

—No es bueno para los humanos —me las arreglé para decir. Al diablo el intento de procurar no ofenderlo.

Él dejó escapar una risa, más salvaje que alegre.

—Esta comida es buena para ti, humana. —Los extraños ojos verdes me clavaron en el lugar en el que estaba, como si pudiera detectar que yo estaba a punto de escaparme en cada uno de mis músculos—. Vete, si quieres —agregó mostrando los dientes—. No soy tu carcelero. Las puertas están abiertas. Dentro de Prythian, puedes vivir en el lugar que quieras.

Y sin duda... terminar comida o torturada por algún maldito inmortal. Pero aunque el lugar en que me encontraba fuera civilizado, limpio y hermoso allá donde miraras, yo tenía que irme, tenía que volver. Aunque fuera fría y vana, la promesa a mi madre era lo único que yo tenía. No me acerqué a la comida.

—De acuerdo —dijo él, las palabras adornadas por un gruñido, y empezó a servirse.

No tuve que afrontar las consecuencias de negarme otra vez, porque alguien pasó caminando a mi lado y fue directamente hacia la cabecera de la mesa.

—¿Y? —dijo el desconocido, otro alto fae, de cabello rojo y finamente vestido con una túnica de plata. Él también llevaba una máscara. Hizo una reverencia frente al hombre que estaba sentado y después cruzó los brazos. Por alguna razón, no me había detectado ahí, apretada contra la pared.

—Y ¿qué? —Mi captor inclinó la cabeza en un movimiento más animal que humano.

—Entonces, ¿Andras está muerto?

Hubo una inclinación de cabeza de mi captor... salvador, fuera lo que fuese.

—Por desgracia —dijo, con voz apesadumbrada.

—¿Cómo? —quiso saber el desconocido; tenía los nudillos blancos y los brazos musculosos cruzados sobre el pecho.

—Una flecha de fresno —respondió. Su compañero pelirrojo siseó con rabia—. El mandato del tratado me llevó hasta la mortal. Le ofrecí refugio.

—Una chica..., una chica mortal... mató a Andras. —No había sido una pregunta sino más bien un reguero venenoso de palabras. El desconocido miró al otro extremo de la mesa, donde se encontraba mi silla vacía—. Y el mandato dijo que la chica era responsable.

El de la máscara dorada dejó escapar una risa amarga, grave, y me señaló.

—La magia del tratado me llevó directamente al umbral de su casa.

El desconocido se volvió con gracia fluida. La máscara era de bronce y tenía los rasgos de un zorro. Lo tapaba todo menos la mitad inferior de la cara, y dejaba a la vista lo que parecía una cicatriz horrible que iba desde la frente hasta la mandíbula. No escondía el ojo que le faltaba, o la esfera dorada y tallada que lo reemplazaba, y se movía como si él fuera capaz de usarla para ver. Su mirada se fijó en mí.

Incluso desde el otro lado de la habitación vi cómo abría el ojo que le quedaba, un ojo de color púrpura. Olfateó una vez el aire, los labios un poquito curvados y, debajo, los dientes blancos, y después se volvió hacia el otro inmortal.

—Estás bromeando —dijo con tranquilidad—. ¿Esa cosita flacucha hizo caer a Andras con una sola flecha de fresno?

Maldito, un maldito, sí. Lástima que yo no tuviera la flecha en mis manos... podría haberlo matado a él en ese mismo instante.

—Ella lo admitió —dijo el del pelo dorado, tenso, mientras tocaba el borde de su vaso con un dedo. Una garra larga, letal, se apoyó contra el metal. Yo peleé para mantener tranquila mi respiración. Especialmente cuando él dijo—: No trató de negarlo.

El inmortal de la máscara de zorro se apoyó en el borde de la mesa; la luz se enredó en el largo cabello rojo. Podía entender que usara la máscara, con esa cicatriz brutal y ese ojo vacío, pero el otro

alto fae parecía entero. Tal vez la usaba por solidaridad. Tal vez eso explicaba esa absurda moda.

—Bueno —gruñó enfurecido el pelirrojo—, ahora estamos obligados a tener eso aquí gracias a tu piedad inútil. Así arruinaste...

Yo di un paso adelante, solo un paso. No estaba segura de lo que iba a decir, pero que me hablaran así... Mantuve la boca cerrada, pero el paso fue suficiente.

—¿Disfrutaste al matar a mi amigo, humana? —preguntó el pelirrojo—. ¿Dudaste, o el odio en tu corazón te arrastraba con tanta fuerza que ni siquiera pensaste en dejarlo ir? Imagino que acabar con él fue muy satisfactorio para una cosita mortal como tú.

El de cabello dorado no dijo nada, pero se le tensó la mandíbula. Mientras los dos me estudiaban, busqué el cuchillo que no estaba ahí.

—Bueno —continuó diciendo el de la máscara de zorro, mirando otra vez a su compañero con gesto despectivo. Seguramente se reiría si yo sacaba un arma contra él—. Tal vez hay una forma de...

—Lucien —lo interrumpió mi captor con tranquilidad; el nombre tenía un eco de desprecio—. Compórtate.

Lucien se puso rígido, pero dio un salto, alejándose del borde de la mesa, y me hizo una gran reverencia.

—Mis disculpas, señora. Ha sido solo una broma. Soy Lucien. Cortesano y emisario. —Me dirigió un gesto florido—. Vuestros ojos son como estrellas y vuestro cabello como oro pulido.

Inclinó la cabeza; esperaba que yo le diera mi nombre. Pero decirle cualquier cosa sobre mí, sobre mi familia, sobre el lugar del que yo procedía...

—Se llama Feyre —dijo el inmortal que me había apresado. Supuse que había oído mi nombre en la choza. Esos ojos verdes sorprendentes buscaron los míos de nuevo y después se volvieron hacia la puerta—. Alis te acompañará a tu habitación. Te vendría bien un baño y otra ropa.

Yo no terminaba de decidir si lo que me decía era un insulto o no. Una mano firme se me posó en el hombro y me estremecí. Una mujer obesa de cabello castaño con una máscara simple de pájaro me tomó del brazo y señaló con la cabeza hacia la puerta abierta a nuestra espalda. El delantal blanco que llevaba estaba limpio sobre el vestido marrón hecho en casa. Una sirvienta. Las máscaras eran una especie de tendencia, entonces.

Si les importaba tanto la ropa que se ponían, lo que se ponían los sirvientes, tal vez eran lo suficientemente superficiales y vanos para que yo consiguiera engañarlos a pesar de la banda de guerrero del señor de la mansión. Sin embargo, eran altos fae. Tendría que ser inteligente y paciente y esperar mi momento para escapar. Así que dejé que Alis me llevara a donde quisiera. Habitación, no celda. Un pequeño alivio, por cierto.

No había dado ni dos pasos cuando Lucien gruñó:

—¿Esas son las cartas que nos dio el Caldero para jugar esta mano? ¿Ella mató a Andras? No deberíamos haberlo mandado allá, ninguno de ellos debería haber ido allá. Era una misión estúpida. —El gruñido era más amargo que amenazador. ¿También él podía cambiar de forma?—. Tal vez deberíamos ser firmes por una vez..., tal vez ha llegado el momento de decir basta. Dejemos a la chica en alguna parte, matémosla..., no me importa; si se queda, va a ser una carga. Ella preferiría clavarte un cuchillo en la espalda antes que dirigirte la palabra..., y lo mismo haría con cualquiera de nosotros.

Yo mantuve la respiración tranquila, la espalda firme y...

—No —replicó el otro—. No vamos a hacer nada hasta que sepamos con seguridad que no hay otra salida. Y en cuanto a la chica, se queda. No va a sufrir ningún daño. Fin de la discusión. Su vida en esa covacha era ya bastante infierno.

Se me arrebolaron las mejillas, solté el aire retenido y evité mirar a Alis mientras sentía sus ojos sobre mí. Una covacha..., supongo que eso era nuestra choza comparada con este lugar fabuloso.

—Entonces, tienes un buen trabajo por delante, muchacho —dijo Lucien—. Seguramente la vida de ella va a ser un buen sustituto de la de Andras...; tal vez hasta pueda entrenarse con los otros en la frontera.

Un gruñido de rabia resonó en el aire.

Las paredes brillantes, sin marcas, me tragaron y ya no oí nada.

Alis me llevó por pasillos de oro y plata hasta que llegamos a un dormitorio fastuoso en el segundo piso. Admito que no luché demasiado cuando ella y otros dos sirvientes, enmascarados también, me bañaron, me cortaron el pelo y después me frotaron la piel hasta que me sentí como un pollo al que preparan para la cena. Por lo que sabía..., tal vez yo fuera la próxima comida de los señores.

Solamente la promesa del alto fae —vivir mis días en Prythian en lugar de morir— impedía que me viniera abajo. Aunque los inmortales que había a mi alrededor parecían humanos, excepto por las orejas, yo nunca había sabido cómo llamaban los altos fae a sus sirvientes. Pero no me atreví a preguntar ni a dirigirles la palabra, y mucho menos cuando el solo hecho de tener esas manos sobre mi cuerpo, tenerlos tan cerca, bastaba para que debiera concentrarme en no echarme a temblar.

Sin embargo, miré el vestido de terciopelo turquesa que Alis había puesto sobre la cama y me apreté la bata blanca contra el cuerpo, me hundí en una silla y pedí que me devolvieran mi ropa. Alis se negó, y cuando volví a rogarle, tratando de sonar patética, triste y digna de lástima, salió de la habitación dando un portazo. Yo no me había puesto un vestido en años. No pensaba empezar entonces, cuando escaparme era la prioridad número uno. Dentro de un vestido no podría moverme con facilidad.

Envuelta en la bata, me quedé sentada ahí dejando pasar el tiempo; los únicos sonidos eran los de los trinos de los pajaritos en el jardín del otro lado de las ventanas. Ni gritos, ni ruidos metálicos

de armas, ninguna señal de matanzas y torturas.

El dormitorio era más grande que toda nuestra choza. Las paredes estaban pintadas de verde claro, decoradas con delicadeza con líneas de oro y molduras también doradas. Me habría parecido de mal gusto si no fuera porque los muebles de marfil y las alfombras se complementaban perfectamente. La gigantesca cama era de un color similar y las cortinas que colgaban de la enorme cabecera se movían a causa de la brisa que entraba por las ventanas abiertas. La bata era de la seda más fina que yo hubiera visto nunca, con bordes de puntilla, tan simple y exquisita que me sentí tentada a pasar un dedo sobre la tela.

Las pocas historias que yo conocía eran un error, o quinientos años de separación las habían trastocado. Sí, yo seguía siendo la presa, seguía siendo débil por nacimiento, inútil comparada con ellos, pero el lugar era... pacífico. Tranquilo. A menos que todo fuera una ilusión y la solución a las exigencias del tratado fuera una mentira..., un truco para hacer que yo me relajara antes de destruirme. A los altos fae les gustaba jugar con la comida.

La puerta crujió y Alis volvió a entrar con una pila de ropa en las manos. Levantó una camisa gris empapada.

—¿Esto queréis poneros? —Yo miré con la boca abierta los agujeros en los costados y las mangas—. Se hizo pedazos apenas las lavanderas la pusieron en el agua. —Levantó unos harapos marrones —. Esto es lo que quedó de vuestros pantalones.

Enterré la palabrota que luchaba por salir del centro de mi pecho. Tal vez Alis fuera sirvienta, pero podía matarme con facilidad.

—¿Vais a poneros el vestido, entonces? —quiso saber. Yo era consciente de que tenía que levantarme, aceptar, pero me hundí más en la silla. Alis me miró un instante y después salió de nuevo.

Volvió con unos pantalones y una túnica que me quedaban bien, los dos de hermosos colores. Un poco demasiado complicados, sí, pero no me quejé cuando me puse la camisa blanca ni cuando me abotoné la túnica verde oscura y pasé las manos sobre el hilo

áspero, dorado, del bordado de las solapas. Eso tenía que costar una fortuna y le gustaba a una parte de mi mente, la parte que admiraba las cosas hermosas y raras y llenas de colores.

Yo era demasiado joven para recordar el tiempo anterior a la caída de mi padre. Él me había consentido lo suficiente como para dejarme entrar en sus habitaciones y, a veces, hasta me había explicado lo que valían las mercancías, pero hacía ya mucho que me había olvidado de esos detalles. El tiempo que pasé en sus oficinas, llenas de perfumes de especias exóticas y música en lenguas desconocidas, era el centro de la mayoría de mis pocos recuerdos alegres. No necesitaba saber el valor de lo que había en esa habitación para comprender que solamente esas cortinas de color esmeralda —de seda, con terciopelo dorado en los bordes— podrían habernos alimentado durante una vida entera.

Un escalofrío me corrió por la espalda. Tal vez hacía días que me había ido. La carne del venado ya estaría terminándose en la choza.

Alis me arrastró hacia una silla baja frente al hogar oscurecido por el fuego, y no me resistí cuando me pasó el peine por el cabello y empezó a trenzármelo.

—No sois mucho más que piel y huesos —dijo, los dedos hundidos en mi cabellera.

—Es lo que le hace el invierno a los pobres mortales —respondí, luchando para que no se notara la agresividad en la voz.

Ella ahogó una risa.

—Si sois sensata, mantened la boca cerrada y los oídos bien abiertos. Os va a ir mejor que con la lengua suelta. Y estad siempre alerta..., hasta los sentidos traicionan aquí. —Traté de no asustarme por esa advertencia. Alis continuó—: Algunos van a estar furiosos por Andras. Es lógico. Para mí Andras fue un buen centinela, pero él ya sabía a lo que podía enfrentarse cuando atravesara el muro..., sabía que encontraría problemas. Y los otros entienden los términos del tratado, aunque tal vez estén resentidos por vuestra presencia aquí. Estáis aquí gracias a la naturaleza piadosa de nuestro señor.

Así que bajad la cabeza y nadie va a molestaros. Aunque Lucien..., bueno, a ese le vendría bien que alguien le ladrara un poco si vos tenéis el coraje de hacerlo.

Yo no lo tenía, y cuando iba a preguntarle a quién debía evitar, ella ya había terminado con mi pelo y salía hacia el pasillo.



Capítulo 7

El alto fae de cabellos dorados y Lucien estaban sentados a la mesa cuando Alis me condujo al comedor. Ya no había platos frente a ellos, pero los dos seguían tomando tragos cortos en copas de oro. Oro verdadero, no pintado ni chapado. Me pasaron por la mente nuestros cubiertos, todos diferentes entre sí, mientras me detenía en medio de la habitación. Tanta riqueza..., tanta riqueza deslumbrante, y nosotros sin nada.

«Bestia medio salvaje», me había llamado Nesta. Pero comparada con él, comparada con este lugar, comparada con la forma elegante con que ellos sostenían las copas de oro, la forma en

que el de pelo dorado me había llamado humana..., nosotros éramos las bestias medio salvajes. Aunque ellos fueran los que podían meterse en una piel con pelo y garras.

La comida seguía en la mesa, la combinación de aromas de las especias me llamaba por el aire. Me estaba muriendo de hambre, me sentía terriblemente mareada.

La máscara del alto fae de cabello dorado brillaba con los últimos rayos del sol de la tarde.

—Antes de que me preguntes de nuevo, te aviso: no va a pasarte nada si comes. —Indicó la silla al otro lado de la mesa. No vi señal alguna de las garras. Cuando no me moví, suspiró con fuerza —. ¿Qué quieres, entonces?

No dije nada. Comer, escaparme, salvar a mi familia...

Lucien habló con mucha lentitud desde el otro lado de la mesa.

—Te lo dije, Tamlin. —Volvió la mirada a su amigo—. Tus habilidades con las hembras se han oxidado un poco en las últimas décadas.

Tamlin. Él miró a Lucien con furia, y se removió en la silla. Yo traté de no ponerme rígida frente a la otra información que había dejado escapar Lucien: «Décadas».

Tamlin no parecía mucho mayor que yo, pero su especie era inmortal. Tal vez tenía cientos de años. Miles. La boca se me secó cuando estudié esas caras raras, enmascaradas..., no humanas, primarias, imperiosas. Como dioses inmóviles o cortesanos salvajes.

—Bueno —dijo Lucien; el único ojo que le quedaba estaba ahora fijo en mí—, después de todo no tienes tan mal aspecto. Un alivio, supongo, ya que vas a vivir con nosotros. Aunque la túnica no es tan bonita como un vestido.

Lobos listos para saltar sobre la presa, eso eran, como su amigo muerto. Yo era totalmente consciente de mi situación, y tomé aire para decir:

—Preferiría no usar vestido.

—¿Y por qué no? —preguntó Lucien con voz suave. Fue Tamlin el que contestó por mí.

—Porque matarnos es más fácil en pantalones.

Mantuve la cara impasible y obligué a mi corazón a calmarse mientras decía:

—Ahora que estoy aquí, ¿qué pensáis hacer conmigo?

Lucien hizo un ruidito despectivo, pero Tamlin ladró impaciente:

—Siéntate.

Había una silla vacía cerca del extremo de la mesa. Tanta comida caliente y cubierta de especias tentadoras... Seguramente los sirvientes habían llevado más mientras yo me lavaba. Tanto gasto inútil. Cerré las manos hasta que se convirtieron en puños.

—No vamos a morderte. —Los dientes blancos de Lucien brillaron de una forma que sugería lo contrario. Yo evité la mirada, evité ese ojo metálico, extraño, animado, que ponía el foco en mí mientras me acercaba muy despacio a la silla y me sentaba.

Tamlin se levantó, caminó alrededor de la mesa, acercándose cada vez más; sus movimientos eran suaves y letales, un predador cuya sangre era poder puro. Me supuso un esfuerzo quedarme quieta, sobre todo cuando él cogió un plato, me lo acercó y puso algo de carne y salsa en él.

Dije con la voz tranquila:

—Puedo servirme sola. —Cualquier cosa, cualquiera, con tal de mantenerlo lejos de mí.

Tamlin se detuvo, tan cerca que un movimiento rápido de esas garras que acechaban bajo la piel podría haberme desgarrado el cuello. ¿Por eso era que la banda de cuero no tenía armas? ¿Quién las necesitaba cuando uno mismo era un arma?

—Es un honor para un ser humano que lo sirva un alto fae —dijo él con la voz ronca.

Yo tragué saliva. Él siguió apilando comida en el plato. Se detuvo solo cuando este estuvo repleto de carne, salsa y pan, y después me llenó el vaso de vino blanco, brillante. Solté el aire retenido cuando volvió a su asiento, y seguramente él lo oyó.

No quería otra cosa que enterrar la cara en el plato y comer y seguir comiendo todo lo que había en la mesa, pero apreté las manos contra los muslos y miré con detenimiento a los dos inmortales.

Ellos me observaron, los ojos demasiado fijos para que fuera una mirada casual. Tamlin se enderezó un poquito.

—Tienes..., tienes mejor aspecto que antes.

¿Era un cumplido? Yo podría haber jurado que Lucien le hacía un gesto de asentimiento a Tamlin.

—Y tienes el cabello... limpio.

Tal vez era el hambre desesperada que tenía lo que me llevaba a alucinar ese pobre intento de halago. Sin embargo, me recliné en la silla y hablé, sin levantar la voz, como le hubiera hablado a cualquier predador.

—¿Sois alto fae..., de la nobleza de los inmortales?

Lucien tosió y miró a Tamlin.

—Creo que eres capaz de contestar eso.

—Sí —asintió Tamlin, con el entrecejo fruncido como si buscara algo que decirme. Después, se decidió y continuó—: Los dos somos altos fae.

De acuerdo. Un hombre..., un inmortal... de pocas palabras. Yo había matado a su amigo, era una invitada no querida. Claro que él no tenía ganas de hablarme.

—¿Qué vais a hacer conmigo ahora que estoy aquí?

Los ojos de Tamlin seguían fijos en mí.

—Nada. Haz lo que tú quieras.

—Entonces, ¿no soy vuestra esclava? —me atreví a preguntar. Lucien se ahogó con el vino. Pero Tamlin no sonrió.

—No tenemos esclavos.

Disimulé el alivio de la tensión en el pecho.

—¿Y qué hago con mi vida aquí, entonces? —insistí—. ¿Queréis que me gane..., que me gane lo que como? ¿Que trabaje? —Si él no lo había pensado antes era una estupidez hacer esa pregunta, pero yo tenía... tenía que saber.

Tamlin se puso tenso.

—Lo que hagas con tu vida no es problema mío.

Lucien se aclaró la garganta con mucha intención y Tamlin le echó una mirada furiosa. Después de un intercambio que no entendí, Tamlin suspiró y dijo:

—¿No... no tienes pasatiempos?

—No. —No era verdad, pero no pensaba explicarle que me gustaba pintar. No cuando aparentemente le costaba tanto hablarme de forma civilizada.

Lucien musitó:

—Tan típico de los humanos...

La boca de Tamlin se ladeó en una mueca.

—Haz lo que quieras con tu tiempo. Pero no te metas en problemas.

—Así que pensáis retenerme para siempre. —Lo que yo quería decir era: «Así que voy a quedarme en medio de este lujo mientras mi familia se muere de hambre...».

—Yo no hice las reglas —dijo Tamlin, lacónico.

—Mi familia se está muriendo, se mueren de hambre —dije. No me importaba ponerme de rodillas y rogar... No era por eso. Había dado mi palabra y la había mantenido tanto tiempo que no era nada ni nadie sin ella—. Por favor, dejadme ir. Tiene que haber... tiene que haber una manera de darles otra interpretación a las reglas del tratado..., otra forma de expiar lo que hice.

—¿Expiar? —dijo Lucien—. ¿Te disculpaste acaso?

Por lo visto, se habían terminado los intentos de halagarme. Así que miré a Lucien directamente al ojo que le quedaba y dije:

—Lo lamento.

Lucien se inclinó hacia atrás en la silla.

—¿Cómo lo mataste? ¿Fue una lucha sangrienta o un asesinato a sangre fría?

Se me tensó la espalda.

—Le disparé una flecha de madera de fresno. Y después una común en el ojo. No peleó. Tras el primer ataque, lo único que hizo fue mirarme.

—Pero lo mataste de todos modos..., lo mataste aunque no hizo ningún movimiento para atacarte. Y después le arrancaste la piel —siseó Lucien.

—Basta, Lucien —interrumpió Tamlin a su amigo. Su voz fue como un ladrido—. No quiero oír ningún detalle. —Se volvió hacia mí, oscuro, brutal, inflexible.

Yo hablé antes de que él pudiera decir nada.

—Mi familia no va a durar ni un mes sin mí. —Lucien soltó una risita y yo apreté los dientes—. ¿Sabéis lo que es tener hambre? —pregunté mientras la rabia devoraba mi sentido común—. ¿Sabéis lo que es no tener ni idea de cuándo vas a comer de nuevo?

La mandíbula de Tamlin se había puesto tensa.

—Tu familia está viva y bien atendida. ¿Tan baja es tu opinión de los inmortales que crees que soy capaz de llevarme a su única fuente de ingresos y alimento y no reemplazarla?

Yo me enderecé.

—¿Lo juráis? —Aunque los inmortales no podían mentir, tenía que asegurarme.

Se rio con incredulidad.

—Por todo lo que soy y lo que poseo.

—¿Por qué no me lo dijisteis cuando salimos de la choza?

—¿Me habrías creído? ¿Me crees ahora? —Las garras de Tamlin se hundieron en los apoyabrazos de su silla.

—¿Por qué iba a creer una sola palabra que vos me dijerais? Vosotros sois maestros en enredar las verdades y usarlas en vuestro beneficio.

—Algunos dirían que es poco sensato insultar a un fae en su propia casa —gruñó Tamlin—. Algunos dirían que deberías estar agradecida conmigo porque te encontré antes de que otro de mi

especie se presentara a cobrar la deuda, agradecida conmigo por perdonarte la vida y ofrecerte la oportunidad de vivir rodeada de esta comodidad.

Me puse de pie de un salto. ¡A la mierda la sensatez! Estaba por derribar la silla cuando unas manos invisibles me cogieron de los brazos y me volvieron a sentar.

—No hagas lo que estás pensando hacer, sea lo que sea —dijo Tamlin. Me quedé inmóvil mientras el olor de la magia me rozaba la nariz. Traté de retorcerme en la silla, busqué los lazos invisibles. Pero tenía los brazos bien sujetos y la espalda aplastada contra la madera con tanta fuerza que me dolía. Miré el cuchillo junto al plato. Debería haberlo levantado primero..., fuera o no un esfuerzo inútil.

—Te lo voy a decir una sola vez. —La voz de Tamlin era amenazadoramente suave—. Solo una y después quedará en tus manos, humana. No me importa si te vas a vivir a otro lugar de Prythian. Pero si cruzas el muro, si te escapas, nadie va a seguir cuidando a tu familia.

Esas palabras fueron como si hubiera lanzado piedras contra mi cabeza. Si me escapaba, si trataba de huir, con toda probabilidad él hundiría a mi familia. Y aunque me atreviera a correr ese riesgo..., aunque consiguiera llegar hasta ellos, ¿adónde los llevaría? No podía meter a mis hermanas en un barco..., cuando llegáramos al lugar que eligiéramos, fuera cual fuese, un lugar seguro, no tendríamos dónde vivir. Pero que él usara el bienestar de mi familia como arma contra mí, que amenazara su supervivencia si yo no obedecía...

Abrí la boca, pero su voz despectiva, su grito, hizo vibrar los vasos.

—¡¿No te parece justo?! Y si te escapas, tal vez no tengas tanta suerte con el que vaya a buscarte la próxima vez. —Volvió a esconder las garras dentro de los nudillos. —La comida no está encantada, no tiene drogas y es culpa tuya si te desmayas. Así que vas a sentarte a esa mesa, Feyre, y vas a comer. Y Lucien va a hacer todo lo que pueda para ser cortés. —Echó una mirada aguda en dirección a su amigo. Lucien se encogió de hombros.

Los lazos invisibles se aflojaron y yo hice una mueca mientras desentumecía las manos al lado de la mesa. Los lazos en las piernas y en la cintura seguían ahí. Una mirada a los ojos ardientes, verdes, de Tamlin me dijo lo que yo quería saber: era su invitada, pero no iba a levantarme de la mesa hasta que hubiera comido algo. Pensaría más tarde en mi súbito cambio de planes. Ahora... ahora miré el tenedor de plata y lo levanté con mucho cuidado.

Me vigilaban, vigilaban todos mis movimientos, hasta el temblor de la nariz cuando olí la comida que tenía en el plato. No parecía haber ningún aroma metálico. Y los inmortales no mentían. Así que él había dicho la verdad sobre la comida. Pinché un pedacito de pollo y me lo metí en la boca.

Fue un esfuerzo no dejar escapar un gemido. No había probado nada semejante en años. Comparado con eso, incluso lo que comíamos antes de la ruina de mi padre sabía a ceniza. Me comí el plato entero en silencio, demasiado consciente de la mirada de los altos fae, que controlaban cada mordisco, pero cuando estiré la mano para coger otro pedazo de tarta de chocolate, la comida desapareció. Desapareció bruscamente como si nunca hubiera existido, y no quedó ni una miga.

Me tragué lo que tenía en la boca, apoyé el tenedor en la mesa para que no vieran que me temblaba la mano.

—Un bocado más y lo hubieras vomitado todo —dijo Tamlin mientras tomaba un trago de su copa.

Los lazos que me retenían se aflojaron. Era un permiso silencioso para que me retirara.

—Gracias por la comida —dije. Era lo único que se me ocurría.

—¿No vas a quedarte a tomar algo de vino? —dijo Lucien, como un veneno suave, desde donde estaba sentado.

Puse las manos sobre los apoyabrazos de mi asiento para levantarme.

—Estoy cansada. Me gustaría dormir.

—Hace décadas que no veo a uno de vosotros. —Lucien hablaba despacio—. Pero vosotros no cambiáis nunca, así que no creo equivocarme cuando pregunto por qué razón os parece tan desagradable nuestra compañía cuando es probable que los hombres de allá no sean gran cosa.

En el otro extremo de la mesa, Tamlin le echó una mirada larga, de advertencia. Lucien lo ignoró.

—Vos sois alto fae —dije tensa—. Os preguntaría entonces para qué os molestáis en invitarme..., en cenar conmigo. —Qué tonta era... Esos dos podrían haberme matado cien veces.

Lucien dijo:

—Cierto. Pero hazme un favor y contesta: eres una mujer humana y sin embargo prefieres comer carbón antes que sentarte con nosotros más de lo necesario. Olvida esto. —Hizo un gesto leve hacia el ojo de metal y la cicatriz brutal que le cruzaba la cara—. Seguramente no somos tan feos. —Típica arrogancia inmortal. Por lo menos en eso las leyendas tenían razón. Me guardé ese pensamiento—. A menos que tengas a alguien en tu casa. A menos que haya una fila de pretendientes en la puerta de tu covacha que haga que nosotros te parezcamos gusanos...

Había mucho de rabia en eso, y sentí cierta satisfacción cuando dije:

—Tenía un trato cercano con un hombre de mi aldea.

Antes de que ese tratado me arrancara de ahí, antes de que fuera tan claro que los altos fae pueden hacernos lo que quieran y nosotros no tenemos con qué devolver el golpe.

Tamlin y Lucien intercambiaron miradas, pero fue Tamlin el que preguntó:

—¿Estás enamorada de ese hombre?

—No —dije, con voz tan indiferente como pude. No era mentira, y si yo hubiera sentido algo así por Isaac, mi respuesta habría sido la misma. Ya era bastante que un alto fae supiera que existía mi familia. No necesitaba agregar a Isaac a esa lista.

Por segunda vez, se volvieron a mirar.

—¿Amas a otro? —preguntó Tamlin a través de los dientes apretados. A mí se me escapó una risa histérica.

—No. —Los miré a los dos. Qué estupidez. Esos seres letales, inmortales..., ¿no tenían nada mejor que hacer?—. ¿En serio es eso lo que queréis saber sobre mí? ¿Si sois más hermosos para mí que los hombres humanos? ¿Si tengo un hombre en casa? ¿Para qué os preocupáis por preguntarlo si estoy condenada a quedarme aquí durante el resto de mi vida? —Una corriente roja de rabia me corrió por los sentidos.

—Queremos saber más de ti porque vas a quedarte durante un buen tiempo —dijo Tamlin; sus labios eran como una línea fina—. Pero la vanidad de Lucien suele ganar a sus modales. —Suspiró como si estuviera listo para acabar conmigo y dijo—: Vete a descansar. La mayor parte de los días estamos muy ocupados, así que si necesitas algo, pídeselo al personal. Ellos se encargarán.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué sois tan generoso?

Lucien me observó con una mirada que sugería que él tampoco tenía ni idea, que al fin y al cabo yo había matado a su amigo, pero Tamlin fijó los ojos en mí durante un largo momento.

—Porque mato demasiado —dijo por fin, encogiendo los anchos hombros—. Y tú eres lo suficientemente insignificante como para no molestar en estas tierras. A menos que decidas empezar a matarnos.

Un calor leve me subió a las mejillas, al cuello. Insignificante..., sí, yo era insignificante para esas vidas, insignificante frente a ese poder. Tan insignificante como los dibujos desvaídos, descascarillados, que había pintado en la choza.

—Bueno..., gracias —dije, aunque no sentía ningún tipo de agradecimiento.

Él inclinó la cabeza en un gesto distante y me hizo un ademán para que me fuera. Despedida. Como la despreciable humana que era. Lucien levantó el mentón y me mostró una media sonrisa perezosa.

Ya había tenido suficiente. Me puse de pie y retrocedí hacia la puerta. Darles la espalda habría sido como darle la espalda a un lobo que podía decidir en un instante si matarme o perdonarme la vida. Ellos no dijeron nada cuando me deslicé por la puerta y salí al pasillo.

Un momento después, la risa como un ladrido de Lucien hizo eco en los pasillos, seguida por un gruñido agudo, feroz, que lo obligó a callarse.

Esa noche dormí a ratos; la traba que cerraba la puerta de mi habitación parecía una burla.

Me desperté por completo antes del alba, pero seguí mirando el techo adornado con filigranas, cómo se colaba la luz creciente entre las cortinas, saboreando la suavidad del colchón. En casa, yo salía de la choza apenas amanecía, aunque mis hermanas me chistaban para que no hiciese ruido todas las mañanas, enojadas porque yo las despertaba temprano. Si hubiera estado en casa, ya habría ido a los bosques, no habría querido perder ni un momento de la preciosa luz del sol, estaría escuchando la charla adormilada de los pocos pájaros del invierno. En lugar de eso, ese dormitorio y la casa más allá de las paredes se hallaban en silencio; la enorme cama, desconocida y vacía. Una pequeña parte de mí extrañaba la tibieza de los cuerpos de mis hermanas contra el mío.

Nesta estaría estirando las piernas y sonriendo en ese espacio más grande. Seguro que me imaginaba en el vientre de un inmortal; probablemente eso la satisfacía y contaría la noticia para hacerse la víctima con los aldeanos. Tal vez mi fatídico destino haría que algunos entregaran, compasivos, unas sobras a mi familia. O tal vez Tamlin les había dado suficiente dinero o comida, o lo que él supusiera que significaba «cuidarlos», y así sobrevivirían ese invierno. O tal vez los aldeanos se habían puesto en contra de mi familia, tal vez no querían que los asociaran con Prythian, tal vez los habían echado de la aldea.

Enterré la cabeza en la almohada y subí las mantas más arriba. Si Tamlin les había dado algo, y si esos beneficios fueran a terminar apenas yo cruzara el muro, seguramente en lugar de festejar mi regreso lo lamentarían.

«Tienes el cabello... limpio.»

Un cumplido patético. Yo suponía que si él me había invitado a vivir ahí, me había perdonado la vida, no era del todo... malvado. Quizá había estado tratando de suavizar de algún modo la forma horrible en que nos habíamos conocido. Quizá habría una forma de persuadirlo de que encontrase un resquicio para hacer que la magia del tratado me dejara ir. Y si no un resquicio, puede que una persona...

Estaba pasando de un pensamiento a otro, intentando entender ese laberinto de sucesos, cuando oí un ruido en la traba de la puerta y...

Un golpe y un alarido. Me puse en pie de un salto y encontré a Alis derrumbada en el suelo. La soga que había hecho con los adornos de las cortinas colgaba suelta desde el lugar en que la había colocado para que golpeara la cara de cualquiera que entrase en la habitación. No había podido hacer más que eso.

—Perdón, perdón —balbucí, y salté de la cama, pero Alis ya se había levantado y refunfuñaba mientras se alisaba el delantal. Frunció el entrecejo, mirando la soga que colgaba de un gancho.

—¿Qué es esto?, ¡por el sagrado nombre del Caldero...!

—No supuse que entraría nadie tan temprano. Pensaba sacarlo y...

Alis me examinó de pies a cabeza.

—¿Y creéis que un poquito de soga, un golpe en la cara, va a impedir que os rompa los huesos? —Se me congeló la sangre en las venas—. ¿Pensasteis que esto nos haría algo... a cualquiera de nosotros?

Yo me habría seguido disculpando de no ser por el desprecio que noté en sus palabras. Crucé los brazos.

—Es solo una alarma para tener tiempo para huir. No una trampa.

Ella parecía dispuesta a escupirme, pero de pronto entrecerró los ojos.

—No sois más rápida que nosotros, muchacha —dijo.

—Lo sé —asentí, con el corazón por fin tranquilo—. Pero prefiero estar preparada ante la muerte.

Alis ladró una risa.

—Mi señor os dio su palabra: podéis vivir aquí. Vivir, no morir. Nosotros obedecemos. —Estudió el pedazo de soga que colgaba frente a ella—. ¿Teníais que arruinar esas hermosas cortinas?

Yo no quería... traté de impedirlo, pero me surgió en los labios una sonrisa. Alis se dirigió con grandes zancadas hasta lo que quedaba de las cortinas y las abrió; al otro lado, el cielo seguía siendo de un color azul oscuro, casi negro, con pinceladas de tonos magenta y naranja de la aurora creciente.

—Perdón —me disculpé de nuevo.

Alis hizo chasquear la lengua.

—Por lo menos estáis dispuesta a luchar, muchacha. Eso tengo que admitirlo.

Abrí la boca para contestar, pero en ese momento entró otra sirvienta con una máscara de pájaro y una bandeja con el desayuno en la mano. Me deseó buenos días en tono cortante, puso la bandeja en una mesita junto a la ventana y desapareció en la cámara de baño que estaba a un lado. El sonido del agua corriente llenó la habitación.

Me senté a la mesa y estudié la avena, los huevos y la panceta..., sí, panceta. La comida seguía siendo parecida a la que conocíamos al otro lado del muro. No sé por qué había esperado otra cosa. Alis sirvió una taza de algo que se parecía al té en aspecto y en olor: aromático, de cuerpo fuerte, sin duda importado y muy costoso. Prythian y mi tierra no eran exactamente lugares fáciles de alcanzar.

—¿Qué es este lugar? —pregunté con voz tranquila—. ¿Dónde está este lugar?

—Es seguro, y eso es lo único que hace falta que sepáis —dijo Alis, dejando la tetera sobre la mesa—. Al menos esta casa lo es. Si vais a estar husmeando por ahí, manteneos alerta.

Bien. Si ella no iba a responder a eso... lo intentaría de otro modo.

—¿De qué clase de... inmortales debo cuidarme?

—De todos —respondió—. La protección de mi señor solo funciona en este territorio. Van a perseguiros y a mataros únicamente por ser humana..., y eso sin contar lo que le hicisteis a Andras.

Otra respuesta inútil. Me dediqué a mi desayuno, saboreando cada sorbo de té, y ella se dirigió a la cámara de baño. Cuando terminé de comer y de bañarme, rechacé la oferta de Alis y me vestí con otra túnica exquisita, esta de un púrpura tan profundo que podría haber sido negro. Deseaba saber el nombre de ese color. Me puse las botas marrones que había usado la noche anterior, y cuando me senté frente a la cómoda de mármol para que Alis me trenzara el cabello, hice una mueca al observar mi reflejo.

No era agradable..., aunque no por el aspecto. Tenía la nariz bastante recta, rasgo que había heredado de mi madre. Recordaba todavía cómo arrugaba la nariz para expresar una alegría fingida cuando uno de sus amigos fabulosamente ricos hacía una broma en absoluto divertida. Pero por lo menos tenía la boca de rasgos suaves, como mi padre, aunque esa boca convertía en una burla las mejillas demasiado hundidas. No quise mirarme los ojos levemente rasgados hacia arriba. Yo sabía que habría visto a Nesta o a mi madre mirándome. A veces me había preguntado por qué se había sentido tan insultada mi hermana por mi aspecto. Yo no era tan fea, pero... tenía demasiado en mí de personas que habíamos amado y odiado para que Nesta lo tolerara. Para que yo lo tolerara.

Aunque suponía que para Tamlin..., para un alto fae acostumbrado a la belleza etérea, sin mácula, había sido difícil encontrar un cumplido para hacerme. Maldito inmortal.

Alis terminó de hacerme la trenza y yo salté desde el taburete antes de que ella pudiera ponerme flores en el pelo; las había llevado en una canasta. Habría vivido según correspondía a mi nombre si no hubiera sido por la pobreza, pero nunca me había importado demasiado el aspecto. La belleza no significaba nada en el bosque.

Cuando le pregunté a Alis qué tenía que hacer ahora —qué tenía que hacer con el resto de mi vida mortal—, ella se encogió de hombros y sugirió una caminata por los jardines. Casi me reí, pero mantuve la lengua quieta. Habría sido una tontería ofender a aliados potenciales. Dudaba que ella tuviera el oído de Tamlin y todavía no podía preguntarle según qué, pero por lo menos la charla me daba la oportunidad de entender en parte lo que me rodeaba... y averiguar si había alguien que pudiera hablarle a Tamlin por mí.

Los pasillos estaban silenciosos y vacíos, lo que era raro para unas tierras tan grandes. Había oído los nombres de otros inmortales la noche anterior, pero no había visto ni oído señales de ellos. En los pasillos flotaba una brisa fragante con perfume a... jacintos —los conocía aunque solo fuera de haberlos visto en el jardincito de Elain — y arrastraba consigo el trino agradable de un verderón, un pájaro que en casa no habríamos oído hasta dentro de varios meses, si es que alguna vez lo oíamos.

Casi había llegado a la escalera principesca cuando me fijé en las pinturas.

El día anterior no me había permitido mirar, pero ahora, en el pasillo vacío, sin nadie que me viera..., me detuvo un rayo de color sobre el fondo sombrío, triste, una rebeldía de color y textura que me obligó a permanecer frente al marco dorado.

Nunca..., nunca había visto nada semejante.

«Es una naturaleza muerta, nada más», se dijo una parte de mí. Y eso era: un florero de cristal verde con un ramo variado de flores que se abrían desde la boca estrecha del mismo, pimpollos y pétalos de todas las formas, tamaños y colores: rosas, tulipanes, peonías, campanillas azules, botones de oro, lazos de novia...

La habilidad con que se había hecho esa pintura tan parecida a la vida, más viva que la propia vida... Solamente un florero contra un fondo oscuro... pero mucho más que eso: las flores parecían vibrar con una luz propia, como desafiando las sombras que se reunían a su alrededor. La maestría que se necesitaba para hacer que el florero captara esa luz, redoblara la luz dentro del agua, como si tuviera peso propio sobre el pedestal de piedra... Era increíble.

Lo hubiera mirado durante horas —mirar las innumerables pinturas colocadas a lo largo de ese único pasillo me habría llevado todo el día—, pero... el jardín. Planes.

Y sin embargo, cuando me alejé caminando, me fue imposible negar que el lugar donde me encontraba era mucho más... civilizado de lo que yo había esperado. Pacífico, incluso, aunque me costara admitirlo.

Y si los altos fae eran más amables de lo que me habían hecho creer las leyendas y los rumores humanos, entonces tal vez no fuera tan difícil convencer a Alis de mi desdicha. Si me la ganaba, si la convencía de que el tratado se había equivocado al pedir ese pago, tal vez ella intentaría encontrar una forma de que yo pagara la deuda y...

—Tú —dijo alguien, y salté hacia atrás un paso. Bajo la luz de las puertas de cristal que daban al jardín se dibujaba una enorme silueta masculina.

Tamlin. Llevaba puesta su ropa de guerrero, cortada para resaltar su cuerpo atlético. Tenía tres simples cuchillos colocados en la banda de cuero, tan largos como para pensar que era muy capaz de destriparme tan fácilmente con ellos como con las garras de

bestia que escondía bajo la piel. Llevaba el pelo rubio recogido hacia atrás. Su cara despejada revelaba las orejas puntiagudas y la máscara extraña, hermosa.

—¿Adónde vas? —dijo, con voz lo bastante brusca como para sonar casi como una orden. «Tú...» Me pregunté si recordaba mi nombre.

Tardé un momento en obligar a mis piernas a que se enderezaran desde mi posición en cuclillas.

—Buenos días —dije sin expresión. Era un saludo mejor que: «Tú»—. Dijisteis que podía pasar mi tiempo como quisiera. No sabía que estaba bajo arresto en la casa.

Su mandíbula volvió a tensarse.

—Claro que no estás bajo arresto.

Mientras él mascaba aquellas palabras, yo no conseguí ignorar la belleza pura, masculina, de su fuerte mandíbula, la riqueza de la piel tostada, dorada. Era probable que fuera atractivo... si se sacara la máscara.

Cuando se dio cuenta de que no iba a contestarle, me mostró los dientes en lo que yo supuse que era un intento de sonrisa y dijo:

—¿Quieres una visita guiada?

—No, gracias —me las arreglé para decir, consciente de cada movimiento incómodo que hacía mi cuerpo mientras lo rodeaba para seguir adelante, hacia el jardín.

Él me cortó el paso... y se acercó tanto que tuve que retroceder.

—He estado sentado ahí dentro toda la mañana. Necesito aire. —«Y tú eres tan insignificante que no me molestarías.»

—Estoy bien —dije, tratando de alejarme como por casualidad —. Ya habéis sido demasiado generoso conmigo... —Procuré sonar como si lo sintiera.

Una media sonrisa no tan agradable. No estaba acostumbrado a que lo rechazaran; de eso no tuve dudas.

—¿Tienes algún problema en particular conmigo?

—No —respondí con tranquilidad, y me fui caminando por la puerta.

Él dejó escapar un ruido despectivo.

—No voy a matarte, Feyre. Yo no rompo mis promesas.

Casi me caí por los escalones que bajaban al jardín porque me volví para mirarlo por encima del hombro. Él permaneció de pie, sin moverse, tan sólido y ceremonioso como las pálidas piedras de la mansión.

—Matarme no... Pero ¿y hacerme daño? Esas palabras, ¿son una trampa? ¿Una que puede usar Lucien contra mí..., o cualquier otro en este lugar?

—Tienen órdenes estrictas de no tocarte.

—Pero sigo atrapada en vuestro reino, y por romper una regla que yo ni siquiera sabía que existía. ¿Por qué estaba vuestro amigo en los bosques ese día? Yo creía que el tratado prohibía a los inmortales entrar en nuestras tierras.

Él se limitó a mirarme. Me pregunté si no habría ido demasiado lejos. Tal vez lo había provocado en exceso. Quizá él se daba cuenta de por qué se lo había preguntado.

—Ese tratado —dijo él con tranquilidad— no nos prohíbe hacer nada, no a nosotros, nada excepto esclavizar a humanos. El muro es un inconveniente. Si quisiéramos, podríamos atravesarlo y matarlos a todos.

Puede que estuviera obligada a vivir en Prythian para siempre, pero mi familia... Me atreví a preguntar:

—¿Y a vos os gustaría hacerlo?

Él me miró de arriba abajo, como si estuviera decidiendo si yo valía el esfuerzo de darme una explicación.

—No tengo interés en las tierras de los mortales, aunque desconozco las intenciones de los otros de mi especie.

Pero seguía sin contestar a mi pregunta.

—Entonces ¿qué estaba haciendo vuestro amigo allí?

Tamlin se quedó inmóvil. Tenía una gracia extraterrenal, primaria, hasta en la respiración.

—Hay..., hay una enfermedad en estas tierras. En todo Prythian. Ya hace cincuenta años que existe. Por eso esta casa y estas tierras están tan vacías. La mayoría de los míos se marcharon. La peste se extiende lentamente, pero ha hecho que la magia actúe... de una manera extraña. Mis poderes también están disminuidos. Estas máscaras —se tocó la suya—..., estas máscaras son el resultado de un brote de la enfermedad que tuvimos durante un baile de disfraces hace cuarenta y nueve años. Y seguimos sin poder sacárnoslas.

Atrapados detrás de las máscaras... durante casi cincuenta años. Yo me hubiera vuelto loca, me habría arrancado la piel de la cara.

—No llevabais máscara cuando erais una bestia... y vuestro amigo tampoco.

—La peste es cruel.

Vivir como bestia o vivir con la máscara.

—¿De qué... de qué clase de enfermedad se trata?

—No es una enfermedad, en realidad no es una plaga en el sentido estricto. Tiene que ver solamente con la magia, con los que viven en Prythian. Andras había atravesado el muro ese día porque lo mandé a buscar una cura.

—¿Y puede perjudicar a los humanos? —Se me retorció el estómago—. ¿Se va expandir al otro lado del muro?

—Sí —asintió él—. Hay... hay una posibilidad de que afecte a los mortales y a su territorio. Más que eso, no lo sé. Se mueve con lentitud y tu especie está a salvo por ahora. No ha progresado en décadas... La magia parece estable aunque está débil. —Que hubiera admitido todo eso decía muchísimo sobre la forma en que él se imaginaba mi futuro: yo nunca volvería a casa, nunca me encontraría con otro ser humano a quien pudiera darle noticias de esa vulnerabilidad secreta.

—Una mercenaria me dijo que creía que tal vez los inmortales estaban preparándose para atacar. ¿Está relacionado con esto?

Un rastro de sonrisa, tal vez un toque de sorpresa.

—No lo sé. ¿Hablas mucho con mercenarios?

—Hablo con cualquiera que se moleste en decirme algo útil.

Él se irguió y solamente su promesa de no matarme impidió que yo me cubriera para defenderme. Entonces echó los hombros hacia atrás, como intentando ignorar el insulto.

—Ese cable que ataste en tu habitación, ¿era para mí?

Hice un ruido con los labios.

—¿No os parece lógico por mi parte?

—Tal vez pueda vivir dentro de la forma de un animal, Feyre, pero soy civilizado.

Así que recordaba mi nombre. Pero le miré las manos, las puntas de las garras, afiladas como navajas, que se insinuaban a través de la piel tostada.

Él notó la mirada y ocultó las manos detrás de la espalda.

—Te veré a la hora de la cena —dijo con voz afilada.

No era una pregunta, y yo asentí mientras me alejaba entre los setos; no me importaba adónde ir, lo único que quería era que él se quedara muy atrás.

Una enfermedad en sus tierras que afectaba a la magia y secaba el poder que tenían... Una peste mágica que tal vez un día llegaría al mundo humano. Después de tantos siglos sin magia, nosotros no teníamos defensa contra ella, contra lo que fuera que eso pudiera hacerles a los humanos.

Me pregunté si algún alto fae se preocuparía por avisar a los míos. No me llevó mucho tiempo encontrar la respuesta.



Capítulo 8

Fingí pasear a través de los jardines exquisitos y silenciosos, memorizando mentalmente los senderos y lugares donde esconderme si es que alguna vez lo necesitaba. Él se había llevado mis armas y yo no era estúpida: sabía que no encontraría un fresno en esta tierra. Pero si la banda de cuero que él llevaba estaba llena de cuchillos, tenía que haber una armería en alguna parte. Y si no, encontraría otras armas, las robaría si hacía falta. Por si acaso.

La noche anterior, después de explorar, había descubierto que mi ventana no tenía rejas. Salir de la habitación y bajar por las glicinias no podía ser demasiado difícil; yo había trepado a muchos árboles y no tenía miedo a las alturas. No es que ya hubiera pensado

en escapar, pero... por lo menos era bueno saber cómo hacerlo si alguna vez estaba lo bastante desesperada como para correr ese riesgo.

No dudaba de la afirmación que me había hecho Tamlin sobre el peligro mortal del resto de Prythian para una humana. Si es que realmente había una peste en esas tierras, por ahora estaba mejor donde estaba.

Pero seguiría tratando de encontrar a alguien que defendiera mi caso frente a Tamlin.

Aunque Lucien..., bueno, a ese le vendría bien que alguien le plantara cara si tenía el coraje de hacerlo, me había dicho Alis el día anterior.

Me comí lo que me quedaba de las uñas mientras caminaba pensando en todos los planes posibles, todos los probables desastres. Nunca había sido demasiado buena con las palabras, nunca había aprendido el comportamiento social al que habían sido tan adeptas mis hermanas y mi madre, pero... me las había arreglado bastante bien para vender pieles en el mercado de la aldea.

Así que tal vez buscaría al emisario de Tamlin, aunque él me detestara. Era evidente que Lucien tenía poco interés en que yo viviera ahí..., incluso había sugerido matarme. Tal vez le entusiasmaría la idea de mandarme de vuelta, de persuadir a Tamlin de que encontrara otra forma de cumplir con el tratado. Si es que había alguna.

Me acerqué a un banco en medio de una glorieta llena de flores cuando oí unos pasos sobre la grava del camino. Dos pares de pies rápidos, silenciosos. Me enderecé y miré por el sendero que me había llevado hasta allí: estaba vacío.

Me quedé un rato al borde de un campo abierto entre colinas sembradas de botones de oro. El prado, vibrante de verdes y amarillos, estaba desierto. Detrás de mí se elevaba un manzano silvestre que se abría en flores gloriosas; los pétalos caídos de las

flores llenaban un banco en sombras en el que estuve a punto de sentarme. Una ráfaga de brisa movió las ramas y una lluvia de pétalos blancos cayó sobre mí como una nevada.

Miré el jardín, el campo, con cuidado, con mucho cuidado, observé y escuché tratando de descubrir lo que me seguía.

No había nada en el árbol, nada detrás.

Una sensación de miedo me recorrió la columna. Había pasado mucho tiempo en los bosques y eso me había enseñado a confiar en mi instinto.

Alguien estaba de pie detrás de mí, tal vez dos de ellos. De alguna parte, desde un lugar demasiado cercano, me llegaron un jadeo leve y una risita sorda. El corazón me saltó a la garganta.

Miré de forma discreta por encima del hombro. Pero solamente vi temblar una luz plateada, brillante con el rabillo del ojo.

Me di la vuelta. Tenía que enfrentarme a lo que fuera que hubiera allí.

Las piedrecitas crujieron, más cerca ahora. El brillo se hizo más grande y se dividió en dos figuras pequeñas, no más altas que mi cintura. Las manos se me cerraron en puños.

—¡Feyre! —llegó la voz de Alis a través del jardín. Sentí que se me erizaba la piel cuando ella llamó de nuevo—: ¡El almuerzo, Feyre! —aullaba. Giré en redondo, con un grito en los labios para alertarla sobre lo que había detrás de ella, y levanté los puños, aunque ese esfuerzo fuera inútil... Pero la cosa brillante había desaparecido y también los ruiditos y las risas, y me encontré frente a una estatua que representaba a dos corderos alegres en medio de un salto. Me froté el cuello.

Alis me llamó de nuevo y me estremecí mientras tomaba aire y volvía hacia la mansión. Caminé entre los setos verdes, dirigiéndome con cuidado en dirección a la casa, pero no conseguía borrar la sensación aterradora de que alguien me vigilaba, alguien curioso y decidido a jugar.

Esa noche robé un cuchillo de la cena. Algo..., cualquier cosa, para defenderme.

Comprendí que la cena era la única comida a la que me invitaban, y eso estaba bien. Tres comidas al día con Tamlin y Lucien habrían sido una tortura para mí. Yo era capaz de soportar una hora sentada a esa mesa fastuosa si eso los convencía de que era una humana dócil y no estaba haciendo planes para cambiar mi destino.

Mientras Lucien hablaba y hablaba con Tamlin sobre el mal funcionamiento del ojo mágico tallado que le permitía ver, escondí el cuchillo en la manga de la túnica. El corazón me latía con tanta fuerza que creí que ellos lo oirían, pero Lucien siguió hablando y los ojos de Tamlin no se apartaron de su emisario.

Supongo que deberían haberme dado lástima por las máscaras que se veían obligados a usar, por la plaga que había infectado a la magia y al pueblo. Pero cuanto menos interactuara con ellos, mejor, sobre todo cuando Lucien parecía creer que todo lo que yo decía era tan risiblemente humano y poco educado. Responderle no hubiera ayudado a mis planes. Me costaría una dura batalla ganarme su favor, aunque solo fuera por el hecho de que yo estaba viva y su amigo Andras no. Tendría que encargarme de él sola o arriesgarme a despertar demasiado pronto las sospechas de Tamlin.

El cabello rojo de Lucien brillaba bajo la luz del fuego, sus reflejos temblaban con cada movimiento; las joyas de la empuñadura de su espada dejaban escapar un brillo suave; la hoja ornamentada, muy diferente a las de los cuchillos que colgaban de la cinta de cuero cruzada sobre el pecho de Tamlin. Pero ahí no había nadie contra quien usar una espada. Y aunque el arma estaba cubierta de filigrana y joyas, tenía el tamaño suficiente para ser algo más que una mera decoración. Tal vez la espada estaba relacionada con esas cosas invisibles en el jardín. Tal vez él había perdido el ojo y se había ganado esa cicatriz en una batalla. Luché para reprimir un estremecimiento.

Alis había dicho que la casa era segura, pero me había advertido que me mantuviera alerta. Que prestara atención. ¿Qué acechaba más allá de la mansión? ¿Qué podría usar mis propios sentidos humanos contra mí? ¿Hasta dónde llegaba la orden que había dado Tamlin para protegerme? ¿Qué tipo de autoridad era la suya?

Lucien hizo una pausa y lo descubrí mirándome con una sonrisa que volvía todavía más brutal su cicatriz.

—¿Estabas admirando mi espada o solamente pensando cómo matarme, Feyre?

—Claro que no —dije con suavidad, mirando a Tamlin. Durante un momento, los puntos de oro de los ojos del dueño de la casa brillaron con fuerza y el destello llegó hasta el otro lado de la mesa. Me galopaba el corazón. ¿Me había oído coger el cuchillo, había oído el susurro del metal sobre la madera? Me obligué a mirar a Lucien de nuevo.

Su sonrisa feroz, perezosa, seguía ahí. «Actúa con educación, compórtate, tal vez así lo pongas de tu lado...» Yo era capaz de eso.

Tamlin rompió el silencio:

—A Feyre le gusta cazar.

—No es que me guste cazar. —Seguramente debería haber usado un tono más amable, pero continué—: Cazaba por necesidad. Y vos ¿cómo lo sabéis?

La mirada de Tamlin me estudió.

—¿Por qué si no habrías estado en los bosques ese día? Tenías un arco y flechas en tu... casa. —Me pregunté si no habría estado a punto de decir «covacha»—. Cuando vi las manos de tu padre supe que no era él quien los usaba. —Hizo un gesto hacia mis manos marcadas, llenas de callos—. Tú le dijiste lo de racionar la carne y el dinero de las pieles. Los inmortales somos muchas cosas, pero no estúpidos. A menos que tus leyendas ridículas también digan eso de nosotros.

Ridículos, insignificantes.

Miré fijamente las migas de pan y los remolinos de la salsa que habían quedado sobre mi plato de oro. Si hubiera estado en casa, habría lamido el plato hasta dejarlo limpio, desesperada por conseguir cualquier pedacito extra de alimento. Y los platos... Podría haberme comprado un par de caballos, un arado, un campo con uno solo de ellos. Era detestable.

Lucien se aclaró la garganta.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve —respondí de manera cortés, civilizada.

Lucien hizo un gesto parecido a la admiración con la cabeza.

—Tan joven y tan seria. Y una asesina experta.

Yo tensé las manos, las convertí en puños, el metal del cuchillo tibio contra la piel. Dócil, nada amenazadora, domesticada... Le había hecho una promesa a mi madre y la había cumplido. Que Tamlin cuidara a mi familia no era lo mismo que cuidarlos yo. Ese sueño diminuto, siempre presente, todavía era posible: mis hermanas casadas con comodidad y una vida con mi padre, con comida suficiente para los dos y bastante tiempo para pintar, tal vez, o tal vez para saber lo que quería realmente. Todavía era posible... en una tierra lejana, quizá, si alguna vez conseguía salir de mi situación. Yo todavía podía aferrarme a ese retazo de sueño, aunque esos altos fae con seguridad se reirían de lo típicamente humano de un pensamiento tan nimio, de un deseo tan pobre.

Sin embargo, cualquier información podía ser una ayuda, y si yo mostraba interés en ellos, puede que ellos se ablandaran. ¿Qué era ese lugar sino otra trampa en los bosques? Por tanto dije:

—¿Así que esto es lo que hacéis con vuestras vidas? ¿Salvar a humanos del tratado y disfrutar de buenas comidas? —Señalé la banda de cuero de Tamlin, sus ropas de guerrero, la espada de Lucien.

Este hizo una mueca.

—También bailamos con los espíritus bajo la luna llena y nos llevamos bebés humanos de las cunas y los reemplazamos por mutantes...

—Tu... —lo interrumpió Tamlin, su voz grave sorprendentemente amable—... tu madre ¿no te dijo nada de nosotros?

Apoyé el dedo índice sobre la mesa y clavé la uña en la madera.

—Mi madre no tenía tiempo para contarme historias. —Por lo menos esa parte de mi pasado podía revelarla.

Por una vez, Lucien no se rio. Después de una pausa bastante forzada, Tamlin preguntó:

—¿Cómo murió? —Cuando levantó las cejas, agregó con mayor suavidad—: No vi señales de una mujer adulta en tu casa.

Predador o no, yo no necesitaba su lástima. Pero dije:

—Tifus. Yo tenía ocho años. —Me puse de pie para irme.

—Feyre —dijo Tamlin, y me di la vuelta a medias. Un músculo tembló en mi cara.

Lucien nos miró a los dos, con el ojo de metal en movimiento, pero mantuvo el silencio. Después, Tamlin meneó la cabeza, un movimiento animal, y murmuró:

—Te doy el pésame...

Traté de no hacer una mueca mientras daba media vuelta y me retiraba. No quería sus condolencias, no las necesitaba..., no por mi madre, no cuando hacía años que ya no la extrañaba. Que Tamlin pensara que yo era una humana bruta, grosera, que no merecía su piedad.

Tendría más oportunidades si persuadía a Lucien de que hablara con Tamlin a mi favor y, sobre todo, si lo hacía con rapidez, antes de que aparecieran los otros que habían mencionado, o creciera la plaga. Al día siguiente..., hablaría con Lucien al día siguiente, indagaría un poco.

En la habitación descubrí un morral pequeño en un armario, lo llené con una muda de ropa y añadí el cuchillo robado. Era una hoja patética, pero un cubierto era mejor que nada. Por si alguna vez me permitían marcharme... y tenía que partir de un momento a otro.

Por si acaso...



Capítulo 9

A la mañana siguiente, mientras Alis y otra mujer me preparaban el baño, diseñé mi plan. Tamlin había dicho que él y Lucien tenían obligaciones que cumplir, y aún no los había visto. Así que localizar a Lucien, estar con él a solas, sería el primer punto de la lista.

Una pregunta como despreocupada que le formulé a Alis hizo que me revelara que creía que Lucien patrullaría las fronteras ese día y se encontraría en los establos preparándose para partir.

Cuando me hallaba a mitad del jardín, caminando, apurada, hacia los edificios que había visto el día anterior, oí a Tamlin a mi espalda que me decía:

—¿No has preparado una trampa hoy?

Yo me quedé paralizada y miré por encima del hombro. Él estaba de pie, a tan solo unos pasos.

¿Cómo lo había hecho para llegar caminando sobre la grava del sendero de forma tan silenciosa? La capacidad de sigilo de los inmortales, sin duda. Me obligué a calmarme física y mentalmente. Y respondí de la forma más amable que pude:

—Dijisteis que estoy segura aquí. Os oí con claridad.

Los ojos de él se entrecerraron, pero hizo lo que supuse era el intento de una sonrisa agradable.

—Mi trabajo de esta mañana se ha pospuesto —dijo. Era verdad, no llevaba la túnica de siempre, tampoco la banda de cuero, y las mangas de la camisa blanca estaban enrolladas hasta los codos, dejando ver sus antebrazos musculosos—. Si quieres recorrer a caballo estas tierras..., si te interesa tu... nueva residencia, te guiaré.

Otra vez se esforzaba por acercarse, aunque cada una de las palabras que había dicho parecieron dolerle. Tal vez Lucien pudiera hacerlo cambiar de opinión. Y hasta entonces..., ¿cuáles serían mis posibilidades si él era capaz de llegar al límite de hacer que los suyos jurasen no hacerme daño para protegerme del tratado? Sonreí con suavidad y le dije:

—Creo que prefiero pasar el día a solas. Pero gracias por el ofrecimiento.

Él se puso tenso.

—¿Y si...?

—No, gracias —lo interrumpí, maravillándome un poco de mi propia audacia. Pero tenía que hablar con Lucien a solas, tenía que tantearlo un poco. Tal vez ya se habría marchado.

Las manos de Tamlin se cerraron en puños, como si estuviera luchando contra el deseo de sacar las garras. Sin embargo, no hizo otra cosa que darse la vuelta y caminar despacio hacia la casa sin decir una sola palabra más.

Con suerte, muy pronto él ya no sería mi problema. Me apresuré a dirigirme a los establos, tratando de ocultar lo que sabía. Tal vez un día, si me liberaban, si había un océano y años entre nosotros, volvería a pensar en el pasado y me preguntaría por qué se molestaba Tamlin en acercárseme.

Intenté no parecer demasiado ansiosa, de no agitarme en exceso cuando por fin llegué a los establos. No me sorprendió que los mozos de cuadra también llevaran máscaras con la cara de un caballo. Sentí un poco de lástima por lo que les había hecho la plaga, las máscaras ridículas que tenían que usar hasta que alguien descubriera cómo deshacer el hechizo que las ligaba a esas caras. Pero ninguno de los mozos me miró siquiera, ya fuera porque no valía la pena o porque ellos también estaban resentidos por la muerte de Andras. Los comprendía.

Cualquier intento de que todo pareciera un encuentro casual se vino abajo cuando hallé a Lucien sobre un caballo negro, sonriéndome con unos dientes exageradamente blancos.

—Buenos días, Feyre. —Intenté disimular la tensión que sentía en los hombros y traté de sonreír un poco—. ¿Vas a cabalgar o estás volviendo a pensar en la oferta que te hizo Tam, la de vivir con nosotros? —Traté de recordar las palabras que había pensado antes, las palabras para ganármelo, pero él se rio, y no fue una risa agradable—. Vamos. Voy a patrullar los bosques del sur y tengo curiosidad por conocer las... habilidades que usaste para derribar a mi amigo..., quiero saber si fue accidental o no. Hace tiempo que no veía a un humano, y mucho menos a una asesina capaz de matar a un fae. Sé buena y ven conmigo a cazar.

Perfecto... Por lo menos esa parte del asunto había salido bien, aunque sonara tan tentador como enfrentarse a un oso dentro de su madriguera. Así que di un paso al costado para dejar pasar a un mozo de cuadra que se movía con una suavidad fluida, como todos por allí. Ni siquiera me miró, ninguna indicación de lo que pensaba acerca de tener a la asesina de un fae en la caballeriza.

Mi tipo de cacería no se hacía a caballo, ese era el problema. Consistía en acechar con cuidado y poner trampas y lazos. Yo no sabía cazar desde un caballo. Lucien aceptó un carcaj de flechas de manos del mozo de cuadra con un gesto de agradecimiento. Sonreía, pero la sonrisa no llegaba hasta el ojo de metal ni tampoco hasta el otro, el de color rojizo.

—Por desgracia, hoy no hay flechas de fresno.

Yo apreté la mandíbula para que no se me escapara una respuesta. Aunque él tuviera prohibido hacerme daño, no conseguía entender por qué me invitaba, excepto para burlarse de mí en todas las formas que se le ocurrieran. Tal vez estaba aburrido. Eso me favorecía.

Así que me encogí de hombros y traté de parecer tan aburrida como pude.

—Bueno..., supongo que ya estoy vestida para cazar.

—Perfecto —dijo Lucien; su ojo de metal brillaba bajo la luz del sol que atravesaba en diagonal la puerta abierta del establo. Recé para que Tamlin no apareciera por ahí en uno de sus paseos..., recé para que no decidiera ir a cabalgar y nos encontrara juntos.

—Vamos, entonces —asentí, y Lucien hizo un gesto para que los mozos me prepararan un caballo. Me apoyé contra una pared de madera mientras esperaba, mirando de reojo el umbral por si acaso aparecía Tamlin, y ofrecí las respuestas más insulsas que pude a los comentarios de Lucien sobre el clima.

Por suerte, pronto estuve sobre una yegua blanca, atravesando los bosques que se alzaban detrás de los jardines, envueltos en la primavera. Mantuve una distancia razonable entre mi yegua y el inmortal de la máscara de zorro, y deseé que, con ese ojo, no pudiera ver hacia atrás a través de la nuca.

Esa idea me perturbó y traté de apartarla de mi mente, mientras otra parte de mí se maravillaba por la forma en que el sol iluminaba las hojas y crecían las plantas de azafrán como rayos de púrpura vibrante contra los marrones y los verdes. Esos detalles no eran necesarios para mis planes, eran inútiles, y lo único que

conseguían era entorpecer todo lo demás: la forma y la inclinación del sendero, qué árboles eran buenos para trepar, los sonidos de las fuentes o los arroyos que habría en los alrededores. Esas eran las cosas que me ayudarían a sobrevivir si lo necesitaba. Pero esos bosques, como el resto de las tierras de Tamlin, estaban profundamente vacíos. No había señales de ningún inmortal, ningún alto fae que vagara por los alrededores. Tanto mejor.

—Bueno, ciertamente tienes bien entendida la parte del silencio de la caza —dijo Lucien, y se retrasó para cabalgar junto a mí. Eso estaba bien..., que viniera él en lugar de tener que parecer demasiado ansiosa, demasiado amigable.

Me ajusté el peso de la banda del carcaj sobre el pecho, después pasé un dedo a lo largo de la curva del arco que llevaba en el regazo. El arco era mucho más grande que el que yo usaba en casa, las flechas más pesadas y de punta más fuerte. Era probable que errara cualquier blanco que encontrase hasta que me acostumbrara al peso y equilibrio de estas armas.

Hacía cinco años había cogido las últimas monedas que le quedaban a mi padre de su fortuna anterior y había comprado un arco y algunas flechas. Desde entonces, había separado una pequeña suma todos los meses para las flechas y las cuerdas del arco.

—¿Y? —me presionó Lucien—. ¿No hay presas lo bastante buenas para la masacre? Ya hemos dejado atrás muchas ardillas y pájaros. —Las copas de los árboles depositaban sombras sobre la máscara con cara de zorro. Sombra, luz y metal brillante.

—Yo diría que hay mucha comida en vuestra mesa y que no necesito agregar nada a eso, sobre todo si siempre sobra tanto. —Dudaba que la carne de ardilla fuera lo suficientemente buena para esa mesa.

Lucien dejó escapar un bufido, pero no dijo nada más mientras pasábamos bajo unas campanillas lila florecidas, los conos violeta lo bastante bajos como para rozarme la mejilla como dedos frescos de terciopelo. El perfume dulce, crujiente, me quedó en los sentidos

mientras seguíamos adelante. «No es útil», me dije. Pero... esa zona de arbustos sería un buen lugar para esconderme si llegara a hacerme falta.

—Dijisteis que erais emisario de Tamlin —me atreví a empezar —. ¿Los emisarios suelen patrullar las tierras? —Una pregunta casual, desinteresada.

Lucien hizo chasquear la lengua.

—Soy emisario de Tamlin para cuestiones formales, pero esta patrulla era de Andras. Así que alguien tenía que reemplazarlo. Es un honor hacerlo.

Tragué saliva. Andras tenía un lugar ahí, y amigos..., no había sido un inmortal sin nombre, sin cara. Sin duda, lo extrañaban más que los míos a mí.

—Lo... lo lamento —dije, y lo decía en serio—. No sabía... no sabía lo que él significaba para todos vosotros...

Lucien se encogió de hombros.

—Tamlin dijo lo mismo, y por eso te trajo aquí. O tal vez le pareciste tan patética vestida con esos harapos que le diste lástima.

—No habría aceptado acompañaros si hubiera sabido que ibais a usar la cabalgata como excusa para insultarme. —Alis había dicho que a Lucien no le vendría mal que alguien le replicara. Eso era fácil.

Lucien hizo una mueca.

—Me disculpo, Feyre.

Lo habría llamado mentiroso si no hubiera sabido que él no podía mentir. Lo cual hacía que la disculpa fuera... ¿Qué? ¿Sincera? No estaba segura.

—Así que —continuó él—, ¿cuándo vas a empezar a tratar de persuadirme de que le pida a Tamlin que encuentre una forma de liberarte de las reglas del tratado?

Yo intenté disimular mi sorpresa.

—¿Qué?

—Por eso aceptaste venir, ¿verdad? ¿Por eso llegaste a los establos justo cuando me iba? —Me echó una mirada de costado con ese ojo rojizo—. Sinceramente, estoy impresionado... y me

halaga que creas que tengo semejante influencia sobre Tamlin.

No quería mostrarle mi plan..., todavía no.

—¿De qué estáis hablando...?

Su cabeza inclinada era respuesta suficiente. Él soltó una risita y dijo:

—Antes de que pierdas algo de tu precioso tiempo humano, déjame explicarte dos cosas. Una: si yo pudiera imponer lo que quiero, tú te irías ahora mismo, así que no te costaría mucho convencerme. Dos: no puedo imponer lo que quiero porque no hay alternativa a lo que pide el tratado. No hay salida.

—Pero... pero tiene que haber al...

—Admiro tus agallas, Feyre..., realmente las admiro. O tal vez sea solo estupidez. Pero ya que Tam no quiere destriparte, lo cual fue mi primera opción, te vas a quedar aquí. No hay otra salida. A menos que quieras arreglártelas sola en Prythian... y yo no te lo aconsejaría. —Me miró de arriba abajo.

No... no... no podía quedarme allí. No para siempre. No hasta que muriera. Tal vez... tal vez había otra forma o alguien que pudiera encontrar una salida. Dominé mi respiración acelerada y me sacudí los pensamientos punzantes, aterrorizados.

—Un esfuerzo valiente —dijo Lucien con una mueca.

No me molesté en controlar la mirada furiosa que le lancé. Cabalgamos en silencio, y aparte de algunos pájaros y ardillas, no vi nada raro, no oí nada extraño. Después de unos minutos, conseguí controlar lo suficiente mis pensamientos llenos de furia como para decir:

—¿Dónde está el resto de la corte de Tamlin? ¿Todos huyeron de la plaga?

—¿Cómo sabes lo de la corte? —preguntó él con tanta rapidez que me di cuenta de que pensaba que yo había querido decir otra cosa.

Mantuve la cara impávida.

—¿Los señores no siempre tienen emisarios? Y los sirvientes hablan. ¿No les hicieron usar máscaras de pájaros en esa fiesta por eso?

Lucien hizo una mueca. La cicatriz pareció tensarse.

—Cada uno eligió lo que quería usar esa noche para honrar los dones de Tamlin, su capacidad para cambiar de forma. También los sirvientes. Pero ahora, si pudiéramos, nos las arrancaríamos con nuestras propias manos —dijo, y tironeó de la suya. La máscara no se movió.

—¿Qué le pasó a la magia? ¿Por qué ocurrió eso?

Lucien dejó escapar una risa áspera.

—Enviaron algo desde el infierno, desde los agujeros más profundos, más llenos de mierda —dijo; después echó una mirada a su alrededor y dejó escapar una maldición—. No debería haber dicho eso. Si le llega algo a ella...

—¿Ella? ¿Quién?

Su piel, bronceada por el sol, se había tornado de color leche. Se pasó una mano lenta por el pelo.

—No importa. Cuanto menos sepas, mejor. Tal vez a Tam no le suponga un problema contarte lo de la plaga, pero yo creo que los seres humanos son muy capaces de vender la información al mejor postor.

Me inquieté. Los pocos detalles que él me había dado brillaban frente a mí como joyas. Una «ella» que asustaba a Lucien tanto como para preocuparlo, como para que le diera miedo que alguien estuviera escuchando, espiando, controlando lo que él decía. Incluso en ese bosque. Estudié las sombras entre los árboles, y no vi nada.

Prythian estaba regido por siete altos lores, tal vez esa «ella» era la que gobernaba el territorio donde se alzaba la mansión; si no un alto lord, entonces una alta lady... Si es que tal cosa era posible.

—¿Qué edad tenéis? —pregunté con la esperanza de recibir más información útil. Siempre era mejor eso que no saber nada.

—Soy viejo —respondió él. Estudió los arbustos, pero tuve la sensación de que esos ojos rápidos no buscaban presas. Lucien tenía los hombros demasiado tensos.

—¿Qué clase de poderes tenéis? ¿Podéis cambiar de forma, como Tamlin?

Él suspiró y miró al cielo antes de estudiarme con cansancio, el ojo de metal entrecerrado, fijo, irritante.

—¿Tratas de estudiar mis debilidades para...? —Lo miré con rabia—. De acuerdo. No, no cambio de forma. Solamente Tam lo hace.

—Pero vuestro amigo..., vuestro amigo parecía un lobo. A menos que eso fuera...

—No, no. Andras también era alto fae. Cuando cruzó el muro, Tam lo convirtió en lobo para que nadie supiera que era un inmortal. Aunque probablemente el tamaño fuese señal suficiente...

Me corrió un escalofrío por la espalda, tan violento que no reconocí la mirada roja, furiosa, que me lanzó Lucien. No tuve el coraje de preguntarle si Tamlin también podía cambiarme a mí, darme otra forma.

—De todos modos —continuó él—, los altos fae no tienen poderes específicos como los inmortales inferiores. Yo no soy igual que ellos de nacimiento, si es lo que estás preguntando. No limpio todo lo que veo ni atraigo a los mortales a una muerte por agua ni les contesto cualquier pregunta que puedan tener si consiguen atraparme. Nosotros existimos, solo eso. Existimos... para gobernar.

Me di la vuelta en otra dirección para que él no me viera los ojos cuando los puse en blanco.

—Supongo que si yo fuera una de vosotros, sería una inmortal inferior, no una alta fae... ¿Una inmortal inferior como Alis, dispuesta a serviros todo el tiempo? —Él no contestó, lo cual era lo mismo que un sí. Semejante arrogancia... Con razón, para él era aborrecible la idea de que yo estuviera ahí como reemplazo de su amigo. Y como

de todos modos seguramente me odiaría siempre, ahora que había descubierto mi plan antes de que este hubiera empezado a funcionar, le pregunté—: ¿Por qué tenéis esa cicatriz?

—No mantuve la boca cerrada cuando debía y me castigaron por eso.

—¿Tamlin os hizo eso?

—¡Por el Caldero, no! Él ni siquiera estaba ahí. Pero me consiguió el sustituto para el ojo más tarde.

Más respuestas que no eran respuestas.

—¿Así que hay inmortales que contestan cualquier pregunta que se les quiera hacer si los atrapan? —Tal vez ellos sabrían cómo liberarme de los términos del tratado.

—Sí —dijo él tenso—. Los suriel. Pero son viejos y malvados y el riesgo de buscarlos no vale la pena. Y si eres lo bastante estúpida como para seguir simulando que te interesan esas cosas, a mí me va a parecer sospechoso y le voy a decir a Tam que te ponga bajo arresto y no te deje salir de la casa. Aunque supongo que te merecerías lo que te pasara si fueras lo bastante estúpida como para salir a buscar un suriel.

Ah, si él se preocupaba tanto, era que los suriel andaban por ahí, muy cerca, acechando. Lucien volvió con brusquedad la cabeza a la derecha, escuchó, el ojo metálico crujió con suavidad. A mí se me erizó el pelo de la nuca y en un instante tensé el arco y apunté en la dirección en que miraba Lucien.

—Baja el arco —susurró él con voz baja y áspera—. Mierda, baja el arco ahora mismo, humana, y mira directamente hacia delante.

Yo hice lo que él me decía, el pelo erizado en los brazos, y vi que algo se movía entre los arbustos.

—No hagas nada —dijo Lucien, y se obligó a mirar también hacia delante, con el ojo de metal quieto y silencioso—. No reacciones, no importa lo que veas o sientas. No mires a los lados. Mira frente a ti.

Empecé a temblar, tenía las riendas apretadas en las manos cubiertas de sudor. Tal vez me hubiera preguntado si eso no era algún tipo de broma horrible, pero la cara de Lucien se había puesto muy muy pálida. Las orejas de los caballos se aplastaron hacia atrás, pero siguieron caminando como si también hubieran entendido la orden de Lucien.

Y después, lo sentí.



Capítulo 10

Se me heló la sangre cuando sentí un frío acechante que se arrastraba, pegado a mí. No veía nada, nada excepto un brillo vago con el rabillo del ojo, pero el caballo se tensó entre mis piernas. Obligué a mi cara a no expresar nada. Hasta los bosques primaverales, tranquilos, parecieron retroceder, secarse y congelarse.

La cosa fría susurró al pasar, hizo un círculo. Yo no la veía pero la sentía con claridad. Y en la parte de atrás de la mente, una voz antigua, vacía, me murmuraba:

Voy a aplastarte los huesos con las garras; voy a beberte la médula; voy a darme un banquete con tu cuerpo. Yo soy lo que temes; yo soy lo que te aterroriza... Mírame. Mírame.

Traté de tragar saliva, pero se me había cerrado la garganta. Mantuve los ojos en los árboles, en las copas, arriba, en cualquier cosa excepto la masa fría que daba vueltas a nuestro alrededor una y otra y otra vez.

Mírame.

Quería mirar..., necesitaba ver lo que era.

Mírame.

Clavé la vista en el tronco áspero de un olmo distante, pensé en cosas agradables. Como pan caliente y estómagos llenos...

Voy a llenarme la panza de ti. Voy a devorarte. Mírame.

Un cielo nocturno lleno de estrellas, sin nubes, pacífico, brillante, infinito. Un amanecer de verano. Un baño refrescante en una charca del bosque. Encuentros con Isaac, ese perderme lejos de mí misma durante una hora o dos, perderme en su cuerpo de hombre, en las respiraciones compartidas de los dos.

La cosa estaba alrededor de mí, en todas partes, tan fría que me castañeteaban los dientes.

Mírame.

Miré fijamente hacia delante, miré y miré el tronco de árbol; no me atrevía a parpadear. Me dolían los ojos; se me llenaron de lágrimas y las dejé caer, me negué a reconocer a esa cosa que acechaba a nuestro alrededor.

Mírame.

Justo cuando pensaba que iba a ceder, cuando me dolían tanto los ojos de no mirar, el frío desapareció detrás de un arbusto, dejando un rastro de plantas en movimiento. Solamente después de que Lucien hubo soltado el aire y nuestros caballos hubieron meneado la cabeza me atreví a relajarme en la montura. Hasta las plantas de azafrán parecieron enderezarse.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté limpiándome las lágrimas. La cara de Lucien seguía pálida.

—No es bueno que lo sepas.

—Por favor... ¿Era un... suriel? ¿Esos que habéis mencionado hace un rato?

El ojo rojizo de Lucien se había oscurecido cuando contestó con voz ronca:

—No. Era una criatura que no debería estar en estas tierras. La llamamos bogge. Es imposible cazarla y también es imposible matarla. Ni siquiera con tus amadas flechas de fresno.

—¿Por qué no tengo que mirarla?

—Porque cuando la miran, cuando la reconocen, es cuando se vuelve real. Es entonces cuando mata.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Ese era el Prythian que yo había esperado: criaturas que hacían que los humanos bajaran la voz cuando hablaban de ellas. La razón por la que yo no había dudado ni siquiera un instante cuando pensé en la posibilidad de que ese lobo fuera un inmortal.

—He oído la voz de esa cosa dentro de la cabeza. Me pedía que la mirara. —Lucien enderezó los hombros.

—Bueno, gracias al Caldero que no lo has hecho. Limpiar el desastre que habría dejado me hubiera arruinado el resto del día. —Me dedicó una sonrisa débil. Yo no se la devolví.

Seguía oyendo la voz del bogge que susurraba entre las hojas, llamándome.

Después de una hora de vagar entre los árboles, casi sin dirigirnos la palabra, me detuve, temblando con fuerza, y me volví hacia él.

—Así que sois viejo —dije—. Y lleváis una espada y patrulláis los límites de las tierras. ¿Peleasteis en la guerra? —De acuerdo, tal vez no había terminado de expresar mi curiosidad por el ojo perdido.

Él se encogió.

—Mierda, Feyre... no soy tan viejo.

—Pero sí guerrero.

¿Seríais capaz de matarme si las cosas llegaran a complicarse?

Lucien ahogó una risa.

—No tanto como Tam, pero sé manejar armas, sí. —Sujetó el puño de la espada—. ¿Te gustaría que te enseñara a manejar una espada o ya sabes hacerlo, grandiosa cazadora humana? Si

derribaste a Andras, probablemente no tienes nada que aprender. Solo dónde apuntar, ¿verdad? —Se palmeó el pecho.

—No sé manejar una espada. Me limito a cazar.

—Es lo mismo, ¿no?

—Para mí es diferente.

Lucien se quedó callado, pensando.

—Supongo que vosotros, los humanos, sois tan cobardes que te habrías hecho pis encima, te habrías encogido del todo y esperado la muerte si hubieras sabido sin lugar a dudas lo que era Andras. —Insoportable. Lucien suspiró mientras me miraba—. ¿Alguna vez dejas de ser tan seria y aburrida?

—¿Alguna vez dejáis de ser tan imbécil? —le ladré.

Que me mataran..., en serio, merecía que me mataran por haberle dicho eso.

Pero Lucien me sonrió.

—Eso está mucho mejor. Alis no se equivocaba.

La tregua que nos concedimos esa tarde, fuera la que fuese, desapareció en la mesa de la cena.

Tamlin estaba sentado en su silla de siempre, con una garra alrededor de la copa, que detuvo justo apoyada en el labio cuando entré. Lucien iba detrás. Los ojos verdes de Tamlin se clavaron en mí y me quedé inmóvil.

Correcto. Yo lo había rechazado esa mañana, le había dicho que quería estar sola.

Tamlin miró a Lucien despacio; la cara del emisario se había puesto seria.

—Nos hemos ido de caza —aclaró.

—Me lo han dicho —dijo Tamlin con voz áspera, mirándonos a los dos mientras nos sentábamos—. ¿Y lo habéis pasado bien? —Lentamente, la garra volvió a esconderse bajo la piel.

Lucien no contestó; me lo dejaba a mí. Cobarde. Me aclaré la garganta.

—Más o menos —respondí.

—¿Alguna presa? —Pronunciaba cada palabra separada de las demás por un silencio.

—No. —Lucien tosió una vez, como pidiéndome que dijera algo más. Pero yo no tenía nada que añadir. Tamlin me miró un largo momento, después empezó a comer; evidentemente él tampoco quería hablarme.

—El bogge estaba en el bosque hoy —dijo Lucien.

El tenedor que estaba en la mano de Tamlin se dobló sobre sí mismo, y preguntó con voz letal:

—¿Os habéis cruzado con él?

Lucien asintió.

—Se movía por ahí y se ha acercado. Seguramente ha atravesado la frontera.

El metal crujió entre las garras de Tamlin mientras lo destruía. Se puso de pie con un movimiento brutal, poderoso. Traté de no temblar frente a esa furia contenida, frente a la forma en que me pareció que se le alargaban los colmillos cuando dijo:

—¿Dónde? ¿En el bosque?

Lucien se lo explicó. Tamlin lanzó una mirada en mi dirección antes de salir a grandes zancadas de la habitación y cerrar la puerta detrás de él con una dulzura inquietante.

Lucien suspiró, empujó el plato a medio terminar y se frotó las sienes.

—¿Adónde va? —pregunté mirando la puerta.

—A cazar al bogge.

—Pero vos habéis dicho que era imposible matarlo..., que no se lo puede mirar.

—Tam puede.

Dejé de respirar durante un segundo. El alto fae que trataba de halagarme sin ganas era capaz de matar a una cosa como el bogge. Y, sin embargo él mismo, esa primera noche, me había ofrecido la vida y no la muerte. Yo había sabido siempre que era letal, que era un guerrero, pero...

—¿Así que ha ido a cazar al bogge? ¿Va a donde hemos ido nosotros antes? —Lucien se encogió de hombros.

—Si va a seguir su rastro tiene que probar ahí.

A mí me parecía increíble que alguien pudiera enfrentarse a ese horror inmortal, pero... no era mi problema.

Lucien no iba a comer nada..., bueno, eso no significaba que yo no lo hiciera. Perdido en sus pensamientos, ni siquiera notó el banquete que me di.

Volví a mi habitación y, despierta y sin nada más que hacer, empecé a vigilar el jardín, buscando señales del regreso de Tamlin. No volvió.

Afilé el cuchillo que había escondido con una piedra que había recogido en el jardín. Pasó una hora... y Tamlin seguía sin volver.

La luna mostró la cara y bañó el jardín en plata y sombras.

Ridículo. Totalmente ridículo estar ahí esperando que él volviera, pensando si había conseguido sobrevivir al bogge. Me di la vuelta, alejándome de la ventana, lista para irme a la cama.

Pero algo se movía en el jardín.

Me escondí detrás de las cortinas, junto a la ventana, no quería que él me viera esperándolo, y espié para ver qué pasaba.

No era Tamlin, no... Alguien estaba entre los setos, mirando la casa. Mirándome a mí.

Un hombre, encorvado y...

Me quedé sin aliento cuando el inmortal se acercó un poco más..., hasta entrar en la mancha de luz que salía de la casa.

No era un inmortal: era un hombre. Mi padre.



Capítulo 11

No me permití tener pánico, dudar, no me permití hacer ninguna otra cosa más que lamentarme por no haber robado comida de la mesa del desayuno mientras me ponía túnica sobre túnica, me envolvía en una capa y me metía el cuchillo que había robado en la bota. La ropa que había guardado sería un peso extra para cargar en el morral.

Mi padre. Mi padre había venido a buscarme..., a salvarme. Entonces los beneficios que le había dado Tamlin por mi partida, fueran los que fuesen, no podían ser demasiado tentadores. Tal vez tenía un barco listo para llevarnos lejos, muy lejos; tal vez había vendido la choza y conseguido dinero suficiente para establecernos en alguna otra parte, en un nuevo continente.

Mi padre había venido..., mi padre inválido, roto.

Una revisión rápida del terreno bajo mi ventana me dijo que no había nadie cerca, y la casa en silencio era señal de que nadie había visto a mi padre todavía. Él seguía esperando junto al seto y me hacía señas. Por lo menos Tamlin no había vuelto.

Dando una última mirada a mi habitación, me quedé escuchando para ver si alguien se acercaba por el pasillo, y después me agarré a los troncos de la glicinia y bajé por la pared de la casa.

Me encogí cuando oí el crujido de las piedras bajo mis pies, pero mi padre ya se estaba alejando hacia los portones, renqueando con el bastón.

¿Cómo había llegado hasta ahí? Tenía que haber llevado caballos y haberlos dejado en alguna parte. No se había puesto ropa suficiente para el invierno que deberíamos soportar en cuanto cruzáramos el muro. Pero yo me había puesto tanta encima que si hacía falta podría darle algo.

Mantuve los movimientos leves y silenciosos, evité con cuidado la luz de la luna y corrí detrás de mi padre. Él se desplazaba con una rapidez sorprendente hacia los bordes oscuros de la propiedad, hacia el portón de entrada.

En la casa quedaban solamente unas pocas velas encendidas. No me atreví a hacer ruido al respirar..., no me atreví a llamar a mi padre, que renqueaba hacia el portón. Si nos íbamos ahora, si él realmente tenía caballos, estaríamos a mitad de camino de casa antes de que ellos se dieran cuenta de que me había ido. Y entonces huiríamos..., huiríamos de Tamlin, huiríamos de la plaga que pronto invadiría nuestras tierras.

Mi padre llegó al portón. La gran entrada estaba abierta, nos llamaban los bosques al otro lado. Seguramente había escondido los caballos allí, entre los troncos. Se volvió hacia mí, la cara familiar, tensa y enjuta, los ojos castaños limpios por una vez, y me hizo una seña. Rápido, rápido, parecían gritar los movimientos de esa mano.

El corazón me galopaba con fuerza en el pecho, en la garganta. Solo unos metros más... y llegaría a él, a la libertad, a una nueva vida...

Una mano enorme me cogió del brazo.

—¿Vas a alguna parte? —Mierda. Mierda.

Mierda.

Sentí las zarpas de Tamlin a través de las capas de ropa cuando levanté la vista hacia él con terror desatado.

No me atreví a moverme, no frente a esos labios tensos, esa mandíbula en la que temblaban los músculos. No ahora que él abría la boca y yo veía sus colmillos brillantes bajo la luz de la luna, unos colmillos largos, capaces de quebrar cuellos.

Iba a matarme..., me mataría allí mismo y después mataría a mi padre. No habría más vueltas al tratado, más halagos, más piedad. Yo ya no le importaba. Estaba muerta.

—Por favor —jadeé—. Mi padre...

—¿Tu padre? —Levantó la vista hacia los portones detrás de mí. Su gruñido resonó en mi cuerpo cuando me mostró los dientes—. ¿Por qué no miras de nuevo? —me dijo mientras me soltaba.

Di dos pasos inestables hacia atrás, giré en redondo, tomé aire para gritarle a mi padre que corriera, pero...

Pero él ya no estaba ahí. Solamente quedaban un arco pálido y un carcaj de flechas apoyados contra los portones. Fresno de montaña. No estaban ahí hacía unos instantes, no esta...

Hubo una onda, como si las flechas fueran agua... y después el arco y las flechas se convirtieron en un paquete grande, lleno de suministros, de alimentos. Otra onda..., y ahí estaban mis hermanas, apretadas una contra la otra, llorando.

Se me aflojaron las rodillas.

—¿Qué...?

No terminé la pregunta. Mi padre estaba de nuevo ahí, de pie, encogido y con la mano concentrada en el mismo movimiento. Una representación idéntica.

—¿No te dijeron que te mantuvieras alerta? ¿Que no te dejaras llevar? —ladró Tamlin—. ¿Que tus sentidos humanos te iban a traicionar? —Me miró de arriba abajo y se le fueron retrayendo los colmillos. Las garras ya habían desaparecido—. De noche hay cosas peores que el bogge en estos bosques. Esa cosa del portón no es una de ellas..., pero te aseguro que se hubiera tomado un largo largo rato para devorarte.

No sé cómo, la boca empezó a funcionarme de nuevo. Y de todas las cosas que podía decir, le espeté:

—¿No es lógico lo que he hecho? Aparece mi padre inválido bajo mi ventana... ¿no es lógico que salga corriendo tras él? ¿Realmente creísteis que me iba a quedar aquí voluntariamente, para siempre, aunque vos os ocuparais de mi familia, por un tratado que no tiene nada que ver conmigo y permite que los altos fae matéis a humanos cada vez que os venga en gana?

Él flexionó los dedos como si tratara de volver a meter las uñas, pero estas permanecieron en el exterior, listas para cortar carne y hueso.

—¿Qué quieres, Feyre?

—¡Quiero irme a casa!

—¿A casa? ¿Para qué exactamente? ¿Preferirías esa existencia humana miserable a esto?

—Yo hice una promesa —le dije con la voz ronca—. A mi madre, cuando murió. Prometí que cuidaría a mi familia. Que me ocuparía de todos. Lo único que he hecho en mi vida, día tras día, hora tras hora, ha sido cumplir ese voto. Y justamente porque estaba cazando para salvar a mi familia, para poner alimento en esas bocas, ahora tengo que romperlo.

Él se alejó caminando hacia la casa y esperé unos segundos antes de irme tras él. Las garras se le fueron retrayendo despacio. No me miró cuando dijo:

—No estás rompiendo el voto al quedarte, estás cumpliéndolo, y más que antes. Tu familia está mejor cuidada ahora que cuando tú estabas allí.

Vi de repente una imagen de las pinturas descascarilladas, descoloridas, dentro de la choza. Tal vez ellos se habían olvidado de quién las había pintado. Insignificante..., eso sería todo lo que yo les había dado en esos años, tan insignificante como lo era yo para esos altos fae. Y ese sueño que había tenido, la vida con mi padre, con comida y dinero y pintura..., ese había sido mi sueño, no el de los demás.

Me froté el pecho.

—No puedo renunciar a la promesa. No importa lo que me digáis. Aunque fuera una tonta, una humana estúpida, tonta, por creer que mi padre vendría a buscarme.

Tamlin me miró de reojo.

—No estás renunciando.

—Vivo en el lujo. Me lleno de comida. ¿Qué otra cosa más que abandonarlos es eso...?

—Están bien cuidados..., están alimentados y cómodos.

Alimentados y cómodos. Si él no podía mentir..., si eso era verdad, entonces eso era más que cualquier cosa que yo hubiera podido esperar.

Si era así, mi promesa a mi madre estaba cumplida.

La idea me dejó tan conmocionada que no dije nada durante un momento mientras seguíamos caminando.

El dueño de mi vida era ahora el tratado, pero tal vez..., tal vez eso me había liberado de alguna forma.

Nos acercamos a la ancha escalera que llevaba a la mansión, y por último le pregunté:

—Lucien sale a patrullar y vos mencionasteis otros centinelas..., pero nunca he visto a ninguno. ¿Dónde están?

—En la frontera —dijo él como si eso fuera una respuesta. Después agregó—: No necesitamos centinelas si yo estoy aquí.

Porque él era suficientemente letal. Traté de no pensarlo, pero pregunté:

—Entonces ¿estáis entrenado como guerrero?

—Sí. —Como yo no dije nada, él añadió—: Pasé la mayor parte de mi vida en el destacamento de mi padre en las fronteras, entrenándome para servirlo algún día... a él o a otros. No se suponía que el peso de ocuparse de estas tierras fuera a recaer algún día sobre mí. —La simpleza con que lo dijo me demostró con claridad lo que él sentía por su título, por la razón por la que era necesaria la presencia de su amigo emisario, con su lengua de plata.

Pero era demasiado personal preguntarle qué había pasado para que cambiaran tanto las circunstancias de su vida. Así que me aclaré la garganta y dije:

—¿Qué tipo de inmortales andan por los bosques más allá de esos portones, si el bogge no es el peor? ¿Qué era esa cosa?

Lo que en realidad quería preguntar era: ¿qué era lo que querría atormentarme y después comerme? ¿Quién sois para ser tan poderoso? ¿Quién sois para que esa cosa no suponga ningún peligro para vos?

Él se detuvo en el último escalón y esperó a que yo lo alcanzara.

—Un puca. Usa los deseos de cada uno para atraerlo y llevarlo a algún lugar remoto y comérselo. Despacio. Seguramente el puca te olió como humana en los bosques y te siguió hasta la casa. —Me estremecí y no intenté disimularlo. Tamlin prosiguió—: Estas tierras eran seguras hace tiempo. Los inmortales más peligrosos estaban contenidos dentro de las fronteras de sus territorios nativos, controlados por los lores locales o escondidos. Ninguna criatura como el puca se hubiera atrevido a poner un pie aquí. Pero ahora, la enfermedad que infecta Prythian debilitó a los guardianes que los mantenían apartados. —Hizo una larga pausa, como si alguien le arrancara las palabras, ahogándolo—. Ahora las cosas son diferentes. No es seguro para nadie viajar solo de noche, sobre todo si es humano.

Porque los humanos estaban tan indefensos como bebés si se los comparaba con predadores como Lucien... y Tamlin, seres que no necesitaban armas para cazar. Miré sus manos, pero ya no había

ninguna señal de las garras. Solo piel tostada, llena de callos.

—¿Qué más ha cambiado ahora? —pregunté, siguiéndolo por los escalones de mármol.

Esta vez él no se detuvo y ni siquiera miró por encima del hombro mientras decía:

—Todo.

Así que yo iba a vivir en este lugar para siempre. Por más que deseara asegurarme de que la palabra que había dado Tamlin de encargarse de mi familia era cierta, por más que él hubiera dicho que yo cuidaba más de ellos quedándome ahí..., aunque realmente estuviera cumpliendo mi promesa si decidía quedarme en Prythian..., la verdad era que sin el peso de esa promesa me sentía vacía, hueca.

Los siguientes tres días me fui con Lucien a hacer la patrulla de Andras al tiempo que Tamlin buscaba al bogge por sus tierras. Ninguno de nosotros lo vio. A pesar de que a veces era malicioso, Lucien no parecía molesto por mi compañía y cargaba con el mayor peso de la conversación, lo cual a mí me parecía bien; así yo podía pensar en las consecuencias de disparar una única flecha.

Una flecha que no disparé nunca en esos tres días que cabalgamos a lo largo de las fronteras. Esa misma mañana había visto a una cierva roja en una cañada y había levantado el arco y apuntado por instinto, la flecha dirigida directamente al ojo, mientras Lucien se burlaba y decía que por lo menos la cierva no era una inmortal. Pero yo la había mirado —gorda, saludable y satisfecha— y había bajado el arco y vuelto a poner la flecha en el carcaj. La había dejado marchar.

Durante esos días, no vi a Tamlin en la mansión: estaba lejos, intentando atrapar al bogge día y noche, me dijo Lucien. Incluso en la cena hablaba poco y se iba temprano, a seguir la cacería. A mí no me molestaba esa ausencia. Si sentía alguna cosa, era alivio.

La tercera noche después de mi encuentro con el puca, apenas me senté a la mesa Tamlin se levantó con la excusa de que quería seguir con la cacería del bogge.

Lucien y yo lo miramos un momento.

La parte que yo veía de la cara de Lucien estaba pálida y tensa.

—Os preocupáis por él —dije.

Lucien se hundió en su silla, una posición del todo indigna de un alto fae.

—Tamlin... Tamlin tiene rachas de mal humor.

—¿No quiere que lo ayudéis a cazar al bogge?

—Prefiere hacerlo solo. Y tener al bogge en nuestras tierras... No creo que lo entiendas. Los pucas son inferiores, no lo preocupan, pero incluso cuando termine con el bogge va a seguir pensando en eso.

—¿Y no hay nadie que lo ayude?

—Seguramente los haría pedazos por desobedecer la orden de no acercarse.

Una fría sensación se deslizó sobre mi nuca.

—¿Tan brutal es?

Lucien estudió el vino que tenía en la copa.

—No se consigue permanecer en el poder siendo amigo de todos. Y entre los inmortales, los inferiores y los altos fae, se necesita mano firme. Somos demasiado poderosos y estamos demasiado aburridos con la inmortalidad; no dejamos que nos controle cualquiera.

Parecía una ocupación solitaria, fría, la de ostentar el poder en Prythian, sobre todo si uno no la apreciaba demasiado. Yo no estaba segura de la razón por la que eso me molestaba tanto.

Caía la nieve, espesa e incesante. Ya me llegaba a las rodillas mientras apuntaba con el arco, tirando de la cuerda más y más hacia atrás hasta que me tembló el brazo. Detrás de mí acechaba una sombra... No, no acechaba, vigilaba. No me atrevía a darme la

vuelta para mirar, no me atrevía a ver quién podía estar detrás de esa sombra, observándome, no como me había mirado el lobo desde el otro lado del claro.

Miraba solamente. Como si esperara, como si me desafiara a disparar la flecha de fresno.

No... no, no quería hacerlo, no esta vez, no de nuevo, no...

Pero no controlaba los dedos, no los controlaba, y él seguía mirándome cuando disparé.

Un disparo..., un disparo directo contra ese ojo dorado.

Una pluma de sangre que salpicaba la nieve, un golpe pesado, como el de un cuerpo al caer, un suspiro del viento. No.

No era un lobo el que cayó en la nieve, no, era un hombre, alto y bien formado.

No..., no era un hombre. Era un alto fae, con esas orejas puntiagudas. Parpadeé y entonces... entonces vi que tenía las manos tibias y pegajosas de sangre. Después el cuerpo de él estaba rojo y sin piel, humeando en el aire frío, y era su piel..., su piel..., la que yo sostenía entre las manos y...

Sacudí la cabeza hasta despertarme del todo; el sudor me bajaba por la espalda. Me obligué a respirar, a abrir los ojos y a estudiar cada detalle del dormitorio oscuro. Real..., esto era real.

Pero todavía veía la cara del alto fae, abajo, en la nieve, la flecha clavada en el ojo; rojo y lleno de sangre en el lugar en el que yo le había sacado la piel.

La bilis me quemó en la garganta.

No era real. Era un sueño solamente. Aunque lo que yo le había hecho a Andras, aunque él estuviera en su piel de lobo, era... era...

Me froté la cara. Tal vez era el vacío, la sensación de hueco de los últimos días, tal vez era solamente que ya no tenía que pensar hora tras hora tras hora en mantener viva a mi familia, pero... sí, lo que me cubría la lengua, los huesos, era arrepentimiento y tal vez vergüenza.

Me estremecí, como en un escalofrío, pero tampoco así podría sacarme eso de encima. Aparté las sábanas con los pies para levantarme de la cama.



Capítulo 12

No había podido sacudirme el horror, la sangre del sueño mientras caminaba por los pasillos oscuros de la mansión; los sirvientes y Lucien se habían retirado hacía ya mucho. Pero yo tenía que hacer algo, cualquier cosa, después de esa pesadilla. Aunque fuera para evitar dormirme de nuevo. Con un pedazo de papel en una mano y una pluma aferrada en la otra, caminé fijándome bien adónde iba, prestando atención a las ventanas, puertas y salidas, dibujando cada tanto esquemas vagos y poniendo algunas X en el pergamino.

Era lo que podía hacer, y para cualquier humano que supiera leer mis marcas no habrían tenido sentido. Pero yo no sabía leer ni escribir, apenas las letras básicas; mi mapa improvisado era mejor que nada. Si iba a quedarme en este lugar era esencial conocer los

mejores escondites, las salidas más fáciles de usar si las cosas se ponían difíciles para mí. No conseguía abandonar del todo ese instinto de supervivencia.

La luz era demasiado tenue para admirar las pinturas que cubrían las paredes, y no me atreví a arriesgarme a encender una vela. Esos últimos tres días siempre había sirvientes en los pasillos cuando yo me atreví a mirar las obras de arte... y la parte de mí que hablaba con la voz de Nesta se había reído ante la idea de que una humana ignorante tratara de admirar el arte de los inmortales. «Otro día, entonces», me había dicho a mí misma. Ya encontraría otro día, una hora tranquila en la que no hubiera nadie por ahí. Tenía muchas horas por delante ahora, una vida entera. Tal vez, tal vez se me ocurriera qué hacer con ella.

Me deslicé hacia abajo por la escalera principal; la luz de la luna inundaba las baldosas blancas y negras del vestíbulo. Llegué hasta la entrada; los pies descalzos, silenciosos sobre las baldosas frías. Nada..., nadie.

Apoyé mi mapa sobre la mesa del vestíbulo y dibujé unas cuantas X y círculos que representaban puertas, ventanas, la escalera de mármol.... Me familiarizaría tanto con la mansión que podría recorrerla aunque alguien me tapara los ojos con una venda.

Sentí una brisa y me volví hacia las puertas abiertas de cristal que daban al jardín.

Me había olvidado de lo grande que era, me había olvidado de los cuernos torcidos y la cara de lobo, el cuerpo parecido al de un oso que se movía con una fluidez felina. Los ojos verdes brillaban en la oscuridad, fijos en mí, y cuando las puertas se cerraron tras él, el vestíbulo se llenó del ruido que hacían las garras sobre el mármol. Me quedé quieta, de pie, sin atreverme a hacer un movimiento o a mover un solo músculo.

Él renqueaba un poco. Y bajo la luz de la luna quedaban manchas oscuras a su espalda.

Siguió caminando hacia mí; parecía absorber todo el aire del vestíbulo. Era tan grande que el espacio parecía pequeño, como una jaula. El roce de una garra, un jadeo de respiración agitada, la caída de la sangre.

Entre un paso y el siguiente cambiaba de forma, y yo cerraba los ojos con fuerza ante cada rayo de luz disparado al techo cuando eso ocurría. En cuanto por fin mis ojos se ajustaron a la oscuridad poblada de ruidos, vi que él estaba de pie frente a mí.

De pie, pero... no del todo. No había señal de la banda de cuero ni de sus cuchillos. Tenía las ropas hechas pedazos, cortes largos, feroces, que me hicieron preguntarme por qué no estaba muerto y destripado. Pero la piel musculosa que se veía bajo la camisa parecía hallarse incólume, ilesa.

—¿Matasteis al bogge? —Mi voz era apenas algo más que un susurro.

—Sí. —Una respuesta opaca, vacía. Como si ya no quisiera molestarse en ser amable. Como si yo estuviera al fondo, muy al fondo de una larga lista de prioridades.

—Estáis herido —le dije con voz más baja todavía.

Así era. Tenía la mano cubierta de sangre y esta seguía cayendo al suelo detrás de él. Me miró con los ojos en blanco, como si le costase un esfuerzo monumental recordar que tenía una mano y que esa mano estaba herida. ¿Qué esfuerzo de voluntad y energía le había costado matar al bogge, enfrentarse a esa amenaza terrible? ¿Hasta dónde había tenido que hurgar dentro de sí mismo —buscando el poder inmortal y animal que vivía en él, fuera cual fuese — para matarlo?

Miró el mapa que estaba sobre la mesa, y cuando habló su voz estaba vacía de toda emoción, de toda furia, de toda diversión.

—¿Qué es eso?

Arranqué de un tirón el mapa de la mesa.

—Pensé que sería bueno conocer el lugar donde estoy.

Sangre, sangre, sangre.

Abrí la boca para señalar la mano, pero él dijo:

—No sabes escribir, ¿verdad?

No le contesté. No sabía qué decir. Humana ignorante, insignificante.

—Con razón te volviste hábil en otras cosas.

Supuse que él estaba tan perdido en el recuerdo de su encuentro con el bogge que no se había dado cuenta del cumplido que me hacía. Si es que era un cumplido.

Otra gota de sangre sobre el mármol.

—¿Dónde podemos limpiar esa mano?

Levantó la cabeza y me miró de nuevo. Quieto y agotado, silencioso. Después dijo:

—Hay una pequeña enfermería.

Quería decirme a mí misma que eso era tal vez lo más útil que había averiguado ese día. Pero mientras lo seguía, esquivando el rastro de sangre que él iba dejando, pensé en lo que me había contado Lucien acerca de la soledad de Tamlin, acerca del peso que tenía que llevar sobre los hombros; pensé en lo que había dicho él: que esas tierras no deberían haber sido suyas, y sentí... sentí lástima por él.

La enfermería estaba bien provista, pero era más un botiquín con suministros y una buena mesa de trabajo que un lugar en el que curar a inmortales enfermos o heridos. Supuse que eso era lo único que necesitaban: de todos modos, eran capaces de curarse a sí mismos con sus poderes inmortales. Pero esa herida..., esa herida no se estaba curando.

Tamlin se dejó caer contra el borde de la mesa cogiéndose la mano herida por la muñeca mientras me miraba rebuscar en los cajones. Cuando encontré lo que necesitaba, hice un esfuerzo para no retroceder frente a la idea de tocarlo, y no dejé que el miedo me dominara cuando le cogí la mano; el calor de su piel me pareció un infierno contra mis dedos frescos.

Limpié la mano sucia, cubierta de sangre, preparándome para el primer destello de las garras. Pero estas siguieron retraídas y él continuó en silencio mientras yo le vendaba la mano. Me sorprendió no encontrar más que algunos cortes feroces que no tenían necesidad de puntos.

Aseguré el vendaje y me alejé, llevándome el bol con agua teñida de rojo hacia la fuente al final de la habitación. Sus ojos eran como una marca candente sobre mí mientras yo terminaba de limpiar; la habitación se volvió demasiado pequeña, casi asfixiante. Había matado al bogge y salido relativamente ileso. Si Tamlin tenía ese poder, entonces los altos lores de Prythian debían de ser semidioses. Todos los instintos mortales de mi cuerpo temblaban de horror ante la idea.

Estaba casi en la puerta, tratando de dominar la urgencia por salir corriendo de vuelta a mi habitación, cuando él dijo:

—No sabes escribir pero aprendiste a cazar, a sobrevivir. ¿Cómo?

Hice una pausa con el pie apoyado sobre el umbral.

—Es lo que pasa cuando una es responsable de las vidas de los demás, ¿no? Una hace lo que tiene que hacer.

Él seguía sentado sobre la mesa, todavía en medio de ese límite interno entre el aquí y el ahora por un lado y, por otro, el lugar al que había tenido que ir con su mente para luchar contra el bogge, fuera donde fuese... Miré de frente a esos ojos salvajes y brillantes.

—No eres lo que yo esperaba..., para ser humana —dijo. No le contesté. Y no se despidió cuando me fui.

A la mañana siguiente, mientras bajaba por la grandiosa escalera, traté de no pensar demasiado en las baldosas de mármol, ahora muy limpias...; ya no había señales de la sangre que había perdido Tamlin. En realidad, traté de no pensar demasiado en nuestro encuentro.

Cuando no vi a nadie en el vestíbulo, casi sonreí..., sentí una onda cálida en ese vacío hueco que me había estado persiguiendo. Tal vez ahora, tal vez en ese momento de tranquilidad, podría contemplar por fin las obras de arte en las paredes, tomarme tiempo para examinarlas, conocerlas, admirarlas.

Con el corazón a todo galope, estaba a punto de dirigirme hacia donde había visto un pasillo con paredes cubiertas con gran cantidad de pinturas, una al lado de otra, cuando, desde el comedor, llegaron flotando voces masculinas.

Me detuve. Las voces eran lo bastante tensas como para incitarme a que me deslizara entre las sombras detrás de la puerta abierta tratando de no hacer ruido. Lo que hacía era un acto cobarde, horrible, pero lo que estaban diciendo esos dos me forzó a olvidar la culpa.

—Quiero saber qué crees que estás haciendo. —Era Lucien..., la ferocidad familiar revistiendo todas sus palabras.

—¿Qué estás haciendo tú? —ladró Tamlin. A través del espacio entre las bisagras y la puerta los vi a los dos de pie, cara a cara. En la mano sin vendas de Tamlin brillaban las garras bajo la luz de la mañana.

—¿Yo? —Lucien se llevó una mano al pecho—. Por el Caldero, Tamlin..., no tenemos mucho tiempo y tú te lo pasas envuelto en tristeza y rabia. Ya ni siquiera tratas de fingir.

Levanté las cejas. Tamlin giró sobre sus talones para alejarse, pero volvió a dar una vuelta un instante después y mostró los dientes.

—Fue un error desde el principio. No lo tolero, y menos después de lo que mi padre les hizo, lo que hizo a las tierras de esa especie... No quiero ser como él..., no voy a ser ese tipo de persona. Así que deja de molestarme.

—¿Dejar de molestarte? ¿Dejar de molestarte mientras tú sellas nuestro destino, mientras lo arruinas todo? Me quedé contigo por esperanza, no para verte caer. Para alguien con un corazón de piedra, el tuyo parece estar muy blando estos días. El bogge estaba

en nuestras tierras... ¡El bogge, Tamlin! Cayeron todas las barreras entre las cortes y hay basuras como el puca hasta en nuestros bosques. ¿Vas a mudarte ahí para matar a todos los gusanos que entren sin permiso?

—Ten cuidado con lo que dices —lo amenazó Tamlin.

Lucien se le acercó; él también mostraba los dientes. Un soplo de aire me golpeó el estómago y un olor metálico me llegó a la nariz. Pero yo no veía la magia..., solamente la olía. No hubiera sabido decir si eso hacía peor o mejor la situación.

—No me provoques, Lucien. —El tono de Tamlin era peligroso y tranquilo y se me erizó el pelo en la nuca cuando emitió un gruñido puramente animal—. ¿Crees que no sé lo que pasa en mis propias tierras? ¿Lo que puedo perder? ¿Lo que ya he perdido?

La plaga. Tal vez estuviera contenida, aunque parecía que todavía causaba estragos, que seguía siendo una amenaza, y quizá se tratara del tipo de amenaza de la que ellos no querían que yo supiera nada, ya fuera porque no confiaban en mí o porque... porque yo no era nada para ellos. Me incliné hacia delante, pero cuando lo hice, moví la mano y un dedo golpeó con suavidad contra la puerta. Puede que un ser humano no lo hubiera oído, pero los dos altos fae se volvieron en redondo. El corazón se me subió a la boca.

Di un paso hacia el umbral, me aclaré la garganta y pensé en una docena de excusas para justificarme. Miré a Lucien y me obligué a sonreír. Los ojos de él se ensancharon y tuve que preguntarme si sería por mi sonrisa o porque tenía aspecto de culpable.

—¿Vais a cabalgar? —pregunté, un poco descompuesta, mientras hacía un gesto hacia atrás con el pulgar. No había pensado en salir con él ese día, pero sonaba a una buena excusa.

El ojo rojo de Lucien brillaba con fuerza, aunque la sonrisa que me dedicó no tenía ningún brillo. La cara del emisario de Tamlin más calculadora, más cortesana que nunca anteriormente.

—Hoy es imposible —dijo. Señaló a Tamlin con el mentón—. Él puede ir contigo.

Tamlin miró con desdén a su amigo; no se preocupó por disimular el gesto. La banda de cuero llevaba esta vez más cuchillos que los días anteriores, y las empuñaduras de metal ornamentado brillaban cuando él se volvió hacia mí con los hombros tensos.

—A donde quieras ir, iremos. Basta con que lo digas. —Las garras de la mano libre se deslizaron bajo la piel y desaparecieron.

«No.» Casi lo dije en voz alta mientras volvía a mirar a Lucien y le rogaba con los ojos. Lucien me puso una mano en el hombro al tiempo que se alejaba.

—Tal vez mañana, humana.

Me quedé a solas con Tamlin, tragué saliva con fuerza.

Él estaba ahí de pie, esperando.

—No quiero ir a cazar —dije finalmente con la voz calma. Era cierto—. Odio cazar.

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué quieres hacer, entonces?

Me llevó por los pasillos. Una brisa suave enredada con el perfume de las rosas entraba a través de las ventanas abiertas y me acariciaba la cara.

—Estuviste cazando —dijo Tamlin por fin—, pero no tienes ningún interés en ello. —Me observó de reojo—. Con razón vosotros dos nunca atrapáis nada.

No había rastro del guerrero frío, vacío, de la noche anterior, ni del noble fae furioso de hacía unos minutos. Ahora era solamente Tamlin.

Había sido una tonta por bajar la guardia cuando estaba con él, por pensar que su actuación significaba algo, sobre todo cuando era evidente que algo andaba tan mal en sus tierras. Había acabado con el bogge... y eso lo convertía en la criatura más peligrosa con la que me hubiera encontrado nunca. Dado que no sabía cómo proceder, le pregunté en un tono algo artificial:

—¿Cómo está vuestra mano?

Flexionó la mano herida y estudió las vendas blancas, austeras y limpias contra la piel besada por el sol.

—No te di las gracias.

—No hacía falta.

Pero él negó con la cabeza y su cabello dorado atrapó y sostuvo la luz de la mañana como si la arrancara del sol.

—El mordisco del bogge estaba pensado para retardar la curación de los altos fae, retardarla lo suficiente como para matarnos. Tienes toda mi gratitud. —Cuando me encogí de hombros, él agregó—: ¿Cómo aprendiste a vendar heridas así? Puedo usar la mano a pesar de las vendas.

—A base de equivocarme. Siempre que me hacía daño, tenía que poder armar la cuerda en el arco al día siguiente.

Él se quedó callado mientras girábamos por otro pasillo de mármol bañado por el sol, y entonces me atreví a mirarlo. Descubrí que me estaba estudiando, los labios convertidos en una línea tensa.

—¿Alguna vez alguien te cuidó a ti? —preguntó con voz pausada.

—No. —Hacía muchos años que yo había dejado de tenerme lástima.

—¿Aprendiste a cazar de la misma manera, a base de equivocarte?

—Espiaba a los cazadores cuando podía y después practiqué hasta que empecé a acertar a las cosas. Cuando disparaba mal, no comíamos. Así que apuntar fue lo primero que aprendí.

—Tengo curiosidad —dijo él en tono despreocupado. Había un brillo en los puntos ambarinos de sus ojos verdes. Tal vez no era cierto que no quedaran rastros de la bestia guerrera—. ¿Vas a usar ese cuchillo que robaste de la mesa?

Me quedé paralizada.

—¿Cómo lo supisteis?

Podría haber jurado que, debajo de la máscara, él tenía las cejas levantadas.

—Estoy entrenado para notar esas cosas. Pero sobre todo, olí el miedo en ti.

Gemí.

—Pensé que nadie lo había notado.

Él mostró una sonrisa torcida, más genuina que todas las sonrisas desvaídas y los halagos que me había ofrecido antes.

—Aun si dejamos de lado el tratado, vas a necesitar pensar con mayor creatividad si quieres tener la oportunidad de escapar de los míos... Eso de robar cuchillos en la cena... Pero con tu habilidad para espiar detrás de las puertas, algún día tal vez averigües algo valioso.

Sentí calor en las orejas.

—Yo... yo no... Lo lamento —murmuré. Pero no tenía sentido fingir que no los había espiado—. Lucien ha dicho que no teníais mucho tiempo. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Van a venir más criaturas como el bogge por la plaga?

Tamlin se puso rígido, levantó la vista y miró alrededor del pasillo, estudió las imágenes, los sonidos y los olores. Después se encogió de hombros, un gesto demasiado tenso para ser genuino.

—Soy inmortal. Lo único que tengo es tiempo, Feyre.

Había dicho mi nombre con tanta... intimidad. Como si no fuera una criatura capaz de matar monstruos salidos de una pesadilla. Abrí la boca con la intención de pedirle una respuesta más exacta, pero él me interrumpió.

—La fuerza que enferma nuestras tierras y nuestros poderes..., eso también va a acabar algún día si el Caldero nos da su bendición. Pero ahora que el bogge ha entrado en estas tierras, yo diría que es lógico suponer que otros pueden seguirlo, sobre todo si el puca se mostró tan desafiante.

Sin embargo, si las fronteras entre las cortes habían caído, como yo le había oído decir a Lucien, si a causa de la plaga todo en Prythian era diferente ahora, como había dicho Tamlin..., yo no quería quedar atrapada en medio de una guerra brutal o una revolución. Dudaba que sobreviviera mucho tiempo en un escenario como ese.

Tamlin siguió caminando y abrió un par de puertas dobles al final del pasillo. Los músculos poderosos de la espalda se le movieron bajo la ropa. Nunca debía olvidar lo que él era..., lo que podía hacer. Lo que, aparentemente, le habían enseñado a hacer.

—Como tú pediste —dijo entonces—: El estudio.

Vi lo que había más allá de su espalda y se me hizo un nudo en el estómago.



Capítulo 13

Tamlin agitó la mano y cien velas saltaron a la vida. Era evidente que eso que había dicho Lucien sobre la magia —que se había secado y torcido por la plaga— no había afectado de forma tan dramática a Tamlin o, tal vez, si todavía era capaz de cambiar la forma de sus centinelas y transformarlos en lobos cuando quería, había sido mucho más poderoso antes. El olor metálico de la magia me rozó los sentidos, pero mantuve el mentón alto. Bueno, hasta que observé lo que había dentro.

Las palmas de las manos empezaron a sudarme cuando vi ese estudio enorme, opulento. Había tomos y tomos alineados en la pared como soldados de un ejército silencioso, y sillones, escritorios y alfombras gruesas tendidas por toda la habitación.

Hacía más de una semana que había abandonado a mi familia. Aunque mi padre me había dicho que no volviera, aunque mi promesa a mi madre se había cumplido, por lo menos tendría que hacerles saber que estaba sana y salva..., relativamente. Y mandarles una advertencia sobre la enfermedad que barría Prythian y que tal vez, algún día, pronto, atravesaría el muro.

Solo había un método para hacerlo.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Tamlin, y me estremecí. Él seguía detrás de mí.

—No —dije, y entré en el estudio dando zancadas. No quería pensar en el poder que me había mostrado hacía un instante, en la gracia despreocupada con la que había dado la vida a tantas llamas. Era importante que pusiera toda la atención en la tarea que tenía por delante.

No era del todo culpa mía que apenas supiera leer. Antes de la ruina de mi padre, mi madre había descuidado completamente nuestra educación, no se había preocupado por tomar una institutriz. Y después de que nos golpeara la pobreza, y mis hermanas mayores, que ya leían y escribían, consideraran que la escuela de la aldea era poco para nosotras, tampoco se preocuparon por enseñarme. Yo leía apenas lo suficiente para funcionar..., lo suficiente para darles forma a las letras, pero tan mal que hasta firmar me avergonzaba.

Ya era bastante que Tamlin lo supiera. Pensaría en el modo de hacer llegar la carta a los míos cuando la hubiera terminado; tal vez podría pedirles un favor a él o a Lucien. Pedirles que escribieran por mí sería demasiado humillante. Ya imaginaba sus palabras: «Una humana típica, tan ignorante». Y como Lucien parecía convencido de que me convertiría en espía apenas pudiera, sin duda quemaría la carta y cualquier otra cosa que intentara escribir después. Así que tendría que aprender.

—Te dejo, entonces —dijo Tamlin cuando el silencio entre los dos se volvió demasiado largo, demasiado tenso.

No me moví hasta que él cerró las puertas y me dejó dentro. Sentí latir mi corazón en todo el cuerpo cuando me acerqué a un escritorio.

Tuve que hacer un intermedio para la cena y para dormir, pero estuve de vuelta en el estudio antes de que hubiera salido del todo el sol. Descubrí un pequeño escritorio en un rincón y busqué papel y tinta. Reseguí una línea de texto con el dedo y susurré las palabras allí escritas.

—«Ella... ella tomó, tomó el zapato..., de pie... en su po... pos...»

Me senté en la silla y me apreté los ojos con las manos. Cuando sentí que estaba más calmada, cogí el pergamino y subrayé la palabra: «posición».

Con mano temblorosa, hice lo que pude para añadir letra tras letra a la lista cada vez más larga que tenía junto al libro. Había por lo menos cuarenta palabras, con las letras malformadas y casi ilegibles. Después me preocuparía por la pronunciación.

Me puse de pie: tenía que estirar las piernas, la espalda... o escaparme de la larga lista de palabras que no sabía pronunciar y del calor permanente que me entibiaba la cara y el cuello.

Supongo que el estudio era sobre todo una biblioteca: no se veían las paredes, ocultas detrás de los pequeños laberintos de pilas de libros que rodeaban el área principal. Había un entrepiso arriba, cubierto de libros de pared a pared. Pero «estudio» sonaba menos intimidante. Caminé en zigzag a través de algunas de las pilas, siguiendo un rayo de luz hasta las ventanas que estaban en el otro extremo de la habitación. Me descubrí mirando un jardín de rosas, con docenas de tonos rosados, púrpuras, blancos y amarillos.

Tal vez me habría permitido un momento para admirar los colores, brillantes de rocío bajo el sol de la mañana, si no hubiera visto la pintura a lo largo de la pared junto a las ventanas.

No era una pintura, pensé, parpadeando mientras retrocedía para ver desde más lejos la enorme extensión. No, era un... Busqué la palabra en esa parte medio olvidada de mi mente. Un mural. Eso era.

Al principio no conseguí hacer nada que no fuera mirar con fijeza el tamaño, la ambición, el hecho de que esa obra de arte estuviera en ese lugar donde nadie podía verla, como si crear algo así no significara nada..., absolutamente nada.

El mural contaba una historia usando la forma en que fluían los colores, las formas y la luz, la forma en que cambiaba su intensidad a lo largo del mural. La historia de..., sí, la historia de Prythian.

Empezaba con un caldero.

Un enorme caldero negro sostenido por manos delicadas, brillantes, femeninas, sobre una noche infinita, estrellada. Esas manos lo volcaron; el líquido brillante, lleno de chispas doradas se derramó por encima del borde. No, no eran chispas..., era una efervescencia de pequeños símbolos, tal vez en algún antiguo lenguaje de los inmortales. Fuera lo que fuese esa escritura, el contenido del caldero cayó al vacío más abajo y formó una laguna en la tierra y así se creó nuestro mundo...

El mapa abarcaba todo nuestro mundo..., no solo la tierra en la que estábamos sino también los mares y los enormes continentes que había más allá. Cada territorio estaba marcado y coloreado, algunos con pinturas intrincadas y ornamentadas con los seres que habían reinado alguna vez sobre tierras que ahora pertenecían a los humanos. Todo, recordé con un escalofrío, todo el mundo había sido de ellos..., por lo menos eso era lo que ellos creían, un mundo fabricado para ellos por la figura femenina que sostenía el caldero. No había mención de los humanos, ninguna señal de nosotros. Supuse que para ellos habíamos sido menos que cerdos.

Era difícil mirar el siguiente panel. Era tan simple y al mismo tiempo tan detallado que me quedé ahí, de pie, durante un momento, metida en ese campo de batalla, y sentí la textura del

barro ensangrentado más abajo, hombro con hombro con los miles de otros soldados humanos que se alineaban frente a las hordas de inmortales que nos atacaban. Una pausa antes de la matanza.

Las flechas y espadas humanas parecían inútiles contra los altos fae en sus armaduras brillantes o los inmortales inferiores erizados de garras y colmillos. Sabía —sin que me lo mostrase ningún panel explícito— que los humanos no habían sobrevivido a esa batalla. La mancha negra sobre el panel siguiente, iluminada con brillos rojos, era suficientemente expresiva.

Después otro mapa: un reino de inmortales mucho más reducido. Los territorios norteños se habían diseccionado y dividido para hacer sitio a los altos fae que habían perdido sus tierras al sur del muro. Todo lo que quedaba al norte del muro era para ellos; todo lo que estaba al sur era una mancha desierta. Un mundo destrozado, olvidado..., como si el pintor no quisiera molestarse en representarlo.

Miré con cuidado varias tierras y territorios que ahora pertenecían a los altos fae. Tanto territorio todavía..., tanto poder monstruoso esparcido por el norte de nuestro mundo. Sabía que estaban regidos por reyes o reinas o consejos o emperatrices, pero nunca había visto una representación de eso, de lo mucho que habían tenido que ceder al sur, de lo apretadas que estaban ahora sus tierras.

En comparación, a Prythian le había ido bien en nuestra enorme isla: solo el extremo final para los miserables humanos. La mayor parte del sacrificio la habían hecho los estados que quedaban más al sur, lugares que la pintura representaba con plantas de azafrán, ovejas y rosas. Tierras de primavera.

Me acerqué hasta que vi la mancha oscura, horrible, que representaba el muro: otro toque de desprecio por parte del pintor. No había ninguna figura en los reinos humanos, nada que indicara ninguno de los grandes centros o ciudades, pero... descubrí la zona aproximada en la que estaba nuestra aldea y los bosques que la separaban del muro. Esos dos días de viaje parecían tan pequeños si

se los comparaba con el poder que acechaba por encima de nosotros, en el norte... Tracé una línea, el dedo suspendido sobre la pintura, hacia arriba, en la pared, hacia estas tierras, las tierras de la Corte Primavera. Ahí tampoco había marcas, pero la tierra estaba sembrada con toques de primavera: árboles florecidos, tormentas pasajeras, animales recién nacidos... Por lo menos pasaría mis días en una de las cortes más moderadas en cuanto al clima. Un pequeño consuelo.

Miré al norte y retrocedí de nuevo. Las otras seis cortes de Prythian ocupaban un rompecabezas de territorios. Otoño, Verano e Invierno eran fáciles de distinguir. Por encima, dos cortes brillantes: la del sur, una paleta más suave, más rojo, la Corte Amanecer; por encima, brillantes dorados, amarillos y azules, la Corte Día. Y más arriba, posada sobre una cadena congelada de montañas de oscuridad y estrellas, el territorio expandido, enorme, de la Corte Noche.

Había cosas en las sombras que habitaban esas montañas..., ojos diminutos, dientes brillantes. Una tierra de belleza letal. Se me erizó el vello de los brazos.

Tal vez debería haber examinado los otros reinos, los que quedaban al otro lado del mar que rodeaba nuestra tierra. Por ejemplo, el reino inmortal aislado que quedaba al oeste, un reino que no parecía haber perdido territorio alguno y seguía siendo el mismo, pero en ese momento miré el corazón de ese mapa hermoso, viviente.

En el centro, como si fuera el núcleo a partir del cual se había expandido todo, o tal vez el lugar que había tocado primero el líquido caído del caldero, había una pequeña cadena de montañas nevadas. En medio de las cuales se erguía un enorme pico solitario. Sin nieve, sin vida..., como si los elementos se negasen a tocarlo. No había otras claves sobre su esencia; nada que indicara su importancia, y pensé que se suponía que los espectadores sabían lo que era. Ese no era un mural destinado a ojos humanos.

Con esa idea volví a mi escritorio. Por lo menos ahora sabía cómo eran aquellas tierras, y sabía que nunca nunca debía ir hacia el norte.

Me volví a sentar y busqué mi lugar en el libro, el rostro caliente frente a las ilustraciones que aparecían cada tanto. Un libro para chicos y, sin embargo, yo no conseguía terminar sus veinte páginas. ¿Por qué tenía Tamlin libros para chicos en esta biblioteca? ¿Eran de su propia infancia o para futuros chicos que llegarían alguna vez? No importaba. Yo no lograba leerlos. Odiaba el olor de esos libros, la podredumbre de las páginas, el susurro burlón del papel, el cuero áspero de la cubierta. Miré la hoja y todas las palabras que no conocía.

Apreté la lista en la mano, transformando el papel en una bola, y lo hundí en la papelera.

—Podría ayudarte a escribirles, si esa es la razón por la que estás aquí. —Salté hacia atrás en el asiento, casi lo derribé y giré en redondo. Ahí estaba Tamlin, detrás de mí, con una pila de libros en las manos. Empujé el asiento y me puse de pie, las mejillas y las orejas rojas... ¿Qué información creería él que iba a enviar? La idea me dio pánico.

—¿Ayudarme? ¿Queréis decir que un inmortal está dejando pasar la oportunidad de burlarse de una mortal ignorante?

Puso los libros sobre la mesa. Tenía la mandíbula tensa. Yo no conseguía leer los títulos que brillaban sobre los lomos de cuero.

—¿Por qué iba a burlarme por un defecto que no es tu culpa? Deja que te ayude. Te debo algo por el vendaje de la mano.

Defecto. Sí, cierto, era un defecto.

Y sin embargo, una cosa era vendarle la mano, hablar con él como si no fuera un predador creado para matar y destruir, y otra revelar lo poco que yo sabía, dejarle ver esa parte de mí que era todavía una niña, sin terminar, en bruto... Su cara era inescrutable. Aunque no había lástima en su voz, me enderecé orgullosa.

—Me las arreglo bien sola.

—¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que perder el tiempo pensando formas elaboradas de humillarte?

Me acordé de la mancha de nada que había usado el pintor para representar las tierras humanas y no encontré una respuesta, por lo menos no una que fuera lo suficientemente amable. Ya había cedido demasiado... frente a todos ellos, frente a él.

Tamlin negó con la cabeza.

—¿Así que dejaste que Lucien te llevara a cazar, pero...?

—Lucien —lo interrumpí con tranquilidad, pero no con voz suave — no finge ser lo que no es.

—¿Qué significa eso? —gruñó él, pero las garras siguieron retraídas aunque él cerró las manos y las convirtió en puños a los costados del cuerpo.

Estaba caminando por una línea definitivamente peligrosa, pero no me importaba. Aunque él me estuviera ofreciendo su ayuda, yo no iba a caer a sus pies.

—Significa —dije con la misma frialdad— que yo no os conozco. No sé quién sois, o lo que sois, o lo que queréis.

—Significa que no confías en mí.

—¿Cómo voy a confiar en un inmortal? ¿Acaso no disfrutáis matándonos y engañándonos?

Las palabras furiosas de su respuesta hicieron temblar las llamas de las velas:

—No eres lo que yo esperaba en un humano, eso te lo aseguro.

Casi sentí la profunda herida en mi pecho cuando se partió y salieron todas esas palabras horribles, silenciosas: «analfabeta», «ignorante», «insignificante», «orgullosa», «fría»..., todas en boca de Nesta, como un eco de su voz burlona en mi cabeza.

Apreté los labios con fuerza.

Él hizo una mueca y levantó un poco una mano, como si fuera a tocarme.

—Feyre... —empezó a decir, y su voz fue tan suave que hizo que yo meneara la cabeza y abandonara la habitación. Él no me detuvo.

Pero esa tarde, cuando fui a recuperar la lista que había tirado en la papelera, ya no estaba allí. Y mi pila de libros parecía distinta, los títulos estaban en otro orden. Tal vez algún sirviente los había cambiado, pensé para calmar la tensión que sentía en el pecho. Alis o alguno de los otros que limpiaban con máscaras de pájaros. Yo no había escrito nada que me incriminara, no había forma de que él supiera que yo había querido advertir a mi familia. Dudaba que me castigara por eso, pero... la conversación que habíamos tenido ya había sido lo suficientemente mala.

Sin embargo, me temblaban las manos cuando me senté al escritorio y busqué el lugar exacto en que había dejado el libro esa mañana. Sabía que era una vergüenza marcar los libros con tinta, pero si Tamlin podía permitirse comer en platos de oro, también podría reemplazar uno o dos libros.

Miré sin ver el amontonamiento de letras.

Tal vez era una tonta por no aceptar su ayuda, por no tragarme el orgullo y pedirle que escribiera la carta. Ni siquiera era una carta de advertencia, solo..., solo para hacerles saber que estaba bien. Si él tenía otras cosas que hacer con su tiempo, si no perdía el tiempo buscando formas de avergonzarme, entonces seguramente tenía mejores cosas que hacer que ayudarme a escribir cartas a mi familia. Y sin embargo, me lo había ofrecido.

Oí sonar la hora en un reloj cercano.

Defecto..., otro de mis defectos. Me froté las cejas con el pulgar y el índice. También había sido tonta al sentir un poco de lástima por él, por el inmortal solitario, pensativo, por alguien que, había pensado yo como una estúpida, realmente se interesaría si conocía a otra persona que tal vez sentía lo mismo, que tal vez entendía lo que era cargar con el peso de cuidar a otros, aunque lo entendiera en la forma ignorante, insignificante en que podían hacerlo los humanos. Debería haberlo dejado sangrar esa noche, debería haberme dado cuenta de que era tonto creer..., era tonto creer que tal vez..., tal vez

habría alguien, humano o inmortal o cualquier otra cosa que entendería eso en lo que se había transformado mi vida, en lo que yo me había transformado en los últimos años.

Pasó un minuto, después otro.

Tal vez los inmortales no pudieran mentir, pero sí que podían escamotear la información; Tamlin, Lucien y Alis habían hecho lo posible por no contestar a mis preguntas específicas. Saber más sobre la plaga que los amenazaba, saber cualquier cosa sobre esa plaga, de dónde procedía, qué era capaz de hacer, sobre todo a un ser humano...

Y si había alguna posibilidad de que ellos tuvieran también algún tipo de conocimiento acerca de encontrar una salida para escapar a las exigencias del maldito tratado, si sabían una forma en la que pudiera pagar la deuda que había adquirido y volver con mi familia y advertirles sobre la plaga en persona..., entonces tenía que arriesgarme.

Veinte minutos más tarde fui a ver a Lucien a su dormitorio. Había marcado en mi mapa el lugar donde estaba su habitación —en un ala separada del segundo piso, bien lejos de la mía— y después de buscarlo en los lugares de siempre, pensé que estaría allí. Golpeé con los nudillos la puerta doble pintada de blanco.

—Entra, humana. —Seguramente él me detectaba por mi respiración. O tal vez ese ojo suyo veía a través de la puerta.

Traspasé el umbral. La habitación era muy parecida a la mía en cuanto a forma, pero estaba pintada en tonos de naranja, rojo y oro, con algunos leves toques de verde y marrón. Era como estar en un bosque otoñal. Y mientras mi habitación era toda suavidad y gracia, la suya estaba marcada por la aspereza. En lugar de la bonita mesa de desayuno junto a la ventana, dominaba el espacio una mesa de trabajo muy gastada, y encima de ella había varias armas. Ahí estaba él, sentado, vestido con una camisa blanca y pantalones, el pelo rojo sin atar, brillante como fuego líquido. El emisario de Tamlin, entrenado para la corte, pero también guerrero por derecho propio.

—No os he encontrado por la casa —dije, cerrando la puerta y apoyando la espalda en ella.

—Tuve que ir a poner orden en algunos exaltados en la frontera del norte, asuntos oficiales como emisario —dijo él, guardando el cuchillo de caza que había estado limpiando, una hoja terrible, larga —. Volví a tiempo para oír tu discusión con Tam y decidí que aquí arriba iba a estar más seguro. Me alegró saber que tu corazón humano se había entibiado un poco con respecto a mí, eso sí. Por lo menos no soy el primero en tu lista de futuros asesinatos.

Lo miré largamente.

—Bueno —siguió él, encogiéndose de hombros—, parece que te las arreglaste para meterte bajo la piel de Tam, tanto que él me buscó y casi me arrancó la cabeza de un mordisco. Así que supongo que tengo que darte las gracias por arruinar lo que debería haber sido un almuerzo pacífico. Por suerte para mí, había un problema en los bosques del oeste y mi pobre amigo tuvo que ir a encargarse de eso como solo él sabe hacerlo. Me sorprende que no te lo encontraras en la escalera.

Gracias a los dioses olvidados por las pequeñas alegrías.

—¿Qué tipo de problema?

Lucien se encogió de hombros, pero el movimiento fue demasiado tenso para tratarse del gesto de alguien que se desentiende del asunto.

—Lo de siempre: criaturas no queridas, criaturas horrendas que hacen desastres.

Bien..., era estupendo que Tamlin estuviera lejos y no pudiera volver para pillarme en lo que yo estaba a punto de hacer. Otra vez tenía un poco de suerte.

—Me impresiona que me hayáis contestado todo eso —dije con el tono más desenfadado que pude, pensando bien mis palabras—. Pero por desgracia no sois como el suriel, que me vomitaría toda la información que le exigiera si yo fuera lo bastante inteligente y lo atrapara.

Por un momento, él me miró y parpadeó. Después, hizo una mueca con la boca y su ojo de metal zumbó y se entrecerró para mí.

—Supongo que no vas a explicarme lo que quieres decir con eso.

—Vos tenéis vuestros secretos y yo tengo los míos —dije con cuidado. No conseguía predecir qué pasaría si yo le contaba lo que iba a hacer. ¿Trataría él de convencerme de que no lo hiciera?—. Pero si fuerais un suriel —agregué con deliberada lentitud, por si él no lo había entendido del todo—, ¿qué tendría que hacer para atraparos?

Lucien apoyó el cuchillo y se miró las uñas. Durante un momento me pregunté si me diría algo o no. Me pregunté si se iría directamente a ver a Tamlin y se lo contaría todo.

Y entonces él dijo:

—Supongo que yo tendría una debilidad por los bosquecitos de abedules en los bosques occidentales y por los pollos que acaban de morir, y probablemente sería tan glotón que no vería los lazos dobles preparados en el bosque para atraparme por las patas.

—Mmm. —No me atreví a preguntar por qué había decidido contestarme. Todavía había una posibilidad bastante grande de que su mayor deseo fuera verme muerta, pero decidí arriesgarme—. Creo que os prefiero como alto fae.

Él me dedicó una sonrisa, pero la diversión le duró poco.

—Pero si yo fuera tan loco y estúpido para perseguir a un suriel, también llevaría un arco y una flecha y tal vez un cuchillo como este. —Metió en la vaina el cuchillo que acababa de limpiar y lo puso en el borde de la mesa, como si me lo ofreciera—. Y estaría preparado para correr lo más rápido posible cuando lo soltase..., hasta el agua corriente más cercana, porque odian cruzar ese tipo de agua.

—Pero vos no estáis loco, así que vais quedaros aquí, ¿no es cierto? Sano y salvo.

—Voy a estar cazando, y con mi oído superior tal vez me sienta lo suficientemente generoso como para escuchar si alguien grita en los bosques occidentales. Pero es bueno que yo no haya tenido la

idea de decirte que salieras hoy, porque Tam le sacaría las tripas a cualquiera que te dijera cómo atrapar un suriel, y es bueno que yo haya hecho planes para cazar de todos modos, porque si alguien me descubre ayudándote, habría todo un infierno de problemas esperándonos. Confío en que tus secretos valgan la pena. —Lo dijo con la sonrisa de siempre, pero había una tensión en el gesto, una advertencia que no me pasó desapercibida.

Otro enigma y otro poquito de información.

—Es bueno que vos tengáis un oído superior y que yo tenga una habilidad superior para mantener la boca cerrada.

Soltó un resoplido mientras yo cogía el cuchillo de la mesa y me daba la vuelta para ir a buscar el arco a mi habitación.

—Creo que estás empezando a gustarme... para ser una humana asesina.



Capítulo 14

Bosques occidentales. Bosquecito de abedules. Pollo muerto. Lazo doble. Cerca de una corriente de agua.

Repetí mentalmente las instrucciones de Lucien mientras salía de la mansión, atravesaba los cuidados jardines, cruzaba las colinas cubiertas de hierba silvestre, vadeaba arroyos cristalinos y entraba en los bosques primaverales. Nadie me detuvo, nadie me vio salir, arco y carcaj al hombro, el cuchillo de Lucien en la cintura. Llevaba también un morral con un pollo muerto, cortesía del personal de la cocina, que se quedó muy extrañado con mi petición. También me había metido un cuchillo adicional en la bota.

Las tierras estaban tan vacías como la mansión, aunque de vez en cuando veía algo que brillaba con el rabillo del ojo. Y cada vez que me daba la vuelta para mirar, el brillo se convertía en la luz del sol que bailaba sobre un arroyo cercano, o el viento que movía las hojas de un sicomoro solitario sobre una loma. Cuando pasé junto a una charca que se había formado a los pies de una colina alta, habría jurado que cuatro cabezas femeninas salían del agua y me miraban. Me apresuré a seguir adelante.

Cuando entré en los bosques verdes occidentales, se oía solamente el canto de los pájaros que se llamaban y el roce de los animales que se movían entre los arbustos. Nunca había llegado hasta esos bosques en las cacerías con Lucien. No había senderos, ni nada domesticado. Los robles, los olmos y las hayas se entremezclaban en un tejido espeso, y casi ahogaban el resto de la luz de sol que se arrastraba a través de las densas copas. El suelo cubierto de musgo se tragaba cualquier sonido que yo pudiera hacer.

Viejo..., ese bosque era antiguo. Y estaba vivo, vivo de una forma que yo sentía en lo más profundo de mis huesos. Tal vez era la primera humana en quinientos años que caminaba bajo esas ramas oscuras, pesadas, la primera que inhalaba la frescura del tapiz de hojas primaverales que cubría la podredumbre húmeda, espesa.

Abedules..., corrientes de agua. Me abrí paso por los bosques, la respiración tensa en la garganta. La noche era el momento peligroso, me recordé. Solamente tenía unas pocas horas hasta la puesta de sol.

Aunque el bogge nos había asaltado bajo la luz del sol.

El bogge había muerto, y fuera cual fuese el horror del que se estaba encargando Tamlin, vivía en otra parte. La Corte Primavera. Me pregunté de qué formas tendría que responder Tamlin a su alto lord, y si era este el alto lord que le había sacado el ojo a Lucien. Tal vez era la mujer del alto lord, la «ella» que había mencionado Lucien, la que inspiraba tal terror en los dos. Empujé esa idea para alejarla de mi mente.

Mantuve los pasos silenciosos, los ojos y oídos abiertos y el corazón firme. Tuviera defectos o no, yo sabía cazar. Y las respuestas que necesitaba valían el riesgo que iba a correr.

Descubrí un bosquecito de jóvenes abedules delgados, después caminé en círculos cada vez más amplios hasta que encontré el arroyo más cercano. No era profundo, pero sí tan ancho que tendría que saltar corriendo para cruzarlo sin mojarme. Lucien me había aconsejado buscar una corriente de agua, y esta estaba lo bastante cerca como para hacer que me fuera posible huir. Si lo necesitaba. Con suerte, no me haría falta.

Caminé y volví a caminar trazando distintas rutas hacia el arroyo. Y después busqué otras alternativas, por si algo me impedía utilizar las primeras. Y cuando estuve segura de que recordaba cada roca, cada raíz y cada pozo en la zona, volví al pequeño claro rodeado de esos árboles blancos y preparé el lazo.

Esperé en mi atalaya en un árbol cercano, un roble denso, fuerte, cuyas hojas vibrantes me escondían por completo de cualquiera que pasara por debajo. Esperé. Y esperé. El sol de la tarde trepó por el cielo, y a pesar de que la luz tenía que atravesar las copas, el calor aumentó lo suficiente para que tuviera que sacarme la capa y subirme las mangas de la túnica. Me protestaba el estómago, y saqué un pedazo de queso del morral. Comerme eso sería más silencioso que la manzana que también había cogido de la cocina cuando me iba. En cuanto lo terminé, acosada por el calor, tomé un trago de agua de la cantimplora que había llevado conmigo.

¿No se cansaban Tamlin y Lucien de esa primavera eterna, de ese mismo clima día tras día? ¿Se aventuraban alguna vez en otros territorios aunque fuera para experimentar una estación diferente? A mí no me hubiera importado una primavera templada, infinita, mientras cuidaba a mi familia —el invierno nos ponía peligrosamente cerca de la muerte cada año—, pero si fuera inmortal, tal vez querría algo de variación para pasar el tiempo. Con toda probabilidad

querría hacer algo más que acechar dentro de una mansión. Aunque seguía sin reunir el coraje para hacer la pregunta que se me había metido en la cabeza apenas vi el mural del estudio.

Me moví todo lo que me atreví para acomodarme sobre la rama para que no se me durmieran los miembros. Acababa de situarme de nuevo cuando subió hacia mí una onda de silencio. Como si las ardillas, los tordos y las polillas del bosque retuvieran el aliento para dejar pasar algo.

Ya tenía el arco armado. Despacio, puse una flecha en la cuerda. El silencio se acercó más y más.

Los árboles parecían inclinarse, las ramas entretejidas se apretaron de pronto: una jaula viviente para que hasta el más pequeño de los pájaros supiera que no debía apartarse de las copas.

Tal vez todo esto había sido una muy mala idea. Tal vez Lucien había sobreestimado mis habilidades. O tal vez había estado esperando una oportunidad para llevarme al desastre.

Tenía los músculos tensos por el esfuerzo de mantenerlos muy quietos sobre la rama, pero mantuve el equilibrio y escuché. Entonces lo oí: un susurro, como si alguien arrastrara tela sobre musgo y piedra; así, desde el claro, subió el ruido chirriante de un animal que huele algo con hambre.

Había colocado los lazos con cuidado, lo había preparado todo para fingir que el pollo muerto se había alejado demasiado de su territorio y se había roto el cuello tratando de liberarse de una rama caída. Me preocupé por eliminar mi olor todo lo posible. Pero esos inmortales tenían sentidos muy agudos, y aunque había borrado mis huellas...

Hubo un ruido brusco, un zumbido y un alarido hueco, horrible, que hizo que se me paralizaran los huesos, los músculos y el aliento.

Otro alarido enfurecido desgarró el bosque y mis lazos se tensaron pero aguantaron, aguantaron y aguantaron.

Entonces bajé del árbol y fui al encuentro del suriel.

Lucien, decidí mientras me arrastraba hacia el inmortal en el claro entre los abedules. Sí, Lucien realmente me quería muerta.

No sabía qué esperar cuando entré en el círculo de árboles blancos, altos y rectos como pilares, pero no había esperado esa figura alta, flaca, velada, envuelta en ropa oscura, harapienta. Llegué hasta él por detrás de su espalda encogida y conté los nudos de la columna que se le marcaban a través de la tela. Los brazos delgados, grises, cubiertos de costras, trataban de destrozar la cuerda con unas uñas amarillentas, partidas.

«Corre —me susurró una parte primaria, intrínsecamente humana de mí misma—. Corre y corre y nunca mires atrás.»

Pero mantuve la flecha preparada.

—¿Sois uno de los suriel? —pregunté con tranquilidad.

El inmortal se puso rígido. Y olió. Una vez. Dos.

Después, despacio, se volvió hacia mí, el largo velo oscuro sobre la cabeza calva, mientras soplaba como una brisa fantasmal.

Una cara que parecía tallada sobre huesos gastados por el tiempo, secos; la piel inexistente; una boca sin labios y dos largos dientes sostenidos por encías ennegrecidas; agujeros oblicuos en lugar de nariz, y ojos..., ojos que no eran más que pozos arremolinados de color blanco lechoso..., el blanco de la muerte, el blanco de la enfermedad, el blanco de los cadáveres que alguien ha roído hasta limpiarlos.

Por encima del cuello desgarrado de las ropas oscuras, asomaba un cuerpo de venas y huesos, tan seco, sólido y horrendo como la textura de la cara. Soltó la soga y los dos dedos extremadamente largos entrechocaron, como si me estudiara.

—Humana —dijo, y la voz era al mismo tiempo una y muchas, vieja y joven, hermosa y grotesca.

Las entrañas se me convirtieron en agua.

—¿Tú has preparado esta trampa inteligente, malvada, para mí?

—¿Sois uno de los suriel? —pregunté. Mis palabras eran apenas una corriente desgarrada de aire.

—Sí, sí, sí. —Clic, clic, clic hacían los dedos unos contra otros, uno por cada palabra.

—Entonces la trampa era para vos —me las arreglé para decir.

«Corre, corre, corre.»

La cosa se quedó sentada, los pies desnudos, retorcidos, atrapados en mis lazos.

—Hace eras que no veo a una mujer humana. Acércate para que vea a la que me ha capturado.

No hice nada semejante.

La cosa dejó escapar una risa jadeante, horrenda.

—¿Y cuál de mis hermanos traicionó mis secretos?

—Ninguno. Mi madre me contaba historias sobre vosotros.

—Mentira... Huelo las mentiras en tu aliento. —Volvió a aspirar aire por los dos agujeros, los dedos siguieron chocando unos contra otros. Después movió la cabeza a un costado, un movimiento errático, extraño. El velo negro se movió con él—. ¿Qué podría querer una mujer humana de un suriel?

—Decídmelo vos —respondí con suavidad.

Él dejó escapar otra risa breve.

—¿Una prueba? Una prueba tonta e inútil, porque si te has atrevido a capturarme, debes necesitar conocimiento con mucha urgencia. —No dije nada, y él sonrió con esa boca sin labios, los dientes grisáceos horrendamente grandes—. Hazme tus preguntas, humana, y después libérame.

Tragué saliva.

—¿Hay... hay alguna forma en que pueda regresar a mi casa?

—No a menos que quieras que te maten y también a tu familia. Tienes que quedarte aquí.

El último jirón de esperanza al que había estado aferrándome, el último optimismo tonto, tembló en el aire y murió. Antes de mi pelea con Tamlin esa mañana ni siquiera se me había ocurrido la idea. Tal vez solo había venido por despecho. Así que..., bueno, si estaba ahí enfrentándome a una muerte segura, entonces tal vez pudiera averiguar algo a cambio.

—¿Qué sabéis de Tamlin?

—Sé más específica, humana. Sé más específica. Porque yo sé muchas cosas sobre el alto lord de la Corte Primavera.

La tierra pareció inclinarse bajo mis pies.

—¿Tamlin es..., Tamlin es un alto lord?

Clic, clic, clic.

—¿No lo sabías? Interesante.

No únicamente un inmortal intrascendente o el dueño de una mansión, sino... sino el alto lord de uno de los siete territorios. Un alto lord de Prythian.

—¿Tampoco sabías que esta es la Corte Primavera, humana diminuta?

—Sí, sí..., eso lo sabía.

El suriel se acomodó en el suelo.

—Primavera, Verano, Otoño, Invierno, Amanecer, Día y Noche —musitó como si yo no le hubiera contestado—. Las siete cortes de Prythian, cada una dirigida por un alto lord, todos letales, cada uno a su manera. No es que sean poderosos, son el Poder. —Por eso Tamlin había sido capaz de enfrentarse al bogge y sobrevivir. Alto lord.

Me guardé mi miedo.

—Todos en la Corte Primavera usan máscaras, tienen que hacerlo, y vos no... —dije con cuidado—. ¿No sois miembro de la corte?

—Yo no soy miembro de ninguna corte. Soy más viejo que los altos lores, más viejo que Prythian, más viejo que los huesos de este mundo.

No había duda de que Lucien había sobreestimado mis habilidades.

—¿Y qué puede hacerse con esa plaga que se esparce por Prythian, robando la magia, alterándola? ¿De dónde ha venido?

—Quédate con el alto lord, humana —dijo el suriel—. Es lo único que puedes hacer. Vas a estar segura. No interfieras, no vayas a buscar respuestas, no después de hoy, o la sombra que se extiende

sobre Prythian te va a devorar. Él te protegerá de ella, así que quédate cerca de él y todo va a mejorar.

Esa no era exactamente una respuesta.

—¿De dónde ha venido la plaga? —repetí.

Los ojos lechosos se entrecerraron.

—El alto lord no sabe que has venido hoy aquí, ¿verdad? No sabe que su mujer humana vino a atrapar a un suriel porque él no puede darle las respuestas que ella busca. Pero es demasiado tarde, humana..., para el alto lord, para ti, tal vez también para tu reino...

A pesar de todo lo que había dicho, a pesar de su orden —«quédate con el alto lord», «no vayas a buscar respuestas»—, lo que hizo eco en mi mente fue el «su mujer humana». Y me hizo rechinar los dientes.

Pero el suriel siguió hablando:

—Del otro lado del violento mar del oeste hay otro reino de inmortales llamado Hybern, regido por un rey malvado, poderoso. Sí, un rey —repitió cuando yo levanté una ceja—. No un alto lord..., allí el territorio no está dividido en cortes. Allí él es la ley. Los humanos ya no existen en ese reino..., aunque el trono en el que se sienta el rey está fabricado con huesos humanos.

Esa isla enorme que yo había visto en el mapa, la que no había entregado ninguna tierra para que la habitaran los humanos después del tratado. Y... y un trono de huesos. El queso que había comido se convirtió en hierro dentro de mi estómago.

—Hace ya tiempo que el rey de Hybern está disconforme con el tratado que firmaron los otros altos fae con los humanos. Está resentido porque lo obligaron a firmarlo, porque lo obligaron a dejar libres a sus esclavos humanos y a quedar confinado en esa isla verde al borde del mundo. Y por eso, hace unos cien años, envió a sus comandantes más leales, a los que tenían su confianza, a sus guerreros más mortales, a lo que quedaba de los ejércitos que una vez navegaron hacia el continente para librar una guerra tan brutal contra vosotros, los humanos, todos tan hambrientos y malvados como él. Como espías y cortesanos y amantes, se infiltraron durante

cincuenta años en varias cortes y reinos e imperios de los altos fae en todo el mundo, y cuando recogieron suficiente información, él ideó un plan. Pero hace casi cinco décadas, uno de los comandantes lo desobedeció. La Traición. Y... —El suriel se enderezó—. No estamos solos.

Saqué el arco y lo armé, pero apunté hacia el suelo mientras miraba con cuidado entre los árboles. Todo a nuestro alrededor se había quedado en silencio.

—Humana, tienes que liberarme y escapar —dijo el suriel, los ojos llenos de muerte cada vez más grandes—. Corre hacia la mansión del alto lord. No te olvides de lo que te he dicho: quédate con el alto lord y vive hasta que todo se corrija.

—¿Qué pasa? —Si sabía quién se acercaba, tal vez tendría mayores posibilidades de...

—Los naga..., inmortales hechos de sombra, odio y podredumbre. Han oído mi grito y te han olido. Libérame, humana. Si me encuentran aquí, van a meterme en una jaula. Libérame y vuelve junto al alto lord.

«Mierda. Mierda.» Me lancé sobre el lazo, tratando de preparar el arco y de buscar el cuchillo.

Pero cuatro figuras sombrías se deslizaron entre los abedules, tan oscuras que parecían hechas con un pedazo de noche sin estrellas.



Capítulo 15

Los naga se habían escapado de una pesadilla. Cubiertos solamente de escamas oscuras eran una combinación horrenda de rasgos de serpiente y cuerpos humanoides, masculinos, con brazos poderosos que terminaban en espolones aguzados, negros, capaces de desgarrar a cualquiera.

Ahí estaban las criaturas sanguinarias de las leyendas, las criaturas que atravesaban el muro deslizándose para atormentar y asesinar a los mortales. Las que habría estado feliz de matar aquel día en los bosques cubiertos por la nieve. Los ojos enormes, almendrados, miraron con hambre al suriel y a mí.

Los cuatro se detuvieron en el borde del claro y el suriel quedó entre ellos y yo; disparé la flecha de mi arco contra el que estaba en el centro.

La criatura sonrió: una línea de dientes afilados como navajas me saludó mientras entre ellos se adelantaba una lengua bífida.

—La Madre Oscura nos ha enviado un regalo hoy, hermanos —dijo, mirando con cuidado al suriel, que trataba de romper el lazo. Después, los ojos de color ámbar cambiaron de dirección y me estudiaron—. Y una comida.

—No hay mucho para comer ahí —dijo otro, y flexionó las garras.

Empecé a retroceder... hacia el arroyo, hacia la mansión, y mantuve la flecha en dirección a ellos. Un solo grito bastaría para que Lucien supiera lo que pasaba, pero apenas tenía aliento. Y si él me había mandado ahí, tal vez no viniera. Mantuve todos los sentidos fijos en mis pasos en retroceso.

—Humana —me rogó el suriel.

Tenía diez flechas, no, nueve, porque ya había disparado la primera que puse en el arco. Ninguna era de fresno, pero tal vez mantuvieran a raya a los naga el tiempo suficiente para que pudiera alejarme.

Di otro paso atrás.

Los cuatro naga se acercaron despacio, como saboreando la lentitud de la cacería, como si ya conocieran de antemano el gusto que tendría mi carne.

Supe que tenía tres parpadeos para tomar una decisión. Tres parpadeos para ejecutar mi plan.

Tensé el arco más todavía. Me temblaba el brazo.

Y después aullé. Un grito agudo y fuerte, en el que puse hasta el último resto de aire que llevaba en los pulmones, que estaban demasiado tensos.

Cuando vi que los naga me miraban a mí solamente, disparé la flecha contra el lazo que retenía al suriel.

El lazo se rompió en pedazos. Como una sombra en el viento, el suriel desapareció, un estallido de oscuridad que hizo tropezar y retroceder a los naga.

El que estaba más cerca de mí se lanzó hacia el suriel; la fuerte columna del cuello escamoso se estiró en el movimiento. Ya no había posibilidad de que mis movimientos no se consideraran un ataque directo y no provocado..., no ahora que habían visto a qué apuntaba. Seguían con la intención de matarme.

Así que solté la flecha.

La punta brilló como una estrella fugaz a través de la oscuridad del bosque. Apenas si conseguí respirar cuando llegó a su blanco y saltó la sangre.

El naga cayó hacia atrás mientras los otros tres se volvían hacia mí en redondo. No llegué saber si lo había matado con ese disparo: ya estaba lejos.

Corrí hacia el arroyo por el camino que había calculado antes; no me atreví a mirar atrás. Lucien había dicho que estaría por los alrededores... pero yo me encontraba muy lejos en los bosques, demasiado lejos de la mansión y de cualquier ayuda.

Las ramas y los brotes se quebraban a mi espalda —demasiado cerca— y el bosque se llenó de alaridos que no se parecían a nada que yo hubiera oído en boca de Tamlin o de Lucien o del lobo o de ningún otro animal.

Mi única esperanza de sobrevivir era correr a mayor velocidad que ellos hasta donde estuviera Lucien, y eso solo si él realmente estaba ahí como había prometido. No me permití pensar en todas las colinas que iba a tener que subir cuando dejase atrás el bosque. O en lo que haría si Lucien había cambiado de idea.

El ruido de los cuatro se volvió más y más fuerte entre los árboles, se me acercó más y yo giré hacia la derecha y salté sobre el arroyo. Tal vez el agua corriente detuviera al suriel, pero un siseo y un ruido fuerte detrás de mí me confirmó que no servía para mantener a raya a los naga.

Corrí entre los arbustos y las espinas me desgarraron las mejillas. Casi no sentí los besos ardientes de la sangre tibia que me bajaba por la cara. Ni siquiera tuve tiempo de hacer una mueca por el dolor cuando dos sombras negras se me pusieron a los costados y se cerraron para cortarme la retirada.

Me crujieron las rodillas cuando corrí todavía más rápido, los ojos fijos en el brillo cada vez mayor del final del bosque. Pero el naga que tenía a la derecha se desplazaba hacia mí con tanta rapidez que apenas conseguí saltar a un costado para evitar el filo de sus espolones.

Tropecé una vez, pero conseguí quedarme de pie cuando me alcanzó el naga de la izquierda.

Me detuve en seco, levanté el arco y lo blandí en un movimiento circular. Casi lo solté cuando la madera se estampó con la cara de serpiente y el hueso crujió con un ruido horrendo. Salté sobre el cuerpo enorme, caído, sin detenerme a mirar dónde estaban los otros.

No llegué a dar ni un par de zancadas antes de que el tercero apareciera frente a mí.

Le disparé una flecha a la cabeza. Él la esquivó. Los dos que quedaban sisearon al acercarse por detrás de mí y me aferré al arco con mayor fuerza.

Estaba rodeada.

Giré en redondo en un círculo lento, el arco listo para disparar.

Uno de ellos me olfateó, la nariz oblicua bien abierta para aspirar el aire.

—Cosa flaca —escupió a los demás, y las sonrisas de todos se afilaron—. ¿Sabes lo mucho que nos has costado, humana?

No pensaba morir sin pelear, sin llevarme a alguno de ellos conmigo.

—Al infierno con vosotros —intenté decir, pero salió como un jadeo casi inaudible.

Ellos se rieron y dieron un paso más hacia mí. Traté de dispararle una flecha al primero. Él esquivó el tiro, riéndose.

—Nosotros elegiremos el juego..., aunque dudo que a ti te parezca divertido.

Apreté los dientes y volví a intentar disparar otra flecha. No iban a cazarme como hacen los lobos con los ciervos. Encontraría una salida...

Una garra negra se cerró alrededor de mi arco y un ruido fuerte, crac, resonó a través de los bosques demasiado silenciosos.

El aire abandonó mi pecho con un sssssshhhh, y solamente tuve tiempo de darme la vuelta a medias antes de que uno de ellos me agarrara del cuello y me arrojara al suelo. Me golpeé el brazo con tanta fuerza que me crujieron los huesos y los dedos se me abrieron y soltaron lo que quedaba del arco.

—Cuando terminemos de sacarte la piel, vas a desear no haber entrado nunca en Prythian —me jadeó el inmortal en la cara. El mal olor de la carroña me bajó por la garganta y me provocó una arcada —. Te vamos a cortar en pedacitos tan pequeños que no va a quedar nada para los cuervos.

Una llama caliente, blanca, me atravesó el cuerpo. Rabia o terror, o instinto puro, no lo sé. No pensé. Cogí el cuchillo que llevaba en la bota y se lo clavé en el cuello, que parecía de cuero.

La sangre me salpicó la cara, la boca, mientras aullaba mi furia, mi terror.

El naga cayó hacia atrás. Me puse de pie como pude antes de que los dos que quedaban pudieran atraparme, pero algo que tenía la fuerza de una roca me golpeó en la cara. Sentí el sabor de la sangre, la tierra y la hierba cuando caí a tierra. Aparecieron pequeñas luces ante mis ojos y me puse en pie de nuevo, tambaleándome, por instinto, y empuñé el cuchillo de caza de Lucien.

«Así no, así no, así no.»

Uno de ellos me embistió y me agaché para esquivarlo. Los espolones se le enredaron en mi capa y tiraron de ella, desgarrándola, convirtiéndola en largas tiras cuando el otro inmortal me arrojó al suelo, y sus garras me hicieron cortes en los brazos.

—Vas a sangrar —jadeó uno de ellos, riéndose bajito frente al cuchillo que yo sostenía en la mano—. Te vamos a desangrar despacio, con cuidado. —Movió los espolones, que eran perfectos para cortes profundos, brutales. Abrió la boca de nuevo, y en ese momento atravesó el claro un rugido profundo que hizo crujir los huesos de todos.

Pero no provenía de la boca de la criatura.

El eco de aquel rugido no había terminado de repetirse cuando el naga salió volando y se estrelló en un árbol con tanta fuerza que la madera se quebró. Distinguí el brillo del oro de la máscara, el pelo y las largas garras mortales antes de que Tamlin destrozase a la criatura.

El naga que me sostenía gritó, me soltó y saltó sobre sus pies mientras las garras de Tamlin despedazaban el cuello de su compañero. Saltaron fragmentos de carne y sangre.

Me quedé en el suelo, con el cuchillo listo, esperando.

Tamlin soltó otro rugido que me congeló la médula y dejó a la vista sus larguísimos colmillos.

La criatura que había quedado viva intentó alejarse a toda velocidad hacia el bosque.

Dio apenas unos pasos antes de que Tamlin la arrojara al suelo y la destripara en un movimiento largo, profundo.

Me quedé donde estaba, en tierra, la cara medio hundida entre las hojas, las ramitas y el musgo. No traté de levantarme. Temblaba tanto que pensé que me desmoronaría entera. Lo único que hice fue aferrarme al cuchillo.

Tamlin se puso de pie y arrancó las garras del abdomen de la criatura. La sangre y algunos pedazos de carne se desprendieron de ellas y mancharon el musgo verde oscuro.

«Alto lord. Alto lord. Alto lord.»

La rabia salvaje seguía humeándole en los ojos y me sobresalté cuando se arrodilló a mi lado. Me tendió una mano, pero retrocedí, alejándome de las garras manchadas de sangre y expuestas al aire.

Me senté, y en ese momento el temblor empezó de nuevo. Sabía que no podría levantarme del todo.

—Feyre —dijo él. La rabia se desvaneció de sus ojos y las garras volvieron a esconderse bajo la piel, pero el rugido seguía sonando en mis oídos. En él no había otra cosa que furia primaria.

—¿Cómo...? —Eso fue lo único que conseguí decir, pero él entendió.

—Estaba rastreando una manada... Estos cuatro se han escapado y seguramente han seguido tu olor por los bosques. Te he oído gritar.

Así que él no sabía nada del suriel. Y... y había venido a ayudarme. Estiró una mano hacia mí, y temblé mientras él me pasaba los dedos frescos, húmedos, por el cuello, que me ardía y me dolía. Sangre..., los dedos se le cubrieron de sangre. Sentía la cara pegajosa, y así me di cuenta de que estaba bañada en sangre.

De pronto, el dolor en la cara y el brazo se atenuó, después desapareció. Los ojos de Tamlin se oscurecieron un poco cuando tocaron el hematoma que se me estaba formando sobre el pómulo, pero el latido que anidaba en aquel punto se desvaneció enseguida. El olor metálico de la magia me envolvió por completo, después se alejó flotando en una brisa.

—He encontrado a un naga muerto a un kilómetro de aquí —siguió diciendo él mientras las manos dejaban de tocarme la cara para desprenderse de la banda de cuero, y después sacarse la túnica y entregármela. La parte delantera de la mía estaba completamente desgarrada por el encuentro con los espolones de los naga—. He visto una de mis flechas clavada en su cuello, así que he seguido las huellas hasta aquí.

Me puse la túnica por encima de la otra, ignorando cómo se le dibujaban los músculos bajo la camisa blanca, la forma en que la sangre que lo cubría los hacía destacar todavía más. Un predador purasangre, afinado para matar sin pensarlo dos veces, sin remordimiento. Temblé de nuevo y saboreé la tibieza que se

desprendía de la tela. Alto lord. Debería haberlo sabido, debería haberlo adivinado. Tal vez la cuestión era que no había querido saber, que había tenido miedo.

—Vamos —dijo él, y se incorporó y me ofreció una mano cubierta de sangre. Yo no me atreví a mirar al naga asesinado, me agarré de esa mano tendida y él me puso de pie. Se me doblaron las rodillas, pero no caí.

Miré nuestras manos unidas, las dos cubiertas de sangre que no era nuestra.

No, él no había sido el único en hacer correr la sangre. Y no era solamente mi sangre la que me cubría la lengua. Tal vez eso me hacía tan bestial como él. Pero él me había salvado. Había matado por mí. Escupí a la hierba y deseé no haber perdido mi cantimplora.

—Quiero saber qué estabas haciendo aquí —dijo.

No. Definitivamente no. No después de todas las advertencias que él me había hecho.

—Pensé que no estaba confinada a la casa y el jardín. No me di cuenta de que me había alejado tanto.

Me soltó la mano.

—Los días que tenga que irme a atender... problemas, quédate cerca de la casa.

Asentí, un poco confusa todavía.

—Gracias —murmuré, luchando contra el temblor que me sacudía el cuerpo, la mente. La sangre del naga se me volvió casi insoportable. Volví a escupir—. No..., no es solo por esto. Por salvarme la vida, quiero decir. —Quería decirle lo mucho que significaba eso para mí..., que el alto lord de la Corte Primavera pensara que valía la pena salvarme a mí, pero no encontraba las palabras.

Los colmillos de él desaparecieron en el interior de su boca.

—Era... era lo menos que podía hacer. No deberían haberse metido así en mis tierras. —Negó con la cabeza más para sí mismo, los hombros un poco encogidos—. Vamos a casa —dijo, y me salvó

del intento de explicar por qué estaba ahí. No me atreví a señalarle que la mansión no era mi casa..., que tal vez ya no tenía ninguna casa en ninguna parte.

Volvimos caminando en silencio, los dos pálidos y bañados en sangre. Todavía olía y sentía la carnicería que habíamos dejado atrás..., el suelo y los árboles empapados de sangre. Los pedazos de naga.

Bueno, el suriel me había dicho algo por lo menos. Aunque no fuera exactamente lo que yo quería oír..., o saber.

«Quédate con el alto lord.» De acuerdo, eso era fácil. Pero en cuanto a la lección de historia que la criatura estaba dándome, la cuestión de los reyes malvados y sus comandantes y cómo se relacionaban todos ellos con el alto lord que tenía a mi lado y con la plaga..., sobre eso no tenía suficientes detalles específicos que sirvieran para advertir a mi familia. Y el suriel me había pedido que no siguiera buscando respuestas.

Tenía la sensación de que si ignoraba esa advertencia sería una tonta. Bueno, mi familia tendría que arreglarse con lo que sabía. Ojalá fuera suficiente.

No le pregunté nada más sobre los naga a Tamlin, sobre cuántos había matado antes de que se le escaparan esos cuatro, no le pregunté nada de nada porque no detectaba ningún rastro de sensación de triunfo en él, más bien una especie de vergüenza interminable y de derrota infinita.



Capítulo 16

Después de hundirme en la bañera durante casi una hora, me descubrí sentada en una silla de respaldo bajo frente al fuego enorme que ardía en mi habitación, deleitándome con la sensación del cepillo de Alis sobre el pelo mojado. Aunque no faltaba mucho para que sirvieran la cena, Alis me había llevado una taza de chocolate caliente y se había negado a hacer nada hasta que yo tomara algunos sorbos.

Era la cosa más maravillosa que hubiera probado jamás. Bebí de la jarra grande mientras ella me cepillaba el pelo; yo casi ronroneaba bajo la sensación que me dejaban esos dedos finos sobre la cabeza.

Pero cuando las otras mujeres bajaron la escalera para ayudar con la cena, apoyé la jarra sobre mi falda y le pregunté:

—Si los inmortales siguen cruzando las fronteras de la corte y atacando así, ¿va a haber una guerra? —«Tal vez deberíamos ser firmes por una vez, tal vez ha llegado el momento de decir basta», le había dicho Lucien a Tamlin la primera noche.

El cepillo se detuvo.

—No hagáis esas preguntas. Estáis llamando a la mala suerte.

Me retorcí en el asiento y levanté la vista hacia la cara enmascarada.

—¿Por qué los otros altos lores no mantienen bajo control a sus súbditos? ¿Por qué se permite que esas criaturas horribles vayan a donde ellos quieren, sea donde sea? Alguien..., alguien empezó a contarme una historia sobre un rey en Hybern...

Alis me tomó del hombro e hizo que me volviera hacia ella.

—Eso no es cosa vuestra.

—Ah, yo creo que sí. —Volví a mi posición original y me aferré al respaldo de la silla de madera—. Si esto llega al mundo humano..., si hay una guerra o esta plaga envenena nuestras tierras... —Reprimí con fuerza la ola de pánico que me aplastaba. Tenía que avisar a mi familia..., tenía que escribirles. Pronto.

—Cuanto menos sepáis mejor. Dejad que lord Tamlin se encargue del asunto..., él es el único que puede hacerlo. —El suriel también me había dicho eso. Los ojos marrones de Alis eran duros, no perdonaban—. ¿Creéis que nadie me ha dicho lo que habéis pedido en la cocina esta mañana? ¿Creéis que no me doy cuenta de lo que queríais atrapar? Niña tonta y estúpida. Si el suriel no hubiera estado de un humor benevolente, habríais merecido la muerte que os hubiera dado. No sé qué es peor: esto o vuestra idiotez con el puca.

—¿Acaso habríais hecho las cosas de otra forma? Si tuvierais familia...

—Tengo familia.

La miré de arriba abajo. No llevaba ningún anillo en los dedos. Alis notó la mirada y dijo:

—Mi hermana y su compañero murieron hace unos cincuenta años y dejaron dos hijos. Todo lo que hago, la razón por la que trabajo, es para esos niños. Así que no tenéis derecho a mirarme así ni a preguntarme si yo haría las cosas de otra forma.

—¿Dónde están? ¿Viven aquí? —Tal vez por eso había libros para chicos en el estudio. Quizá esas dos figuritas brillantes en el jardín... fueran ellos.

—No, no viven aquí —respondió ella con la voz demasiado huidiza—. Están en otra parte, muy lejos.

Pensé en lo que ella me decía y después incliné la cabeza.

—¿Los hijos de los inmortales crecen de otra forma? —Si sus padres habían muerto asesinados hacía casi cincuenta años, no podían ser muy pequeños.

—Ah, algunos crecen como vos y pueden reproducirse como conejos, pero hay otros tipos, como yo, como los altos fae, que casi no podemos producir descendencia. Y los que nacen crecen con mayor lentitud. Todos nos quedamos muy impresionados cuando mi hermana concibió al segundo solamente cinco años después del primero; el mayor no iba a llegar a adulto hasta que tuviera setenta y cinco años. Pero son tan raros..., todos nuestros chicos son raros, y son más preciosos para nosotros que las joyas y el oro. —Apretó la mandíbula de una manera que me dio a entender que eso era todo lo que iba a sacarle.

—No he querido cuestionar vuestra dedicación por ellos —dije con calma. Cuando ella no me contestó, agregué—: Entiendo lo que estáis diciendo... sobre hacer cualquier cosa por ellos.

Los labios de Alis se afinaron y dijo:

—La próxima vez que el tonto de Lucien os dé un consejo sobre la forma de atrapar al suriel, venid a verme a mí. Pollos muertos..., mierda, qué estupidez. Lo único que teníais que hacer era ofrecerle una túnica nueva y se hubiera arrastrado a vuestros pies.

Para cuando llegué al comedor había dejado de temblar y sentía que algún tipo de tibieza me volvía a correr por las venas. Fuera Tamlin o no un alto lord de Prythian, no pensaba mostrar miedo..., no después de lo que había vivido ese día.

Lucien y Tamlin me esperaban en la mesa.

—Buenas noches —dije, y me acerqué a mi lugar de siempre. Lucien inclinó la cabeza como si me hiciera una pregunta en silencio y yo moví la cabeza, saludándolo sutilmente mientras me sentaba. Su secreto estaba seguro, aunque se merecía una buena zurra por haberme mandado a por el suriel tan mal preparada.

Él se encogió un poco en la silla.

—He sabido que has tenido una tarde bastante emocionante. Ojalá hubiera estado ahí para ayudar.

Una disculpa escondida, tal vez no sentida del todo, pero volví a hacerle un gesto con la cabeza.

—Bueno, a pesar de tu tarde infernal, estás hermosa —dijo con despreocupación forzada.

Resoplé. Nunca había sido hermosa, nunca, ni un solo día de mi vida.

—Pensé que los inmortales no mentían.

Tamlin se ahogó con el vino, pero Lucien me sonrió; su cicatriz se veía brutal y cruda.

—¿Quién te dijo semejante cosa?

—Todos lo saben —respondí mientras me servía comida en el plato y empezaba a dudar de todo lo que me habían dicho hasta ese momento, de todo lo que yo había aceptado como verdadero.

Lucien se reclinó en la silla sonriendo con alegría felina.

—Claro que mentimos. Para nosotros, mentir es un arte. Y mentimos cuando les dijimos a esos antiguos mortales que no podíamos hablar sin decir la verdad. ¿De qué otra forma íbamos a conseguir que confiaran en nosotros e hicieran lo que nosotros queríamos?

La boca se me convirtió en una línea fina, tensa. Estaba diciendo la verdad, porque si mentía... La lógica del asunto hizo que la cabeza me diera vueltas.

—¿El hierro? —me las arreglé para decir.

—No nos hace absolutamente nada. Solo el fresno, como tú bien sabes.

Sentí el calor de la sangre en la cara. Había tomado todo lo que me habían dicho como una verdad. Tal vez el suriel también había mentido esa tarde, con esa larga explicación sobre la política en los reinos de los inmortales. Sobre quedarme con el alto lord para que todo se corrigiera al final.

Miré a Tamlin. Alto lord. Eso no era mentira..., sentía esa verdad en los huesos. Aunque él no actuara como los altos lores de la leyenda, esos lores que sacrificaban a vírgenes y masacraban a seres humanos cuando se les ocurría. No..., Tamlin era exactamente como habían descrito las maravillas y comodidades de Prythian los fanáticos hijos de los benditos con ojos de vaca.

—Aunque Lucien acaba de revelar uno de nuestros más preciados secretos —dijo Tamlin, arrojando la última palabra contra su compañero con un gruñido—, nunca usamos esa mala información contra ti. —Su mirada se encontró con la mía—. Nunca te mentimos de forma voluntaria.

Me las arreglé para asentir y tomé un largo trago de agua. Comí en silencio, tan ocupada tratando de descifrar cada palabra que había oído desde mi llegada que no noté cuando Lucien se disculpó por retirarse antes del postre. Me quedé sola con el ser más peligroso que había conocido.

Las paredes de la habitación se me caían encima.

—¿Te sientes... mejor? —Aunque tenía el mentón apoyado sobre el puño, la preocupación, y tal vez la sorpresa por esa preocupación, brillaban en sus ojos.

Yo tragué con fuerza.

—Si nunca vuelvo a encontrarme con un naga, voy a considerarme afortunada.

—¿Qué estabas haciendo en los bosques del oeste?

Verdad o mentira, verdad o mentira... Las dos.

—Una vez oí hablar de una leyenda que decía que hay una criatura que contesta preguntas si una es capaz de atraparla.

Tamlin se contuvo cuando las garras saltaron de la piel y le arañaron la cara. Pero las heridas se cerraron un instante después, dejando solamente una mancha de sangre que le corría sobre la piel dorada y que se limpió con el extremo la manga.

—Has ido a atrapar al suriel.

—He atrapado al suriel —lo corregí.

—¿Y te ha dicho lo que querías saber? —No estaba segura de que él estuviera respirando.

—Nos han interrumpido los naga antes de que pudiera decirme nada que valiera la pena.

Se le tensó la boca.

—Debería estar enfadado, pero creo que lo de hoy ha sido castigo suficiente. —Meneó la cabeza—. Realmente has atrapado al suriel. Una muchacha humana.

A pesar de mí misma los labios se me curvaron hacia arriba.

—¿Se supone que es difícil hacerlo?

Él soltó una risita, y después buscó algo en el bolsillo.

—Bueno, si tengo suerte, no voy a tener que atrapar al suriel para saber qué es lo que te preocupa. —Levantó la hoja con mi lista de palabras arrugada.

Mi corazón pareció desplazarse hacia el estómago.

—Es... —No conseguía pensar una mentira razonable... todo aquello era absurdo.

—¿Extraordinario? ¿Fila? ¿Masacre? ¿Flamas? —Tamlin estaba leyendo la lista. Yo querría replegarme sobre mí misma y morir. Palabras que no había reconocido en los libros y que ahora, cuando él las decía en voz alta, parecían tan simples, tan absurdamente fáciles—. ¿Es un poema sobre cómo vas a matarme y después quemar mi cuerpo?

Se me cerró la garganta y tuve que apretar las manos y convertirlas en puños para no esconder la cara detrás de ellas.

—Buenas noches —dije con un breve suspiro, y me puse de pie con las rodillas temblorosas.

Casi estaba en la puerta cuando él volvió a hablar.

—Los quieres muchísimo, ¿verdad?

Me volví a medias. Los ojos verdes se encontraron con los míos mientras él se levantaba de la silla para dirigirse hacia mí. Se detuvo a una distancia respetable.

La lista de palabras mal formadas seguía en su enorme mano.

—Me pregunto si tu familia se da cuenta —murmuró— de que todo lo que hiciste no fue por esa promesa a tu madre, o por ti misma, sino para ellos. —No dije nada, no confiaba en que mi voz mantuviera mi vergüenza bien escondida—. Sé que cuando lo he dicho antes... no ha sonado bien, pero puedo ayudarte a escribir...

—Dejadme sola —dije. Estaba casi al otro lado de la puerta cuando tropecé con algo..., con él. Retrocedí un paso, tambaleándome. Me había olvidado de la velocidad con la que el alto lord era capaz de moverse.

—No te estoy insultando. —Su voz tranquila lo hacía aún peor.

—No necesito vuestra ayuda.

—Eso está muy claro —dijo él con una sonrisa a medias que pronto se desvaneció—. Una humana que puede matar a un inmortal escondido en la piel de un lobo, una humana que ha atrapado al suriel y ha matado a dos naga sin ayuda... —Se ahogó en una risa y meneó la cabeza. La luz de la luna bailó sobre su máscara—. Son tontos. Tontos..., no se dan cuenta. —Hizo una mueca de dolor. Pero los ojos no escondían nada—. Toma —dijo, y me tendió la lista de palabras.

La metí en mi bolsillo. Me di la vuelta, pero él me tomó del brazo con suavidad.

—Renunciaste a tanto por ellos... —Levantó la otra mano como para apartarme un mechón de pelo de la mejilla. Me preparé para el roce, pero él bajó la mano antes de establecer contacto—. ¿Sabes

cómo se hace para reír?

Sacudí el brazo para que me soltara y no pude contener mis palabras de enfado. A la mierda con el alto lord.

—No quiero vuestra lástima.

Los ojos de jade estaban tan brillantes que no pude desviar la mirada.

—¿Y no quieres un amigo?

—¿Los inmortales pueden ser amigos de los humanos?

—Hace quinientos años hubo suficientes inmortales tan amigos de los humanos que fueron a la guerra por ellos.

—¿Qué? —Yo nunca había oído nada semejante. Y no estaba en el mural del estudio.

—¿Cómo crees que sobrevivieron tanto tiempo los ejércitos humanos? ¿Cómo crees que les hicieron el daño suficiente a los inmortales, un daño que los forzó a firmar un tratado? ¿Solo con flechas de fresno? Hubo inmortales que pelearon y murieron al lado de los humanos, por la libertad de los humanos, y que lloraron cuando la única solución fue separar a los dos pueblos.

—¿Fuisteis uno de ellos?

—Era pequeño entonces, demasiado joven para entender lo que estaba pasando... o para que me lo contasen —dijo él. Era un chico, solo un chico. Es decir que ahora tenía...—. Pero si hubiera tenido la edad necesaria lo habría hecho. Contra la esclavitud, contra la tiranía, habría ido a la muerte con ganas, y no me hubiera importado que la libertad por la que peleaba fuera humana.

No estaba segura de que yo hubiera sido capaz de hacer lo mismo. Mi prioridad habría sido proteger a mi familia... y habría elegido el lado que más útil fuera para mantenerlos con vida. No había pensado en eso como una debilidad, no hasta ese momento.

—No sé si te sirve de algo —dijo Tamlin—, pero tu familia sabe que estás bien. No tienen recuerdo de una bestia que entró a la fuerza en la choza; creen que te mandó llamar una tía muy rica y que habíais olvidado. Quería que la ayudaras en su lecho de muerte. Saben que estás viva y que tienes comida y que te cuidan. Pero

también saben que hay rumores de... de una amenaza en Prythian, y están preparados para huir si ven alguna señal de advertencia alrededor del muro.

—Vos... ¿vos les alterasteis la memoria? —Di un paso atrás. Qué arrogancia tan típica de los inmortales, qué arrogancia inmortal la de cambiar las mentes de los humanos, implantarles pensamientos como si eso no fuera una violación...

—Solo les nublé la memoria; es como ponerles un velo por encima. Tenía miedo de que tu padre viniera a buscarte o persuadiera a algún aldeano de cruzar el muro con él y violara el tratado.

Y habrían muerto de todos modos cuando se cruzaran con cosas como el puca o el bogge o los naga. Una manta de silencio me cubrió la mente hasta que me sentí tan exhausta que casi no conseguía pensar. Pero no pude dejar de decir:

—Vos no lo conocéis. Mi padre nunca se habría molestado en hacer ninguna de esas cosas.

Tamlin me miró por un largo momento.

—Claro que lo hubiera hecho.

Pero no, no lo hubiera hecho, no con esa rodilla torcida. No con esa rodilla como excusa. Me di cuenta de eso en el mismo momento en que me fue arrancada la ilusión creada por el puca.

Alimentados, cómodos, seguros..., hasta los habían avisado sobre la plaga, entendieran o no la advertencia. Él tenía los ojos abiertos, sinceros. Había ido mucho más allá de lo que yo hubiera soñado para calmar mis ansiedades, mis preocupaciones.

—¿Realmente los avisasteis, sobre la posible amenaza? —Un movimiento grave de cabeza. «Sí.»

—No fue una advertencia directa, pero... estaba entretejida en lo que introduje en esas mentes, junto con instrucciones para huir si aparecen señales de que algo anda mal.

Arrogancia inmortal, pero... pero había hecho más de lo que podía hacer yo. Tal vez mi familia habría ignorado mi carta por completo. Si hubiera sabido que él tenía esos poderes y no hubiese

hecho lo que me acababa de contar, tal vez le habría pedido al alto lord que hiciera eso con las mentes de los míos... No tenía nada de que preocuparme, entonces, excepto por el hecho de que seguramente me olvidarían mucho más rápido de lo que yo esperaba. Y no era culpa de ellos, no. Una vez cumplida la promesa, la tarea completa... ¿Qué me quedaba?

La luz del fuego bailaba sobre la máscara del alto lord, entibiando el oro, haciendo brillar las esmeraldas. Tantos colores, tanta variación..., colores de los que yo desconocía el nombre, colores que quería catalogar y combinar. Colores que ahora ya no tenía por qué no explorar.

—Pintura —dije, apenas en un suspiro. Él inclinó la cabeza y yo tragué saliva y enderecé los hombros—. Si... si no es mucho pedir, me gustaría tener algo de pintura. Y pinceles.

Tamlin parpadeó.

—¿Te gusta..., te gusta el arte? ¿Pintas?

Sus palabras de perplejidad no eran severas. Tenían la amabilidad suficiente para que yo dijera:

—Sí, no soy... no soy buena, pero si no es demasiado problema... Pintaría fuera para no hacer desastres, pero...

—Fuera, dentro, en el techo, pinta donde quieras. No me importa —dijo él—. Pero si necesitas pinturas y pinceles, también vas a necesitar papel y tela.

—Puedo... puedo trabajar en la cocina o en los jardines para pagar por lo que use.

—Serías una molestia. Tal vez nos lleve unos días conseguir todo eso, pero las pinturas, los pinceles, la tela y el espacio son tuyos. Trabaja cuando quieras. La casa está demasiado limpia, de todos modos.

—Gracias..., quiero decir, en serio, gracias.

—No hay de qué. —Me di la vuelta para irme pero él volvió a hablar—: ¿Has visto la galería?

—¿Hay una galería en la casa? —pregunté abruptamente.

Él sonrió..., realmente sonrió, el alto lord de la Corte Primavera.

—Hice que la cerraran cuando heredé este lugar. —Había heredado un título que no parecía alegrarse por tener—. Parecía una pérdida de tiempo hacer que los sirvientes la limpiaran.

Era una decisión evidente para alguien entrenado como guerrero.

Siguió hablando:

—Mañana estoy ocupado y la galería necesita limpieza, así que... te la enseñaré dentro de dos días. —Se frotó el cuello. Había algo de color en sus mejillas..., más vivas y más cálidas de lo que yo las hubiera visto nunca—. Por favor..., sería un enorme placer para mí. —Y yo le creí.

Asentí mareada. Si las pinturas en los pasillos eran exquisitas, entonces las que hubieran seleccionado para la galería tenían que estar más allá de la imaginación humana.

—Me..., me gustaría mucho.

Él seguía sonriéndome, abiertamente, sin reprimirse, sin dudas. Isaac nunca me había sonreído así. Isaac nunca había hecho que se me cortase el aliento aunque fuera un instante.

La sensación era tan sorprendente que me fui apretando el papel arrugado dentro del bolsillo, como si al hacerlo pudiera impedir que esa sonrisa llena de respuestas tirara de mí, llamándome.



Capítulo 17

Me desperté bruscamente en medio de la noche. Jadeaba. Mis sueños habían estado llenos del ruido que hacían los dedos huesudos del suriel, llenos de naga sonrientes y con una mujer pálida, sin cara, que me pasaba las uñas rojas de sangre a través de la garganta y me la abría poco a poco. Me preguntaba mi nombre, pero cada vez que yo intentaba hablar, la sangre salía por las heridas superficiales del cuello y me ahogaba.

Me pasé las manos por el cabello húmedo de sudor. Cuando se me calmó la respiración, un nuevo sonido llenó el aire, un sonido que procedía del vestíbulo y penetraba en mi habitación por la rendija de debajo de la puerta. Eran gritos, y también los alaridos de alguien.

Salté fuera de la cama en menos de un instante. Los gritos no eran agresivos, sino más bien severos, órdenes..., organización. Pero los alaridos...

Tenía el pelo totalmente erizado cuando abrí la puerta con un gesto rápido. Tal vez hubiera debido quedarme quieta en la habitación, a salvo, pero había oído alaridos como esos antes, en los bosques, cerca de casa, cuando no conseguía matar a un animal con un disparo limpio y llegaba el sufrimiento. Para mí era intolerable. Tenía que saber.

Llegué a la parte superior de la gran escalera a tiempo para ver cómo se abrían las puertas de la mansión y entraba Tamlin. Llegaba a la carrera con un inmortal herido que aullaba sobre su hombro.

Era casi tan grande como Tamlin, y sin embargo el alto lord cargaba con él como si no fuera más que una bolsa pequeña de grano. Era otra especie de inmortal, de los menos poderosos, con la piel azul, los miembros desgarbados, las orejas puntiagudas y el pelo largo de color ónice. Pero incluso desde arriba se veía la sangre que corría por la espalda del inmortal..., la sangre que corría desde los muñones negros que le salían por encima de los omóplatos. La sangre empapaba la túnica verde de Tamlin en manchas profundas, brillantes. En la banda de cuero faltaba uno de los cuchillos.

Lucien entró corriendo en el vestíbulo mientras Tamlin gritaba:

—¡Despéjame la mesa!

Lucien tiró al suelo el florero para dejar libre la mesa que ocupaba el centro del vestíbulo. O Tamlin no estaba pensando con claridad o tenía miedo de perder los minutos extra que implicaban llevar al inmortal a la enfermería. El ruido del vidrio al quebrarse hizo que mis pies se movieran por fin, y ya estaba a mitad de camino de la escalera antes de que Tamlin dejara a la criatura que gritaba boca abajo sobre la mesa. El inmortal no llevaba máscara; no había nada que ocultara la agonía que le contorsionaba los rasgos largos, tan sobrenaturales.

—Lo han encontrado los exploradores. Alguien lo había tirado por encima de la frontera —le explicó Tamlin a Lucien, pero movió los ojos con rapidez para mirarme. Abrió mucho los ojos como advertencia, sin embargo yo di otro paso hacia abajo. Se dirigió entonces a Lucien—: Es de la Corte Verano.

—¡Por el Caldero! —exclamó Lucien mirando las heridas.

—Mis alas —consiguió decir el inmortal, pero se ahogaba; tenía los ojos brillantes, negros, muy abiertos, sin mirar a nada—. Ella se llevó mis alas.

Otra vez esa «ella» innominada que los perseguía. Si no era la que regía en la Corte Primavera, entonces tal vez fuera la reina en otra corte. Tamlin movió la mano, y sobre la mesa aparecieron de la nada vendas y agua caliente. Se me secó la boca, aunque llegué al pie de la escalera y seguí avanzando hacia la mesa y la muerte que sin duda flotaba sobre nosotros en el vestíbulo.

—Se llevó mis alas —dijo el inmortal—. Ella se llevó mis alas —repitió, aferrándose al borde de la mesa con sus largos dedos azules.

Tamlin pronunció un sonido suave, sin palabras, amable, de una forma que yo no había oído antes, y cogió una venda para hundirla en el agua. Elegí un lugar frente a Tamlin en la mesa y exhalé profundamente mientras miraba las heridas.

Fuera quien fuese ella, no era solo que lo hubiera dejado sin alas: se las había arrancado.

La sangre manaba de los muñones negros, aterciopelados, sobre la espalda del inmortal. Las heridas tenían una forma aserrada, cartílago y tejido muscular cortado a golpes que parecían irregulares. Como si ella le hubiera serrado las alas poco a poco.

—Se llevó mis alas —dijo el inmortal de nuevo con voz quebrada. Y tembló cuando su mente empezó a derrumbarse al recordar lo que le había pasado; la piel le brilló en venas de oro puro..., iridiscentes, como una mariposa azul.

—Quedaos quieto —le ordenó Tamlin mientras retorcía la tela que tenía entre las manos—. Vais a sangrar con mayor abundancia si os movéis.

—Nnnnno, nnno —empezó a decir el inmortal, y se retorció sobre la espalda, alejándose de Tamlin, alejándose del dolor que sin duda lo recorría cuando la tela le tocaba la carne viva de los muñones.

Tal vez fue instinto, tal vez piedad, tal vez desesperación, pero tomé los brazos del inmortal y lo empujé otra vez contra la mesa, con tanta dulzura como pude. Él se defendió, con tanta fuerza que tuve que concentrarme mucho para sostenerlo. Tenía la piel suave como el terciopelo y resbaladiza, una textura que no habría podido pintar ni en una eternidad de tiempo. Pero volví a empujar, apreté los dientes y deseé que él dejara de moverse. Miré a Lucien, pero el color se le había borrado de la cara, dejando un blanco verdoso, enfermizo, sobre las mejillas.

—Lucien —dijo Tamlin con voz tranquila. Pero Lucien seguía mirando con los ojos muy abiertos la espalda lastimada del inmortal, los muñones; los miraba y cerraba y abría el ojo de metal. Después retrocedió un paso. Y otro. Y un instante más tarde vomitó en una planta que crecía en una maceta y salió huyendo de la habitación.

El inmortal volvió a retorcerse y lo retuve con fuerza; me temblaban los brazos. Seguramente las heridas lo habían debilitado mucho, de otra manera no habría podido mantenerlo tumbado.

—Por favor —jadeé—. Por favor, quedaos quieto.

—Ella se llevó mis alas —dijo el inmortal sollozando—. Se las llevó.

—Sí —murmuré. Me dolían los dedos—. Ya lo veo.

Tamlin apoyó la tela en uno de los muñones y el inmortal aulló con tanta fuerza que se me revolvieron los sentidos y retrocedí. Él trató de levantarse, pero se le aflojaron los brazos y volvió a caer boca abajo sobre la mesa.

La sangre saltó con tanta rapidez y tanta fuerza que me llevó un instante darme cuenta de que una herida así necesitaba un torniquete y que el inmortal ya había perdido demasiada sangre para

que un torniquete pudiera salvarlo. La sangre le corrió por la espalda y llegó al borde de la mesa, desde donde goteó despacio hasta el suelo, cerca de mis pies.

Descubrí que Tamlin me miraba fijamente.

—Las heridas no se cierran —dijo en voz muy baja mientras el inmortal jadeaba.

—¿No podéis usar la magia? —pregunté deseando arrancarle la máscara de la cara y ver la expresión que había debajo, fuera cual fuese.

Tamlin tragó saliva.

—No. No para heridas tan grandes. Antes sí, pero ya no.

El inmortal gemía sobre la mesa, su respiración era cada vez más lenta.

—Se llevó mis alas —susurró. Los ojos verdes de Tamlin parpadearon una vez, y en ese momento exacto supe que el inmortal iba a morir. La muerte no se limitaba a flotar en el vestíbulo; estaba contando los latidos de corazón que le quedaban al herido.

Tomé una de las manos del inmortal entre las mías. La piel era casi de cuero, y tal vez más por reflejo que por ninguna otra cosa, los dedos largos del moribundo se cerraron alrededor de los míos y los cubrieron por completo.

—Se llevó mis alas —volvió a decir y el temblor disminuyó un poco. Yo le aparté el pelo largo, húmedo, de la cara ladeada del inmortal y dejé al descubierto una nariz puntiaguda y una boca llena de dientes afilados. Sus ojos oscuros se movieron hacia los míos, rogándome, suplicándome.

—Todo va a ir bien —le dije, y deseé que no pudiera oler mentiras como hacía el suriel. Le acaricié el cabello suave, de una textura como de noche líquida..., otra textura que nunca conseguiría pintar, aunque lo seguiría intentando, tal vez para siempre—. Todo va a ir bien —repetí. El inmortal cerró los ojos y le apreté la mano.

Algo húmedo me tocó los pies y no tuve que mirar hacia abajo para saber que había un charco de sangre inmortal alrededor de ellos.

—Mis alas —susurró el inmortal.

—Vamos a devolvéroslas.

El inmortal hizo un esfuerzo por abrir los ojos.

—¿Lo juráis?

—Sí —susurré. El inmortal hizo un esfuerzo para mostrarme una sonrisa leve y cerró los ojos de nuevo. A mí me temblaba la boca. Deseé tener algo más que decir, algo más que mis promesas vacías para ofrecerle. El primer juramento falso que había pronunciado en mi vida. Pero Tamlin empezó a hablar, y levanté la vista y lo vi coger la otra mano del inmortal.

—Que el Caldero os salve —dijo, y recitó una plegaria que probablemente era más antigua que el reino de los mortales—. Que la Madre os sostenga. Que paséis a través de los portales y oláis pronto esa tierra inmortal de leche y miel. No tengáis miedo a ningún mal. No tengáis miedo a ningún dolor. —Su voz tembló, pero él terminó la plegaria—: Entrad en la eternidad.

El inmortal dejó escapar un último suspiro y la mano que yo tenía entre las mías se aflojó por completo. No la solté, seguí acariciándole el pelo, incluso cuando Tamlin dio unos pasos para alejarse de la mesa.

Sentía sus ojos sobre mí, pero no quería soltar esa mano. No sabía cuánto tiempo hacía falta para que un alma abandonara el cuerpo. Me quedé de pie en el charco de sangre hasta que el líquido se enfrió, sosteniendo la mano huesuda del inmortal y acariciándole el pelo, preguntándome si él sabía que yo le había mentido cuando le juré que volvería a tener las alas que había perdido, preguntándome si las habría recibido de nuevo en el lugar en el que estaba ahora, fuera donde fuese.

En algún lugar de la casa sonaron las campanadas de un reloj y Tamlin me puso una mano sobre el hombro. No me había dado cuenta del frío que tenía hasta que el calor de esa mano me entibió

la carne a través del camisón.

—Ya se ha ido. Tienes que dejarlo marchar.

Estudié la cara del inmortal..., tan sobrenatural, tan inhumana. ¿Quién era tan cruel como para haberle hecho tanto daño?

—Feyre —insistió Tamlin, y me apretó el hombro. Le acomodé el cabello al inmortal detrás de la oreja acabada en punta, larga, y deseé saber su nombre. Después lo solté.

Tamlin me llevó por la escalera, y ninguno de los dos se preocupó por las huellas de sangre que dejábamos ni por la que había empapado la parte delantera de mi camisón. Me detuve en lo alto de la escalera, me aparté un poco para que él me soltase, y miré la mesa abajo, en el vestíbulo.

—No podemos dejarlo ahí —dije, e hice un movimiento como para bajar de nuevo. Tamlin me cogió del codo.

—Lo sé —asintió con voz seca y agotada—. Iba a llevarte arriba solamente. Antes de enterrarlo.

—Quiero ir.

—Es demasiado peligroso de noche para que...

—Yo soy muy capaz...

—No —replicó. Sus ojos verdes relampaguearon. Me enderecé, pero él suspiró, los hombros inclinados hacia delante—. Tengo que hacer esto solo.

Lo miré. La cabeza baja. Nada de garras, nada de colmillos..., no había nada que hacer contra ese enemigo, ese destino. Nadie contra quien luchar. Así que asentí con la cabeza, porque a mí también me hubiera gustado hacerlo sola, y me di la vuelta para dirigirme hacia mi dormitorio. Tamlin se quedó ahí, frente a la escalera.

—Feyre —dijo, con tanta suavidad que me volví para mirarlo—. ¿Por qué? —Inclinó la cabeza a un costado—. Antes nuestra especie te disgustaba. Y después de Andras... —Incluso en ese vestíbulo oscuro sus ojos, por lo general brillantes, estaban ensombrecidos—. Dime... ¿por qué?

Di un paso hacia él, los pies cubiertos de sangre se me pegaban a la alfombra. Miré hacia la planta baja, donde seguía viendo la forma tendida del inmortal y los muñones de las alas.

—Porque yo no querría morirme sola —respondí, y me tembló la voz cuando volví a mirar a Tamlin y me obligué a buscar sus ojos con los míos—. Porque me gustaría que alguien me sostuviera la mano hasta el final y un rato más después. Eso es algo que todo el mundo merece, inmortales y humanos. —Tragué saliva. La garganta tan tensa que me dolía—. Lamento lo que le hice a Andras —dije, y mis palabras no fueron más que un murmullo—. Lamento que hubiera... que hubiera tanto odio en mi corazón. Ojalá pudiera... deshacer lo que hice... Lo lamento, lo lamento tanto...

No recordaba la última vez que le había hablado así a alguien, si es que lo había hecho alguna vez. Pero él asintió y se dio la vuelta, y me pregunté si no tendría que decir algo más, si debería inclinarme frente a él y pedirle de rodillas que me perdonase. Si él sentía ese dolor, esa culpa, por un desconocido, entonces Andras... Para cuando abrí la boca, Tamlin ya había bajado la escalera.

Lo miré, miré todos los movimientos que hizo, los músculos de su espalda visibles a través de la túnica empapada de sangre, contemplé el peso invisible que le doblegaba los hombros. Él no se dio la vuelta; levantó el cuerpo destrozado y lo llevó hacia las puertas del jardín, más allá de mi línea de visión. Fui hasta la ventana que había al comienzo de la escalera y miré cómo se llevaba al inmortal a través del jardín iluminado por la luna hacia los campos ondeados que quedaban más allá. No volvió la vista atrás en ningún momento.



Capítulo 18

Al día siguiente, para cuando terminé de desayunar, bañarme y vestirme, la sangre del inmortal ya había desaparecido. Me había tomado mi tiempo esa mañana, y era casi mediodía cuando me detuve en la parte superior de la escalera, mirando al vestíbulo de la entrada. Para asegurarme de que no había nada ahí.

Había decidido buscar a Tamlin y explicarle, explicarle realmente lo mal que me hacía sentir lo de Andras. Si se suponía que tenía que quedarme allí, que tenía que quedarme con él, entonces por lo menos intentaría una vez más reparar lo que había arruinado. Miré hacia la gran ventana que tenía detrás de mí, la vista tan amplia que se veía hasta el reflejo de la laguna tras el jardín.

El agua estaba lo bastante quieta como para que se reflejasen, como congelados, el cielo vibrante y las nubes gordas, hinchadas. Preguntar por lo que le había pedido parecía fuera de lugar después de lo ocurrido la última noche, pero tal vez cuando llegasen las pinturas y los pinceles me aventuraría hasta la laguna para tratar de plasmarla en el lienzo.

Tal vez me habría quedado mirando esa mancha de color, luz y textura si Tamlin y Lucien no hubieran salido al vestíbulo desde otra ala de la mansión. Discutían sobre una patrulla o algo por el estilo. Se quedaron callados cuando bajé por la escalera, y Lucien salió caminando por la puerta de entrada sin decir siquiera buenos días, solamente un gesto desenfadado con la mano. No fue un gesto agresivo, pero sí que hizo evidente que no tenía intenciones de unirse a la conversación que íbamos a tener Tamlin y yo.

Miré a mi alrededor deseando ver alguna señal de las pinturas, pero Tamlin me señaló las puertas abiertas por las que había salido Lucien. Más allá de ellas vi nuestros dos caballos ensillados, esperando. Lucien ya estaba subiendo a un tercero. Me volví hacia Tamlin.

«Quédate con él, te va a mantener segura y las cosas van a mejorar.» De acuerdo. Eso era algo que podía hacer.

—¿Adónde vamos? —Mis palabras fueron casi un murmullo.

—Tus cosas no van a llegar hasta mañana. Están limpiando la galería y han pospuesto mi... mi reunión. —¿Estaba divagando?—. Pensé que podríamos... ir a pasear un rato, sin matar nada. Sin naga que nos preocupen. —Mientras terminaba la propuesta con una media sonrisa, la pena parpadeó de forma clara en sus ojos verdes. Y sí, ya había tenido suficiente muerte en esos dos días. No quería matar más inmortales. No quería matar nada. Tamlin no llevaba armas al costado ni en la banda de cuero, solamente un cuchillo cuya empuñadura le brillaba en la bota.

¿Dónde había enterrado al inmortal? Un alto lord que cavaba la tumba de un desconocido. Si me lo hubieran contado, tal vez no lo habría creído.

—¿Adónde? —pregunté. Él se limitó a sonreír.

Cuando llegamos me quedé sin palabras, y supe que incluso si hubiera sabido cómo pintar lo que veía, nada le habría hecho justicia. No era solo que ese fuera el lugar más hermoso que hubiera visto en mi vida, ni que me llenase de deseo y de alegría, sino que además parecía... parecía perfecto. Como si los colores, las luces y las formas del mundo se hubieran reunido para formar un único lugar irrepetible, un pedacito de verdadera belleza. Después de la última noche era exactamente el lugar en el que yo necesitaba estar.

Nos sentamos en una colina cubierta de hierba que daba justo sobre un bosque de robles tan anchos y tan altos que podrían haber sido los pilares y las columnas de un antiguo palacio. Alrededor de nosotros se mecían penachos brillantes de dientes de león, y el suelo del claro estaba cubierto de azafrán y campanillas azules de las nieves movidas por la brisa. Para cuando llegamos habían pasado una o dos horas del mediodía, pero la luz seguía siendo intensa y dorada.

Aunque los tres estábamos solos, habría jurado que oía cantar. Puse los brazos alrededor de las rodillas y bebí ese panorama con los ojos.

—Hemos traído una manta —dijo Tamlin. Miré por encima del hombro y lo vi señalar con el mentón una manta púrpura que alguien había tendido al lado. Lucien se dejó caer sobre ella y estiró las piernas. Tamlin se quedó de pie, esperando mi reacción.

Meneé la cabeza y miré adelante, pasando la mano sobre la hierba suave, como si hubiera sido de plumas, intentando captar el color y la textura. Nunca había tocado una hierba como esa y no pensaba echar a perder la experiencia sentándome sobre una manta.

Hubo un intercambio de susurros presurosos a mi espalda, y antes de que pudiera darme la vuelta para ver de qué se trataba, Tamlin se sentó a mi lado. Tenía la mandíbula tan apretada que miré

hacia delante de nuevo y no volví a moverme.

—¿Qué es este lugar? —pregunté, con los dedos todavía sobre la hierba.

Mirándolo con el rabillo del ojo, Tamlin no era más que una figura dorada, brillante.

—Un bosquecito, nada más. —Lucien resopló detrás de mí—. ¿Te gusta? —preguntó Tamlin con rapidez. El verde de sus ojos hacía juego con la hierba que acariciaba, y su cabello de color ámbar era como los rayos del sol que se filtraban a través de los árboles. Hasta la máscara, extraña y en general fuera de lugar, parecía ocupar exactamente su espacio dentro del bosque, como si el sitio hubiera sido pensado para él solamente. Me lo imaginé ahí en su forma de bestia, enroscado en la hierba, durmiendo.

—¿Qué? —dije. Me había olvidado de su pregunta.

—¿Te gusta? —repitió él. Tenía los labios curvados en una sonrisa. Después de una respiración entrecortada, miré otra vez el bosque.

—Sí.

Él soltó una risita.

—¿Eso es todo? ¿Sí?

—¿Desearíais que me arrastrase a vuestros pies en un gesto de gratitud por traerme hasta aquí, alto lord?

—Ah, el suriel no te dijo nada importante, ¿verdad? —Esa sonrisa encendió algo osado en mi pecho.

—También me dijo que os gusta que os provoquen, y que si soy inteligente, tal vez pueda domesticaros con algún premio.

Tamlin levantó la cabeza al cielo y rugió de risa. A pesar de mí misma, solté una risa suave.

—Me parece que voy a morirme de la sorpresa —dijo Lucien detrás de mí—. Has hecho una broma, Feyre.

Me volví y lo miré con una sonrisa fría.

—No creo que os guste si os digo lo que el suriel me dijo de vos. —Enarqué las cejas y Lucien levantó las manos, como para darse por vencido.

—Yo pagaría bastante por saber lo que piensa el suriel de Lucien —afirmó Tamlin.

Oí el sonido de un corcho al destapar una botella, seguido por el ruido del líquido cuando Lucien tomó un trago y rio mientras musitaba:

—Tocado.

Los ojos de Tamlin seguían encendidos de risa cuando me puso una mano en el codo y me levantó.

—Ven —dijo señalando el pie de la colina con el mentón, hacia el pequeño arroyo que corría por el valle—. Quiero mostrarte algo.

Me levanté, pero Lucien se quedó sentado sobre la manta y alzó la botella de vino en un gesto de saludo. Bebió directamente de ella mientras se tendía sobre la espalda y miraba las copas verdes de los árboles.

Los movimientos de Tamlin eran precisos y eficientes, sus piernas de músculos poderosos devoraban la distancia mientras nos abríamos paso en zigzag entre los altos árboles, saltábamos por encima de pequeños arroyos y subíamos laderas empinadas. Nos detuvimos sobre una colina y los brazos se me aflojaron a los costados del cuerpo. Ahí abajo, en un claro rodeado de árboles que parecían torres, había una laguna plateada, brillante. Incluso desde la distancia vi que aquello no era agua sino algo más raro e infinitamente más precioso.

Tamlin me agarró de la muñeca y me llevó colina abajo; los dedos encallecidos me raspaban la piel con suavidad. Me soltó para saltar sobre la raíz de un árbol en una única maniobra y se acercó a la orilla. Apreté los dientes mientras tropezaba para seguirlo y me esforzaba por encaramarme a la raíz.

Él estaba en cuclillas sobre la laguna y había recogido un poco de líquido en la palma. Inclinó la mano y el líquido se derramó hacia la superficie de la laguna.

—Mira.

El líquido brillante, plateado, que le caía de la mano formaba ondas que brillaron en toda la laguna; cada una emitía distintos colores y...

—Parece luz de las estrellas —jadeé.

Él soltó una risa, se llenó la mano de líquido y volvió a abrirla. Me quedé con la boca abierta ante aquel espectáculo.

—Es luz de las estrellas.

—Eso es imposible —dije, luchando contra el impulso que me llevaba a dar un paso hacia el agua.

—Esto es Prythian. Según las leyendas que vosotros tenéis, nada es imposible aquí.

—¿Cómo? —pregunté sin poder apartar los ojos de la laguna: la plata sí, pero también el azul y el rojo y el rosado y el amarillo que parpadeaban por debajo, la levedad increíble...

—No lo sé..., nunca lo pregunté y nadie me lo explicó.

Como yo seguía con la boca abierta frente a la laguna, él se rio, y con eso consiguió que le prestara atención, así descubrí que se estaba desabotonando la túnica.

—Vamos —dijo, y la invitación le bailó en los ojos.

Nadar... sin ropa, sola. Con un alto lord. Negué con la cabeza y retrocedí un paso. Sus dedos se detuvieron en el segundo botón del cuello.

—¿No quieres saber lo que se siente?

Yo no sabía a qué se refería: ¿nadar en la luz de las estrellas o nadar con él?

—Yo... no.

—De acuerdo. —Se dejó la túnica abierta. Por debajo había solamente carne musculosa, dorada, desnuda.

—¿Por qué este lugar? —pregunté, arrancando mis ojos de su pecho.

—Era mi lugar predilecto cuando yo era pequeño.

—¿Y eso cuándo fue? —No era capaz de conseguir que las preguntas dejaran de salir de mis labios.

Él lanzó una mirada en mi dirección.

—Hace mucho mucho tiempo. —Lo dijo en un tono tan bajo que me obligué a cambiar el peso del cuerpo sobre los pies. Hacía mucho mucho tiempo, claro, si es que durante la guerra era todavía un niño.

Bueno, ya habíamos empezado a soltarnos, así que me atreví a preguntarle:

—¿Lucien está bien? Después de anoche, quiero decir. —El emisario parecía haber vuelto a su yo irreverente, sarcástico, pero recordaba el vómito al ver al inmortal moribundo—. No reaccionó demasiado bien.

Tamlin se encogió de hombros, pero su tono era amable cuando dijo:

—Lucien ha soportado cosas que hacen que momentos como el de anoche sean difíciles para él. No solamente por la cicatriz y el ojo..., aunque estoy seguro de que lo de anoche le despertó muchos recuerdos de eso también.

Tamlin se frotó el cuello, después me miró a los ojos. Había un peso muy antiguo en esos ojos, en la forma en que tensaba la mandíbula.

—Lucien es el hijo menor del alto lord de la Corte Otoño. —Yo di un respingo—. El menor de siete hermanos. La Corte Otoño es... Cortan cuellos todo el tiempo. Es hermosa, pero los hermanos de Lucien se ven unos a otros como competidores porque el más fuerte es el que va a heredar el título, no el mayor. Ocurre lo mismo en todo Prythian, en todas las cortes. A Lucien nunca le interesó, no esperaba ser coronado alto lord, así que se pasó la juventud haciendo todo lo que no debería hacer el hijo de un alto lord: pasando de corte en corte, haciendo amigos entre los hijos de otros altos lores. —Apareció un destello en los ojos de Tamlin—. Y estuvo con hembras muy alejadas de la nobleza de la Corte Otoño. —Tamlin hizo una pausa durante un momento, y casi pude sentir su pena antes de que dijera—: Lucien se enamoró de una inmortal a quien su padre consideraba inapropiada para alguien con la sangre de su familia. Él dijo que no le importaba que ella no fuese una alta fae,

que estaba seguro de que pronto iba a casarse con ella y a dejar la corte de su padre para los tramposos de sus hermanos. —Un suspiro tenso brotó de su interior—. El padre la hizo matar. La ejecutó delante de Lucien mientras los dos hermanos mayores lo sujetaban y lo obligaban a mirar.

Se me revolvió el estómago y me llevé una mano al pecho. No podía imaginarlo, no conseguía entender en profundidad ese tipo de pérdida.

—Lucien se fue. Maldijo a su padre, abandonó el título y la Corte Otoño y se alejó. Y sin ese título como protección, los hermanos pensaron en eliminarlo como un competidor para la corona. Tres salieron a matarlo; solo uno regresó.

—¿Lucien... Lucien los mató?

—Mató a uno —dijo Tamlin—. Yo maté al otro porque se habían metido en mi territorio, y al convertirme en alto lord podía hacer lo que quisiera con los que invadieran mi territorio y amenazaran la paz de mis tierras. —Una afirmación fría, brutal—. Y reclamé a Lucien como parte de mi corte..., lo nombré emisario, aprovechando que había hecho muchos amigos en las diferentes cortes y siempre había sabido cómo tratar con los demás, en cambio a mí... me cuesta mucho. Está conmigo desde entonces.

—Y como emisario —empecé a decir—, ¿ha tenido tratos con su padre? ¿O sus hermanos?

—Sí. Su padre nunca se disculpó y sus hermanos me tienen demasiado miedo como para arriesgarse a hacerle daño. —No había arrogancia en esas palabras, solamente una verdad fría—. Pero él nunca se olvidó de lo que le hicieron a ella o de lo que trataron de hacerle a él. Finge que sí, pero...

Eso no era justificación para todo lo que había dicho Lucien, para todo lo que me había hecho, pero... ahora lo entendía. Entendía las paredes y barreras que había tenido que construir a su alrededor. Sentí el pecho demasiado estrecho, demasiado pequeño

para que el dolor que estaba creciendo en él cupiera bien en su interior. Miré la laguna de brillante luz de estrellas y dejé escapar un largo suspiro. Necesitaba cambiar de tema.

—¿Qué pasaría si bebiera de esa agua?

Tamlin se irguió un poco, y después se relajó, como si fuera feliz de poder expresar su tristeza.

—Dice la leyenda que serías feliz hasta tu último aliento. —Y agregó—: Tal vez los dos necesitamos una copa.

—No creo que tuviera suficiente con toda esa laguna —dije, y él se rio.

—Dos bromas en un día..., un milagro que viene directamente del Caldero —declaró. Dejé escapar una sonrisa. Él se me acercó un paso, como si estuviera esforzándose por dejar atrás la mancha triste, oscura, de lo que le había pasado a Lucien, y la luz de las estrellas le brilló en los ojos cuando dijo—: ¿Y qué sería suficiente para hacerte feliz?

Me sonrojé desde el cuello hasta la punta de la cabeza.

—No... no sé. —Y era verdad, nunca había pensado en nada parecido, nada más allá de hacer que mis hermanas se casaran con alguien y tener suficiente comida para mí y para mi padre y algo de tiempo para aprender a pintar.

—Mmm —murmuró él, pero no se alejó—. ¿Qué te parece el sonido de las campanillas azules? ¿O un rayo de luz de sol? ¿O una guirnalda de luz de luna? —Sonrió con picardía.

Alto lord de Prythian, sí. Alto lord de las Tonterías era el título que mejor le iba. Y él lo sabía..., sabía que yo diría que no, que me pondría nerviosa solo por estar a solas con él.

No. No iba a darle la satisfacción de hacerme sentir vergüenza. Ya había tenido demasiado de eso últimamente, suficiente de... de esa chica encorsetada en hielo y amargura. Así que le sonreí con dulzura y me esforcé en fingir que no tenía el estómago del todo revuelto.

—Nadar suena delicioso.

No me permití pensarlo un segundo más. Y no fue poco el orgullo que sentí cuando mis dedos no temblaron mientras me sacaba las botas, desabotonaba la túnica y los pantalones y lo dejaba todo en la hierba. La ropa interior que llevaba puesta era bastante modesta y lo bastante recatada, yo lo sabía, pero de todos modos lo miré a los ojos mientras me quedaba de pie en la orilla cubierta de verde. El aire estaba tibio y templado y una brisa suave me besó el vientre desnudo.

Despacio, muy despacio, los ojos de Tamlin bajaron por mi cuerpo y después volvieron a subir. Como si estuvieran estudiando cada centímetro, cada curva. Y aunque yo llevaba puesta ropa interior de color marfil, esa mirada me desnudó del todo.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos y dibujó una sonrisa perezosa antes de sacarse la ropa. Botón a botón, y hubiera podido jurar que el brillo en esa mirada se llenó de hambre y ferocidad..., tanto que tuve que desviar la vista de su cara.

Me permití una imagen de ese pecho ancho, los brazos perfilados con músculos y unas piernas largas, fuertes, antes de que él se dirigiera directamente hacia la laguna. Tamlin no tenía la hechura de Isaac, cuyo cuerpo flotaba todavía en ese lugar desgarbado entre el chico y el hombre. No: el cuerpo glorioso de Tamlin tenía la configuración de siglos de lucha y brutalidad.

El líquido estaba delicioso, templado, y me adentré hasta que la profundidad fue suficiente como para nadar unas brazadas y caminar por el fondo. No era agua, sino algo más suave, más denso. No era aceite, sino algo más puro, más leve. Era como estar envuelta en seda tibia. Estaba tan ocupada saboreando la sensación de deslizar los dedos a través de esa sustancia plateada que no lo noté hasta que él estuvo a mi lado.

—¿Quién te enseñó a nadar? —preguntó, y metió la cabeza bajo la superficie. Cuando volvió a salir, estaba sonriendo y había arroyos de luz de estrellas en los bordes de la máscara.

Yo no me hundí. No sabía si había estado bromeando cuando dijo que el agua me haría sentir alegre en cuanto la bebiera.

—A los doce años vi a los hijos de los aldeanos que nadaban en un pequeño lago y lo fui descubriendo sola.

Fue una de las experiencias más terroríficas de mi vida y me había tragado medio lago en el proceso, pero lo conseguí; me las arreglé para dominar el pánico ciego que sentía y confié en mí misma. Saber nadar me había parecido una habilidad esencial, que tal vez un día significara la diferencia entre la vida y la muerte. Pero nunca se me había ocurrido que podría suceder en una tarde así.

Él volvió a hundirse, y cuando salió, se pasó una mano por el pelo dorado.

—¿Cómo perdió su fortuna tu padre?

—¿Cómo sabéis que la perdió?

Tamlin resopló.

—No creo que un humano que nació aldeano tenga tu dicción.

Una parte de mí quiso decir algo acerca de esa observación, pero... al fin y al cabo tenía razón; no podía culparlo por ser tan buen observador.

—A mí padre lo llamaban el príncipe de los Mercaderes —dije sin complicar las cosas mientras caminaba por ese líquido sedoso, extraño. Casi no costaba ningún esfuerzo..., el agua era tan tibia, tan leve; era como si estuviera flotando en el aire y todos los dolores manaran de mi cuerpo hacia fuera y se desvanecieran—. Pero ese título, heredado de su padre y de su abuelo antes que él, era mentira. Era solo un hombre que enmascaraba tres generaciones de endeudamiento. Mi padre había estado tratando de encontrar una forma de disminuir sus deudas durante años, y cuando tuvo una oportunidad de pagarlas todas, se decidió por ella sin calcular los riesgos. —Tragué saliva—. Hace ocho años puso toda la riqueza que teníamos en tres barcos que viajaban hacia Bharat, tres barcos que debían volver con especias y telas de muchísimo valor.

Tamlin frunció el entrecejo.

—Eso sí que es un riesgo. Esas aguas son una trampa mortal a menos que uno tome el camino más largo.

—Bueno, él no tomó el camino más largo. Habría llevado demasiado tiempo y nuestros acreedores nos estaban acosando. Así que lo arriesgó todo y mandó los barcos a Bharat directamente. Nunca llegaron. —Hundí el cabello en el líquido echando la cabeza hacia atrás, tratando de recordar la cara de mi padre el día que recibimos las noticias del naufragio—. Cuando se hundieron los barcos, los acreedores nos rodearon como una manada de lobos. Lo atacaron y lo saquearon todo hasta que no quedó nada excepto un nombre desprestigiado y unas pocas monedas para comprar la choza. Yo tenía once años. Mi padre..., después de eso, dejó de intentarlo. —No me vi con fuerzas para contarle lo que había ocurrido al final, ese momento terrible en el que el último acreedor llegó con sus matones y le rompió la pierna para dejarlo inválido.

—¿Ahí fue cuando empezaste a cazar?

—No. Aunque nos fuimos a la choza, durante tres años tuvimos algo de dinero; después se terminó —dije—. Empecé a cazar a los catorce.

Los ojos de él brillaron..., no había rastros del guerrero obligado a aceptar el peso de su título de alto lord.

—Y aquí estás. ¿Qué habías imaginado para ti, en realidad?

Tal vez era la laguna encantada, o tal vez el interés genuino detrás de la pregunta: lo cierto es que sonreí y le conté acerca de esos años en los bosques.

Esa tarde, cansada pero sorprendentemente satisfecha por las pocas horas de descanso en el bosque, la laguna y también por la comida, observé a Lucien mientras volvíamos a la mansión. Cruzábamos una amplia pradera de hierba nueva de primavera cuando me descubrió mirándolo por décima vez, y me preparé mientras él dejaba que Tamlin se adelantara y se me acercaba.

El ojo metálico se entrecerró; el otro seguía desconfiado, frío.

—¿Ocurre algo?

Eso fue suficiente para convencerme de que no debía decir nada sobre su pasado.

Yo también habría odiado que me tuvieran lástima. Y él no me conocía, no lo suficiente para garantizar otra cosa que resentimiento si yo sacaba el tema, aunque a mí me pesara saberlo, aunque yo llorara por él.

Esperé hasta que Tamlin se hubiera alejado lo suficiente para que su oído de alto fae no oyera mis palabras.

—Nunca os agradecí vuestro consejo sobre el suriel.

Lucien se puso tenso.

—¿Ah, no?

Miré hacia delante, la forma fácil en que cabalgaba Tamlin, el caballo tranquilo, como si no sintiera a su enorme jinete.

—Si seguís queriendo que me muera —dije—, vais a tener que intentarlo un poquito más.

Lucien dejó de respirar un instante.

—No era eso lo que yo quería. —Lo miré largamente—. No habría llorado nada —sentenció él. Yo sabía que era verdad—. Pero lo que te pasó...

—Estaba bromeando —lo interrumpí, y le sonreí un poquito.

—No te creo. No creo que me perdones con tanta facilidad por mandarte hacia el peligro.

—No. Y una parte de mí no quiere otra cosa que castigaros por no haberme advertido de lo del suriel. Pero os entiendo: soy una humana y maté a vuestro amigo, y ahora vivo en vuestra casa y vosotros tenéis que convivir conmigo. Lo entiendo —dije de nuevo.

Él se quedó callado tanto tiempo que creí que no me contestaría. Justo cuando iba a seguir mi camino hacia la casa, me habló:

—Tam me dijo que el primer disparo que hiciste fue para salvar al suriel. No para salvarte tú.

—Era lo correcto.

Su mirada era más contemplativa que cualquier otra que me hubiera dedicado antes.

—Conozco demasiados altos fae e inmortales menores que no lo habrían visto de esa forma..., que no se hubieran molestado. —Buscó algo al costado de su cuerpo y me lo arrojó. Tuve que hacer un esfuerzo para mantenerme sobre la montura cuando lo atrapé: un cuchillo de caza de mango enjoyado—. Te oí gritar —dijo mientras yo examinaba la hoja. Nunca había tenido algo tan bien tallado en mis manos, nada con un equilibrio tan perfecto—. Y dudé. No mucho, pero dudé antes de salir corriendo. Aunque Tam llegó antes que yo. Lo cierto es que rompí mi promesa con esos segundos de espera. —Señaló el cuchillo con el mentón—. Es tuyo. No me lo claves en la espalda, por favor.



Capítulo 19

Al día siguiente, llegaron mis pinturas y suministros desde el lugar donde los hubieran encontrado los sirvientes o quienquiera que hubiera sido, pero antes de llevarme a verlos, Tamlin me guio pasillo por pasillo hasta que llegamos a un ala de la mansión en la que yo no había estado nunca, ni siquiera en mis exploraciones nocturnas.

Yo sabía adónde íbamos sin que él tuviera que decirlo. Los suelos de mármol brillaban tanto que no había duda de que los habían limpiado hacía poco, y la brisa con perfume a rosas flotaba a través de las ventanas abiertas. Todo eso..., todo, lo había hecho por mí. Como si a mí me hubieran molestado algunas telas de araña o algo de polvo.

Cuando Tamlin se detuvo frente a un par de puertas de madera, la leve sonrisa que me dirigió fue suficiente para hacerme tartamudear:

—¿Por qué hacer algo... algo así de bueno para mí? —La sonrisa se desvaneció.

—Hace mucho tiempo que no hay nadie aquí que aprecie estas cosas. A mí me gusta la idea de que se usen de nuevo. —En especial cuando había tanta sangre y tanta muerte en las otras parte de su vida.

Abrió las puertas de la galería y me quedé absolutamente sin aliento.

Los suelos de madera clara brillaban bajo la luz limpia, resplandeciente, que entraba sin impedimento por las ventanas. La habitación estaba vacía excepto por algunas sillas y bancos para ver..., para ver el... Casi no percibí el momento en que entré en la larga galería, una mano apoyada en el cuello, los ojos fijos en las pinturas.

Tantas, tan diferentes, y sin embargo dispuestas para que fluyeran de modo uniforme. Tantas vistas y retazos y ángulos del mundo. Pinturas pastorales, retratos, naturalezas muertas...; cada una de ellas una historia y una experiencia; cada una, una voz que gritaba o susurraba o cantaba sobre lo que había sentido en ese momento, frente a esa sensación en particular; cada una, un grito que se arrojaba al vacío del tiempo para decir que ellos habían estado ahí, que habían existido. Algunos de esos cuadros los habían pintado ojos como los míos, artistas que veían en colores y formas que yo comprendía. Algunos mostraban colores que no había considerado nunca; esos tenían una mirada hacia el mundo que me decía que los habían pintado otro par de ojos. Una puerta hacia la mente de una criatura tan diferente y, sin embargo..., yo miraba el trabajo y lo comprendía y lo sentía, y ese trabajo me parecía importante.

—No sabía... —dijo Tamlin a mí espalda—... que los humanos fueran capaces de... —Dejó de hablar cuando me di la vuelta. La mano que había estado en el cuello ahora reposaba en el pecho, donde el corazón me latía con una especie de alegría, de pena y de humildad rugientes, increíbles. Sí, una gran humildad frente a ese arte tan magnífico.

Él estaba de pie junto a las puertas, la cabeza inclinada de esa forma en que lo hacen los animales, las palabras todavía perdidas en la lengua. Me sequé las lágrimas de las mejillas.

—Es... —Perfecto, maravilloso. Más allá de mis sueños más salvajes, nada de eso lo describía. Mantuve la mano sobre el corazón —. Gracias —dije. Era lo único que se me ocurría para mostrarle lo que significaban esas pinturas para mí, lo que significaba para mí que me hubiera dejado entrar en esa habitación.

—Ven todas las veces que quieras.

Yo le sonreí, incapaz de contener el calor que fluía en mi corazón. La sonrisa que él me devolvió fue tibia, aunque brillante; después me dejó para que yo recorriera la galería tranquila, a solas.

Me quedé horas, me quedé hasta que me emborraché con ese arte, hasta que me sentí mareada de hambre y me alejé a buscar comida.

Después del almuerzo Alis me llevó a una habitación vacía en el primer piso donde había una mesa llena de telas de varios tamaños, pinceles cuyos mangos de madera brillaban bajo la luz clara, perfecta, y pinturas...; tantas, tantas pinturas, muchas más que los cuatro colores básicos que había esperado, que volví a quedarme otra vez sin aire.

Cuando Alis se fue, la habitación permaneció en silencio, esperándome, y fue solamente mía...

Entonces empecé a pintar.

Pasaron semanas, los días se fundieron unos en otros. Pinté y pinté, y la mayor parte de lo que hacía era feo, inútil.

Nunca dejé que nadie lo viera a pesar de lo mucho que insistió y de lo mucho que se burló Lucien de mi ropa manchada de pintura; nunca sentí que mi trabajo fuera parecido a las imágenes que me quemaban la mente. En muchas ocasiones pintaba desde el amanecer hasta la puesta de sol, a veces en esa habitación, a veces en el jardín. De cuando en cuando me tomaba un descanso para explorar las tierras de Primavera con Tamlin como guía, y volvía con ideas nuevas que me hacían saltar de la cama a la mañana siguiente y ponerme a dibujar bosquejos o anotar escenas y colores para reflejar lo que había visto.

Pero había días en los que Tamlin tenía que ir a enfrentarse a la última amenaza en sus fronteras, y ni siquiera la pintura podía distraerme hasta que él volvía, cubierto de la sangre de otros, a veces en su forma de bestia, a veces como alto lord. Nunca me dio detalles y yo jamás me atreví a preguntarle; me bastaba con que hubiera vuelto sano y salvo.

Alrededor de la mansión no había señales de criaturas como los naga o el bogge, pero me mantuve lejos de los bosques del oeste, aunque los pinté en muchas ocasiones de memoria. Y aunque mis sueños siguieron invadidos por las muertes que había visto, las muertes que yo había causado y esa horrible mujer pálida que me convertía en pedazos de carne mientras en alguna parte vigilaba una sombra que nunca conseguí ver, poco a poco dejé de tener miedo. «Quédate con el alto lord. Vas a estar a salvo.» Y eso fue lo que hice.

La Corte Primavera era una tierra de colinas ondulantes y de bosques cargados de vida y de lagos claros, sin fondo. La magia no se limitaba a reinar en ciertas hondonadas y lugares especiales..., la magia crecía ahí. Por más que yo tratara de pintar eso, nunca conseguiría plasmar la sensación. Así que a veces me atrevía a pintar al alto lord que cabalgaba a mi lado cuando paseábamos por sus tierras en días de tranquilidad, el alto lord, con quien me gustaba mucho charlar o pasar horas cómodamente en silencio.

Era probable que fuera el arrullo de la magia que me nublaba los pensamientos: no volví a pensar en mi familia hasta que una mañana pasé el borde externo del muro, buscando un nuevo lugar para pintar. Una brisa del sur me alborotó el cabello..., fresca y limpia. En ese momento estaba llegando la primavera al mundo mortal.

Mi familia, hipnotizada, cuidada, segura, seguía sin saber realmente dónde estaba yo. El mundo mortal había seguido adelante sin mí como si yo nunca hubiera existido. Un susurro de una vida miserable, ya pasada, una vida olvidada por todos los que yo había conocido o me habían importado.

Ese día no pinté y no fui a cabalgar con Tamlin. En lugar de eso, me senté frente a una tela en blanco, sin ningún color en la mente.

En casa no me recordaba nadie..., yo estaba poco menos que muerta para ellos. Y Tamlin había permitido que los olvidase a ellos. Tal vez las pinturas habían sido una distracción, una forma de hacer que dejara de quejarme, que dejara de ser una molestia, que dejara de pedirle que me permitiera ver a mi familia. O tal vez eran una distracción para que no pensara en lo que fuese que estuviera pasando con la plaga y Prythian. Como me había ordenado el suriel, yo había dejado de preguntar..., una humana inútil, estúpida, obediente.

Me costó un esfuerzo notable compartir la cena. Tamlin y Lucien se dieron cuenta de mi humor y mantuvieron una conversación entre ellos. Eso no mejoró mucho mi rabia creciente, y cuando terminé de comer lo que quería, me alejé a grandes zancadas hacia el jardín iluminado por la luna y me perdí en los laberintos de setos recortados y parterres llenos de flores.

No me importaba adónde iba. Después de un rato me detuve en la rosaleda. La luz de la luna manchaba los pétalos rojos de un color púrpura profundo y lanzaba un brillo plateado sobre los pimpollos blancos.

—Mi padre hizo plantar este jardín para mi madre —dijo Tamlin a mi espalda. Yo no me molesté en mirarlo. Me hundí las uñas en las palmas cuando él se detuvo a mi lado—. Fue un regalo de apareamiento.

Fijé la mirada en las flores, pero no veía nada. Seguramente, las que había pintado en la mesa de casa estaban cayéndose a pedazos o se habían borrado del todo. Suponía que Nesta habría raspado la madera para sacarlas.

Me dolían las uñas clavadas en la palma. Ya fuera porque Tamlin los hubiera hipnotizado, ya fuera porque los alimentara, yo estaba... borrada de esas vidas. Olvidada. Eso había sido obra suya. Y yo había permitido que lo hiciera. Me había ofrecido pinturas y el espacio y el tiempo necesarios para practicar ese arte; me había mostrado lagunas de luz de estrellas; me había salvado la vida como una especie de caballero salvaje salido de una leyenda, y yo me había tragado todo eso como si fuera vino de inmortales. Yo no era mejor que esos hijos de los benditos con toda su fe.

Su máscara era de color bronce en la oscuridad y las esmeraldas le brillaban sobre las mejillas.

—Pareces... disgustada.

Me alejé con grandes pasos hacia el primer rosal y arranqué una flor; las espinas me desgarraron los dedos. Ignoré el dolor, la tibieza de la sangre que se deslizó hacia abajo. Nunca hubiera podido pintarla con exactitud..., nunca como esos artistas de los cuadros de la galería. Nunca podría pintar el pequeño jardín de Elain fuera de la choza como lo recordaba, porque yo lo recordaba, aunque mi familia ya no me recordase a mí.

No me riñó por arrancar una de las rosas de sus padres, tan ausentes como los míos, que con toda probabilidad se habían amado el uno al otro y lo habían amado a él más de lo que los míos se preocuparon nunca por mí. Una familia que se habría ofrecido a ir en su lugar si alguien hubiese acudido para llevárselo.

Los dedos me dolían, me ardían, pero seguí sosteniendo la rosa mientras decía:

—No sé por qué me siento tan terriblemente avergonzada de mí misma por dejarlos. ¿Por qué me parece tan egoísta y terrible pintar como pinto? No debería sentirme así, ¿no es cierto? Lo sé, pero no puedo evitarlo. —La rosa me colgaba de los dedos, desmayada—. En todos esos años, lo que llegué a hacer por ellos... Y sin embargo no trataron de impedir que vos me arrebatarais de su lado... —Ahí estaba, el dolor gigantesco que, si lo pensaba un rato, me partía en dos—. No sé por qué esperaba que lo hicieran..., por qué creí que la ilusión del puca era real aquella noche. No sé por qué todavía me molesta pensar en eso. O por qué me sigue importando. —Él se quedó en silencio tanto rato que agregué—: Comparada con vos, con vuestras fronteras y vuestra magia debilitadas, supongo que esta lástima que tengo de mí misma parece absurda.

—Si te apena —dijo él, y sus palabras me acariciaron los huesos —, entonces no creo que sea absurdo.

—¿Por qué? —Una pregunta directa. Solté la rosa entre los arbustos.

Él me tomó las manos. Los dedos cubiertos de callos, fuertes, robustos, me parecieron suaves cuando se llevó la mano que sangraba a la boca y me besó la palma. Como si eso fuera respuesta suficiente.

Sus labios eran suaves contra mi piel; el aliento, tibio; las rodillas se me aflojaron cuando él levantó mi otra mano, se la llevó a la boca y la besó también. La besó con cuidado..., de una forma que hizo que me saltara el corazón en el centro del cuerpo, entre las piernas.

Cuando él retrocedió, mi sangre le brillaba en la boca. Miré mis manos, que él seguía sosteniendo entre las suyas: las heridas habían desaparecido. Le miré la cara de nuevo, la máscara de bronce, el color dorado de la piel, el rojo de los labios cubiertos de sangre mientras él murmuraba:

—Nunca nunca te sientas mal por hacer lo que te da alegría. — Se acercó un paso, soltó una de mis manos y me colocó la rosa que yo había cortado detrás de la oreja. No supe nunca cómo había

llegado esa rosa a sus manos o cuándo habían desaparecido las espinas.

No pude evitar insistir:

—¿Por qué..., por qué todo esto?

Él se acercó todavía más, tan cerca que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para verlo.

—Porque me fascina tu alegría humana..., la forma en que experimentas las cosas en el tiempo que tienes de vida, con tanta profundidad, con tanta intensidad, y todo de una vez; eso es... fascinante. Me atrae aunque sé que no debería, aunque trato de no sentirme así.

Porque yo era humana y envejecería y... No me permití ir por ese camino. Él se acercó más. Lentamente, como si me estuviera dando tiempo para retroceder y alejarme, me rozó la mejilla con los labios. Un gesto suave y tibio, de una dulzura que me rompió el corazón. No fue mucho más que una caricia, y después se incorporó. No me había movido desde el momento en que su boca me tocó la piel.

—Un día... un día va a haber respuestas para todo —dijo, y me soltó la mano y se alejó—. Pero no hasta que sea el momento correcto. Hasta que sea seguro. —En la oscuridad, bastó con el tono para que yo supiera que sus ojos temblaban de amargura.

Entonces respiré hondo: no me había dado cuenta de que hacía un rato que no respiraba.

Hasta que él estuvo lejos no me di cuenta de lo mucho que deseaba su calor, su cercanía.

Una mortificación permanente con respecto a lo que había admitido, lo que había... cambiado entre nosotros hizo que saliera huyendo de la mansión después del desayuno, corriendo hacia el santuario de los bosques a tomar algo de aire fresco y a estudiar la luz y los

colores. Me llevé mi arco y mis flechas y el cuchillo enjoyado de caza que me había dado Lucien. Mejor estar armada que dejarme atrapar sin nada entre las manos.

Me arrastré en medio de los árboles y los arbustos durante no más de una hora antes de sentir una presencia detrás de mí..., algo que se me acercaba cada vez más y hacía que los animales corrieran a refugiarse a mi alrededor. Sonreí, y veinte minutos más tarde me acomodé entre dos ramas en un olmo antiguo y esperé.

Crujieron los arbustos..., nada más que una brisa que pasaba, pero sabía qué sucedería, conocía las señales.

El ruido de algo que se tensa y un rugido de furia hicieron eco en los campos, y los pájaros se asustaron.

Cuando bajé del árbol, caminé hasta el pequeño claro, crucé los brazos y levanté la vista hacia el alto lord, que colgaba cabeza abajo de la trampa que había puesto.

Incluso así, cabeza abajo, me sonrió con pereza cuando me acerqué.

—Humana cruel.

—Es lo que consigue uno cuando persigue a alguien.

Él soltó una risita y yo me acerqué lo suficiente como para atreverme a pasar un dedo por el cabello dorado y sedoso que colgaba a la altura de mi cara, a admirar los muchos colores que había en él: los tonos de amarillo, marrón y trigo. El corazón me golpeaba en el pecho y sabía que, seguramente, él lo oía. Pero inclinó la cabeza hacia mí, una invitación silenciosa, yo le pasé los dedos por el pelo, con dulzura, con cuidado.

Ronroneó, y ese sonido me pasó rodando sobre los dedos, los brazos, las piernas y el centro del cuerpo. Me pregunté cómo sentiría ese sonido si él estuviera apretado contra mí, piel contra piel. Retrocedí un paso.

Él se curvó hacia arriba en un movimiento suave, poderoso, y destrozó con una única garra la enredadera que yo había usado como lazo. Respiré hondo para gritar, pero él se dio la vuelta al caer

y aterrizó con suavidad sobre los pies. Siempre sería imposible para mí olvidar lo que él era, lo que era capaz de hacer. Dio un paso, acercándose, la sonrisa todavía en la cara.

—¿Te sientes mejor hoy?

Murmuré una respuesta que a nada me comprometía.

—Me alegro —dijo él, ignorando o escondiendo cuánto lo divertía todo eso—. Pero por si acaso, quiero darte esto. —Sacó unos papeles que llevaba bajo la túnica y me los tendió.

Me mordí el costado de la boca mientras miraba los tres pedazos de papel. Era una serie de poemas, sí, poemas de cinco líneas cada uno. Había cinco en total, y empecé a sudar por las palabras que no reconocía. Me llevaría un día entero entender qué significaban esas palabras.

—Antes de que te vayas corriendo o empieces a gritar —dijo, y se dio la vuelta para mirar por encima de mi hombro. Si me hubiera atrevido, me habría recostado contra ese pecho. Su aliento entibiándome el cuello, la oreja.

Se aclaró la garganta y leyó el primer poema:

Una vez hubo una dama muy hermosa,
de fuego aunque un poco distinta,
tenía pocos amigos
pero cómo hacían fila los hombres,
los dioses son testigos,
y ella a todos les daba una negativa.

Subí tanto las cejas que me pareció estar tocando con ellas la línea del nacimiento del cabello, y me di la vuelta parpadeando; el aliento de los dos se mezcló cuando él terminó el poema con una sonrisa.

Sin esperar respuesta, Tamlin cogió los papeles y dio un paso atrás para leer el segundo poema, que no era tan bueno en las rimas como el primero. Para cuando leyó el tercero, a mí me ardía la cara.

Hizo una pausa antes de leer el cuarto, y después me devolvió los papeles.

—Mira las palabras: en el primer poema en la segunda y cuarta líneas —dijo, y señaló los poemas que yo tenía en la mano.

«Distinta.» «Fila.» Miré el segundo poema. «Masacre.» «Flamas.»

—Son... —empecé a decir.

—Tu lista de palabras era demasiado interesante para pasarla por alto. Y no eran de mucha utilidad para escribir poemas de amor. —Cuando levanté una ceja en una pregunta sin palabras, dijo—: Antes competíamos para ver quién podía escribir las rimas más verdes y sucias, cuando vivía con los guerreros de mi padre en las fronteras, quiero decir. No me gusta perder, la verdad, así que decidí practicar, ser bueno para estas cosas.

Yo no entendía cómo recordaba él mi larga lista de palabras..., no quería saberlo. Se dio cuenta de que no iba a coger una flecha y dispararle, así que levantó los papeles y leyó el quinto poema, el más sucio y verde de todos.

Cuando terminó, incliné la cabeza hacia atrás y lancé una carcajada, y mi risa rompió el aire como la luz del sol rompe el hielo congelado desde hace eras.

Yo seguía sonriendo cuando salimos caminando del parque hacia las colinas y volvimos sin prisas hacia la mansión.

—Dijisteis... dijisteis... esa noche en la rosaleda... —Hice un ruido con la boca un momento—. Dijisteis que vuestro padre la hizo plantar para vuestra madre por el apareamiento..., no dijisteis matrimonio.

—Los alto fae en general se casan —respondió él; la piel dorada le brillaba un poco—. Pero si tienen la bendición de los dioses, encuentran a alguien con quien aparearse, un igual, alguien que les corresponde en todos los sentidos. Los altos fae se casan sin ese

lazo de apareamiento, pero si uno encuentra su compañero, el lazo es tan profundo que el casamiento es... insignificante en comparación.

No tuve el valor de preguntar si los inmortales habían tenido alguna vez ese tipo de lazo con humanos. En lugar de eso, me las arreglé para preguntar:

—¿Dónde están vuestros padres? ¿Qué les pasó?

A él se le movió un músculo en la mandíbula y lamenté haber hecho la pregunta, lo lamenté por el dolor que le relampagueó en los ojos.

—Mi padre... —Las garras brillaron cerca de la punta de los dedos, pero no las sacó más que eso. Definitivamente la pregunta era un error—. Mi padre era tan malo como el de Lucien. Peor. Mis dos hermanos mayores eran como él. Tenían esclavos..., todos ellos. Y mis hermanos... Yo era joven cuando se forjó el tratado, pero recuerdo que mis hermanos... —Dejó morir la voz—. Aquello me dejó marcado..., lo suficiente..., y por eso cuando te vi, en tu casa..., no pude..., no quise ser como ellos. No deseaba haceros daño a tu familia ni a ti, y no quería someterte a los deseos de los inmortales.

Esclavos..., había habido esclavos en ese mismo lugar. Yo no quería saberlo quinientos años más tarde; nunca había buscado rastros de ningún esclavo. Pero para la mayor parte del mundo de Primavera, para su mundo, yo seguía siendo casi una propiedad. Y por eso... por eso me había ofrecido la salida, por eso me había ofrecido la libertad de vivir donde yo quisiera en Prythian.

—Gracias —dije. Él se encogió de hombros, como si se esforzara por dejar de lado ese acto amable y el peso de la culpa que seguía siendo una carga para él—. ¿Y vuestra madre?

Tamlin aguantó la respiración durante un instante.

—Mi madre... amaba a mi padre con locura. Demasiado, pero se habían apareado, y... aunque ella se daba cuenta de que él era un tirano, no decía jamás una palabra en su contra. Yo no esperaba, no quería, el título de mi padre. Mis hermanos nunca me habrían dejado vivir hasta la adolescencia si hubieran sospechado lo

contrario. Así que apenas tuve edad suficiente, me uní al grupo de guerreros de mi padre y me entrené para servirlo a él o a cualquiera de mis dos hermanos, el que heredara el título. —Flexionó las manos, como si imaginara las garras debajo de la piel—. Desde muy joven me di cuenta de que pelear y matar eran las únicas dos cosas para las que era bueno.

—Eso lo dudo mucho —dije.

Él dejó escapar una sonrisa torcida.

—Ah, por supuesto que puedo tocar el violín más o menos mal, pero los hijos de los altos lores no se convierten en músicos itinerantes. Así que me entrené y peleé por mi padre contra cualquiera que él quisiera, y habría sido feliz si hubiera podido dejar las intrigas y las insidias para mis hermanos. Pero mi poder creció y creció y yo no fui capaz de esconderlo, no entre los nuestros. —Negó con la cabeza—. Por la razón que fuera o porque el Caldero me dio suerte, sobreviví. A mi madre la lloré. A los otros... —Sus hombros se tensaron—. Mis hermanos no habrían tratado de salvarme de un destino como el tuyo.

Levanté la vista hacia él. Un mundo tan brutal, tan duro..., familiares que se asesinaban unos a otros por el poder, por venganza, por desprecio o por afán de control. Tal vez la generosidad de Tamlin, su amabilidad, eran una reacción contra eso..., tal vez él me había visto y descubierto que mirarme era como mirarse a sí mismo en una especie de espejo.

—Lamento lo de vuestra madre —dije, y eso fue lo único que conseguí ofrecerle, lo único que él había podido ofrecerme a mí una vez. Me dedicó una breve sonrisa—. Así que de este modo os convertisteis en alto lord.

—La mayoría de los altos lores se entrenan desde que nacen en modales, leyes y guerras de la corte. Cuando recayó el título sobre mí, se trató de una... una transición muy ruda. Muchos de los cortesanos de mi padre se fueron a otras cortes para no tener que aguantar que les ladrara una bestia de guerra.

Una bestia medio salvaje, me había llamado Nesta una vez. Me costó mucho esfuerzo no cogerle la mano, no acercarme a él y decirle que lo entendía. Solamente dije:

—Entonces son idiotas. Vos habéis mantenido estas tierras protegidas de la plaga, cuando parece que a otros no les ha ido tan bien. Son idiotas —repetí.

Pero la oscuridad relampagueó en los ojos de Tamlin y dio la impresión de que se le encogían los hombros hacia dentro. Antes de que pudiera preguntar, salimos del bosquecillo y nos encontramos frente a un paisaje de colinas y pequeñas elevaciones. A bastante distancia había inmortales enmascarados que trabajaban, preparando lo que parecía una serie de hogueras todavía sin encender.

—¿Qué es eso? —pregunté haciendo un alto.

—Son fogatas, para Calanmai. Faltan dos días.

—¿Y para qué son?

—¿La Noche de los Fuegos?

Yo negué con la cabeza. No entendía.

—Nosotros, en los reinos humanos, no celebramos fiestas. No después de que vosotros os fuerais. En algunos lugares está prohibido. Ni siquiera recordamos los nombres de vuestros dioses. ¿Qué se celebra en Cala..., en la Noche de los Fuegos?

Él se frotó el cuello.

—No es más que una ceremonia de primavera. Encendemos fogatas y la magia que creamos nos ayuda a regenerar la tierra para un nuevo año.

—¿Y cómo se crea la magia?

—Hay un ritual. Pero es... es muy de inmortales. —Apretó la mandíbula y siguió caminando en dirección contraria a los que preparaban los fuegos—. Tal vez veas más inmortales que antes por los alrededores..., inmortales de esta corte y de otros territorios. Ellos también pueden cruzar las fronteras esa noche.

—Pensé que la plaga los habría asustado.

—Sí..., pero van a venir algunos. Lo único que tienes que hacer es mantenerte alejada de ellos. Vas a estar a salvo en la casa, pero si te encuentras con alguno antes de que encendamos los fuegos al atardecer, dentro de dos días, ignóralo.

—¿Y no estoy invitada a vuestra ceremonia?

—No. No. —Cerró las manos y después volvió a estirar los dedos una y otra vez, como si tratara de mantener las garras bajo control.

Aunque traté de disimular, se me contrajo un poco el pecho. Caminamos de vuelta en una especie de silencio tenso que no habíamos tenido durante semanas.

Tamlin se puso rígido apenas entramos en los jardines. No por mí o nuestra conversación incómoda... Había silencio y también esa horrible quietud que en general significaba que andaba cerca uno de los inmortales más desagradables. Mostró los dientes y gruñó en tono bajo.

—Mantente fuera de la vista y, oigas lo que oigas, no salgas. —Después se fue.

Sola, miré a los dos lados del sendero de grava, como una idiota con la boca abierta. Así, al descubierto, si había algo ahí, me atraparía con seguridad. Tal vez era una vergüenza que no fuera a ayudar a Tamlin, pero él era un alto lord. Sería solamente una molestia para él.

Me acababa de esconder detrás de un seto cuando oí a Tamlin y a Lucien que se acercaban. Maldije en voz baja y me quedé inmóvil. Tal vez podría deslizarme a través de los campos hacia el establo. Si algo andaba mal, los establos no solo me ofrecerían refugio, sino también un caballo para salir huyendo. Estaba por ir hacia los pastos más altos, más allá del borde de los jardines, cuando el rugido de Tamlin reverberó en el aire al otro lado del seto.

Me di la vuelta... justo lo suficiente para espiarlos a través de las hojas. «Mantente fuera de la vista», había dicho él. Si me movía ahora, sin duda me descubrirían.

—Ya sé qué día es hoy —dijo Tamlin, pero no a Lucien. Más bien los dos miraban... la nada. Miraban a alguien que no estaba allí. A alguien invisible. Habría pensado que me estaban gastando una broma si no hubiera oído una voz baja, sin cuerpo, que les contestaba.

—Tu comportamiento está despertando mucho interés en la corte —dijo la voz, profunda y sibilante. Temblé a pesar de la tibieza del día—. Ella empieza a preguntarse por qué no te das por vencido. Y por qué murieron cuatro naga no hace mucho.

—Tamlin no es como los otros tontos —ladró Lucien, los hombros echados hacia atrás, desafiante, más parecido a un guerrero de lo que yo lo hubiera visto nunca. Con razón tenía todas esas armas en su habitación—. Si ella esperaba cabezas inclinadas, es más estúpida de lo que creía.

La voz siseó y sentí que se me congelaba la sangre.

—¿Habláis tan mal de ella, que tiene vuestro destino en sus manos? Una palabra y podría destruir estas patéticas tierras. No le gustó nada cuando supo que habíais matado a sus guerreros. —La voz pareció volverse hacia Tamlin—. Pero como no pasó nada más, decidió ignorarlo.

Un gruñido salió de las profundidades de la garganta del alto lord, pero sus palabras eran tranquilas cuando dijo:

—Decidle que me estoy cansando de limpiar la basura que ella arroja dentro de mis fronteras.

La voz soltó una risita. Sonó como arena que cambia de lugar.

—Ella los suelta como regalos... y recordatorios de lo que va a pasar si os atrapa tratando de romper los términos de...

—Tamlin no rompe los términos —siseó Lucien—. Ahora, largo. Ya tenemos bastante con todos vosotros como enjambres de insectos en las fronteras..., no necesitamos que también ensuciéis nuestra casa. Y marchaos ya de la cueva. No es un camino cualquiera, no está hecha para que basuras como vosotros la atraveséis cada vez que os dé la gana.

Tamlin soltó un gruñido. Estaba de acuerdo.

La cosa invisible volvió a reírse, un sonido horrible, feroz.

—Aunque tengáis un corazón de piedra, Tamlin —dijo, y Tamlin se puso rígido—, hay miedo en él. —La voz se convirtió en una especie de canto—. No os preocupéis, alto lord. —Pronunció sarcásticamente el título nobiliario como si fuera un chiste—. Muy pronto todo va a estar tan bien como la lluvia.

—Ojalá ardáis en el infierno —contestó Lucien en lugar de Tamlin, y la cosa volvió a reír; después se oyó un ruido de alas de cuero desplegándose, un viento maloliente me golpeó la cara y todo quedó en silencio.

Un instante más tarde, Tamlin y Lucien respiraron profundamente. Yo cerré los ojos; también necesitaba respirar, respirar para calmarme, pero unas manos enormes me cogieron de los hombros y lancé un grito.

—Ya se ha ido —dijo Tamlin, y me soltó. Tuve que hacer un esfuerzo para no recostarme en el seto.

—¿Qué has oído? —quiso saber Lucien, que se acercaba cruzando los brazos sobre el pecho. Dirigí los ojos hacia Tamlin, pero lo encontré tan blanco de ira, ira contra esa cosa, que tuve que volver a mirar a Lucien.

—Nada..., nada que yo entendiera —respondí, y lo decía en serio. Nada tenía sentido. No conseguía dejar de temblar. Algo en esa voz me había arrancado todo el calor—. ¿Quién... qué era eso?

Tamlin empezó a caminar y las piedrecitas del sendero crujieron bajo sus botas.

—Hay ciertos inmortales que inspiraron las leyendas de las que vosotros, los humanos, tenéis tanto miedo. Algunos, como ese, son mitos encarnados.

Dentro de esa voz susurrante había oído los alaridos de víctimas humanas, la súplica de jóvenes muchachas a las que habían abierto en dos sobre altares de sacrificio. Y había oído menciones de cortes que aparentemente eran muy distintas de la de Tamlin... ¿Era esa la «ella» que había matado a los padres de Tamlin? Una alta lady, tal vez, en lugar de un alto lord. Si se tenía en cuenta la brutalidad de

los altos fae con sus propios familiares, seguramente para sus enemigos eran más que pesadillas. Y si iba a haber una guerra entre cortes, y si la plaga ya había debilitado tanto a Tamlin...

—Si el attor la ha visto... —dijo Lucien, y miró a su alrededor.

—No la ha visto —afirmó Tamlin.

—¿Estás seguro de que...?

—No la ha visto —gruñó por encima del hombro. Después me miró, la cara todavía pálida de furia, los labios tensos—. Nos veremos en la cena.

Entendí su reacción como una señal para que me retirara. Deseaba estar detrás de la puerta de mi dormitorio, cerrada con llave, así que volví a la casa, preguntándome quién sería esa «ella» para poner tan nerviosos a Lucien y a Tamlin y tener a esa cosa como mensajero.

La brisa de la primavera me susurró que no me convenía saberlo.



Capítulo 20

Después de una tensa cena en la que Tamlin casi no nos dirigió la palabra (ni a Lucien ni a mí), encendí todas las velas de mi habitación para dispersar las sombras.

Al día siguiente no salí, y cuando me senté a pintar, lo que me salió fue una criatura gris, alta, delgada como un esqueleto, con orejas de murciélago y enormes alas membranosas. Tenía abierto el hocico en un rugido y se le veían filas y más filas de dientes en el momento exacto en que saltaba hacia la lucha. Mientras la pintaba, habría jurado que le olía el aliento a carroña, que oía el aire detrás de esas alas susurrando promesas de muerte.

El producto final fue lo suficientemente terrorífico como para que tuviera que poner la tela al fondo de la habitación y me fuera a tratar de persuadir a Alis de que me dejara ayudarla con la preparación de la comida de la Noche de los Fuegos. Cualquier cosa para evitar salir al jardín, donde tal vez apareciera el attor.

Cuando terminó el día anterior a la Noche de los Fuegos, Calanmai, la había llamado Tamlin, yo no lo había visto a él ni a Lucien en ningún momento. A medida que la tarde fue convirtiéndose en crepúsculo, me descubrí otra vez en el lugar donde se cruzaban todos los pasillos de la casa. No vi a ninguno de los sirvientes con máscaras de pájaro. La cocina estaba vacía, no había ni personal ni nada de la comida que habían preparado antes.

Se oían tambores a lo lejos..., más allá del jardín, más allá del parque, en los bosques que se abrían después de todo eso. Era un ritmo profundo, un ritmo que llegaba a gran distancia. Un solo golpe al que respondían dos, como un eco. Llamadas.

Me quedé de pie junto a las puertas del jardín, mirando las tierras mientras el cielo se teñía de tonos naranja y rojo. A la distancia, sobre las colinas que descendían hacia los bosques, resplandecían unos pocos fuegos, y las columnas de humo negro manchaban el cielo de color rubí. Eran las hogueras que había visto preparar hacía dos días. «No estoy invitada», me recordé. No me invitaban a la fiesta que hacía que todos los inmortales de la cocina rieran y parlotearan unos con otros.

Los tambores sonaron con más rapidez, con más fuerza. Aunque me había acostumbrado ya al olor de la magia, me escoció la nariz con su perfume metálico, que llegaba con mayor fuerza que nunca. Di un paso adelante y me detuve en el umbral. Era mejor entrar de nuevo. Detrás de mí, la puesta de sol manchaba las baldosas blancas y negras del suelo del vestíbulo con un tono mandarina brillante, y mi sombra alargada parecía latir al ritmo de los tambores.

Hasta el jardín, que generalmente zumbaba con la orquesta de sus habitantes, se había callado para escuchar los tambores. Sentí una cuerda..., una cuerda atada a mis entrañas que me arrastraba hacia esas colinas, que me ordenaba acercarme, que me pedía que escuchara los tambores de los inmortales...

Tal vez lo habría hecho si en ese momento no hubiera aparecido Tamlin por el pasillo.

No llevaba camisa, tan solo la banda de cuero cruzada sobre el pecho musculoso. La empuñadura de la espada brillaba dorada bajo el sol que moría, y las colas de pluma de las flechas estaban manchadas de rojo sobre su poderoso hombro. Lo miré de arriba abajo y él me devolvió la mirada. La encarnación del guerrero.

—¿Adónde vais? —me las arreglé para decir.

—Es Calanmai —dijo él sin mostrar mucho entusiasmo—. Tengo que ir. —Señaló los fuegos y los tambores con el mentón.

—¿A...? —iba a preguntar mirando el arco que llevaba en la mano. Mi corazón semejaba el eco de los tambores que sonaban fuera, y el latido era cada vez más salvaje.

Sus ojos verdes parecían sombríos detrás de la máscara de bronce.

—Como alto lord, tengo que ser parte del Gran Rito.

—¿Qué es el Gran...?

—Vete a tu habitación —ladró él, y miró hacia los fuegos—. Cierra las puertas con llave, pon una trampa, esas cosas que siempre estás haciendo.

—¿Por qué? —exigí saber. La voz del attor se abrió paso como una serpiente en mi recuerdo. Tamlin había dicho algo sobre un ritual muy de inmortales... ¿Qué mierda significaba eso? A juzgar por las armas, con toda probabilidad era brutal y violento, especialmente si la forma de bestia de Tamlin no era arma suficiente.

—Haz lo que te digo. —Los colmillos empezaron a alargársele en la boca. Mi corazón se lanzó a un galope enloquecido—. Y no salgas hasta la mañana.

Los tambores sonaban cada vez con más fuerza; los músculos temblaron en el cuello de Tamlin, como si quedarse de pie en ese lugar fuera muy doloroso para él.

—¿Vais a una batalla? —susurré, y él soltó una risa y un jadeo. Levantó la mano como si fuera a tocarme el brazo. Pero lo dejó caer antes de que los dedos rozaran la tela de mi túnica.

—Quédate en tu habitación, Feyre.

—Pero yo...

—Por favor.

Y antes de que pudiera pedirle que pensara una vez más si no podía llevarme con él, se marchó. Se le tensaron los músculos de la espalda cuando bajó la corta escalera, y salió corriendo al llegar al jardín, tan rápido, tan fuerte como un ciervo. En segundos ya no estaba.

Hice lo que él me había ordenado, aunque me di cuenta muy pronto de que me había encerrado en la habitación sin haber cenado antes. Y con los tambores repiqueteando sin cesar y las docenas de hogueras que despertaban en las colinas lejanas, no conseguí dejar de caminar de un lado a otro de la habitación, mirando hacia los fuegos que ardían en la distancia.

«Quédate en tu habitación.»

Claro, pero había una voz salvaje, horrenda, que me susurraba algo completamente distinto entretejido con los golpes de tambor. «Ve —decía la voz, y me arrastraba—. Ve a ver.»

A las diez ya no pude aguantar más. Me fui en pos de los tambores. Los establos estaban vacíos, pero en las últimas semanas Tamlin me había enseñado a cabalgar sin silla, y pronto encontré a mi yegua blanca. No me hizo falta guiarla, ella también seguía la llamada de los tambores. Así subimos a la primera colina.

En el aire colgaban, espesos, el humo y el olor de la magia. Escondida dentro de mi capa con capucha vi cientos de altos fae, pero no discerní los rasgos de ninguno detrás de las máscaras que

usaban. ¿De dónde habían salido...? ¿Dónde vivían si pertenecían a la Corte Primavera y no estaban en la mansión? Cuando trataba de fijar la vista en un rasgo específico, la cara se convertía en una mancha de color. Eran mucho más sólidos cuando los miraba con el rabillo del ojo, pero si me daba la vuelta para observarlos de frente, solo encontraba sombras y remolinos de color.

Era magia..., algún tipo de hipnosis sobre mí, una hipnosis pensada para impedirme verlos con claridad, tal como habían hipnotizado a mi familia. Estaba furiosa, pensaba en volver a la mansión, pero los tambores repetían su eco dentro de mis huesos y la voz salvaje seguía llamándome.

Desmonté de la yegua, pero me mantuve cerca de ella mientras me abría paso en medio de la multitud, mis rasgos claramente humanos escondidos en las sombras de la capucha. Recé para que el humo y los olores incontables de los altos fae y los inmortales fueran suficientes para tapar mi olor a humana, al tiempo que constataba que mis dos cuchillos seguían conmigo mientras me movía hacia el centro de la celebración.

Al ritmo de un grupo de tamborileros que tocaban junto al fuego, los inmortales caminaban hacia un valle estrecho entre dos colinas cercanas. Dejé la yegua atada a un sicomoro solitario en la cima de un monte bajo y los seguí, saboreando el latido de los tambores que resonaba a través de la tierra y me subía por los pies. Nadie me había mirado con extrañeza.

Cuando entré en el valle, estuve a punto de resbalar en la ladera empinada. En un extremo, en el flanco de una colina, se abría la boca de una cueva. El exterior estaba adornado con flores, ramas y hojas, y distinguí el comienzo de un suelo cubierto de pieles en el interior. Lo que había dentro permanecía fuera de la vista, pero la luz del fuego danzaba en las paredes de la cueva.

Lo que ocurría dentro de la cueva o lo que iba a ocurrir, fuera lo que fuese, era el foco de la atención de todos los inmortales que se alineaban en las sombras a los lados del largo sendero que llevaba hasta ahí. Este zigzagueaba entre las hondonadas que separaban las

colinas, y los altos fae se movían constantemente en el lugar en que se encontraban, siguiendo el ritmo de los tambores cuyos golpes me retumbaban en el vientre.

Los miré balancearse a un lado y a otro, después cambié el peso del cuerpo de uno al otro pie.

¿Eso era lo que me habían prohibido contemplar? Miré el área iluminada por el fuego, tratando de distinguir algo a través del velo de la noche y el humo. No descubrí nada interesante y ninguno de los inmortales enmascarados me prestó atención. Se quedaron en el lugar donde estaban, a lo largo del sendero, y a medida que pasaban los minutos, había más y más de ellos. Fuera lo que fuese el Gran Rito, algo tenía que pasar; de eso no había duda alguna.

Me abrí paso hacia atrás, hacia la loma de la colina, y me quedé al borde de una hoguera, cerca de los árboles, mirando a los inmortales. A punto estuve de preguntarle a un inmortal menor que pasó en ese momento —un sirviente con máscara de pájaro, como Alis— qué tipo de ritual era el que iba a empezar, cuando alguien me tomó del brazo e hizo que me diera la vuelta.

Parpadeé frente a los tres desconocidos, paralizada delante de esas caras agudas, sin máscara. Parecían altos fae, pero había algo un poco diferente en ellos, más altos y más delgados que Lucien y Tamlin, algo más cruel en esos ojos sin profundidad, esos ojos absolutamente negros. Inmortales, sin duda.

El que me había tomado del brazo me sonrió desde arriba y vi los dientes puntiagudos.

—Mujer humana —murmuró, recorriéndome con los ojos de arriba abajo—. Hacía mucho que no veía a uno de vosotros.

Traté de liberar mi brazo, pero él me sujetaba el codo con firmeza.

—¿Qué queréis? —dije con la voz firme y fría.

Los otros dos inmortales me sonrieron, y uno me cogió del otro brazo justo cuando estaba a punto de sacar el cuchillo.

—Algo de diversión para la Noche de los Fuegos —dijo uno de ellos, y sacó una mano pálida, extremadamente larga, para deslizarme hacia atrás un mechón de cabello. Yo retorcí la cabeza para apartarme de esos dedos, pero él se mantuvo firme. No hubo reacción de ninguno de los inmortales que estaban cerca de la hoguera; nadie prestaba atención.

Si pedía auxilio, ¿acudiría alguien a ayudarme? ¿Tamlin? No volvería a tener tanta suerte; imaginaba que había gastado ya mi cuota de eso en el episodio con los naga.

Sacudí los brazos. La fuerza de los dos inmortales fue en aumento y me resultó imposible sacar los cuchillos. Los tres se me acercaron más y me separaron de los demás. Miré a mi alrededor, buscando un aliado. En ese momento vi solamente inmortales sin máscaras. Los tres que me retenían soltaron una risita, un siseo que me recorrió todo el cuerpo. No me había dado cuenta de lo lejos que estaba de los demás, de lo mucho que me había acercado al borde del bosque.

—Dejadme —dije, con más determinación y furia de la que había esperado, dado el temblor que me atenazaba las rodillas.

—Esas sí que son palabras valientes de una humana en Calanmai —afirmó el que me sujetaba el brazo izquierdo. Los fuegos no se reflejaban en sus ojos. Era como si esa mirada se tragara toda la luz. Pensé en los naga, cuyo aspecto horrible se correspondía con el corazón putrefacto que tenían en el interior. De alguna forma, estos inmortales hermosos, etéreos, eran todavía peores—. Cuando haya terminado el rito vamos a pasarlo bien, ¿eh? Una delicia..., qué delicia encontrar una mujer humana por aquí.

Les mostré los dientes.

—¡Soltadme! —grité, en un tono de voz lo suficientemente alto para que lo oyeran todos.

Uno de los tres me pasó la mano por el costado, los dedos huesudos me acariciaron las costillas, las caderas. Me sacudí y retrocedí, llevándome por delante al tercero, que deslizaba sus

largos dedos por mi pelo y se me acercaba cada vez más. Nadie miraba; nadie se daba cuenta.

—Basta —dije en medio de un jadeo, porque me estaban arrastrando hacia la primera línea de árboles, hacia la oscuridad. Los empujé y peleé; ellos se limitaron a sisear. Uno me dio un empujón y me tambaleé y pude soltarme. Iba a caerme y busqué los cuchillos, pero unas manos duras me tomaron por los hombros antes de que pudiera sacarlos, antes de que llegara al suelo.

Eran manos fuertes, tibias y anchas. No eran parecidas a los dedos huesudos que me habían explorado antes; los tres inmortales se habían quedado profundamente quietos y callados frente al que me había levantado y me ayudaba a ponerme de pie con amabilidad.

—Ahí estás. Te he estado buscando —dijo una voz masculina, profunda, sensual, que no había oído nunca antes. Pero yo tenía los ojos fijos en los tres inmortales y me preparaba para salir corriendo cuando quienquiera que fuera que tenía detrás, el que acababa de salvarme, se adelantó un poco y me pasó un brazo relajado sobre los hombros.

Los tres inmortales menores palidecieron, tenían los ojos negros muy abiertos.

—Gracias por encontrarla —dijo mi salvador con suavidad, educado—. Disfrutad del rito. —Las últimas palabras tenían la aspereza suficiente para poner muy tensos a los otros tres. Sin más comentarios, se alejaron de nuevo hacia las hogueras.

Di un paso para liberarme de los brazos de mi salvador y me di la vuelta para agradecérselo.

De pie frente a mí estaba el hombre más hermoso que había visto en mi vida.



Capítulo 21

En el desconocido todo irradiaba gracia, sensualidad y fluidez. Alto fae, sin duda. El pelo negro, corto, brillaba como las plumas de un cuervo, y destacaba su piel pálida y los ojos tan azules que parecían de color violeta, incluso bajo la luz del fuego. En ese momento brillaban divertidos, mirándome.

Durante un momento no dijimos nada. «Gracias» no parecía ser suficiente para lo que él había hecho por mí, pero algo en la forma en que permanecía ahí, de pie, perfectamente quieto, en la forma en que la noche parecía apretarse a su alrededor, me hizo dudar... y desear salir corriendo.

Él tampoco tenía máscara. De otra corte, entonces. Una media sonrisa le jugaba en los labios.

—¿Qué está haciendo una mujer mortal en la Noche de los Fuegos? —La voz era el ronroneo de un amante y me hizo temblar, porque me acarició todos los músculos, los huesos y los nervios.

Di un paso atrás.

—Me han traído mis amigos.

Los tambores estaban acelerando el tempo y llegando a un clímax que yo no comprendía. Hacía tanto que no veía una cara descubierta que pareciera vagamente humana... Su vestimenta —totalmente negra, refinada— le quedaba bien ajustada al cuerpo y no ocultaba en absoluto su perfección. Como si la noche misma lo hubiese moldeado.

—¿Y quiénes son tus amigos? —Me seguía sonriendo... Un predador que contempla su presa.

—Dos damas —mentí de nuevo.

—¿Nombres? —Se me acercó un poco mientras metía las manos en los bolsillos. Retrocedí un paso y mantuve la boca cerrada. ¿Acababa de cambiar a tres monstruos por algo peor?

Cuando se hizo evidente que no iba a contestarle, soltó una risita.

—De nada —dijo él—. Por salvarte.

Sentí su arrogancia y retrocedí otro paso. Ya estaba más cerca de la hoguera, del valle bajo en el que se reunían los inmortales, tanto que tal vez podría llegar hasta allí si corría. Y tal vez entonces alguien me ayudaría..., tal vez Lucien o Alis estaban por allí.

—Es raro que una mortal sea amiga de dos inmortales —musitó él, y empezó a dar vueltas a mi alrededor. Habría jurado que detrás de él se veía una estela de dedos de noche besada por estrellas—. ¿No sentían terror los humanos cuando nos veían? Y en realidad, ¿no se supone que vosotros deberíais quedaros al otro lado del muro?

Su presencia me hacía sentir terror, claro, pero no pensaba decírselo.

—Las conozco de toda la vida. Nunca tuve nada que temer de ellas.

Él dejó de caminar. Y se quedó justo entre la hoguera y yo... y mi ruta de escape.

—Y sin embargo te han traído al Gran Rito y te han abandonado aquí.

—Se han ido a buscar algo para comer —dije, y su sonrisa se ensanchó. Mi respuesta acababa de dejarme al descubierto, aunque no sabía por qué. Había visto a los sirvientes llevando comida, pero tal vez..., tal vez la comida no estaba en los alrededores.

Él sonrió un segundo más. Nunca había visto a alguien tan hermoso... y nunca había sentido tantas señales de advertencia en mi cabeza por esa razón.

—Lamento decirte que la comida está muy muy lejos —dijo él acercándose más—. Tal vez tarden mucho en volver. ¿Puedo escoltarte a alguna parte mientras tanto? —Sacó una mano del bolsillo y me ofreció el brazo.

Había hecho huir a los otros inmortales sin levantar un dedo.

—No —respondí con la lengua pesada, pastosa.

Él movió la mano hacia los tambores.

—Disfruta del rito, entonces. Y trata de no meterte en problemas. —Los ojos le brillaron de una forma que sugería que no meterse en problemas significaba quedarse lejos, bien lejos de él.

Aunque tal vez era el mayor de los riesgos que hubiera asumido alguna vez, no pude mantenerme callada:

—Así que no sois de la Corte Primavera, ¿verdad?

Él se volvió hacia mí, cada uno de sus movimientos era exquisito y parecía lleno de poder letal. No retrocedí mientras me mostraba su sonrisa perezosa.

—¿Parezco alguien de la Corte Primavera? —Sus palabras estaban teñidas de una arrogancia solo posible en un inmortal. Él se rio entre dientes—. No, no soy parte de la noble Corte Primavera. Y me alegro mucho de eso. —Se señaló la cara con un dedo, como haciéndome ver que no llevaba máscara.

Debería haberme alejado, debería haber cerrado la boca.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí?

Los ojos notables del inmortal parecieron llenarse de brillo..., suficiente filo letal para que yo retrocediera un paso.

—Porque todos los monstruos están fuera de sus jaulas esta noche, no importa a qué corte pertenezcan. Por lo que tengo permiso para vagar por donde quiera hasta que salga el sol.

Más enigmas, más preguntas que necesitaban respuesta. Pero ya había tenido suficiente, especialmente ahora que su sonrisa se volvió fría y cruel.

—Disfrutad del rito —repetí con el tono más desenfadado que conseguí. Y me fui, lo más rápido que pude, hacia la hondonada, consciente del hecho de que le estaba dando la espalda. Qué alivio poder perderme en la multitud que se reunía en el sendero que iba hacia la cueva esperando ver los preparativos.

Cuando dejé de temblar, miré las caras reunidas a mi alrededor. La mayoría llevaba máscara, pero había algunos, como ese desconocido letal y los tres horribles inmortales, que no tenían nada sobre el rostro: eran inmortales sin ningún lugar de origen o pertenecían a otras cortes. No sabía diferenciar esos dos grupos. Mientras miraba la multitud, puse los ojos en los de un inmortal enmascarado al otro lado del sendero. Un ojo era púrpura y brillaba con tanta intensidad como su pelo rojo. El otro era de... sí, de metal. Parpadeé en el mismo momento que él y entonces sus ojos se ensancharon. Desapareció en la nada y un segundo después alguien me tomó del hombro y me arrancó de la multitud.

—¡¿Has perdido la cabeza?! —me gritó Lucien por encima del estruendo de los tambores. Tenía la cara pálida como la de un fantasma—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ninguno de los inmortales se fijaba en nosotros..., todos miraban con concentración hacia el sendero, lejos de la cueva.

—Quería... —empecé a decir, pero Lucien soltó una violenta maldición.

—¡Estúpida! —aulló. Después echó una mirada tras él, hacia el lugar al que miraban los otros inmortales—. Humana estúpida. Inútil. —Y sin decir nada más me colocó sobre su hombro como si fuera un

saco de patatas.

A pesar de que me retorcía encima de él, a pesar de mis gritos de protesta, a pesar de que le exigí que me llevara hasta el caballo, él se mantuvo firme, y cuando levanté la vista me di cuenta de que Lucien corría..., corría a toda velocidad. A mayor velocidad que cualquier cosa que hubiera visto moverse. Me hizo sentir tantas náuseas que cerré los ojos. Él no se detuvo hasta que el aire fue más fresco y apacible y el ruido de los tambores quedó muy lejos.

Me dejó caer en el suelo del vestíbulo de la mansión, y cuando me levanté y dejé de tambalearme descubrí que él tenía la cara tan pálida como antes.

—¡Estúpida mortal! —ladró—. ¿No te ha dicho Tamlin que te quedases en tu habitación? —Lucien miró por encima de su hombro, hacia las colinas, donde los tambores sonaban con tanta rapidez y tanta fuerza que parecía una tormenta de verano.

—Eso no ha sido algo...

—¡Ni siquiera era la ceremonia! —Y solamente entonces vi el sudor en su cara y el brillo de pánico en los ojos—. Por el Caldero, si Tam te llega a encontrar allí...

—¡¿Qué?! —dije, gritando también. Odiaba sentirme como una niña desobediente.

—Es el Gran Rito, ¡que me lleve el Caldero! ¿Nadie te ha contado lo que es? —Mi silencio fue respuesta suficiente. Casi podía ver los tambores que le latían en la piel, llamándolo a reunirse con la multitud—. La Noche de los Fuegos señala el comienzo oficial de la primavera... en Prythian y entre los mortales —dijo Lucien. Aunque sus palabras parecían calmadas, mostraban un leve temblor. Me recosté contra la pared del pasillo, obligándome a parecer tranquila, aunque no me sentía así—. Aquí, nuestras cosechas dependen de la magia que regeneramos en el Calanmai..., esta noche.

Me metí las manos en los bolsillos de los pantalones. Tamlin había dicho algo parecido hacía dos días. Lucien tembló como si se quitara de encima algo invisible.

—Lo hacemos mediante el Gran Rito. Cada uno de los altos lores de Prythian lo hace todos los años porque su magia proviene de la tierra y vuelve a ella al final.... Es un intercambio.

—Pero ¿qué es lo que hacen? —pregunté, y él chasqueó la lengua.

—Esta noche, Tamlin va a permitir que una magia grande y terrible le entre en el cuerpo —respondió Lucien, mirando los fuegos distantes—. La magia va a dominarlo completamente, en cuerpo y alma, y lo va a convertir en el Cazador. Lo va a llenar con un único propósito: encontrar a la Doncella. De esa unión va a salir la magia y va a pasar a la tierra, a regenerar la vida durante el año que empieza.

Una oleada de calor me subió a la cara y luché contra un impulso terrible que me exigía que me retorciera las manos.

—Esta noche, Tamlin no va a ser el inmortal que tú conoces —dijo Lucien—. Esta noche no va a recordar ni su propio nombre. La magia se va a tragar todo lo que hay en él excepto esa única orden..., esa necesidad.

—¿Quién... quién es la Doncella? —conseguí decir.

Lucien resopló.

—Nadie lo sabe hasta que llega el momento. Después de que Tam cace al ciervo blanco y lo mate en sacrificio, va a acudir a esa cueva sagrada, donde encontrará un sendero bordeado de hembras inmortales que esperan que él las elija como pareja esta noche.

—¿Qué? —Lucien se rio.

—Sí..., todas las inmortales femeninas que has visto eran hembras para que Tamlin eligiera. Es un honor, y los que eligen son sus instintos.

—Pero vos estabais ahí..., y también otros inmortales masculinos. —Tanto me ardía la cara que empecé a sudar. Esa era la razón por la que esos tres inmortales horribles estaban ahí..., como si pensaran que, a juzgar por mi presencia en el lugar, yo sería feliz si formaba parte de sus planes de diversión.

—Ah. —Lucien volvió a reírse—. Bueno, Tam no es el único que va a realizar el rito esta noche. Una vez que él elija, podemos unirnos nosotros también. Aunque no es el Gran Rito, nuestros juegos también van a ayudar a estas tierras. —Se volvió a sacar de encima esa mano invisible por segunda vez y sus ojos cayeron sobre las colinas lejanas—. Tienes suerte de que te haya encontrado yo —dijo—. Porque él te habría olido y te habría reclamado, pero no habría sido Tamlin el que te llevara a esa cueva. —Sus ojos se encontraron con los míos y sentí un escalofrío—. Y no pienses que te hubiera gustado. Esta noche no es para hacer el amor.

Yo me tragué las náuseas.

—Tengo que irme —dijo Lucien mirando a las colinas—. Necesito volver antes de que él llegue a la cueva, para tratar de controlarlo cuando te huela y no te encuentre entre la multitud.

Se me revolvió el estómago... La idea de Tamlin como mi violador, esa magia capaz de arrancar de uno todo sentido del yo, de la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto. Pero oír eso..., saber que una parte salvaje de él me deseaba a mí... Me costaba respirar.

—Quédate en tu habitación, Feyre —dijo Lucien mientras se dirigía hacia las puertas del jardín—. No importa quién llame a la puerta. Mantenla cerrada. No salgas hasta que llegue la mañana.

En algún momento llegué a dormitar sentada frente a mi cómoda. Me desperté tan pronto como dejaron de sonar los tambores. Un silencio escalofriante llenó la casa y se me erizó el vello de los brazos cuando la magia pasó en oleadas junto a mí.

Aunque traté de no hacerlo, pensé en la fuente probable de esa magia y me sonrojé mientras se me encogía el pecho. Miré la hora. Eran más de las dos de la madrugada.

Bueno, él se había tomado su tiempo para el ritual, sin duda, lo cual significaba que la chica seguramente era hermosa y encantadora y había llamado a sus instintos.

Me pregunté si ella se habría alegrado de ser la elegida. Suponía que sí. Sin duda había ido a la colina por voluntad propia. Y después de todo, Tamlin era un alto fae y era un gran honor ser su pareja. Y Tamlin era muy atractivo, eso pensaba yo. Terriblemente atractivo. Aunque no podía verle la parte superior de la cara, sí veía sus ojos hermosos y su boca llena. Y el cuerpo, el cuerpo era... era... Hice un ruido con los labios y me puse de pie.

Miré la puerta y la trampa que había plantado frente a ella. Qué absurdo, qué absurdo..., como si esos pedazos de cuerda y madera pudieran protegerme de los demonios de la tierra de Tamlin.

Necesitaba hacer algo con las manos, y por eso desmonté el lazo. Después destrabé la puerta y salí al pasillo. Qué fiesta tan ridícula. Absurda. Era bueno que los humanos hubieran dejado de lado esos festejos.

Fui hasta la cocina vacía, me tragué media hogaza de pan, una manzana, una porción de tarta de limón. Mordisqueaba una galleta de chocolate mientras caminaba hacia mi pequeño estudio de pintura. Necesitaba sacarme de la mente algunas de las imágenes furiosas que la poblaban, aunque tuviera que pintar a la luz de las velas.

Iba a girar por el pasillo cuando apareció frente a mí una figura masculina muy alta. La luz de la luna que entraba por la ventana abierta daba un resplandor argénteo a la máscara y brillaba con fuerza sobre el pelo rubio, suelto y coronado de hojas de laurel.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó Tamlin. La voz no parecía del todo de este mundo.

Contuve un escalofrío.

—Tenía un poco de hambre —dije, y de pronto, mientras me acercaba a él, me sentí extremadamente consciente de todos mis movimientos, de mi respiración.

El pecho desnudo de Tamlin mostraba unos remolinos de pintura azul oscura que delataban los lugares donde lo habían tocado. Traté de obviar que los manoseos bajaban más allá de su abdomen musculoso.

Estaba a punto de pasar a su lado cuando él me atrapó, con tanta rapidez que no vi nada hasta que me retuvo contra una pared. Se me cayó la galleta en el momento en que me cogió de las muñecas.

—Te he olido —jadeó. El pecho pintado subía y bajaba muy cerca del mío—. Te he buscado y no estabas ahí.

Olía a magia. Cuando miré dentro de sus ojos vi restos de poder en ellos. Ninguna amabilidad, nada del humor ácido y las conversaciones amistosas. El Tamlin que yo conocía ya no estaba allí.

—Suéltame —dije tutéandolo, con la voz más firme que conseguí poner, pero las garras me sostenían con firmeza y se hundían en la madera detrás de mis manos. Todavía inundado de magia, parecía medio salvaje en ese momento.

—Me vuelves loco —gruñó, y el sonido me golpeó en el cuello y sobre los pechos hasta que me dolieron—. Te he buscado y no estabas ahí. Cuando no te he encontrado —dijo, acercando la cara a la mía hasta que compartimos el mismo aire—, la magia me ha hecho elegir a otra.

Yo no podía escapar. Y no estaba totalmente segura de querer hacerlo.

—Me ha pedido que no fuera amable con ella —se burló, los dientes brillantes bajo la luz de la luna. Acercó los labios a mi oído—. Contigo lo habría sido. —Temblé mientras cerraba los ojos. Se me tensó todo el cuerpo cuando esas palabras lo atravesaron como un eco—. Habría hecho que gimieras mi nombre todo el tiempo. Y me habría tomado mucho mucho tiempo para hacerlo, Feyre. —Dijo mi nombre como una caricia, y su aliento caliente me hizo cosquillas en la oreja. Se me arqueó la espalda.

Me soltó las muñecas y se me aflojaron las rodillas. Me aferré a la pared para no caer al suelo, para no tener que aferrarme a él..., para no golpearlo o acariciarlo, no estaba segura de cuál de las dos cosas. Abrí los ojos. Él seguía sonriendo, sonriendo como un animal.

—¿Por qué voy a querer lo que ya es de otra? —dije, y empecé a empujarlo. Él me tomó la mano de nuevo y me mordió el cuello.

Grité cuando sus dientes se me hundieron en el lugar donde el cuello se encuentra con el hombro. No conseguía moverme, no conseguía pensar, y mi mundo se redujo a la sensación de esos labios y esos dientes contra la piel. No me desgarró, más bien mordía para mantenerme en mi lugar. La fuerza de su cuerpo contra el mío, lo duro y lo blando, me hacían verlo todo de color rojo, me hacían ver relámpagos, me hacían frotar las caderas contra las suyas. Hubiera debido odiarlo, odiarlo por ese ritual estúpido, por la hembra con la que había estado esa noche... El mordisco se hizo más suave y con la lengua acarició las marcas que habían dejado los dientes. Tamlin no se movió, se quedó exactamente en el mismo lugar, besándome el cuello. Un beso intenso, terrible, territorial. El calor me latía entre las piernas, y en cuanto él apretó el cuerpo contra mí, contra todos los puntos que me dolían, se me escapó un gemido.

Se apartó de mí con violencia. El aire era frío, afilado contra la piel al descubierto, y jadeé cuando me clavó la mirada.

—Nunca vuelvas a desobedecerme —dijo. Su voz era un ronroneo profundo que rebotó dentro de mí, despertándolo todo y acunándolo, haciéndolo cómplice.

Después volví a pensar en las palabras que me había dicho y me enderecé. Me sonrió de esa forma salvaje y entonces lo abofeteé.

—No me digas qué puedo o no hacer —repliqué jadeando; la palma de la mano me dolía—. Y no me muerdas como una bestia rabiosa.

Soltó una risita amarga. La luz de la luna convirtió sus ojos en el color de las hojas de los árboles a la sombra. Pero... yo deseaba la dureza de ese cuerpo apretada contra mí; deseaba esa boca y esos dientes y esa lengua sobre mi piel desnuda, sobre mis pechos, entre mis piernas. En todas partes..., lo deseaba en todas partes. Me estaba ahogando en esa necesidad.

Su nariz se movió en el aire cuando me olió, y olió cada pensamiento ardiente, rabioso, que me latía en el cuerpo, en los sentidos. El aliento salió de su cuerpo en un suspiro enorme.

Gruñó una vez, un sonido bajo y frustrado, horrible, antes de alejarse dando grandes pasos hacia la oscuridad.



Capítulo 22

Me desperté cuando el sol estaba muy alto en el cielo, después de retorcerme y dar vueltas toda la noche, llena de dolor.

Los sirvientes dormían tras la noche de celebración, así que tomé un baño largo, tranquilo. Traté de olvidar la sensación de los labios de Tamlin en el cuello. Tenía un moretón enorme donde él me había mordido. Después de bañarme, me vestí y me senté frente al espejo para hacerme unas trenzas.

Abrí los cajones de la cómoda buscando una chalina o algo para cubrir la piel amoratada que asomaba por encima de la túnica azul, pero después me detuve bruscamente y me miré al espejo. Él había

actuado como un bruto y un salvaje, y si esa mañana había vuelto a dejarse llevar por su sentido común, ver lo que había hecho sería un pequeño castigo.

Suspiré, desabotoné el cuello de la túnica y me acomodé algunos mechones de mi pelo rubio castaño detrás de las orejas para que no ocultaran el moretón. Había cruzado un límite, estaba más allá de cualquier deseo de esconderme.

Canturreando para mí misma y balanceando los brazos, bajé por la escalera y seguí los olores hasta el comedor, donde sabía que se servía el almuerzo para Tamlin y Lucien. Cuando abrí las puertas con un gesto brusco, los descubrí despatarrados sobre la silla. Podría haber jurado que Lucien se había dormido con el tenedor en la mano.

—Buenas tardes —saludé con alegría, dedicando una sonrisa artificial al alto lord.

Él parpadeó, mirándome, y los dos inmortales murmuraron unos saludos mientras me sentaba frente a Lucien y no frente a Tamlin, como hacía siempre.

Bebí un largo trago de mi copa de agua y después me serví comida en el plato. Saboreé el tenso silencio cuando terminaba de comer lo que tenía frente a mí.

—Pareces... recuperada —dijo Lucien echando una mirada a Tamlin. Yo me encogí de hombros—. ¿Has dormido bien?

—Como un bebé. —Le sonreí y tomé otro bocado, y sentí que los ojos de Lucien viajaban de forma inexorable hacia mi cuello.

—¿Qué es ese golpe? —quiso saber. Yo señalé a Tamlin con el tenedor.

—Preguntádselo a él. Él me lo hizo.

La mirada de Lucien pasó de Tamlin a mí y después volvió a hacerlo en sentido inverso.

—¿Por qué le hiciste un moretón en el cuello a Feyre? —preguntó con un tono verdaderamente divertido.

—La mordí —dijo Tamlin sin dejar de cortar la carne—. Nos encontramos en el pasillo después del rito.

Me enderecé en la silla.

—Diría que esta humana tiene el deseo de morir —dijo él mientras seguía cortando. Las garras estaban escondidas, pero le tensaban la piel sobre los nudillos. Se me cerró la garganta. Ah, qué furioso estaba..., furioso por mi estupidez, porque yo había abandonado mi habitación, y sin embargo se las arreglaba para mantener la rabia contenida, bien contenida—. Si Feyre no consigue obedecer las órdenes que le doy, no soy responsable de las consecuencias.

—¿Responsable? —estallé yo, poniendo las manos sobre la mesa—. ¡Me acorralaste en el pasillo como haría un lobo con un conejo!

Lucien puso un codo sobre la mesa y se cubrió la boca con la mano; tenía el ojo púrpura muy brillante.

—Aunque tal vez no haya sido yo. Lucien y yo, los dos, te dijimos que te quedaras en tu habitación —dijo Tamlin con tanta calma que tuve ganas de tirarme del pelo.

No pude evitarlo. Ni siquiera traté de luchar contra la furia roja que me dominaba los sentidos.

—¡Eres un cerdo, inmortal! —grité, y Lucien aulló y casi se cayó de la silla. Cuando vi la sonrisa y oí el gruñido de Tamlin, me fui de la habitación.

Me llevó un par de horas pintar retratitos de Tamlin y Lucien con rasgos de cerdo. Pero cuando terminé el último —«Dos cerdos inmortales que se revuelcan en su propia mierda», iba a ser el título —, sonreí en la luz clara, brillante, de mi estudio privado. El Tamlin que yo conocía estaba de vuelta.

Y eso me hacía... feliz.

Nos pedimos disculpas a la hora de la cena.

Él me trajo un ramo de rosas blancas de la rosaleda de sus padres, y aunque yo traté de mostrar cierta indiferencia, cuando volví a la habitación me aseguré de que Alis las cuidara bien. Ella se

limitó a asentir, tensa, con la cabeza ladeada, antes de prometerme que las pondría en el estudio. Y me dormí con una sonrisa en los labios.

Por primera vez en mucho mucho tiempo, dormí en paz.

—No sé si alegrarme o preocuparme —dijo Alis a la noche siguiente mientras me deslizaba sobre los brazos la enagua dorada que iba debajo de la túnica.

Sonreí un poquito, maravillándome por las intrincadas puntillas metálicas que me colgaban de los brazos y el torso como una segunda piel, antes de caer, sueltas, hasta la alfombra.

—Es un vestido, nada más —dije, y levanté los brazos de nuevo mientras ella me traía la túnica turquesa que me pondría por encima. Era muy fina, lo suficiente para que se viera el oro brillante por debajo. Era leve y airosa, llena de movimiento, como si flotara sobre una corriente invisible.

Alis soltó una risita como para sí misma y me guio hasta el espejo de la cómoda, donde se puso a trabajar un rato en el peinado. No tuve el valor de mirarme mientras ella daba vueltas a mi alrededor.

—¿Eso quiere decir que vais a usar vestidos de ahora en adelante? —preguntó ella mientras separaba mechones de mi pelo para las maravillas que le estaba haciendo, fueran las que fuesen.

—No —respondí con rapidez—. Quiero decir... de día me voy a poner lo de siempre, pero pensé que estaría bien si... pruebo uno por lo menos esta noche.

—Ya veo. Suerte que no estáis perdiendo del todo vuestro sentido común.

Torcí la boca hacia un costado.

—¿Quién te enseñó a peinar así?

—Mi hermana..., y mi madre, y su madre antes que ella.

—¿Siempre has vivido en la Corte Primavera?

—No —respondió, y me recogió el pelo con sutileza—. No, éramos de la Corte Verano, en realidad..., y ahí siguen viviendo los míos.

—¿Y cómo terminaste aquí?

Alis me miró a los ojos en el espejo, con los labios como una línea tensa.

—Decidí venir aquí..., y los míos creyeron que estaba loca. Pero habían matado a mi hermana y a su pareja, y en cuanto a los hijos... —Tosió como si se ahogara con las palabras—. Vine aquí para hacer lo que pudiera. —Me dio una palmada en el hombro—. Mirad.

Y entonces me atreví a mirar mi reflejo en el espejo.

Salí de la habitación a toda velocidad para no perder el valor.

Cuando bajé al comedor, tuve que mantener las manos cerradas a los costados para no ensuciar con el sudor de las palmas las faldas del vestido. Pensé de inmediato en volver arriba corriendo y ponerme pantalones y una túnica. Pero sabía que ya me habían oído, o tal vez olido o detectado mi presencia con esos sentidos tan sensibles que tenían, fueran los que fuesen; y como una huida solo empeoraría las cosas, encontré la fuerza suficiente para empujar la puerta doble.

La charla que estaban teniendo Tamlin y Lucien, fuera la que fuese, se detuvo en seco, y traté de no mirar los ojos abiertos como platos en las caras de los dos mientras caminaba hasta mi lugar de siempre, en el extremo de la mesa.

—Bueno, debo irme ya o llegaré tarde para algo terriblemente importante —dijo Lucien, y antes de que yo pudiera llamarlo y decirle que eso era una mentira obvia o rogarle que se quedara, el inmortal con máscara de zorro desapareció en el pasillo.

Sentí todo el peso de la atención concentrada que Tamlin ponía en mí..., en cada inspiración, en cada movimiento que yo hacía. Estudié los candelabros sobre la repisa junto a la mesa. No tenía

nada que decir que no fuera absurdo, y sin embargo, por alguna razón, mis labios decidieron moverse.

—Estás tan lejos. —Hice un gesto como abarcando el largo de la mesa que nos separaba—. Es como si estuvieras en otra habitación.

Una gran parte de la mesa desapareció y Tamlin quedó a menos de dos metros de mí, sentados a una mesa infinitamente más íntima. Jadeé y casi me caí de la silla. Él se rio cuando me quedé mirando aquel sorprendente cambio.

—¿Mejor así? —preguntó.

Ignoré el olor metálico de la magia y dije:

—¿Cómo... cómo se hace eso? ¿Adónde ha ido a parar la mesa?

Él inclinó la cabeza.

—Está entre nosotros. Piénsalo, como un armario para las escobas ubicado entre nuestros mundos. —Flexionó las manos e hizo girar el cuello, como si intentara aliviar un dolor.

—¿Cansa? —El sudor parecía brotarle del cuello.

Dejó de flexionar las manos y apoyó las palmas sobre la mesa.

—En otro tiempo era tan fácil como respirar. Pero ahora..., ahora requiere concentración.

Por la plaga de Prythian; por todo lo que pesaba sobre él.

—Podrías haberte levantado y sentado más cerca, con eso bastaba —dije.

Tamlin me miró con una sonrisa perezosa.

—¿Y perderme la oportunidad de alardear frente a una mujer hermosa? Nunca. —Sonreí mirando mi plato—. Es que estás realmente preciosa —insistió él con calma—. Lo digo en serio —agregó cuando hice una mueca con la boca—. ¿Te has mirado en el espejo?

Aunque el moretón todavía me afeaba el cuello, era cierto que tenía buen aspecto. Femenino. No hubiera llegado al extremo de llamarme una belleza, pero... no me había parecido horrible. Unos meses en ese lugar habían hecho maravillas: me habían cambiado

los rasgos afilados, desagradables, de la cara. Me atrevería a decir que también me había subido cierto tipo de luz a los ojos..., mis ojos, no los de mamá, no los de Nesta. Los míos.

—Gracias —respondí, y me sentí agradecida por no tener que decir ninguna otra cosa mientras él me servía y después se servía a sí mismo. Cuando tuve el estómago lleno, me atreví a volver a mirarlo, a mirarlo pausadamente.

Tamlin se reclinó hacia atrás en la silla, pero sus hombros estaban tensos, su boca era una línea estrecha. Hacía días que no había tenido que acudir a la frontera; no había vuelto agotado y cubierto de sangre desde la Noche de los Fuegos. Y sin embargo... había llorado por el inmortal sin nombre de la Corte Verano, el de las alas arrancadas. ¿Qué dolor, qué peso soportaba por los que había perdido en el conflicto, fueran quienes fuesen los que habían muerto en la plaga o en los ataques en las fronteras? Alto lord, un puesto que no había querido ni esperado... y que, sin embargo, se había visto obligado a acarrear el peso que iba con él de la mejor manera posible.

—Ven —dije, y me levanté de la silla y le cogí la mano. Los callos de su palma rozaron los míos, pero los dedos se le tensaron cuando levantó la vista y me miró—. Tengo algo para ti.

—Para mí —repitió él con cuidado mientras se levantaba. Lo saqué del comedor. Cuando le iba a soltar la mano, él no liberó la mía. Eso fue suficiente para que yo caminara muy deprisa, como si pudiera correr más que mi corazón desatado por la mera presencia de ese inmortal a mi lado. Lo llevé pasillo tras pasillo hasta que llegamos a mi pequeño estudio de pintura, y entonces, por último, me soltó la mano mientras yo buscaba la llave. El aire frío me mordió la piel cuando ya no tuve el calor de la suya envolviéndome.

—Sabía que le habías pedido una llave a Alis, pero no pensé que realmente cerraras la puerta con ella —dijo a mi espalda.

Lo miré con intensidad por encima del hombro mientras empujaba la puerta.

—Todo el mundo espía en esta casa. Yo no quería que tú o Lucien entraseis aquí hasta que yo estuviese lista.

Di un paso en la habitación oscura y me aclaré la garganta, una petición sin palabras para que él encendiera las velas. Le llevó más tiempo que antes, y me pregunté si acortar la mesa lo había agotado más de lo que demostraba. El suriel había dicho que los altos lores eran el poder, así que... algo tenía que estar verdadera y terriblemente mal si le costaba tanto recuperarse. La estancia se iluminó de forma gradual, aparté de mi mente esa preocupación y seguí adelante por la habitación. Respiré hondo e hice un gesto hacia el caballete y la pintura que había colocado ahí. Esperaba que él no viera las que había apoyado contra las paredes.

Giró sobre sus pies, mirando a su alrededor.

—Sé que son raras —le advertí, con las palmas de mis manos de nuevo sudorosas. Me las puse detrás de la espalda—. Y sé que no se acercan siquiera..., que no son tan buenas como las que tienes en la galería, pero... —Me acerqué a la pintura que estaba sobre el caballete. Era una impresión, no una copia de la realidad—. Quería que vieras esta —dije, y señalé la mancha de verde, oro, plata y azul —. Es para ti. Un regalo. Por todo lo que hiciste.

El calor me subió a las mejillas, el cuello, las orejas, mientras él se acercaba en silencio al lienzo.

—Es el bosque..., con la laguna de luz de las estrellas —expliqué con rapidez.

—Sé lo que es —murmuró él, estudiando la pintura. Retrocedí un paso, incapaz de tolerar la tensión que significaba verlo mirándola, deseando no haberlo llevado, culpando al vino que había tomado en la cena, al estúpido vestido. Él la examinó durante una eternidad, después puso los ojos en la primera pintura que estaba contra la pared.

Se me encogió el estómago. Un paisaje perezoso de nieve y árboles como esqueletos y nada más. Para cualquiera que no fuera yo, era... era la nada, suponía. Abrí la boca para explicárselo,

deseando haber dado la vuelta a los cuadros hacia la pared, pero él empezó a hablar.

—Ese era tu bosque. Donde cazabas. —Se acercó al lienzo mirando el frío deprimente, vacío, el blanco y el gris, el marrón y el negro.

»Esa era tu vida —afirmó él.

Yo me sentía demasiado mortificada, demasiado asombrada para contestar. Caminó hasta la pintura siguiente en la pared. Oscuridad y marrón denso, pecas de rubí y naranja que se apretaban sobre él.

—Tu choza de noche.

Traté de moverme, de decirle que dejara de mirar esas y mirara las otras que había preparado, pero no pude..., no podía siquiera respirar con facilidad mientras él miraba y seguía mirando. La siguiente pintura: una mano masculina, ruda, tostada, convertida en puño sobre el heno, las briznas pálidas, entrelazadas con mechones marrones y dorados..., mi cabello. Se me revolvió el estómago.

—El hombre que veías... en la aldea. —Inclinó la cabeza de nuevo y estudió el cuadro y dejó escapar un gruñido bajo—. Mientras hacíais el amor. —Dio un paso atrás y miró la hilera de pinturas—. Esta es la única que tiene algo de brillo.

¿Eran... celos?

—Era el único alivio que yo tenía. —La verdad, no pensaba disculparme por Isaac. No cuando Tamlin acababa de llevar a cabo el Gran Rito. No lo recriminaba por eso, pero si él pensaba sentir celos de Isaac...

Seguramente Tamlin se dio cuenta, porque contuvo la respiración una vez y después soltó un suspiro largo, controlado, antes de moverse hacia el cuadro siguiente. Altas sombras de hombres, gotas rojas que les caían de los puños, de los mazos de madera, hombres que se mostraban amenazantes y llenaban los bordes de la pintura mientras se inclinaban sobre la figura encogida en el suelo, la figura cubierta de sangre, la pierna doblada en un ángulo imposible.

Tamlin soltó una maldición.

—Estabas ahí cuando le destrozaron la pierna a tu padre.

—Alguien tenía que pedirles piedad.

Tamlin dirigió la mirada en mi dirección, la mirada de alguien que entiende, y se volvió para mirar el resto de las pinturas. Ahí estaban todas las heridas que había estado lamiéndome poco a poco en esos últimos meses. Parpadeé. Unos pocos meses. ¿Acaso mi familia creía que iba a quedarme para siempre con esa tía que supuestamente se estaba muriendo?

Por último, Tamlin miró la pintura del bosque y la laguna de la luz de las estrellas. Hizo un gesto con la cabeza: le gustaba. Pero señaló la pintura de los bosques cubiertos de nieve.

—Esa. Quiero esa.

—Es fría y melancólica —protesté, escondiendo mi mueca—. No va con este lugar. En absoluto.

Se acercó a la pintura y la sonrisa que me dedicó fue más hermosa que cualquier colina encantada o laguna de luz de las estrellas.

—La quiero de todos modos —insistió con suavidad.

Nunca había deseado nada tanto como deseaba sacarle la máscara y contemplar el rostro que había debajo, descubrir si tenía que ver con lo que yo había soñado.

—Dime si hay alguna forma de ayudarte —dije agitada—. Con las máscaras, con la amenaza que se llevó tanto poder, sea la que sea. Dime... dime lo que puedo hacer para ayudarte.

—¿Una humana quiere ayudar a un inmortal?

—No me provoques —le advertí—. Por favor..., dime...

—No hay nada que yo quiera que hagas, nada que puedas hacer... Ni tú ni nadie. La carga es mía; yo tengo que llevarla.

—No tienes que...

—Sí. Lo tengo que afrontar, que aguantar, Feyre..., tú no lo resistirías.

—¿Así que tengo que vivir aquí para siempre sin saber la profundidad, el alcance, de lo que está pasando? Si no quieres que entienda lo que ocurre..., ¿preferirías...? —Tragué saliva—. ¿Prefieres que busque otro lugar donde vivir? ¿Un lugar donde yo no sea una distracción?

—¿No te enseñó nada Calanmai?

—Solo que la magia te convierte en un bruto.

Él se rio aunque la risa no era totalmente divertida. Cuando me quedé callada, suspiró.

—No, no quiero que vivas en otra parte. Te quiero aquí, donde puedo cuidarte..., donde puedo volver a casa y saber que estás aquí, pintando, segura.

Yo no conseguía desviar la vista de sus ojos.

—Al principio pensé en mandarte lejos —murmuró—. Parte de mí todavía cree que debería haberte buscado otro lugar para vivir. Pero tal vez fui egoísta. Aun cuando dejaste tan claro que estabas más interesada en ignorar el tratado o encontrar una forma de escapar a tus obligaciones, no fui capaz de dejarte ir..., de encontrar un lugar en Prythian donde estuvieras lo bastante cómoda como para que no intentaras huir.

—¿Por qué?

Levantó la pequeña pintura del bosque congelado y la examinó de nuevo.

—He tenido muchas amantes —admitió—. Hembras de alta cuna, guerreras, princesas... —La rabia me golpeó con fuerza, muy dentro en las entrañas, cuando pensé en ellas..., rabia contra sus títulos, su hermosura, que estoy segura de que tenían, su cercanía con él—. Pero ellas nunca entendieron lo que era para mí, lo que era en realidad ocuparme de mi pueblo, de mis tierras. Las heridas que siguen ahí, lo que son los días malos. —Mis celos furiosos desaparecieron como el rocío de la mañana cuando él sonrió frente a mi pintura—. Esto me recuerda eso.

—¿El qué? —jadeé.

Bajó la pintura y me miró directo a los ojos.

—Que no estoy solo.
Esa noche no cerré con llave la puerta de mi dormitorio.



Capítulo 23

La tarde siguiente, estaba acostada boca arriba en la hierba, saboreando la tibieza de la luz del sol que se filtraba a través de las hojas de las copas y pensando cómo iba a plasmarla en mi próxima pintura. Lucien dijo que tenía obligaciones miserables que llevar a cabo como emisario y nos dejó a los dos solos, y el alto lord me llevó a otro lugar hermoso de su bosque encantado.

Pero ahí no había hechizos, ninguna laguna de luz de las estrellas, ninguna cascada llena de arco iris. Era solamente una colina cubierta de hierba y árboles, vigilada por un sauce y recorrida por un arroyo de aguas claras. Nos sumimos los dos en un silencio

cómodo y miré a Tamlin, que dormitaba a mi lado. El cabello rubio y la máscara brillaban contra la alfombra de color esmeralda. El arco delicado de sus orejas puntiagudas me quitaba la respiración.

Abrió un ojo y me miró con pereza.

—La canción de ese sauce siempre me hace dormir.

—¿La qué de qué? —dije, levantándome sobre los codos para mirar el árbol por encima de nosotros.

Tamlin señaló el sauce. Las ramas suspiraban en la brisa.

—Canta.

—Y supongo que canta versos de guerra, ¿no?

Él sonrió y se sentó, volviéndose para mirarme.

—Eres humana —dijo, y yo puse los ojos en blanco—. Tus sentidos todavía están sellados, separados de todo.

Hice una mueca.

—Otro de mis defectos. —Pero de alguna forma, la palabra «defectos» había dejado de molestarme.

Él me sacó una brizna de hierba del cabello. El calor me subió a la cara cuando sus dedos me rozaron la mejilla.

—Yo podría hacer que lo vieras —dijo. Los dedos de Tamlin se entretuvieron un poco al final de mi trenza jugueteando con ella—. Podría hacer que vieras mi mundo..., que lo oyeras, que lo olieras. —Se me cortó la respiración cuando se inclinó hacia mí—. Que le encontraras el gusto. —Sus ojos brillantes se detuvieron un instante sobre el moretón que todavía tenía en el cuello.

—¿Cómo? —pregunté. El calor me inundó cuando se puso en cuclillas frente a mí.

—Todo regalo tiene un precio. —Fruncí el entrecejo y él sonrió —: Un beso.

—¡No! —Pero la sangre me corrió con fuerza por el cuerpo y tuve que apretar las manos en la hierba para no tocarlo—. ¿No crees que estoy en desventaja porque no veo todo eso?

—Yo soy uno de los altos fae... Nunca entregamos nada sin recibir algo a cambio.

Para mi propia sorpresa, dije:

—De acuerdo.

Él parpadeó; probablemente esperaba que me defendiera un poco más. Disimulé mi sonrisa y me senté frente a él, mis rodillas pegadas a las suyas, las piernas apoyadas en la hierba. Me lamí los labios, el corazón me aleteaba con tanta rapidez que me parecía tener un colibrí dentro del pecho.

—Cierra los ojos —dijo, y lo obedecí, los dedos apretados contra el suelo. Los pájaros charlaban unos con otros y las ramas del sauce suspiraban con fuerza. La hierba crujió cuando Tamlin también se puso de rodillas. Yo me encogí cuando él me rozó uno de los párpados con los labios, después el otro. Entonces se alejó y me quedé sin aire; sentía sus besos suspendidos todavía sobre la piel.

El canto de los pájaros se convirtió en orquesta, en una sinfonía de alegría y de sonidos. Nunca había oído tantos niveles simultáneos de música, nunca había oído tales variaciones, tantos temas entretejidos en arpegios. Y más allá había una melodía etérea, una mujer melancólica y agotada...: el alma del sauce. Jadeé y abrí los ojos.

El mundo se había aclarado, enriquecido. El arroyo era un arco iris de agua casi invisible que fluía sobre las piedras, invitador, tan suave como la seda. Los árboles estaban revestidos de un brillo leve que irradiaba desde el centro y danzaba entre las hojas. No había nada de olor metálico: no, el olor de la magia se había convertido en algo como el perfume del jazmín, como las lilas, como las rosas. Nunca sería capaz de pintar aquello, la riqueza, la sensación... Tal vez algunas partes, pero no todo.

Magia... Todo era mágico; todo me rompía el corazón. Miré a Tamlin y mi corazón se rompió del todo.

Era Tamlin... y no lo era. Más bien era el Tamlin que había soñado. La piel le ardía en un brillo dorado, y alrededor de la cabeza centelleaba un círculo de luz solar. Y los ojos...

No eran solamente verdes y dorados, sino de todas las tonalidades y variaciones imaginables, como si cada una de las hojas del bosque hubiera destilado y formado un único tono. Ese era el

alto lord de Prythian..., atractivo, devastador, seductor, poderoso hasta lo increíble.

El aliento se me quedó en la garganta cuando toqué el borde de la máscara. El metal fresco me mordió las puntas de los dedos y las esmeraldas resbalaron sobre la piel llena de callos. Levanté la otra mano y cogí los dos lados de la máscara. Tiré despacio.

No se movió.

Él empezó a sonreír cuando volví a tirar, y parpadeé y dejé caer las manos. Instantáneamente, el Tamlin dorado, brillante, se desvaneció y regresó el que yo conocía. Todavía oía el canto del sauce y de los pájaros, pero...

—¿Por qué ya no te veo?

—Porque he vuelto a poner el hechizo en su lugar.

—¿Hechizo para qué?

—Para parecer normal. O tan normal como puedo detrás de esta maldita cosa —agregó señalando la máscara—. Ser un alto lord, incluso uno con... poderes limitados, viene con marcas físicas. Por eso no conseguí esconder lo que estaba empezando a ser frente a mis hermanos..., frente a nadie. Sigue resultando más fácil ser como los demás.

—Pero la máscara no sale... ¿Estás seguro de que nadie sabe cómo arreglar lo que hizo la magia esa noche? ¿Alguien de otra corte? —No sé por qué me molestaba tanto la máscara. No necesitaba verle la cara completa para conocerlo.

—Lamento desilusionarte.

—Es que..., es que quiero saber cómo eres. —Me pregunté cuándo me había vuelto tan superficial.

—¿Y cómo crees que soy?

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Nariz fuerte, recta —comencé, recordando lo que había tratado de pintar una vez—. Pómulos altos que hacen que destaquen los ojos. Cejas... algo arqueadas. —Había enrojecido hasta la raíz del pelo. Él sonreía tanto que se le veían todos los dientes... a excepción

de los largos colmillos. Traté de pensar en una excusa para mi manera directa de hablar, pero de repente sentí un gran deseo de bostezar, un peso súbito que me cubría los ojos.

—¿Y tu parte del intercambio?

—¿Qué?

Se inclinó hacia mí con una sonrisa pícara.

—¿Y mi beso?

Yo le tomé la mano.

—Aquí está —dije, y apreté la boca contra el dorso de su mano —. Ahí está tu beso.

Tamlin soltó un rugido de risa, pero el mundo se me borró, me acunó para que me durmiera. El sauce me pidió que me tendiera y lo obedecí. Desde lejos oí maldecir a Tamlin.

—¿Feyre?

Dormir. Yo quería dormir. Y no había mejor lugar para dormir que ahí mismo, escuchando el sauce, los pájaros y el arroyo. Me coloqué de costado, con el brazo por almohada.

—Debería llevarte a casa —murmuró él, pero no se movió para ponerme de pie. En lugar de eso, el perfume a lluvia y a hierba fresca de Tamlin me llenaron la nariz cuando se acostó a mi lado. Sentí un hormigueo de placer en el cuerpo cuando me acarició el pelo.

Era un sueño tan hermoso... Nunca había dormido tan bien antes. Tan abrigada, tan protegida, junto a él. En calma. Desde lejos, como un eco, él habló, y sentí el aire como una caricia en mi oído:

—Tú eres exactamente como yo soñé que fueras. —La oscuridad se lo tragó todo.



Capítulo 24

No fue el amanecer el que me despertó, sino más bien algo parecido a un zumbido. Gruñí mientras me sentaba en la cama y vi a la mujer robusta con piel de corteza que servía el desayuno.

—¿Dónde está Alis? —pregunté, frotándome los ojos para arrancar de ellos el sueño. Seguramente Tamlin me había trasladado ahí, me había llevado en brazos todo el camino de regreso a casa.

—¿Qué? —La mujer se dio la vuelta hacia mí. La máscara de pájaro me era familiar. Pero yo recordaría con claridad a una inmortal con esa piel. Ya la habría pintado.

—¿Se encuentra mal Alis? —pregunté, deslizándome fuera de la cama. Esa era mi habitación, ¿verdad? Una mirada rápida. Sí.

—¿Qué es lo que os pasa? —preguntó la inmortal. Me mordí el labio—. Yo soy Alis —afirmó ella con una risita, y con un movimiento de la cabeza se metió en el cuarto de baño para prepararme el agua.

Imposible. La Alis que yo conocía era regordeta y rubia y parecía una alta fae.

Me froté los ojos con el pulgar y el índice. Un hechizo, eso había dicho Tamlin. Era esa magia la que le había puesto el aspecto que yo había visto hasta esa mañana. Pero ¿por qué molestarse en hechizarlo todo de esa forma?

Porque yo había sido una humana cobarde, por eso. Porque Tamlin sabía que me habría encerrado en mi habitación con llave y no habría vuelto a salir si hubiera visto ese mundo tal como era.

Las cosas empeoraron cuando bajé a mi encuentro con el alto lord. Los pasillos estaban repletos de inmortales enmascarados que nunca había visto antes. Algunos eran altos y semejantes a seres humanos, altos fae como Tamlin, otros... otros no. Traté de evitar mirarlos porque ellos parecían estar aún más sorprendidos por mi presencia.

Casi estaba temblando cuando llegué al comedor. Lucien, por suerte, se parecía a Lucien. No pregunté si eso era porque Tamlin le había pedido que utilizara otro hechizo mejor o porque nunca se había molestado en tratar de ser algo que no era.

Tamlin estaba en su silla de siempre, pero se enderezó cuando me detuve en el umbral.

—¿Qué pasa?

—Hay... hay muchos... inmortales... Por todos lados. ¿Cuándo han llegado?

Casi había gritado cuando miré por la ventana del dormitorio y vi todos los inmortales que paseaban por el jardín. Muchos, todos ellos con máscaras de insectos, cortaban los setos y se ocupaban de las plantas en flor. Esos inmortales eran los más raros de todos, con alas iridiscentes, zumbonas, que les brotaban en la espalda. Y, claro está, estaba lo de la piel verde y marrón, y los miembros demasiado largos, y...

Tamlin se mordió los labios para no sonreír.

—Siempre han estado aquí.

—Pero... pero yo nunca oí nada...

—Claro que no —dijo Lucien despacio mientras hacía girar una de sus dagas entre las manos—. Nos aseguramos de que no vieras ni oyeras a nadie excepto a los indispensables.

Me ajusté la túnica.

—Es decir que... que cuando corrí detrás del puca esa noche...

—Tenías público —terminó Lucien por mí. Y yo que creía que había sido tan cautelosa. Mientras tanto, había pasado de puntillas delante de inmortales que seguramente se habían muerto de risa viendo a esa humana ciega que perseguía una ilusión.

Luché contra mi creciente sensación de vergüenza y mortificación y me volví hacia Tamlin. Sus labios se habían curvado en una sonrisa y él volvió a cerrarlos con fuerza, pero la diversión le bailaba en los ojos cuando asintió.

—Fue un intento muy valiente.

—Pero sí vi a los naga, y al puca, al suriel. Y... y a ese inmortal, el de las alas arrancadas —dije, encogiéndome por dentro—. ¿Por qué el hechizo no se les aplicaba a ellos?

Los ojos de Tamlin se oscurecieron.

—No son miembros de mi corte —explicó—. Mi hechizo no funcionó con ellos. El puca pertenece al viento y al clima y a todo lo que cambia. Y los naga..., los naga son de otra persona.

—Ya veo —mentí, porque la verdad era que no veía nada. Lucien soltó una risita al darse cuenta. Lo miré con furia, de soslayo —. Hace un tiempo que estáis muy ausente, no aparecéis ni en la mesa...

Él usó la daga para limpiarse las uñas.

—He estado muy ocupado. Y tú también, según creo.

—¿Qué se supone que significa eso? —quise saber.

—Si te ofrezco la luna, ¿me vas a dar un beso a mí también?

—No seas grosero —lo recriminó Tamlin con un gruñido suave, pero Lucien se rio, y continuó haciéndolo cuando salió del comedor.

Sola con Tamlin, moví los pies nerviosamente.

—Así que si me encontrase otra vez con el attor —comenté, sobre todo para evitar el pesado silencio—, ¿lo vería?

—Sí, y no sería agradable.

—Dijiste que aquella vez el attor no me vio, y ciertamente no me parece que él sea parte de tu corte —me atreví a decir—. ¿Por qué?

—Porque te hice un hechizo cuando entraste en el jardín —respondió de forma directa—. El attor no te veía ni te oía ni te olía. —La mirada de Tamlin se posó en la ventana que estaba detrás de mí. Se pasó una mano por el pelo—. Hice y hago todo lo que puedo para mantenerte invisible a ojos de criaturas como el attor... o peores que él. Ahora la plaga está arreciando de nuevo y hay más criaturas de esas sueltas por ahí.

Se me revolvió el estómago.

—Si te encuentras con alguna —siguió Tamlin—, aunque te parezca inofensiva, si te hace sentir incómoda finge que no la ves. No le hables. Si te hace algo, los resultados no van a ser placenteros para él o para mí. Recuerda lo que pasó con los naga.

Todo eso era por mi seguridad, no por diversión. Tamlin no quería que yo terminase lastimada, no quería tener que castigarlos por hacerme daño. A mí. Aunque los naga no eran parte de su corte, ¿le había dolido matarlos?

Me di cuenta de que esperaba una respuesta, así que asentí.

—¿La... la plaga está arreciando de nuevo, has dicho?

—Por ahora solamente en otros territorios. Aquí estás a salvo.

—No es mi seguridad la que me preocupa.

Los ojos de Tamlin se suavizaron, pero sus labios formaron una línea tensa cuando dijo:

—Todo va a ir bien.

—¿Es posible que el recrudecimiento sea solo temporal? —La esperanza de una imbécil.

Tamlin no me contestó, lo cual era respuesta suficiente. Si la plaga estaba activa de nuevo... Ya no me molesté en ofrecerle mi ayuda. Sabía que él no iba a dejarme ayudarlo con el conflicto, fuera el que fuese.

Pero pensé en la pintura que le había dado y en lo que había dicho sobre ella... y deseé que me dejara ayudarlo de alguna manera.

A la mañana siguiente descubrí una cabeza en el jardín.

Una cabeza ensangrentada, un alto fae, un macho, clavada en el pico de la estatua de una gran garza que abría las alas encima de una fuente.

La piedra se hallaba empapada en suficiente sangre como para sugerir que la cabeza todavía estaba fresca en el momento en que alguien la había empalado en el pico aguzado de la garza.

Estaba llevando el caballete y las pinturas al jardín para pintar uno de los parterres de iris cuando la vi. Los pinceles y las latas de pintura escaparon de mis manos y cayeron sobre la grava con estrépito.

No sé qué pensé cuando miré fijamente la cabeza que seguía con la boca abierta, como gritando, los ojos marrones fuera de las órbitas, los dientes quebrados y cubiertos de sangre. No había máscara, así que no formaba parte de la Corte Primavera. Si había algo más que pudiera indicar quién era, yo no conseguí discernirlo.

La sangre brillante sobre la piedra gris, la boca abierta en un gesto de horror. Retrocedí un paso y tropecé con algo tibio y duro.

Me di la vuelta en redondo, las manos levantadas por instinto, pero la voz de Tamlin dijo:

—Soy yo —y me detuve bruscamente. Lucien estaba junto a él, pálido, con rostro apesadumbrado.

—No es de la Corte Otoño —dijo—. No lo reconozco.

Las manos de Tamlin se cerraron sobre mis hombros cuando me volví hacia la cabeza.

—Yo tampoco. —Había un gruñido feroz, suave, enlazado en esas palabras, pero las garras permanecieron retraídas bajo la piel mientras seguía apretándome el hombro. Las manos se le tensaron cuando Lucien entró en el agua de la fuente sobre la que se alzaba la estatua y avanzó por el líquido rojo hasta quedar debajo de la cara de expresión angustiada.

—Lo marcaron detrás de la oreja con un sello de hierro —dijo Lucien, y soltó una maldición—. Una montaña con tres estrellas...

—Corte Noche —dijo Tamlin con voz peligrosamente calma.

La Corte Noche..., la parte del territorio que quedaba en el extremo norte de Prythian, si yo recordaba bien el mapa del mural. Una tierra de oscuridad y luz de las estrellas.

—¿Por... por qué harían algo así? —pregunté jadeando.

Tamlin me soltó los hombros y se puso a mi lado mientras Lucien trepaba a la estatua para sacar de allí la cabeza sangrante. Dirigí la vista hacia un manzano de adorno que florecía cerca.

—La Corte Noche hace lo que quiere —explicó Tamlin—. Ahí viven según sus propios códigos, su propia moral corrupta.

—Son todos unos asesinos sádicos —dijo Lucien. Hice acopio de valor para mirarlo; ahora estaba subido al ala de la garza de piedra. Volví a desviar la vista.

—Sienten placer frente a todo tipo de tortura... y seguramente consideran esto una broma divertida.

—¿Divertida...? ¿No un mensaje? —Miré al jardín por si veía algo.

—Ah, eso sí; es un mensaje sin duda —asintió Lucien, y yo me encogí angustiada, al oír los sonidos húmedos, espesos, de la carne y el hueso que raspaban sobre la piedra cuando arrancó la cabeza del pico. Yo había limpiado muchos animales muertos, pero esto... Tamlin volvió a ponerme una mano en el hombro—. Haber entrado y salido a través de nuestras defensas, cometer el crimen tan cerca, con la sangre tan fresca... —Oí el ruido que se produjo cuando Lucien volvió a meterse de pie en el agua—. Esto es exactamente lo que la Corte Noche consideraría divertido. Hijos de puta.

Calculé la distancia entre la laguna y la casa. Dieciocho, tal vez veinte metros. Esa era la distancia a la que habían llegado, tan cerca de nosotros. Tamlin me pasó un dedo por el hombro.

—Sigues estando segura aquí. Justamente esa es la intención de esta barbaridad.

—¿No está relacionado con la plaga? —pregunté.

—Solo en cuanto a que ellos saben que la plaga está despierta otra vez... y quieren que sepamos que están rodeando la Corte Primavera como buitres por si caen nuestros guardianes. —Yo debía de tener aspecto de sentirme muy mal, porque Tamlin agregó—: No voy a permitir que eso pase.

No tuve corazón suficiente para decirle que la presencia de las máscaras dejaba bien claro que no se podía hacer nada contra la plaga.

Lucien salió de la fuente, pero yo no podía mirarlo, no con esa cabeza que llevaba, suponía que con las manos y la ropa cubiertas de sangre.

—Muy pronto van a recibir lo que merecen. Espero que la plaga los ataque a ellos también —gruñó Tamlin mientras hacía un gesto para que Lucien se ocupara de la cabeza; la grava crujió cuando este se fue caminando por el sendero.

Me agaché para recoger la pintura y los pinceles; me temblaban las manos cuando traté de levantar uno de los pinceles gruesos. Tamlin se agachó a mi lado; sus manos se cerraron sobre las mías con fuerza.

—Vas a estar bien —dijo de nuevo. La orden del suriel resonó en mi mente. «Quédate con el alto lord, humana. Vas a estar segura.»

Asentí.

—Es la posición de las cortes —dijo él—. La Corte Noche es letal, pero eso ha sido solo una broma, según el criterio del que manda allí. Atacar a alguien aquí, atacarte a ti, causaría más

problemas de los que él quiere. Si la plaga realmente hace daño en estas tierras y la Corte Noche entra en nuestras fronteras, vamos a estar preparados.

Me temblaban las rodillas cuando me puse de pie. Política de inmortales, cortes de inmortales...

—Imagino que la idea que tenían de una broma era todavía más terrible cuando éramos vuestros esclavos. Con toda probabilidad nos torturaban cuando les venía en gana, y les hacían todas esas cosas horrendas, innombrables, a sus mascotas humanas.

Una sombra le pasó por los ojos.

—Algunos días me alegro de haber sido un niño cuando mi padre mandó a sus esclavos al sur del muro. Lo que vi entonces ya fue bastante horrendo.

No quería imaginármelo. Todavía no había investigado si quedaban señales de esos humanos, desaparecidos hacía ya tanto tiempo. No creía que cinco siglos fueran suficientes para borrar la mancha de los horrores que habían tolerado los que ya no estaban. Debería haberlo dejado así, pero no pude.

—¿Recuerdas si se alegraron de irse? —Tamlin se encogió de hombros.

—Sí. Y sin embargo no conocían la libertad ni tampoco las estaciones del año como las conoces tú. No sabían qué hacer en el mundo mortal... Pero sí, la mayor parte de ellos estaba muy feliz de partir. —Cada una de sus palabras estaba más pensada que la anterior—. Yo me alegré de verlos marcharse, mi padre no. —A pesar de que estaba de pie, muy quieto, le asomaban las garras de los nudillos.

Con razón se había sentido tan incómodo conmigo, con razón le había costado saber qué hacer cuando llegué. Le dije con calma:

—Tú no eres tu padre, Tamlin. Ni tus hermanos. —Él miró hacia otro lado y yo añadí—: Nunca me hiciste sentir prisionera..., nunca me hiciste sentir como un mueble.

La sombra que le cruzó los ojos mientras asentía para darme las gracias me dijo que había más..., más cosas que tenía que contarme sobre su familia, su vida antes de que ellos murieran y cayera sobre él el título como un lastre. Yo no quería preguntar, no mientras la plaga fuera un peso sobre esos hombros anchos, no hasta que él estuviera listo para responderme. Me había ofrecido un lugar y respeto; yo no le daría menos.

Y sin embargo, ese día no conseguí sentarme a pintar.



Capítulo 25

Un rato después de que encontrase esa cabeza, Tamlin tuvo que partir hacia las fronteras, y no quiso decirme adónde iba ni por qué. Pero pude intuir bastante por lo que no dijo: la plaga se arrastraba despacio y se dirigía directamente desde otras cortes hasta la nuestra.

Él no volvió esa noche, la primera vez que dormía fuera de la mansión desde que yo había llegado. Sin embargo, envió a Lucien para informarme de que estaba vivo. Lucien había enfatizado esta última palabra lo suficiente para que yo durmiera terriblemente mal, incluso cuando una parte de mí estaba maravillada de saber que Tamlin se había molestado por darme noticias acerca de su paradero. Supe que estaba avanzando por un camino que era

probable que terminara con mi corazón mortal hecho pedazos... Sin embargo... ya no podía detenerme. No había podido desde el día de los naga. Pero ver esa cabeza..., los juegos que tenían lugar en esas cortes, la forma en que todos jugaban con las vidas de otros, disponiéndolas como fichas sobre un tablero..., hacía que cada vez que lo pensaba tuviera que esforzarme para mantener la comida en el estómago.

Sin embargo, a pesar de la maldad que se arrastraba hacia nosotros, me desperté al día siguiente con el alegre sonido de un violín, y al mirar por la ventana descubrí que el jardín estaba completamente adornado con cintas y serpentinas. En las colinas lejanas vi la preparación de hogueras y de los mástiles de mayo. Cuando le pregunté a Alis —averigüé que ella era urisk, así se llamaba su pueblo—, dijo sin ninguna alegría:

—Solsticio de verano. La celebración mayor era siempre en la Corte Verano, pero las cosas han cambiado mucho en estos tiempos. Así que ahora tenemos una aquí también.

Verano... En las semanas que había pasado cenando con Tamlin, pintando y recorriendo las tierras de la corte junto a él había llegado el verano. ¿Realmente creía mi familia que yo seguía de visita con una tía perdida hacía mucho tiempo? ¿Qué estaban haciendo? Si ya había llegado el solsticio, habría una pequeña celebración en el centro de la aldea, nada religioso, por supuesto, aunque tal vez los hijos de los benditos entraran en el pueblo para tratar de convertir a los jóvenes. No sería una gran fiesta, solamente comida para todos, cerveza regalada por la única taberna y tal vez algunos bailes. Lo único para celebrar era que suponía un día de descanso de las largas jornadas de verano que se pasaban sembrando y labrando la tierra. Por la decoración del jardín, se veía que lo que iba a ocurrir en la Corte Primavera sería mucho más grande, mucho más emocionante.

Tamlin no volvió en todo el día. La preocupación me carcomió a pesar de que me senté a pintar una imagen rápida de las cintas y serpentinas del jardín. Tal vez era egoísta y mezquino por mi parte,

ya que la plaga había vuelto, pero deseaba en mi interior que el solsticio no requiriera los mismos ritos que la Noche de los Fuegos. No me permití pensar demasiado en lo que haría si Tamlin volvía a tener frente a él una hilera de hermosas inmortales.

Solo a última hora de la tarde oí la voz profunda de Tamlin y la risa de Lucien, parecida a un rebuzno, ecos que atravesaron el pasillo y llegaron a mi estudio de pintura. El alivio se me asentó en el pecho, pero cuando corrí al encuentro de los dos, Alis me arrastró al dormitorio. Me sacó la ropa manchada de pintura e insistió en que me pusiera un vestido azul de gasa con dibujos de espigas de maíz y mucho movimiento. Me dejó el pelo suelto, pero lo decoró con una guirnalda de flores silvestres rosadas, blancas y azules alrededor de la cabeza.

Tal vez antes me habría sentido infantil vestida así, pero en los meses que habían pasado desde mi llegada a la mansión mi cuerpo ya no mostraba esos huesos puntiagudos y esas formas esqueléticas. Ahora era un cuerpo de mujer, el mío. Me pasé las manos sobre las curvas suaves, generosas, de la cintura y las caderas. Nunca hubiera creído que algún día habría allí nada que no fuera piel y hueso.

—Que el Caldero me hierva —silbó Lucien cuando bajé por la escalera—. Tiene un aspecto decididamente fae.

Yo estaba demasiado ocupada mirando a Tamlin —buscando heridas de cualquier tipo, cualquier señal de sangre o marca que pudiera haber dejado la plaga— para agradecer el cumplido de Lucien. Pero Tamlin estaba intacto, casi deslumbrante, no llevaba armas y me sonreía. De a donde fuera que había ido había vuelto indemne.

—Estás adorable —murmuró, y algo en su tono suave casi me hizo ronronear.

Enderecé los hombros, porque no tenía ganas de que él supiera cuánto me habían impactado sus palabras, o su voz, o su bienestar evidente. Todavía no.

—Me sorprende que me esté permitido participar esta noche.

—Por desgracia para ti y tu cuello —respondió Lucien—, lo de esta noche es tan solo una fiesta.

—¿Te quedas despierto toda la noche inventando respuestas para el día siguiente? —bromeé. Hacía unos días que había comenzado a tutearlo.

Lucien me guiñó el ojo y Tamlin se rio y me ofreció su brazo.

—Tiene razón —dijo el alto lord. Yo era claramente consciente de cada milímetro de contacto entre los dos, de sus músculos fuertes bajo la túnica verde. Me llevó al jardín y Lucien nos siguió—. El solsticio celebra el momento en que el día y la noche tienen la misma duración, es un tiempo de neutralidad en el que todos pueden sentirse libres y disfrutar de ser inmortales.... No hay altos lores ni inferiores, esta noche eso no cuenta, solo nosotros y nada más.

—Y se canta y baila y se bebe demasiado —dijo con voz cantarina Lucien, interrumpiéndolo desde un par de pasos por detrás —. Y mucha diversión —agregó con una sonrisa pícara.

En realidad, cada roce del cuerpo de Tamlin contra el mío me hacía más difícil evitar el deseo de inclinarme sobre él, de olerlo y tocarlo y probar qué sabor tenía. Si él notó el calor que me subía por el cuello y la cara, si oyó mi respiración agitada, no lo demostró y sostuvo mi brazo con fuerza mientras salíamos de los jardines y entrábamos en los campos que estaban más allá de la mansión.

El sol empezaba su descenso final sobre el horizonte cuando llegamos a la meseta donde iban a llevarse a cabo los festivales. Traté de no mirar con la boca abierta a los inmortales que había reunidos allí mientras ellos sí me miraban a mí con la boca abierta. Nunca había visto tantos en un solo lugar, por lo menos sin el peso del hechizo. Ahora que mis ojos estaban abiertos al mundo, los vestidos exquisitos y las formas diminutas que se formaban y coloreaban y se reconstruían eran tan extraños y diferentes unos de otros... y era tan maravilloso verlo. Sin embargo, la novedad de mi presencia junto al alto lord, fuera o no importante, pronto quedó

atrás..., sin duda fruto de un gruñido bajo de advertencia que dejó escapar Tamlin y que hacía que los demás se apartasen y se dedicaran a sus propios asuntos.

Había una enorme cantidad de mesas con comida dispuestas a lo largo del borde más alejado de la meseta, y en un momento determinado perdí a Tamlin mientras esperaba mi turno para llenar el plato. Quedarme sola contribuyó a que dejara de parecer solamente un juguete humano del alto lord. Cerca de la enorme hoguera empezó a sonar la música: violines y tambores, instrumentos alegres que, sin que me diera cuenta, me hicieron seguir el ritmo con los pies en la hierba. Llena de alegría y abierta, la hermana feliz de la sangrienta Noche de los Fuegos.

Por supuesto, Lucien era excelente para desaparecer siempre que lo necesitaba, así que, bajo un sicomoro del que colgaba un gran número de faroles de seda y cintas brillantes, me comí a solas mis porciones de milhojas de frutas del bosque, tarta de manzana y pastel de arándanos, no muy distintas de las delicias de verano del reino mortal.

La soledad no me importaba, por lo menos cuando estaba ocupada contemplando cómo brillaban los faroles y las cintas, las sombras que dibujaban a su alrededor. Tal vez esa sería mi próxima pintura. Y quizá pintara a los inmortales etéreos que se lanzaban a bailar en ese momento. Tantas perspectivas y colores. Me pregunté si alguno de ellos habría sido modelo de los pintores cuyo trabajo había visto en la galería.

Me moví de aquel lugar solamente cuando necesité algo para beber. Tan pronto como se hundió el sol bajo el horizonte, la meseta se llenó de inmortales. Al otro lado de las colinas empezaron a arder las hogueras y comenzaron otras fiestas, y la música se filtró en los momentos de silencio de la nuestra. Me estaba sirviendo una copa de vino espumoso, dorado, cuando noté a Lucien, que espiaba por encima de mi hombro.

—Yo no me bebería eso si fuera tú.

—¿Por qué? —pregunté, mirando el líquido lleno de burbujas con el entrecejo fruncido.

—Vino de inmortales en el solsticio —me recordó Lucien.

—Mmm —dije, y lo olí un poco. No tenía perfume a alcohol. En realidad, olía a hierba fresca en verano, a baños en lagunas de aguas frías. Nunca había olido nada tan fantástico.

—Lo digo en serio —afirmó Lucien cuando me llevé el vaso a los labios. Levanté las cejas—. ¿Te acuerdas de la última vez que ignoraste mis advertencias? —Me señaló el cuello y yo le golpeé levemente la mano.

—También me acuerdo de que me dijiste que las frutas de brujas eran inofensivas y al cabo de un rato estaba delirando y no conseguía ponerme de pie —señalé, recordando una tarde de hacía algunas semanas. Tuve alucinaciones durante horas después de eso, y Lucien se había muerto de risa, tanto que Tamlin lo había arrojado a la laguna de los reflejos. Meneé la cabeza para sacarme de encima aquel recuerdo. Ese día... ese día solamente quería sentirme libre. Que se fuera al diablo la cautela. Quería olvidar la plaga que flotaba sobre los límites de la corte y amenazaba tanto a mi alto lord como a sus tierras. ¿Y dónde estaba Tamlin, de todos modos? Si hubiera habido alguna amenaza, sin duda Lucien lo habría sabido..., y por supuesto habrían cancelado la celebración.

—Esta vez lo digo en serio —insistió Lucien, y puse la copa fuera de su alcance—. Tam me despellejaría si te descubriera bebiendo eso.

—Siempre al cuidado de tus propios intereses —dije, y bebí un sorbo de aquel vino.

Fue como si dentro de mi cuerpo estallaran cientos de fuegos artificiales y se me llenaran las venas de estrellas. Me reí en voz alta y Lucien gruñó.

—Humana inconsciente —siseó. Pero le habían arrancado el hechizo. El pelo castaño rojizo ardía como metal caliente y el ojo púrpura humeaba como una forja sin fondo. Eso era lo que quería pintar.

—Voy a pintarte —dije, y solté una risita... cuando las palabras salieron de mi boca.

—El Caldero me hierva y me fría —musitó él, y volví a reírme. Antes de que Lucien pudiera detenerme, me había bebido otra copa de vino de inmortales. Era la cosa más gloriosa que hubiera probado nunca. Me liberó de lazos que nunca había sabido que existieran.

La música se convirtió en la canción de una sirena. La melodía era un imán para mí y no podía resistirme a su embrujo. Saboreé en cada paso la humedad de la hierba bajo los pies desnudos. No recordaba el momento en que había perdido mis zapatos.

El cielo era un remolino de amatista de dos colores: zafiro y rubí, y todos esos tonos giraban dentro de una laguna de ónice. Deseaba tanto nadar en ella, quería bañarme en esos colores y sentir las estrellas cuando me titilaran entre los dedos.

Tropecé, parpadeé, y me descubrí de pie en el borde de la pista de baile. Un grupo de músicos tocaban instrumentos inmortales; yo me mecí sobre los pies mientras miraba cómo bailaban los inmortales, que se movían en círculo alrededor de la hoguera. No era un baile formal. Era como si estuvieran tan sueltos como yo. Libres. Los amaba por eso.

—Mierda, Feyre —dijo Lucien, y me cogió del hombro—. ¿Quieres que me mate tratando de impedir que ensartes tu pellejo mortal en otra roca?

—¿Qué? —pregunté sin entender y me volví hacia él. Todo el mundo giraba conmigo, delicioso y embriagador.

—Idiota —exclamó él cuando me miró la cara—. Borracha idiota.

El tempo sonaba con mayor rapidez. Quería estar dentro de la música, quería cabalgar en esa velocidad y tejer algo entre las notas. Sentía profundamente la música a mi alrededor, como una cosa viva, una cosa que respiraba; era maravilla, alegría y belleza.

—Basta, Feyre —dijo Lucien, y volvió a tomarme del brazo. Yo había estado bailando y alejándome de él, y mi cuerpo seguía meciéndose, seguía respondiendo a la llamada del sonido.

—Basta... Basta de ser tan serio —protesté y me lo saqué de encima. Quería oír la música, quería oírla tal como salía, caliente, de los instrumentos. Lucien soltó una maldición y yo estallé en movimiento.

Me deslicé entre los que bailaban, girando y haciendo volar la falda. Los músicos, sentados, enmascarados, no me miraron cuando salté frente a ellos, danzando sin parar. Sin cadenas, sin límites..., solamente yo y la música, baile y baile. No era inmortal, pero era parte de esta tierra y la tierra era parte de mí, y no hubiera querido otra cosa que bailar sobre ella durante el resto de mi vida.

Uno de los músicos alzó la vista del violín y me detuve.

El sudor le bajaba por el robusto cuello cuando apoyó el mentón en la madera oscura del violín. Se había levantado las mangas de la camisa y se le veían los músculos como cuerdas a lo largo de los antebrazos. Una vez me había dicho que le hubiera gustado ser músico itinerante en lugar de guerrero o alto lord, y ahora que lo oía tocar supe que habría ganado fortunas si hubiera sido así.

—Lo lamento, Tam —jadeó Lucien, que había aparecido no sabía de dónde—. La he dejado sola un momento en una de las mesas de comida y cuando la he encontrado estaba bebiendo vino y...

Tamlin no dejó de tocar. Con el pelo dorado húmedo de sudor, estaba maravillosamente atractivo, aunque no le veía la mayor parte de la cara. Me dedicó una sonrisa salvaje cuando me puse a bailar frente a él.

—Yo la cuidaré —murmuró por encima de la música, y sentí que brillaba y mi baile se hizo más rápido—. Ve a disfrutar de la fiesta.

Lucien se marchó deprisa.

Grité por encima de la música:

—¡No necesito que nadie me cuide! —Lo único que quería era girar y girar y girar.

—Es verdad, es verdad —asintió Tamlin, sin errar ni una sola nota. Cómo bailaba su arco sobre las cuerdas, los dedos fuertes y firmes, ninguna señal de las garras que yo había dejado de temer...

»Baila, Feyre —me susurró.

Así que bailé.

Me sentía libre, giraba y giraba, y no sé con quién bailaba o qué aspecto tenían los que estaban a mi alrededor, solo sabía que me había transformado en la música y el fuego y la noche, y que nada nada podía detenerme.

En todo ese tiempo Tamlin y sus músicos tocaron una música tan alegre como no había oído otra jamás. Me planté frente a él, mi lord inmortal, mi protector y guerrero, mi amigo, y bailé y bailé delante de él. Tamlin me sonreía, y yo no dejé de bailar ni siquiera cuando se levantó de su asiento y se arrodilló frente a mí en la hierba para ofrecerme un solo de violín.

Su música únicamente para mí. Un regalo. Él siguió tocando, los dedos rápidos y fuertes sobre las cuerdas del violín. Mi cuerpo se contoneaba como el de una serpiente; levanté la cabeza al cielo y dejé que la música de Tamlin me llenara por completo.

Sentí una presión en la cintura y unos brazos me arrastraron de vuelta hacia la pista de baile. Me reí con tanta fuerza que creí que iba a estallar, y cuando abrí los ojos descubrí a Tamlin, que me hacía girar una y otra y otra vez.

Todo se convirtió en un borrón de color y sonido y él era lo único visible en su interior. Mi cuerpo brillaba y ardía en todos los lugares en que él lo tocaba.

Me llené de sol. Fue como si nunca antes hubiese experimentado el verano, como si nunca hubiera sabido quién estaba esperando para surgir de ese bosque de hielo y nieve que había sido mi vida. No quería que terminase, no quería irme jamás de esa colina.

La música finalizó y, ya sin aliento, levanté la mirada hacia la luna que estaba a punto de ocultarse. El sudor me corría por todo el cuerpo.

Tamlin, que también había perdido el aliento, me cogió la mano.

—El tiempo pasa más rápido cuando estás borracha por tomar vino de inmortales.

—No estoy borracha —dije, y resoplé. Él se rio y me llevó lejos de la pista de baile. Hundí los talones en el suelo tan pronto como nos acercamos al borde de la luz del fuego—. Están empezando de nuevo —continué mientras señalaba a los que volvían a reunirse frente a los músicos, que habían estado descansando un rato.

Él se inclinó hacia mí, y su aliento me acarició la oreja cuando susurró:

—Quiero mostrarte algo mejor. —Dejé de resistirme.

Me llevó hacia abajo, guiándome a la luz de la luna. Los caminos que elegía, fueran los que fuesen, estaban pensados para mis pies descalzos, porque solamente la suave hierba me acariciaba las plantas. Pronto, hasta la música quedó atrás, reemplazada por el suspiro de los árboles en la brisa de la noche.

—Aquí —dijo Tamlin, y se detuvo al borde de una vasta pradera. Apoyó la mano en mi hombro al tiempo que los dos contemplábamos lo que teníamos enfrente.

La hierba alta se movía ondulante como el agua mientras lo que quedaba de la luz de la luna bailaba sobre ella.

—¿Qué? —suspiré, pero él se llevó un dedo a los labios y me hizo señas para que mirase.

Durante unos minutos no pasó nada. Después, desde el otro lado de la pradera salieron flotando docenas de formas brillantes que atravesaron la hierba, como espejismos de luz de luna. Ahí fue cuando empezó el canto.

Era una voz colectiva, pero dentro de ella había un lado masculino y uno femenino, dos lados de la misma moneda, y se cantaban uno al otro en una llamada y una respuesta. Me llevé la mano al cuello en el momento en que la música subió de tono y las formas bailaron. Etéreas y fantasmales, bailaron a través del campo, únicamente delicados rayos de luna.

—¿Qué son?

—Susurros de sueños, espíritus de aire y luz —dijo él con voz suave—. Vienen a celebrar el solsticio.

—Son hermosos.

Sus labios me rozaron el cuello mientras me hablaba dulcemente contra la piel.

—Baila conmigo, Feyre.

—¿En serio? —Me di la vuelta y descubrí que tenía la cara a centímetros de la mía.

Dejó escapar una sonrisa lenta.

—En serio. —Como si yo fuera leve como el aire, me llevó en una danza rápida. Casi no recordaba los pasos que había aprendido en la infancia, pero él lo compensó con su gracia salvaje, sin tropezar, con una sensibilidad que evitaba que yo lo hiciera mientras bailábamos por el campo lleno de espíritus.

Me sentía tan liviana como la pelusa del diente de león; él era el viento que me llevaba por el mundo.

Y me sonreía, y descubrí que le estaba devolviendo la sonrisa. No necesitaba fingir, no necesitaba ser nada más que lo que era en ese momento, un círculo que giraba sobre la pradera mientras los susurros de sueños bailaban a nuestro alrededor como docenas de lunas.

Nuestra danza se hizo más lenta y nos quedamos de pie, sosteniéndonos el uno al otro mientras nos mecíamos al ritmo de las canciones de los espíritus. Él apoyó el mentón en mi cabeza y me acarició el pelo, sus dedos me rozaron la piel desnuda del cuello.

—Feyre —me susurró. Hacía que mi nombre sonara hermoso—. Feyre —susurró de nuevo, no como si me llamara sino como si disfrutara diciéndolo.

Con tanta rapidez como habían aparecido, los espíritus se desvanecieron llevándose su música con ellos. Parpadeé. Las estrellas se estaban borrando y el cielo tenía un color entre gris y púrpura.

La cara de Tamlin estaba cerca, muy cerca de la mía.

—Está amaneciendo.

Asentí, paralizada por él, por su olor y su presencia, así, a mi lado. Alargué una mano para tocar la máscara. Era tan fría... a pesar de que la piel que se veía por debajo estaba enrojecida, encendida.

Me tembló la mano y jadeé cuando le acaricié la mandíbula. Era suave... y estaba caliente.

Él se pasó la lengua por los labios, la respiración tan irregular como la mía. Sus dedos recorrieron de nuevo la parte inferior de mi espalda y lo dejé que me acercara a él hasta que los dos cuerpos se tocaron y el calor que salía del suyo se filtró en el mío.

Tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Tenía la boca atrapada entre una sonrisa y una mueca de dolor.

—¿Qué? —pregunté, y le apoyé una mano en el pecho, lista para empujarlo y alejarme. Pero su otra mano se deslizó bajo mi pelo y se quedó en la base del cuello.

—Estoy pensando que tal vez te bese —dijo él con tranquilidad, con intensidad.

—Hazlo entonces. —Me sonrojé ante mi propio coraje.

Pero Tamlin no contestó; solamente se rio con esa risa fresca y se inclinó hacia mí.

Sus labios rozaron los míos, suaves y tibios, buscando. Retrocedió un poquito. Seguía mirándome, y le devolví la mirada cuando me besó de nuevo, con más fuerza, pero no de la forma en que la otra noche me había besado el cuello. Volvió a retroceder, más lejos esta vez, y me miró.

—¿Eso es todo? —quise saber, y él se rio y volvió a besarme con más furia.

Yo le pasé las manos alrededor del cuello, lo acerqué a mí, me apreté contra él. Sus manos me recorrieron la espalda, pasearon sobre mí, jugando, por el pelo, me cogieron la muñeca como si no consiguiera tocar lo suficiente de mí.

Soltó un gruñido bajo.

—Ven —dijo, besándome la frente—. Nos lo vamos a perder si no nos vamos ahora.

—¿Mejor que los susurros de sueños? —pregunté, pero él se limitó a besarme las mejillas, el cuello y finalmente los labios. Lo seguí entre los árboles a través del mundo cada vez más iluminado. Su mano era sólida, inconmovible alrededor de la mía cuando

atravesamos las ondas de niebla que flotaban muy abajo, cerca del suelo, y cuando me ayudó a subir una colina desnuda cubierta de rocío.

Nos sentamos juntos en la cima y escondí una sonrisa en el momento en que Tamlin me pasó un brazo alrededor de los hombros y me acercó a su cuerpo. Yo apoyé la cabeza contra su pecho mientras él jugaba con las flores de mi guirnalda.

En silencio, miramos con atención el mundo que se extendía verde, ondeado, frente a nosotros.

El cielo cambió de color y las nubes se llenaron de luz rosada. Después, como un disco brillante demasiado intenso para que las palabras pudieran describirlo, el sol se deslizó sobre el horizonte y lo bañó todo de oro. Era como ver nacer al mundo siendo nosotros los únicos testigos.

El brazo de Tamlin se tensó a mi alrededor y me besó la parte superior de la cabeza. Yo me aparté un poco y levanté la vista para mirarlo.

El oro brilló en sus ojos, que ardían con la luz del sol naciente.

—¿Qué?

—Mi padre me dijo una vez que tenía que dejar que mis hermanas imaginaran una vida mejor, un mundo mejor. Y yo le dije que eso no existía. —Le pasé el pulgar por la boca, maravillada, y meneé la cabeza—. Nunca lo entendí... porque no conseguía... no conseguía creer que fuera posible. —Tragué saliva y bajé la mano—. Hasta ahora.

A él le tembló la garganta. Esta vez el beso fue profundo, intenso, lento, cuidadoso.

Dejé que el alba me iluminara por dentro, la dejé crecer con cada movimiento de los labios de Tamlin, con cada roce de su lengua contra la mía. Las lágrimas me ardían bajo los ojos cerrados.

Era el momento más feliz de mi vida.



Capítulo 26

Al día siguiente Lucien se nos unió en el almuerzo, que en realidad, para nosotros tres, era el desayuno. Desde que me había quejado por el tamaño innecesario de la mesa, cenábamos en una versión mucho más reducida.

Lucien se masajeaba las sienes mientras comía; estaba callado, lo cual era raro, y disimulé una sonrisa cuando le pregunté:

—¿Y tú dónde estuviste anoche?

El ojo de metal de Lucien se entrecerró al mirarme.

—Te informo de que mientras vosotros dos bailabais con los espíritus yo tuve que ir a patrullar a las fronteras, nada menos. —Tamlin carraspeó con fuerza y Lucien agregó—: Con algo de

compañía, por supuesto. —Me sonrió con picardía—. Dicen los rumores que vosotros no volvisteis hasta después del amanecer.

Miré a Tamlin mientras me mordía el labio. Había llegado a la cama prácticamente en el aire, flotando. Pero la mirada de Tamlin estaba explorándome la cara como si buscara una señal de arrepentimiento, de miedo. Ridículo.

—Me mordiste el cuello la Noche de los Fuegos —dije entre dientes—. Si fui capaz de mirarte después de eso, unos pocos besos no son nada.

Apoyó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—¿Nada? —Sus ojos bajaron hasta mis labios. Lucien se removió en la silla y le pidió al Caldero que lo librara de lo que estaba viendo, pero lo ignoré.

—Nada —repetí con cierta distancia, mirando cómo se movía la boca de Tamlin, absolutamente consciente de cada uno de sus movimientos, enojada por la mesa que nos separaba. Casi sentía la tibieza de ese aliento.

—¿Estás segura? —murmuró, intenso y con un hambre lo bastante irrefrenable como para que yo me alegrase de estar sentada. Si hubiese querido, habría podido tenerme ahí mismo, sobre la mesa. Deseaba sus manos anchas sobre mi piel desnuda, deseaba sus dientes en el cuello, deseaba su boca en cada uno de los rincones de mi cuerpo.

—Estoy tratando de comer —dijo Lucien, y yo parpadeé y exhalé de forma ruidosa—. Pero ahora que tengo tu atención, Tamlin... —terció, aunque el alto lord estaba mirándome a mí de nuevo, devorándome con los ojos.

Casi no conseguía quedarme sentada, apenas si toleraba la ropa sobre la piel demasiado caliente. Con bastante esfuerzo, Tamlin volvió a mirar a su emisario. Inquieto, Lucien se movió en su silla.

—No es que quiera ser portador de malas noticias, pero mi contacto en la Corte Invierno se las arregló para hacerme llegar una carta. —Lucien tomó aire y me pregunté si ser emisario también significaba ser jefe de espías. Y me pregunté por qué se molestaba

en decir eso en mi presencia. La sonrisa se desvaneció inmediatamente de la cara de Tamlin—. La plaga —continuó Lucien tenso, con voz suave— se llevó a dos docenas de los jóvenes. Dos docenas... que ya no están. —Tragó saliva—. Les quemó la magia..., y después les abrió la mente en dos. Nadie pudo hacer nada en la Corte Invierno..., nadie consiguió detener el proceso. La pena es... es indescriptible. Mi contacto dice que otras cortes también reciben golpes muy duros, aunque la Corte Noche, claro está, se las ha arreglado para no haber sufrido ninguna herida. Pero parece que la plaga viene hacia aquí..., se desplaza cada vez más al sur con cada ataque.

Toda la tibieza, toda la alegría resplandeciente se alejaron de mí como sangre escurriéndose por una alcantarilla.

—¿La plaga... mata? —me las arreglé para preguntar. Jóvenes. Había asesinado a chicos, como una tormenta de oscuridad y muerte. Y si los hijos eran tan raros como había dicho Alis, la pérdida de tantos de ellos tenía que ser más devastadora que cualquier otra cosa que yo pudiera imaginar.

Los ojos de Tamlin se habían ensombrecido y meneaba la cabeza despacio, como si tratara de quitarse de encima la pena y el horror de esas muertes.

—La plaga puede lastimarnos en formas que tú no... —Se puso de pie con tanta rapidez que la silla se derrumbó en el suelo. Sacó las garras y gruñó hacia el umbral abierto, se veían sus caninos largos y brillantes.

La casa, generalmente llena de susurros de faldas y charlas de sirvientes, estaba en silencio.

No como el silencio preñado de la Noche de los Fuegos, sino más bien una quietud temblorosa que hacía que quisiera meterme debajo de la mesa. O empezar a correr. Lucien soltó una maldición y sacó la espada.

—Lleva a Feyre a la ventana, junto a las cortinas —gruñó Tamlin sin apartar los ojos de las puertas abiertas. La mano de Lucien me tomó del codo y me levantó de la silla.

—¿Qué...? —empecé a decir, pero Tamlin volvió a gruñir. El sonido hizo eco por la habitación. Cogí uno de los cuchillos de la mesa y dejé que Lucien me arrastrara hasta la ventana, donde me empujó contra las cortinas de terciopelo. Quise preguntarle por qué no se molestaba en esconderme detrás de ellas, pero el inmortal de la máscara de zorro apretó la espalda contra mí y me cobijó entre él y la pared.

El olor de la magia me subió a la nariz. Aunque la espada señalaba al suelo, la mano de Lucien se cerró con fuerza alrededor de la empuñadura hasta que se le pusieron blancos los nudillos. Magia..., un hechizo para que no me vieran. Para ocultarme, para hacerme parte de Lucien, invisible, escondida por la magia y el olor del inmortal. Miré a Tamlin por encima del hombro de Lucien; el alto lord respiró hondo y guardó los colmillos y las garras; la banda de cuero llena de cuchillos apareció de la nada sobre su pecho ancho. Pero no desenvainó ninguno cuando enderezó la silla y se sentó a limpiarse las uñas. Como si no pasara nada. Pero alguien llegaba, alguien lo suficientemente horrible como para asustarlos..., alguien que querría hacerme daño si sabía que estaba allí.

La voz ceceante del attor me atravesó la memoria. Había criaturas peores que él, me había dicho Tamlin. Peor que los naga y el suriel, y también que el bogge.

Unos pasos sonaron en el vestíbulo. Regulares, pesados, relajados.

Tamlin siguió limpiándose las uñas. A mi lado, Lucien asumió la posición de quien mira por la ventana. Los pasos sonaron con más fuerza, el ruido de unas botas sobre las baldosas de mármol.

Y después apareció.

Sin máscara. Como el attor, él pertenecía a otra corte. Pertenecía a otro. Y peor que eso...: yo ya lo conocía. Me había salvado de aquellos tres inmortales en la Noche de los Fuegos.

Con pasos demasiado llenos de gracia, demasiado felinos, se acercó a la mesa y se detuvo a pocos metros del alto lord. Era tal como yo lo recordaba: la ropa refinada, rica, recamada con jirones

de noche, una túnica de color ébano con brocado de oro y plata, pantalones oscuros y botas negras que le llegaban a las rodillas. Nunca me había atrevido a pintarlo, y ahora supe que nunca tendría el valor de hacerlo.

—Alto lord —saludó con un sonsonete el desconocido inclinando levemente la cabeza. Nada parecido a una reverencia.

Tamlin se quedó sentado. Con la espalda hacia mí, yo no le veía la cara, pero su voz estaba surcada de violencia cuando dijo:

—¿Qué quieres, Rhysand?

Este sonrió —su belleza rompía corazones— y se llevó una mano al pecho.

—¿Rhysand? Vamos, vamos, Tamlin. ¿Hace cuarenta y nueve años que no te veo y me llamas Rhysand? Solo mis prisioneros y mis enemigos me llaman así. —La sonrisa se le ensanchó cuando terminó de hablar. Algo en esa cara se volvió salvaje y letal, algo que jamás había visto en Tamlin. Se dio la vuelta y retuve el aliento mientras él fijaba la vista sobre Lucien—. Una máscara de zorro... Muy apropiada para ti, Lucien.

—Al infierno contigo, Rhys —ladró Lucien.

—Siempre es un placer tratar con la chusma —replicó Rhysand, y volvió a mirar a Tamlin. Yo seguía sin respirar—. Espero no haberos interrumpido.

—Estábamos en mitad del almuerzo —respondió Tamlin, su voz vacía de tibieza. La voz de un alto lord. Oírla hizo que se me congelaran las entrañas.

—Estimulante —dijo Rhysand.

—¿A qué has venido, Rhys? —quiso saber Tamlin sin moverse del asiento.

—Quería ver cómo andaban las cosas por aquí. Quería ver cómo os iba. Saber si recibisteis mi regalito.

—Tu regalo fue innecesario.

—Pero un buen recuerdo de los días de diversión, ¿no es cierto? —Rhysand hizo chasquear la lengua y echó una mirada alrededor de la habitación—. Casi medio siglo encerrados en el agujero de una

propiedad en el campo. No sé cómo os arregláis. Pero —continuó, encarándose a Tamlin— eres un hijo de puta tan empecinado que esto tiene que haberte parecido un paraíso comparado con Bajo la Montaña. Supongo que lo es. Sin embargo, me sorprende: cuarenta y nueve años y ningún intento de salvarte, ni tú ni a tus tierras. Ni siquiera ahora que las cosas vuelven a ponerse interesantes.

—No hay nada que hacer —aceptó Tamlin con voz baja.

Rhysand se acercó a él; sus movimientos, suaves como la seda. La voz se le convirtió en un susurro..., una caricia erótica que me llenó de calor las mejillas.

—Qué lástima que seas tú el que tiene que afrontar la peor parte del asunto, Tamlin..., y una lástima todavía mayor que estés tan resignado a tu destino. Tal vez seas caprichoso, pero esto es patético. Qué diferente es este alto lord del líder brutal de la banda de guerreros que conocí hace siglos.

Lucien lo interrumpió.

—¿Quién eres tú para juzgar? Eres solamente la puta de Amarantha.

—Tal vez yo sea su puta, pero tengo mis razones para eso. —Me encogí cuando la voz se le afiló bruscamente hasta volverse peligrosa—. Por lo menos no perdí el tiempo entre setos y flores mientras el mundo se iba al infierno.

La espada de Lucien se levantó unos centímetros.

—Si crees que eso es lo único que hice, estás equivocado, y pronto vas a enterarte.

—Querido Lucien. Ciertamente les diste algo de que hablar cuando te cambiaste a Primavera. Cosa triste, la verdad, ver a tu madre de luto perpetuo desde que te perdió.

Lucien levantó la espada hacia Rhysand.

—Ten cuidado con esa boca sucia.

Rhysand rio..., la risa de un amante, baja, suave y muy íntima.

—¿Te parece que esa es forma de hablarle a un alto lord de Prythian?

Mi corazón se detuvo. Por eso habían huido los inmortales en la Noche de los Fuegos. Ir contra él hubiera sido suicida. Y por la forma en que la oscuridad parecía ondear sobre ese cuerpo perfecto, por esos ojos de color violeta que ardían como estrellas...

—Vamos, Tamlin —dijo Rhysand—. ¿No deberías recriminar a tu lacayo por hablarme de esa forma?

—Yo no uso de esta forma el rango en mi corte —dijo Tamlin.

—¿Ah, sigues con esas costumbres? —Rhysand se cruzó de brazos—. Pero es tan divertido cuando se humillan. Supongo que tu padre no se molestó en mostrarte...

—Esta no es la Corte Noche —siseó Lucien—. Y tú no tienes poder aquí..., así que vete. A Amarantha se le está enfriando la cama.

Traté de no respirar con fuerza. Rhysand..., él era el que había mandado esa cabeza. Como regalo. Me estremecí. Esa mujer, esa Amarantha, ¿estaba también en la Corte Noche?

Rhysand rio con ironía, pero después, bruscamente, se plantó frente a Lucien, con demasiada rapidez para que yo pudiera seguirlo con mis ojos humanos. Le gruñó en la cara. Lucien me apretó contra la pared con la espalda con tanta fuerza que tuve que ahogar un grito cuando sentí que se me clavaba la madera.

—Yo estaba matando en el campo de batalla antes de que hubieras nacido siquiera —ladró Rhysand. Después, con tanta rapidez como había entrado, se alejó, indiferente y descuidado. No, nunca me atrevería a pintar esa gracia inmortal, oscura..., ni en cien millones de años—. Además —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos—, ¿quién crees que le enseñó a tu adorado Tamlin los aspectos más sutiles de las espadas y las mujeres? No creerás que aprendió todo eso en los campitos de guerra de su padre.

Tamlin se frotó las sienes.

—Déjalo para otro momento, Rhys. Con toda seguridad nos veremos muy pronto. —Rhysand se alejó andando en zigzag hacia la puerta.

—Ella se está preparando en serio para enfrentarse a ti. Dado vuestro estado actual, creo que puedo informarla sin temor a mentir de que ya te das por vencido y que vas a reconsiderar la oferta. —Lucien contuvo el aliento cuando Rhysand pasó frente a la mesa. El alto lord de la Corte Noche pasó un dedo por el respaldo de mi silla..., un gesto casual—. Estoy deseando ver vuestras caras cuando...

Rhysand estudió la mesa.

Lucien se puso tenso y envarado y me apretó todavía más contra la pared. La mesa estaba puesta para tres, mi plato de comida a medio terminar justo frente al alto lord de la Corte Noche.

—¿Dónde está tu invitado? —preguntó, levantando mi copa y oliéndola antes de dejarla en su lugar.

—He hecho que se marchara cuando he sentido que llegabas —mintió Tamlin con tranquilidad. Rhysand volvió a mirar al alto lord; su cara perfecta vacía de emoción hasta que las cejas se elevaron. Un brillo de sorpresa, tal vez hasta de incredulidad, cruzó sus rasgos, pero volvió la cabeza como un látigo hacia Lucien. La magia me llenó la nariz y miré a Rhysand con un terror total, sin diluir, cuando él retorció el gesto de rabia.

—¿Te atreves a hechizarme a mí? —gruñó, y sus ojos de color violeta ardieron cuando taladraron los míos. Lucien se limitó a apretarme más contra la pared.

La silla de Tamlin chirrió cuando él la corrió hacia atrás. Se levantó, las garras al aire, más mortales que ninguno de los cuchillos que llevaba en la banda de cuero.

La cara de Rhysand se convirtió en una máscara de furia tranquila mientras no dejaba de mirarme.

—Me acuerdo de ti —ronroneó—. Me parece que ignoraste el consejo que te di y volviste a meterte en problemas. —Se volvió hacia Tamlin—. ¿Quién es tu invitada?

—Mi prometida —contestó Lucien.

—¿Ah, sí? Y ahí estaba yo, pensando que seguías llorando a tu amante plebeya después de tantos siglos —dijo Rhysand, y se me acercó a grandes pasos. La luz del sol no brillaba sobre el metal de su túnica, como si se asustara de la oscuridad que él esparcía a su alrededor.

Lucien escupió la mano de Rhysand y puso la espada entre él y yo. La sonrisa llena de veneno de Rhysand se amplió.

—Si derramas un poco de mi sangre, Lucien, verás con qué velocidad la puta de Amarantha puede hacer sangrar a toda la Corte Otoño. Especialmente a esta adorable señorita.

El color desapareció del rostro de Lucien, pero mantuvo la compostura. Fue Tamlin el que respondió:

—Baja la espada, Lucien.

Rhysand me echó una mirada.

—Sabía que te gusta caer bajo con tus amantes, Lucien, pero nunca pensé que te mezclarías con basura mortal.

Mi cara ardió. Lucien estaba temblando, de rabia o de miedo o angustia, no podía discernirlo.

—La lady de la Corte Otoño se lamentará mucho cuando reciba noticias de su hijo menor. Si yo fuera tú, mantendría a tu nueva mascota bien lejos de tu padre.

—Vete, Rhys —ordenó Tamlin, de pie a la espalda del alto lord de la Corte Noche.

Todavía no había insinuado ningún movimiento de ataque a pesar de las garras, a pesar de que Rhysand se me acercaba. Tal vez una batalla entre los dos altos lores destruiría la mansión hasta sus cimientos..., dejando solo una estela de polvo. O tal vez, si Rhysand era realmente el amante de esa mujer, el castigo por herirlo sería desproporcionadamente grande, en especial con la carga añadida de tener que enfrentarse a la plaga.

Rhysand echó a Lucien a un lado como si fuera una cortina.

No había nada entre nosotros ahora, y el aire era frío y cortante. Pero Tamlin permaneció en su lugar y Lucien no hizo mucho más que parpadear cuando Rhysand, con una suavidad

terrorífica, me quitó el cuchillo de las manos y lo arrojó al otro lado de la habitación, roto en mil pedazos.

—Eso tampoco te iba ayudar, de todas maneras —me dijo este —. Si fueras sabia, huirías gritando de este lugar, de esta gente. Me maravilla que aún estés aquí. —La confusión que sentía debía de estar escrita en mi cara, porque Rhysand rio con fuerza—. Oh, ¿no lo sabe?

Temblé, incapaz de encontrar las palabras o el coraje necesarios.

—Te doy unos segundos, Rhys —le advirtió Tamlin—. Unos segundos para irte de aquí.

—Si yo fuera tú, no me dirigiría a mí de esa manera.

Contra mi voluntad, mi cuerpo se enderezó, cada músculo se tensó, mis huesos crujieron. Era magia, pero también algo más profundo. Era algo que se apoderaba de mí y que tomaba el control; incluso regía los latidos de mi corazón.

No podía moverme. Una mano invisible con dedos como espolones estaba escarbando en mi mente. Y lo supe... Un solo golpe de esas garras mentales y mi ser dejaría de existir.

—Déjala en paz —dijo Tamlin con brusquedad, pero no avanzó. Había algo de pánico en sus ojos mientras su mirada iba de mí a Rhysand—. Ya es suficiente.

—Me había olvidado de que las mentes humanas son tan fáciles de destrozar como una cáscara de huevo —amenazó Rhysand, y deslizó un dedo por la base de mi cuello. Me estremecí; mis ojos brillaban como brasas—. Mira qué encantadora es, cómo está tratando de no llorar de terror. Será rápido, te lo prometo.

Si no hubiera conservado un mínimo control sobre mi cuerpo, habría vomitado.

—Tiene los pensamientos más deliciosos sobre ti, Tamlin —dijo —. Se pregunta cómo se sentirían tus dedos sobre sus muslos, y también entre ellos. —Soltó una risita. Aunque había revelado mis pensamientos más privados, aunque hervía de vergüenza y de indignación, seguía temblando por la garra que constreñía mi mente.

Rhysand se volvió hacia el alto lord—. Dime, disculpa mi curiosidad: ¿por qué se pregunta si le gustará que muerdas sus pechos del modo en que mordiste su cuello?

—Déjala ir. —El rostro de Tamlin estaba distorsionado por una rabia tan salvaje que despertó un terror nuevo, diferente y más profundo en mí.

—Si te sirve de consuelo —le confesó Rhysand—, ella habría sido la indicada para ti... y tú habrías logrado salirte con la tuya. Un poco tarde, sin embargo. Es más terca que tú.

Esas garras invisibles acariciaron mi mente con pereza una vez más... y luego desaparecieron. Me desplomé y me abracé las rodillas; me sentía como si me hubieran despojado de mi ser. Quería evitar sollozar, gritar, vaciar mi estómago en el suelo.

—Amarantha va a disfrutar destrozándola —comentó Rhysand —. Casi tanto como va a disfrutar verte mientras le arranca pedazos del cuerpo, uno por uno.

Tamlin estaba helado; los brazos, las garras, le colgaban a los costados del cuerpo. Nunca lo había visto así.

—Por favor —fue lo único que dijo.

—¿Por favor qué? —preguntó Rhysand con amabilidad, como para convencerlo. Como un amante.

—No le digas nada de ella a Amarantha —le pidió Tamlin. Se percibía la tensión en su voz.

—¿Y por qué no? Como su puta —replicó Rhysand lanzando una mirada en dirección a Lucien—, tengo que contárselo todo.

—Por favor —consiguió decir Tamlin, como si le resultara difícil respirar. Rhysand señaló al suelo y su sonrisa se volvió feroz.

—Pídemelo de rodillas y tal vez considere si se lo digo o no a Amarantha. —Tamlin se dejó caer de rodillas e inclinó la cabeza.

—Más abajo.

Tamlin puso la frente y las manos en el suelo, cerca de las botas de Rhysand. Me daban ganas de llorar de rabia al ver cómo lo obligaban a humillarse, al ver a mi alto lord caer tan bajo.

—Tú también, niño zorro.

La cara de Lucien estaba oscura, pero también se puso de rodillas y apoyó la frente en el suelo. Deseé tener el cuchillo que Rhysand me había arrebatado, deseé cualquier cosa con la que pudiera matarlo. Dejé de temblar lo suficiente como para oír lo que decía:

—¿Estáis haciendo esto por vosotros o por ella? —preguntó. Después se encogió de hombros, como si no estuviera obligando a humillarse a un alto lord de Prythian—. Estás demasiado desesperado, Tamlin. Resulta... poco atractivo. Cuando te transformaste en alto lord te volviste muy aburrido.

—¿Vas a decírselo a Amarantha? —insistió Tamlin, sin levantar la cara del suelo.

Rhysand sonrió satisfecho.

—Tal vez lo haga, tal vez no.

En un veloz movimiento, demasiado rápido para que yo lo detectase, Tamlin se puso de pie, los colmillos largos, letales, muy cerca de la cara de Rhysand.

—Nada de eso —dijo este, chasqueó la lengua y empujó a Tamlin con una sola mano—. No con una dama presente. —Sus ojos se posaron en mi cara—. ¿Cómo te llamas, amor?

Si le daba mi nombre..., y el nombre de mi familia, provocaría más dolor y más sufrimiento. Tal vez él buscara a mi familia y los arrastrara a Prythian para atormentarlos, solamente para divertirse. Pero era muy capaz de arrancarme el nombre de la mente si dudaba demasiado. Mantuve la mente en calma, en blanco, y solté el primer nombre que me vino a la memoria, una amiga de mis hermanas, una chica a quien yo nunca había dirigido la palabra y cuya cara ni siquiera recordaba.

—Clare Beddor. —Mi voz no era más que un jadeo.

Rhysand se volvió hacia Tamlin, imperturbable frente a la proximidad del alto lord.

—Bueno, esto ha sido muy divertido. En realidad, no me había divertido tanto en años. Ya estoy ansioso por veros a los tres en Bajo la Montaña. Le daré vuestros saludos a Amarantha.

Después, Rhysand se desvaneció en la nada, como si hubiera pasado a través de una grieta del mundo, y nos dejó solos en un silencio horrible, tembloroso.



Capítulo 27

Estaba en la cama, mirando las lagunas de la luz de la luna que se movían en el suelo. Era todo un esfuerzo no seguir pensando en la cara de Tamlin cuando nos ordenó que nos fuéramos, a mí y a Lucien, y cerró la puerta del comedor tras nosotros. Si no hubiera estado tan concentrada en mantenerme de pie, me habría quedado. Pero en mi cobardía me fui corriendo a mi habitación, donde Alis me esperaba con una taza de chocolate caliente. Fue todavía más difícil no recordar el rugido que hizo temblar el candelero y crujir los muebles cuando recorrió la casa como un eco.

No bajé a cenar. No quería saber si habían preparado la comida. No pude obligarme a pintar.

La casa había estado en silencio durante un tiempo, pero la rabia de Tamlin seguía reverberando en la madera, la piedra y el vidrio.

No, no quería pensar en lo que había dicho Rhysand..., no quería pensar en la tormenta creciente de la plaga ni en Bajo la Montaña, si es que ese era el nombre, y en las razones por las que tal vez me viera obligada a ir ahí. Y en Amarantha..., por fin un nombre para la presencia femenina que pesaba sobre todas las vidas que me rodeaban.

Temblaba cada vez que se me ocurría reflexionar sobre el poder que con toda seguridad tenía Amarantha si era capaz de dominar a los altos lores de Prythian. Si tenía a Rhysand atado a una correa y hacía que Tamlin se pusiese de rodillas para impedir que ella se enterara de mi existencia.

La puerta crujió y me senté instantáneamente. La luz de la luna brilló sobre los adornos de oro, pero mi corazón no se tranquilizó cuando Tamlin cerró la puerta y se acercó. Los pasos del alto lord eran lentos, pesados, y no habló hasta que estuvo sentado en el borde de la cama.

—Lo lamento —dijo. Tenía la voz ronca y vacía.

—Está bien —mentí, apretando las sábanas con las manos. Si pensaba demasiado en el asunto, todavía podía sentir en la mente las caricias de las garras del poder de Rhysand.

—No, no está bien —gruñó él, y me tomó una mano, arrancándomela de las sábanas—. Es que... —Bajó la cabeza, suspiró con fuerza y me apretó los dedos con suavidad—. Feyre..., ojalá... —Negó con la cabeza y se aclaró la garganta—. Te voy a mandar a tu casa.

Algo se quebró dentro de mí.

—¿Qué?

—Te voy a mandar a tu casa —repitió él, y aunque su voz sonaba más fuerte ahora, temblaba un poco.

—¿Y los términos del tratado...?

—Yo te tomé como deuda de vida. Si alguien viene a preguntar por las leyes que rompemos, me haré responsable por la muerte de Andras.

—Pero dijiste una vez que no había manera de escapar del asunto... El suriel dijo que no...

Soltó un gruñido.

—Si alguien tiene algún problema con eso, me lo puede decir a mí.

«Y lo hará pedazos, claro.»

Se me encogió el estómago. Dejarlo... Ser libre...

—¿He hecho algo malo...?

Me levantó la mano y la apretó contra su mejilla. Era tan cálido..., como una invitación largo tiempo deseada.

—No has hecho nada. —Volvió la cabeza y me besó la palma—. Has sido perfecta —me murmuró contra la piel, y después bajó mi mano hasta la cama.

—Entonces ¿por qué tengo que irme? —Aparté la mano.

—Porque hay... quienes quieren lastimarte, Feyre. Lastimarte por lo que eres para mí. Pensé que sería capaz de manejarlos, de protegerte de ellos, pero después de hoy... sé que no puedo. Así que tienes que irte a casa, irte lejos. Allá vas a estar segura.

—Yo puedo defenderme sola y...

—No, no puedes —me interrumpió él, y le tembló la voz—. Porque yo no puedo. —Me tomó la cara con las dos manos—. Ni siquiera puedo protegerme a mí mismo contra ellos, contra lo que está pasando en Prythian. —Sentí cada palabra cuando salía de su boca y entraba en mis oídos: una ráfaga caliente, frenética de aire—. Aunque nos enfrentáramos a la plaga..., te cazarían..., ella encontraría una forma de matarte.

—Amarantha. —Tamlin se puso rígido cuando pronuncié ese nombre, pero asintió—. ¿Quién...?

—Cuando llegues a casa —volvió a interrumpirme—, no le digas a nadie la verdad sobre el lugar donde has estado, que crean lo que les contó el hechizo. No les digas quién soy, no les digas dónde

estuviste. Los espías de Amarantha van a estar buscándote.

—No lo entiendo. —Le cogí el brazo y apreté con fuerza—. Cuéntame...

—Tienes que irte a casa, Feyre.

A casa. Aquella ya no era mi casa, era el infierno para mí.

—Quiero quedarme contigo —susurré con voz quebrada—. No me importa el tratado, no me importa la plaga.

Él se pasó una mano por la cara. Los dedos se le contrajeron cuando se encontraron con la máscara.

—Eso ya lo sé.

—Entonces...

—No hay discusión —ladró él, y yo lo miré con rabia—. ¿No lo entiendes? —Se puso de pie con rapidez—. Rhys no ha sido más que el principio. ¿Quieres estar aquí cuando vuelva el attor? ¿Quieres saber qué tipo de criatura le da órdenes al attor? Cosas como el bogge... y otras peores.

—Deja que te ayude...

—No. —Empezó a caminar a un lado y a otro frente a la cama —. ¿No has leído la amenaza entre líneas, hoy?

Yo no la había captado, pero levanté el mentón y crucé los brazos.

—¿Así que me mandas lejos de tu casa porque soy inútil para una pelea?

—Te mando lejos porque me pone enfermo pensar que caigas en sus manos. —Hubo un silencio en el que solo se oía el sonido de su respiración pesada. Se dejó caer en la cama y se apretó los ojos con las palmas de las manos.

Sus palabras hicieron eco en mi cuerpo y fundieron mi rabia; convirtieron todo lo que yo tenía dentro de mí en algo acuoso y frágil.

—¿Cuánto... cuánto tiempo tengo que irme?

No contestó.

—¿Una semana? —No hubo respuesta—. ¿Un mes? —Negó con la cabeza despacio. Sentí que se aflojaban mis labios, pero me obligué a parecer objetiva—. ¿Un año?

Todo ese tiempo lejos de él...

—No lo sé.

—Pero no para siempre, ¿verdad? —Aunque la plaga llegara otra vez a la Corte Primavera, aunque la plaga pudiera acabar conmigo..., yo volvería. Él me colocó un mechón de pelo de la frente. Me aparté —. Supongo que todo va a ser más fácil si me voy —dije sin mirarlo —. ¿Quién quiere a su alrededor a alguien cubierto de espinas?

—¿Espinas?

—Alguien que pincha. Alguien demasiado sensible. Amargo. Alguien que siempre protesta.

Él se inclinó hacia delante y me dio un suave beso.

—No para siempre —respondió con los labios apoyados sobre mi boca. Y aunque yo sabía que eso era mentira, le deslicé los labios por encima del cuello y lo besé.

Él me levantó y me sentó sobre sus rodillas, me sostuvo con fuerza contra él mientras me abría los labios con los suyos. Cuando su lengua entró en mi boca, me sentí bruscamente consciente de cada uno de los poros del cuerpo.

Aunque el horror de la magia de Rhysand seguía retorciéndome por dentro, empujé a Tamlin a la cama, subí sobre él, lo apreté ahí como si de esa forma pudiera impedirle que se fuera, como si pudiera hacer que el tiempo se detuviera por completo. Sus manos se apoyaron sobre mis caderas y el calor de las palmas atravesó la seda del camisón. Mi pelo cayó alrededor de nuestras caras como una cortina. No conseguía besarlo con suficiente velocidad o con una fuerza que pudiera expresar la necesidad que me recorría por dentro.

Gruñó con suavidad y me hizo dar la vuelta con rapidez, me tendió debajo de él mientras me mordía los labios y dejaba un rastro de besos sobre mi cuello.

El mundo entero se redujo al roce de esos labios sobre la piel. Lo único que había más allá de él era un vacío de oscuridad y luz de luna. Se me arqueó la espalda mientras él buscaba el lugar que había mordido una vez y yo le pasaba las manos por el pelo, saboreando esa suavidad sedosa.

Él me recorrió el arco de las caderas y se quedó en el borde de mi ropa interior. El camisón se me había subido hasta la cintura, pero no me importaba. Lo rodeé con las piernas desnudas y le pasé los pies por los músculos duros de las pantorrillas.

Jadeó mi nombre sobre mi pecho, una de sus manos me exploró el torso y llegó arriba, al nacimiento del seno. Temblé, anticipando la sensación de su mano en ese lugar, y su boca encontró la mía de nuevo mientras los dedos se detenían justo debajo del pecho.

Esta vez los besos fueron más lentos, más amables. Las puntas de los dedos de su mano derecha se deslizaron bajo el borde de la ropa interior y contuve la respiración.

Él entonces dudó y retrocedió un poco. Pero le mordí el labio en una orden sin palabras, y Tamlin me gruñó en la boca. Desgarró la puntilla de encaje y la seda y la ropa cayó en pedazos. Su garra se retrajo y el beso se hizo más profundo cuando los dedos se deslizaron entre mis piernas, llamando y buscando. Me restregué contra su mano, dejándome ir por completo hacia la zona salvaje, inquieta, que había rugido dentro de mí, y susurré su nombre contra la piel caliente de su torso.

Hizo una pausa y retiró los dedos, pero yo lo apreté contra mí. Lo deseaba ahora, quería que desaparecieran las barreras de la ropa que había entre nosotros, quería probar el sabor de ese sudor, quería llenarme de él.

—No pares —jadeé.

—Si... —repuso él con voz grave, apoyándome la frente entre los senos mientras temblaba—. Si sigo... no voy a poder parar...

Me incorporé y él me miró, casi no respiraba. Pero yo mantuve los ojos fijos en él, la respiración se me tranquilizó cuando levanté el camisón por encima de mi cabeza y lo arrojé al suelo. Totalmente desnuda frente a él, miré cómo viajaban sus ojos sobre mis pechos desnudos, tensos como picos que se levantan hacia la noche fría, y después hasta mi vientre, hasta lo que había entre mis piernas. Un hambre furiosa, decidida, cruzó por su rostro. Doblé una pierna y la deslicé hacia un costado, una invitación silenciosa. Él soltó un gruñido bajo... y poco a poco, con intensidad de predador, levantó otra vez la vista hasta encontrar mis ojos.

La fuerza completa de ese poder salvaje, implacable, de alto lord estaba puesta en mí, en mí solamente... y sentí la tormenta contenida por debajo de su piel, capaz de arrasar todo lo que yo era, incluso en ese estado de debilidad. Pero confiaba en él, confiaba en mi capacidad para aguantar ese poder increíble. Podía arrojarle todo lo que yo era y él no retrocedería.

—Dámelo todo —dije jadeando.

Él se lanzó, una bestia por fin sin riendas.

Fuimos un remolino de piernas, brazos y dientes y le arranqué el resto de la ropa hasta que estuvo todo en el suelo; después le arañé la piel hasta que le dejé marcada la espalda, los brazos. Había sacado las garras, pero esas armas letales fueron devastadoramente amables sobre mis caderas. Después se deslizó entre mis muslos y me devoró, y se detuvo solo cuando yo temblé y me rendí. Yo gemía su nombre en el momento en que se metió en mí con un empuje poderoso, lento, que hizo que me convirtiera en partículas a su alrededor.

Nos movimos juntos, interminables y salvajes, en llamas, y cuando me dejé caer al abismo por segunda vez, él rugió y se unió a mí.

Me dormí entre sus brazos y horas después, cuando desperté, volvimos a hacer el amor, con intensidad y lentitud, un fuego que ardía despacio frente a la hoguera salvaje que habíamos encendido antes. Una vez que los dos estuvimos satisfechos, jadeando, bañados en sudor, nos quedamos un rato en silencio y respiré el olor terrenal y crujiente de Tamlin. Nunca sería capaz de capturar eso..., nunca podría pintar la sensación y el sabor del alto lord, lo intentara las veces que lo intentase, usara los colores que usase.

Tamlin trazó círculos perezosos sobre mi vientre plano y murmuró:

—Deberíamos dormir. Tienes un viaje muy largo por delante mañana.

—¿Mañana? —Me senté en la cama, la espalda recta, y no me importó estar desnuda, no después de que él lo hubiera visto todo, probado el sabor de todo.

Su boca era una línea fina.

—Al amanecer.

—Pero es...

Él se sentó con un movimiento ágil.

—Por favor, Feyre.

«Por favor.» Tamlin se había inclinado hasta el suelo frente a Rhysand. Por mí. Se alejó hacia el borde de la cama.

—¿Adónde vas?

Me miró por encima del hombro.

—Si me quedo, no vas a poder dormir nada.

—Quédate —le dije—. Prometo no hacer nada con las manos. —Mentira..., una mentira absoluta.

Él me sonrió a medias, una sonrisa que me dijo que también lo sabía, pero volvió a acostarse e hizo un nido para mí entre sus brazos. Pasé un brazo sobre su cintura y apoyé la cabeza en el hueco de su hombro.

Me acarició el pelo con calma. No quería dormirme, no quería desperdiciar ni un minuto, pero un cansancio inmenso me estaba llevando lejos de la conciencia hasta que lo único que noté fue el

roce de sus dedos en el pelo y el sonido de su respiración.

Tenía que marcharme. Justo cuando ese lugar se había convertido en algo más que un santuario, justo cuando la orden del suriel se había convertido en una bendición y Tamlin en mucho mucho más que un salvador o un amigo...

Me iba. Tal vez pasarían años hasta que volviera a ver esa casa, años hasta que oliera el perfume de la rosaleda, hasta que viera de nuevo esos ojos con puntos dorados. Me sentía en casa, sí, esa era mi casa.

Cuando la conciencia me abandonó por fin, pensé que lo oía hablar, la boca cerca de mi oído.

—Te amo —susurró, y me besó la frente—. Con espinas y todo. —Se había ido cuando me desperté y supuse que lo había soñado.



Capítulo 28

No hay mucho que decir sobre los preparativos para el viaje y las despedidas. Me sorprendí cuando Alis me vistió con una ropa muy distinta de las que elegía siempre..., algo lleno de volantes y apretado e incómodo en los peores lugares. Una moda entre los ricos mortales, sin duda. El vestido estaba hecho con capas de seda de color rosa pálido y adornado con puntillas blancas y azules. Me puso un abrigo corto, ligero, de lino blanco, y encima de la cabeza un absurdo sombrerito de color marfil, sin duda solo un adorno. Pensé que hasta me daría una sombrilla que hiciera juego.

Se lo dije a Alis y ella chasqueó la lengua.

—¿Cómo es que no hay llanto en la despedida?

Yo tironeé de los guantes, inútiles y endebles.

—No me gustan las despedidas. Si pudiera, me iría por la puerta sin decir nada.

Alis me miró profundamente.

—A mí tampoco me gustan las despedidas.

Me dirigí hacia la puerta, y a pesar de mí misma, dije:

—Espero que puedas estar con tus sobrinos muy pronto.

—Haced todo lo que podías con vuestra libertad —fue lo único que dijo ella. Cuando bajé encontré a Lucien, que se burló de mi vestimenta en cuanto me vio.

—Esa ropa es suficiente para convencerme de que jamás quiero ir al reino humano.

—No estoy segura de que el reino humano supiera qué hacer contigo —repliqué yo.

La sonrisa de Lucien era nerviosa, sus hombros estaban tensos cuando miró detrás de mí, donde esperaba Tamlin junto a un carruaje dorado. Cuando este se dio la vuelta, él entrecerró el ojo metálico.

—Creí que eras más inteligente.

—Adiós a ti también —dije. No era algo que yo hubiese elegido, no era mi culpa que me hubieran ocultado la parte más importante del conflicto. Aunque no habría podido hacer nada contra la plaga, o contra las criaturas invasoras, o contra Amarantha..., fuera quien fuese ella.

Lucien negó con la cabeza y su cicatriz se hizo más visible bajo el sol brillante. Se acercó caminando hacia Tamlin, a pesar del gruñido de advertencia del alto lord.

—¿Ni siquiera vas a darle unos días más? ¿Unos pocos... antes de mandarla de vuelta a ese basurero humano? —exigió saber.

—Esto no está en discusión —ladró Tamlin, señalando hacia la casa—. Te veré en el almuerzo.

Lucien lo miró un momento con los ojos muy abiertos, escupió en el suelo y volvió a subir la escalera furioso. Tamlin dejó que se fuera.

Si hubiera pensado un poco más en las palabras de Lucien tal vez le habría gritado algo, pero... el pecho se me vació cuando estuve frente a Tamlin junto al carruaje dorado, las manos cubiertas de sudor bajo los guantes.

—Recuerda lo que te dije —manifestó con preocupación. Asentí con la cabeza. Estaba demasiado ocupada memorizando las líneas de su cara para contestarle. ¿Se refería a lo que yo creía que él me había dicho esa noche..., que me amaba? Me moví sin cambiar de lugar; los pies ya me dolían en los zapatitos de charol blanco que me había impuesto Alis—. El reino mortal sigue siendo seguro... para ti, para tu familia. —Asentí nuevamente, preguntándome si estaba intentando persuadirme de que abandonara nuestro territorio, de que navegara hacia el sur, pero era consciente de que me negaría a estar tan lejos del muro, tan lejos de él. Que volver con mi familia era la mayor distancia que estaba dispuesta a permitir entre los dos.

—Mis cuadros... son tuyos —dije, porque no se me ocurría nada mejor que expresara mis sentimientos, que explicara lo mucho que me dolía que me estuviera enviando lejos y el terror que me causaba el carruaje que se elevaba junto a mí como un monstruo.

Me levantó el mentón con un dedo.

—Vamos a volver a vernos. —Me besó y se apartó con rapidez. Tragué saliva, luchando contra el escozor que sentía en los ojos—. Te amo, Feyre.

Giré en redondo antes de que se me nublara la vista, pero él estaba ahí para ayudarme a subir al opulento carruaje. Miró cómo me sentaba a través de la puerta abierta; su cara era una máscara de calma.

—¿Lista?

No, no, yo no estaba lista, no después de la noche anterior, no después de todos esos meses. Pero asentí. Si Rhysand volvía, si esa Amarantha era una amenaza tan grande, si yo era tan solo alguien más a quien Tamlin tuviera que defender..., tenía que irme.

Cerró la puerta, me encerró dentro con un clic que resonó en todo mi cuerpo. Se inclinó sobre la ventana abierta para acariciarme la mejilla, y yo habría jurado que sentí cómo se me quebraba el corazón. El cochero hizo restallar el látigo.

Los dedos de Tamlin me rozaron la boca. El carruaje dio un salto cuando los seis caballos blancos empezaron a andar. Me mordí el labio para evitar que temblara.

Tamlin me sonrió una última vez.

—Te amo —dijo, y dio un paso atrás.

Yo debería haberlo dicho, debería haber dicho esas palabras, sí. Pero se me atragantaron en la garganta... por lo que él tenía que afrontar, porque tal vez él no volviera a buscarme a pesar de su promesa, porque por debajo de todo eso él era un inmortal y yo envejecería y moriría. Tal vez él estuviera siendo sincero ahora, tal vez la noche anterior había sido tan inquietante para él como para mí, pero no quería convertirme en un problema. No quería ser otro peso sobre esos hombros.

Así que no dije nada mientras el carruaje se alejaba. Y no miré atrás cuando cruzamos las puertas de la mansión y entramos en el bosque.

Apenas lo hicimos, me llegó a la nariz el olor de la magia y me sentí arrastrada hacia un sueño profundo. Estaba furiosa cuando me desperté. Me preguntaba por qué había sido necesario ese hechizo, pero el aire estaba lleno del ruido poderoso de los cascos contra los adoquines de la calle. Me froté los ojos, miré por la ventana y vi un sendero que ascendía por una ladera flanqueado de plantas y flores. Nunca había estado allí.

Traté de captar todos los detalles que pudiera mientras el carruaje se detenía frente a un castillo de mármol blanco y techos de color esmeralda..., casi tan grande como la mansión de Tamlin.

Las caras de los sirvientes que se acercaron me eran desconocidas, y mantuve una expresión impávida mientras tomaba la mano del lacayo y salía del carruaje.

Humano. Él era totalmente humano, con esas orejas redondas, esa cara enrojecida, esa ropa.

Los otros sirvientes también eran humanos, todos inquietos, para nada parecidos a la completa tranquilidad con la que se movían los altos fae. Criaturas sin gracia, no terminadas, criaturas terrenales de sangre.

Los sirvientes me miraban pero no se acercaban..., incluso se alejaban. ¿Tan fabuloso era mi aspecto? Me erguí frente al despliegue de movimiento y colores que salía por la puerta principal.

Reconocí a mis hermanas antes de que ellas me vieran. Vinieron hacia mí arreglándose los suntuosos vestidos, las cejas levantadas con sorpresa frente a ese carruaje dorado.

La sensación de hundimiento que tenía en el pecho empeoró bruscamente. Tamlin había dicho que se estaba ocupando de mi familia, pero eso...

Nesta habló primero. Hizo una reverencia profunda. Elain la imitó después.

—Bienvenida a nuestra casa... —dijo Nesta en un tono un poco inexpresivo, los ojos clavados en el suelo—, lady...

Yo solté una risa aguda.

—Nesta... —dije, y ella se puso rígida. Volví a reírme—. ¿No reconoces a tu propia hermana?

Elain jadeó.

—¿Feyre? —Dio un paso hacia mí, pero se detuvo—. Entonces, ¿qué ha pasado con la tía Ripleigh? ¿Está...? ¿Murió?

Esa era la historia, recordé: que yo había ido a cuidar a una tía rica, perdida hacía ya mucho tiempo. Asentí. Nesta examinó mi ropa y el carruaje; las perlas que le adornaban el pelo castaño dorado brillaron a la luz del sol.

—Te dejó su fortuna —dijo después con simpleza. No era una pregunta.

—¡Deberías habernos avisado, Feyre! —dijo Elain, que seguía con la boca abierta—. Ah, qué horrible... Estuviste sola allí cuando murió, pobre... Papá se va a sentir muy mal cuando sepa que no pudo ir al funeral y presentarle sus respetos.

Cosas tan... tan simples: parientes que se mueren, fortunas que se heredan y mostrar respeto. Y sin embargo... se alejó de mí un peso que yo ni siquiera sabía que sentía. Esas eran las únicas cosas que les preocupaban.

—¿Por qué estás tan callada? —dijo Nesta. Seguía manteniendo la distancia.

Había olvidado la inteligencia de sus ojos, su frialdad. Mi hermana mayor estaba hecha de otro material, algo más duro y más fuerte que huesos y sangre. Era tan diferente como yo de los humanos que la rodeaban.

—Me... me alegro de ver cómo han mejorado las cosas por aquí —me las arreglé para decir—. ¿Qué pasó? —El conductor, que llevaba un hechizo para parecer humano, sin ninguna máscara a la vista, empezó a bajar las maletas y a entregárselas al lacayo. No me había dado cuenta de que Tamlin había ordenado también hacer mi equipaje.

Elain sonrió de oreja a oreja.

—¿No recibiste nuestras cartas? —No recordaba, o tal vez ni siquiera sabía que, de todos modos, yo no hubiera sido capaz de leerlas. Cuando negué con la cabeza, se quejó de la inutilidad del correo, y después dijo—: ¡Ah, no lo vas a creer! Casi una semana después de que te fueras a cuidar a la tía Ripleigh, llegó un desconocido y le pidió a papá que tomara parte en un negocio que estaba llevando a cabo... Papá dudó porque la oferta era demasiado buena, pero el desconocido insistió tanto que papá aceptó. Y el hombre le dio un baúl de oro ¡solamente por aceptar! En un mes el hombre había duplicado la inversión, y desde ese momento el dinero entró a raudales. ¿Y sabes qué? ¡Encontraron los barcos que se habían hundido en Bharat! ¡Enteros, con todas las ganancias de papá!

Tamlin... Tamlin había hecho todo eso por ellos. Traté de no pensar en el creciente vacío que sentía en el pecho.

—Pareces tan sorprendida como nosotras, Feyre —dijo Elain, y me dio el brazo—. Ven, pasa. ¡Vamos a mostrarte la casa! No tenemos una habitación decorada para ti porque pensábamos que ibas a estar con la pobre tía Ripleigh unos meses más, pero tenemos tantos dormitorios que, si quisieras, podrías dormir en uno diferente cada noche...

Observé a Nesta por encima del hombro; mi hermana me vigilaba con una mirada carente de expresión. Así que no se había casado con Tomas Mandray, después de todo.

—Papá se va a desmayar cuando te vea —parloteó Elain, dándome palmaditas en la mano mientras me escoltaba hacia la puerta principal—. ¡O quizá dé un baile en tu honor!

Nesta nos siguió. Una presencia callada, al acecho. No quería saber lo que estaba pensando mi hermana. No estaba segura de si sentirme furiosa o aliviada frente al hecho de que se las hubieran arreglado tan bien sin mí... Me preguntaba si Nesta no sentiría lo mismo.

Los cascos de los caballos sonaron sobre los adoquines y el carruaje empezó a bajar por el sendero de entrada, alejándose de mí, de vuelta hacia mi verdadero hogar, de vuelta hacia Tamlin. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no correr tras él.

Tamlin me había dicho que me amaba y yo había comprobado la verdad de esa declaración cuando hicimos el amor; y después él me había enviado lejos para ponerme a salvo, me había liberado del tratado. Porque la tormenta que estaba a punto de desatarse sobre Prythian, fuera lo que fuese, sería tan brutal que ni siquiera un alto lord podría hacerle frente.

Tenía que quedarme: lo más inteligente era quedarme donde estaba. Pero no conseguía dominar la sensación de que, a pesar de las órdenes de Tamlin, había cometido un error muy muy grande al

aceptar irme, y esa sensación era como una sombra cada vez más oscura dentro de mí. «Quédate con el alto lord», había dicho el suriel. Su único consejo.

Borré la idea de mi mente cuando vi a mi padre llorar y propuso dar un baile en mi honor. Y aunque yo sabía que la promesa que le había hecho a mi madre estaba cumplida, aunque sabía que ya estaba libre de esa promesa y que mi familia siempre estaría bien cuidada..., la sombra creciente, cada vez más larga, era un peso sobre mi corazón.



Capítulo 29

Inventar historias sobre el tiempo que había pasado con la tía Ripleigh me exigió un esfuerzo mínimo. Dije que le leía todos los días, que me había enseñado cómo comportarme desde su lecho de enferma y que la había cuidado hasta que, hacía quince días, había muerto dejándome toda su fortuna.

¡Y vaya fortuna!: los baúles que me acompañaban no contenían ropa solamente; varios estaban llenos de oro y joyas. No joyas talladas, sino piezas en bruto, enormes, que hubieran podido comprar mil mansiones.

Papá estaba haciendo el inventario de esas joyas. Se había encerrado en el estudio que daba al jardín, donde estábamos sentadas en la hierba con Elain. Lo veía a través de la ventana,

inclinado sobre el escritorio con una pequeña balanza pesando un rubí en bruto del tamaño de un huevo de pato. Se le había aclarado la vista de nuevo y se movía con una gran precisión, una vitalidad que no había visto en él desde antes de la decadencia familiar. Hasta la cojera le había mejorado como por milagro con un tónico y un ungüento que un sanador desconocido de paso por la aldea le había entregado sin cobrarle nada. Habría quedado en deuda con Tamlin solamente por ese regalo.

Ya no se lo veía con los hombros caídos ni con la vista baja, nublada. Ahora papá sonreía con libertad, se reía con facilidad, y siempre estaba mimando a Elain, que a su vez lo mimaba a él. Nesta, en cambio, todo el tiempo estaba callada y vigilante, nunca contestaba a Elain con más de una palabra o dos.

—Esos bulbos —dijo Elain, y señaló con una mano enguantada un grupo de flores rojas y blancas— provienen de los campos de tulipanes del continente. Papá prometió que la próxima primavera me va a llevar a verlos. Dice que hay kilómetros y kilómetros de esos campos llenos de flores. —Le dio unas palmaditas al suelo fértil, oscuro. El jardincito debajo de la ventana era suyo: había elegido cada uno de los brotes y los arbustos y los había plantado con sus propias manos; no quería que nadie más lo cuidase. Hasta regaba y sacaba las malas hierbas. Aunque, admitió, los sirvientes la ayudaban a llevar los pesados baldes de agua. Se habría maravillado si hubiese estado frente a esas flores que nunca se secaban en la Corte Primavera, habría llorado frente a los jardines a los que yo me había acostumbrado.

—Deberías venir conmigo —siguió Elain—. Nesta no quiere porque dice que no le apetece arriesgarse a cruzar el mar, pero tú y yo... Ah, lo pasaríamos muy bien, ¿no crees?

La observé de perfil. Mi hermana sonreía satisfecha..., más bonita que nunca, incluso con ese vestido sencillo de muselina que usaba para las tareas de jardinería. Tenía las mejillas rojas debajo del sombrero grande y holgado.

—Creo... creo que me gustaría ver el continente —dije.

Eso era cierto, me di cuenta en ese momento. Había tanto en el mundo que no había visto, que ni siquiera había pensado en visitar. Que ni siquiera había podido soñar con visitar.

—Me sorprende que estés tan ansiosa por irte la próxima primavera —dije—. ¿La primavera no es justo la mitad de la temporada? —La temporada de actos sociales, que aparentemente había terminado hacía apenas unas semanas, llena de fiestas, bailes y almuerzos, y chismes, chismes, chismes. Elain me había contado todo eso en la cena de la noche anterior, sin notar que para mí suponía un esfuerzo tragarme la comida. La carne, el pan, las verduras, todo era igual, y todo era ceniza cuando me llegaba a la boca, ceniza cuando lo comparaba con lo que había comido en Prythian—. Y me sorprende que no tengas una fila de pretendientes en la puerta, de rodillas, pidiendo tu mano.

Elain se puso roja pero clavó la palita en el suelo para sacar un hierbajo.

—Sí..., bueno, habrá otras temporadas. Nesta no te lo ha dicho, pero esta temporada ha sido... algo rara.

—¿De qué manera?

Ella encogió los hombros delgados.

—Todos actuaban como si hubiéramos estado enfermos durante ocho años o nos hubiéramos ido de viaje a un país lejano..., no a unos pocos pueblos de distancia, en esa choza. Es como si lo hubiéramos soñado todo..., lo que nos pasó en esos años, quiero decir. Nadie comentaba una sola palabra de eso.

—¿Y tú pensabas que iban a decir algo? —Si éramos tan ricos como sugería la casa, seguramente había muchas familias dispuestas a olvidar la mancha de nuestra anterior pobreza.

—No..., pero me hizo... me hizo desear volver a esos años, a pesar del hambre y el frío. Esta casa parece tan grande a veces, y papá siempre está ocupado, y Nesta... —Miró por encima del hombro hacia mi hermana mayor, que estaba junto a un árbol retorcido, contemplando el vasto territorio de nuestras tierras. La noche anterior, Nesta casi no me había dirigido la palabra, y no me

había hablado en absoluto durante el desayuno. A mí me había sorprendido que se nos uniera en el jardín, pero se quedó junto al árbol casi todo el tiempo—. Nesta no terminó la temporada. No quiso decirme por qué. Empezó a rechazar todas las invitaciones. Ya casi no habla con nadie y me siento muy mal cuando mis amigos vienen de visita, porque ella los incomoda mucho cuando los mira de esa forma... —Elain suspiró—. Tal vez podrías hablar con ella.

Pensé en decirle a Elain que Nesta y yo no habíamos tenido una conversación civilizada en años, pero entonces, ella agregó:

—Fue a verte, no sé si lo sabes...

Yo parpadeé y la sangre se me heló en las venas.

—¿Qué?

—Bueno, se fue solamente una semana y dijo que se le estropeó el carruaje cuando no había hecho ni la mitad del camino, y que por eso volvió. Pero claro, tú no lo sabes, nunca recibiste las cartas.

Miré a Nesta, de pie, tan quieta bajo las ramas; la brisa del verano moviendo la falda de su vestido. ¿Me había ido a buscar y se lo había impedido la magia, un hechizo que le había lanzado Tamlin?

Me volví hacia el jardín y descubrí que Elain tenía los ojos fijos en mí.

—¿Qué?

Elain negó con la cabeza y continuó arrancando hierbajos.

—Pareces... Estás tan diferente. Incluso suenas diferente.

Era verdad. La noche anterior me había costado creer a mis propios ojos cuando me vi en un espejo del vestíbulo. Tenía la misma cara, pero había... había un brillo en mí, una especie de luz que era casi indetectable. Sabía sin ninguna duda que eso era por haber pasado un tiempo en Prythian, que toda esa magia se me había pegado de alguna forma. Temía el día en que se desvanecería para siempre.

—¿Pasó algo en casa de tía Ripleigh? —preguntó Elain—. ¿Conociste... a alguien?

Me encogí de hombros y arranqué del suelo una mala hierba que crecía cerca de mi mano.

—Buena comida y mucho descanso, eso solamente.

Pasaron los días. La sombra que llevaba dentro de mí siguió teniendo el mismo peso; aborrecía hasta la idea de pintar. En lugar de eso, pasaba casi todo el tiempo con Elain en su jardincito. Me sentía satisfecha con solo escuchar cómo hablaba acerca de cada arbusto, cada flor, acerca de sus planes para empezar otro jardín cerca del invernadero, tal vez una huerta si conseguía aprender lo suficiente sobre cómo trabajarla en los próximos meses.

En ese lugar de la casa, Elain parecía llena de vida y tenía una alegría contagiosa. No había sirviente o jardinero que no le sonriera, y hasta la cocinera en jefe, siempre cortante, buscaba excusas para llevarle platos de galletas y tartas en distintos momentos del día. A mí me maravillaba que todos esos días de pobreza no le hubieran robado la luz. Tal vez la habían entristecido un poco, pero ella era generosa, cariñosa y estaba llena de amabilidad; una mujer que a mí me enorgullecía conocer y llamar hermana.

Papá terminó de contabilizar mis joyas y el oro. Yo era extraordinariamente rica. Invertí un pequeño porcentaje en sus negocios, y cuando vi la suma impresionante que me quedaba, hice que me entregara varias bolsas de dinero y salí de la mansión con ellas en las manos.

La mansión quedaba a solo cinco kilómetros de nuestra choza derruida y el camino me era conocido. No me importó que el ruedo del vestido se ensuciara en el lodo del sendero embarrado. Me gustaba escuchar el viento en los árboles y oír el susurro de la hierba alta. Si me dejaba ir lo suficiente en mis recuerdos, conseguía imaginarme en una caminata con Tamlin a través de los bosques.

No tenía razones para creer que volvería a verlo pronto, pero cada noche me iba a la cama rezando para despertarme en su mansión o recibir un mensaje pidiéndome que volviera a su lado.

Pero mucho peor que mi desilusión porque nada de eso había sucedido era el miedo terrible, insistente, que sentía cuando pensaba que él estaba en peligro, que Amarantha, fuera quien fuese, le haría daño de alguna forma.

«Te amo.» Casi oía esas palabras, casi lo oía diciéndolas, casi veía la luz del sol sobre su cabello dorado, sobre el verde deslumbrante de sus ojos. Casi sentía su cuerpo apretado contra el mío, los dedos de él sobre mi piel.

Llegué a una curva en el camino, una de esas curvas que conocía tanto que habría podido recorrerla con los ojos cerrados, y ahí estaba.

Tan pequeña..., era tan pequeña la que había sido nuestra choza. El antiguo jardín de Elain era un montón de hierbajos y algunas flores silvestres, y las marcas para alejar a los inmortales seguían talladas en el umbral de piedra. Habían reemplazado la puerta principal —destruida la última vez que yo la había visto—, pero uno de los paneles de las ventanas circulares seguía roto. El interior estaba oscuro, y en el suelo no se veían marcas de ningún tipo.

Volví a recorrer el sendero invisible que había seguido todas las mañanas a través de la hierba alta, desde la puerta de la casa hasta la línea de árboles. El bosque..., mi bosque.

Me había parecido tan terrorífico entonces, tan letal, hambriento y brutal. Y ahora parecía... de lo más normal.

Volví a mirar esa casa oscura, triste, el lugar que había sido una prisión para mí. Elain me había dicho que la extrañaba, y yo me pregunté qué veía ella cuando miraba la choza. Me pregunté si vería un refugio en lugar de una prisión, un refugio contra un mundo que tan pocas cosas buenas tenía... Aunque ella siempre había tratado de encontrarlas, a pesar de que a mí ese intento me pareciera tonto e inútil.

Ella había mirado esa choza con esperanza; yo la había mirado con odio. Ahora sabía cuál de las dos era la más fuerte.



Capítulo 30

Tenía algo más que hacer antes de volver a la mansión de mi padre. Los aldeanos que alguna vez se habían burlado de mí o me habían ignorado se me quedaron mirando con la boca abierta, y algunos se cruzaron en mi camino para preguntar por mi tía y mi fortuna. Fui firme y cortés, aunque me negué a conversar con ellos, a ofrecerles nada que pudieran usar como chisme más tarde. Pero de todos modos me llevó tanto tiempo llegar a la parte pobre de la aldea que para cuando llamé a la puerta de la primera choza casi en ruinas, estaba exhausta.

Los pobres de nuestra aldea no hicieron preguntas en cuanto les entregué las bolsitas de plata y oro. Trataron de rehusarlas, algunos ni siquiera me reconocieron, pero yo les dejé el dinero de

todos modos. Era lo menos que podía hacer.

Mientras volvía a la mansión de mi padre me crucé con Tomas Mandray y sus compinches; estaban ahí, sin hacer nada, junto a la fuente de la aldea. Charlaban sobre una casa que se había quemado hasta los cimientos con una familia atrapada en su interior hacía una semana, y se preguntaban si no habría algo que rescatar de entre las cenizas. Tomas me miró durante un largo rato, los ojos pegados a mi cuerpo y una media sonrisa que ya le había visto ofrecer a las chicas de la aldea unas cien veces. ¿Por qué había cambiado de idea mi hermana? Lo miré sin bajar los ojos y seguí adelante.

Ya estaba casi fuera del pueblo cuando la risa de una mujer tintineó sobre las piedras, y al girar en una esquina me encontré cara a cara con Isaac Hale y una joven regordeta que tenía que ser su nueva esposa. Iban del brazo, los dos sonreían, los ojos encendidos desde dentro.

La sonrisa de él se quebró cuando me vio.

Humano..., parecía tan humano con esos miembros flacos, esa figura simple y agradable, pero la sonrisa que tenía un momento antes lo había transformado en otra cosa.

La esposa nos miró a los dos, tal vez algo nerviosa. Como si lo que ella sentía por él, fuera lo que fuese —el amor que yo había visto brillar en esa cara—, fuera tan nuevo, tan inesperado, que temía que se acabara en cualquier momento. Educadamente, Isaac inclinó la cabeza para saludarme. La última vez que lo había visto no era más que un chico; sin embargo, la persona que ahora se me acercaba era distinta... Fuera cual fuese el sentimiento que había florecido entre él y su esposa lo había convertido en un hombre.

Nada..., no había nada en mi corazón ni en mi alma para él, nada excepto una vaga sensación de gratitud.

Después de unos pocos pasos nos dejamos atrás. Le sonreí a él, les sonreí a los dos, e incliné la cabeza mientras le deseaba el bien con todo mi corazón.

El baile que mi padre daba en mi honor se llevaría a cabo dentro de unos días y la casa ya era un frenesí de actividad. Tanto dinero malgastado en cosas que nunca, en ningún momento, habíamos soñado con volver a tener. Le habría rogado que no lo desperdiciara en eso, pero Elain era la encargada de planificarlo y de conseguirme un vestido en el último momento y... bueno, era solamente una noche. Una noche en la que tendría que tolerar a personas que nos habían cerrado la puerta y nos habían dejado morir de hambre durante años.

El sol estaba cerca del horizonte cuando dejé el trabajo de ese día: cavar un parterre cuadrado para la nueva huerta de Elain. Los jardineros se habían horrorizado cuando una persona más de la familia había elegido esa actividad..., como si nosotras fuéramos a hacerlo todo y eso significara que pensábamos dejarlos sin trabajo. Les aseguré que no tenía buena mano para las plantas y que lo único que quería era tener algo que hacer durante el día.

Pero todavía no sabía qué haría con mi semana, o mi mes, o lo que viniera después, fuera el tiempo que fuese. Si la plaga seguía creciendo al otro lado del muro, si esa Amarantha mandaba a sus criaturas para aprovecharse de ello... Era difícil no concentrarme en la sombra que había en mi corazón, la sombra que me seguía paso a paso. No había tenido ganas de pintar desde mi llegada, y el lugar desde el que venían todos los colores, las formas y las luces estaba quieto, callado y triste dentro de mí. Pronto, me dije. Pronto compraría pintura y empezaría de nuevo.

Clavé la pala en el suelo y puse el pie encima. Descansé un momento. Tal vez los jardineros se habían horrorizado cuando vieron la túnica y los pantalones que me había puesto. Uno de ellos salió corriendo y me ofreció uno de esos sombreros grandes, holgados, que usaba Elain. Lo acepté solo para complacerlos, pues tenía la piel tostada y pecosa por los meses que había pasado dando vueltas por las tierras de la Corte Primavera.

Observé mis manos, aferradas a la parte superior de la pala. Callosas y llenas de cicatrices, líneas de suciedad bajo las uñas. Seguramente se horrorizarían si me veían cubierta de manchas de pintura.

—Aunque te las lavaras, no habría forma de esconderlo —dijo Nesta detrás de mí. Llegaba caminando desde el árbol bajo el que le gustaba sentarse—. Para hacer vida social tendrías que usar guantes y no sacártelos nunca.

Llevaba puesto un vestido sencillo, de color lavanda claro; el pelo recogido a medias y suelto detrás en una cortina dorada. Hermosa, imperial, serena como una de las altas fae.

—Tal vez no quiero entrar en el mundo de los círculos sociales de esta aldea —dije, volviendo a mirar la pala.

—Entonces ¿por qué te molestas en quedarte? —Una pregunta aguda, fría.

Hundí la pala en la tierra; me dolieron los brazos y la espalda cuando tiré a un lado una palada de tierra oscura y hierba.

—Es mi casa, ¿verdad?

—No, no es tu casa —dijo ella directa. Volví a meter la pala en la tierra con un golpe seco—. Yo creo que tu casa está en algún lugar, muy lejos.

Me detuve. Dejé la pala en el suelo y me di la vuelta despacio para quedar frente a ella.

—La casa de la tía Ripleigh...

—No hay ninguna tía Ripleigh. —Nesta metió la mano en el bolsillo y tiró algo a la tierra removida.

Era un pedazo de madera, como si lo hubieran arrancado de algún sitio. Pintado sobre la superficie había un brote de viña y unas flores de dedalera. Flores pintadas en un tono de azul que no era el correcto.

Perdí el aliento. Todo ese tiempo..., todos esos meses...

—El truquito de tu bestia no funcionó conmigo —dijo ella con un filo de acero implacable en la voz—. Aparentemente, para que el hechizo no funcione, lo único que hace falta es una voluntad de

hierro. Así que vi cómo papá y Elain pasaban de la histeria y el llanto desatado a nada de nada. Tuve que oírlos hablar de la suerte que habías tenido, lo bueno que había sido que te hubieran mandado llamar de la casa de una tía inventada, qué desastre que un viento fuerte de invierno hubiera destruido la puerta. Y pensé que me había vuelto loca..., pero cada vez que lo pensaba, miraba esa parte pintada de la mesa, las marcas de las garras más abajo, y sabía que el problema no estaba en mi cabeza.

Nunca había oído decir que un hechizo pudiera fracasar así. Pero la mente de Nesta siempre había sido solamente suya. Había levantado a su alrededor paredes tan fuertes, de hierro y acero y madera de fresno, que hasta la magia de un alto lord se había quebrado contra ellas.

—Elain dijo... dijo que habías ido a visitarme. Que lo intentaste...

Nesta soltó un resoplido, la cara seria y llena de esa furia que se contiene durante mucho tiempo, una furia que ella nunca había dominado.

—Él te llevó hacia la noche y dijo no sé qué estupidez sobre el tratado. Y después todo siguió adelante, como si nunca hubiera pasado nada. No estuvo bien. Nada de eso estuvo bien.

Las manos me cayeron a los costados.

—Trataste de buscarme —dije—. Fuiste hasta Prythian a buscarme.

—Llegué hasta el muro. No encontré un lugar por dónde pasar. —Levanté una mano temblorosa y me la llevé a la garganta.

—¿Caminaste dos días hasta allí y dos días de vuelta... a través del bosque, en invierno?

Ella se encogió de hombros mirando la astilla que había arrancado de la mesa.

—Le pagué a esa mercenaria de la aldea para que me llevara. Una semana después de que te fueras. Con el dinero de la piel del lobo. Ella era la única que parecía... bueno, que me creía.

—¿Hiciste eso... por mí?

Los ojos de Nesta, mis ojos, los ojos de nuestra madre, se encontraron con los míos.

—Aquello no estuvo bien —dijo de nuevo. Tamlin se había equivocado cuando hablamos sobre ello: si mi padre iría a buscarme alguna vez..., si mi padre no tenía el coraje, no tenía esa rabia. Como mucho, le habría pagado a alguien para que lo hiciera. Pero Nesta lo había hecho, con la mercenaria. Mi hermana odiosa, fría, había estado dispuesta a enfrentarse a Prythian para rescatarme.

—¿Qué pasó con Tomas Mandray? —le pregunté. Mis palabras salieron estranguladas.

—Me di cuenta de que no iba a acompañarme a salvarte de Prythian. —Y para ella, con ese corazón rabioso, que no cedía, ese descubrimiento había sido una línea imposible de cruzar.

Miré a mi hermana, la miré en serio, esa mujer que no toleraba a los aduladores que la rodeaban ahora, que nunca había pasado un día en el bosque pero se había metido en territorio de lobos... Que había envuelto la pérdida de nuestra madre, después de la ruina, en una rabia congelada y una enorme amargura, porque ese enfado había sido una línea para aferrarse a la vida; la crueldad, un alivio. Pero a ella le había importado, sí, en el fondo le había importado, y tal vez amaba con mayor ferocidad de lo que yo comprendía, más profundamente y con mayor lealtad.

—Tomas nunca te mereció —dije con suavidad.

Mi hermana no sonrió, pero una luz brilló en esos ojos entre grises y azules.

—Cuéntame todo lo que pasó —me dijo. Fue una orden, no una petición.

Así que lo hice.

Y cuando terminé la historia, Nesta se me quedó mirando un largo rato y después me pidió que la enseñara a pintar.

Enseñar a pintar a Nesta fue tan placentero como yo esperaba y nos dio una excusa para evitar los sectores más frenéticos de la casa, cada vez más caótica a medida que se acercaba la fecha del baile. Era fácil conseguir pinturas y otros materiales, pero explicarle mi manera de pintar, convencerla de que expresara lo que tenía en la mente, en su corazón... no lo era tanto. Por lo menos copiaba mis pinceladas con mano sólida y precisa.

Cuando salimos de la habitación tranquila que habíamos preparado, las dos manchadas de pintura y de carbón, en el castillo estaban terminando los preparativos. Había lámparas de cristales de colores en el largo sendero de entrada, y dentro, guirnaldas y adornos de flores de todos los colores en todas partes. Hermoso. Elain había seleccionado las flores en persona, una por una, y había dado instrucciones al personal para colocarlas en ese orden.

Nesta y yo nos deslizamos escaleras arriba, pero cuando llegamos al descansillo aparecieron mi padre y Elain, cogidos del brazo.

La cara de Nesta se tensó. Mi padre murmuraba alabanzas a Elain, que le sonreía iluminada, y le apoyaba la cabeza en el hombro. Y yo me alegré por ellos, por la comodidad y la facilidad de la vida que vivían, por la alegría en las caras de mi padre y de mi hermana. Sí, tenían sus pequeñas penas, pero los dos parecían tan..., tan relajados.

Nesta cruzó el vestíbulo y yo la seguí.

—Hay días —dijo ella cuando pasamos por la puerta hacia su habitación, que estaba justo frente a la mía— en que me dan ganas de preguntarle a papá si se acuerda de los años en que casi nos morimos de hambre.

—Tú te gastabas cada una de las monedas que entraban en casa —le recordé yo.

—Sabía que tú podías conseguir más. Y si no, entonces quería ver si él iba a intentar hacerlo en lugar de ponerse a tallar esas piezas de madera. Quería ver si realmente iba a pelear por nosotras.

Yo no podía ocuparme de nosotros, no como lo hacías tú. Y te odiaba por eso. Pero a él lo odiaba más. Lo sigo odiando.

—¿Él lo sabe?

—Siempre ha sabido que lo odio, incluso antes de que fuéramos pobres. Él dejó que mamá se muriera... Tenía una flota de barcos a su disposición para buscar una cura en cualquier parte del mundo; podría haberle pagado a alguien para que entrara en Prythian y les rogara a los inmortales que nos ayudasen. Pero la dejó morir...

—Él la amaba, Nesta..., lloró por ella. —Pero yo no sabía cuál era la verdad... Tal vez las dos lo eran.

—La dejó morir. Tú irías hasta el fin del mundo para salvar a tu alto lord.

Se me encogió el pecho de nuevo, pero solamente dije:

—Sí, es verdad. —Y me metí en mi habitación para prepararme.



Capítulo 31

El baile fue un no parar de danzas y de pavoneo, de aristócratas enjoyadas, de vino y de brindis en mi honor. Yo me quedé cerca de Nesta porque ella parecía buena para espantar a los pretendientes demasiado curiosos que querían más información sobre mi fortuna. Pero traté de sonreír, aunque solo fuera por Elain, que daba vueltas por la habitación y saludaba personalmente a cada uno de los invitados y bailaba con todos los hijos de los personajes importantes.

Seguía pensando en lo que había dicho Nesta, en lo que había comentado sobre salvar a Tamlin.

Yo sabía que algo andaba mal. Antes de irme, supe que él estaba en problemas..., no solo por la plaga, sino también porque las fuerzas que se reunían para destruirlo eran letales y, sin embargo... sin embargo había dejado de buscar respuestas, había dejado de luchar. Qué egoísta, satisfecha por haber dejado de lado esa parte salvaje de mí que había sobrevivido de hora en hora sin pensar jamás en el futuro. Le había permitido mandarme a casa. No había tratado de comprender en toda su profundidad la información que había reunido sobre la plaga o sobre Amarantha. No había tratado de salvarlo. Ni siquiera le había dicho que lo amaba. Y Lucien... Lucien lo había sabido también, y me había mostrado en sus palabras amargas del último día la desilusión que yo le había causado.

Eran las dos de la madrugada y la fiesta no mostraba señales de terminar. Mi padre charlaba en una especie de corte con varios mercaderes y hombres de la aristocracia a los que ya me habían presentado y cuyos nombres había olvidado en un instante. Elain se reía en medio de un círculo de hermosas amigas, brillantes y acaloradas. Nesta se había retirado a su habitación en silencio, a medianoche, y yo no me preocupé por saludar a nadie cuando finalmente me deslicé escaleras arriba.

Al mediodía siguiente, todos con los ojos rojos y en silencio, nos reunimos en la mesa del almuerzo. Les di las gracias a mi hermana y a mi padre por la fiesta y esquivé las preguntas sobre si me había llamado la atención alguno de los hijos de sus amigos.

Había llegado el calor del verano y apoyé el mentón sobre el puño mientras me abanicaba. Había dormido mal debido al bochorno de la noche anterior. En la mansión de Tamlin nunca hacía frío ni calor.

—Estoy pensando en comprar la propiedad de los Beddor —estaba diciendo mi padre. Hablaba con Elain, la única de nosotras que lo escuchaba—. He oído un rumor. Dicen que va a salir a la

venta pronto porque nadie sobrevivió. Sería una buena inversión. Tal vez una de vosotras pueda construir ahí su casa cuando llegue el momento.

Elain asintió interesada, pero yo parpadeé.

—¿Qué les pasó a los Beddor?

—Ah, fue horrible —dijo Elain—. Se quemó la casa. Murieron todos. Bueno, no encontraron el cuerpo de Clare, pero... —Miró su plato—. Pasó en mitad de la noche... La familia, los sirvientes... Todos. El día antes de que volvieras a casa...

—Clare Beddor —dije yo despacio.

—Era amiga nuestra, ¿te acuerdas? —me preguntó Elain. Asentí y noté los ojos de Nesta sobre mí.

No... no, no podía ser... Era una coincidencia..., tenía que ser una coincidencia, porque si no... Yo le había dado ese nombre a Rhysand. Y él no lo había olvidado.

Se me revolvió el estómago y luché contra la náusea que se movía dentro de mí.

—¿Feyre? —me llamó mi padre interesándose por lo que me ocurría.

Puse mi mano temblorosa sobre los ojos y respiré hondo. ¿Qué había pasado? ¿Qué había pasado? No solo en casa de los Beddor, sino también en casa, en Prythian... ¿Qué había pasado?

—Feyre —dijo mi padre de nuevo.

—Cállate —le espetó Nesta.

Traté de luchar contra la culpa, el asco, el terror. Tenía que conseguir respuestas, tenía que saber si había sido una coincidencia, si tal vez todavía había tiempo para salvar a Clare. Y si algo había pasado ahí, en el reino mortal, entonces en la Corte Primavera..., entonces esas criaturas que Tamlin había temido tanto, la plaga que había infectado la magia, las tierras...

Inmortales. Habían cruzado el muro y no habían dejado ningún rastro. Bajé la mano y miré a Nesta.

—Escúchame con mucho cuidado —le dije, y tragué saliva—. Todo lo que te conté tiene que seguir siendo un secreto. No vengas a buscarme. No vuelvas a mencionar mi nombre a nadie.

—¿De qué estás hablando, Feyre? —Mi padre me miraba con la boca abierta desde el extremo de la mesa. Elain nos miró con rapidez, a mí, a mi padre, y se removió en el asiento.

Pero Nesta me sostuvo la mirada. Sin estremecerse, sin retroceder.

—Creo que algo muy malo está pasando en Prythian —dije con suavidad. Nunca supe qué señales de alerta había puesto Tamlin en los hechizos, cómo había preparado a mi familia para huir al continente, pero no pensaba arriesgarme a confiar en eso solamente. No cuando los inmortales se habían llevado a Clare y matado a toda su familia... por mi culpa. La bilis me quemó la garganta.

—¡Prythian! —exclamaron mi padre y Elain. Pero Nesta levantó una mano para hacer que se callaran.

—Si no queréis iros —continué—, contratad guardias..., exploradores que vigilen el muro, el bosque. La aldea también. —Me levanté de la silla—. A la primera señal de peligro, al primer rumor que diga que los inmortales han atravesado el muro o que hay algo..., no sé, cualquier cosa rara, comprad un pasaje en un barco y marchaos. Lejos, tan al sur como sea posible, a algún lugar que a los inmortales no les interese.

Mi padre y Elain empezaron a parpadear, como si trataran de disipar una niebla que les rodeaba la mente..., como si emergieran de un largo sueño. Pero Nesta me siguió al vestíbulo y subió la escalera conmigo.

—Los Beddor —dijo—. Se suponía que éramos nosotros. Pero tú les diste un nombre falso a esos inmortales que amenazaron a tu alto lord. —Asentí. Y pude vislumbrar lo que pasaba por su mente—. ¿Va a haber una invasión?

—No lo sé. No sé qué está pasando. Me dijeron que había una especie de enfermedad que había debilitado los poderes o los había vuelto salvajes, una plaga que había dañado la seguridad de las fronteras y hasta podía llegar a matar personas si adquiría suficiente fuerza. Dijeron... dijeron que estaba fortaleciéndose de nuevo..., que estaba en movimiento. Según lo último que supe, no se hallaba lo bastante cerca como para tocar nuestras tierras. Pero si la Corte Primavera está a punto de caer quiere decir que la plaga se está acercando, y Tamlin era uno de los últimos bastiones para mantener a raya a las otras cortes..., las cortes más letales. Y creo que él está en peligro.

Entré en mi habitación y empecé a quitarme el vestido. Mi hermana me ayudó, después abrió el guardarropa y sacó una túnica pesada, pantalones y botas. Me las puse, y me estaba trenzando el pelo cuando ella dijo:

—Nosotros no te necesitamos aquí, Feyre. No mires atrás.

Terminé de calzarme las botas y busqué los cuchillos de caza que había comprado discretamente apenas llegué a la mansión.

—Papá te dijo una vez que no volvieras nunca —me recordó Nesta—, y yo te lo repito ahora. Nosotros podemos cuidarnos solos.

Hace un tiempo yo habría pensado que eso era un insulto, pero ahora lo entendía, entendía el regalo que ella me estaba ofreciendo. Metí los cuchillos en las fundas que llevaba en la cintura y me colgué un carcaj de flechas en la espalda (ni una sola de fresno). Después busqué el arco.

—Mienten, pueden mentir —dije, dándole una información que esperaba que ella no tuviera que usar—. Los inmortales mienten y el hierro no los daña en absoluto. Pero la madera de fresno..., eso sí funciona. Usa el dinero que traje para comprar fresnos y que Elain plante un buen bosque.

Nesta negó con la cabeza mientras se aferraba a la pulsera, el brazalete de hierro que seguía alrededor de su muñeca.

—¿Qué crees que puedes hacer para ayudarlo? Él es un alto lord..., tú eres humana solamente. —Eso tampoco era un insulto. Era la pregunta de una mente que calculaba con frialdad.

—No importa —admití, ya en la puerta, que abrí con un gesto amplio—. Tengo que intentarlo.

Nesta se quedó en mi habitación. No quería decirme adiós... Odiaba las despedidas tanto como yo.

Pero me volví hacia ella y le dije:

—Hay un mundo mejor, Nesta. Hay un mundo mejor ahí fuera, esperando que lo encuentres. Y si alguna vez tengo la oportunidad, si las cosas mejoran, si hay más seguridad..., volveré a buscarte.

Era lo único que podía ofrecerle. Pero Nesta echó los hombros hacia atrás.

—No te molestes. No creo que me gusten los inmortales, no particularmente. —Levanté una ceja. Ella se encogió de hombros en un gesto leve y continuó—: Trata de mandar un mensaje y avisar de que estás bien. Y sí..., si papá y Elain pueden quedarse solos aquí. Creo que me gustaría ver qué más hay allá fuera, qué puede hacer una mujer con una fortuna y un buen nombre.

«No hay límites», pensé. No había límites para lo que Nesta era capaz de hacer ella sola, por sí misma, cuando descubriera un lugar que pudiera sentir suyo. Recé por tener la suerte de poder ver eso alguna vez.

Para mi sorpresa, cuando bajé la escalera a toda velocidad, Elain ya me había hecho preparar una yegua, una bolsa con comida y algo de ropa para llevarme. No vi a mi padre. Pero Elain me echó los brazos al cuello, me abrazó con fuerza y me dijo:

—Me acuerdo..., ahora me acuerdo de todo.

Yo le pasé los brazos por la cintura y la abracé.

—Cuidaos y permaneced alerta. Todos.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Me hubiera gustado ver el continente contigo, Feyre.

Le sonreí mientras memorizaba esa cara hermosa y le enjugaba las lágrimas.

—Tal vez un día —dije. Otra promesa que tendría que cumplir si tenía suerte.

Elain seguía llorando cuando espoleé a la yegua y me alejé al galope por el sendero. No tenía el valor de volver a decirle adiós a mi padre.

Cabalgué todo el día y me detuve solamente cuando oscureció tanto que ya no pude ver nada. Directo al norte, y continuaría en esa dirección hasta que llegara al muro. Tenía que volver..., tenía que ver lo que había pasado, tenía que decirle a Tamlin lo que me palpitaba en el corazón antes de que fuera demasiado tarde.

Cabalgué el segundo día, dormí a ratos y salí antes del amanecer. Y seguí y seguí a través del bosque de verano, esplendoroso, denso y lleno de murmullos.

Hasta que de pronto se produjo un silencio absoluto. Disminuí la velocidad de la yegua y escruté los arbustos y los árboles para encontrar cualquier señal, alguna onda. No había nada. Nada. Y después...

La yegua se levantó sobre las dos patas traseras y sacudió la cabeza, y apenas si pude mantenerme sobre la montura. Se negó a avanzar. Pero seguía sin haber nada..., ningún indicio. Sin embargo, cuando desmonté, casi sin respirar, y estiré la mano, descubrí que no podía pasar.

Ahí, dividiéndolo todo a lo largo del bosque había un muro invisible. Pero los inmortales iban y venían, lo atravesaban por ciertas grietas, decía el rumor. Así que llevé a la yegua a lo largo de la pared, tocándola todo el tiempo para asegurarme de no desviarme.

Me llevó dos días más, y la noche entre los dos fue más terrorífica que cualquier pánico que yo hubiera vivido en la Corte Primavera. Dos días hasta que vi las piedras cubiertas de musgo, colocadas una frente a la otra y una espiral leve tallada sobre ambas. Un portal.

Esta vez, cuando monté a la yegua y la llevé a través de esa grieta, ella me obedeció.

La magia me golpeó el olfato y mi montura volvió a resistirse, pero ya habíamos pasado al otro lado.

Yo conocía esos árboles.

Cabalgué en silencio, una flecha dispuesta en el arco, preparada; las amenazas de esas frondas eran mucho peores que las que vivían en los bosques que yo acababa de dejar atrás.

Tal vez Tamlin se pondría furioso..., tal vez me ordenaría que diera media vuelta y me fuera a casa. Pero yo le diría que lo iba a ayudar, le diría que lo amaba y que pelearía por él como pudiera, se lo diría aunque tuviera que atarlo para hacer que me escuchara.

Me concentré tanto en los planes para convencerlo de que no se pusiera a rugir que no noté la quietud, no enseguida..., no noté que los pájaros no cantaban ni siquiera cuando me acerqué a la mansión, no noté que los setos estaban sin podar.

Para cuando llegué a los portones tenía la boca seca. Las grandes rejas estaban abiertas pero el hierro estaba deformado, como si lo hubieran doblado unas manos gigantescas.

Los pasos de la yegua resonaban con fuerza en el sendero de grava y se me revolvió el estómago cuando vi las puertas de la entrada a la mansión abiertas de par en par. Una de ellas colgaba en un ángulo imposible, arrancada de las bisagras.

Desmonté con el arco preparado. Pero no había necesidad. Vacío..., todo estaba totalmente vacío. Como una tumba.

—¿Tam? —llamé. Subí a saltos los escalones y entré en la mansión. Grité una maldición cuando resbalé sobre un pedazo roto de porcelana...: los restos de un florero. Giré despacio sobre mí misma en el vestíbulo principal.

Daba la impresión de que por ahí había pasado un ejército. Los tapices colgaban hechos harapos, la barandilla de mármol estaba rota y los candeleros habían caído al suelo reducidos a montones de cristal hecho añicos.

—¡¿Tamlin?! —grité. Nada. Las ventanas también estaban rotas.

—¿Lucien?

Nadie contestó.

—¿Tam? —Mi voz rebotó en un eco a través de la casa, burlándose de mí. Sola en medio de las ruinas de la mansión, me dejé caer de rodillas.

Él se había ido.



Capítulo 32

Me concedí un minuto, un minuto solamente, para quedarme así, de rodillas en medio de lo que quedaba del vestíbulo.

Después me puse de pie con mucho cuidado para no tocar el vidrio ni la madera rota..., ni la sangre. Había manchas de sangre en todas partes, charcos y manchurrones sobre las paredes arrasadas.

«Otro bosque —me dije—. Otras huellas para rastrear.»

Muy despacio, me moví por el suelo, tratando de entender la información que aquellos restos habían dejado. Había sido una pelea feroz..., y a juzgar por las manchas de sangre, la mayor parte del daño había ocurrido en el mismo momento de la pelea, no después. El vidrio destrozado y las huellas iban y venían desde el frente hasta

el fondo de la casa, como si el lugar hubiera estado rodeado. Los intrusos habían tenido que abrirse paso a través de las puertas de entrada; destrozando por completo las que daban al jardín.

«Ningún cuerpo», me repetí una y otra vez. No había cuerpos y la sangre no era tanta. Tenían que estar vivos. Tamlin tenía que estar vivo.

Porque si él había muerto...

Me froté la cara y respiré hondo, temblando. No quería hacer demasiadas conjeturas. Me temblaban las manos cuando me detuve frente a las puertas del comedor, desencajadas y rotas.

No conseguí decidir si ese desperfecto provenía del momento en que él se había enfurecido después de la visita de Rhysand, el día anterior a mi partida, o si lo había causado algún otro después. La gigantesca mesa estaba hecha pedazos, las ventanas rotas, las cortinas convertidas en jirones. Pero no había sangre..., nada de sangre. Y si lograba interpretar las huellas en los pedazos de vidrio...

Estaba esparcido, pero conseguí distinguir dos grupos grandes, uno junto al otro, que empezaban en el sitio en que había estado la mesa. Como si Tamlin y Lucien hubieran estado sentados ahí cuando empezó el ataque y hubiesen salido del comedor sin luchar.

Si yo tenía razón..., entonces estaban vivos. Seguí los rastros hasta el umbral, me puse en cuclillas un momento para descifrar el mensaje de las astillas quebradas, el polvo y la sangre. Se habían encontrado ahí con múltiples pares de huellas y se habían dirigido al jardín...

Oí un crujido en el pasillo. Saqué el cuchillo de caza y me agaché, buscando un lugar para esconderme. Pero todo estaba hecho pedazos. Sin otra opción, me encogí detrás de la puerta abierta. Me puse una mano contra la boca para amortiguar el sonido de mi respiración y espié por la rendija que quedaba entre la pared y la puerta.

Algo entró cojeando en la habitación y olfateó el aire con cuidado. Le veía la espalda solamente..., una espalda cubierta con una capa simple, de altura media... Lo único que tenía que hacer ese

inmortal para encontrarme era cerrar la puerta. Tal vez si decidía entrar en el comedor yo podría salir sin hacer ruido, pero eso requeriría que abandonara mi escondite. Tal vez, con suerte, esa figura miraría a su alrededor y se iría.

Volvió a olfatear el aire y a mí se me encogió el estómago. Me había olido. Busqué un punto débil, un lugar para hundir el cuchillo si era necesario.

La figura se volvió un poco en mi dirección.

Salté y la figura gritó cuando empujé la puerta con fuerza.

—Alis...

Ella me miró con la boca abierta, una mano en el corazón, el vestido marrón de siempre roto y sucio, sin delantal. Pero no había sangre, nada de eso, nada excepto esa cojera leve que le provocaba el tobillo derecho cuando se me acercó con rapidez; su piel de color corteza estaba blanca como la de los abedules.

—No puedes estar aquí. —Me cogió el arco, el cuchillo y el carcaj—. Te dijeron que no volvieras.

No me sorprendió que me tuteara. Habían cambiado muchas cosas.

—¿Tamlin está vivo?

—Sí, pero...

Se me aflojaron las rodillas por la sensación de alivio que sentí.

—¿Y Lucien?

—También. Pero...

—Dime lo que pasó, cuéntamelo todo. —Mantenía un ojo en la ventana, escuché por si oía algo en la mansión y los jardines que la rodeaban. Ni un sonido.

Alis me tomó del brazo y me sacó de la habitación. No me habló mientras nos apresurábamos a través de los pasillos vacíos, demasiado silenciosos, arrasados y llenos de sangre pero sin cuerpos. O se habían llevado sus cadáveres o... No quise seguir pensando cuando entramos en la cocina.

Un incendio había devorado esa habitación gigantesca y no quedaban más que cenizas y piedras ennegrecidas. Después de oler un poco y escuchar, buscando señales de peligro, Alis me soltó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía que volver. Se me ocurrió que algo iba mal... No podía quedarme allí. Tenía que ayudar.

—Él te dijo que no volvieras —ladró Alis.

—¿Dónde está?

Alis se cubrió la cara con las manos largas, huesudas, las puntas de los dedos cogidas al extremo de la máscara, como si estuviera tratando de arrancársela de la cara. Pero la máscara permaneció en su sitio y Alis suspiró mientras bajaba las manos de corteza.

—Ella se lo llevó —contestó, y a mí se me heló la sangre en las venas—. Se lo llevó a su corte Bajo la Montaña.

—¿Ella? ¿Quién? —le pregunté, pero ya sabía la respuesta.

—Amarantha —susurró Alis, y echó una mirada a su alrededor, como si tuviera miedo de decir aquel nombre en voz alta, de que la magia la convocara.

—¿Por qué? ¿Y quién es ella..., qué es ella? Por favor, por favor, dime... dime la verdad.

Alis se estremeció.

—¿Quieres la verdad, muchacha? —dijo—. Entonces te la diré: se lo llevó por la maldición..., porque las siete veces siete años se habían terminado y él no había vencido a la maldición. Ella llamó a todos los altos lores a su corte esta vez..., deseaba que todos presenciaran el momento en que lo destruiría.

—¿Qué es ella...? ¿Y de qué maldición me hablas? —Una maldición..., una maldición que ella le había echado a la Corte Primavera. Una maldición de la que yo ni siquiera había oído hablar.

—Amarantha es la alta reina de esta tierra. La alta reina de Prythian —susurró Alis, con los ojos abiertos por el recuerdo del horror.

—Pero los siete altos lores son los que rigen Prythian por igual. No hay alta reina.

—Así era antes..., así había sido siempre. Hasta hace unos cien años, cuando apareció ella en estas tierras; era la emisaria de Hybern. —Alis sacó una bolsa grande que seguramente había dejado junto a la puerta. Ya estaba medio llena de algo que parecía ropa y comida.

Mientras ella revisaba la cocina destruida, reuniendo los cuchillos y toda la comida que hubiera quedado, me pregunté por la información que me había dado el suriel sobre un rey inmortal, malvado, que había pasado siglos resentido por el tratado que se había visto forzado a firmar y que después había enviado a sus comandantes más letales a infiltrarse en los otros reinos y cortes inmortales para ver si alguien pensaba lo mismo que él, para tantear si tal vez considerarían la idea de reclamar las tierras humanas para ellos. Me apoyé contra una de las paredes manchadas de suciedad.

—Fue de corte en corte —siguió Alis mientras le daba vueltas a una manzana entre las manos para inspeccionarla. Vio que estaba buena y la metió en la bolsa—, hechizó a los altos lores con la promesa de que habría más intercambio entre Hybern y Prythian, más comunicación, más beneficios compartidos. La Flor que Nunca se Marchita, la llamaban. Y durante cincuenta años vivió aquí como cortesana, sin estar atada a ninguna corte, según decía, para compensar sus propios actos y los actos de Hybern durante la guerra.

—¿Ella peleó en la guerra contra los mortales? —Alis dejó de recoger cosas.

—Su historia es una leyenda entre nosotros..., una leyenda y una pesadilla. Era la generala más letal del rey de Hybern, luchó en el frente, masacró a humanos y a cualquier alto fae o inmortal que se atreviera a defenderlos. Pero tenía una hermana menor, Clythia, que peleaba a su lado, tan feroz y maldita como ella..., hasta que Clythia se enamoró de un guerrero mortal: Jurian. —Alis dejó escapar un suspiro tembloroso—. Jurian comandaba enormes ejércitos humanos, pero Clythia lo buscó en secreto y lo amó con una locura que no tenía límites. Estaba demasiado ciega para darse

cuenta de que Jurian la estaba utilizando para conseguir información sobre las fuerzas de Amarantha. Esta lo sospechaba, pero no conseguía persuadir a Clythia de que lo dejara..., y no lo mataba porque sabía el dolor que eso le causaría a su hermana. —Alis chasqueó la lengua y empezó a abrir los cajones, buscando en su interior, que estaba todo revuelto—. Amarantha disfrutaba mucho torturando y matando, pero amaba lo suficiente a su hermana como para contenerse con relación a Jurian.

—¿Y qué pasó? —susurré.

—Jurian traicionó a Clythia. Después de meses de aguantarla, de ser su amante, consiguió la información que necesitaba, la torturó y la mató poco a poco, lentamente; la crucificó sobre madera de fresno para que no pudiera moverse mientras él la descuartizaba. Dejó los pedazos abandonados para que Amarantha los viera. Dicen que el odio de Amarantha podría haber derrumbado los cielos si su rey no le hubiera ordenado que se calmara. Pero ella y Jurian tuvieron una última confrontación más tarde..., y desde entonces Amarantha odia a los humanos con rabia infinita.

Alis descubrió algo que parecía un frasco de conservas y lo metió en la bolsa.

—Después de que los dos lados firmaran el tratado —continuó Alis mientras seguía revolviendo cajones—, ella masacró a sus propios esclavos para no tener que liberarlos. —Me puse pálida—. Pero siglos más tarde, los altos lores la creyeron cuando ella les dijo que la muerte de su hermana la había cambiado..., sobre todo cuando abrió las líneas de comercio entre los dos territorios. Los altos lores nunca se enteraron de que los barcos que traían mercancías de Hybern también llevaban en sus bodegas a las fuerzas personales de Amarantha. El rey de Hybern tampoco lo sabía. Pronto todos supieron que en esos cincuenta años ella había decidido que quería conquistar Prythian para obtener poder, y usar nuestras tierras como punto de lanzamiento de un ataque que

destruiría tu mundo de una vez y para siempre, con la bendición del rey o sin ella. Por último, hace cuarenta y nueve años, Amarantha dio el golpe.

»Ella sabía perfectamente que, a pesar de su ejército personal, nunca sería capaz de vencer a los altos lores solo por ventaja de número o de poder. Pero era cruel y astuta y esperó hasta que todos confiaron en ella, hasta que se reunieron en un baile en su honor, y esa noche puso en el vino una poción que había robado del libro maldito de hechizos del rey de Hybern. Una vez que hubieron bebido, los altos lores fueron vulnerables frente a ella; la magia que tenían quedó desnuda y ella les robó los poderes, sacándolos del lugar en que se originaban dentro de sus cuerpos.... Se los arrancó como si estuviera arrancando una manzana de la rama de un árbol y los dejó solo con lo más básico de la magia. Tu Tamlin..., lo que viste de él, es únicamente una sombra de lo que fue, del poder que tenía antes. Con la fuerza de los altos lores tan disminuida, Amarantha luchó por el control de Prythian y lo consiguió en cuestión de días. Durante cuarenta y nueve años fuimos sus esclavos. Durante cuarenta y nueve años ella ha esperado el momento exacto para violar el tratado y apoderarse de vuestras tierras... y de todos los territorios humanos que queden más allá.

Deseé que hubiera un banco, una silla, para dejarme caer en ellos. Alis cerró de un golpe el último cajón y se fue cojeando hacia la despensa.

—Ahora la llaman la Engañadora, a ella, que engañó a los altos lores y construyó su palacio debajo de la montaña sagrada, en el corazón de nuestra tierra. —Alis hizo una pausa frente a la puerta de la despensa, volvió a cubrirse la cara con las manos y respiró una o dos veces para calmarse.

La montaña sagrada..., ese pico desnudo, monstruoso, que yo había visto en el mural de la biblioteca tantos meses atrás.

—Pero... la enfermedad que se extiende por el territorio... Tamlin dijo que la plaga es la que acabó con el poder...

—La enfermedad es ella —ladró Alis, bajando las manos mientras entraba en la despensa—. No hay ninguna plaga..., solamente ella. Las fronteras se derrumban porque ella ya había previsto destruirlas. Eso la divertía, y por eso mandaba a sus criaturas para atacar nuestras tierras, por eso y para saber cuánta fuerza le quedaba a Tamlin.

Si la plaga era Amarantha, entonces la amenaza contra el reino humano... era ella. Alis salió de la despensa, con los brazos cargados de tubérculos.

—Tú podrías haber sido la indicada para detenerla. —Los ojos de Alis se fijaron en mí con dureza, y ella me mostró los dientes. Eran agudos, estremecedores. Metió los nabos y las remolachas dentro de la bolsa—. Tú podrías haber sido la que lo liberara a él y a su poder, si no hubieras estado tan ciega a tu propio corazón. Humanos... —escupió.

—Yo... yo... —Levanté las manos mostrándole las palmas—. Yo no lo sabía.

—No podías saberlo —replicó Alis con una risa amarga cuando volvió a entrar en la despensa—. Eso era parte de la maldición.

Me daba vueltas la cabeza y me apoyé aún más contra la pared.

—¿Cuál era la maldición? —Peleé contra el tono agudo que me deformaba la voz—. ¿Cuál era? ¿Qué le hizo?

Alis arrancó de los estantes los frascos de especias que quedaban.

—Tamlin y Amarantha se conocían... La familia de él había tenido lazos con Hybern desde siempre. Durante la guerra, la Corte Primavera se alió con Hybern para mantener esclavizados a los humanos. Y el padre de Tamlin, que era un lord feroz y voluble, estaba muy cerca del rey de Hybern, muy cerca de Amarantha. Cuando era un niño, Tamlin lo acompañaba con frecuencia en sus viajes a Hybern. Y así conoció a Amarantha.

Tamlin me había dicho una vez que pelearía para proteger la libertad de cualquiera, que nunca permitiría la esclavitud. ¿Era solamente por la vergüenza que sentía por el legado de su padre o

porque él había sabido de alguna forma lo que era estar esclavizado?

—Amarantha empezó a desear a Tamlin..., a desearlo con lujuria, con todo su corazón malvado. Pero él había oído historias sobre la guerra y sabía lo que Amarantha, su propio padre y el rey de Hybern les habían hecho a otros inmortales y a los humanos. Lo que ella le había hecho a Jurian como castigo por la muerte de su hermana. Así que desconfió cuando ella vino aquí y se resistió a sus intentos por llevarlo a su cama... Mantuvo una buena distancia hasta que ella le robó los poderes. Lucien..., Lucien fue a verla como emisario de Tamlin, para tratar de encontrar una solución, alguna forma de paz entre ellos.

La bilis me subió a la garganta.

—Ella se negó y..., bueno, Lucien le dijo que se volviera al agujero de mierda del que había salido. Ella le sacó el ojo para castigarlo. Se lo arrancó con la uña y después le marcó la cara. Lo envió tan ensangrentado... que el alto lord vomitó cuando vio a su amigo.

Yo no podía imaginar el estado de Lucien si había hecho vomitar a Tamlin.

Alis se tocó la máscara. El metal crujió bajo sus uñas.

—Después de eso, organizó una fiesta de máscaras en Bajo la Montaña. Todas las cortes estaban presentes. Una fiesta de disfraces, dijo, para tratar de compensarlos por lo que le había hecho a Lucien; con máscaras para que Lucien no tuviera que mostrar las cicatrices horrendas que le marcaban la cara. La Corte Primavera estaba obligada a ir, todos, incluso los sirvientes, y todos con máscaras, para honrar el poder de cambiar de forma que distinguía a Tamlin, dijo ella. Él estuvo de acuerdo; quería acabar con ese conflicto sin que se produjera ninguna masacre y aceptó llevarnos a todos.

Apreté las manos contra la pared que tenía detrás. Saboreé la frialdad de la piedra, su firmeza.

De pie en el centro de la cocina, Alis dejó en el suelo la bolsa llena de comida y suministros.

—Cuando todos estuvieron allí, ella declaró que podría haber paz si Tamlin aceptaba unirse a ella como amante y consorte. Pero cuando trató de tocarlo, él se negó y retrocedió. No pensaba ceder después de lo que ella le había hecho a Lucien. Esa noche, delante de todos, dijo que prefería llevarse una humana a su cama, incluso casarse con una, antes que tocarla a ella. Podría haber dejado pasar ese insulto si él no hubiera dicho que hasta la hermana de Amarantha había preferido la compañía de un humano a la de ella, que su propia hermana había preferido a Jurian.

Hice una mueca porque ya sabía lo que iba a contar Alis. Se llevó las manos a las caderas y siguió adelante con la historia:

—Ya puedes imaginar lo bien que le sentó eso a Amarantha. Pero le dijo a Tamlin que tenía el ánimo generoso..., que le daría una oportunidad para romper el hechizo que le había robado los poderes.

»Él le escupió en la cara y ella se rio. Le señaló que tenía siete veces siete años antes de que ella le exigiera que se rindiera y lo obligara a unirse a ella en Bajo la Montaña. Si él quería romper el hechizo, lo único que tenía que hacer era encontrar una joven humana dispuesta a casarse con él. Pero no cualquier humana, tenía que ser una con hielo en el corazón, alguien que odiara a nuestra especie. Una humana capaz de matar a un inmortal. —El suelo se sacudió bajo mis pies y me alegré de tener la pared a mi espalda—. Peor todavía, el inmortal que ella tendría que matar debería ser uno de los hombres de Tamlin..., enviado a través del muro para morir como una oveja en un matadero. La chica únicamente podía entrar en Prythian para que él la cortejase si había matado a uno de sus hombres en un ataque sin provocación..., si lo había matado por odio tan solo, como Jurian había hecho con Clythia... De este modo entendería el dolor de su hermana.

—El tratado...

—Una mentira. El tratado no dice nada de eso, nada. Vosotros podéis matar a tantos inmortales inocentes como queráis y no hay consecuencias. Tú mataste a Andras, enviado por Tamlin. A él le tocaba el sacrificio ese día. —Andras buscaba una cura, le había dicho Tamlin. No un ungüento mágico..., sino una cura para salvar a Prythian de Amarantha, una cura para la maldición.

El lobo... Andras me había mirado cuando lo maté, eso era lo único que había hecho. Me había dejado matarlo porque eso desataría esta cadena de hechos, lo había matado para que Tamlin tuviera una oportunidad de romper el hechizo. Y si Tamlin había enviado a Andras al otro lado del muro con plena conciencia de que muy posiblemente lo estaba mandando a la muerte... Ah, Tamlin...

Alis se agachó a recoger del suelo un cuchillo para la manteca retorcido y doblado, y enderezó la hoja con cuidado.

—Fue una broma, una broma cruel, un castigo inteligente de Amarantha. Vosotros, los humanos, odiáis y teméis tanto a los inmortales que sería imposible que la misma chica que hubiera matado a un inmortal a sangre fría se enamorase de otro. Pero el hechizo de Tamlin solo se rompería si ella hacía eso antes de que terminaran los cuarenta y nueve años..., si esa chica le decía en la cara a Tamlin que lo amaba y si mientras lo decía lo sentía con todo el corazón. Amarantha sabe que los humanos están preocupados por la belleza, y por lo tanto nos impuso llevar máscaras en la cara, también él, para que fuera más difícil encontrar una chica dispuesta a mirar más allá de la máscara, más allá de la naturaleza de los inmortales, y llegar al alma. Después nos hechizó para que no pudiéramos decir nada sobre la maldición. Ni una palabra. Apenas si podíamos decirte alguna que otra palabra sobre nuestro mundo, nuestro destino. Tamlin no podía contarte nada..., nadie podía. Las mentiras sobre la plaga fueron lo que se nos ocurrió, lo mejor que se nos pasó por la cabeza. Que yo pueda explicártelo ahora significa que para ella el juego ha terminado.

Guardó el cuchillo.

—Desde que ella lo maldijo, Tamlin envió todos los días a uno de sus hombres al otro lado del muro. A los bosques, a las granjas, todos bajo la apariencia de lobos para hacer que fuera más fácil que alguno de tu especie quisiera matarlos. Cuando volvían, hablaban de muchachas humanas que salían corriendo o gritaban y rogaban por sus vidas, que ni siquiera levantaban una mano. Cuando no volvían..., el lazo que los unía con Tamlin como lord y señor le decía que los habían matado otros: cazadores humanos, mujeres viejas, tal vez. Durante dos años envió a uno día tras día, y tuvo que elegirlos personalmente. Cuando quedaban solo una docena, se sintió tan abatido que dejó de hacerlo. Abandonó. Y desde entonces permaneció aquí, defendiendo sus fronteras mientras el caos y el desorden reinaban en las otras cortes del reino dominadas por Amarantha. Los otros altos lores también pelearon. Hace cuarenta años, ejecutó a tres de ellos y a la mayor parte de sus familias por haberse confabulado contra ella.

—¿Una rebelión abierta? ¿Qué cortes? —Me enderecé y di un paso para alejarme de la pared. Tal vez encontrara aliados, alguien que me ayudara a salvar a Tamlin.

—La Corte Día, la Corte Verano y la Corte Invierno. Y no..., ni siquiera se puede considerar como una rebelión abierta; no llegó a tanto. Ella usó los poderes de los altos lores para atarlos a la tierra. Así los lores rebeldes trataron de pedir ayuda a los otros territorios fae usando como mensajeros a los humanos que eran lo bastante tontos como para entrar en nuestras tierras..., sobre todo jóvenes mujeres que nos adoraban como si fuéramos dioses. —Los hijos de los benditos. Sí que habían cruzado el muro..., pero no para ser novias. Estaba demasiado abatida por lo que oía para sentir lástima por ellos, enfurecerme por ellos.

»Pero Amarantha atrapó a todas esas mensajeras antes de que dejaran este reino, y... ya te imaginas cómo terminó el asunto para esas jóvenes. Después, cuando también asesinó a los altos lores rebeldes, sus sucesores estaban aterrorizados y no volvieron a desafiarla.

—¿Y dónde se encuentra ahora? ¿Se les permite vivir en sus tierras, como antes a Tamlin?

—No. Los tiene a ellos, a todas las cortes, en Bajo la Montaña, donde los puede atormentar cuando y como quiere. A otros..., si juran obediencia, si se humillan y la sirven, les permite un poco más de libertad para ir y venir de Bajo la Montaña. Nuestra corte permaneció aquí solamente hasta que se le terminó el tiempo a Tamlin... —Alis se estremeció.

—Por esa razón mantuviste escondidos a tus sobrinos..., para apartarlos de esto —dije, mirando la bolsa llena a los pies de las dos.

Alis asintió, y cuando se aproximó a la mesa de trabajo volcada para ponerla en su lugar, me acerqué a ayudarla y las dos gemimos por el esfuerzo.

—Mi hermana y yo servíamos en la Corte Verano, y ella y su compañero estaban entre los que murieron cuando Amarantha invadió la corte por primera vez para vengarse. Yo me llevé a los chicos y escapé antes de que nos arrastrara a todos a Bajo la Montaña. Vine porque era el único lugar al que podía ir, y le pedí a Tamlin que escondiera a mis dos muchachos. Él aceptó..., y cuando le rogué que me dejara ayudarlo, en la forma que pudiera, me dio un lugar aquí, días antes de la fiesta de máscaras que me puso esta cosa horrible en la cara. Así que hace cincuenta años que estoy aquí, viendo cómo se cierra el nudo de la soga de Amarantha alrededor del cuello de Tamlin.

Pusimos la mesa de nuevo en su lugar; las dos jadeábamos un poquito cuando nos apoyamos en ella.

—Tamlin lo intentó —dijo Alis—. A pesar de los espías de Amarantha, trató de encontrar una forma de romper el hechizo, de hacer algo, de luchar contra la obligación de enviar a sus hombres al otro lado del muro para que los mataran los seres humanos. Se le ocurrió que si la chica humana amaba realmente a alguien, entonces traerla aquí era otra forma de esclavitud. Y pensó que si él realmente se enamoraba de ella, Amarantha haría todo lo posible para destruir a la chica, como le había pasado a su hermana. Así que

se pasó décadas negándose a hacerlo, a arriesgarse. Pero este invierno, cuando no quedaban más que unos meses..., estalló. Así, sin más. Envió a los últimos hombres, uno por uno. Y ellos estuvieron dispuestos. A lo largo de todos estos años le habían rogado que los dejara ir. Tamlin estaba desesperado por salvar a los suyos, tan desesperado que aceptó arriesgar las vidas de sus hombres, arriesgar la vida de esa chica humana para salvarnos. Tres días después, Andras se encontró con una chica humana en un claro... y tú lo mataste con odio en tu corazón.

Pero les había fallado. Y al hacerlo los había maldecido a todos.

Había maldecido a todos y cada uno de los que vivían en esas tierras, había maldecido Prythian.

Me sentí agradecida de haberme reclinado sobre el borde de la mesa...; si hubiera estado de pie habría caído desplomada al suelo.

—Tú podrías haber roto el hechizo. —La voz de Alis era un látigo, sus dientes agudos estaban a centímetros de mi cara—. Lo único que tenías que hacer era decirle que lo amabas..., decirle que lo amabas y sentirlo con todo ese inútil corazón humano que llevas en el pecho, y su poder habría vuelto entero a sus manos. Humana estúpida, estúpida.

Con razón Lucien había sentido tanto resentimiento contra mí, y sin embargo había tolerado mi presencia en la corte; con razón había mostrado tanta desilusión cuando me fui. Había discutido con Tamlin para que me dejara quedarme unos días más.

—Lo lamento —dije. Me ardían los ojos. Alis resopló.

—Díselo a Tamlin. Le quedaban solo tres días cuando te fuiste, tres días antes de que se le terminaran los cuarenta y nueve años. Tres días y te dejó ir. En el momento exacto en que se terminaron los siete veces siete años, ella llegó con sus asesinos y lo secuestró con la mayor parte de la corte, y los llevó a Bajo la Montaña, para que fueran sus súbditos. Las criaturas como yo somos demasiado poco importantes para ella..., aunque es capaz de matarnos para divertirse.

Traté de no imaginar la escena.

—Pero ¿y el rey de Hybern? Quiero decir..., si ella conquistó Prythian para sí misma y le robó sus hechizos..., ¿la ve como una rebelde o como una aliada?

—Si está resentido con ella, no ha hecho ningún movimiento para castigarla. Durante cuarenta y nueve años Amarantha ha mantenido estas tierras bajo sus garras. Peor todavía. Después de que cayeron los altos lores, todos los malvados de nuestras tierras, los que eran demasiado horribles hasta para la Corte Noche, se fueron con ella. Lo siguen haciendo. Ella les dio refugio. Pero nosotros sabemos que está preparando un ejército, tomándose su tiempo antes de lanzar un ataque contra tu mundo, armada con los inmortales más letales y feroces de Hybern y Prythian.

—Como el attor —dije, y el horror y el miedo se retorcieron dentro de mis entrañas. Alis asintió—. En el territorio de los humanos —continué—, dicen los rumores que cada vez hay más y más inmortales que pasan por encima del muro para atacar a los humanos. Y si no hay inmortales que puedan cruzar el muro sin su permiso, entonces esto quiere decir que ella está de acuerdo con esos ataques.

Y si yo tenía razón sobre lo que le había pasado a Clare Beddor y a su familia, entonces era que Amarantha les había dado la orden.

Alis quitó con la mano un poco de polvo que yo no veía sobre la mesa en la que nos apoyábamos.

—No me sorprendería que ella mandara a sus cómplices al reino de los tuyos para investigar las fuerzas y debilidades de los humanos antes de la destrucción que espera causar algún día.

Eso era peor..., mucho peor de lo que yo había anticipado cuando les advertí a Nesta y a mi familia que estuvieran alerta y lo abandonaran todo al primer indicio de problemas. Se me revolvía el estómago cuando pensaba en la compañía que tenía Tamlin en ese momento..., me revolvía el estómago pensar en él en medio de esa desesperación, paralizado por la culpa y la pena por haber tenido que sacrificar a sus hombres y no poder decirme la verdad... Y sin

embargo, él me había dejado ir. Había dejado que todos sus sacrificios, que el sacrificio de Andras, fueran en vano para dejarme volver a casa.

Sabía que si me quedaba, aunque lo liberase, estaría en peligro frente al odio de Amarantha.

«Ni siquiera puedo protegerme a mí mismo contra ellos, contra lo que está pasando en Prythian. Aunque nos enfrentáramos a la plaga, te cazarían..., ella encontraría una forma de matarte.»

Recordé su doloroso esfuerzo para halagarme cuando llegué..., pero después había dejado todo eso de lado, había abandonado todo intento de conquistarme cuando me vio tan desesperada por irme, por no tener que volver a dirigirle la palabra. Y se había enamorado de mí a pesar de todo eso, sabía que yo lo amaba y me había echado a pesar de que le quedaban solo unos días. Me había elegido a mí y no a toda su corte, a mí y no a Prythian.

—Si Tamlin estuviera libre..., si tuviera todos sus poderes —dije, mirando un punto negro de la pared—, ¿podría destruir a Amarantha?

—No lo sé. Ella engañó a los altos lores con astucia, no con fuerza. La magia es una cosa muy específica..., le gustan las reglas y ella las manipula muy pero que muy bien. Mantiene su poder encerrado dentro de ella, como si no pudiera usarlo o tuviera acceso a solo una pequeña parte de ese poder. Tiene sus propios poderes letales, claro, así que si terminara en una pelea...

—Pero ¿él es más fuerte? —Me retorcí las manos.

—Es un alto lord —contestó Alis como si eso fuera respuesta suficiente—. Pero ahora eso ya no importa. Él va a convertirse en su esclavo y nosotros vamos a seguir con estas máscaras hasta que acepte ser su amante..., e incluso entonces no va a recuperar todos sus poderes, no del todo. Ella nunca va a dejar que se vayan los que ahora viven en Bajo la Montaña.

Empujé la mesa y enderecé los hombros.

—¿Qué tengo que hacer para llegar a Bajo la Montaña? —Alis hizo chasquear la lengua.

—No puedes ir a Bajo la Montaña. Ningún humano que entra ahí vuelve a salir.

Cerré las manos con tanta fuerza que me clavé las uñas en la piel.

—¿Qué tengo que hacer para llegar hasta allí?

—Eso es un suicidio... Aunque lograras acercarte tanto como para verla, ella te mataría.

Amarantha lo había engañado, le había hecho tanto daño... Les había hecho daño a todos.

—Eres humana —siguió Alis, poniéndose en pie de nuevo—. Tienes la piel fina como el papel.

Seguramente Amarantha se había llevado también a Lucien... Ella, que le había sacado el ojo y le había marcado la cara. ¿Lo habría lamentado su madre?

—Fuiste tan ciega, tanto, que no viste la maldición —siguió diciendo Alis—. ¿Cómo esperas enfrentarte con Amarantha? Vas a empeorar las cosas.

Amarantha se había llevado todo lo que yo quería, todo lo que me había atrevido a desear después de tanto tiempo.

—Muéstrame el camino —dije. Me temblaba la voz, pero no por algo parecido a las lágrimas.

—No. —Alis se cargó la bolsa sobre el hombro—. Vete a casa. Yo te llevaré hasta el muro. No hay nada que hacer aquí. Tamlin va a ser esclavo de Amarantha para siempre, y Prythian quedará bajo su dominio. Esas son las cartas que nos ha dado el destino, es lo que decidieron los remolinos del Caldero.

—Yo no creo en el destino. Y no creo en ningún caldero ridículo. —Alis volvió a negar con la cabeza; el pelo salvaje, castaño, como barro brillaba en la luz mortecina—. Llévame con ella —insistí.

Si Amarantha me desgarraba el cuello, por lo menos estaría haciendo algo por él..., por lo menos moriría tratando de arreglar la destrucción que no había impedido antes, tratando de salvar al pueblo al que había condenado. Por lo menos Tamlin sabría que era por él y que yo lo amaba.

Alis me estudió durante un momento y después se le suavizó la mirada.

—Como quieras.



Capítulo 33

Tal vez estuviera caminando hacia mi muerte, pero no pensaba llegar desarmada.

Me acomodé la correa del carcaj sobre el pecho y después pasé los dedos por las plumas de las flechas que me sobresalían por encima del hombro. Claro que no tenía flechas de madera de fresno, pero me las arreglaría con lo que encontrara desperdigado en la mansión. Podría haberme llevado más, pero las armas disminuirían mi velocidad de carrera, y de todos modos no sabía cómo usar la mayoría de ellas. Así que me llevé un carcaj lleno, dos dagas en la cintura y un arco sobre el hombro. Mejor que nada, aunque estuviera enfrentándome a inmortales que habían nacido sabiendo matar.

Alis me llevó a través de las colinas y los bosques silenciosos. Cada tanto se detenía a escuchar y cambiaba el rumbo. Yo no quería saber qué oía u olía ella, no cuando era evidente que cada vez que lo hacía una quietud extrema caía como un manto sobre la tierra. «Quédate con el alto lord», había dicho el suriel. Si me hubiera quedado, si hubiese admitido lo que sentía..., nada de esto habría pasado.

El mundo se llenó lentamente de noche y me dolieron las piernas al subir las empinadas laderas de las colinas, pero Alis siguió adelante, y no miró atrás ni una vez para ver si la seguía.

Yo empezaba a preguntarme si debería haber llevado más de un día de provisiones cuando ella se detuvo en un valle entre dos colinas. El aire era frío, mucho más frío que el de la cima de la colina, y me estremecí cuando mis ojos vieron la boca estrecha de una cueva. No había forma de que esa fuera la entrada..., no cuando en el mural se representaba a Bajo la Montaña como el centro de todo Prythian. Eso quedaba a semanas de viaje.

—Todos los senderos oscuros y terribles llevan a Bajo la Montaña —dijo Alis en una voz tan baja que las palabras no fueron más que un crujido de hojas secas. Entonces señaló la cueva—. Es un atajo antiguo..., uno que alguna vez se consideró sagrado, pero ahora ya no.

Esa era la cueva que Lucien había ordenado al attor no usar aquel día. Traté de dominar el temblor. Amaba a Tamlin y hubiera ido al fin del mundo para arreglar las cosas, para salvarlo, pero si Amarantha era peor que el attor..., si el attor no era el peor de sus verdugos..., si hasta Tamlin había tenido miedo de ella...

—Sospecho que te estás arrepintiendo de tus impulsos. —Erguí la espalda.

—Voy a liberarlo. Te lo aseguro.

—Vas a tener suerte si te da una muerte limpia. Vas a tener suerte si consigues que te lleven frente a ella. —Seguramente me puse pálida, porque Alis abrió la boca y me palmeó el hombro—. Algunas reglas que tienes que recordar, muchacha —dijo, y las dos

miramos la boca de la cueva. La oscuridad emanaba en un hedor profundo por esa boca y envenenaba el aire fresco de la noche—: No tomes el vino que te ofrezcan... No es como lo que bebimos en el solsticio y te va a hacer más mal que bien. No hagas tratos con nadie a menos que tu vida dependa de eso..., y en tal caso, piensa bien si vale la pena. Y sobre todo no confíes en nadie ahí..., ni siquiera en Tamlin. Tus sentidos son tus peores enemigos; van a estar esperando para traicionarte.

Luché contra el impulso de tocar una de mis dagas y asentí para darle las gracias.

—¿Tienes un plan?

—No —admití.

—No esperes que ese acero te sirva de nada —dijo ella echando una ojeada a mis armas.

—No lo hago. —La miré, mordiéndome la parte del interior del labio.

—Hay una parte de la maldición. Una parte que no podemos decirte. Incluso ahora mis huesos lloran solo por mencionarla. Una parte que tienes que entender sola, una parte que ella... ella... —Tragó saliva con fuerza—. Que ella no quiere que sepas todavía, por eso no puedo decirla —jadeó—. Pero ten... ten los oídos bien abiertos. Escucha con atención.

Le puse una mano sobre el brazo.

—Lo haré. Gracias por traerme. —Las horas preciosas que había perdido por esa bolsa de comida para ella, para sus sobrinos, decía suficiente sobre el lugar al que Alis se encaminaba.

—Es un día raro aquel en el que alguien agradece a otro por llevarlo a la muerte. —Si yo pensaba demasiado en el peligro, tal vez perdería el valor, tanto si Tamlin estaba en juego como si no. En eso no me estaba ayudando mucho—. Te deseo suerte de todos modos —agregó Alis.

—Cuando los recuperes, si tú y tus sobrinos necesitáis un lugar donde vivir... —dije—, cruza el muro. Ve a casa de mi familia. —Le explique dónde estaba—. Pregunta por Nesta, mi hermana mayor.

Ella sabe quién eres, lo sabe todo. Te protegerá todo lo que pueda.

Nesta lo haría, sí, ahora lo sabía, lo haría aunque Alis y sus sobrinos la aterrorizaran. Los mantendría a salvo. Alis me dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

—Sobrevive —me dijo.

La miré por última vez, después miré el cielo de la noche que se abría sobre las dos y el verde profundo de las colinas. El color de los ojos de Tamlin.

Caminé hacia la cueva.

Los únicos sonidos eran mi respiración agitada y el crujido de las botas sobre la piedra. Avancé muy despacio, tropezando en esa oscuridad congelada. Me mantuve siempre cerca de la pared y pronto se me heló la mano: la piedra húmeda, fría, me mordía la piel. Daba pasos cortos, tenía miedo de que hubiera un pozo invisible en el que caería directamente hacia mi perdición.

Después de lo que me pareció una eternidad, un rayo de luz anaranjada dividió el espacio en la oscuridad. Y entonces llegaron las voces.

Siseos, gritos, elocuentes y guturales, una cacofonía que hizo estallar el silencio como el estampido de un petardo. Me apreté contra la pared de la cueva, pero el sonido pasó y se desvaneció.

Me arrastré hacia la luz, parpadeando para dominar mi ceguera, cuando descubrí el origen del brillo: una fisura delgada en la roca que se abría hacia un pasillo subterráneo cavado toscamente en la piedra e iluminado por el fuego. Permanecí en las sombras, con el corazón tembloroso en el pecho. La grieta era lo bastante grande como para que una persona pasara por ella, y tan irregular y rugosa que era obvio que no se usaba con frecuencia. Una mirada al entorno no revelaba ninguna huella, ninguna señal de nadie que hubiera usado esa entrada en bastante tiempo. El pasillo que se abría frente a la grieta estaba desierto, pero se doblaba con brusquedad y no me permitía ver muy lejos.

El pasaje estaba mortalmente silencioso, pero me acordé de la advertencia de Alis y no confié en mis oídos, no cuando sabía que los inmortales son capaces de ser tan silenciosos como los gatos.

Sin embargo, tenía que salir de la cueva. Hacía semanas que Tamlin estaba ahí. Tenía que descubrir dónde lo había encerrado Amarantha. Y con mucha suerte, no encontrarme con nadie mientras lo intentaba. Matar animales y a los naga era una cosa, pero matar a otros...

Tendría que hacer varias inspiraciones profundas para reunir el valor para hacerlo. Era como en una cacería. Pero esta vez los animales eran inmortales. Inmortales capaces de torturarme eternamente, hasta que yo pidiera la muerte a gritos. Torturarme como lo habían hecho con el inmortal de la Corte Verano con las alas desgarradas.

No me permití pensar en esos muñones ensangrentados. Me deslicé por la pequeña abertura, encogiendo el vientre para pasar. Mi arma crujió contra la piedra, raspándola, e hice una mueca cuando las piedrecitas que cayeron rebotaron contra el suelo. «Muévete, muévete.» Me apresuré por el pasillo abierto y me metí en un hueco que se abría en la pared de enfrente. No me daba demasiada cobertura.

Me deslicé a lo largo de la pared, e hice una pausa en la curva del pasillo. Un error...: solamente un idiota bajaría ahí. Quién sabía dónde estaba en ese momento... Alis debería haberme dado más información sobre la corte de Amarantha, Y yo haber tenido la inteligencia suficiente como para preguntar. O para pensar en otra forma..., cualquiera excepto esta.

Arriesgué una mirada hacia el otro lado del recodo y mi frustración casi me llevó al llanto: otro pasillo tallado en la piedra clara de la montaña, iluminado en ambos lados por antorchas. No había sombras donde esconderme, y en el otro extremo, otra vez la mirada entorpecida por un brusco giro. Me sentía casi como una cierva muerta de hambre arrancando corteza de un árbol en medio de un claro.

Pero los pasillos estaban en silencio..., las voces que había oído antes habían desaparecido. Y si oía a alguien, podía volver a la boca de esa cueva de un salto. Tal vez pudiera hacer una breve expedición de reconocimiento, reunir información, descubrir dónde estaba Tamlin... No. Tal vez no tendría una segunda oportunidad. Debía actuar ahora. Si me quedaba ahí demasiado tiempo, nunca volvería a tener el valor. Me dirigí hacia la curva.

Unos dedos largos, huesudos, me tomaron del brazo y me puse rígida. Una cara gris, correosa, puntiaguda, apareció frente a mis ojos y los colmillos plateados brillaron cuando él me sonrió.

—Hola —siseó—. ¿Qué está haciendo algo como tú por aquí? —Conocía esa voz. Me perseguía en mis pesadillas. Así que lo único que conseguí fue esforzarme para no gritar frente a esas orejas parecidas a las de los murciélagos, inclinadas y atentas, y entonces me di cuenta de que estaba de pie frente al attor.



Capítulo 34

El attor mantuvo sus dedos congelados sobre mi brazo mientras me arrastraba hacia la sala del trono. No se molestó en quitarme las armas. Los dos sabíamos que no servían de mucho.

Tamlin. Alis y sus sobrinos. Mis hermanas. Lucien. Yo recitaba en silencio sus nombres una y otra vez mientras el attor se alzaba sobre mí, un demonio de malicia. De vez en cuando, las alas correosas crujían una contra la otra, y si hubiera sido capaz de hablar sin gritar, tal vez le habría preguntado por qué no me mataba ahí mismo. El attor me empujó hacia delante con un paso suave, deslizante. Las garras de los pies rasguñaban de modo perezoso sobre el suelo de la cueva. Me puso nerviosa descubrir que era idéntico a la forma en que lo había pintado.

Había caras burlonas, crueles y rudas, que miraban cómo pasaba. Ninguna de ellas, ni una sola, se preocupó un poco o pareció ni remotamente disgustada por verme en las garras del attor. Muchísimos inmortales..., pero muy pocos altos fae.

Atravesamos dos puertas de piedra antiguas, enormes, más altas que las de la mansión de Tamlin, y entramos en una vasta cámara tallada en la roca pálida, sostenida por innumerables pilares de piedra. La pequeña parte de mí que volvía a ser insignificante e inútil notó que lo que estaba tallado no era solo una serie de diseños de decoración, sino que realmente había inmortales, altos fae y animales representados en varios entornos y en diferentes actitudes. Había incontables historias de Prythian talladas allí. Y candelabros recubiertos de joyas que colgaban entre los pilares, manchando de color el suelo de mármol rojo. Ahí, ahí sí había altos fae.

Una multitud ocupaba la mayor parte del espacio; algunos bailaban siguiendo el ritmo de una música extraña, sin armonía; otros caminaban mientras hablaban; era una especie de fiesta. Pensé que había visto algunas máscaras entre los invitados, pero todo era un revoltijo de dientes afilados y ropa exquisita. El attor me arrastró hacia delante y el mundo pareció girar ante mis ojos.

El frío suelo de mármol no cedió cuando caí sobre él; mis huesos crujieron. Me apoyé contra el suelo para incorporarme un poco; veía chispas ante mí, pero me quedé en el suelo mientras miraba el estrado. Unos pocos escalones llevaban a la plataforma. Levanté la cabeza.

Ahí, sentada en un trono negro, estaba Amarantha.

Aunque era hermosa, no era tan devastadoramente bella como la había imaginado, no era una diosa de negrura y desprecio. Y eso la hacía todavía más terrorífica. Llevaba trenzado el pelo entre rojo y dorado, entretejido en una corona de oro, color que le realzaba la piel blanca como la nieve, y en esta, a su vez, destacaban los labios de color rubí. Pero aunque le brillaban los ojos de color ébano, había

algo que afeaba su belleza, algún tipo de desprecio permanente en los rasgos que hacía que su atractivo pareciera frío y un tanto artificial. Pintarla me habría llevado a la locura.

Era la alta comandante de las fuerzas del rey de Hybern. Hacía ya muchos siglos, había aniquilado ejércitos humanos enteros, había asesinado a sus esclavos para no verse obligada a liberarlos. Y había capturado a todo Prythian en apenas unos días.

Después miré la roca negra que estaba junto a su trono y se me aflojaron los brazos. Él seguía con la máscara dorada, la ropa de guerrero, la cinta de cuero sobre el pecho aunque no había cuchillos en ella, no llevaba ni una sola arma encima. No mostraron sorpresa sus ojos al verme. No desplegó las garras, ni sacó los colmillos. Se limitó a mirarme..., sin expresión, sin moverse. Sin ningún tipo de sentimiento. Mi presencia no lo había impresionado.

—¿Qué significa esto? —dijo Amarantha con un tono de voz desconfiado, a pesar de la sonrisa de víbora que me dedicó. Alrededor de su cuello delgado, pálido como la crema, colgaba una cadena larga, fina... y de ella pendía un hueso, carcomido por el tiempo, un hueso del tamaño de un dedo. No quise pensar a quién habría pertenecido. Me quedé en el suelo. Si movía un poco el brazo, podría sacar la daga...

—Una humana. Nada más. La he encontrado abajo —siseó el attor, y una lengua viperina le sobresalió entre los dientes afilados como navajas. El attor sacudió una vez las alas y el aire maloliente me cubrió el rostro; después volvió a doblarlas detrás del cuerpo esquelético.

—Eso es obvio —ronroneó Amarantha. Evité mirarla a los ojos y fijé la vista sobre las botas marrones de Tamlin. Estaba a tres metros de mí..., tres metros y no decía ni una palabra, ni siquiera me miraba con horror o con rabia—. Pero ¿por qué me molestas con su presencia?

El attor soltó una risita, un sonido como el agua que sisea al caer sobre una parrilla caliente, y me acercó, amenazante, un espolón del pie al costado.

—Dile a su majestad por qué estabas deslizándote así por las catacumbas..., por qué saliste de la vieja cueva que lleva a la Corte Primavera.

¿Era mejor matar al attor o tratar de llegar a Amarantha? El monstruo volvió a golpearme y yo hice una mueca cuando las garras me lastimaron las costillas.

—Díselo a su majestad, basura humana.

Necesitaba tiempo..., necesitaba entender lo que me rodeaba. Si Tamlin estaba bajo un hechizo, entonces tendría que tratar de llevármelo a la fuerza. Me puse de pie, las manos siempre cerca de las dagas, pero con un gesto relajado. Miré la corona brillante, dorada, de Amarantha para no mirarla directamente a los ojos.

—He venido a reclamar al que amo —dije con tranquilidad. Tal vez todavía tenía tiempo para romper el hechizo. Volví a mirarlo a él y la imagen de esos ojos de color esmeralda fue como un bálsamo para mí.

—¿Cómo dices? —exclamó Amarantha, y se inclinó hacia delante.

—He venido a buscar a Tamlin, alto lord de la Corte Primavera.

Una exhalación proferida al unísono pasó como una ola a través de toda la corte reunida allí. Pero Amarantha echó la cabeza hacia atrás y se rio... Su voz era como el graznido de un cuervo.

La alta reina se volvió hacia Tamlin y los labios se le estiraron hacia atrás en una sonrisa malvada.

—Sí que has estado ocupado estos años, Tamlin. Parece que desarrollaste el gusto por las bestias humanas, ¿eh?

Él no dijo nada, la cara completamente impasible. ¿Qué le habían hecho? No se movía..., la maldición se había cumplido, entonces. Había llegado demasiado tarde. Le había fallado, lo había maldecido.

—Pero... —continuó Amarantha lentamente. Yo sentía al attor y a toda la corte detrás de mí—... esto hace que me pregunte...: si tomaste a una sola humana después de que matara a tu centinela... —Los ojos de la reina destellaron—. Ah, eres delicioso. Dejaste que

torturara a aquella muchacha inocente para mantener a esta con vida, ¿verdad? ¡Eres hermoso! Hiciste que te amara un gusano humano... Qué maravilla. —Golpeó las manos y Tamlin desvió la mirada, fue la primera reacción que vi en él.

Torturada. Ella había torturado a...

—Suéltalo —dije, tratando de que mi voz se mantuviera firme. Amarantha volvió a reírse.

—Dame una razón para no destruirte ahí mismo, en el lugar donde estás, humana. —Tenía los dientes tan perfectos y blancos..., casi deslumbrantes.

Me latía la sangre en las venas, pero mantuve el mentón en alto cuando dije:

—Tú lo engañaste... Es injusto. —Tamlin se había quedado muy muy quieto.

Amarantha chasqueó la lengua y se miró una de sus delgadas manos blancas... El anillo del dedo índice. Un anillo adornado con algo que parecía... parecía un ojo humano enmarcado en cristal. Hubiera jurado que se movía...

—Vosotros, bestias humanas, sois tan poco creativos. Pasamos años enseñándoos poesía y buena retórica, ¿y eso es todo lo que podéis hacer? Debería arrancarte la lengua por desperdiciarla de ese modo.

Apreté los dientes.

—Pero tengo curiosidad. ¿Cuál será la verborrea que saldrá por esos labios cuando veas en qué estado deberías estar ahora? —Levanté las cejas en cuanto Amarantha señaló detrás de mí y el horrible anillo miró con ella. Y me di la vuelta.

Ahí, clavada bien alto en la pared de la enorme caverna, estaba el cuerpo maltratado de una joven humana. La piel aparecía quemada en algunas partes, los dedos doblados en ángulos extraños; unas líneas rojas le cruzaban el cuerpo desnudo. Casi no oí las palabras de Amarantha bajo el rugido que se alzó en mis oídos.

—Tal vez debería haberla creído cuando dijo que nunca había visto a Tamlin en su vida —musitó Amarantha—. O cuando insistió en que jamás había matado a un inmortal, en que nunca había cazado. Aunque sus gritos de dolor fueron deliciosos... Hacía siglos que no oía una música tan bella. —Lo que dijo a continuación iba dedicado a mí—: Debería darte las gracias por haberle dado a Rhysand su nombre en lugar del tuyo.

Clare Beddor.

Por eso se la habían llevado después de haber quemado vivos a todos los miembros de su familia. Eso era lo que yo le había hecho cuando le di su nombre a Rhysand para proteger a los míos.

Se me retorcieron las entrañas, y tuve que hacer un enorme esfuerzo para no vomitar sobre el suelo.

Los espolones del attor me cogieron por los hombros y me dio la vuelta para que yo quedara frente a Amarantha, que seguía ofreciéndome su sonrisa de víbora. Yo había matado a Clare. Había salvado mi vida y había acabado con la de ella. Ese cuerpo que se pudría en la pared debería haber sido el mío. El mío.

El mío.

—Vamos, preciosa —dijo Amarantha—. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Quería gritarle que lo que ella se merecía era quemarse en el infierno durante toda la eternidad, pero no podía apartar la vista del cuerpo de Clare, clavado en la pared de la cueva, incluso mientras miraba sin ver hacia donde estaba Tamlin. Él había dejado que mataran a Clare... para que no supieran que yo estaba viva. Me dolían los ojos, la bilis me ardía en la garganta.

—¿Todavía quieres reclamar a alguien que es capaz de hacerle eso a una inocente? —dijo Amarantha con suavidad, como consolándome.

Reuní todo el valor que pude y dirigí la vista hacia ella. No dejaría que la muerte de Clare fuera en vano. No iba a caer sin pelear.

—Sí —dije—. Sí, eso quiero.

Su labio se curvó y dejó ver sus colmillos afilados. Y mientras miraba sus ojos negros, me di cuenta de que iba a morir.

Pero Amarantha se reclinó en el trono y cruzó las piernas.

—Bueno, Tamlin —dijo, y puso una mano sobre su rodilla en un gesto posesivo—. No creo que esperaras esto. —Hizo un gesto en mi dirección y oí un murmullo de risas contenidas de los que llenaban la sala, un eco que me golpeó como si me estuvieran apedreando—. ¿Qué tienes que decir, alto lord?

Miré la cara que amaba tanto y sus palabras casi me hicieron caer de rodillas.

—Nunca la he visto en mi vida. Alguien tiene que haberla hechizado para gastarnos una broma. Seguramente Rhysand. —Seguía tratando de protegerme incluso ahora, incluso en ese lugar.

—Ah, vamos, esa no es una mentira creíble en absoluto. —Amarantha inclinó la cabeza—. ¿Puede ser que después de tus palabras de hace tantos años sientas algo por la humana? Una chica que odia a los de nuestra especie se las ingenia para enamorarse de un inmortal... ¿Y un inmortal cuyo padre masacró a humanos, y que ahora está a mi lado, se enamora de ella también? —Soltó otra vez su risa de cuervo—. Ah, esto es increíblemente bueno..., increíblemente divertido. —Tocó el hueso que llevaba colgando del cuello y miró el ojo que tenía en la mano—. Supongo que si alguien pudiera apreciar este momento —le dijo al anillo—, ese serías tú, Jurian. —Sonrió con satisfacción—. Una lástima que tu puta humana nunca se preocupara por salvarte...

Jurian... El ojo era de él..., el hueso, de uno de sus dedos. El horror se me incrustó en el vientre. A través de todos los males, a través de todo su poder, ella retenía el alma de ese hombre, su conciencia, en ese anillo, en ese hueso.

Tamlin seguía mirándome sin reconocerme, sin ningún rastro de sentimiento. Tal vez ella había usado el mismo poder para hechizarlo; tal vez se había llevado todos sus recuerdos.

La reina se limpió las uñas.

—Todo está muy aburrido desde que Clare decidió morírseme entre las manos. Matarte enseguida, humana, sería una estupidez. —Posó sus ojos sobre mí, después volvió a las uñas..., al anillo en el dedo—. Pero el destino mueve el Caldero de formas muy extrañas. Tal vez mi querida Clare tenía que morir para que yo me divirtiera de verdad contigo.

Sentí que se me vaciaba el estómago sin poder evitarlo.

—Has venido a reclamar a Tamlin —dijo Amarantha, y no era una pregunta, sino un desafío—. Bueno, da la casualidad de que estoy aburrida hasta las lágrimas del silencio monótono de este alto lord. Me preocupé cuando él no movió un pelo mientras yo jugaba con la querida Clare, ni siquiera mostró esas garras tan bonitas...

»Pero voy a negociar contigo, humana —continuó, y unas campanas de advertencia sonaron en mi mente. "A menos que tu vida dependa de eso", había dicho Alis—. Si llevas a cabo tres pruebas que voy a ponerte..., tres tareas para demostrar la profundidad de ese sentido humano de lealtad y amor, Tamlin será tuyo. Deberás pasar tres pequeños desafíos para probar tu dedicación, para probarme a mí y al querido Jurian que tu especie es capaz de sentir amor verdadero, y después podrás llevarte a tu alto lord. —Se volvió hacia Tamlin—. Considéralo un favor de mi parte, alto lord. Estos perros humanos pueden volver loca de lujuria a nuestra especie y dejarnos tan ciegos que perdemos todo el sentido común. Mejor que veas ahora su verdadera naturaleza.

—También quiero que se rompa la maldición —exigí. Ella levantó la ceja, su sonrisa cada vez más abierta mostraba una hilera de dientes blancos—. Llevo a cabo las tres pruebas y se pone fin a la maldición, y nosotros, toda la corte, nos vamos y permanecemos libres para siempre —añadí. La magia era específica, había dicho Alis..., así era como los había engañado Amarantha. No iba a dejar que me ganara con astucia.

—Por supuesto —ronroneó Amarantha—. Y puedo negociar una cosa más si no te importa, para ver si eres digna de tu especie, si eres lo suficientemente inteligente como para merecer a Tamlin. —El

ojo de Jurian giraba en su anillo sin cesar, un movimiento salvaje. Ella chasqueó la lengua y lo miró—. Vas a completar las pruebas..., y cuando hayas terminado, lo único que tienes que hacer es contestar una pregunta. —Casi no podía oírla por el zumbido de la sangre que me inundaba los oídos—. Una adivinanza. Si la resuelves, desaparece la maldición. La libertad será instantánea. Ni siquiera tendré que levantar un dedo, al momento quedará anulada. Dices la respuesta correcta y él es tuyo. Puedes contestarla cuando quieras..., pero si yerras la respuesta... —Señaló detrás de mí, y no necesité darme la vuelta para saber que su dedo señalaba a Clare.

Analicé sus palabras, les di la vuelta de un lado y de otro, buscando trampas y engaños. Pero todo sonaba bien.

—¿Y si no consigo cumplir con las pruebas?

Su sonrisa se volvió casi grotesca y acarició con el dedo pulgar la esfera del anillo.

—Si fracasas en una de ellas, no quedará nada de ti para mis juegos. —Un escalofrío me recorrió la espalda. Alis me lo había advertido..., me había advertido que no negociara. Pero Amarantha me mataría sin dudarlo si yo decía que no.

—¿Cuál es la naturaleza de esas pruebas?

—Ah, revelar tal cosa haría que nos perdiéramos toda la diversión. Pero puedo decirte que vas a tener que pasar una cada mes, cuando llegue la luna llena.

—¿Y mientras tanto? —Me atreví a echar una mirada a Tamlin. El oro de sus ojos estaba más brillante de lo que yo recordaba.

—Mientras tanto —respondió Amarantha con voz cortante—, vas a quedarte en tu celda, o hacer cualquier trabajo extra que yo necesite.

—Si haces que me canse, ¿no vas a ponerme en desventaja? —Sabía que ella estaba perdiendo interés..., que no había esperado que le hiciera tantas preguntas. Pero tenía que conseguir que dijera algo que me beneficiara.

—Nada que no sea trabajo doméstico, trabajo básico. Es justo que te ganes tu comida. —Podría haberla estrangulado solo por decir eso, pero asentí—. Entonces, estamos de acuerdo.

Sabía que ella esperaba que yo repitiera esas palabras, pero tenía que asegurarme.

—Si completo las tres pruebas o resuelvo la adivinanza, ¿vas a hacer lo que yo quiero?

—Claro —afirmó Amarantha—. ¿Estamos de acuerdo?

Con una cara terriblemente blanca, los ojos de Tamlin se encontraron con los míos y casi imperceptiblemente se agrandaron. No.

Pero era eso o la muerte, una muerte como la que había sufrido Clare, lenta y brutal. El attor siseó detrás de mí, una advertencia para que yo respondiera. Yo no creía ni en el destino ni en el Caldero..., y no tenía otra alternativa.

Porque cuando miré a los ojos de Tamlin, incluso ahora, sentado junto a Amarantha como su esclavo o incluso algo peor, lo amé con una ferocidad que me quemaba el corazón. Porque cuando él abrió los ojos, supe que me seguía amando.

A mí no me quedaba nada excepto eso, excepto los jirones de una esperanza tonta...: tal vez podría ganarla, tal vez sería más inteligente que ella y derrotaría a una reina inmortal tan antigua como la piedra que pisaban mis pies.

—¿Entonces? —insistió Amarantha. Detrás de mí, sentí que el attor se preparaba para saltar, para sacarme la respuesta a golpes si era necesario. Ella los había engañado a todos, pero yo había aprendido a sobrevivir a la pobreza, a años de moverme en soledad por los bosques. Mi mejor táctica era no revelar nada de mí misma o de lo que sabía. ¿Qué era la corte de Amarantha sino otro bosque, otro coto de caza?

Miré a Tamlin una vez más antes de decir:

—De acuerdo.

Amarantha me dedicó una sonrisita horrible y la magia siseó en el aire entre las dos mientras ella hacía chasquear los dedos. A continuación volvió a acomodarse en el trono.

—Dadle una digna bienvenida a mi corte —le ordenó a alguien que estaba detrás de mí.

El siseo del attor fue la única advertencia antes de que algo duro como una piedra me golpeara la mandíbula.

Caí de costado, aturdida, pero me esperaba otro golpe terrible en la cara. Me crujieron los huesos, todos los huesos. Las piernas se me doblaron debajo del cuerpo y la piel correosa del attor me raspó la mejilla cuando volvió a pegarme. Retrocedí, pero me encontré con el puño de otro, un inmortal inferior retorcido cuya cara no llegué a ver. Era como si alguien me estuviera golpeando con un ladrillo. ¡Pam! ¡Crac! Creo que eran tres. Me convertí en un saco que solo encajaba golpes; pasé de puñetazo en puñetazo; los huesos me restallaban de agonía. Tal vez grité.

La sangre me salió por la boca y su sabor metálico me cubrió la lengua antes de perder la conciencia.



Capítulo 35

Sentí que recuperaba lentamente los sentidos, y que cada uno era más doloroso que el anterior. Primero oí un sonido de agua que goteaba, después el eco lejano de unos pasos fuertes. Un gusto a cobre en la boca...: sangre. Por encima del silbido de algo que tenía que ser mi nariz aplastada, el olor fuerte y picante del moho y el hedor de los hongos inundaban el aire frío, húmedo. Se me clavaban en las mejillas puntiagudas briznas de paja. Toqué con la lengua mi labio partido y el gesto me llenó de fuego el rostro. Hice una mueca, intenté abrir los ojos, pero solo conseguí separar un poco los párpados hinchados. Lo que veía, borroso, sin duda porque tenía los ojos amoratados, no me alegró el espíritu.

Estaba en una celda, en una prisión. Ya no tenía armas y mis únicas fuentes de luz eran las antorchas que ardían al otro lado de la puerta. Amarantha había dicho que pasaría el tiempo en una celda, pero cuando me senté, con la cabeza tan confusa que casi me desmayé de nuevo, se me aceleró el corazón. Una mazmorra. Examiné los finos rayos de luz que se arrastraban a través de las grietas de la puerta y la pared. Después, con cautela, me toqué la cara.

Dolía..., dolía más que cualquier otra cosa que yo hubiera soportado antes.

Me mordí la lengua para no gritar mientras con los dedos me tocaba la nariz y caían trozos de sangre seca a mi alrededor. Estaba rota. Quebrada. Habría apretado los dientes si no me hubiera estado latiendo la mandíbula en un remolino de agonía.

No podía permitirme el pánico. No, tenía que mantener a raya las lágrimas, tenía que conservar la cordura. Y tenía que revisar mis laceraciones lo mejor que pudiera para después pensar qué hacer. Tal vez podría usar mi camisa para elaborar vendajes..., tal vez me darían agua en algún momento y podría lavarme las heridas. Respirando de forma superficial a causa del dolor del pecho y las costillas, me exploré el resto de la cara. No tenía la mandíbula rota, y aunque se me habían hinchado los ojos y partido el labio, el peor daño era en la nariz.

Me llevé las rodillas al pecho, las apreté con fuerza mientras controlaba la respiración. Había violado una de las reglas de Alis. No había tenido opción. Ver a Tamlin sentado junto a Amarantha...

La mandíbula me dolía, pero apreté los dientes de todos modos. La luna llena... Era cuarto creciente cuando dejé la casa de mi padre. ¿Cuánto tiempo había pasado inconsciente ahí abajo? No era tonta: sabía que no tendría tiempo para prepararme para la primera prueba de Amarantha.

No me permití imaginarme lo que podía tener en mente para mí. Ya tenía bastante con saber que ella esperaba que yo muriera... Había dicho que no quedaría suficiente de mí para que pudiera

entretenerse torturándome.

Me abracé las piernas con más fuerza para que no me temblaran las manos. En algún lugar..., no demasiado lejos, empezaron los gritos. Un balido agudo, un ruego, acentuado con crescendos de chillidos que hicieron que la bilis se me atragantara en la garganta. Tal vez yo gritaría así cuando me viera frente a la primera tarea de Amarantha.

Sonó el chasquido de un látigo y el alarido fue más fuerte; a quien estuvieran azotando apenas le daban tiempo para detenerse a tomar aire. Seguramente Clare había gritado así. Y sí, era como si yo misma la hubiera torturado. ¿Qué habría pensado ella...? Todos esos inmortales que deseaban su sangre y su dolor. Me lo merecía..., sí, me merecía cualquier dolor, cualquier sufrimiento que tuviera que afrontar, fuera el que fuese..., por lo que Clare había tenido que tolerar. Pero... pero iba a arreglar las cosas. De alguna forma.

Imagino que me dormí en algún momento, porque desperté cuando la puerta de la celda raspó el suelo de piedra. Olvidé el dolor inmenso de mi cara y me arrastré para esconderme en las sombras del rincón más lejano. Alguien se deslizó en mi celda y cerró la puerta con rapidez..., dejando pasar apenas un rayo de luz.

—¿Feyre?

Traté de ponerme de pie, pero me temblaban tanto las piernas que no podía moverme.

—¿Lucien? —jadeé yo, y la paja del suelo crujió cuando se dejó caer de rodillas frente a mí.

—Por el Caldero, ¿estás bien?

—La cara...

Una luz pequeña flameó junto a su cabeza, y su ojo de metal se entrecerró. Lucien resopló.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Qué estás haciendo aquí?

Luché por contener las lágrimas... Llorar no tenía sentido, de todos modos.

—Volví a la mansión... Alis me dijo... me contó lo de la maldición... Y no podía dejar que Amarantha...

—No deberías haber venido, Feyre —dijo él con voz cortante—. No tendrías que estar aquí. ¿No entiendes todo lo que Tamlin sacrificó para sacarte de Prythian? ¿Cómo has podido ser tan estúpida?

—Bueno, pero ahora estoy aquí —dije con voz más alta de lo aconsejable—. Estoy aquí y no se puede hacer nada al respecto, así que... ¡no te molestes en hablarme de mi cuerpo débil y humano y de mi estupidez! Eso lo sé, y... —Quería cubrirme la cara con las manos pero me dolía demasiado—. Solo... tenía que decirle que lo amo. Comprobar si no era demasiado tarde.

Lucien se puso en cuclillas.

—Así que lo sabes todo.

Me las arreglé para asentir sin desmayarme de dolor. Seguramente vio con claridad mi agonía, porque hizo una mueca.

—Bueno, por lo menos ya no tenemos que mentirte. A ver si te recomponemos un poquito.

—Creo que tengo la nariz rota. Pero nada más. —Mientras lo decía, miré alrededor de él buscando señales de vendajes o agua... Pero no vi nada. Sería magia, entonces.

Lucien dirigió la mirada por encima del hombro, controlando la puerta.

—Los guardias están borrachos, pero el cambio llegará pronto —dijo, y después estudió mi nariz. Traté de soportar el suplicio mientras le permitía tocarla. Hasta el roce de sus dedos me transmitió relámpagos de dolor por todo el cuerpo—. Voy a tener que ponerla en su lugar antes de curarte.

Apreté la boca para ocultar el pánico ciego que sentía.

—Hazlo. Ahora —le dije, antes de que pudiera hundirme en la cobardía y pedirle que no lo hiciera. Él dudó—. Ahora —jadeé.

Con demasiada rapidez para que pudiera seguirlo con la vista, los dedos de Lucien me cogieron la nariz. El dolor me atravesó como una lanza y un crac me sonó en los oídos, en la cabeza; después me desmayé.

Cuando volví en mí, conseguí abrir los dos ojos completamente, y la nariz, mi nariz, estaba en su sitio y no me latía ni hacía que la cara se me partiera de dolor. Lucien estaba agachado sobre mí con el entrecejo fruncido.

—No puedo curarte del todo... Sabrían que alguien te ha ayudado. Todavía tienes los moretones y ese ojo negro está horrible, pero... ya no hay hinchazón.

—¿Y la nariz? —pregunté, tocándola antes de que él contestara.

—Lista..., tan bonita y descarada como siempre. —Me dedicó su sonrisa ladeada. El gesto familiar hizo que se me tensara el pecho casi hasta dolerme.

—Pensé que Amarantha había arrebatado la mayor parte del poder de la corte —me las arreglé para decir. Yo casi no lo había visto hacer magia en la mansión.

Asintió hacia la lucecita que se movía sobre su hombro.

—Ella me devolvió una fracción..., para que convenciera a Tamlin a aceptar la oferta. Pero él sigue negándose. —Levantó el mentón hacia mi cara curada—. Yo sabía que algo bueno saldría de estar aquí abajo.

—¿Así que tú también estás atrapado en Bajo la Montaña? —Un movimiento amargo de la cabeza acompañó su asentimiento. «Sí.»

—Ha mandado llamar a todos los altos lores..., incluso los que le juraron obediencia están aquí y tienen prohibido irse hasta que... hasta que terminen tus pruebas.

Hasta que yo estuviera muerta era lo que quería decir en realidad.

—Ese anillo —dije—, ¿es... es realmente el ojo de Jurian? — Lucien se encogió.

—Sí. ¿Así que de verdad lo sabes todo?

—Alis no me dijo qué pasó cuando Jurian y Amarantha estuvieron frente a frente.

—Dejaron asolado todo un campo de batalla y usaron a sus soldados como escudos hasta que murieron casi todos. Jurian tenía alguna protección contra ella, pero una vez que llegaron al combate

cuerpo a cuerpo... no le costó demasiado derrotarlo. Entonces lo arrastró de vuelta a su campamento y se tomó mucho tiempo, semanas, para torturarlo y matarlo. Ignoró las órdenes de marchar en ayuda del rey de Hybern... y eso le costó ejércitos a su soberano y al final perdió la guerra. Amarantha se negó a hacer cualquier cosa hasta que hubiera terminado con Jurian. Las únicas partes del cuerpo que quedaron de él fueron el dedo y el ojo. Clythia le había prometido a Jurian que no moriría nunca..., y mientras su hermana mantenga ese ojo preservado en magia, retendrá su alma y su conciencia, y él permanecerá atrapado, mirando. Un castigo adecuado para lo que hizo, pero... —Lucien se tocó el ojo que le faltaba—, pero me alegro de que no me hubiera hecho lo mismo a mí. Se diría que está obsesionada con ese tipo de cosas.

Me eché a temblar. Una cazadora... Amarantha no era mucho más que una cazadora cruel, inmortal, que coleccionaba trofeos para recordar a sus presas y conquistas y se regodeaba con ellos a lo largo de las eras. La rabia, la desesperación y el horror que tenía que aguantar Jurian día tras día, durante toda la eternidad... Merecidos, tal vez, pero peores que nada que yo hubiera podido imaginar. Sacudí la cabeza para sacarme la idea de la mente.

—¿Tamlin está...?

—Él... —Lucien iba a contestar, pero se puso de pie bruscamente cuando oyó algo que los oídos humanos no captaban —. Va a haber un cambio de guardia y vienen hacia aquí. Trata de no morirte, ¿quieres? Ya tengo una larga lista de inmortales que matar..., no necesito añadir más nombres, ni siquiera por el bien de Tamlin.

Razón por la cual, sin duda, había bajado hasta allí.

Y entonces desapareció..., desapareció en la tenue luz. Un momento después, un ojo amarillo manchado de rojo apareció en el agujero de vigilancia de la puerta, me miró con furia y siguió adelante.

Dormitaba y me despertaba a lo largo de un ciclo que tal vez fue de horas, o quizá de días. Me dieron tres comidas miserables, pan duro y agua, y las llevaron a intervalos irregulares, por lo que pude detectar. Lo único que supe cuando se abrió la puerta de la celda en un movimiento brusco fue que mi hambre constante ya no importaba y que era mejor no luchar contra los dos inmortales bajitos, de piel roja, que me arrastraron hasta el salón del trono. Me fijé cuidadosamente en el camino, elegí detalles de los pasillos para acordarme, grietas diferentes en las paredes, escenas de los tapices, una curva distinta a las demás, cualquier cosa que me recordara el camino de salida de las mazmorras.

Esta vez vi algo más de la habitación del trono; por ejemplo, comprobé dónde estaban las salidas. No había ventanas porque estábamos bajo tierra. Y la montaña que había visto pintada en el mapa de la mansión se levantaba en el corazón de esa tierra, lejos de la Corte Primavera y todavía más lejos del muro. Si quería escapar con Tamlin, mi mejor oportunidad sería correr y buscar esa cueva en el vientre de la montaña.

De pie junto a la pared había una multitud de inmortales. Cuando pasamos bajo el umbral traté de no mirar el cuerpo de Clare, que se descomponía clavado en el muro, y me concentré en fijarme tan solo en la corte reunida. Todo el mundo se había puesto ropa elegante, colorida...; todos parecían bien alimentados y limpios. Entre ellos había inmortales enmascarados: la Corte Primavera. Si tenía alguna oportunidad de conseguir aliados, sería entre ellos.

Examiné a la multitud buscando a Lucien, pero no lo encontré, y entonces me empujaron junto a la tarima. Amarantha llevaba un vestido cubierto de rubíes que realzaba su cabello entre rojo y dorado y también los labios, que, cuando dirigí la vista hacia ella, estaban abiertos en una sonrisa viperina.

La reina de los inmortales chasqueó la lengua.

—Estás realmente espantosa. —Se volvió hacia Tamlin, que permanecía quieto a su lado. Su expresión siguió siendo distante—. ¿No es cierto que ha empeorado mucho?

Él no contestó. Ni siquiera me miró a los ojos.

—¿Sabes? —musitó Amarantha inclinándose sobre el brazo del trono—, anoche no me podía dormir y esta mañana me he dado cuenta de por qué. —Me miró de arriba abajo—. No sé tu nombre. Si tú y yo vamos a ser tan amigas durante los próximos tres meses, debería saber tu nombre, ¿verdad?

Hice un esfuerzo para no asentir. Había algo encantador, cercano, en ella, y una parte de mí empezó a entender por qué los altos lores habían caído bajo su hechizo, por qué habían creído sus mentiras. La odié por eso.

Cuando no contesté, Amarantha frunció el entrecejo.

—Vamos, amor, vamos. Tú sabes mi nombre, ¿te parece justo que yo no sepa el tuyo? —Me puse tensa cuando apareció el attor en medio de la multitud que se separó para dejarlo pasar. Apenas me vio, me sonrió con sus filas y filas de dientes—. Después de todo —Amarantha hizo un gesto elegante con la mano hacia el espacio que había detrás de mí y el cristal que protegía el ojo de Jurian reflejó la luz—, ya sabes la consecuencia de dar nombres falsos. —Una nube oscura me envolvió y sentí la forma de Clare clavada en la pared detrás de mí. Pero mantuve la boca cerrada—. Rhysand —dijo Amarantha, y no necesitó levantar la voz para que él acudiera. Mi corazón pareció pesar como el plomo cuando sonaron a mi espalda esos pasos relajados, ágiles. Se detuvo junto a mí... Demasiado, sí, demasiado cerca para mi gusto.

Con el rabillo del ojo estudié al alto lord de la Corte Noche cuando se inclinó doblándose por la cintura. La noche parecía ondear a su alrededor como una capa casi invisible.

Amarantha levantó las cejas.

—¿Es ella la mujer humana que viste en la propiedad de Tamlin?

Él se sacudió una mota invisible de polvo de la túnica negra antes de mirarme. Sus ojos violeta mostraban aburrimiento... y desdén.

—Supongo.

—Pero ¿me dijiste o no que esa chica era la que viste? —dijo Amarantha alzando el tono mientras señalaba a Clare.

Él se metió las manos en los bolsillos.

—A mí, los humanos me parecen todos iguales. —Amarantha le dedicó una sonrisa artificial.

—¿Y los inmortales?

Rhysand volvió a inclinarse, con tanta suavidad que el gesto parecía más una danza que una reverencia.

—En medio de un mar de caras mundanas, la vuestra es una obra de arte.

Si yo no hubiera estado pisando la línea entre la vida y la muerte, habría resoplado.

«Los humanos me parecen todos iguales...» No lo creía, no, ni por medio segundo. Rhysand conocía mi aspecto con exactitud..., me había reconocido aquel día en la mansión. Me esforcé por hacer que se viera mi rostro lo más neutral que pude, ahora que la atención de Amarantha volvía a dirigirse a mí.

—¿Cómo se llama? —le preguntó a Rhysand.

—¿Y cómo voy a saberlo? Ella me mintió. —O jugar con Amarantha era una diversión para él, una broma, como poner una cabeza en una pica en medio del jardín de Tamlin, o... todo eso era otra vez una intriga cortesana. Me preparé para el roce de esos espolones contra mi mente, me preparé para la orden que, sin ninguna duda, ella estaba a punto de dar.

Mantuve la boca bien cerrada y me quedé quieta. Recé para que Nesta tuviera ya guardias y exploradores a su servicio..., para que hubiera persuadido a mi padre de tomar precauciones.

—Si te gustan tanto los juegos, muchacha, supongo que podemos hacer esto y divertirnos al mismo tiempo —dijo Amarantha. Hizo sonar los dedos hacia el attor, que se metió en la multitud y atrapó a alguien. Su cabello rojo brilló y me tambaleé hacia delante cuando el attor arrastró a Lucien por el cuello de la túnica verde. «No. No.»

Lucien se defendía del attor, pero no podía hacer nada contra esas uñas parecidas a agujas. El monstruo lo obligó a arrodillarse y sonrió, soltó la túnica de Lucien y se mantuvo cerca.

Amarantha levantó un dedo en dirección a Rhysand. El alto lord de la Corte Noche enarcó una ceja muy bien cuidada.

—Mantén esa mente quieta —le ordenó ella.

Se me desgarró el corazón. Lucien se quedó completamente quieto. El sudor le brillaba en el cuello cuando Rhysand inclinó la cabeza hacia la reina y se dio la vuelta para ponerse frente a él.

Detrás de los dos, abriéndose paso para situarse frente a la multitud, aparecieron cuatro altos fae de gran estatura y de cabello rojo. Algunos eran musculosos, de buen físico, y parecían guerreros listos para entrar en un campo de batalla; otros eran hermosos cortesanos. Todos miraron con fijeza a Lucien... y sonrieron. Los cuatro hijos del alto lord, los cuatro que quedaban en la Corte Otoño.

—¿Cuál es su nombre, emisario? —le preguntó Amarantha a Lucien. Pero este miró a Tamlin, solo eso, antes de cerrar los ojos y erguir los hombros. Rhysand empezó a sonreír y me estremecí cuando recordé la sensación de esas garras invisibles dentro de la mente. Qué fácil hubiera resultado para él aplastarla por completo.

Los hermanos de Lucien acechaban en los bordes de la multitud, sin remordimientos, sin ningún miedo en sus caras hermosas.

Amarantha suspiró.

—Pensé que habías aprendido la lección, Lucien. Aunque esta vez tu silencio va a condenarte tanto como tu lengua. —Lucien siguió con los ojos cerrados. Listo..., estaba listo para que Rhysand borrara todo lo que era, para que convirtiera su mente, a él incluso, en puro polvo—. ¿Su nombre? —le preguntó ella a Tamlin, y él no le contestó. Los ojos de Tam estaban fijos en los hermanos de Lucien, como si estuviera tratando de ver cuál de ellos mostraba la sonrisa más satisfecha.

Amarantha pasó una uña a lo largo del brazo del trono.

—No creo que tus hermosos hermanos lo sepan, Lucien —ronroneó.

—Si lo supiéramos, señora, seríamos los primeros en decíroslo —manifestó el más alto. Era delgado e iba vestido de forma elegante, un hijo de puta entrenado para la corte en cada centímetro de su cuerpo. Seguramente el mayor, si se tenía en cuenta la forma en que lo miraban incluso los que parecían guerreros de sangre, una mirada llena de deferencia, de prevención y de miedo.

Amarantha le dedicó una sonrisa de agradecimiento y levantó la mano. Rhysand movió la cabeza y entrecerró los ojos, fijos en Lucien.

Este se puso tenso. Un gruñido le salió por la garganta y...

—¡Feyre! —grité—. Me llamo Feyre.

Tuve que esforzarme mucho para no caer de rodillas cuando Amarantha asintió y Rhysand dio un paso atrás. El alto lord de la Corte Noche ni siquiera se había sacado las manos de los bolsillos.

Supongo que ella le había permitido conservar más poder que a los otros. Sin duda si era capaz de infligir tanto daño a pesar de estar sometido a ella. Antes de que ella se lo robara, el poder de Rhysand había sido... extraordinario. Sí, tenía que haberlo sido si esto era solo lo que conservaba de él.

Lucien se dejó caer al suelo temblando. Sus hermanos se adelantaron y el mayor me mostró los dientes en una amenaza silenciosa. Lo ignoré.

—Feyre —dijo Amarantha saboreando mi nombre, el gusto de las dos sílabas sobre la lengua—. Un nombre viejo de nuestros primeros dialectos. Bueno, Feyre —continuó. Cuando me di cuenta de que no iba a preguntar por mi apellido, casi lloro del alivio—. Te prometí una adivinanza.

Todo se volvió espeso y confuso. ¿Por qué Tamlin no hacía nada? ¿Por qué no decía nada? ¿Qué había estado a punto de decir Lucien antes de desaparecer de mi celda?

—Resuelve esto, Feyre, y tú y tu alto lord y toda la corte podréis iros con mi bendición inmediatamente. Veamos si eres lo bastante inteligente como para merecer a uno de mi especie. —Sus ojos oscuros brillaron y me aclaré la mente lo mejor que pude mientras ella hablaba.

Hay quienes me buscan toda una vida pero no nos encontramos,
y quienes reciben mi beso y me rechazan, desagradecidos, desdichados.

A veces, parece que prefiero a los inteligentes, a los bellos, a los altos,
pero bendigo a todos los que tienen el coraje de intentarlo.

En general, cuando actúo, soy de mano suave, dulce, de miel,
pero si me desprecian, me convierto en una bestia difícil de vencer.

Porque aunque mis golpes, todos, dan siempre en el blanco,
cuando mato, lo hago muy muy despacio...

Parpadeé y ella lo repitió, sonriendo al terminar, engreída como un gato. Mi mente era un vacío, una masa totalmente inútil, un espacio en blanco.

¿Algún tipo de enfermedad? Mi madre había muerto de tifus y su prima de malaria después de un viaje a Bharat... Pero ninguno de los síntomas parecía tener nada que ver con la adivinanza. ¿Una persona, tal vez?

Una oleada de risas recorrió a los que estaban reunidos, y las más estruendosas fueron las de los hermanos de Lucien. Rhysand me miraba, envuelto en noche, con una sonrisa leve en la boca.

La solución estaba tan cerca... Una pequeña respuesta y todos seríamos libres. Inmediatamente, había dicho ella..., y en cambio... Eh, un momento: ¿las condiciones de las pruebas eran distintas de las que me había dado para la adivinanza? Amarantha había

enfatizado lo de «inmediatamente» cuando hablaba de resolver la adivinanza. No, no tenía tiempo para pensar en eso ahora. Tenía que resolver la adivinanza. Así podríamos ser libres. Libres.

Pero no pude..., ni siquiera se me ocurrió una posibilidad. Habría sido mejor que yo misma me abriera el cuello y terminara allí mismo con mi sufrimiento antes de que ella pudiera hacerme pedazos. Era una tonta, una humana idiota. Miré a Tamlin. El oro en sus ojos titiló un poco, pero su cara no tenía expresión.

—Piénsalo —dijo Amarantha para consolarme, y dirigió una mirada al anillo, al ojo que daba vueltas ahí dentro—. Voy a estar esperando.

Miré a Tamlin. Tenía la mente vacía, girando en un remolino, mientras me empujaban hacia las mazmorras.

Cuando volvieron a cerrar la puerta de mi celda, supe que iba a perder.

Pasé dos días encerrada allí, o por lo menos supuse que eran dos, tomando como referencia las comidas, que habían empezado a ser un poco mejores. Devoré las partes comestibles de las porciones medio cubiertas de moho, y aunque deseaba que Lucien acudiera a verme, nunca lo hizo. Sabía que no me era posible siquiera desear ver a Tamlin.

Tuve muy poco que hacer excepto reflexionar acerca de la adivinanza de Amarantha. Pero cuanto más lo hacía, menos sentido le encontraba. Pensé en varios tipos de venenos y animales ponzoñosos..., pero eso no me sirvió de nada, excepto acrecentar la sensación de ser cada vez más estúpida. Por no mencionar la impresión de que tal vez ella estaba engañándome con esa negociación y que por eso había dicho «inmediatamente» cuando habló de la adivinanza. Tal vez lo que quería decir era que no nos liberaría inmediatamente si yo terminaba con éxito las pruebas. Que podría tomarse todo el tiempo que quisiera para hacerlo. No..., no, me estaba poniendo paranoica. Estaba dándole demasiadas vueltas.

Pero la adivinanza podía liberarnos a todos al instante. Tenía que resolverla. Aunque había jurado no pensar demasiado en las tareas que me esperaban, no dudaba de la imaginación de Amarantha, y muchas veces me despertaba sudando después de algún sueño inquieto..., un sueño en el que estaba atrapada dentro de un anillo de cristal, en silencio por toda la eternidad, obligada a ser testigo de ese mundo cruel, sediento de sangre, separada de todo lo que había amado. Amarantha había amenazado con que no quedaría nada de mí, que ella no podría jugar conmigo si fracasaba en una de las pruebas..., y yo recé para que eso fuera verdad. Mejor desaparecer para siempre que sufrir el destino de Jurian.

Sin embargo, un miedo como no había conocido antes me devoró completamente cuando se abrió la puerta de la celda y los guardias de piel roja me dijeron que la luna llena estaba en el centro del cielo.



Capítulo 36

Los sonidos de la multitud en movimiento reverberaban en el pasillo. Mi escolta armada no se molestó en sacar las armas; se limitaron a empujarme hacia delante. Ni siquiera me habían puesto grilletes. Algo o alguien me atraparía antes de que pudiera apartarme un paso y me devoraría en el lugar donde estuviéramos.

La cacofonía de risas, gritos y aullidos no terrenales empeoró cuando el pasillo se abrió frente a algo que seguramente era un gran estadio. No habían colocado antorchas para iluminar la caverna... y no conseguí averiguar si estaba tallada en la roca o si la había formado la naturaleza. El suelo estaba resbaladizo y embarrado, y tuve que hacer un esfuerzo para mantenerme de pie mientras caminábamos.

Pero fue la multitud enorme, ruidosa y rebelde la que me congeló las entrañas cuando todos se volvieron para mirarme. No conseguía entender lo que me gritaban, pero tenía una idea bastante clara. Las caras crueles y las sonrisas amplias me decían todo lo que necesitaba saber. No solo había inmortales inferiores, sino también altos fae. La excitación transformaba sus caras y las hacía casi tan lobunas como las de sus hermanos más extraños. Me empujaron a una plataforma de madera erigida por encima de la multitud. Ahí estaban sentados Amarantha y Tamlin, y frente a la plataforma...

Hice todo lo que pude para mantener el mentón alto mientras miraba el laberinto de túneles y trincheras que se abría en el suelo. La multitud estaba de pie en los bordes, impidiendo la visión de lo que había dentro. Me caí de rodillas frente a Amarantha. El barro medio congelado se me metió en los pantalones.

Me puse de pie con las piernas temblando. Alrededor de la plataforma había un grupo de seis machos, separados de la multitud principal. Por las caras frías, hermosas, por el porte de poder que mostraban, supe que eran los otros altos lores de Prythian. Ignoré a Rhysand apenas noté su sonrisa felina, la corona de oscuridad sobre su cabeza.

A Amarantha le bastó con levantar una mano y la multitud rugiente quedó en silencio.

El silencio era tan grande que casi podía oír el latido de mi corazón.

—Bueno, Feyre —comenzó la reina de los inmortales. Traté de no mirar la mano que se apoyaba en la rodilla de Tamlin, el anillo tan vulgar como aquel gesto—. Tu primera prueba es en este mismo lugar. Veamos hasta dónde llega ese afecto humano que tienes.

Apreté los dientes y casi se los mostré en un gesto de odio. La cara de Tamlin seguía en blanco.

—Me tomé la libertad de averiguar algunas cosas sobre ti —dijo Amarantha con enorme lentitud—. Era justo. Supongo que lo entiendes.

Todos mis instintos, todos los fragmentos de mí que eran intrínsecamente humanos me gritaron que huyera, pero yo seguí ahí, los pies plantados en el suelo, las rodillas apretadas una contra la otra para evitar que me flaquearan las piernas.

—Creo que te va a gustar esta prueba —dijo ella. Hizo un gesto con la mano y el attor apartó a la multitud para abrirme camino hasta el lugar donde empezaba la primera trinchera—. Vamos. Mira.

Yo la obedecí. Las trincheras, que más o menos tenían la altura de dos hombres de profundidad, estaban resbaladizas por el barro. Era como si las hubieran excavado en el barro mismo. Me quedé mirando, luchando para mantenerme en pie. Formaban un laberinto en todo el suelo de la cámara y las curvas y los giros no tenían ningún sentido. El suelo estaba lleno de agujeros que sin duda llevaban a túneles soterrados, y... Unas manos se aferraron a mi espalda y grité porque me dio la impresión de que me caía, hasta que de pronto me levantaron cada vez más arriba en el aire. Reverberaron las risas como un eco dentro de la estancia y quedé colgada de las uñas del attor, sus alas poderosas abiertas mientras él y yo atravesábamos el estadio. El aire parecía estremecerse con cada uno de los aletazos. Después, bajó con rapidez hacia las trincheras y me dejó ahí, de pie.

El lodo me hizo chapotear, abrí los brazos y me tambaleé. Las risas continuaron a pesar de que yo seguía de pie.

El barro olía de una manera espantosa, pero conseguí contener la náusea. Me di la vuelta y encontré la plataforma de Amarantha muy cerca: flotaba por encima de la trinchera. Ella me miró desde allí, sonriendo con su mueca de serpiente.

—Rhysand me ha dicho que eres cazadora —declaró, y a mí se me detuvo el corazón.

Seguramente él me había leído los pensamientos, o... tal vez había encontrado a mi familia y...

Amarantha chasqueó los dedos en mi dirección.

—Cázame esto.

Los inmortales gritaron emocionados, y vi el oro circular entre las palmas delgadas de sus manos de todos los colores. Apostaban cuánto tiempo duraría una vez que empezara. Apostaban sobre mi vida.

Levanté los ojos hacia Tamlin. Su mirada de color esmeralda estaba congelada..., y memoricé por última vez las líneas de esa cara, la forma de su máscara, la sombra de su cabello.

—Suéltalo —ordenó Amarantha. Sentí un temblor en toda la médula cuando se oyó el crujido de la puerta de una jaula; después, la cámara se llenó con el ruido de algo que se deslizaba con rapidez.

Los hombros se me encogieron. La multitud se quedó callada un instante, lo suficiente como para que pudiera oír una especie de gruñido gutural, y sentí las vibraciones del suelo cuando la cosa, fuera lo que fuese, se me acercó.

Amarantha chasqueó la lengua y volví la cabeza hacia ella con la velocidad de un látigo. Sus cejas se arquearon.

—Corre —susurró.

Y entonces apareció. Corrí.

Era un gusano gigantesco, o tal vez algo que habría podido ser un gusano si su parte delantera no fuera más que una boca llena de hileras circulares de dientes afilados como navajas. El gusano se me acercó con rapidez. Su cuerpo, entre marrón y rosado, era una onda que se retorcía y se alzaba con una facilidad horrenda. Esas trincheras eran su guarida.

Y yo era su cena.

Corrí por el foso deslizándome y resbalando sobre el barro maloliente mientras deseaba haber memorizado mejor el diseño del laberinto en los pocos momentos en que lo había observado; sabía perfectamente bien que el camino que tomara podría conducirme a un callejón sin salida donde era probable...

La multitud rugió, y el clamor ahogó los sonidos del gusano; algunos eran como el que se produce al sorber un líquido; otros, como el rechinar de algo metálico, pero no me atreví a mirar por encima del hombro. El olor cada vez más cercano me decía bastante

sobre la proximidad del animal. No tuve aliento suficiente para sollozar de alivio cuando descubrí una bifurcación y giré con brusquedad hacia la izquierda.

Tenía que poner la mayor distancia posible entre los dos; tenía que encontrar un lugar donde pudiera idear un plan, un sitio que me diera algo de ventaja.

Otra bifurcación..., y volví a girar a la izquierda. Tal vez si seguía girando en ese sentido podría correr en círculo y sorprender a la criatura desde atrás y...

No, eso era absurdo. Tendría que haber sido tres veces más rápida que el gusano, y en ese momento apenas si conseguía mantener una escasa distancia entre aquella cosa y yo. Cuando volví a girar a la izquierda, resbalé y me hundí en una pared; me metí dentro del barro blando. Frío, maloliente, sofocante. Me limpié los ojos y descubrí las caras burlonas de los inmortales que flotaban sobre mí, riéndose. Corrí por mi vida. Llegué a una trinchera larga, recta, y puse toda la fuerza de mi cuerpo en las piernas para recorrer ese fragmento de pasillo. Al final, me atreví a mirar por encima del hombro y el miedo me enloqueció, se convirtió en un remolino interno apenas vi surgir al gusano tras de mí: el animal seguía mis huellas calientes.

Esa mirada casi me hizo pasar por alto una pequeña grieta en un lado de la trinchera; aminoré la velocidad hasta detenerme y colarme a través de la abertura. Esa hendidura era demasiado estrecha para el gusano, pero seguramente la criatura destrozaría todo el muro de barro para pasar. Sin embargo, valía la pena intentarlo.

Cuando hice fuerza para pasar al otro lado, algo me agarró por detrás. Eran las paredes. La grieta era muy pequeña y me había lanzado con tanta fuerza a través de ella que había quedado encajada entre los dos lados. Con la espalda vuelta hacia el gusano, demasiado incrustada en la pared como para darme la vuelta, no conseguía verlo y él se estaba acercando. El olor... el olor empeoraba.

Empujé y tiré, pero el barro era muy espeso y se resistía.

Las trincheras se estremecían con los movimientos poderosos del gusano. Casi podía sentir el aliento maloliente sobre mi cuerpo expuesto, oía los dientes que lanzaban dentelladas al aire más y más y más cerca. Así no. Mi vida no podía terminar así.

Hundí las manos en el barro, me retorcí, excavé con todas mis fuerzas para pasar hacia el otro lado. El gusano se acercaba más con cada latido de mi corazón; su olor casi me nublaba los sentidos.

Golpeé el barro endurecido, volví a retorcerme, di patadas y empujé, sollocé entre los dientes apretados. Así no.

El suelo tembló. Me rodeó un hedor insoportable y un aire caliente me golpeó el cuerpo. Los dientes de esa cosa sonaron al cerrarse unos sobre otros.

Empujé y empujé, agarrándome de la pared. Hubo un chapoteo y un súbito alivio de la presión alrededor de la mitad de mi cuerpo, y caí a través de la grieta y me derrumbé en el barro.

La multitud suspiró. No tenía tiempo para soltar lágrimas de alivio porque ahora estaba en otro pasillo. Volví a lanzarme hacia el laberinto. Por los rugidos, supe que el gusano había pasado de largo.

Pero eso no tenía sentido..., el pasaje no ofrecía ningún lugar donde esconderse. Me habría visto acorralada ahí. A menos que no pudiera llegar y ahora estuviera tomando alguna ruta alternativa para saltarme encima.

No controlé la velocidad que llevaba, aunque sabía que había perdido inercia cuando me golpeé con una pared tras otra en cada una de las curvas más cerradas. El gusano también tenía que perder algo de velocidad cuando giraba..., una criatura así de grande, por más peligrosa que fuese, no podría moverse en esas curvas sin bajar la velocidad.

Me arriesgué a mirar a la multitud. Tenían las caras serias por la desilusión y no me miraban, estaban todos con los ojos fijos en el otro extremo de la cámara. Ahí tenía que estar el gusano..., ahí era

donde terminaba ese pasaje. No me había visto cuando pasó. No me había visto.

Era ciego.

Me sorprendí tanto que no vi el pozo enorme que se abría frente a mí, escondido por una ligera pendiente, y tuve que hacer un esfuerzo para no gritar. Aire, aire, vacío y...

Caí en el barro y la multitud gritó. El barro atenuó la caída, pero me dolían los dientes a causa del impacto. Sin embargo, no sentí dolor alguno, no me había roto nada.

Unos cuantos inmortales miraron hacia dentro, burlándose desde arriba sobre la boca abierta del pozo. Giré en redondo, mirando desesperadamente a mi alrededor, tratando de encontrar la forma más rápida de salir. El pozo se abría hacia un túnel pequeño, oscuro, y no había forma de trepar: la pared era demasiado empinada.

Estaba atrapada. Jadeando para recuperar el aliento, di unos pasos hacia la boca del túnel. Me mordí los labios para no chillar cuando algo crujió con estrépito bajo mis pies. Retrocedí tambaleándome y el coxis me bramó de dolor. Seguí alejándome, pero mi mano tocó algo suave y duro y lo levanté: vi un brillo blanco.

A pesar de los dedos embarrados reconocí perfectamente la textura. Era un hueso.

Me agaché y toqué el suelo, moviéndome despacio a gatas hacia la oscuridad. Huesos, huesos, huesos de todas las formas y tamaños, y ahogué un grito cuando me di cuenta de lo que era ese lugar. Solamente cuando apoyé la mano en la curva suave de un cráneo salté sobre mis pies.

Tenía que salir de allí. En ese mismo instante.

—Feyre. —Oí la voz distante de Amarantha—. ¡Estás arruinando la diversión de todos! —Lo decía como si yo fuera una mala compañera de juegos—. ¡Sal de ahí!

No pensaba hacerlo, pero ella me había dicho lo que necesitaba saber. El gusano no sabía dónde estaba, no conseguía olerme... Tenía unos segundos preciosos para escapar.

Mientras adaptaba la vista a la oscuridad de la guarida del gusano, vi brillar montones y montones de huesos, pilas incontables en la penumbra. El color blancuzco de ese barro debía de ser por las capas y más capas de huesos en descomposición. Pero tenía que salir en ese momento, tenía que encontrar un lugar donde esconderme que no fuera una trampa mortal. Salí de la guarida tropezando, haciendo sonar los huesos al chocar con ellos.

Una vez en el aire más abierto del pozo, traté de subir por una de las paredes empinadas. Varios inmortales de caras verdes me gritaron insultos; los ignoré mientras intentaba escalar la pared. Avanzaba cinco centímetros y me deslizaba otra vez hasta el suelo. No podría salir sin una soga o una escalera, y meterme más en la guarida del gusano para ver si había otra salida no era una opción. Pero estaba segura de que tenía que haber una puerta de atrás. Toda guarida animal tiene dos salidas, pero no iba a arriesgarme a entrar en esa oscuridad y a prescindir por completo de mi única y pequeña ventaja.

Necesitaba un camino hacia arriba. Volví a tratar de escalar la pared. Los inmortales seguían murmurando su descontento. Mientras ellos siguieran haciéndolo, significaba que la cosa estaba bien. Volví a arrojarme contra la resbaladiza pared, cavé en el barro maleable. Lo único que conseguí fue que el barro congelado se me metiera bajo las uñas, y volví a caer al suelo.

El olor del lugar había impregnado mi cuerpo. Contuve una náusea y lo intenté una y otra y otra vez. Los inmortales se reían.

—Un ratón en una trampa —dijo uno.

—¿Necesitas escalones? —se burló otro. Escalones.

Me di la vuelta y miré las pilas de huesos, después metí la mano con fuerza en la pared. Parecía firme. El material de base de ese lugar estaba hecho de barro apelmazado, y si esa criatura se parecía en algo a sus hermanos más pequeños, más inofensivos, suponía

que el olor, y por lo tanto el propio barro, era lo que quedaba de lo que fuera que había pasado por su sistema digestivo después de que hubiera limpiado toda la carne de los huesos de sus presas.

No seguí pensando en ese horror. Me aferré a esa brizna de esperanza y cogí los dos huesos más grandes, más fuertes que encontré después de una breve búsqueda. Los dos eran más largos que mis piernas y pesados..., muy pesados, cuando los clavé en la pared. No sabía qué comía esa criatura, pero ese hueso tenía por lo menos el tamaño de una vaca.

—¿Qué está haciendo esa cosa? ¿Qué planea? —siseó uno de los inmortales.

Tomé un tercer hueso y lo hundí con fuerza en la pared, lo más alto que pude. Tomé un cuarto, un poco más pequeño, y me lo metí en el pantalón, sujetándolo sobre mi espalda. Probé la estabilidad de los tres huesos tirando de ellos, respiré hondo, ignoré a los inmortales que charlaban, y empecé a subir por mi escalera. Mis escalones.

El primer hueso aguantó bien. Si no hacía nada mal, funcionaría. Funcionaría, sí, tenía que funcionar. Me dejé caer otra vez al barro; los inmortales me miraron y murmuraron su confusión. Saqué el hueso atado a la espalda y, con una profunda inspiración, lo quebré sobre la rodilla.

La pierna me ardía de dolor, pero ahora tenía entre las manos dos astillas grandes acabadas en punta. Sí, iba a funcionar.

Si Amarantha quería verme cazar, yo cazaría.

Caminé hasta la mitad del pozo, calculé la distancia y hundí los dos trozos de hueso en el suelo. Volví a las pilas de huesos y busqué pedazos agudos y duros. Cuando mi rodilla ya no soportó más que la usara como yunque, rompí los huesos con los pies. Uno por uno, los clavé en el suelo fangoso del pozo hasta que, salvo un pequeño espacio, toda el área estuvo llena de aguzadas lanzas blancas.

No supervisé lo que había hecho, tendría que dar resultado o yo terminaría en ese suelo, entre esos huesos. Una única oportunidad, eso era lo que yo tenía. Mejor que no tener nada.

Subí con rapidez mi escalera de huesos e ignoré el dolor de las astillas en los dedos mientras trepaba hasta el tercer hueso, donde me equilibré para clavar un cuarto en la pared.

Y así, despacio, subí hasta el borde del pozo, y casi lloré de alegría cuando estuve otra vez en la superficie, al aire libre.

Aseguré los tres huesos que había llevado en mi cinturón —su peso era un consuelo—, y corrí hasta la pared más cercana. Tomé un poco de barro maloliente y me embadurné la cara. Los inmortales murmuraron, pero volví a hacerlo, y esa segunda vez me pringué el pelo, y después el cuello. Aunque me había acostumbrado ya a aquel hedor insoportable, me escocieron un poco los ojos. Incluso me tomé un momento para revolcarme en el suelo. Tenía que cubrir cada centímetro de mi cuerpo. Cada centímetro.

Si la criatura era ciega, entonces confiaba en el olfato... y el olor sería mi mayor vulnerabilidad.

Me froté con el barro hasta que estuve segura de que ya no se distinguía más que un par de ojos entre azules y grises. Volví a cubrirme una última vez las manos, tan resbaladizas que casi no conseguían sostener los huesos cuando los saqué del cinturón.

—¿Qué hace esa cosa? —Gimió de nuevo el inmortal de cara verde. Esta vez le contestó una voz profunda, elegante:

—Está construyendo una trampa —dijo Rhysand.

—Pero el middengard...

—El middengard confía en el olfato —contestó Rhysand, y yo le lancé una mirada especial cuando dirigí la vista al borde de la trinchera y lo descubrí sonriéndome—. Y Feyre acaba de volverse invisible.

Los ojos de color violeta parpadearon. Le hice un gesto obsceno antes de ponerme a correr directa hacia el gusano.

Coloqué los huesos que me quedaban en curvas especialmente cerradas, sabiendo muy bien que no podría girar a la velocidad que necesitaría para alcanzarme. No me llevó mucho tiempo encontrar al

gusano, porque había una multitud de inmortales azuzándolo, pero tenía que llegar al lugar adecuado..., tenía que elegir mi campo de batalla.

Aminoré la velocidad y por último caminé despacio y me aplasté contra una pared mientras oía a lo lejos el ruido del deslizamiento y los crujidos del gusano. La masticación.

Los inmortales que miraban al gusano —diez, con una piel de color azul congelado y ojos negros con forma de almendra— rieron bajito. Supuse que estaban aburridos de mí y habían decidido ver morir a alguna otra cosa.

Lo cual era maravilloso, pero solo si el gusano seguía con hambre, solo si, a pesar de todo, reaccionaba al cebo que yo le iba a ofrecer.

La multitud volvió a murmurar, a gruñir.

Giré al llegar a una curva y estiré el cuello. Estaba demasiado cubierta de su olor para que consiguiera olfatearme, así que el gusano siguió comiendo, y estiró su cuerpo bulboso hacia arriba cuando uno de los inmortales dejó caer algo que parecía un brazo peludo. El gusano hizo crujir los dientes y los inmortales azules rieron de nuevo y dejaron caer el brazo en la boca abierta, expectante, del animal.

Retrocedí por la curva y levanté la espada de hueso que había fabricado. Repasé mentalmente el camino que había tomado, las curvas que había contado.

Sin embargo, tenía el corazón en la boca cuando apoyé el borde serrado del hueso en la palma y me corté la piel. La sangre salió enseguida, brillante y lustrosa como una corriente de rubí. Dejé que se acumulara un poco antes de cerrar la mano, convertirla en puño. El gusano lo olería enseguida.

Solo entonces me di cuenta de que la multitud se había quedado callada.

Miré al otro lado de la curva para ver al gusano y casi se me cae el hueso. No. No estaba.

Los inmortales azules sonrieron.

Y entonces, en el silencio, como una estrella fugaz, una voz —la de Lucien, sí— aulló a través de la cámara.

—¡A tu izquierda!

Salté y conseguí separarme unos metros de la pared antes de que el barro volase en pedazos, salpicando en todas direcciones cuando el gusano pasó a través del muro: una masa de dientes capaces de desgarrarlo todo, dientes que se cerraron a apenas unos centímetros de mi cuerpo.

Empecé a correr tan rápido que las trincheras se convirtieron en un borrón marrón rojizo. Necesitaba un poco de distancia o el gusano caería justo sobre mí. Pero también tenía que mantenerlo cerca, porque si no se detendría, y yo necesitaba que se viera arrastrado por un hambre frenética.

Tomé la primera curva cerrada y me aferré al hueso que había metido en la pared. Lo usé para girar sin disminuir la velocidad, apoyándome para impulsarme, para darme unos pocos segundos de ventaja respecto al gusano.

Una a la izquierda. El aliento era una llamarada que me quemaba la garganta. La segunda curva se precipitó hacia mí muy pronto y volví a usar los huesos para volar a través de la curva.

Me crujieron las rodillas y los tobillos y luché por no resbalar en el barro. Únicamente una curva más. Después, una carrera recta...

Di la vuelta a la última curva y el rugido de los inmortales cambió de tono, de naturaleza. El gusano era una fuerza rabiosa, desatada, detrás de mí, pero mis pasos eran firmes cuando volé por el último tramo.

Llegué a la boca del pozo, recé una última plegaria y salté.

Tan solo aire oscuro, un aire que se extendía para devorarme.

Estiré los brazos cuando caí, buscando el lugar que había planeado. El dolor recorrió mis huesos y me llegó a la cabeza cuando choqué contra el suelo fangoso y rodé. Me doblé en dos y aullé cuando algo me mordió el brazo, cortándome la piel.

Pero no tuve tiempo de pensar, de mirar; me puse en pie y corrí lo más rápido que pude hacia la oscuridad de la guarida del gusano. Me aferré a otro hueso y giré cuando el gusano se precipitó en el pozo.

El animal golpeó el suelo y retorció el enorme cuerpo a un costado, anticipándose al ataque que iba a lanzar para matarme, pero entonces un ruido húmedo, desarticulado, llenó el aire.

Y el gusano dejó de moverse.

Me quedé allí, en cuclillas, tragando el aire que me ardía por dentro, mirando el abismo de esa boca capaz de deshacer cuerpos, esa boca todavía abierta para devorarme. Me llevó algunos instantes darme cuenta de que el gusano ya no iba a engullirme y unos pocos más entender que el animal había quedado destrozado, empalado en las lanzas de hueso. Muerto.

En realidad no oí los jadeos, ni después los gritos; no pensé ni sentí nada mientras pasaba junto al gusano y volvía a subir despacio, con la espada de hueso en la mano.

En silencio, todavía sin palabras, tropecé de nuevo por el laberinto. Me latía el brazo izquierdo, pero el cuerpo se me estremecía tanto que ni siquiera me daba cuenta.

Apenas vi a Amarantha sobre la plataforma en el borde de las trincheras cerré la mano libre en un puño. Probar mi amor. El dolor me estalló en el brazo pero lo aguanté. Había ganado.

Levanté la vista hacia ella y no me controlé cuando le mostré los dientes. Sus labios estaban tensos, apretados, y ya no tenía la mano sobre la rodilla de Tamlin.

Tamlin. Mi Tamlin.

Cerré la mano con fuerza alrededor del hueso largo que sostenía. Estaba temblando..., me temblaba todo el cuerpo. Pero no de miedo. Ah, no. No era miedo. Para nada. Había probado mi amor... y más que eso.

—Bueno —dijo Amarantha con una pequeña sonrisa de satisfacción—. Supongo que cualquiera podría haber hecho eso.

Di unos pasos rápidos y le arrojé el hueso con toda la fuerza que me quedaba.

El hueso se hundió en el barro a sus pies y le salpicó el vestido blanco; después, se quedó clavado en el suelo, vibrando.

Los inmortales volvieron a contener la respiración y Amarantha permaneció mirando el hueso; luego intentó quitarse el barro que manchaba la parte superior del vestido. Sonrió muy despacio.

—Eres una mala chica —dijo, y chasqueó la lengua.

Si no hubiera habido una trinchera imposible de salvar entre nosotras, le habría cortado la garganta. Un día, si sobrevivía a todo eso, la despellejaría viva.

—Supongo que te hará feliz saber que la mayor parte de mi corte ha perdido mucho dinero esta noche —dijo, y levantó un pergamino. Miré a Tamlin mientras ella estudiaba su contenido. Había mucho brillo en sus ojos verdes, y aunque tenía la cara mortalmente pálida, habría jurado que había una sombra de triunfo en su rostro.

»Veamos —siguió Amarantha, leyendo el pergamino mientras jugaba con el hueso del dedo de Jurian que colgaba del extremo de la cadena—. Sí, yo diría que casi toda mi corte apostó que morirías en el primer minuto; algunos dijeron que durarías cinco y... —le dio la vuelta al documento—, y solamente una persona apostó que ganarías.

Insultante, pero no me sorprendía. No luché cuando el attor me levantó y me dejó caer al pie de la plataforma para después alejarse volando. Los brazos me ardieron con el impacto.

Amarantha frunció el ceño mientras seguía mirando la lista, y después hizo un movimiento con la mano.

—Llévatela. Ya me he cansado de esa cara mortal. —Se aferró a los brazos de su trono con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Rhysand, ven aquí.

No me quedé lo suficiente para ver cómo se acercaba el alto lord de la Corte Noche. Unas manos rojas me cogieron por los hombros y me sostuvieron con fuerza para evitar que resbalara. Me

había olvidado del barro que me cubría como una segunda piel. Mientras me sacaban a rastras, un dolor intenso me recorrió el brazo, una agonía que casi me anuló los sentidos.

Entonces me miré el antebrazo izquierdo y se me retorció el estómago cuando vi la sangre que brotaba y los tendones desgarrados, la piel arrancada y, por encima, la punta afilada de una astilla de hueso.

Ni siquiera conseguí mirar a Tamlin, ni tampoco encontré a Lucien para darle las gracias: el dolor me consumió por completo y apenas si me las arreglé para caminar hasta mi celda.



Capítulo 37

Nadie, ni siquiera Lucien, vino a curarme el brazo en los días que siguieron a mi victoria. El dolor me invadía, me hacía gritar cada vez que tocaba el pedacito de hueso que salía de mi cuerpo y no tenía otra opción que sentarme ahí y dejar que la herida me fuera debilitando, tratando de no pensar en el latido constante que palpitaba en mi brazo y enviaba esquirlas de rayos ardientes a todo el cuerpo.

Peor que eso era el pánico creciente..., un pánico cada vez mayor porque la herida nunca había dejado de sangrar. Sabía lo que significaba que la sangre siguiera fluyendo. Vigilaba la herida, en

parte porque tenía cierta esperanza de que la sangre se detuviera, en parte atenazada por el terror anticipado que me daba la idea de detectar las primeras señales de infección.

Era incapaz de comer la bazofia podrida que me llevaban. Verla me daba náuseas y ya había un rincón de la celda que olía a vómito. No me ayudaba mucho seguir cubierta de barro, y tampoco el frío helador que reinaba permanentemente en la mazmorra.

Me había sentado contra la pared más alejada, saboreando la frialdad de la piedra bajo la espalda. Acababa de despertarme de un sueño inquieto y descubrí que tenía mucho calor. Una especie de fuego que hacía que todo me pareciera un poco borroso. El brazo herido me colgaba a un costado, y miré sin interés la puerta de la celda. Parecía balancearse en el aire, las líneas de metal se movían en ondas.

El calor en la cara era una especie de resfriado leve..., no era a causa de la infección. Me llevé la mano al pecho y me cayeron pedazos de barro seco sobre las piernas. Cada vez que respiraba era como si tragara vidrio roto. «Fiebre no. Fiebre no. Fiebre no. Por favor, fiebre no.»

Sentía los párpados pesados, ardientes. No conseguía dormirme. Tenía que asegurarme de que la herida no estuviera infectada. Tenía... tenía que...

La puerta se movió despacio... No la puerta, más bien la oscuridad a su alrededor, la oscuridad, convertida en ondas. Un miedo real se me enroscó en el estómago cuando en esa oscuridad se formó una figura masculina; alguien se deslizó por las grietas que había entre la puerta y la pared como una sombra.

Ahora Rhysand ya se había materializado por completo; los ojos de color violeta le brillaban en la escasa luz que conseguía atravesar la penumbra. Sonrió lentamente desde donde estaba, junto a la puerta.

—Qué desastre de estado para la campeona de Tamlin.

—¡A la mierda contigo! —ladré, pero mis palabras no fueron más que un jadeo. Sentía la cabeza leve y pesada al mismo tiempo. Sabía que si trataba de ponerme de pie me doblaría en dos.

Él se acercó con esa gracia felina tan suya y se dejó caer en cuclillas frente a mí, un movimiento fácil, elegante. Olió el rincón salpicado de vómito e hizo una mueca. Yo traté de mover los pies para alejarme o darle una patada en la cara, pero sentía las piernas llenas de plomo.

Rhysand inclinó la cabeza. Su piel pálida parecía emitir una luz de color alabastro. Parpadeé para librarme de la niebla que me rodeaba, pero no conseguí ni apartar la cara a un lado mientras sus dedos me exploraban la frente.

—¿Qué diría Tamlin —murmuró— si supiera que su amada se está pudriendo aquí abajo, que arde de fiebre? Y no porque le sea posible venir, ya que vigilan todos sus movimientos.

Mantuve el brazo escondido en las sombras. Lo último que necesitaba era que él fuera consciente de mi debilidad.

—Fuera —le espeté, y los ojos me ardieron mientras las palabras me quemaban la garganta. Me costaba tragar. Él levantó una ceja.

—Vengo a ofrecerte ayuda ¿y te atreves a decirme que me vaya?

—Fuera —repetí. Tenía los ojos tan doloridos que me resultaba casi imposible mantenerlos abiertos.

—Me hiciste ganar mucho dinero, ¿sabes? Pensé en venir a devolverte el favor.

Apoyé la cabeza en la pared. Todo daba vueltas a mi alrededor..., el mundo giraba, giraba como... Conseguí controlar las náuseas.

—Déjame ver ese brazo —dijo él con calma.

Yo mantuve el brazo atrás, oculto en las sombras..., aunque fuera solo porque pesaba demasiado para levantarlo.

—Déjame verlo. —El gruñido le salió de dentro. Sin esperar mi reacción, me tomó del codo y llevó el brazo hacia la luz borrosa de la celda.

Me mordí el labio para no gritar, me mordí tanto que me brotó la sangre mientras ríos de fuego estallaban dentro de mí; la cabeza me daba vueltas y todos mis sentidos se concentraban en el pedazo de hueso que me salía del brazo. No podía dejar que ellos supieran lo mal que estaba porque usarían eso contra mí.

Rhysand examinó la herida con una sonrisa en sus labios sensuales.

—Ah..., esto es maravillosamente espantoso. —Lo insulté y él se rio en voz baja—. Semejantes palabras en labios de una dama...

—Fuera —repetí una vez más en un suspiro. La fragilidad de mi voz era tan terrorífica como la propia herida.

—¿No quieres que te cure el brazo? —Los dedos apretaron la zona alrededor de mi codo.

—¿Y cuál sería el precio? —le solté, pero mantuve la cabeza contra la piedra; necesitaba sentir esa fuerza húmeda.

—Ah..., eso. Vivir entre inmortales te ha enseñado nuestras costumbres.

Traté de concentrarme en la sensación de la mano sana que tenía sobre la rodilla..., en el barro seco que sentía bajo las uñas.

—Voy a hacer un trato contigo —dijo él con voz desenfadada, y me apoyó el brazo con dulzura en el suelo. Cuando mi extremidad se encontró con la piedra, tuve que cerrar los ojos y prepararme para el flujo de la luz abrasadora—. Voy a curarte el brazo y a cambio te quiero a ti. Dos semanas al mes, dos semanas que yo elegiré; esas dos semanas vivirás conmigo en la Corte Noche. Empezaremos después de este lío de las tres pruebas.

Abrí los ojos.

—No. —Ya era suficiente con una negociación estúpida...

—¿No? —Apoyó los brazos en las rodillas y se inclinó hacia mí—. ¿En serio?

Todo había empezado a bailar a mi alrededor.

—Fuera —jadeé.

—Estás rechazando mi oferta... ¿Por qué? —No le contesté, de modo que siguió hablando—. Seguramente estás esperando a uno de tus amigos... Lucien, ¿no es así? Después de todo, él ya te curó antes, ¿no? Ah, vamos, no pongas esa cara de inocente. El attor y sus matones te rompieron la nariz. Así que a menos que tengas algún tipo de magia sobre la que no estamos informados, no creo que los huesos de los humanos se curen con tanta rapidez. —Le brillaron los ojos, se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro—. Como yo veo las cosas, Feyre, tienes dos opciones. La primera y la más inteligente sería aceptar mi oferta. —Escupí frente a sus pies, pero él siguió caminando y apenas si me lanzó una mirada de desaprobación—. La segunda..., y esa, bueno, esa solamente la elegiría un imbécil, sería que rechazaras mi oferta y pusieras tu vida y la de Tamlin en manos de la suerte.

Dejó de caminar y me miró con dureza. Aunque el mundo bailaba y giraba frente a mis ojos, bajo esa mirada algo primario se quedó quieto y helado dentro de mí.

—Digamos que me voy. Tal vez Lucien venga en cinco minutos. Tal vez en cinco días. Tal vez no venga nunca. Entre tú y yo, está procurando pasar lo más desapercibido posible desde ese estallido vergonzoso que se le escapó en la prueba. Amarantha no está..., digamos que no está contenta con él. Tamlin tuvo que romper su silencio para rogarle que no lo destruyera... Un guerrero tan noble, tu alto lord. Ella lo escuchó, claro..., pero antes hizo que Tamlin le administrase el castigo. Veinte latigazos.

Empecé a temblar, enferma solo de pensar en lo que habría sido para mi alto lord castigar a su amigo.

Rhysand se encogió de hombros en un gesto hermoso, innato.

—Así que la cuestión es cuánto estás dispuesta a confiar en Lucien... y cuánto estás dispuesta a arriesgar por esa confianza. Ya te estás preguntando si la fiebre que sientes no será la primera señal de la infección. Tal vez las dos cosas están conectadas, tal vez no. Tal vez todo está bien. Tal vez el barro del gusano no está lleno de

suciedad y de porquería. Y tal vez Amarantha va a mandar a alguien para que te cure, y para entonces tal vez estés muerta o tal vez tu brazo esté tan infectado que tendrás suerte si te quedas con algo por encima del codo.

Se me encogió el estómago, convertido de pronto en una bola de dolor.

—No necesito meterme en tus pensamientos para saber eso. Ya sé que te estás dando cuenta... muy despacio. —Volvió a ponerse en cuclillas frente a mí—. Te estás muriendo, Feyre.

Me ardían los ojos y me mordí los labios.

—¿Cuánto estás dispuesta a arriesgar por la esperanza de que llegue alguna otra ayuda distinta a la mía?

Lo miré, y puse todo el odio que sentía en esa mirada. Él había sido la causa de todo esto. Él le había dicho a Amarantha lo de Clare. Él había hecho que Tamlin le rogara de rodillas.

—¿Qué decides?

Le mostré los dientes.

—Fuera. Vete a la mierda.

Rápido como la luz, él se inclinó hacia adelante, tomó el pedacito de hueso que me salía del brazo y lo retorció. Un grito me partió en dos, y el mundo se volvió blanco, negro y rojo. Me retorcí y pataleé, pero él mantuvo su presa firme y apretó el hueso una vez más. Después me soltó el brazo.

Jadeando, sollozando a medias mientras el dolor me reverberaba en todo el cuerpo, descubrí que él volvía a sonreírme. Le escupí a la cara.

Se rio mientras se ponía de pie, limpiándose la mejilla con la manga oscura de la túnica.

—Es la última vez que te ofrezco mi ayuda —manifestó, de pie frente a la puerta de la celda—. Cuando salga de esta celda la oferta dejará de existir. —Yo volví a escupirle y él negó con la cabeza—. Apuesto a que vas a escupirle a la cara a la Muerte cuando venga a buscarte...

Empezó a deshacerse en ondas negras, su silueta se desdibujó y se convirtió en noche infinita.

Tal vez estaba alardeando, tratando de obligarme a aceptar su oferta. Y tal vez tenía razón..., tal vez me estaba muriendo. Mi vida dependía de esto. Mi vida dependía de mi decisión. Si Lucien no podía acudir..., o si acudía demasiado tarde...

Sí, me estaba muriendo. Hacía ya un tiempo que lo sabía. Y si Lucien había subestimado mis habilidades en el pasado..., la verdad era que nunca había entendido del todo mis limitaciones como humana. Me había enviado a cazar al suriel con unos cuantos cuchillos y un arco. Hasta había admitido las dudas que tuvo aquel día cuando grité pidiendo ayuda. Tal vez no estuviera al corriente de hasta qué punto estaba malherida. Tal vez no era consciente de la gravedad de una infección como esa. Tal vez acudiera un día, una hora, un minuto demasiado tarde.

La piel de Rhysand, blanca como la luna, empezó a oscurecerse hacia las sombras.

—Espera.

La oscuridad que lo estaba consumiendo se detuvo. Por Tamlin... por Tamlin vendería mi alma; abandonaría todo lo que tenía para que él fuera libre.

—Espera.

La oscuridad se desvaneció dejando a Rhysand en su forma sólida, sonriendo.

—¿Sí?

Levanté el mentón lo más alto que pude.

—¿Dos semanas solamente?

—Dos semanas —ronroneó él, y se arrodilló a mi lado—. Dos semanas, pequeñas, breves, conmigo todos los meses. Es lo único que pido.

—¿Por qué? ¿Y cuáles... cuáles son los términos? —pregunté, luchando contra el mareo.

—Ah —respondió él ajustándose la solapa de la túnica de color obsidiana—. Si te dijera esas cosas arruinaríamos toda la diversión, ¿no te parece?

Me miré el brazo herido. Tal vez Lucien no llegaría nunca, tal vez decidiría que no valía la pena arriesgar la vida por mí, ahora que lo habían castigado por eso. Y si los que enviara Amarantha me cortaban el brazo...

Nesta habría hecho lo mismo por mí, por Elain. Y Tamlin había hecho tanto por mí, por mi familia... Aunque hubiera mentido sobre el tratado, sobre poder salvarme de sus términos, me había salvado la vida aquel día frente a los naga, y me la había vuelto a salvar cuando me ordenó que dejara la mansión.

No podía ponerme a pensar en la enormidad de lo que iba a entregar... Si lo hacía, me negaría otra vez. Miré a Rhysand a los ojos.

—Cinco días.

—¿Vas a regatear? —Rhysand rio entre dientes—. Diez días. —Sostuve la mirada violeta con toda mi fuerza.

—Una semana.

Rhysand se quedó callado durante un largo momento; sus ojos viajaron sobre mi cuerpo y mi cara antes de murmurar:

—Una semana, entonces.

—Es un trato —dije. Un gusto metálico me llenó la boca cuando la magia se desplazó entre los dos.

Su sonrisa se volvió un poco salvaje, y antes de que pudiera prepararme, me cogió del brazo. Hubo un dolor rápido, cegador, y el alarido que proferí me resonó en los oídos tan pronto como la piel, el hueso y el brazo entero se rompieron. Corrió la sangre y después...

Rhysand seguía sonriendo cuando abrí los ojos. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado sumida en la inconsciencia, pero ya no tenía fiebre y noté la cabeza clara al sentarme. Y el barro... el barro tampoco estaba; me sentía como si acabara de bañarme.

Pero entonces levanté el brazo izquierdo.

—¿Qué me has hecho?

Rhysand se puso de pie, se pasó una mano por el pelo corto y negro.

—Es costumbre en mi corte que los tratos se marquen en la piel, para siempre.

Me froté el antebrazo y la mano izquierda: los tenía cubiertos de remolinos y espirales de tinta negra. Ni siquiera los dedos estaban limpios, y había un ojo grande tatuado en el centro de la palma. Era un ojo felino y la línea de la pupila me miraba directamente a los ojos.

—Quiero que me lo saques —dije, y él se rio.

—Vosotros, los humanos, sois criaturas sumamente agradecidas, ¿verdad?

Desde cierta distancia el tatuaje parecía un guante largo hasta el codo, pero cuando me lo acerqué a la cara detecté los intrincados dibujos de flores y curvas que lo componían. Permanente. Para siempre.

—No me has dicho que iba a pasar esto.

—No lo has preguntado. ¿Y ahora yo tengo la culpa? —Caminó hasta la puerta, pero se quedó ahí mientras la noche pura flotaba alrededor de sus hombros—. A menos que esa falta de gratitud sea porque tienes miedo de la reacción de cierto alto lord.

Tamlin. Ya podía ver su cara pálida, los labios tensos y las garras fuera de los nudillos. Casi podía oír el gruñido que se le escaparía cuando me preguntase en qué estaba pensando cuando acepté.

—Creo que voy a esperar para decírselo en el momento adecuado —manifestó Rhysand. El brillo en sus ojos me dijo lo suficiente. Rhysand no había hecho nada de esto para salvarme; lo había hecho solo para hacerle daño a Tamlin. Y yo había caído en la trampa..., había caído como el gusano cuando cayó en la mía—. Descansa, Feyre —dijo. Se convirtió en una sombra viva y se desvaneció a través de una grieta en la pared.



Capítulo 38

Traté de no mirarme el brazo izquierdo mientras frotaba con un enorme cepillo el suelo del pasillo. La tinta de los tatuajes —que bajo esa luz se veía de un azul tan oscuro que parecía negro— era una nube en mis pensamientos, y estos eran bastante deprimentes aun dejando de lado el hecho de que yo me hubiera vendido a Rhysand. No conseguía mirar el ojo que estaba dibujado en mi palma. Tenía la sensación absurda, terrorífica, de que ese ojo me vigilaba.

Metí el cepillo en el balde que me habían arrojado los guardias de piel roja. Apenas los entendía cuando hablaban a través de sus bocas llenas de largos dientes amarillos, pero cuando me dieron el

cepillo y el balde y me empujaron a un largo pasillo de mármol blanco, comprendí.

—Si no está fregado y brillante para la cena —había dicho uno de ellos, apretando los dientes cuando sonrió—, tendremos que atarte al asador y darte unas cuantas vueltas sobre el fuego.

Y diciendo eso, se fueron. No tenía idea de cuánto tiempo faltaba para la cena, así que me puse a limpiar frenéticamente. Me dolía la espalda y solo había estado fregando durante unos treinta minutos. Pero el agua que me habían dado estaba sucia, y cuanto más cepillaba el suelo, más repugnante se ponía. Cuando me acerqué a la puerta a pedir un balde de agua limpia, descubrí que estaba cerrada. No me ayudarían.

Una tarea imposible..., pensada solo para atormentarme. El asador... Tal vez esa era la fuente de los gritos constantes en las mazmorras. Unas pocas vueltas en el asador, ¿me abrasarían la piel, me quemarían lo bastante como para obligarme a otro trato con Rhysand? Maldije mientras seguía fregando, y los pelos del cepillo susurraron y crujieron contra las baldosas. Detrás iba dejando un arco iris de marrones. Gruñí mientras volvía a hundirlo en el balde. El agua sucia salpicó el suelo, manchándolo aún más.

La mugre aumentaba con cada cepillada. Respiré con desesperación, tiré el cepillo al suelo y me cubrí la cara con las manos húmedas. Bajé la mano izquierda cuando me di cuenta de que había apoyado el ojo contra ella.

Respiré hondo para calmarme. Tenía que haber una manera racional de hacer eso; tenía que haber algún truco de ama de casa. Escupir... Traté de escupir como un cerdo.

Tomé el cepillo del lugar en el que había quedado y froté el suelo hasta que me dolieron las manos. Pero era como si alguien hubiera esparcido barro en ese lugar. Cuanto más frotaba, más se convertía la suciedad en barro. Con toda seguridad terminaría rogando y pediría piedad cuando me hicieran girar en ese asador. Había visto líneas rojas en el cuerpo desnudo de Clare... ¿De qué

instrumento de tortura provendrían? Me temblaban las manos al apoyar el cepillo. Tal vez era capaz de acabar con un gusano gigante, pero fregar un suelo..., esa sí que era una tarea imposible.

En algún lugar del pasillo se oyó el ruido de una puerta abriéndose y salté sobre mis pies. Una cabeza rojiza me miró desde fuera. Suspiré de alivio. Lucien...

No era Lucien. La cara que se volvió hacia mí era femenina... y no llevaba máscara.

Me pareció un poquito mayor que Amarantha, pero su piel de porcelana era de un color exquisito, las mejillas agraciadas por un rubor levísimo y rosado. Como si el cabello rojo no hubiera sido señal suficiente, cuando sus ojos púrpura miraron los míos, supe quién era inmediatamente. Incliné la cabeza frente a la dama de la Corte Otoño, y ella inclinó un poquito el mentón. Supongo que eso era honor suficiente.

—Por darle a ella vuestro nombre a cambio de la vida de mi hijo —dijo con voz tan dulce como las manzanas entibiadas por el sol. Imaginé que aquel día ella estaba en medio de la multitud. Señaló el balde con una mano larga, delgada—. Mi deuda está pagada. —Desapareció por la misma puerta por la que había entrado, y habría jurado que olí el perfume de las castañas asadas y el crepitar del fuego cuando salió.

Solo cuando cerró la puerta me di cuenta de que debería haberle dado las gracias, y después, al mirar el balde, fui consciente de que había estado escondiendo el brazo izquierdo detrás de la espalda.

Me arrodillé y metí las manos en el agua. Salieron limpias.

Temblé, permitiéndome un momento antes de echar algo de agua en el suelo y mirar cómo desaparecía toda la mugre.

Para fastidio de los guardias, había completado una tarea imposible. Pero al día siguiente, me sonrieron cuando me empujaron hacia un dormitorio enorme, oscuro, iluminado solamente por algunas velas,

y señalaron el hogar, que parecía acechar en la negrura.

—Un sirviente volcó unas lentejas en las cenizas —gruñó uno de los guardias, entregándome un balde de madera—. Limpia la chimenea antes de que vuelva el dueño de la habitación o te va a despellejar.

La puerta se cerró de un golpe; se oyó el ruido de la cerradura al trabarse, y me quedé sola.

Separar lentejas de las cenizas y las brasas... Ridículo, una pérdida de tiempo...

Me acerqué al hogar oscuro y no pude evitar la mueca. Ridículo, una pérdida de tiempo... E imposible.

Miré a mi alrededor. No había ventanas, ninguna salida posible excepto la que habían abierto para mí los guardias. La cama era enorme y estaba muy bien hecha, las sábanas negras... eran de seda. No había nada más en la habitación a excepción de los muebles básicos, ni siquiera ropa, libros o armas en desuso. Como si su ocupante nunca durmiera ahí. Me arrodillé frente al hogar y controlé la respiración.

Tenía buena vista, me recordé. Siempre había distinguido a los conejos entre los arbustos y rastreado a la mayor parte de los seres que querían permanecer invisibles. No debería ser tan difícil ver las lentejas. Me arrastré hasta dentro del hogar y empecé la tarea.

Estaba equivocada.

Dos horas más tarde, me dolían y ardían los ojos, y aunque revisé cada centímetro del hogar, siempre había más y más y más lentejas que yo no había visto antes. Los guardias no me habían dicho cuándo volvería el dueño de la habitación, y por eso, cada ruidito del reloj que había sobre la repisa se transformaba en una campanada fúnebre para mí, cada rumor de pasos en el pasillo me hacía buscar el atizador de hierro apoyado contra la pared junto al

hogar. Amarantha nunca había dicho que yo no pudiera defenderme..., nunca había especificado que eso no estuviera permitido. Por lo menos moriría peleando.

Revolví una y otra y otra vez en las cenizas. Tenía las manos manchadas y negras, la ropa cubierta de hollín. Sin duda había terminado, no podía haber más que esas...

La cerradura hizo un ruidito, corrí hacia el atizador y me puse en pie de un salto, la espalda contra el hogar y la lanza de hierro escondida detrás de mí.

La oscuridad entró en la habitación, ahogando las velas con una brisa besada por la nieve. Aferré el atizador y me apreté contra la piedra que revestía el hogar, mientras la oscuridad se acomodaba en la cama y tomaba una forma familiar.

—A pesar de lo hermoso que es verte, Feyre, querida —dijo Rhysand, tendido sobre la cama, la cabeza apoyada en una mano—, me gustaría saber por qué estás ahí, metida en mi hogar.

Doblé las rodillas un poco, me preparé para correr, para agacharme, para hacer lo que hiciera falta y llegar a la puerta que ahora parecía tan tan lejos.

—Me han dicho que sacara las lentejas de las cenizas... o que el dueño de la habitación me despellejaría.

—¿Ah, sí? —Una sonrisa felina se dibujó en su rostro.

—¿Tengo que agradecerte a ti esa idea? —siseé. Él no tenía permitido matarme, no hasta que hubiera terminado mis pruebas con Amarantha, pero... había tantas otras maneras de hacerme daño.

—No, no —dijo él muy despacio—. Nadie sabe nada sobre nuestro acuerdo todavía..., y tú te las has arreglado bien para mantenerlo en secreto. ¿Te está agobiando mucho la vergüenza?

Apreté la mandíbula y señalé el hogar con una mano mientras sostenía el atizador en la otra, detrás de la espalda.

—¿Te parece lo bastante limpio?

—La pregunta es por qué había lentejas en mi hogar. —Lo miré con tranquilidad.

—Una de las tareas de ama de casa de vuestra dueña para mí, supongo.

—Mmm —murmuró mientras se miraba las uñas—. Por lo que parece, ella o sus matones creen que me voy a divertir contigo.

Se me secó la boca.

—O quizá es una prueba para ti —me las arreglé para decir—. Dices que apostaste a mi favor en la primera prueba. Ella no parecía muy contenta con eso.

—¿Y cuál exactamente sería la razón por la que Amarantha tendría que someterme a una prueba?

No retrocedí frente a su mirada violeta. «La puta de Amarantha», lo había llamado Lucien una vez.

—Le mentiste. Acerca de Clare. Conocías mi aspecto a la perfección.

Rhysand se sentó con un movimiento fluido y acomodó los brazos sobre los muslos. Tanta gracia contenida en una forma tan poderosa... «Yo estaba matando en el campo de batalla antes de que hubieras nacido siquiera», le había dicho a Lucien. Yo no lo dudaba.

—Amarantha juega sus jueguecitos —dijo con tranquilidad—, y yo juego los míos. Día tras día tras día aquí abajo las cosas se vuelven aburridas.

—Ella te dejó salir la Noche de los Fuegos. Y de alguna forma te las arreglaste para poner esa cabeza en el jardín.

—Ella me pidió que pusiera esa cabeza allí. Y en cuanto a la Noche de los Fuegos... —Me miró de arriba abajo—. Yo tenía mis razones para estar ahí. No pienses que no tuve que pagar por ese viaje, Feyre. —Me sonrió de nuevo, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. ¿Vas a dejar ese atizador o espero que lo levantes contra mí en cualquier momento?

Me tragué la maldición que tenía en la garganta y lo saqué de detrás de la espalda, pero no lo dejé en el suelo.

—Un esfuerzo valiente pero inútil —dijo él. Cierto..., tan cierto... Si para meterse en la mente de Lucien ni siquiera había tenido que sacar las manos de los bolsillos.

—¿Cómo es que sigues teniendo tantos poderes y los otros no? Pensé que ella os había quitado a todos todas vuestras habilidades.

Él levantó una ceja cuidada, oscura.

—Ah, claro que se llevó mis poderes... Esto... —Una caricia de espolones contra mi mente. Me estremecí, retrocedí un paso y me golpeé con la pared del hogar. La presión en el interior de mi cabeza se desvaneció—. Esto es lo que queda. Los restos que tengo para jugar. Tu Tamlin tiene la fuerza bruta y el cambio de forma, pero mis armas son mucho más letales.

Sabía que no alardeaba..., no cuando un segundo antes había sentido esos espolones en la mente.

—¿Así que no puedes cambiar de forma? ¿No es esa la especialidad de los altos lores?

—Ah, sí, todos los altos lores hacen eso. Cada uno de nosotros tiene una bestia bajo la piel, una bestia que ruge para escapar de cualquier control. Y mientras tu Tamlin prefiere la piel del lobo, yo me divierto más con las alas y los espolones.

Una caricia helada me recorrió la espalda.

—¿Eres capaz de cambiar ahora, o ella se llevó eso también?

—Tantas preguntas para una humana tan diminuta...

Pero la oscuridad que flotaba alrededor de su cuerpo empezó a retorcerse, a girar y a flamear mientras él se ponía de pie. Parpadeé y el cambio terminó.

Levanté un poco el atizador.

—No una forma completa, como ves —dijo Rhysand, haciendo entrechocar los espolones negros, afilados como navajas, que bruscamente habían reemplazado sus dedos. Por debajo de la rodilla, la oscuridad le recubría la piel..., pero en lugar de dedos también le habían salido espolones en los pies—. No me gusta demasiado ceder a mi lado más bajo.

En realidad seguía siendo la cara de Rhysand, el mismo cuerpo masculino poderoso, pero ahora también tenía unas enormes alas negras membranosas..., como las de un murciélago, como las del attor. Se las acomodó con cuidado detrás de la espalda, pero la garra que había en el ápice de cada una sobresalía por encima de sus anchos hombros. Horrendo, sorprendente..., la cara de miles de sueños y pesadillas. La parte más débil de mí tembló frente a esa visión, frente a la forma en que brillaba la luz de las velas a través de las alas, iluminando los tendones, la forma en que se reflejaba la luz sobre los espolones.

Rhysand giró el cuello y todo se desvaneció: las alas, los espolones, las garras, dejando solo al inmortal bien vestido y sereno.

—¿No vas a tratar de halagarme?

Había cometido un error enorme al ofrecerle mi vida. Solo le dije:

—Ya tienes una opinión suficientemente elevada de ti mismo. Dudo que los halagos de una humana tan diminuta te importen demasiado.

Él soltó una risa grave que me recorrió los huesos, entibiándome la sangre.

—Sigo sin decidir si debería considerarte admirable o estúpida por ser tan directa frente a un alto lord.

Era evidente que delante de él me costaba mucho mantener la boca cerrada. Así que me atreví a preguntar:

—¿Conoces la respuesta a la adivinanza?

Él se cruzó de brazos.

—Así que haciendo trampa, ¿eh?

—Ella nunca dijo que yo no pudiera buscar ayuda.

—Ah, pero después de que hiciera que te golpearan casi hasta la muerte nos ordenó a todos que no te ayudáramos. —Yo esperé. Pero él negó con la cabeza—. Aunque quisiera ayudarte, no puedo. Ella da una orden y todos obedecemos. —Se quitó una mota de polvo de la chaqueta negra—. Es bueno que yo le guste.

Abrí la boca para seguir presionándolo..., para rogarle. Si eso significaba la libertad instantánea...

—No pierdas tu tiempo —dijo él—. No puedo decírtelo..., en esta corte nadie puede. Si ella nos ordenara dejar de respirar, también tendríamos que obedecerla. —Frunció el entrecejo e hizo chasquear los dedos. La suciedad, el polvo, la ceniza se me esfumaron de la piel, y me sentí tan limpia como si acabase de bañarme—. Ahí va: un regalo... por tener las agallas de preguntar...

Lo miré sin inmutarme y él hizo una señal hacia el hogar.

Ahí estaba, completamente limpio y mi balde lleno de lentejas. La puerta se abrió de par en par y vi a los guardias que me habían arrastrado hasta allí. Rhysand movió una mano perezosa hacia ellos.

—Ya ha hecho su trabajo. Lleváosla.

Me cogieron por los brazos, pero Rhysand dejó ver los dientes en una sonrisa que era cualquier cosa menos amistosa... y se detuvieron.

—Nada de tareas como estas. Ninguna más —dijo. Su voz sonó con el dejo de una caricia erótica. Los ojos amarillos perdieron su brillo, los dientes agudos parecían menos peligrosos y a ellos se les aflojó la cara—. Decídselo a los otros también. No os acerquéis a su celda y no la toquéis. Si lo hacéis, vais a tener que sacar vuestras propias dagas y destriparos. ¿Entendido?

Hipnotizados, asintieron como atontados, y después parpadearon y se enderezaron. Disimulé mi temblor. Hechizos, control de mentes... Fuera lo que fuese, había funcionado. Me hicieron un gesto... pero no se atrevieron a tocarme.

Rhysand me sonrió.

—De nada —ronroneó cuando yo salía de la habitación.



Capítulo 39

Desde ese momento, todas las mañanas y todas las tardes me llevaban una comida caliente a la celda. La engullía entera, pero maldecía el nombre de Rhysand. Encerrada en ese lugar húmedo, no tenía otra cosa que hacer que pensar en la adivinanza de Amarantha..., de lo cual, por lo general, no sacaba otra cosa que un fuerte dolor de cabeza. La repetí una y otra y otra vez, y nada.

Pasaron los días y no vi ni a Lucien ni a Tamlin; Rhysand no acudió ni una sola vez a provocarme. Estaba sola, completamente sola, encerrada en silencio, aunque los gritos de las mazmorras seguían oyéndose día y noche. Cuando el sonido se volvía insoportable y no conseguía dejar de oírlo, me miraba el ojo tatuado en la palma. Me preguntaba si lo habría hecho para recordarme a

Jurian..., una bofetada cruel, mezquina, que me decía que tal vez estaba en camino de pertenecerle a él como el antiguo guerrero humano pertenecía ahora a Amarantha.

De vez en cuando le decía algunas palabras al tatuaje..., y después me maldecía, me llamaba estúpida. O maldecía a Rhysand. Pero habría jurado que una noche, cuando me estaba quedando dormida, el ojo parpadeó.

Si había contado bien el horario que me marcaban las comidas, unos cuatro días después de haber visto a Rhysand en su habitación acudieron dos altas fae a mi celda.

Aparecieron a través de las grietas y se formaron a partir de astillas de oscuridad, como había hecho Rhysand. Pero él se había convertido en una forma tangible, sólida, y estas inmortales permanecieron todo el tiempo como sombras, sus rasgos apenas discernibles, excepto la ropa suelta, flotante, fabricada con telas de araña. No dijeron nada mientras me cogían de los brazos. No peleé contra ellas..., no había nada contra que pelear y ningún lugar adónde correr. Las manos que me sujetaban por los antebrazos eran frías pero sólidas, como si las sombras fueran una capa, una segunda piel.

Sirvientas de su Corte Noche, con toda seguridad las había enviado Rhysand... Podrían haber sido mudas porque no me dijeron nada, se apretaron contra mi cuerpo y pasamos físicamente a través de la puerta cerrada como si esta no estuviera ahí. Como si yo también me hubiera convertido en sombra. Las rodillas, mientras caminábamos a través de las mazmorras oscuras, con el aire lleno de gritos, se me doblaron con la sensación de arañas paseando por mi espalda y mis brazos. Ninguno de los guardias nos detuvo..., ni siquiera miraron en nuestra dirección. Sin duda nos habían hechizado; solo un destello de oscuridad para el ojo del observador accidental.

Las inmortales me llevaron por escaleras polvorientas y pasillos olvidados hasta que llegamos a una habitación inclasificable donde me desnudaron, me bañaron sin demasiados miramientos y

después, para mi espanto, empezaron a pintarme el cuerpo.

El contacto con los pinceles era insoportable, frío, me hacía cosquillas, y las manos de ellas eran firmes cuando yo me retorcía. Las cosas empeoraron cuando me pintaron partes más íntimas, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no patearles la cara. No me dieron ninguna explicación, ninguna señal de si eso era otra tortura enviada por Amarantha. Aunque pudiera escapar, no había ningún lugar en el que refugiarme..., no sin hacerle más daño a Tamlin. Así que no pedí respuestas, no luché más y las dejé terminar con su tarea. Desde el cuello hacia arriba mi aspecto era regio: tenía la cara maquillada con cosméticos, carmín en los labios, una mancha de polvo dorado en los párpados, una línea negra en los ojos y el pelo enroscado alrededor de una diadema dorada incrustada con un lapislázuli. Pero desde el cuello hacia abajo era solamente el juguete de un dios pagano. Habían continuado el diseño del tatuaje que tenía en el brazo, y una vez que se secó la pintura, me pusieron un vestido de gasa blanca.

Si es que se lo podía llamar vestido. No era mucho más que dos largas tiras de telaraña sutil, lo bastante anchas para cubrirme apenas los senos, ajustadas a cada hombro con broches de oro. Las dos partes flotaban hasta un cinturón enjoyado que me colgaba bajo, sobre las caderas, y allí se unían y seguían hasta el suelo entre mis piernas. Apenas si me cubría algo, y por el frío que sentía sobre la piel me di cuenta de que la mayor parte de mi espalda y mi trasero estaban al descubierto.

La brisa fría que me acariciaba la piel fue suficiente para encender mi ira. Las dos altas fae me ignoraron cuando les pedí que me pusieran otra cosa; sus caras permanecían impasibles, veladas para mí, pero me sostuvieron los brazos con firmeza en el momento en que traté de arrancarme las dos telas.

—Yo no haría eso —dijo una voz profunda, cantarina, desde el umbral. Rhysand estaba reclinado contra la pared, los brazos cruzados sobre el pecho.

Debería haber sabido que era cosa de él, debería haberlo sabido por los diseños que me cubrían el cuerpo.

—Nuestro arreglo no ha empezado todavía —ladré. El instinto que me había dicho una vez que no me enfrentara a Tam y a Lucien me fallaba completamente cuando veía a Rhysand.

—Ah, pero es que tengo que llevarte a la fiesta. —En los ojos de color violeta brillaban estrellas—. Y cuando pensé en ti en esa celda, toda la noche, sola... —Hizo un gesto y las sirvientas inmortales se desvanecieron atravesando la puerta que quedaba a nuestras espaldas. Esbocé una mueca cuando pasaron a través de la madera, sin duda una habilidad que poseía toda la Corte Noche, y Rhysand soltó una risita—. Tienes exactamente el aspecto que esperaba que tuvieras.

De entre las telarañas de mi memoria recordé palabras similares, las que me había susurrado Tamlin en el oído alguna vez.

—¿Es necesario todo esto? —dije, haciendo un gesto hacia la ropa y la pintura.

—Claro —respondió él con voz fría—. Si no, ¿cómo sabría si alguien te toca?

Se acercó y tensé el cuerpo cuando me pasó un dedo por el hombro: la pintura se emborronó. Apenas el dedo abandonó la piel, la pintura se recompuso y los dibujos volvieron a ser lo que eran.

—El vestido no va a mancharse y tampoco te va a costar moverte —dijo, con la cara muy cerca de la mía. Los dientes estaban demasiado próximos a mi garganta para mi gusto—. Y me voy a acordar del lugar donde yo ponga las manos. Pero si alguien te toca, alguien que no sea yo, digamos cierto alto lord que ama la primavera..., voy a saberlo enseguida. —Me tocó la nariz—. Y, Feyre —agregó con un murmullo dulce—, no me gusta que toqueteen lo que me pertenece.

Algo se me congeló en el estómago. Él sería mi dueño durante una semana cada mes. Aparentemente, suponía que eso se extendía también al resto de mi vida.

—Vamos —dijo Rhysand, y me hizo un gesto con la mano—. Ya llegamos tarde.

Caminamos por los pasillos. Los sonidos de la fiesta llegaron al cabo de poco desde el sitio al que nos dirigíamos. Me ardía la cara cada vez que me lamentaba por la tela demasiado fina del vestido. Por debajo de ella cualquiera podía verme los senos; la pintura casi no dejaba nada a la imaginación, y el aire frío de la cueva me ponía la piel de gallina. Con las piernas, los costados y la mayor parte del vientre al aire excepto por esos dos pedazos de tela, tenía que mantener los dientes apretados para que no castañetearan por el frío. Se me congelaban los pies descalzos. Esperaba que fuera cual fuese el lugar al que íbamos, hubiera un fuego gigantesco. Una música extraña, carente de armonía, pasaba a través de dos grandes puertas de piedra que reconocí enseguida. El salón del trono. No. No, cualquier lugar menos ese.

Los inmortales y los altos fae se quedaron con la boca abierta cuando cruzamos la entrada. Algunos se inclinaron frente a Rhysand, otros permanecieron inmóviles. Vi a varios de los hermanos de Lucien reunidos ahí, cerca de la puerta. Las sonrisas que me dedicaron eran maliciosas.

Rhysand no me tocó, pero caminaba lo bastante cerca de mí como para que fuera obvio que yo estaba con él, que le pertenecía. No me habría sorprendido si me hubiera puesto un collar al cuello y una correa. Tal vez lo haría en algún momento, ahora que estaba atada a él, con la negociación marcada en la piel.

Hubo susurros que se oyeron por debajo de los gritos de la celebración y hasta la música se detuvo mientras la multitud se separaba para dejarnos pasar hasta la tarima donde estaba Amarantha. Levanté el mentón; el peso de la diadema hacía que se me clavara en el cráneo.

Había ganado a la reina en la primera prueba. La había ganado también en las tareas sin sentido. Podía llevar la cabeza en alto.

Tamlin estaba sentado junto a ella en el mismo trono, vestido con la ropa de siempre, sin armas encima. Rhysand había dicho que quería decírselo en el momento oportuno, que quería hacerle daño a Tamlin revelando el intercambio que yo había aceptado. Hijo de puta. Un hijo de puta astuto, malvado.

—Feliz mitad del verano —dijo Rhysand, y se inclinó frente a Amarantha. Ella llevaba puesto un vestido lujoso de tonos púrpura y lavanda, como una orquídea, sorprendentemente modesto. Yo era una salvaje frente a esa belleza tan bien cuidada.

—¿Qué has hecho con mi prisionera? —preguntó ella sonriendo, aunque la sonrisa no se le reflejaba en los ojos.

La cara de Tamlin era como de piedra..., excepto por la fuerza que hacían sus manos sobre los brazos del trono, con los nudillos en blanco. No había garras a la vista. Por lo menos conseguía mantener a raya esa señal de su temperamento. Había cometido una gran estupidez al aceptar la oferta de Rhysand. Rhysand, con las alas y los espolones por debajo de esa superficie hermosa, perfecta; Rhysand, capaz de deshacer una mente por completo. «Lo hice por ti», quería gritarle yo.

—Hicimos un trato —respondió Rhysand. Compuse una mueca cuando él me apartó un mechón de pelo de la cara. Me pasó los dedos por la mejilla... en una caricia suave. La habitación del trono estaba en completo silencio cuando pronunció las siguientes palabras, dirigidas a Tamlin solamente—: Una semana conmigo en la Corte Noche todos los meses como intercambio por mis servicios de curación después de la primera prueba. —Me levantó el brazo izquierdo para mostrar el tatuaje, cuya tinta no brillaba tanto como la del resto de la pintura que llevaba sobre el cuerpo—. Para el resto de su vida —agregó con tono desenfadado, pero ahora miraba con fijeza a Amarantha.

La reina de los inmortales se enderezó un poquito; hasta el ojo de Jurian estaba fijo en mí, en Rhysand. «Para el resto de su vida...», había dicho él, como si ese tiempo fuera a ser largo, muy largo. Rhysand pensaba que yo iba a pasar las pruebas.

Lo miré de perfil: la nariz elegante, los labios sensuales. Juegos..., a Rhysand le gustaban los juegos, y fuera cual fuese el que estaba jugando en ese momento, supuse que yo iba a ser una pieza clave.

—Disfruta de mi fiesta —fue la única respuesta de Amarantha, que seguía toqueteando el hueso que le colgaba del cuello. Rhysand me puso una mano sobre la espalda para llevarme al centro de la estancia, para alejarme de Tamlin, que seguía aferrado al trono.

La multitud se mantuvo a una prudente distancia de nosotros y yo no pude hacerle un gesto a nadie: tenía miedo de tener que volver a mirar a Tamlin, o tal vez de encontrarme a Lucien..., de contemplar la expresión de su cara cuando él me viera.

Mantuve el mentón en alto. No dejaría que nadie notase mi debilidad, no iba a dejar que nadie supiera cuánto me había costado que me expusieran así frente a todos, que los símbolos de Rhysand estuvieran ahí, pintados sobre mi piel, sobre cada parte de mi cuerpo, que Tamlin me viera tan humillada. Rhysand se detuvo frente a una mesa cargada de comida exquisita. Los altos fae que la rodeaban acabaron con todo rápidamente. Si había otros sirvientes de la Corte Noche alrededor, ninguno arrastraba ondas de oscuridad como hacían Rhysand y sus sirvientas, y ninguno se atrevió a acercársele. La música aumentó de volumen, lo suficiente como para pensar que había un baile en algún punto de la estancia.

—¿Vino? —preguntó él, y me ofreció una copa. La primera regla de Alis. Negué con la cabeza.

Él sonrió y volvió a ponerme la copa delante.

—Bebe. Vas a necesitarlo.

«Bebe», repitió mi mente, y se me movieron solos los dedos en dirección a la copa. No. No, Alis había dicho que no bebiera el vino de ese lugar..., que ese vino era distinto del vino alegre, liberador, del solsticio.

—No —repetí, y algunos inmortales que teníamos a nuestro alrededor soltaron una risita.

—Bebe —ordenó él, y mis dedos traicioneros se acercaron a la copa.

Me desperté en la celda, metida todavía en ese pañuelo que él llamaba «vestido». Todo giraba en torno a mí con tanta fuerza que casi no llegué al rincón para vomitar, una y otra vez. Cuando vacié el estómago, me arrastré hasta el rincón opuesto de la celda y me dejé caer.

El sueño me vino en rachas mientras el mundo seguía dando vueltas con violencia a mi alrededor. Estaba atada a una rueda que giraba y giraba y giraba y giraba...

No es necesario decirlo, pero estuve descompuesta casi todo el día. Acababa de comer algo de la cena caliente que había aparecido hacía unos momentos cuando crujió la puerta y surgió una cara dorada de zorro acompañada de un ojo de metal entrecerrado.

—Mierda —exclamó Lucien—. Sí que hace frío aquí.

Cierto, pero yo estaba demasiado dominada por las náuseas para darme cuenta. Levantar la cabeza me costaba mucho y no vomitar la comida, todavía más. Él se sacó la capa y me la puso alrededor de los hombros. El calor pesado se coló dentro de mí.

—Mira eso —dijo dirigiendo la vista a la pintura. Por suerte, estaba toda intacta, excepto unos pocos lugares en la cintura—. Hijo de puta.

—¿Qué pasó? —conseguí decir, aunque no estaba segura de querer una respuesta. Mi recuerdo era un borrón oscuro de música salvaje.

Lucien retrocedió.

—No creo que quieras saberlo.

Estudié las pocas manchas en mi cintura, como si unas manos me hubieran sostenido por ahí.

—¿Quién me hizo eso? —pregunté con voz tranquila, los ojos sobre la pintura emborronada.

—¿Quién te parece?

Mi corazón se encogió y miré al suelo.

—¿Tam..., Tamlin lo vio?

Lucien asintió.

—Rhys lo hacía para eso, para que él se enfureciera, únicamente para eso.

—¿Y sucedió? —Yo seguía sin poder mirar a Lucien a la cara. Sabía que, por lo menos, no me habían violado: solo me habían tocado el costado. Era lo que decía la pintura.

—No —respondió Lucien, y yo sonreí.

—¿Qué..., qué es lo que hice? —Me acordé de la advertencia de Alis. Lucien soltó un suspiro y se pasó una mano por el cabello rojo.

—Hizo que bailaras para él casi toda la noche. Y cuando no estabas bailando, te sentaba sobre sus rodillas.

—¿Qué tipo de baile? —seguí insistiendo.

—No el que bailaste con Tamlin en el solsticio —dijo Lucien, y a mí me ardió la cara. Desde el barro de mis recuerdos de la última noche, me acordé de la cercanía de cierto par de ojos de color violeta..., unos ojos que brillaban con malicia mientras me miraban.

—¿Frente a todo el mundo?

—Sí —contestó Lucien, con mayor amabilidad de la que yo le hubiera oído jamás. A mí se me tensó el cuerpo. No quería su lástima. Suspiró y me cogió el brazo izquierdo para examinar el tatuaje.

—¿En qué estabas pensando? ¿No sabías que yo iba a venir en cuanto pudiera?

Aparté el brazo con brusquedad.

—¡Me estaba muriendo! Tenía fiebre..., apenas si conseguía mantenerme consciente... ¿Cómo se supone que sabría que ibas a venir? ¿Que comprenderías la rapidez con la que mueren los seres humanos de esas cosas? Me dijiste que dudaste el día de los naga...

—Le juré a Tamlin...

—¡No tuve opción! ¿Crees que voy a confiar en ti después de lo que dijiste en la mansión?

—Arriesgué el cuello por ti en la prueba. ¿No es eso suficiente? —El ojo de metal zumbó con suavidad—. Tú dijiste tu nombre para salvarme..., a pesar de lo que te dije, de todo lo que te hice, dijiste tu nombre. ¿No pensaste que yo iba a ayudarte después de eso? ¿Con juramento o sin él?

No me había dado cuenta de que eso significara tanto para Lucien.

—No tuve alternativa —reconocí de nuevo en un jadeo.

—¿No entiendes lo que es Rhys?

—¡Claro que sí! —ladré. Después suspiré—. Sí —repetí y miré el ojo que tenía dibujado en la palma—. Pero está hecho. Así que no tienes que cumplir el juramento que le hiciste a Tamlin, el juramento de protegerme..., no tienes que sentir que me debes nada por salvarte de Amarantha. Lo habría hecho solo para borrar la sonrisa de las caras de tus hermanos.

Lucien chasqueó la lengua, pero el ojo que le quedaba brilló con fuerza.

—Me alegro de ver que no le vendiste a Rhysand tu espíritu humano, tan vivo, tan hermoso, ni tampoco ese empecinamiento.

—Una semana de mi vida cada mes. Solamente eso.

—Sí, bueno..., veremos si será así cuando llegue el momento —gruñó él, y el ojo de metal se desvió hacia la puerta—. Tengo que irme. Está a punto de cambiar la guardia.

Dio un paso para irse, y entonces le dije:

—Lo lamento..., lamento que ella te castigara por ayudarme en la prueba. Oí... —Se me cerró la garganta—. Oí que hizo que Tamlin te aplicara el castigo... —Él se encogió de hombros y agregué—: Gracias. Por ayudarme, quiero decir.

Él fue hasta la puerta y por primera vez noté que se movía con mucha tensión en el cuerpo.

—Por eso no pude venir antes —dijo él, y le temblaba el cuello —. Ella usó... nuestros poderes para que no se me curase la espalda. No he podido moverme hasta hoy.

Se me hizo difícil respirar.

—Toma —dije, y le devolví la capa mientras me ponía de pie. El frío súbito me puso la piel de gallina.

—Quédatela. Se la he quitado a un guardia cuando venía hacia aquí. —En la escasa luz brillaba el símbolo bordado de un dragón dormido. El escudo de armas de Amarantha. Hice una mueca pero me la volví a poner—. Además —agregó Lucien—, con ese vestido ya he visto lo suficiente de ti como para que la imagen me dure toda la vida. —Enrojecí cuando él abrió la puerta.

—Espera —dije—. ¿Tamlin...? ¿Está bien? Quiero decir... el hechizo que le lanzó Amarantha para que no hable...

—No hay ningún hechizo. ¿No se te ocurrió que Tamlin actúa así para que Amarantha no sepa cuál de los tormentos a los que te somete lo afecta más?

No, no se me había ocurrido.

—Está jugando un juego peligroso, eso sí —manifestó Lucien mientras salía por la puerta—. Todos estamos en eso.

A la noche siguiente me volvieron a pintar y me llevaron a la habitación del trono. No era un baile esta vez..., solamente un poco de entretenimiento nocturno. Y al parecer, el entretenimiento era yo. Después de tomar el vino, sin embargo, ni siquiera me di cuenta de lo que pasaba. Una suerte.

Noche tras noche me vistieron de la misma forma y me hicieron acompañar a Rhysand hasta la sala del trono. Así me convertí en el juguete de Rhysand, en la puta de la puta de Amarantha. Me despertaba con vagos rastros de recuerdos..., de bailar entre las piernas de Rhysand mientras él se quedaba sentado en una silla y reía, de sus manos manchadas de azul por los lugares en que me tocaba la cintura, los brazos, pero de alguna forma, nunca más que eso. Hacía que yo bailara hasta que me descomponía, y cuando cesaba de vomitar, me decía que siguiera bailando.

Me despertaba enferma y exhausta todas las mañanas, y aunque la orden de Rhysand a los guardias seguía vigente, las actividades nocturnas me dejaron absolutamente agotada. Me pasaba los días durmiendo para tratar de digerir el vino de los inmortales, dormitando para escapar de la humillación que sufría. Cuando podía, pensaba en la adivinanza de Amarantha, le daba vueltas palabra por palabra... Nada.

Y cuando volvía a entrar en esa sala del trono, me permitían solamente una mirada rápida a Tamlin antes de que me dominara la droga del vino. Y todas las veces, todas las noches, en esa única mirada, yo dejaba ver el amor y el dolor que me subían a los ojos cuando se encontraban con los suyos.

Estaban terminando de pintarme y de vestirme —esa noche, la tela transparente y sutil era de un color entre sangre y naranja— cuando entró Rhysand en la habitación. Como siempre, las sirvientas de sombra atravesaron las paredes y desaparecieron. Pero en lugar de hacerme un gesto para que me acercase, Rhysand cerró la puerta.

—Tu segunda prueba es mañana por la noche —dijo con voz neutra. El hilo dorado y plata de la túnica negra brillaba bajo la luz de las velas. Él nunca usaba otro color de ropa.

Fue como si me hubieran golpeado con una roca en la cabeza. Había perdido la cuenta de los días.

—¿Y?

—Tal vez sea la última —dijo él; se reclinó contra el marco de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si me estás provocando para que juegue otro de esos jueguecitos tuyos, pierdes el tiempo.

—¿Me vas a rogar que te conceda una noche con tu amado?

—Ya voy a tener esa noche y todas las que la sigan cuando pase la tercera prueba.

Rhysand se encogió de hombros, después me dedicó una sonrisa mientras se impulsaba con los hombros para separarse de la puerta y daba un paso hacia mí.

—Me pregunto si tenías tantas espinas con Tamlin cuando fuiste su prisionera.

—Él nunca me trató como a una prisionera..., o una esclava.

—Claro que no... ¿Cómo iba a hacer eso? No con la vergüenza que siente por la brutalidad de su padre y sus hermanos, esa vergüenza que pesa sobre él, pobre, noble bestia. Tal vez si se hubiera preocupado por averiguar una cosa o dos sobre la crueldad, sobre lo que significa ser un alto lord, habría impedido la caída de la Corte Primavera.

—Tu corte también cayó.

La tristeza parpadeó en sus ojos de color violeta. No la habría notado si no la hubiera sentido... muy en el fondo de mi ser. Mi mirada pasó al ojo que él me había tatuado en la palma de la mano. ¿Qué clase de tatuaje era ese? Pero en lugar de ello, pregunté:

—Cuando te movías libremente en la Noche de los Fuegos, durante el rito, dijiste que eso te había costado mucho. ¿Fuiste uno de los altos lores que vendieron su alianza a Amarantha a cambio de no vivir aquí abajo?

La tristeza que había en sus ojos, proviniera de donde proviniese, desapareció, y solo quedó una titilante calma fría. Habría jurado que una sombra de alas enormes se dibujaba en la pared detrás de él.

—Lo que yo haga o no por mi corte no es de tu incumbencia.

—¿Y qué ha estado haciendo ella en los últimos cuarenta y nueve años?¿Teniéndoos a todos en su corte y torturando a cualquiera como le place? ¿Para qué? —«Cuéntame algo sobre la amenaza que significa esto para la especie humana —quería rogarle en realidad—. Cuéntame lo que significa todo esto, dime por qué han tenido que pasar tantos horrores.»

—La Dama de la Montaña no necesita excusas para sus actos.

—Pero...

—Las celebraciones nos esperan. —Rhysand hizo un gesto hacia la puerta detrás de él.

Sabía que estaba pisando terreno peligroso, pero no me importaba.

—¿Qué quieres de mí? Además de molestar a Tamlin.

—Molestarlo es el mayor de mis placeres —dijo él con una reverencia burlona—. Y en cuanto a tu pregunta, ¿por qué necesitaría un macho de cualquier especie razones para disfrutar de la presencia de una hembra?

—Me salvaste la vida.

—Y a través de tu vida, salvé la de Tamlin.

—¿Por qué?

Él me guiñó un ojo y se pasó una mano por el pelo entre negro y azul.

—Esa, Feyre, es la cuestión, ¿verdad? —Y diciendo eso, me sacó de la habitación.

Llegamos a la sala del trono y me preparé para que me drogaran y me humillaran nuevamente. Pero todos miraban a Rhysand entre la multitud..., era a Rhysand al que vigilaban los hermanos de Lucien. La voz de Amarantha llamándolo se oyó con claridad por encima de la música.

Rhysand hizo una pausa y miró a los hermanos de Lucien, que caminaban hacia nosotros con la atención puesta en mí. Ansiosos, hambrientos..., malvados. Abrí la boca; no me importaba el orgullo, estaba dispuesta a pedirle a Rhysand que no me dejara sola con ellos mientras él se encargaba de Amarantha, pero me puso una mano en la espalda y me condujo al interior de la sala.

—Quédate cerca y mantén la boca cerrada —me murmuró al oído mientras me llevaba por el brazo. La multitud se separó como si estuviéramos envueltos en fuego y nos dejó ver lo que teníamos frente a nosotros.

Frente a nosotros no; me corrijo: frente a Rhysand.

Un alto fae de piel marrón sollozaba en el suelo ante la tarima. Amarantha sonreía como una víbora..., con tanta intensidad que ni siquiera me dedicó una mirada. Junto a ella, Tamlin, del todo impasible. Una bestia sin garras.

Rhysand me miró fugazmente con el rabillo del ojo, una orden silenciosa para que me quedara donde empezaba la multitud. Lo obedecí, y cuando dirigí la atención a Tamlin, deseé que me mirara, que me mirara solo..., pero él no lo hizo, estaba por completo concentrado en la reina y en el macho que había frente a ella. Entendí.

Amarantha se acarició el anillo mientras miraba cada movimiento de Rhysand, que se le acercaba.

—Un súbdito de la Corte Verano —dijo refiriéndose al macho que se encogía a sus pies— trató de escapar por la salida que da a la Corte Primavera. Quiero saber por qué.

Había un alto fae atractivo, de gran estatura, de pie al borde de la multitud, el pelo casi blanco, los ojos de un azul cristalino que rompía el corazón, la piel de un color caoba intenso, hermoso. Pero tenía la boca tensa y su atención pasaba de Amarantha a Rhysand. Ya me había fijado en él durante la primera prueba. El alto lord de la Corte Verano. Antes brillaba, casi emitía una luz dorada; ahora estaba mudo, apagado. Como si Amarantha le hubiera extraído hasta la última gota de poder mientras interrogaba a su súbdito.

Rhysand se metió las manos en los bolsillos y se acercó al macho que estaba en el suelo.

El inmortal de Verano se encogió aún más, la cara brillante de lágrimas. A mí se me revolvió el estómago de miedo y vergüenza cuando el macho se mojó los pantalones delante de Rhysand.

—P-p-por favor —tartamudeó.

La multitud estaba sin aliento, el silencio era sobrecogedor.

Con la espalda vuelta hacia mí, Rhysand tenía los hombros relajados, ni un centímetro de la ropa fuera de lugar. Pero apenas el macho dejó de temblar en el suelo, supe que sus espolones se habían hundido en la mente del inmortal.

El alto lord de Verano se había quedado quieto también..., y era dolor, dolor real y miedo lo que brillaba en sus ojos azules, sorprendentes. Verano era una de las cortes rebeldes, recordé. Así que este era un alto lord nuevo, sin experiencia, que todavía tenía que aprender a tomar decisiones que costaban vidas.

Después de un momento de silencio, Rhysand miró a Amarantha.

—Quería escapar. Llegar a la Corte Primavera, cruzar el muro y huir al sur, a territorio humano. No tuvo cómplices, ni ningún motivo excepto su propia cobardía patética. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el charco de orina bajo el macho. Pero con el rabillo del ojo vi cómo el alto lord de Verano se relajaba un poco..., lo suficiente para hacer que me preguntara... qué clase de decisión había tenido que tomar Rhys en el momento en que había hurgado en la mente del macho.

Sin embargo, Amarantha puso los ojos en blanco y se acomodó sobre el trono.

—Quiébrale la mente, Rhysand. —Movió la mano hacia el alto lord de la Corte Verano—. Después puedes hacer lo que quieras con el cuerpo.

El alto lord de la Corte Verano se inclinó, como si le hubieran otorgado un regalo, y miró a su súbdito, que se había quedado quieto y tranquilo en el suelo, abrazado a sus rodillas. El inmortal macho ya estaba listo..., aliviado incluso.

Rhys sacó una mano del bolsillo y la movió. Podría haber jurado que veía unos espolones fantasmales cuando los dedos se le curvaron levemente.

—Me estoy aburriendo, Rhysand —dijo Amarantha con un suspiro, jugueteando de nuevo con el hueso. No me había mirado ni una sola vez, demasiado concentrada en su presa.

Los dedos de Rhysand se curvaron hasta formar un puño.

Los ojos del macho se abrieron mucho, después se pusieron vidriosos mientras caía de costado en el charco de sus propios líquidos. Le salió sangre de la nariz, de las orejas y corrió por el

suelo frente a nosotros.

Así de fácil..., así de rápido, con esa irreversibilidad... Muerto.

—Te he dicho que le destrozaras la mente, no el cerebro —ladró Amarantha. La multitud murmuró, se removió inquieta. Lo único que quería era desaparecer de nuevo en ella, arrastrarme de vuelta a mi celda y quemar el recuerdo de lo que había visto. Tamlin no se había inmutado, no había movido un músculo. ¿Qué horrores habría visto en su larga vida si ni siquiera eso había roto su expresión distante, su control?

Rhysand se encogió de hombros y volvió a meter la mano en el bolsillo.

—Perdón, mi reina. —Dio media vuelta sin que ella le dijera que podía retirarse y no me miró mientras se dirigía hacia la parte de atrás de la sala del trono. Me puse a su lado, controlé el temblor, traté de no pensar en el cuerpo tendido que quedaba ahí detrás, o en Clare..., que seguía clavada a la pared.

La multitud no se nos acercó, sino que se alejó mucho para dejarnos pasar.

—Puta —sisearon algunos cuando pasó Rhysand—. Puta de Amarantha. —Pero muchos le ofrecieron sonrisas vacilantes y palabras elogiosas—: Has hecho bien en matarlo. Bien por matar al traidor.

Rhysand no se dignó a mirar a ninguno, con los hombros todavía relajados, andando sin prisas. Me pregunté si alguien, excepto él y el alto lord de la Corte Verano, sabía que esa muerte había sido un acto de piedad. Estaba dispuesta a apostar que había habido otros involucrados en ese plan de huida, tal vez hasta el alto lord de la Corte Verano.

Pero quizá guardar esos secretos era algo que se había hecho solamente para jugar los juegos que tanto le gustaban a Rhysand. Tal vez ayudar a ese macho inmortal matándolo en lugar de quebrarle la mente y dejarlo como un tonto lleno de baba había sido solo otro movimiento calculado.

En ese largo camino por la sala del trono, Rhysand no se detuvo ni un instante, pero cuando llegamos a la comida y el vino al final de la estancia, me dio una copa y se tomó otra él. No dijo nada. Después, el vino me llevó al olvido.



Capítulo 40

Y llegó mi segunda prueba.

Con los dientes brillantes, el attor me sonrió cuando me puse de pie frente a Amarantha. Otra caverna..., más pequeña que el salón del trono pero lo suficientemente grande para ser algún tipo de espacio dedicado al entretenimiento. No había decoración, ningún mueble; nada excepto las paredes doradas. La reina estaba sentada en una silla tallada en madera y Tamlin permanecía de pie junto a ella. No miré demasiado al attor, que descansaba al otro lado de la silla de la reina; la cola delgada reposando en el suelo, lista para moverse como un látigo. La bestia sonreía solo para ponerme nerviosa.

Y realmente estaba funcionando. Ni siquiera mirar a Tamlin conseguía calmarme. Apreté las manos a los costados cuando Amarantha sonrió.

—Bueno, Feyre, ha llegado el día de tu segunda prueba. —Sonaba tan prepotente, tan segura de que mi muerte flotaba sobre nosotros... Había sido una tonta por negarme a morir entre los dientes del gusano. Ella cruzó los brazos y apoyó el mentón en una mano. Dentro del anillo, el ojo de Jurian dio media vuelta..., sí, dio media vuelta para mirarme, la pupila dilatada en la tenue luz—. ¿Ya has resuelto mi adivinanza?

No me digné a contestar.

—Qué mal —dijo ella con una mueca—. Pero hoy me siento generosa. —El attor soltó una risita y varios inmortales lo imitaron detrás de mí; unas risas que se deslizaron como serpientes por mi espalda—. ¿Qué te parece si antes practicamos un poco? —continuó Amarantha, y me obligué a mostrar una expresión neutra. Si Tamlin jugaba a la indiferencia para mantenernos a salvo, yo haría lo mismo.

Pero en ese momento me atreví a mirar rápidamente a mi alto lord, y descubrí que tenía los ojos clavados en mí. Si pudiera abrazarlo, sentir su piel por un momento..., olerlo, oírlo decir mi nombre...

Un siseo reverberó en un eco a través de la estancia y mi mirada se desvió. Amarantha fruncía el entrecejo; tenía los ojos fijos en Tamlin. No me había dado cuenta de que habíamos estado mirándonos. La caverna estaba sumida en un silencio profundo.

—¡Ahora! —ladró Amarantha.

Antes que pudiera prepararme, un temblor sacudió el suelo.

Se me doblaron las rodillas y balanceé los brazos para mantenerme de pie mientras las piedras que formaban el suelo se hundían despacio y me bajaban hacia un pozo grande, rectangular. Algunos inmortales profirieron breves exclamaciones, pero descubrí

otra vez la mirada de Tamlin y la sostuve hasta que me hundí tanto que su cara desapareció más allá del borde del pozo que se estaba formando.

Miré las cuatro paredes a mi alrededor, busqué una puerta, cualquier señal que me permitiera adivinar lo que vendría a continuación. Tres de las paredes estaban hechas de una única lámina de piedra suave, brillante..., demasiado pulida y lisa para trepar por ella. La otra pared no era un muro, sino una reja de hierro que dividía la cámara en dos, y a través de ella...

El aliento se me quedó atravesado en la garganta.

—Lucien.

Lucien estaba encadenado en el centro de la otra mitad de la cámara, el ojo púrpura tan abierto que parecía rodeado de blanco. El de metal giraba como si se hubiera vuelto loco; la brutal cicatriz destacaba mucho sobre su piel pálida. Amarantha había vuelto a convertirlo en un juguete, en una cosa que ella pensaba atormentar. No había puertas, ninguna forma de llegar a ese lado a menos que trepase sobre la reja. La división tenía agujeros tan grandes, tan anchos, que seguramente podría utilizarlos para encaramarme y saltar al otro lado. Pero no me atrevía.

Los inmortales empezaron a murmurar y oí el sonido de oro sobre oro. ¿Habría apostado Rhysand por mí de nuevo? Entre la multitud vislumbré un brillo rojizo, cuatro cabezas de pelo rojo, y me erguí tanto como pude. Sabía que los hermanos estarían regocijándose con la situación de Lucien, pero ¿dónde se encontraba la madre? ¿Y el padre? Seguramente estaría presente el alto lord de la Corte Otoño. Miré a la multitud. No había señales de ellos. Solo Amarantha, que miraba hacia abajo, de pie con Tamlin en el borde del pozo. Ella inclinó la cabeza en mi dirección e hizo un gesto elegante con una mano señalando la pared que tenía bajo los pies.

—Aquí, querida Feyre, encontrarás tu prueba. Lo único que tienes que hacer es contestar a la pregunta seleccionando la palanca correcta, y con eso ganas. Selecciona la equivocada y será tu fin. Como no hay más que tres opciones, creo que te estoy dando una

ventaja injusta. —Hizo sonar los dedos y se oyó el gruñido de algo metálico—. Es decir —agregó—, si resuelves el rompecabezas a tiempo.

Desde un lugar no muy por encima de donde yo me hallaba, empezaron a bajar hacia la cámara las dos parrillas de metal que yo había creído que eran candeleros...

Me di la vuelta para mirar a Lucien. Esa era la razón por la que la reja dividía la cámara en dos: para que yo tuviera que ver mientras él sangraba, para que él pudiera verme mientras yo moría aplastada. Las puntas de metal que habían estado sosteniendo las velas y antorchas brillaban al rojo vivo... e incluso desde lejos vi las ondas del calor alrededor de ellas.

Lucien sacudió las cadenas. Esa no sería una muerte limpia. Y entonces me volví hacia la pared que me había señalado Amarantha. Había una larga inscripción en la superficie pulida, y por debajo de ella tres palancas de piedra grabadas con los números I, II y III.

Empecé a temblar. Apenas reconocía las palabras básicas..., palabras inútiles como «la» y «pero» y «fue». Todo el resto era un amasijo de letras que yo no conocía, letras que tendría que repetir lentamente o intentar recordar para poder comprender.

La parrilla de metal seguía descendiendo. Ahora estaba al mismo nivel que la cabeza de Amarantha y pronto no tendría ninguna posibilidad de salir del pozo. Ya podía notar el calor del hierro candente, y empecé a sentir cómo el sudor me recorría las sienes. ¿Quién le había dicho a ella que yo apenas sabía leer?

—¿Algún problema? —Amarantha levantó una ceja. Puse toda mi atención en la inscripción y mantuve la respiración lo más firme que pude. En ningún momento había mencionado que leer fuera necesario..., se habría burlado de mí si hubiera sabido que yo era analfabeta. El destino..., sí, una jugarreta cruel, feroz, del destino.

Las cadenas sonaron al entrechocar, y Lucien maldijo en cuanto vio lo que bajaba hacia él. Me volví para mirarlo, pero cuando le vi la cara supe que estaba demasiado lejos para leer la frase en voz alta para mí; no lo lograría ni siquiera con los poderes del ojo metálico. Si

hubiera podido conocer la pregunta tal vez habría tenido una oportunidad..., aunque las adivinanzas nunca fueron mi punto fuerte.

Iba a morir bajo una parrilla de puntas al rojo vivo, ardientes, y después me aplastaría contra el suelo como a una uva.

La parrilla pasó junto al borde del pozo sin dejar ningún resquicio..., no había ninguna esquina donde ponerse a salvo. Si no contestaba la pregunta antes de que la parrilla pasara junto a las palancas...

Se me cerró la garganta y leí y leí y leí pero las palabras no llegaron. El aire se puso espeso y empezó a oler a metal..., no el olor de la magia sino el del acero ardiente, implacable, que se acercaba a mí centímetro a centímetro.

—¡Contesta! —gritó Lucien con voz aguda. Los ojos me ardían. El mundo era solamente un borrón de letras burlándose de mí en sus trazos, en sus formas.

El metal gruñó cuando rozó la piedra pulida de la cámara y los susurros de los inmortales se volvieron más frenéticos. A través de los agujeros de la parrilla me pareció ver reírse al hermano mayor de Lucien. Calor..., un calor intolerable...

Iba a dolerme..., esas agujas eran grandes y de punta roma. No sería rápido. Se necesitaría fuerza para que me destrozaran el cuerpo. Se me deslizó el sudor por el cuello y la espalda mientras miraba las letras, los números I, II y III, que, de alguna forma, se habían convertido en mi línea de vida. Dos opciones acabarían conmigo..., la tercera detendría la parrilla.

Busqué números en la inscripción..., tenía que ser una adivinanza, un problema lógico, un laberinto de palabras peor que cualquier laberinto de gusano.

—¡Feyre! —gritó Lucien, jadeando mientras miraba las puntas que descendían. Las caras alegres, encendidas, de los altos fae y los inmortales inferiores se burlaban de mí por encima de la parrilla.

Tres... salta... saltamon... saltamontes...

La parrilla no quería detenerse y ya no había siquiera un cuerpo entero de distancia entre mi cabeza y la primera de las puntas. Habría jurado que el calor devoraba el aire del pozo.

... estaban... sel... sal... ton... tan... saltando...

Debería despedirme de Tamlin. Ahora. Ya. Ese era el final de mi vida..., esos eran mis últimos momentos, había llegado el final, las últimas respiraciones, los últimos latidos del corazón.

—¡Elige una! —gritó Lucien, y algunos en la multitud rieron... Las de sus hermanos seguramente eran las risas más estruendosas.

Levanté una mano hacia las palancas y miré los tres números que aguardaban más allá de los dedos temblorosos, tatuados.

I, II, III.

No significaban nada para mí excepto la vida y la muerte. Tal vez me salvara la suerte, pero...

Dos. Dos era el número de la suerte porque era como Tamlin y yo, solo dos personas. Uno tenía que ser malo, porque uno era como Amarantha y como el attor..., seres solitarios. Uno era un número muy feo y tres era demasiado..., eran tres hermanas apretadas en una pequeña choza, odiándose hasta que se ahogaban en el odio, hasta que el odio las envenenaba. Dos. Tenía que ser el dos. En ese momento era capaz de creer voluntaria, fanática, alegremente en un Caldero o en el destino si ellos me protegían. Creía en el dos. Dos.

Me estiré para coger la segunda palanca, pero un dolor muy fuerte me atenazó la mano antes de que pudiera tocar la piedra. Jadeé mientras retrocedía. Abrí la palma y miré el ojo tatuado. Este se entrecerró. Con toda seguridad estaba alucinando.

La parrilla estaba a punto cubrir la inscripción, a apenas dos metros por encima de mi cabeza. No podía respirar, no podía pensar. El calor era demasiado fuerte y el metal crujía, muy cerca de mis oídos.

Traté de coger otra vez la palanca del medio, pero el dolor me paralizó los dedos.

El ojo había vuelto a su estado natural. Extendí la mano hacia la primera palanca. Dolor de nuevo.

Busqué la tercera. No hubo dolor. Mis dedos se encontraron con la piedra y levanté la vista: la parrilla estaba a un metro de mi cabeza. A través de ella vi una mirada de color violeta, una mirada salpicada de estrellas.

Volví a probar con la primera. Dolor. Pero cuando busqué la tercera... La cara de Rhysand seguía siendo una máscara de aburrimiento. El sudor me corrió por la frente, me ardió en los ojos. No me quedaba otra posibilidad que confiar en él; ninguna otra que entregarme de nuevo, obligada a aceptar por mi impotencia.

Ahora que estaban cerca, las puntas parecían enormes. Si levantaba el brazo por encima de la cabeza me quemaría las manos.

—¡Por favor, Feyre! —gimió Lucien.

Me estremecí tanto que casi no conseguí quedarme de pie. El calor de las puntas bajaba hacia mí.

La palanca de piedra estaba fresca cuando la toqué con la mano. Cerré los ojos, incapaz de mirar a Tamlin, preparándome para el impacto y la agonía, y tiré de la tercera palanca.

Silencio.

El calor pulsante dejó de acercarse. Después..., un suspiro. Lucien.

Abrí los ojos y vi mis dedos tatuados, mis nudillos, blancos por debajo de la piel alrededor de la palanca. Las puntas flotaban a centímetros de mi cabeza.

Sin movimiento..., detenidas. Había ganado... Había...

La parrilla chirrió mientras se elevaba hacia el techo de la cueva, el aire fresco inundó la cámara. Lo aspiré en jadeos desacompasados.

Lucien estaba ofreciendo algún tipo de plegaria, besando el suelo una y otra y otra vez. El suelo que había bajo mis pies empezó a elevarse, y me obligué a soltar la palanca que me había salvado mientras me arrastraban de nuevo hacia la superficie. Me temblaban las rodillas.

No sabía leer y eso casi me había matado. Ni siquiera había ganado limpiamente. Me dejé caer sobre las rodillas, permití que la plataforma me subiera y me cubrí la cara con manos temblorosas.

Las lágrimas cálidas me entibiaron el rostro, y después me llegó el dolor en el brazo izquierdo. Nunca pasaría la tercera prueba. Nunca podría liberar a Tamlin ni a su pueblo. El dolor me sacudió los huesos, y detrás de la niebla de una histeria cada vez mayor oí las palabras que sonaron dentro de mi cabeza, unas palabras que me detuvieron en seco.

No dejes que ella te vea llorar.

Pon las manos a los costados y levántate.

Yo no podía. No podía moverme.

Ponte de pie. No le des la satisfacción de verte rota.

Las rodillas y la columna, que no era capaz de dominar del todo, me obligaron a ponerme de pie, y cuando el suelo dejó de moverse, levanté la vista hacia Amarantha con los ojos sin lágrimas.

Bien —me dijo Rhysand—. *Mírala. Sin lágrimas..., espera a estar en la celda*.

La cara de Amarantha estaba tensa y blanca, los ojos negros, como de ónice, cuando me miró. Le había ganado; yo debería estar muerta. Debería estar aplastada, mi sangre convertida en un charco en el suelo.

Cuenta hasta diez. No mires a Tamlin. Mírala a ella solamente.

Lo obedecí. Era lo único que impediría que rompiera en los sollozos que sentía atrapados dentro del pecho, los sollozos que pugnaban por salir. Me obligué a mirar a Amarantha a los ojos. La de ella era una mirada fría y llena de malicia antigua, pero se la sostuve. Conté hasta diez.

Buena chica. Ahora vete. Gira sobre ti misma..., con los talones, eso. Camina hacia la puerta. Mantén el mentón alto. Deja que todos te abran camino. Un paso y después otro.

Lo escuché, dejé que me mantuviera controlada en la cordura mientras los guardias me escoltaban de vuelta a la celda..., aunque no se me acercaron. Las palabras de Rhysand eran un eco en mi

mente, me conservaban en una sola pieza.

Pero cuando se cerró la puerta de mi celda, Rhysand se calló y me dejé caer al suelo y lloré.

Lloré durante horas. Por mí, por Tamlin, por el hecho de que debería haber estado muerta y, sin embargo, había sobrevivido. Lloré por todo lo que había perdido, por cada herida que había recibido, por cada daño, físico o de cualquier otro tipo. Lloré por la parte más insignificante de mí misma, una vez tan llena de alegría y de color..., ahora hueca, oscura y vacía.

No conseguía detenerme. No conseguía respirar. No iba a ganar a Amarantha. Ese día ella había ganado, había ganado y no lo sabía.

Había ganado. Solamente haciendo trampas había podido sobrevivir. Tamlin nunca sería libre y yo moriría de la peor forma. No sabía leer..., era una tonta humana, una humana ignorante. Mis errores, mis fallos me habían vencido y este lugar sería mi tumba. Nunca volvería a pintar; nunca volvería a ver el sol.

Las paredes se cerraron a mi alrededor, el techo bajó hacia mí. Quería que me machacaran, quería que me ahogaran, quería morir. Todo convergía, todo me aplastaba, todo me robaba el aire. No conseguía permanecer dentro de mi propio cuerpo. Las paredes me estaban sacando de él. Me aferré a él, pero tratar de mantener la conexión me dolía demasiado. Lo único que había querido..., lo único que me había atrevido a querer era una vida tranquila, fácil. Nada más que eso. Nada extraordinario. Pero ahora... ahora...

Sentí la ola de oscuridad sin tener que levantar la vista y no retrocedí frente al paso suave que se me aproximó. No me molesté en esperar que fuera Tamlin.

—¿Sigues llorando?

Rhysand.

No me saqué las manos de la cara. El suelo se elevó hacia el techo que bajaba..., pronto no quedaría nada de mí. No había color, no había luz ahí dentro.

—Acabas de superar la segunda prueba. Las lágrimas son innecesarias. —Lloré más y él se rio. Las piedras reverberaron cuando se arrodilló frente a mí y, aunque peleé con fuerza, me cogió con firmeza y me separó las manos de la cara.

Las paredes no se movían y la celda no había encogido. No había colores, solo tonos de oscuridad, de noche. Únicamente esos ojos violeta salpicados de estrellas tenían brillo, color, luz. Me dedicó una sonrisa perezosa antes de inclinarse hacia delante.

Me aparté, pero sus manos eran como grilletes de metal. No pude hacer nada cuando su boca me tocó la mejilla y lamió una lágrima. Sentí la lengua caliente contra la piel, tan alarmante que no pude moverme mientras él lamía otro arroyo de agua salada, y después otro. Se me tensó todo el cuerpo y al mismo tiempo se me aflojó, y sentí que ardía, sentí escalofríos en las extremidades. Solamente cuando la lengua tocó los bordes húmedos de las pestañas retrocedí.

Soltó una risita cuando me alejé tropezando hacia un rincón de la celda. Me sequé la cara y lo miré con furia.

Él hizo una mueca, sentado contra una pared.

—Supuse que eso haría que dejaras de llorar.

—Asqueroso. —Me volví a secar la cara.

—¿En serio? —Levantó una ceja y señaló en su propia palma el lugar donde estaba el ojo en la mía—. Por debajo de ese orgullo y ese empecinamiento tuyos habría jurado que he detectado algo diferente. Interesante.

—Fuera.

—Como siempre, tu gratitud es impresionante.

—¿Quieres que te bese los pies por lo que has hecho en la prueba? ¿Quieres que te ofrezca otra semana de mi vida?

—No a menos que te sientas obligada —respondió él, los ojos refulgiendo como estrellas. Ya era bastante malo que mi vida estuviera en manos de ese fae..., pero tener un lazo por el cual él

era capaz de leerme con libertad los pensamientos y sentimientos y comunicarse...—. ¿Quién habría pensado que la muchacha humana, tan orgullosa, no sabía leer?

—No se te ocurra decírselo a nadie.

—¿Yo? Ni siquiera soñaría con decirle eso a alguien. ¿Por qué perder esa información en chismes mezquinos?

Si hubiera tenido fuerza, habría saltado sobre él y lo habría destrozado a golpes.

—Eres un hijo de puta.

—Voy a tener que preguntarle a Tamlin si fue este tipo de halago el que ganó su corazón. —Ronroneó mientras se ponía de pie; un ruido suave, profundo, que le salía desde el fondo de la garganta y que viajó a través de mis huesos. Los ojos de color violeta se encontraron con los míos y él sonrió lentamente. Le mostré los dientes y casi gruñí para rechazarlo.

—Voy a disculparte de tus deberes como escolta mañana —dijo, encogiéndose de hombros mientras caminaba hacia la puerta de la celda—. Pero la noche siguiente espero que estés mejor que nunca. —Me sonrió como diciendo que mi «mejor que nunca» no sería nada impresionante. Se detuvo junto a la puerta pero no se disolvió en la oscuridad—. Estuve pensando en formas de atormentarte cuando vengas a mi corte. Me pregunto algo: ¿exigirte que aprendas a leer te resultaría tan doloroso como parecía hoy?

Desapareció en las sombras antes de que pudiera lanzarme contra él.

Caminé arriba y abajo por la celda, mirando con furia el ojo en la palma de la mano. Escupí todos los insultos que recordaba, pero no hubo respuesta.

Me llevó mucho tiempo darme cuenta de que, lo supiera o no, Rhysand había impedido que me destrozaran por completo.



Capítulo 41

Lo que siguió a la segunda prueba fue una serie de días que no quiero recordar. Una oscuridad permanente se asentó sobre mí y empecé a desear el momento en que Rhysand me daría esa copa de vino de inmortales y podría perderme durante unas horas. Dejé de pensar en la adivinanza de Amarantha..., era imposible. Sobre todo para una humana analfabeta, ignorante.

Pensar en Tamlin hacía que las cosas empeoraran. Ya había pasado dos de las pruebas de Amarantha, pero sabía, lo sabía muy dentro de mi corazón, que la tercera sería la que me llevaría a la muerte. Después de lo que le había pasado a su hermana, de lo que había hecho Jurian, no me dejaría salir de ese lugar con vida. No era que yo no la entendiera. Pasaran los siglos que pasasen, dudaba que

pudiera olvidar o perdonar nada parecido a eso si lo hubieran sufrido Nesta o Elain. Pero eso no significaba que fuera a salir de este subterráneo con vida.

El futuro que había soñado era solamente eso: un sueño. De todos modos, envejecería y me secaría mientras él seguiría siendo joven durante siglos, tal vez milenios. En el mejor de los casos, pasaría algunas décadas con él y después moriría.

Décadas. Por eso era por lo que estaba peleando yo: un relámpago en el tiempo para ellos..., una gota en la laguna de los eones de los inmortales.

Así que bebí el vino con ansia; dejé de preocuparme por mi identidad y por lo que me había importado alguna vez. Dejé de pensar en el color, en la luz, en el verde de los ojos de Tamlin..., en todas esas cosas que había querido pintar y nunca pintaría.

No iba a salir viva de esa montaña.

Caminaba hacia la cámara en la que me vestían las dos sirvientas de sombra de Rhysand, mirando la nada y pensando en menos que nada, cuando oí un siseo y el batir de unas alas en el aire desde una curva más adelante. El attor. Las inmortales que iban conmigo se pusieron tensas pero levantaron un poquito el mentón.

Nunca me había acostumbrado al attor, pero había llegado a aceptar esa presencia maligna. Ver cómo se ponían tensas mis dos escoltas despertó en mí un miedo dormido y se me secó la boca cuando nos acercamos a la curva. Aunque estábamos veladas y cubiertas por la sombra, cada paso me acercaba más a ese demonio alado. Los pies se me volvieron de plomo.

Después se oyó el gruñido de una voz gutural, grave, en respuesta al siseo del attor. Ruido de garras sobre la piedra. Mis escoltas intercambiaron miradas, me empujaron a un nicho en la pared y un tapiz que un segundo antes no estaba ahí cayó sobre

nosotras; las sombras se profundizaron, se solidificaron. Tuve la sensación de que si alguien separaba el tapiz de la pared solamente vería piedra y oscuridad.

Una de ellas me tapó la boca con la mano y me sostuvo con fuerza contra ella; las sombras se deslizaron por encima de nuestros brazos. Olía a jazmín... Nunca había notado eso antes. Después de todas esas noches, seguía sin saber sus nombres.

El attor y su compañero aparecieron delante, en la curva, y siguieron hablando... en voz baja. Solo cuando conseguí entender sus palabras me di cuenta de que estábamos haciendo mucho más que escondernos.

—Sí —estaba diciendo el attor—, desde luego. Ella se va a sentir muy feliz cuando sepa que por fin están preparados.

—¿Los altos lores van a contribuir con sus fuerzas? —preguntó la voz gutural. Habría jurado que resoplaba como un cerdo.

Se acercaron y siguieron acercándose, pero no advirtieron nuestra presencia. Mis dos escoltas me apretaron más, tanto que de pronto me di cuenta de que estaban reteniendo el aliento. Sirvientas... y espías.

—Los altos lores van a hacer lo que se les ordene —afirmó el attor relamiéndose, y su cola se movió como un látigo en el suelo, no una sino varias veces.

—Oí decir a los soldados de Hybern que el alto rey no está contento con esta situación. Amarantha hizo una negociación muy tonta. La última vez, ella le costó la guerra por esa locura que tenía con Jurian; si ahora le vuelve la espalda de nuevo, el rey no va a estar tan dispuesto a perdonarla. Robarle sus hechizos y tomar un territorio para ella es una cosa. No ayudarlo en la causa que a él le interesa y por segunda vez es otra.

Hubo un siseo alto y me estremecí cuando el attor le mostró los dientes a su compañero.

—Milady no negocia cuando los acuerdos no son ventajosos para ella. Les deja tener esperanzas, pero en cuanto la esperanza se rompe, se convierten en sus cómplices, cómplices sometidos por

completo.

En ese momento seguramente pasaban frente al tapiz.

—Espero que así sea —replicó la voz gutural. ¿Qué clase de criatura era esa cosa para estar tan poco amedrentada frente al attor? La mano de sombras de mi escolta me apretó la boca y el monstruo pasó despacio frente a nosotras.

«No confíes en tus sentidos», repitió el eco de la voz de Alis en el interior de mi cabeza. El attor ya me había atrapado una vez cuando yo pensé que estaba a salvo.

—Y será mejor que domines esa lengua —advirtió el attor—. O Milady la va a dominar por ti..., y sus pellizcos no son amables.

La otra criatura resopló como un cerdo.

—Estoy aquí con la inmunidad del rey. Si tu lady cree que está por encima de él porque es la reina de esta tierra destrozada, se va a acordar muy pronto de alguien que puede arrebatarle todos sus poderes..., sin hechizos ni pociones.

El attor no contestó..., y una parte de mí deseó que contestara, que ladrara una respuesta. Pero no, se quedó en silencio y el miedo me golpeó el estómago como una piedra que alguien tira a un pozo.

Tuviera el rey de Hybern los planes que tuviese, esos planes por los que había estado trabajando largos años, por lo que yo acababa de oír ya no pensaba esperar más en su campaña para volver a tomar el mundo mortal. Tal vez Amarantha recibiría pronto lo que tanto deseaba: la destrucción de mi reino.

Se me enfrió la sangre. Nesta... Ah, confiaba en que Nesta se llevase a mi familia, en que los protegiera.

Las voces se desvanecieron y pasó un largo minuto hasta que las dos sirvientas se relajaron. El tapiz desapareció y volvimos a seguir nuestro camino por el pasillo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, mirándolas mientras las sombras se aclaraban a nuestro alrededor... aunque nunca del todo —. ¿Quién era ese? —quise saber.

—Problemas —contestaron las dos al mismo tiempo.

—¿Rhysand lo sabe?

—Lo sabrá pronto —afirmó una de ellas. Volvimos a caminar en silencio hacia la habitación donde me vestían.

De todos modos, no había nada que pudiera hacer con respecto al rey de Hybern..., no mientras estuviera atrapada en Bajo la Montaña, no cuando ni siquiera había podido liberar a Tamlin y mucho menos a mí misma. Y con Nesta preparada para huir y llevarse a mi familia, no había nadie más a quien enviar una advertencia. Así que los días siguieron pasando y mi tercera prueba se fue acercando más y más.

En ese tiempo, creo que me hundí tanto en mí misma que fue imposible que pudiera volver a salir a la superficie. Estaba mirando el baile leve de la luz a lo largo de las piedras húmedas del techo de mi celda —como la luz de la luna sobre el agua— cuando un ruido viajó hasta mí, pasó a través de las piedras, ondeó sobre el suelo.

Estaba tan acostumbrada a las extrañas flautas y tambores de los inmortales que cuando oí esa melodía cantarina pensé que era otra alucinación. A veces, si miraba al techo el tiempo suficiente, se convertía en una vasta extensión de cielo nocturno y me sentía una cosa pequeña, poco importante, que se dejaba arrastrar por el viento.

Miré el pequeño agujero de ventilación en el rincón del techo; de ahí provenía la música. Su origen tenía que estar muy lejos porque era solamente un movimiento leve de notas, pero cuando cerré los ojos la oí con mayor claridad. La vi..., sí, la vi. Como si fuera una pintura grandiosa, un mural viviente.

Había belleza en esa música..., belleza y bondad. La música se plegó sobre sí misma como una pasta que cae desde un bol, una nota sobre la otra, fundiéndose para formar un todo, elevándose, llenándome por dentro. No era música salvaje pero había una violencia apasionada en ella, una alegría y una pena que se

alternaban y crecían. Me llevé las rodillas al pecho porque necesitaba sentir la fortaleza de mi propia piel a pesar de la mugre de la pintura que quedaba sobre ella.

La música construyó un sendero, un pasaje sostenido por arcos de color. La seguí, caminé y salí de la celda, atravesé capas de tierra, subí y subí hacia campos llenos de flores, y más aún, por encima de las copas de los árboles, hacia el cielo abierto. El pulso de la música era como el latido de unas manos que me empujaban con dulzura hacia adelante, guiándome a través de las nubes. Nunca había visto nubes como esas..., en los lados discerní caras llenas de pena y caras hermosas. Se desvanecieron antes de que pudiera verlas con demasiada claridad, y entonces miré a la distancia, hacia el lugar desde el que me llamaba la música.

Era una puesta o una salida del sol. Sus rayos llenaban las nubes con colores magenta y púrpura, y se fundieron con mi sendero y formaron una banda de metal brillante oro y naranja.

Quería desvanecerme en ella, quería que la luz del sol me quemara, me penetrara, quería llenarme de una alegría tan inmensa que terminaría por convertirme en un rayo de sol. Esa no era música para bailar..., era música para adorar, música para llenar las grietas del alma, para llevarme a un lugar en el que no había dolor.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que la tibieza húmeda de una lágrima me cayó en el brazo. E incluso entonces me aferré a la música, me agarré a ella como a un borde de piedra que impedía que me cayera. No me había dado cuenta de lo mucho que deseaba no caer en esa oscuridad profunda, de lo mucho que necesitaba quedarme ahí, entre las nubes, el color y la luz.

Dejé que los sonidos me conquistaran, que me recorrieran el cuerpo con sus tambores y me llenaran de paz, de tranquilidad. Arriba, arriba, subiendo hacia un palacio en el cielo, un pasillo de alabastro y piedra de luna donde todo lo que era hermoso, dulce y fantástico vivía en paz. Lloré..., lloré por estar tan cerca de ese palacio, lloré por la necesidad que sentía de estar ahí. Todo lo que yo quería estaba ahí..., aquel al que yo amaba estaba ahí.

La música era de los dedos de Tamlin, que me tamborileaban sobre el cuerpo; era el oro de sus ojos verdes, la curva de su sonrisa. Era su risita susurrante y la forma en que decía esas dos palabras. Sí, esa era la razón por la que yo luchaba, eso era lo que yo había jurado salvar.

La música se elevó, más fuerte, más grandiosa, más rápida, fuera cual fuese el lugar en el que la estuvieran tocando, una onda suave que se convirtió en una nota aguda y quebró la penumbra de la celda. Un sollozo tembloroso se rompió dentro de mí cuando ese sonido desapareció. Me quedé ahí sentada, temblando y llorando, la piel expuesta, desnudada por la música y el color que me habían abierto la mente.

Cuando las lágrimas se detuvieron (aunque el eco de la música seguía ahí), me acosté sobre el jergón de paja y escuché mi propia respiración.

La música se filtró a través de mis recuerdos, los unió unos con otros, los convirtió en una manta ceñida a mi alrededor, una manta que me entibió los huesos. Miré el ojo en el centro de la palma de mi mano, pero lo único que hizo el ojo fue devolverme la mirada..., sin moverse en absoluto.

Dos días más hasta la prueba final. Solamente dos días y entonces sabría lo que tenían planeado para mí los remolinos del Caldero.



Capítulo 42

Era una fiesta como cualquier otra..., aunque seguramente sería la última para mí. Los inmortales bebían y bailaban, y se paseaban, se reían y cantaban canciones etéreas y obscenas. No capté ningún atisbo de anticipación sobre lo que podría ocurrir conmigo al día siguiente, las posibilidades que tendría de alterar algo para ellos, en su mundo. Tal vez sabían que iba a morir.

Me quedé a un costado, cerca de una pared, olvidada por la multitud, esperando a que Rhysand me llamara y me ordenara beber el vino y me pusiera a bailar e hiciera lo que él quisiera, fuera lo que fuese. Llevaba puesta mi ropa de siempre, tatuada del cuello para abajo con esa pintura azul negra. Esa noche, mi vestido de tela de

araña era de un tono rosado parecido a la puesta de sol, demasiado brillante y femenino contra los remolinos de pintura que me cubrían la piel. Demasiado alegre para lo que me esperaba al día siguiente.

Rhysand se estaba tomando más tiempo que otras veces para llamarme, aunque probablemente eso era por la inmortal de cuerpo sutil que tenía sentada en las rodillas y que le acariciaba el pelo con dedos largos y verdosos. Muy pronto se cansaría de ella. No me molesté en mirar a Amarantha. Era mejor fingir que no estaba ahí. Lucien nunca me hablaba en público, y Tamlin... En los últimos días se me había hecho difícil mirarlo.

Lo que quería era que todo terminase, solo eso. Quería que el vino me llevara a través de esa última noche y me arrastrase hasta mi destino. Estaba tan concentrada en anticipar la orden de Rhysand que no noté que alguien estaba junto a mí hasta que el calor de su cuerpo se hizo notar en el mío.

Me puse rígida cuando olí el perfume a lluvia y a tierra y no me atreví a darme la vuelta hacia Tamlin. Nos quedamos uno al lado del otro, mirando a la multitud, tan quietos como estatuas.

Sus dedos rozaron los míos, y me atravesó una línea de fuego, quemándome con tanta fuerza que se me llenaron los ojos de lágrimas. Deseé... deseé que no me tocara la mano marcada, que sus dedos no tuvieran que acariciar los contornos del maldito tatuaje.

Pero vivía en ese momento, y durante los pocos segundos en que nuestras manos se tocaron, mi vida se convirtió en algo hermoso de nuevo.

Mantuve la cara en una máscara fría. Él dejó caer la mano y, con tanta rapidez como había llegado, desapareció, abriéndose camino a través de la multitud. Solo entonces me miró por encima del hombro e inclinó la cabeza tan levemente que lo comprendí.

El corazón me latía con mayor velocidad que durante las pruebas y me obligué a parecer lo más aburrida posible antes de dejar de apoyarme en la pared para enderezarme y caminar tras él como por casualidad. Tomé una ruta diferente pero siempre hacia la

pequeña puerta medio escondida detrás de un tapiz donde él me estaba esperando. Solo tenía unos minutos antes de que Rhysand empezara a buscarme, pero un momento a solas con Tamlin sería suficiente.

Me acerqué más y más a la puerta; casi no me atreví a respirar cuando pasé junto a la tarima de Amarantha, junto a un grupo de inmortales muertos de risa... Tamlin desapareció por la puerta más rápido que el relámpago y yo caminé más despacio hasta marchar a un ritmo muy lento. En esos días nadie me prestaba mucha atención hasta que me convertía en el juguete drogado de Rhysand. Casi con demasiada rapidez, la puerta estuvo frente a mí y se abrió sin ruido para dejarme entrar.

La oscuridad me rodeó. Vi solo un rayo de color verde y oro antes de que el calor del cuerpo de Tamlin me cayera encima y nuestros labios se encontrasen.

No conseguía besarlo con suficiente fuerza, no conseguía estrecharlo con suficiente pasión, no podía tocarlo lo suficiente. Las palabras no eran necesarias.

Le abrí la camisa, necesitaba sentir la piel debajo de la ropa por última vez. Tuve que ahogar el gemido que surgió en mí cuando me tomó los pechos con las manos. No quería que fuera dulce conmigo..., lo que yo sentía por él no era así. Lo que sentía era salvaje y duro y ardiente, y así fue él conmigo ahora.

Arrancó los labios de los míos y me mordió el cuello, me mordió como lo había hecho en la Noche de los Fuegos. Tuve que apretar los dientes para no gemir. Tal vez esa era la última vez que lo tocaba, la última vez que podríamos estar juntos. No quería malgastarla.

Se me enredaron los dedos con la hebilla del cinturón y entonces su boca volvió a encontrar la mía. Nuestras lenguas bailaron..., no un vals ni un minué, sino una danza guerrera, una danza de muerte al ritmo de tambores de hueso y flautas aullantes.

Yo lo deseaba..., lo deseaba allí, en ese momento.

Le puse una pierna alrededor del cuerpo, necesitaba acercarme, y él apretó más los dientes contra los míos, me aplastó contra la pared congelada. Desabroché la hebilla, liberé el cuero, que se movió como un látigo, y Tamlin me gruñó su deseo en el oído..., una especie de ruido bajo que giraba a su alrededor y que me hizo ver en rojo y en blanco y en relámpagos encendidos. Los dos sabíamos lo que pasaría al día siguiente.

Tiré el cinturón al suelo y empecé a desabrocharle los pantalones. Alguien tosió.

—Vergonzoso —ronroneó Rhysand, y los dos nos dimos la vuelta en redondo y lo encontramos ahí, iluminado por la luz que entraba por el umbral. Pero él estaba más bien detrás de nosotros, en el pasillo, no en la puerta. No había llegado allí desde el salón del trono. Con esa habilidad suya, seguramente había atravesado las paredes—. Vergonzoso, sí... —Siguió caminando hacia nosotros. Tamlin se quedó donde estaba, abrazándome—. Mira lo que le has hecho a mi mascota.

Los dos jadeábamos, ninguno dijo nada. Pero el aire se convirtió en un beso congelado sobre mi piel..., sobre mis senos expuestos.

—Amarantha se sentiría muy pero muy ofendida si supiera que su guerrero está jugando con una sirvienta humana —siguió diciendo Rhysand mientras cruzaba los brazos—. Me pregunto cómo te castigaría. O tal vez haría lo que hace siempre y castigaría a Lucien. Después de todo, él todavía tiene un ojo que perder. Quizá se lo pondría en un anillo...

Muy despacio, Tamlin levantó las manos que había apoyado en mi cuerpo y dio un paso atrás para separarse de mi abrazo.

—Me alegra ver que eres razonable —dijo Rhysand, y Tamlin se puso rígido—. Ahora, sé un alto lord inteligente y arréglate el cinturón y la ropa antes de salir.

Tamlin me miró, y para mi horror hizo lo que le pedía Rhysand. Mi alto lord nunca dejó de mirarme mientras se acomodaba la túnica y el pelo y después volvía a abrocharse el cinturón. La pintura en las

manos y la ropa, esa pintura que había salido de mi cuerpo, desapareció.

—Disfruta de la fiesta —susurró Rhysand, señalando la puerta.

Los ojos verdes de Tamlin temblaron mientras me seguía mirando.

—Te amo —dijo con suavidad, y se fue sin siquiera mirar a Rhysand.

Por un instante quedé cegada por el brillo que entró en la habitación cuando abrió la puerta y se deslizó hacia fuera. No se volvió para mirarme, la puerta se cerró con un clic y la oscuridad nos rodeó de nuevo.

Rhysand soltó una risita.

—Si necesitas tanto aliviarte, deberías habérmelo dicho a mí.

—Cerdo —le escupí, y me cubrí los senos con los pliegues del vestido. Con unos pocos pasos, cruzó la distancia entre nosotros y me puso los brazos contra la pared. Me crujieron los huesos. Habría jurado que los espolones de sombras se hundían en las piedras junto a mi cabeza.

—¿Realmente piensas someterte a mi voluntad o eres tan estúpida como pareces? —Su voz irradiaba una ira sensual capaz de quebrar huesos.

—No soy tu esclava.

—Eres una estúpida, Feyre. ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado si Amarantha os hubiera encontrado a los dos aquí? Tamlin podrá negarse a ser su amante, pero ella lo tiene todo el tiempo a su lado porque conserva la esperanza de quebrar su resistencia..., de dominarlo, como le gusta hacer con los de nuestra especie. —Me quedé callada—. Sois dos estúpidos —murmuró él, con la respiración agitada—. ¿Pensaste que nadie iba a notar que no estabais en la fiesta? Deberías agradecerle al Caldero que los deliciosos hermanos de Lucien no te estuvieran mirando.

—¿Qué te importa a ti? —ladré, y me apretó con tanta fuerza las muñecas que creí que se me iban a romper los huesos.

—¿Que qué me importa? —jadeó él, y la rabia retorció sus rasgos. Se le desplegaron en la espalda las alas..., esas alas de gloria, membranosas, fabricadas por las sombras que había detrás de él—. ¿Me estás preguntando a mí qué me importa?

Pero antes de que pudiera seguir hablando, volvió la cabeza hacia la puerta y después otra vez hacia mí. Las alas desaparecieron con tanta rapidez como habían aparecido y de inmediato sus labios se apretaron contra los míos. Su lengua me abrió la boca, se metió dentro de mí a la fuerza, en el espacio en que yo todavía sentía el sabor de Tamlin. Lo empujé y me defendí, pero él se mantuvo firme; la lengua me tocó el paladar, los dientes, me reclamó la boca entera, me reclamó...

La puerta se abrió de par en par y la figura sinuosa de Amarantha llenó todo el espacio. Tamlin... Tamlin estaba con ella, los ojos muy abiertos y los hombros tensos cuando vio que los labios de Rhys seguían apretados contra los míos.

Amarantha se rio y una máscara de piedra cayó de golpe sobre la cara de Tamlin, bruscamente vacía de sentimiento, vacía de cualquier cosa parecida, aunque solo hubiera sido por unos instantes, al Tamlin que se había entregado a mí poco antes.

Rhys me soltó con gesto despreocupado y pasó la lengua sobre mi labio inferior justo cuando aparecía una multitud de altos fae detrás de Amarantha. Todos se rieron con ella. Rhysand les sonrió también, una sonrisa perezosa, autoindulgente; después hizo una reverencia. Pero algo ardía en los ojos de la reina cuando miró a Rhysand. La puta de Amarantha, lo llamaban.

—Yo sabía que era cuestión de tiempo —dijo ella, y puso una mano sobre el brazo de Tamlin. Levantó la otra para que el ojo de Jurian viera lo que pasaba mientras decía—: Vosotros los humanos sois todos iguales, ¿verdad?

Mantuve la boca cerrada aunque sentía que me moría de vergüenza, aunque me hubiera gustado explicarme. Tamlin tenía que entenderlo.

Sin embargo, no tuve el privilegio de saber si Tamlin lo entendía, porque Amarantha chasqueó la lengua y dio media vuelta llevándose a todos los que estaban allí con ella.

—Típica basura humana. Esos corazones inconstantes, aburridos —dijo como hablándose a sí misma. Una gata satisfecha.

Rhys me cogió del brazo y me arrastró detrás de ellos hacia la sala del trono. Solo bajo la luz de la estancia vi las manchas y los borrones de la pintura..., borrones en los senos y el vientre, y la pintura que había aparecido de forma misteriosa en las manos de Rhysand.

—Estoy cansado de ti por esta noche —dijo este empujándome levemente hacia la salida principal—. Vete a tu celda. —Detrás de él, Amarantha y su corte sonrieron, todavía con mayor satisfacción cuando vieron la pintura emborronada. Busqué a Tamlin, pero él se encaminaba a su lugar de siempre en la tarima. En ese momento me daba la espalda. Como si no pudiera soportar mirarme.

No sé qué hora era, pero un buen rato más tarde oí pasos cerca de mi celda. Me senté de un salto y Rhys salió de una sombra.

Aunque me había lavado la boca tres veces con el agua del balde de la celda, todavía sentía el calor de sus labios contra los míos, el deslizamiento suave de su lengua dentro de mi boca.

La túnica de Rhysand estaba abierta, y se pasó una mano por el pelo oscuro antes de apoyarse sin palabras contra la pared frente a mí y resbalar lentamente hasta quedar sentado en el suelo.

—¿Qué quieres? —quise saber.

—Un momento de paz y quietud —murmuró él frotándose las sienes.

—¿Para descansar de qué? —pregunté después de un buen rato.

Él se masajeó la piel pálida del rostro y lanzó un suspiro.

—De este lío —respondió.

Me incorporé un poco sobre el montón de paja. Nunca lo había visto tan sincero.

—Esa perra de mierda está haciéndome sudar la gota gorda —afirmó; se apartó las manos de la cara y apoyó la cabeza contra la pared—. Tú me odias. Imagínate cómo te sentirías si yo te utilizara en mi dormitorio. Soy alto lord de la Corte Noche..., no su puta.

Así que era cierto lo que se decía. Me imaginaba con facilidad lo mucho que lo odiaría..., lo que significaría ser esclava de alguien así.

—¿Por qué me cuentas esto?

La pedantería y la grosería habituales en él habían desaparecido.

—Porque estoy cansado y estoy solo, y tú eres la única persona con la que puedo hablar sin ponerme en peligro. —Soltó una risa baja—. Qué absurdo: un alto lord de Prythian y una...

—Si vas a insultarme, vete.

—Pero es que soy tan bueno para eso... —Me dedicó una de sus sonrisas. Yo lo miré con furia, pero él suspiró—. Un movimiento en falso mañana, Feyre, y estaremos todos condenados.

La idea hizo sonar un acorde tan terrible en mi interior que de pronto me pareció que no podía respirar.

—Y si fallas —siguió él, más para sí mismo que para mí—, entonces Amarantha va a ser reina para siempre.

—Si le arrebató una vez el poder a Tamlin, ¿por qué no puede hacerlo de nuevo? —Era la pregunta que nunca me había atrevido a pronunciar en voz alta.

—Ahora él no se va a dejar engañar con tanta facilidad —dijo, y miró al techo—. La mayor arma de Amarantha es que mantiene contenidos nuestros poderes. Pero no puede acceder a ellos, no del todo..., aunque sí nos controla con ellos. Por eso nunca conseguí destrozarle la mente..., por eso todavía no está muerta. Apenas rompas la maldición de Amarantha, la rabia de Tamlin va a ser tan grande que no habrá fuerza en el mundo que le impida destrozarla, desparramarla por las paredes.

Sentí un escalofrío.

—¿Por qué crees que hago todo esto? —Me señaló con una mano.

—Porque eres un monstruo.

Se rio.

—Cierto. Pero soy un monstruo pragmático. Hacer que Tamlin se vuelva loco de furia es la mejor arma que tenemos contra ella. Verte en una negociación de tontos con Amarantha fue una cosa, pero cuando Tamlin descubrió mi tatuaje en tu brazo... Ah, deberías haber nacido con mis habilidades aunque no fuera más que para sentir la rabia que se filtraba desde su mente...

No quería pensar demasiado en esas habilidades.

—¿Y quién puede decir si Tamlin no va a aplastarte también a ti?

—Tal vez lo intente..., pero tengo la sensación de que primero va a matar a Amarantha. A eso se reduce todo, de todos modos, ya que ella es la responsable del hecho de que tú hayas terminado sometida a mí. Así que Tamlin va a matarla mañana, y yo voy a ser libre antes de que él pueda empezar una pelea conmigo, una pelea que podría reducir a escombros nuestra montaña, que antes fue sagrada. —Se miró las uñas—. Y tengo otras cartas que jugar.

Levanté las cejas en una pregunta sin palabras.

—Por el amor del Caldero, Feyre, yo te drogo, pero ¿nunca te has preguntado por qué nunca te toco más que la cintura o los brazos?

Hasta esa noche..., hasta ese beso maldito. Apreté los dientes, pero incluso poseída por esa rabia se me aclaró el panorama.

—Es la única prueba que tengo de mi inocencia —dijo él—. Lo único que va a hacer que Tamlin se lo piense dos veces antes de meterse en una batalla conmigo, una batalla que causaría la pérdida de un número enorme de vidas inocentes. Es la única forma en que puedo convencerlo de que estaba de tu lado. Créeme, nada me hubiera gustado más que disfrutar de ti..., pero hay cosas más valiosas en juego, mucho más importantes que llevarme a la cama a una humana.

Sabía la respuesta, pero de todos modos pregunté:

—¿Qué, por ejemplo?

—Mi territorio —respondió él, y se le llenaron los ojos de una mirada lejana que yo nunca le había visto—. Por ejemplo, lo que queda de mi pueblo, esclavizado por una reina tirana capaz de acabar con sus vidas con una sola palabra. Supongo que Tamlin te dijo cosas parecidas. —No, Tamlin no lo había hecho, no del todo. La maldición se lo había impedido.

—¿Por qué Amarantha te ha hecho esto? —me atreví a preguntar—. ¿Por qué te convirtió en su puta?

—¿Además de las razones obvias? —Hizo un gesto señalando su cara perfecta. Como yo no sonreí, soltó el aire en un suspiro—. Mi padre mató al padre de Tamlin... y a sus hermanos.

Me enderecé bruscamente. Tamlin nunca me había dicho..., nunca me había contado que la Corte Noche fuera la responsable de eso.

—Es una larga historia y no me siento con ganas de recordarla, pero digamos tan solo que cuando ella nos robó nuestras tierras decidió que quería castigar sobre todo al hijo del asesino de su amigo..., decidió que me odiaba lo suficiente por los hechos de mi padre como para hacerme sufrir.

Hubiera tendido una mano hacia él, tal vez le habría ofrecido mis disculpas, pero se me habían secado todos los pensamientos. Lo que le había hecho Amarantha...

—Así que —dijo él agotado—, aquí estamos, con el destino de todo nuestro mundo inmortal en las manos de una humana analfabeta. —Su risa fue desagradable, y él bajó la cabeza, se apretó la frente con una mano y cerró los ojos—. Qué desastre.

Una parte de mí buscó palabras para herirlo en su vulnerabilidad, pero la otra parte recordó lo que él acababa de decir, lo que había hecho, la forma en que su cabeza se había desviado mirando hacia la puerta antes de besarme.

Sabía que Amarantha estaba a punto de llegar. Tal vez lo había hecho para darle celos, pero tal vez...

Si no lo hubieran visto besándome, si no nos hubiera interrumpido, yo habría vuelto a esa sala del trono con la pintura manoseada. Y todo el mundo, sobre todo Amarantha, se habría dado cuenta. No habría costado mucho descubrir con quién había estado, sobre todo cuando vieran la pintura sobre el cuerpo de Tamlin. No quería ni pensar en el castigo que podría habernos caído.

Más allá de sus motivos y de sus métodos, Rhysand me estaba manteniendo con vida. Y lo había hecho mucho antes de que yo llegara a Bajo la Montaña.

—Ya te he explicado demasiado —declaró mientras se ponía de pie—. Tal vez debería haberte drogado primero. Si fueras inteligente, encontrarías una forma de usar todo eso contra mí. Y si tuvieras mi estómago para la crueldad, irías a donde está Amarantha y le contarías la verdad sobre su puta. Tal vez ella te entregaría a Tamlin a cambio de esa información. —Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones negros, pero mientras se disolvía en las sombras, algo en la curva de sus hombros me obligó a hablar.

—Cuando me curaste el brazo... no tenías por qué negociar conmigo. Podrías haberme exigido todas las semanas del año. —Yo tenía el ceño fruncido cuando se dio la vuelta para mirarme, consumido a medias por la oscuridad—. Todas las semanas y yo habría dicho que sí. —No era una pregunta en realidad, pero necesitaba la respuesta.

Una media sonrisa apareció en sus labios sensuales.

—Lo sé —dijo, y desapareció.



Capítulo 43

Para la última prueba me entregaron mi vieja túnica y mis pantalones..., manchados, rotos y malolientes, pero a pesar del olor mantuve el mentón en alto cuando me escoltaron hacia la sala del trono.

Las puertas estaban abiertas de par en par y el silencio que reinaba en la estancia me abrumó. Esperaba las burlas y los gritos, el brillo del oro que los apostadores intercambiaban, pero esta vez los inmortales solo me miraron; los que estaban enmascarados lo hicieron con una intensidad especial.

El mundo descansaba sobre mis hombros. Rhys lo había dicho. Pero no me pareció que lo que se veía en esos rasgos fuera únicamente preocupación. Tuve que tragar saliva con fuerza cuando

varios se llevaron los dedos a los labios y después me extendieron las manos, un gesto para los caídos, un adiós a los muertos que se honran. No había nada malicioso en su gesto. La mayoría de esos inmortales pertenecían a las cortes de los altos lores, habían pertenecido a esas cortes mucho antes de que Amarantha tomara esas tierras y con ellas sus vidas. Y si Tamlin y Rhysand jugaban para mantenernos con vida...

Avancé por el sendero que me dejaron libre, directa hacia Amarantha. La reina sonrió cuando me detuve frente a su trono. Tamlin estaba en su lugar de siempre, a un lado, pero no quise mirarlo, todavía no.

—Ya has superado dos pruebas —comenzó Amarantha mientras se sacaba una mota de polvo del guante de color rojo sangre. Le brillaba el cabello, una oscuridad brillante que amenazaba con tragarse la corona dorada—. Queda solo una. Me pregunto si no será peor fracasar ahora..., cuando estás tan cerca. —Me hizo un puchero burlón y las dos esperamos la risa de los inmortales.

Pero solamente sisearon algunos de los guardias de piel roja. Todos los demás permanecieron en silencio. Hasta los miserables hermanos de Lucien. Incluso Rhysand, si es que estaba entre la multitud.

Parpadeé para aclararme los ojos, que me ardían. Tal vez, como en el caso de Rhysand, los juramentos de alianza y las apuestas contra mi vida y la grosería no habían sido más que un espectáculo para ellos. Y tal vez ahora, que el final era inminente, también querían afrontar mi posible muerte con la dignidad que les quedase.

Amarantha les dirigió una mirada furibunda, pero cuando sus ojos se posaron de nuevo en mí, sonrió con una sonrisa amplia, dulce.

—¿Alguna palabra que quieras decir antes de tu muerte?

A mí se me ocurrió una plétora de insultos, pero miré a Tamlin en lugar de dar rienda suelta a mis deseos. Él no reaccionó..., tenía los rasgos como de piedra. Deseé verle la cara aunque fuera solo un

momento. Aunque lo único que necesitaba ver en realidad era ese par de ojos verdes.

—Te amo —dije—. No importa lo que ella diga al respecto, no importa que sea solo con este insignificante corazón humano. Aunque me quemen el cuerpo, voy a seguir amándote. —Me temblaban los labios y se me nublaron los ojos, y después unas lágrimas tibias se deslizaron por mi cara congelada. No me las limpié.

Él no reaccionó..., ni siquiera apretó con fuerza las manos alrededor de los brazos del trono. Yo supuse que era su manera de aceptarlo aunque eso me hiciera sentir que se me rompía el corazón. Aunque su silencio me matara.

Amarantha dijo con insidiosa dulzura:

—Vas a tener mucha suerte, querida, si queda algo de ti para quemar.

Le dediqué una mirada larga y dura. Pero no hubo burlas, sonrisas ni aplausos entre la multitud. Solamente silencio.

Ese fue un regalo que me dio coraje, que me hizo apretar los puños, que me hizo aceptar el tatuaje en el brazo. Hasta entonces yo era la vencedora, de forma justa o no, y no me sentiría sola cuando muriera. No moriría sola. Era lo único que podía pedir.

Amarantha apoyó el mentón en una mano.

—No pudiste resolver mi adivinanza, ¿verdad? —No le contesté y ella sonrió—. Lástima. La respuesta es tan hermosa...

—Terminemos —gruñí. Amarantha miró a Tamlin.

—¿No tienes unas últimas palabras para ella? —preguntó levantando una ceja. Cuando él no contestó, la reina sonrió—. Muy bien, entonces. —Dio un par de palmadas.

Una puerta se abrió de par en par y los guardias arrastraron hasta nosotros a tres figuras, dos machos y una hembra; los tres tenían la cabeza cubierta con bolsas. Las caras ocultas se movían a un lado y a otro mientras trataban de discernir los susurros que recorrían el salón del trono. Se me doblaron un poco las rodillas cuando los vi acercarse.

Con empujones brutales y dolorosos aguijonazos, los guardias de piel roja obligaron a los tres inmortales a ponerse de rodillas ante la tarima, pero no frente a Amarantha, sino frente a mí. Los cuerpos y las ropas no revelaban nada sobre sus identidades.

La reina volvió a dar unas palmadas y aparecieron tres sirvientes de negro que se colocaron al lado de cada uno de los inmortales arrodillados. En las manos largas, pálidas, llevaban una almohada oscura de terciopelo. Y sobre cada almohada había una sola daga de madera pulida. La hoja no era de metal, sino de madera de fresno. Fresno porque...

—Tu última prueba, Feyre —dijo Amarantha con lentitud mientras hacía un gesto hacia los inmortales arrodillados—. Clavarle la daga en el corazón a cada uno de estos infortunados.

La miré y abrí la boca con horror.

—Son inocentes..., aunque eso no debería importarte —siguió diciendo ella—, porque no te importó el día que mataste al pobre centinela de Tamlin. Y tampoco le importó al querido Jurian cuando asesinó a mi hermana. Pero si es un problema para ti..., bueno, siempre puedes negarte. Claro que a cambio de eso tendré que arrebatarte la vida, pero un trato es un trato, ¿verdad? Según mi opinión, dado tu historial de asesina de nuestra especie, te estoy haciendo un regalo.

Negarse y morir. Matar a tres inocentes y vivir. Tres inocentes a cambio de mi futuro. Por mi felicidad. Por Tamlin y su corte y la libertad de una tierra entera.

La madera de las dagas, afilada como una navaja, estaba pulida con tanta precisión que brillaba bajo los candeleros de cristal de colores.

—¿Y bien? —dijo ella. Levantó la mano para que el ojo de Jurian nos echara una buena mirada a mí y a las dagas de fresno, y ronroneó—: No querría que te lo perdieras, viejo amigo.

No. No podía. No podía hacerlo. No era como cazar; no era para sobrevivir ni para defenderme. Era asesinato a sangre fría..., el asesinato de aquellos tres infortunados y el de mi propia alma. Pero

por Prythian, por Tamlin, por todos los de ahí dentro, por Alis y sus chicos..., deseé saber el nombre de alguno de nuestros dioses olvidados para pedirle que intercediera, deseé conocer una plegaria cualquiera que me ayudara a pedir consejo, a pedir absolución.

Pero no sabía ninguna plegaria ni los nombres de nuestros dioses olvidados, solamente los de aquellos que quedarían esclavizados si yo no hacía lo que me pedían. Recité esos nombres en silencio mientras me tragaba el horror de lo que significaban los que estaban arrodillados frente a mí. Por Prythian, por Tamlin, por este mundo y por el mío... Estas muertes no serían en vano, aunque a mí me harían maldita para siempre.

Me acerqué a la primera figura arrodillada..., el paso más brutal y más largo que hubiera dado nunca. Tres vidas a cambio de la liberación de Prythian..., tres vidas que yo no tomaría en vano. Sí, era capaz de hacerlo. Era capaz aunque Tamlin me estuviera mirando. Era capaz de ese sacrificio..., de sacrificarlos...

Me temblaban los dedos cuando la primera daga me saltó a la mano, la empuñadura fresca y suave; la madera de la hoja era más pesada de lo que había esperado. Había tres dagas porque Amarantha quería que yo sintiera la agonía de levantar el cuchillo una y otra y otra vez. Quería apurar mi sufrimiento hasta el final.

—No tan rápido —dijo Amarantha riendo, y los guardias que sostenían a la primera figura le sacaron la capucha de la cabeza.

Era un hermoso joven, un alto fae. No lo conocía, nunca lo había visto antes, pero sus ojos azules me rogaban que no lo hiciera.

—Así está mejor —continuó la reina agitando la mano de nuevo —. Procede, Feyre, querida. Disfrútalo.

El inmortal tenía los ojos del color de un cielo que no volvería a ver si me negaba a matarlo, un color que nunca podría sacarme de la mente, que no olvidaría jamás aunque lo pintara cientos y cientos de veces. Negó con la cabeza con desesperación y sus ojos se hicieron tan grandes que vi el blanco alrededor de sus pupilas. Él tampoco volvería a ver el cielo. Y tampoco los demás, si yo fallaba.

—Por favor —susurró. Aquellos ojos azules pasaban la mirada del fresno de la daga a mi cara—. Por favor.

La daga tembló entre mis dedos y la agarré con más fuerza. Tres inmortales... eran lo único que había entre la libertad y yo, lo único que faltaba para que Tamlin quedase libre de Amarantha. Y si él era capaz de destruirla...

«No va a ser en vano —me dije—. No va a ser en vano.»

—No —volvió a rogar el joven cuando levanté la daga—. ¡No! —Respiré hondo, los labios me temblaron y perdí el ánimo. Decir «lo lamento» no era suficiente. No había tenido la posibilidad de decírselo a Andras..., y ahora... ahora...

»¡Por favor! —suplicó, y los ojos se le llenaron de plata.

Alguien en la multitud empezó a llorar. Iba a separar a ese joven de alguien que seguramente lo amaba tanto como yo a Tamlin.

No debía pensar en eso, no debía pensar en quién era él, no debía pensar en el color de sus ojos, en nada de eso. Amarantha sonreía con una alegría salvaje, triunfante. Matar a un inmortal, enamorarse de un inmortal, después tener que matar a otro para mantener vivo ese amor. La idea era brillante y cruel, y ella lo sabía.

La oscuridad ondeó cerca del trono y Rhysand apareció allí, con los brazos cruzados..., como si hubiera cambiado de lugar para ver de más cerca. Su cara era una máscara de desinterés, pero a mí me tembló la mano. «Hazlo», me gritó el temblor.

—No —gimió de nuevo el joven inmortal. Empecé a menear la cabeza. No soportaba oírlo. Tenía que hacerlo ahora, antes de que él me convenciera de otra cosa—. ¡Por favor! —La voz se convirtió en un grito.

El sonido me desgarró tanto por dentro que me lancé hacia adelante y, con un sollozo desesperado, le hundí la daga en el corazón.

Él aulló, se soltó de las manos de los guardias cuando la daga cortó la carne y el hueso limpiamente, como si fuera de metal y no de fresno; la sangre, caliente y espesa, me llovió sobre la mano.

Sollocé, saqué la daga de nuevo y el roce de los huesos contra la hoja me dolió en la mano.

Los ojos del inmortal, llenos de muerte y odio, se quedaron fijos en mí hasta que él se derrumbó, maldiciéndome, y la persona que antes había gemido en la multitud dejó escapar un aullido profundo.

La daga llena de sangre rebotó sobre el suelo de mármol cuando retrocedí trastabillando varios pasos.

—Muy bien —dijo Amarantha.

Quería salir de mi cuerpo; necesitaba escapar del horror de lo que había hecho; tenía que huir de... No toleraba la sangre que me cubría las manos, esa tibieza pegajosa entre los dedos.

—Ahora el próximo. Ah, no te derrumbes, Feyre. ¿No te estás divirtiendo?

Me enfrenté a la segunda figura, que seguía encapuchada. Una hembra, esta vez. La inmortal de negro me tendió el almohadón con la daga sin usar y los guardias que sostenían a la que iba a morir le arrancaron la capucha.

Tenía una cara agradable y el pelo entre marrón y dorado, como el mío. Le corrían las lágrimas por las pálidas mejillas y los ojos de bronce siguieron a mi mano ensangrentada cuando tomé la segunda daga. La limpieza de la hoja de madera parecía burlarse de la sangre que tenía entre los dedos.

Quería ponerme de rodillas y pedirle perdón, decirle que su muerte no sería en vano. Quería..., pero ahora había una grieta tan grande abierta en mí que apenas si sentía las manos, el corazón hecho pedazos. Lo que había hecho...

—El Caldero me salve —empezó a susurrar ella con voz hermosa y firme..., como música—. Madre, sostenme —siguió, recitando una plegaria semejante a la que ya había oído en una ocasión cuando Tamlin ayudó a morir a aquel inmortal inferior en la mansión. Otra víctima de Amarantha—. Guíame hacia Ti. —No podía levantar la daga, no conseguía dar el paso que anularía la distancia que había entre las dos—. Ayúdame a pasar entre las puertas; déjame oler esa tierra inmortal de leche y miel.

Lágrimas silenciosas corrieron por mis mejillas y el cuello y mojaron el borde sucio de mi túnica. Mientras ella hablaba, sabía que a mí me prohibirían para siempre la entrada a esa tierra inmortal. Fuera quien fuese la Madre a la que ella rezaba, nunca me abrazaría. Para salvar a Tamlin debía condenarme a mí misma.

No podía hacerlo. No podía volver a levantar la daga.

—Sálvame de todo mal —jadeó, mirándome fijamente, hasta lo más profundo del alma que se me partía en pedazos—. No sentiré dolor.

Un sollozo se escapó de mis labios.

—Lo lamento —gemí.

—Recíbeme en la eternidad —suspiró la joven.

Lloré porque entendía. «Mátame ahora —estaba diciendo ella—. Hazlo rápido. Que no me duela. Mátame ahora.» Los ojos de color bronce permanecían firmes y tristes. Y eso era infinitamente peor que el ruego del inmortal que había dejado muerto a un lado.

No podía hacerlo.

Pero ella me sostuvo la mirada... y asintió.

Cuando levanté la daga de fresno algo se fracturó tan completamente dentro de mí que supe que no había esperanza de arreglarlo, ni entonces ni nunca. Pasaran los años que pasasen, fueran cuantos fuesen los intentos que hiciera de pintar esa cara...

Muchos otros inmortales lloraban a nuestro alrededor: su familia, sus amigos. La daga me pesaba en la mano, recubierta aún de la sangre del primer inmortal. Sería más honorable negarse..., morir en lugar de asesinar inocentes. Pero... pero...

—Recíbeme en la eternidad —repitió ella levantando el mentón —. Sálvame de todo mal —susurró, para mí tan solo—. No sentiré dolor.

Tomé con la mano ese hombro delicado, huesudo, y le hundí la daga en el corazón. Ella jadeó y la sangre salpicó el suelo como lluvia. Cuando volví a mirarle la cara, sus ojos ya se habían cerrado. Se desplomó en el suelo y dejó de moverse.

Hui a algún lugar lejos, lejos de mí misma.

Los inmortales se movían..., muchos susurraban y lloraban. Dejé caer la daga y el ruido del fresno contra el mármol rugió en mis oídos. Si solamente quedaba una persona entre la libertad y yo, ¿por qué seguía sonriendo Amarantha? Dirigí una mirada a Rhysand, pero su atención estaba fija en la reina.

Un inmortal... y después seríamos libres. Un movimiento más del brazo.

Y tal vez uno más después..., tal vez uno más, arriba y adentro y hacia mi propio corazón.

Sería un alivio..., un alivio terminar por mi propia mano, un alivio morir en lugar de enfrentarme con lo que había hecho.

El sirviente inmortal me ofreció la última daga, e iba a cogerla cuando el guardia sacó la capucha del macho que estaba arrodillado a mi lado.

Las manos me cayeron, flojas, a los costados del cuerpo. Unos ojos de color verde y ámbar me miraron.

Todo cayó sobre mí, capa tras capa, todo se hundió, se destrozó y se derrumbó.

Era Tamlin.

Volví la cabeza hacia el trono levantado junto al de Amarantha, ocupado todavía por mi alto lord, y ella se rio mientras chasqueaba los dedos. El Tamlin que estaba junto a ella se transformó en el attor, que me miraba con una sonrisa malvada.

Engañada..., engañada por mis propios sentidos otra vez. Lentamente, mientras el alma me temblaba por dentro, me volví hacia Tamlin. Solo había culpa y pena en sus ojos; di un paso atrás y me alejé trastabillando. Casi me caí cuando se me aflojaron las rodillas.

—¿Algo va mal? —preguntó Amarantha mientras inclinaba la cabeza hacia un lado.

—No... no es justo —conseguí decir.

La cara de Rhysand se había puesto pálida..., muy muy pálida.

—¿Justo? —musitó Amarantha, jugando con el hueso de Jurian —. No sabía que vosotros, los humanos, conocierais ese concepto. Tú matas a Tamlin y lo liberas. —La sonrisa de su cara era la cosa más horrible que hubiera visto en mi vida—. Y después lo puedes tener para ti sola.

Perdí el control de mi boca y me castañetearon los dientes.

—A menos —siguió Amarantha— que creas que sería más apropiado sacrificar tu propia vida. ¿Qué sentido tiene? ¿Sobrevivir solamente para perderlo? —Sus palabras eran como veneno—. Imagínate todos esos años que pensaste que pasarías con él..., juntos, y ahora estarías sola. Trágico, sí. Aunque hace apenas unos meses odiabas a nuestra especie lo suficiente como para asesinarnos..., así que supongo que podrás seguir adelante. —Tocó con un dedo el ojo del anillo—. La amante humana de Jurian lo hizo.

Todavía de rodillas, los ojos de Tamlin brillaban desafiantes.

—Así que —continuó Amarantha, pero yo no la miraba—. ¿Qué vas a decidir, Feyre?

Matarlo y salvar a su corte y mi propia vida, o matarme y dejar que todos vivieran como esclavos de Amarantha, dejar que ella y el rey de Hybern desataran la última guerra contra el reino humano. No había nada que negociar..., ninguna parte de mí que vender para evitar esta decisión.

Miré la daga de fresno sobre el almohadón. Alis tenía razón: ningún humano que entraba en ese lugar volvía a salir. Yo no era la excepción. Si era inteligente, me hundiría la daga en el corazón antes de que pudieran atraparme. Por lo menos moriría con rapidez..., no soportaría la tortura que me esperaba, posiblemente un destino como el de Jurian. Alis tenía razón. Pero... Alis... Alis había dicho algo más..., algo para ayudarme. Una parte final de la maldición, una parte que no podían revelarme, una parte que me ayudaría... Lo único que había podido decirme era que escuchara. Lo dijo como si yo ya supiera todo lo que me hacía falta saber.

Poco a poco volví a mirar a Tamlin. Los recuerdos se precipitaron sobre mí, uno tras otro, borrones de color y palabras. Tamlin era alto lord de la Corte Primavera... ¿En qué me ayudaba eso? El Gran Rito que se llevó a cabo... No.

Me había mentido sobre todo..., sobre por qué me habían llevado a la mansión, sobre lo que estaba pasando en sus tierras. La maldición... No le era posible decirme la verdad, pero no fingió que las cosas estaban bien, eso no. No... Me había mentido y lo había explicado todo lo mejor que le estaba permitido, y me lo dejaba dolorosamente claro cada vez que podía: algo iba mal, muy mal.

El attor en el jardín..., escondiéndose de mí como yo me escondía de él. Pero Tamlin me dijo que me quedara en la casa y después llevó al attor directo hacia mí, hizo que yo escuchara la conversación.

Eligió dejar las puertas del comedor abiertas cuando hablaba con Lucien acerca de la maldición, aunque yo no me había dado cuenta en ese momento. Quería que yo lo oyera.

Porque quería que supiera, quería que escuchara..., porque ese conocimiento... Rememoré cada conversación, les di vueltas a las palabras como si fueran piedras. No había entendido una parte de la maldición, una parte que no podían decirme de forma explícita, pero Tamlin necesitaba que yo lo supiera... «Milady no negocia cuando los acuerdos no son ventajosos para ella.»

Ella nunca mataría lo que más deseaba..., no si deseaba a Tamlin tanto como yo. Pero si yo lo mataba... O ella sabía que yo no lo haría o estaba jugando un juego muy muy peligroso.

Una conversación tras otra, una tras otra en mi memoria, hasta que oí las palabras de Lucien y todo se detuvo. Y ahí fue cuando lo supe. No podía respirar, no respiré mientras volvía a rememorar el recuerdo, mientras repasaba la conversación que había oído. Lucien y Tamlin en el comedor, la puerta abierta para que todos oyeran..., para que yo pudiera oírlo: «Para alguien con un corazón de piedra, el tuyo parece estar muy blando estos días».

Miré a Tamlin, clavé los ojos sobre su pecho un instante mientras me volvía otro recuerdo: el attor en el jardín, riéndose. «Aunque tengáis un corazón de piedra, Tamlin —decía—, hay miedo en él.»

Amarantha nunca se arriesgaría a que yo lo matara... porque sabía que no podría hacerlo aunque quisiera.

Ninguna hoja podía atravesar ese corazón. No si alguien lo había convertido en piedra.

Miré a Tamlin a la cara buscando un indicio, cualquier señal de la verdad. Únicamente encontré esa rebeldía valiente en la mirada.

Tal vez me equivocaba..., tal vez era solo una forma de hablar de los inmortales. Pero las ocasiones en que había abrazado a Tamlin... nunca había sentido el latido de su corazón. Había estado ciega hasta que ahora todo había vuelto a mí, a golpearme la cara, pero esta vez no lo haría.

Así era como ella lo controlaba, cómo controlaba su magia. Cómo controlaba a todos los altos lores, dominándolos y reteniéndolos con una correa, de la misma manera que tenía el alma de Jurian atada a ese ojo y ese hueso.

«No confíes en nadie», me había dicho Alis. Pero yo confiaba en Tamlin..., y más que eso, confiaba en mí misma. Confiaba en que había oído correctamente..., confiaba en que Tamlin había sido más inteligente que Amarantha, confiaba en que lo que yo había sacrificado no sería en vano.

Toda la estancia estaba en silencio, pero tenía puesta mi atención en Tamlin, en él tan solo. La revelación debió de hacerse evidente en mi cara porque su respiración se volvió un poco más rápida y levantó el mentón.

Di un paso hacia él, después otro. Era así. Tenía que ser así. Respiré hondo mientras cogía la daga del almohadón. Tal vez me equivocaba..., tal vez me equivocaba de forma trágica, dolorosa. Pero había una leve sonrisa en los labios de Tamlin cuando me puse frente a él, la daga de fresno en la mano.

El destino existía..., porque el destino se había asegurado de que yo estuviera ahí escuchando cuando ellos hablaban en privado, porque el destino le había susurrado a Tamlin que la chica fría, empecinada, que él había arrastrado a su mansión sería la que rompería el hechizo, porque el destino me había mantenido con vida solo para llegar a ese punto, solo para ver si yo había estado escuchando.

Y ahí estaba él..., mi alto lord, mi amado, arrodillado frente a mí.

—Te amo —dije, y le clavé la daga.



Capítulo 44

Tamlin gritó cuando la daga le cortó la piel y le rompió el hueso. Durante un momento terrible, cuando su sangre me cubrió la mano, pensé que la daga de fresno lo había traspasado.

Pero entonces noté un golpe leve y una reverberación ardiente en la mano en el instante en que la daga tocó algo duro. Tamlin se tambaleó hacia delante, pálido, y arranqué la daga de su pecho. La sangre se escurrió de la madera pulida, y en ese momento levanté la hoja.

La punta se había ondulado, se había doblado sobre sí misma. Tamlin se aferró el pecho mientras jadeaba. La herida ya se estaba curando. Rhysand, a los pies de la tarima, sonreía abiertamente. Amarantha se había puesto de pie con esfuerzo.

Los inmortales murmuraban. Dejé caer la daga y la oí rebotar varias veces sobre el mármol rojo.

«¡Mátala ahora!», quería gritarle a Tamlin, pero él no se movía, con la mano sobre la herida frenando la sangre que salía a borbotones. Demasiado despacio..., se estaba curando demasiado despacio. La máscara no se caía de su rostro. «Mátala ahora.»

—La humana ha ganado —dijo alguien entre la multitud.

—Libéralos —fue el eco de otro.

Pero la cara de Amarantha palideció, los rasgos se le retorcieron hasta que realmente pareció una serpiente.

—Los voy a liberar cuando lo crea conveniente. Feyre no especificó cuándo tenía que liberarlos..., solo que tenía que hacerlo... en algún momento. Tal vez lo haga cuando estés muerta —rugió con una sonrisa feroz—. Creíste que cuando dije «libertad instantánea» en cuanto a la adivinanza se aplicaba también a las pruebas, ¿no es cierto? Humana estúpida. Humana imbécil.

Retrocedí cuando bajó de la tarima. Sus dedos se curvaron en garras..., el ojo de Jurian se volvió loco dentro del anillo, la pupila se dilató y se encogió.

—Y tú —me siseó—, tú. —Los dientes le brillaron y se volvieron puntiagudos—. A ti te voy a matar.

Alguien gritó, pero no podía moverme, ni siquiera traté de apartarme cuando algo me golpeó, algo mucho más violento que un relámpago, y caí al suelo pesadamente.

—Voy a hacerte pagar por tu insolencia —siseó Amarantha, y proferí un grito que me dejó la garganta en carne viva cuando un dolor como ninguno que hubiera sentido nunca me atravesó el cuerpo.

Se me quebraban los huesos y mi cuerpo se alzó en el aire y volvió a caer golpeando el suelo; otra oleada de agonía tortuosa.

—Admite que no lo amas y te dejaré ir —jadeó Amarantha, y a través de los ojos anegados de dolor la vi inclinarse hacia mí—. Admite la basura humana cobarde, mentirosa e inconstante que eres.

No quería hacerlo. No iba a decir eso aunque su poder me convirtiera en un charco de sangre en el suelo.

Pero algo me estaba destrozando desde dentro hacia fuera y pataleé, incapaz siquiera de gritar para aliviar el dolor.

—¡Feyre! —rugió alguien. No, no alguien..., Rhysand. Pero Amarantha seguía acercándose.

—¿Crees que eres digna de él? ¿De un alto lord? ¿Crees que eres digna de algo, humana? —Se me dobló la columna y se me rompieron las costillas, una por una.

Rhysand aulló mi nombre de nuevo..., aulló como si yo le importara. Me desmayé, pero ella me hizo recobrar la conciencia para asegurarse de que lo sintiera todo, para asegurarse de que chillara cada vez que me rompiera un hueso.

—¿Qué eres tú? ¿Qué, más que barro y huesos y carne de gusanos?—siguió Amarantha furiosa—. ¿Qué eres comparada con nuestra especie para creer que eres digna de nosotros?

Los inmortales empezaron a gritar, gritaban que eso era hacer trampa, que tenía que liberar a Tamlin de la maldición. La llamaban mentirosa, tramposa. En medio de la niebla que me cegaba, vi a Rhysand agachado junto a Tamlin. No para ayudarlo..., sino para coger la...

—Y vosotros, vosotros sois todos cerdos..., cerdos sucios y traidores.

Yo sollozaba y gritaba cada vez que su pie me pateaba las costillas rotas. Otra vez. Y otra.

—Tu corazón mortal no es nada, nada para nosotros.

Rhysand estaba de pie, el cuchillo ensangrentado entre las manos. Se lanzó hacia Amarantha, rápido como una sombra, con la daga de fresno dirigida directamente a su garganta.

Ella levantó una mano, ni siquiera se molestó en mirar, y él retrocedió, empujado por una pared de luz blanca.

Pero el dolor se detuvo durante un segundo, lo suficiente para que lo viera ponerse de pie apenas tocó el suelo y volverse contra ella con los espolones al descubierto. Se estrelló contra la pared

invisible que había levantado Amarantha alrededor de sí misma, y mi dolor disminuyó cuando se volvió hacia él.

—Traidor, basura —le espetó a Rhysand—. Eres tan malo como esas bestias humanas. —Uno por uno, como si los empujase una mano poderosa, los espolones volvieron a meterse bajo la piel y dejaron un rastro de sangre en el camino. Él la maldijo en voz alta, una maldición feroz—. Lo estuviste planeando todo el tiempo...

La magia de Amarantha lo lanzó contra el suelo de nuevo y volvió a golpearlo, con tanta fuerza que su hermosa cabeza se estrelló contra el mármol y el cuchillo se le cayó de los dedos flácidos. Nadie hizo ni un solo movimiento para ayudarlo y ella volvió a golpearlo con su enorme fuerza. El mármol rojo se resquebrajó y las grietas llegaron hasta mí. Esgrimiendo oleada tras oleada de poder, ella siguió su castigo. Rhys gruñó.

—Basta —dejé escapar con la boca llena de sangre mientras trataba de alcanzar los pies de ella con las manos—. Por favor, basta.

Los brazos de Rhys se doblaron cuando intentó levantarse y la sangre le brotó de la nariz, manchando el mármol. Los ojos de color violeta se clavaron en los míos.

El lazo entre los dos se tensó. Pasé de mi cuerpo al suyo y me vi a través de los ojos de él, sangrando y sollozando, rota.

Volví de repente a mi propia mente cuando Amarantha volvió a mirarme.

—¿Basta? ¿Basta? No finjas que él te importa, humana —susurró con voz cantarina, y dobló un dedo. Yo arqueé la columna, sentí que iban a rompérseme las vértebras, y Rhysand aulló mi nombre cuando perdí la conciencia.

Después empezaron los recuerdos..., una colección de los peores momentos de mi vida, una historia completa de desesperación y oscuridad. Llegó la última página y lloré, sin sentir del todo la agonía de mi cuerpo mientras veía a ese joven conejo que sangraba en el claro del bosque, mi cuchillo en su garganta. Mi primera presa, el primer animal que había cazado en mi vida.

Estaba hambrienta, desesperada. Y sin embargo, después, cuando mi familia terminó de devorar el conejo, volví al bosque y lloré durante horas, sabiendo que acababa de cruzar una línea, que ahora mi alma estaba manchada.

—¡Dime que no lo amas! —gritó Amarantha, y la sangre de mis manos se convirtió en la sangre de ese conejo, se convirtió en la sangre de lo que había perdido.

Pero no quise decirlo. Porque amar a Tamlin era lo único que me quedaba, lo único que no podía sacrificar. Un sendero en rojo y negro se abrió a mi visión. Descubrí los ojos de Tamlin, muy abiertos cuando se arrastró hacia Amarantha, mirándome morir, incapaz de salvarme mientras la herida se le curaba lentamente, mientras ella seguía en posesión de su vida y su poder.

Amarantha nunca me hubiera dejado ir con vida, y no iba a dejarlo a él tampoco.

—Basta, Amarantha —le rogó Tamlin sin levantarse, a sus pies, mientras se sujetaba la herida abierta en el pecho—. Basta. Lo lamento..., lamento lo que dije de Cynthia hace ya tantos años. Por favor.

Amarantha lo ignoró, pero yo no podía dejar de mirar. Los ojos de Tamlin eran tan verdes..., verdes como las colinas de su tierra. Un tono de verde que se llevaba los recuerdos que me recorrían, que empujaba y alejaba de mí esa fuerza malvada que me quebraba los huesos, uno por uno, que me partía en dos. Aullé de nuevo cuando se me tensaron las rótulas de las rodillas como si fueran a romperse, pero vi el bosque encantado, vi la tarde en que habíamos estado ahí, tumbados en la hierba, vi la mañana en que habíamos disfrutado de la salida del sol, cuando, durante un momento, un instante apenas, había conocido la verdadera felicidad.

—Di que no lo amas —escupió Amarantha, y mi cuerpo se retorció más y más—. Admite la inconstancia de tu corazón.

—Por favor, Amarantha —gimió Tamlin, y su sangre salpicó el suelo—. Prometo que voy a hacer todo lo que quieras que haga...

—Luego me ocuparé de ti —le ladró ella, y me envió otra vez a un feroz pozo de dolor.

Yo no iba a decirlo, nunca dejaría que ella lo oyera de mis labios. No, aunque me matara. Y si ese había de ser mi final, que lo fuera. Si mi debilidad iba a suponer mi muerte, la aceptaría con todo mi corazón. Si eso era...

Porque aunque mis golpes, todos, dan siempre en el blanco,
cuando mato, lo hago muy muy despacio...

Así habían sido esos últimos tres meses..., una muerte lenta, horrible. Lo que yo sentía por Tamlin era la causa de todo. No había cura...; ni el dolor, ni la ausencia, ni la felicidad.

... pero si me desprecian, me convierto en una bestia
difícil de vencer.

Podía torturarme todo lo que quisiera, pero jamás destruiría lo que yo sentía por él. Nunca haría que Tamlin la deseara a ella..., nunca aliviaría el dolor que le causaba el rechazo del alto lord de Primavera.

El mundo se oscureció a los costados de mi mente y se llevó con eso el filo del dolor.

Pero bendigo a todos los que tienen el coraje de intentarlo.

Durante tanto tiempo había corrido para alejarme de él... Pero abrirme a Tamlin, a mis hermanas..., eso había sido una prueba de coraje tan difícil de superar como mis tres pruebas letales.

—Dilo, bestia asquerosa —siseó Amarantha. Tal vez había mentido al negociar conmigo, pero había jurado otra cosa con la adivinanza...: libertad instantánea, más allá de su voluntad como reina.

La sangre me llenó la boca, estaba tibia cuando se derramó entre los labios. Miré la cara enmascarada de Tamlin una vez más.

—Amor —jadeé mientras el mundo se derrumbaba en una negrura sin fin. Una pausa en la magia de Amarantha—. La respuesta... a la adivinanza... —conseguí decir, ahogándome en mi propia sangre— es... amor.

Los ojos de Tamlin se abrieron cada vez más, y después algo se me quebró para siempre en la columna.



Capítulo 45

Estaba lejos pero seguía viendo..., veía a través de unos ojos que no eran míos, los ojos de una persona que se levantó despacio desde el suelo agrietado, ensangrentado.

La cara de Amarantha pareció aflojarse con brusquedad. Ahí estaba mi cuerpo, postrado, la cabeza a un costado en un ángulo horrendo y absolutamente imposible. Un reflejo de pelo rojo en la multitud. Lucien.

Las lágrimas brillaban en el ojo que le quedaba cuando levantó las manos y se sacó la máscara.

La cara marcada de forma brutal seguía siendo hermosa, los rasgos angulosos y elegantes. Pero la persona que yo habitaba continuaba mirando a Tamlin, que poco a poco se acercó a mi

cuerpo exánime.

Su cara, todavía enmascarada, se retorció, transformándose en algo verdaderamente lobuno cuando levantó los ojos hacia la reina y le mostró los dientes. Se le alargaron los colmillos.

Amarantha retrocedió..., un paso y otro y otro, cada vez más lejos de mi cuerpo. Solo susurró:

—Por favor. —Después estalló la luz dorada.

La reina salió despedida por el aire, arrojada contra la pared más lejana, y Tamlin soltó un rugido que sacudió la montaña mientras se lanzaba contra ella. No conseguí ver el momento en que se transformó en su forma de bestia...: pelo, garras y músculos poderosos.

No había acabado de estrellarse contra la pared cuando él la cogió del cuello, y el suelo crujió cuando la aplastó bajo una pata llena de garras.

Amarantha pataleó y se sacudió, pero no pudo hacer nada contra el ataque brutal de la bestia en que se había convertido Tamlin. La sangre corrió por el brazo peludo del alto lord en el lugar en que ella le hundió las garras.

El attor y los guardias se precipitaron hacia la reina, pero muchos otros inmortales y altos fae, ya sin máscaras, saltaron hacia ellos y los aniquilaron. Amarantha gritó, pateó a Tamlin, le arrojó su magia negra, pero ahora una capa de oro le cubría el pelo de lobo como una segunda piel. Ella no consiguió tocarlo.

—¡Tam! —gritó Lucien, y su voz se oyó por encima del caos. Una espada cruzó el aire, una estrella fugaz de acero.

Tamlin la atrapó con una garra enorme. El alarido de Amarantha se interrumpió bruscamente cuando él le clavó la espada en la cabeza, la atravesó y se hundió en la pared de piedra que había detrás.

Y entonces le cerró las garras sobre el cuello y se lo desgarró. El silencio inundó la estancia.

Solo cuando volví a mirar mi cuerpo roto me di cuenta de quién eran los ojos que yo había estado habitando. Pero Rhysand no se acercó a mi cadáver; se oyeron pasos sobre el suelo, después un relámpago de luz, y unos sonidos llenaron el aire. La bestia ya no estaba.

La sangre de Amarantha ya no estaba en su cara ni en su túnica cuando Tamlin se dejó caer de rodillas frente a mí.

Estudió mi cuerpo flácido, roto, me acunó contra el pecho. No se había sacado la máscara, pero vi las lágrimas que caían sobre mi túnica mugrienta, y oí los sollozos que hacían estremecer su cuerpo mientras me acunaba, me acariciaba el pelo.

—No —jadeó alguien. Era Lucien, con la espada colgando de la mano. Muchos altos fae y también muchos inmortales miraban con los ojos húmedos la ternura con que Tamlin me sostenía entre sus brazos.

Yo quería ir hacia él. Quería tocarlo, rogarle que me perdonara por lo que había hecho, por los otros cuerpos en el suelo, pero estaba demasiado lejos.

Alguien apareció junto a Lucien: un hombre alto, agraciado, de pelo castaño, con una cara parecida a la suya. Lucien no miró a su padre, aunque se tensó cuando el alto lord de la Corte Otoño se acercó a Tamlin y le tendió la mano cerrada.

Tamlin solo levantó la vista en cuanto el alto lord abrió los dedos y le tocó la mano. Una chispa brillante cayó sobre mí, la chispa emitió una luz y desapareció cuando me tocó el pecho.

Se acercaron dos figuras más..., ambos jóvenes y hermosos. A través de ojos que no eran míos, los reconocí instantáneamente. El de piel marrón llevaba puesta una túnica azul y verde y sobre la cabeza, entre blanca y rubia, una guirnalda de flores...: el alto lord de la Corte Verano. Su compañero, de piel clara, vestido de blanco y gris, llevaba una corona de hielo brillante. El alto lord de la Corte Invierno.

Con el mentón levantado, los hombros hacia atrás, los dos dejaron caer las gotas brillantes sobre mí, y Tamlin inclinó la cabeza en un gesto de gratitud.

Después se acercó otro alto lord y depositó una nueva gota de luz. Brillaba por encima de todas las demás, y por el vestido dorado y rojo supe que era el alto lord de la Corte Amanecer. Después fue el alto lord de la Corte Día, envuelto en blanco y oro, la piel oscura resplandeciente con su propia luz interior. Él también me ofreció su regalo y sonrió con tristeza a Tamlin antes de alejarse.

Después llegó Rhysand, que llevaba lo que quedaba de mi alma consigo, y descubrí que Tamlin me miraba..., nos miraba.

—Por lo que ella entregó —dijo Rhysand, y extendió el brazo—, le damos lo que nuestros predecesores otorgaron solamente a unos pocos. —Hizo una pausa—. Ahora estamos en paz —agregó, y yo sentí una pizca de su humor cuando abrió la mano y soltó la semilla de la luz sobre mí.

Con ternura, Tamlin me apartó de la cara el pelo enmarañado. Su mano brillaba como el sol naciente, y en el centro de la palma se formó ese brote extraño, intenso.

—Te amo —susurró, y me besó mientras me ponía la mano sobre el corazón.



Capítulo 46

Todo estaba oscuro y tibio... y espeso. Como tinta, pero bordeado de oro. Yo nadaba, pataleaba para llegar a la superficie donde me esperaba Tamlin, donde me esperaba, sí, la vida. Arriba, arriba, desesperada por respirar aire. La luz dorada se hizo más fuerte y la oscuridad se transformó en vino burbujeante, más fácil de atravesar. Las burbujas danzaron a mi alrededor y...

Jadeé, el aire me entró por la garganta.

Estaba en el suelo duro. No había dolor..., ni sangre, ni huesos rotos. Parpadeé. Encima de mí colgaba un candelero...; nunca había notado lo intrincados que eran los cristales, cómo rebotaba en ellos el eco, la respiración contenida de la multitud. Una multitud... Yo

seguía en la habitación del trono y no..., no estaba muerta. Había... había matado a los... Había... La habitación daba vueltas a mi alrededor.

Dejé escapar un gruñido y me apoyé en el suelo con las manos, preparándome para ponerme de pie, pero... cuando me vi la piel me quedé fría. Brillaba con una luz extraña y los dedos parecían más, sí, más largos, quietos sobre el mármol. Me puse de pie. Me sentía... me sentía fuerte y rápida y bien. Y... Y me había convertido en una alta fae.

Me puse rígida cuando sentí a Tamlin detrás de mí, olí ese perfume a lluvia y a colina de primavera, más denso que nunca antes. No podía darme la vuelta para mirarlo..., no podía moverme. Una alta fae... una inmortal. ¿Qué me habían hecho?

Oí cómo Tamlin retenía el aliento... y lo oí soltarlo. Oí la respiración, los susurros, las lágrimas y la celebración tranquila de todos en ese salón, de todos los que todavía seguían mirándonos..., seguían mirándome a mí. Algunos salmodiaban el poder glorioso de los altos lores.

—Era la única forma de salvarte —dijo Tamlin con suavidad. Pero entonces miré a la pared y me llevé la mano a la garganta. Me olvidé de la multitud por completo.

Allí, bajo el cuerpo descompuesto de Clare, estaba Amarantha, la boca abierta y la espada clavada en la frente. Ya no tenía garganta... y la sangre le empapaba la parte delantera de la túnica.

Amarantha había muerto. Ellos eran libres. Yo era libre. Tamlin era... Amarantha había muerto. Y yo había matado a esos dos altos fae, yo había...

Meneé la cabeza despacio.

—¿Estás...? —La voz sonaba demasiado fuerte en mis oídos cuando retrocedí frente a esa pared negra que amenazaba con tragarme. Amarantha había muerto.

—Míralo tú misma —respondió él. Mantuve los ojos en el suelo mientras me daba la vuelta. Ahí, sobre el mármol rojo, había una máscara dorada que me miraba con los ojos vacíos—. Feyre —dijo

Tamlin, y me tomó el mentón entre los dedos para levantarme la cara con suavidad. Vi el mentón que ya conocía, después la boca, y después...

Él era exactamente como yo había soñado que fuera.

Me sonrió, la cara entera iluminada con esa alegría tranquila que yo había llegado a amar tanto, y me apartó un mechón de pelo de la cara. Saboreé la sensación de sus dedos sobre mi piel y levanté los míos para tocarle el rostro, para seguir los contornos de esos pómulos altos y esa nariz recta, amada..., la frente limpia, ancha, las cejas ligeramente arqueadas que enmarcaban sus ojos verdes.

Lo que había hecho para llegar a ese momento, para estar de pie ahí... Traté de apartar de mí ese pensamiento. En un minuto, en una hora, en un día, pensaría en eso, me obligaría a afrontarlo.

Puse una mano sobre el corazón de Tamlin y un latido firme encontró eco en mis huesos.

Me senté al borde de una cama, y aunque había creído que ser inmortal significaba un umbral más alto de dolor y una curación más rápida, hice muchas muecas cuando Tamlin inspeccionó las pocas heridas que me quedaban y después las curó. Casi no habíamos tenido un momento a solas en las horas que habían seguido a la muerte de Amarantha..., en las horas que siguieron a lo que yo les había hecho a esos dos inmortales.

Pero ahora, en esa habitación tranquila..., no podía apartar la mirada de la verdad que sonaba en mi cabeza con cada respiración.

Yo los había matado. Los había asesinado. Ni siquiera había visto cuándo se llevaron los cuerpos.

Porque había un enorme caos en la sala del trono cuando me estaba despertando. El attor y los inmortales más malvados habían desaparecido al instante junto con los hermanos de Lucien, lo cual había sido inteligente porque él no era el único inmortal con cuentas que saldar. Tampoco había señales de Rhysand. Algunos inmortales

habían huido, otros habían estallado en gritos de celebración y otros se habían quedado de pie, quietos o caminaban de un lado a otro, la mirada perdida, las caras pálidas. Como si ellos tampoco sintieran que todo eso fuera real.

Uno por uno, reunidos a su alrededor, con llantos y risas de alegría, los altos fae y los inmortales de la Corte Primavera se habían arrodillado frente a Tamlin y lo habían abrazado, dándole las gracias..., dándome las gracias. Me mantuve lejos y asentí, solamente eso, porque no tenía palabras que ofrecerles a cambio de esa gratitud, la gratitud hacia los inmortales a los que yo había masacrado para salvarlos a ellos.

Después hubo reuniones en la frenética sala del trono..., reuniones rápidas, tensas, con los altos lores aliados con Tamlin, reuniones para decidir los pasos que se debían seguir; más tarde con Lucien y algunos altos fae de la Corte Primavera que se presentaron como los guardias de Tamlin. Para mí todas las voces, todas las respiraciones, eran demasiado ruidosas; todos los olores demasiado fuertes; la luz demasiado brillante. Quedarme quieta mientras pasaba todo eso era mejor que moverme, mejor que adaptarme a ese cuerpo extraño, fuerte, que ahora era mío. Ni siquiera podía tocarme el pelo sin que me sorprendiera la leve diferencia que sentía en los dedos.

Así fue y así siguió siendo hasta que cada uno de los sentidos aumentados me dolió hasta que fui consciente de él, y por fin, Tamlin notó mis ojos apagados, mi silencio, y me tomó del brazo. Me escoltó a través del laberinto de túneles y pasillos hasta que encontramos un dormitorio tranquilo en un ala distante de la corte.

—Feyre —dijo Tamlin, y levantó la vista, que había estado fija en la inspección de mi pierna desnuda. Estaba tan acostumbrada a la máscara que esa cara hermosa me sorprendía cada vez que la contemplaba.

Por eso..., por eso había asesinado yo a aquellos inmortales. Esas muertes no habían sido en vano, y sin embargo... su sangre ya no me cubría cuando desperté..., como si convertirme en inmortal,

como si sobrevivir, me hubiera hecho digna de que alguien me lavara aquella culpa.

—¿Qué? —pregunté. Tenía la voz tranquila. Vacía. Sabía que hubiera debido tratar de sonar..., sí, más alegre por él, por lo que acababa de pasar, pero...

Él me ofreció su media sonrisa. Si hubiera sido humano habría tenido alrededor de treinta años. Pero no era humano..., y yo tampoco lo era ya. Y no estaba segura de si eso era bueno o no.

Y esa era la menor de mis preocupaciones. Sabía que debería estar pidiendo perdón, rogando por el perdón de las familias y los amigos de esos inmortales, debería estar de rodillas, llorando de vergüenza por lo que había hecho...

—Feyre —dijo él de nuevo; me bajó la pierna y se quedó de pie entre mis rodillas. Me acarició la mejilla con el dorso de un dedo—. ¿Cómo podría recompensarte por lo que has hecho?

—No hace falta —le aseguré. Que las cosas quedasen así, que esa celda oscura, húmeda, se desvaneciera, que la cara de Amarantha desapareciera para siempre de mis recuerdos. Pero esos dos inmortales muertos..., esas dos caras nunca se me borrarían de la mente. Si alguna vez volvía a pintar, nunca dejaría de ver esos rostros, esos rostros solamente, nunca otro color, otra luz.

Tamlin me sostuvo la cara entre las manos, se inclinó hasta quedar muy cerca de mí y después me soltó y me cogió el brazo izquierdo, el brazo tatuado. Las cejas se le levantaron mientras estudiaba las marcas.

—Feyre...

—No quiero hablar de eso —murmuré. El trato que yo tenía con Rhysand... Otra preocupación menor comparada con la mancha en mi alma, el pozo dentro de ella. Pero volvería a ver a Rhys muy pronto, no lo dudaba.

Los dedos de Tamlin siguieron las marcas del tatuaje.

—Vamos a encontrar una manera de salir de esto —murmuró, y su mano viajó por mi brazo y se detuvo en el hombro. Abrió la boca y yo supe lo que iba a decir..., el asunto que trataría de afrontar.

Pero yo no podía hablar de eso, no podía hablar de ellos..., todavía no. Así que susurré:

—Más tarde. —Y le rodeé las piernas con los pies y lo acerqué a mí. Le apoyé las manos sobre el pecho, sentí el latido del corazón bajo ellas. Eso..., eso era lo que necesitaba en ese momento. No hubiera querido borrar lo que había hecho... pero necesitaba que él estuviera cerca, necesitaba olerlo y tocarlo, que me recordara que era real..., que todo eso era real.

—Más tarde —repitió, y se inclinó para besarme.

Fue suave, tierno..., nada parecido a los besos salvajes, duros, que habíamos compartido en la sala del trono. Volvió a posar los labios sobre los míos. Yo no quería disculpas, no quería empatía, no quería mimos. Lo cogí de la pechera de la túnica y lo acerqué a mí mientras le abría la boca. Dejó escapar un gruñido profundo y el sonido me atravesó como una lanza de fuego, hizo un lago en mi corazón y lo abrasó. Dejé que el beso me quemase y me abriera un agujero en el pecho, en el alma. Lo dejé arrasar y atravesar la onda negra que estaba empezando a presionarme, a rodearme, lo dejé consumir la sangre fantasma que seguía sintiendo en las manos. Me entregué a ese fuego, a él, mientras sus manos grandes me recorrían, desabrochando mis ropas.

Después retrocedí de pronto, interrumpí el beso para mirarlo a la cara. Sus ojos estaban brillantes, cargados de deseo, pero las manos habían dejado de explorar y descansaban, firmes, sobre mis caderas. Con la quietud de un predador, él esperaba y vigilaba mientras yo dibujaba los contornos de su cara y la cubría de besos.

El único sonido era la respiración quebrada de Tamlin y las manos que me recorrían la espalda y los costados, acariciando, buscando y desnudándome. Cuando le puse los dedos en la boca, él me mordió uno, lo chupó. No me dolió, pero el mordisco fue duro, lo suficiente para que volviera a mirarlo a los ojos. Para que me diera cuenta de que él ya no esperaría... y yo tampoco.

Me puso sobre la cama, murmuró mi nombre de nuevo, me susurró contra el cuello, el lóbulo de la oreja, las puntas de los dedos. Yo le pedí más..., más rápido. Su boca me exploró la curva del seno, la parte interior del muslo.

Un beso por cada día que habíamos pasado separados, un beso por cada herida y cada terror, un beso por la tinta metida bajo mi piel y por todos los días que estaríamos juntos de ahora en adelante. Días, tal vez, que yo ya no me merecía. Pero de todos modos, me entregué de nuevo a ese fuego, me arrojé a él, a Tamlin, y dejé que me quemara.

Algo me tiraba del cuerpo para arrancarme del sueño, un hilo que estaba muy dentro de mí. Dejé a Tamlin en la cama, el cuerpo pesado de agotamiento. En unas horas abandonaríamos Bajo la Montaña y volveríamos a casa, y yo no quería despertarlo antes de lo necesario. Recé por poder dormir ese sueño tranquilo alguna vez.

Sabía quién me llamaba mucho antes de abrir la puerta que daba al pasillo y recorrerlo, tropezando y balanceándome mientras me acostumbraba a mi nuevo cuerpo, al nuevo ritmo y los nuevos equilibrios. Cuidadosa, lentamente, me encaminé hacia una escalera estrecha que subía, arriba y arriba, hasta que, para mi sorpresa, vi un delgado rayo de luz de sol que caía sobre los escalones y me descubrí en un pequeño balcón que se abría en la ladera de la montaña.

Protesté por el brillo que me deslumbraba y me tapé los ojos. Había pensado que estábamos en mitad de la noche... Había perdido del todo el sentido del tiempo en la oscuridad de la montaña.

Rhysand soltó una risita desde donde estaba sentado sobre la baranda de piedra.

—Me olvidé de que para ti ha pasado mucho tiempo.

Me dolían los ojos bajo esa luz, y permanecí callada hasta que conseguí contemplar el paisaje sin sentir una punzada de dolor en la cabeza. Me saludó una tierra de montañas de color violeta

coronadas de blanco, pero la roca de la montaña en la que estábamos era marrón y estaba desnuda..., ni una brizna de hierba, ni un cristal de hielo brillaban sobre ella.

Por último lo miré. No vi las alas membranosas..., metidas en la espalda, supuse, pero las manos y los pies parecían normales, sin espolones a la vista.

—¿Qué quieres? —le pregunté. No salió como la invectiva que yo esperaba. Recordaba con claridad la forma en que él había peleado una y otra vez contra Amarantha, un ataque pensado para salvarme.

—Decir adiós, solamente. —Una brisa tibia le revolvía el cabello, mezclando ramas de oscuridad sobre sus hombros anchos—. Antes de que tu amado te robe para siempre.

—No para siempre —repliqué, y moví los dedos tatuados frente a él—. ¿Acaso no tienes una semana cada mes? —Esas palabras, por suerte, salieron con enorme frialdad.

Rhys apenas sonrió. Las alas se movieron, crujieron y volvieron a acomodarse detrás de la espalda.

—¿Cómo iba a olvidarme?

Miré su nariz, que había visto ensangrentada apenas unas horas antes, los ojos de color violeta que habían estado tan llenos de dolor.

—¿Por qué? —pregunté.

Él entendió lo que yo quería decir. Se encogió de hombros.

—Porque cuando se escriban las leyendas, no querría que me recordaran como alguien que escurrió el bulto. Quiero que mi futuro hijo sepa que yo estuve ahí, que peleé contra Amarantha al final, aunque mis esfuerzos de poco sirvieran.

Parpadeé, y esta vez no era por el brillo del sol.

—Porque —continuó él, los ojos fijos en los míos— no quería que pelearas sola. O murieras sola.

Y durante un momento recordé al inmortal que había muerto en nuestro vestíbulo; recordé que yo le había dicho lo mismo a Tamlin.

—Gracias —dije, con un nudo en la garganta.

Rhys me dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Dudo que digas eso cuando te lleve a la Corte Noche.

No me molesté en contestar mientras me volvía hacia el paisaje. Las montañas seguían durante kilómetros y kilómetros, brillantes y en sombras, y vastas bajo el cielo claro, despejado.

Pero nada en mí se movía, nada captaba la luz y los colores.

—¿Vas a volar a casa? —pregunté. Me respondió con una risa suave.

—Por desgracia, eso me llevaría más tiempo del que tengo. Quizá otro día vuelva a surcar los cielos de nuevo.

Miré las alas metidas dentro de su cuerpo poderoso y la voz me salió ronca cuando hablé.

—Nunca me dijiste que amabas las alas... y volar. —No, él siempre había hecho que el cambio de forma pareciera..., vulgar, inútil, aburrido. Se encogió de hombros.

—Todo lo que amo tiene tendencia a desaparecer, a que me lo roben. Muy pocos saben que tengo alas. O que vuelo.

Algo de color había empezado a subirle a la cara blanca como la luna..., y me pregunté si alguna vez habría estado bronceado, antes de que Amarantha lo hubiera tenido bajo tierra durante tanto tiempo. Un alto lord que amaba volar atrapado bajo una montaña. Había sombras, que él no había creado, enredadas en esos ojos de color violeta. Me pregunté si alguna vez desaparecerían.

—¿Qué se siente al ser alta fae? —preguntó él... Una pregunta tranquila, curiosa.

Miré otra vez las montañas mientras pensaba en ello. Y tal vez fue porque no había nadie ahí que pudiera oírnos, tal vez porque las sombras en sus ojos estarían también en los míos para siempre, que dije:

—Soy inmortal..., yo, que fui mortal. Este cuerpo... —Me miré la mano, tan blanca y brillante..., una burla a lo que yo había hecho con ella—. Este cuerpo es diferente, pero esto... —Me puse la mano en el pecho, sobre el corazón—. Esto sigue siendo humano. Quizá siempre lo sea. Pero sería más fácil vivir con... —Se me cerró la garganta—. Más fácil vivir con lo que hice si mi corazón también

hubiera cambiado. Tal vez no me importaría tanto, tal vez podría convencerme de que esas muertes no fueron en vano. Tal vez la inmortalidad hubiera logrado todo eso. Y no sé si quiero que eso ocurra o no.

Rhysand me miró durante el tiempo suficiente para que yo lo mirase a los ojos.

—Agradece que tienes tu corazón humano, Feyre. Deberías sentir lástima por los que no sienten nada.

No podía explicarle el agujero que se me había formado en el alma..., no quería, así que solamente asentí.

—Bueno, adiós... por ahora —dijo, e hizo un gesto con el cuello como si no hubiéramos estado hablando de nada importante. Se inclinó hasta la cintura para despedirse, las alas desaparecieron por completo, y ya había empezado a desvanecerse en la sombra más cercana cuando se puso rígido. Sus ojos se clavaron en los míos, muy abiertos, muy salvajes, y le tembló la nariz. Una impresión enorme, pura, le pasó por el rostro por algo que veía en mi cara y retrocedió un paso. Y tropezó, sí, tropezó.

—¿Qué...? —empecé a decir.

Y él desapareció..., desapareció, no quedó una sombra a la vista en el aire frío.

Tamlin y yo nos fuimos como yo había llegado: a través de la angosta caverna en el vientre de la montaña. Antes de partir, los altos fae de varias cortes destruyeron y después sellaron la corte de Amarantha en Bajo la Montaña. Fuimos los últimos en irnos, y con un movimiento del brazo de Tamlin la entrada a la corte se derrumbó detrás de nosotros.

Yo seguía sin encontrar las palabras para preguntar qué habían hecho con los cuerpos de los dos inmortales. Tal vez un día, pronto, preguntaría quiénes eran, querría conocer sus nombres. Se habían llevado el cuerpo de Amarantha, me dijeron, para quemarlo..., aunque el hueso y el ojo de Jurian habían desaparecido. Por mucho

que yo la odiara, por mucho que deseaba escupir sobre la hoguera en que se quemaba su cuerpo..., entendía lo que la había dominado. Sí, entendía esa pequeña parte de ella.

Tamlin me cogió la mano mientras caminábamos por la oscuridad. Ninguno de los dos dijo nada cuando empezamos a ver la luz del sol, cuando esa luz tiñó las paredes húmedas de la cueva de un verde plateado, pero nuestros pasos se apresuraron en cuanto la luz del sol se hizo más fuerte y la cueva se entibió y los dos salimos a la hierba verde de la primavera que cubría los valles y las colinas de las tierras de Tamlin. De nuestras tierras.

Me golpeó la brisa, el perfume de las flores salvajes, y a pesar del agujero que sentía en medio del pecho, la mancha en el alma, no pude detener la sonrisa que se me dibujó en la cara en el momento en que subimos a una loma empinada. Mis piernas de inmortal eran mucho más fuertes que las humanas, y cuando llegamos a la cima no jadeaba como antes. Pero me quedé sin aliento al ver la mansión cubierta de rosas. Nuestra casa.

Entre todas las imágenes que había evocado en las mazmorras de Amarantha, nunca me había permitido pensar en ese momento, nunca me había permitido soñar ese imposible. Pero lo había logrado, sí..., nos había llevado a casa a los dos.

Apreté la mano de Tamlin mientras mirábamos la mansión, con los establos y los jardines, unas voces infantiles que reían en algún lugar, risas libres, auténticas. Un momento más tarde, dos figuras pequeñas, brillantes, pasaron corriendo a toda velocidad por el jardín, gritando de alegría, perseguidas por una figura más alta que también reía: Alis y sus sobrinos. Al fin seguros. Ya no necesitaban esconderse.

Tamlin me pasó un brazo por los hombros y me acercó a él mientras apoyaba la mejilla en mi cabeza. A mí me temblaron los labios y le pasé el brazo por la cintura.

Nos quedamos de pie, en silencio, sobre la loma, hasta que el sol poniente cubrió de oro la casa, las colinas, el mundo, y Lucien nos llamó para la cena.

Me escurrí entre los brazos de Tamlin y lo besé con suavidad. Mañana..., habría un mañana y una eternidad para afrontar lo que yo había hecho, para afrontar lo que se había roto dentro de mí en Bajo la Montaña. Pero por ahora..., por hoy...

—Vamos a casa —dije, y lo cogí de la mano.



Guía de pronunciación

Personajes

Alis: Alis
Amarantha: Amaranza
Feyre: Feyra
Lucien: Lushian
Rhysand: Riisand
(Rhys: Riis)
Tamlin: Tamlin

Otros

Attor: Attor
Suriel: Suriiil
Bogge: Bogui
Puca: Puka
Naga: Neigei
Calanmai: Ceileinmai

Lugares

Hybern: Jaibern
Prythian: Prai-ti-in

Una corte de rosas y espinas
Sarah J. Maas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *A Court of Thorns and Roses*

© del texto, Sarah J. Maas, 2015

© de la traducción, Márgara Averbach, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Destino Infantil &Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico: mayo de 2016

ISBN: 978-84-08-15698-7

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com